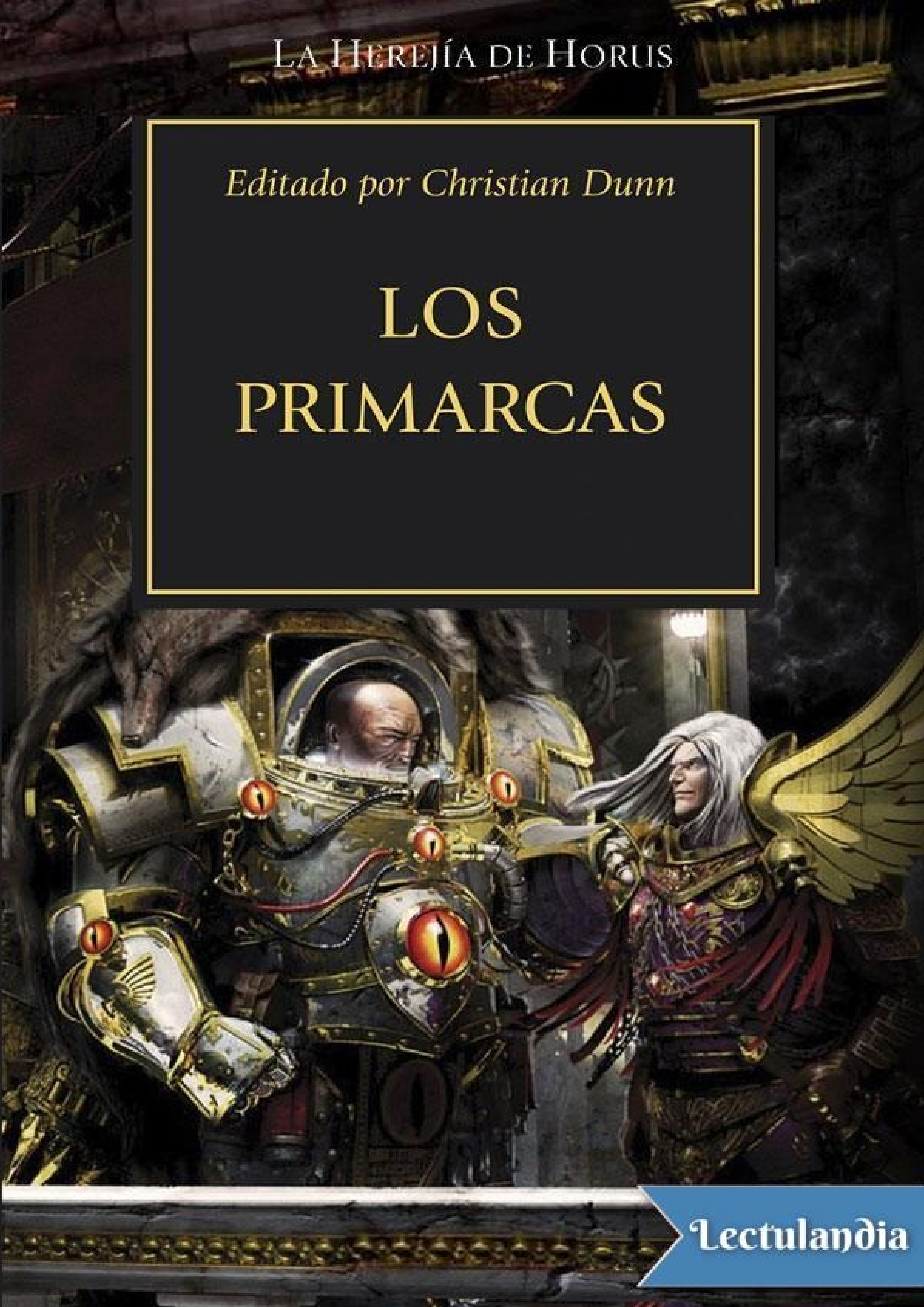


La Herejía de Horus
Editado por Christian Dunn
LOS
PRIMARCAS
Lectulandia

Creados a imagen y semejanza del Emperador, los primarcas se creyeron los príncipes del universo durante mucho tiempo. Dirigieron a las legiones de marines espaciales en una gloriosa conquista de la galaxia, y ningún enemigo del Imperio fue capaz de resistírseles. Pero incluso en el seno de una hermandad tan legendaria, las semillas de la discordia han sido sembradas hace tiempo, mucho antes de que el traicionero Señor de la Guerra, Horus, proclamase su gran herejía.

Esta antología contiene cuatro novelas cortas, cada una de ellas centrada en alguno de los guerreros y caudillos más poderosos que la Humanidad jamás haya conocido: Fulgrim, Ferrus Manus, Lion El'Jonson y los primarcas gemelos, Alpharius y Omegon.

Christian Dunn

Los primarcas

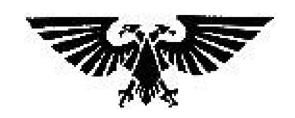
Warhammer 40000. Herejía de Horus 20

ePub r1.0
epublector 11.06.13


WARHAMMER
40,000
LA HEREJÍA DE HORUS

Título original: *The Primarchs*
Christian Dunn, 2012
Traducción: Juan Pascual Martínez Fernández

Editor digital: epublector
ePub base r1.0



LA HEREJÍA DE HORUS

Una época legendaria

La galaxia está envuelta en llamas. La gloriosa visión que tenía el Emperador para la humanidad no es más que ruinas. Su hijo más favorecido, Horus, ha dado la espalda a la luz de su padre y se ha entregado al Caos.

Sus ejércitos, los poderosos y temibles marines espaciales, se encuentran enfrentados en una brutal guerra civil. Antaño, estos guerreros definitivos lucharon codo con codo como hermanos para proteger a la galaxia y llevar a la humanidad de regreso a la luz del Emperador. Ahora luchan entre sí.

Algunos siguen leales al Emperador, mientras que otros se han unido al señor de la guerra. Por encima de todos destacan los primarcas, los comandantes de las legiones compuestas por miles de marines espaciales. Son unos seres sobrehumanos, magníficos, y representan el logro culminante de la ciencia genética del Emperador. Lanzados al combate los unos contra los otros, nadie tiene la certeza de conseguir la victoria.

Los planetas arden. Horus logró dar un golpe terrible a los leales en Istvaan V y tres legiones fieles al Emperador quedaron prácticamente aniquiladas. La guerra ha comenzado, un enfrentamiento que envolverá a toda la humanidad en un fuego arrasador. La traición y el engaño han suplantado al honor y la nobleza. Los asesinos acechan en cada sombra. Los ejércitos se organizan. Todos deben elegir un bando o morir.

Horus reúne a su armada con la propia Terra como el objetivo de su ira. Sentado en su Trono Dorado, el Emperador espera que regrese su hijo descarriado. Sin embargo, su verdadero enemigo es el Caos, una fuerza primigenia que ansia esclavizar a la humanidad bajo sus deseos caprichosos.

Los gritos de los inocentes y las súplicas de los justos resuenan junto a las risotadas crueles de los Dioses Oscuros. El sufrimiento y la condenación esperan a la humanidad si el Emperador fracasa y pierde la guerra.

La era del conocimiento y de la iluminación ha terminado. Ha empezado la Era de la Oscuridad.



EL REFLEJO AGRIETADO

GRAHAM McNEILL



UNO

No soñaba, nunca soñaba, pero aquello era, sin duda alguna, un sueño. Tenía que serlo. *La Fenice* había sido declarada un lugar prohibido, y Lucius sabía muy bien que nadie debía desobedecer las órdenes del primarca. En la época anterior a su despertar, cualquier acto de desobediencia hubiera sido una temeridad. Después se había convertido en una sentencia de muerte.

Sí, sin duda, se trataba de un sueño.

O al menos eso esperaba.

Lucius estaba solo, y no le gustaba estar solo. Era un guerrero que ansiaba la adoración de los demás, y aquel lugar carecía de cualquier clase de admirador, aparte de los muertos. Cientos de cuerpos yacían destripados por doquier igual que formas de vida pisciformes abiertas en canal, en las mismas posiciones retorcidas en las que los dejó el modo en que murieron, y la expresión de cada rostro mostraba el horror de las mutilaciones y las vejaciones que habían sufrido.

Habían muerto experimentando una agonía atroz, pero habían recibido con alegría cada corte de espada, cada golpe de garra que les había reventado las órbitas oculares o les había arrancado la lengua. Aquello era un teatro de cadáveres, pero no era un lugar desagradable por el que pasear. Aunque los muertos lo rodeaban, *La Fenice* parecía abandonada. Daba la impresión de estar a oscuras y vacía, igual que un mausoleo en la hora más negra de la noche. Antaño, la vida había desfilado por delante de aquella audiencia en el proscenio arqueado, con su gloriosa vitalidad celebrada al máximo, donde se alababa a sus héroes y se burlaban de las absurdidades, pero en ese momento ya no era más que un reflejo sangriento de una época muy lejana.

El maravilloso mural de Serena d’Angelus es prácticamente invisible en el techo. Sus representaciones exóticas de escenas de libertinaje y excesos sacadas de la Antigüedad estaban ocultas bajo una capa de hollín y de manchas de humo. En el

lugar se habían producido varios incendios, y en el aire todavía flotaba como un leve aroma el olor a grasa y cabellos quemados. Lucius apenas se fijó en ello. Era un olor demasiado débil, y ya estaba demasiado disipado como para que le llamara la atención.

Lucius caminaba desarmado, y era muy consciente de esa carencia. Era un espadachín sin espada, y tenía la sensación de que sus extremidades superiores estaban incompletas. Tampoco llevaba puesta la armadura. Las placas de colores llamativos de su caparazón protector se habían repintado con tonos más apagados, más agradables a la vista, pero los elementos decorativos se habían exagerado y recargado del modo que correspondía a un guerrero de su rango y habilidad.

Estaba prácticamente todo lo desnudo que podía llegar a estar un guerrero.

No debería estar allí, así que buscó una salida para marcharse.

Las puertas estaban cerradas y selladas desde el exterior. Tal y como quedaron desde que el primarca efectuó una última visita a *La Fenice* tras la matanza de Ferrus Manus y sus aliados. Fulgrim había ordenado que esas puertas quedaran completamente cerradas para siempre, y ninguno de los Hijos del Emperador se había atrevido a contradecirlo en lo más mínimo.

Entonces, ¿por qué se había arriesgado a acudir a aquel lugar, aunque sólo fuera en sueños?

Lucius no lo sabía, pero tenía la sensación de que lo habían convocado para que se dirigiera a ese sitio, como si una voz inaudible pero insistente lo hubiera llamado. También tenía la sensación de que lo llamaba desde hacía semanas, pero que sólo en ese momento había adquirido la fuerza necesaria para que la oyera y la siguiera.

Si lo habían llamado, ¿dónde estaba aquel que lo había hecho?

Lucius siguió adentrándose en el teatro sin dejar de buscar con la mirada una salida de ese lugar, aunque se sentía intrigado por saber qué había sido del resto de *La Fenice*. Un par de focos se encendieron con una serie de parpadeos dubitativos en el borde del foso de la orquesta, y su brillo titubeante se reflejó en un espejo de marco dorado que se encontraba en centro del escenario. Lucius no se había fijado hasta ese momento en el espejo, y dejó que sus pasos somnolientos lo llevaran hasta allí.

Bordeó el foso de la orquesta, donde las criaturas entretejidas de carne putrefacta y luz oscura se habían entretenido con las entrañas de los músicos. La piel de los cuales colgaba de los diversos atriles, con las cabezas y las extremidades colocadas de un modo semejante a una orquesta estrambótica de condenados con los miembros apoyados sobre los pocos instrumentos que quedaban.

Lucius se subió al escenario de un salto, en un movimiento a la vez ágil y elegante. Era un espadachín, no un carnicero, su aspecto físico reflejaba precisamente eso. Tenía los hombros muy anchos, pero las caderas estrechas y los brazos largos. El espejo lo atraía, como si del interior de sus profundidades plateadas surgiera una

cuerda invisible cuyo extremo estuviera anclado en lo más hondo de su propio pecho.

«Me encantan los espejos —le había oído comentar una vez a Fulgrim—. Te dejan pasar a través de la superficie de las cosas». Sin embargo, lo cierto era que Lucius no quería atravesar la superficie de nada. Su perfección había quedado destrozada por el puño traicionero de Loken, y Lucius había rematado esa tarea con una cuchilla afilada y un grito que todavía le resonaba en el interior del cráneosi escuchaba con la atención suficiente.

¿O acaso era otra persona la que gritaba? Era difícil determinarlo en los últimos tiempos.

Lucius no quería mirarse en el espejo, pero sus pasos lo acercaban al objeto a cada segundo que pasaba. ¿Qué sería lo que vería en semejante espejo de sueños?

A sí mismo, o algo mucho peor: la verdad…

Lo que se veía era un solitario punto luminoso que no parecía proceder de ninguna fuente que él pudiera discernir. Le pareció algo un tanto sorprendente hasta que recordó que se encontraba inmerso en un sueño donde no existía ningún sistema lógico inmutable, y que nada de lo que se viera se podía dar como seguro.

Lucius se colocó delante del espejo, pero en vez de contemplar la cara que con tantas fuerzas intentaba olvidar, lo que vio fue un guerrero hermoso con un rostro enjuto, una nariz fuerte y aguileña y unos pómulos altos que acentuaban el color verde dorado de sus ojos. Tenía el cabello peinado hacia atrás y pegado al cráneo, y los labios carnosos mostraban una sonrisa que habría sido arrogante si su habilidad con la espada hubiera sido menor.

Lucius alargó una mano hacia su rostro y notó la suavidad de la piel, y esa perfección sin mácula era semejante a la del acero bruñido de una hoja de espada delicadamente pulida.

—Antaño fui hermoso —dijo, y su reflejo se echó a reír al oír semejante muestra de vanidad.

Lucius cerró un puño dispuesto a destrozar en pedazos su reflejo burlón, pero la imagen no imitó sus movimientos, sino que alzó la mirada hacia un punto situado por encima de su hombro derecho. Lucius vio en las profundidades del espejo el reflejo del fabuloso retrato de Fulgrim, que colgaba sobre el frontón que se extendía sobre los restos destrozados del proscenio.

Al igual que su propio rostro, no coincidía con el recuerdo que tenía del mismo. Mientras que antes era una obra de arte con una energía y un poder increíbles, con unos colores extravagantes y una textura vibrante que estimulaban todos los sentidos con su increíble atrevimiento, lo que veía en ese momento era un simple retrato. Los colores eran insulsos, con unos trazos carentes de toda inspiración y el sujeto del retrato era un individuo cualquiera, alguien sin ninguna importancia, una obra que cualquier simple callejero ambulante habría podido lograr con acuarelas u óleos.

Sin embargo, a pesar de la vulgaridad que mostraba como obra de arte, Lucius se dio cuenta de que los ojos los habían pintado con un nivel de detalle exquisito y mostraban una profundidad de dolor, sufrimiento y agonía casi imposibles de soportar. Era raro que ningún estímulo fuese capaz de atraer la atención de Lucius durante más de un momento desde que el apotecario Fabius le había realizado todas aquellas transformaciones siniestras en el cuerpo, pero se sintió atraído de forma irrefrenable por los ojos del retrato. Oyó un grito lastimero cuyo eco procedía de un tiempo y un lugar que se encontraban más allá de su capacidad de comprensión. Era un gemido sin palabras con una carga de locura que sólo podría proceder de una eternidad de encierro. Los ojos eran una súplica muda que pedía la liberación del olvido.

Lucius notó la atracción irresistible hacia los ojos del retrato al mismo tiempo que algo se agitaba en su interior, una presencia primigenia que había despertado hacía muy poco y que compartía un vínculo con la imagen reflejada.

La superficie vidriosa del espejo se onduló igual que las aguas en el interior de un estanque, como si ella también notara ese vínculo compartido. Unos temblores comenzaron a elevarse desde unas profundidades imposibles desde el interior del propio espejo. Lucius no sentía deseo alguno de enfrentarse a lo que iba a surgir de allí, por lo que se apresuró a empuñar sus espadas, sin sentirse sorprendido en absoluto de que, de repente, estuvieran en las vainas que llevaba en el cinto de la armadura, que ahora lo cubría por completo.

Las espadas estuvieron en sus manos en posición de guardia en un instante, y al siguiente las blandió en dos arcos contrarios que actuaron como una tijera. Destrozaron el espejo y lo convirtieron en un millar de pedazos afilados que centellearon por el aire. Lucius gritó cuando se clavaron en su rostro perfecto, le desgarraron la carne y le cortaron los huesos hasta convertirlo en una masa sangrante.

Por encima de su propio alarido oyó un grito de frustración que empequeñeció por completo el suyo.

Fue el grito de alguien que sabía que el tormento de ambos no tendría fin jamás.

Lucius se despertó de forma inmediata. Su cuerpo modificado genéticamente pasó del sueño al estado de conciencia en menos tiempo del que tardó en parpadear. Alargó la mano hacia las espadas, que siempre dejaba al lado del camastro, y se puso en pie un segundo después. Sus aposentos estaban iluminados con intensidad, como siempre desde hacía tiempo, y giró sobre sí mismo buscando cualquier detalle que estuviera fuera de lugar y que indicara la presencia de algún peligro.

La estancia estaba repleta de cuadros de colores chillones, de sinfonías de sonidos discordantes y de trofeos ensangrentados que había tomado de las arenas más negras de Istvaan V. Al lado de una escultura con una cabeza de toro sacada de la Galería de

los Trofeos se encontraba el fémur de una de las criaturas alienígenas que había matado en Veintiocho Dos. La larga hoja afilada de una espadachina aulladora eldar compartía uno de los nichos con la extremidad de borde cortante y puntiaguda de una criatura de clado con la que había acabado en Muerte.

Sí, todo estaba como debía estar, y se relajó un poco.

No vio nada fuera de lo normal, e hizo girar las espadas en una demostración inconsciente de su increíble habilidad con ellas antes de guardarlas en las vainas de oro y ónice que colgaban del borde de su camastro. Respiraba agitadamente, los músculos le ardían y el corazón le palpitaba con rapidez y con fuerza contra las costillas, igual que si se hubiese entrenado en las jaulas de prácticas contra el propio primarca.

La sensación era maravillosamente agradable, pero desapareció con la misma rapidez con la que había llegado.

Lucius notó que lo invadía una dolorosa decepción, algo que casi siempre le ocurría cuando las sensaciones que le despertaban un mínimo interés desaparecían. Se llevó una mano a la cara, y se sintió al mismo tiempo aliviado y repugnado por los rebordes endurecidos del tejido cicatrizado que cruzaban y cubrían sus rasgos antaño hermosos y perfectos.

Se había desfigurado a sí mismo por completo su bien parecido rostro con cuchillos, con cristales rotos y con trozos romos de metal, pero fue Loken quién cometió la primera imperfección, el corte que le había abierto de par en par su fuero interno. Lucius había realizado un juramento sobre la espada de hoja plateada del primarca, y había prometido que el rostro del lobo lunar quedaría convertido en un reflejo del suyo propio. Sin embargo, Loken había muerto y se había convertido en un puñado de cenizas que se movían de un lado a otro empujadas por los vientos gemebundos de un mundo muerto.

Esa espada de hoja plateada era suya ahora, un regalo personal del propio primarca Fulgrim, que había observado cómo se elevaba entre las filas de la legion hasta rivalizar incluso con Julius Kaesoron y Marius Vairosean. El primer capitán le había ofrecido un nuevo aposento, unas estancias más cercanas a las que albergaban al lugar donde se tomaban las decisiones que afectaban a la legión, pero Lucius había preferido seguir alojado en las estancias que le habían asignado hacía ya tanto tiempo.

Lo cierto era que, en realidad, despreciaba a Kaesoron y en el momento de rechazar la oferta notó un escalofrío delicioso al ver el resentimiento recorrer durante un instante todos los rasgos deformados del primer capitán. Lucius disfrutó del breve ataque de ira de Karsoron, y sintió una breve oleada de placer al recordarlo.

No deseaba en absoluto formar parte de la estructura de mando que había establecida en ese momento, y simplemente ansiaba afinar más todavía sus

habilidades, ya de por sí increíbles, para llevarlas a unos niveles inimaginables de perfección. Algunos de los guerreros de la legión habían abandonado esa tarea, ya que era un recordatorio de su vida anterior como siervos del imperio. ¿Para qué necesitaban seguir demostrando su perfección a un Emperador al que ya no servían?

Lucius sabía cuál era la realidad.

Aunque pocos comprendían la verdad que envolvía a las criaturas de una seducción repugnante que habían aparecido y se habían saciado hasta el hartazgo con el terror y el sonido de la *Maraviglia*, Lucius sospechaba que se trataba de diversos aspectos de unos poderes elementales que eran más antiguos y más generosos con los dones que ofrecían que cualquier otra cosa que el Imperio fuera capaz de ofrecer.

Su perfección sería la ofrenda que les haría.

Lucius se sentó en el borde del camastro y se esforzó por recordar las partes fundamentales del sueño que había tenido. En la mente se le formó con claridad el interior destrozado de *La Fenice* y la mirada terrible de la pintura que se extendía sobre el escenario cubierto de sangre. Excepto por los ojos, el retrato mostraba a Fulgrim tal y como era antes de que la legión diera sus primeros pasos hacia la senda de la sensación. A pesar del tremendo dolor que los embargaba, notó una cierta sensación de familiaridad con ellos, que había estado extrañamente ausente desde la matanza de Istvaan V.

La batalla había cambiado a Fulgrim, pero nadie de la legión parecía haberse dado cuenta de ese cambio a excepción del propio Lucius. Había notado algo «diferente» de un modo que no había sido capaz de determinar en su amado primarca, algo que era imposible de precisar, pero que sin duda estaba allí. Lucius había captado algo que estaba fuera de lugar, del mismo modo que una cuerda de arpa que estuviera desafinada por una simple fracción o una pictografía que no estuviera completamente enfocada del modo correcto.

Si alguno de los demás pensaba lo mismo, se lo callaba, ya que el primarca no aceptaba de buen grado ninguna pregunta o desacuerdo con sus órdenes, y no se mostraba comedido en expresar su disgusto ni en los castigos. El primarca que había regresado de las arenas ensangrentadas del mundo muerto no poseía ni por asomo el ingenio o la sabiduría del Fénix, u cuando hablaba de las batallas que había librado junto a sus guerreros, sus relatos sonaban con el tono hueco de alguien que había oído hablar de la furia de esos combates pero que no había tomado parte en las victorias.

La sensación de que algo lo había invocado a *La Fenice* y de que lo había hecho con algún motivo, no dejó de rondarle por la cabeza. Lucius levantó la mirada hacia el rostro del cuadro que colgaba en la pared, enfrente del camastro. Era lo último que veía antes de tomarse los cada vez menos frecuentes descansos, y lo primero que veía al despertarse. Era un rostro que lo acosaba y lo inspiraba en igual medida.

Su propio rostro.

Serena d’Angelus le había pintado ese retrato. Había sido la obra de arte que la había hecho adentrarse más y más en las profundidades de su propia alma, más que a cualquier otro ser mortal, en busca de la perfección artística. Sólo los guerreros de los Hijos del Emperador se atrevían a intentar llegar a semejantes cotas de perfección, pero mientras que ellos lograban trascender sus propios límites, Serena había quedado destruida en el proceso.

Sus rasgos destrozados le devolvieron la mirada desde el interior del marco dorado con la misma idea fija que lo carcomía durante las horas de sueño y las de vigilia, igual que una comezón que no desaparecía al rascarse.

Aunque era algo que le parecía imposible, esa idea fija no lo abandonaba.

Fuera lo que fuese lo que mostrara el rostro e Fulgrim y se moviera en el interior del cuerpo del primarca… no era Fulgrim.

El camino a la Heliópolis había cambiado desde lo ocurrido en Istvaan V. La gran avenida de enormes columnas de ónice había sido un paseo procesional que se extendía a lo largo de la espina dorsal de la nave espacial, pero desde entonces se había convertido en un lugar aullante y enloquecido. Los suplicantes y los peticionarios que imploraban ver aunque sólo fuera un instante la magnificencia del primarca acampaban a la sombra de las columnas, donde antaño habían montado guardia guerreros dorados armados con largas lanzas.

En tiempos pasados se habría disuelto semejante marabunta repelente, pero ahora era algo bienvenido, y una marea de miserables infelices gemebundos cuya devoción por Fulgrim alimentaba la propia grandiosidad del primarca llenaba todos los pasillos de la nave. El espadachín los depreciaba, pero en los momentos que era sincero consigo mismo sabía que era porque no cantaban su nombre, Lucius, con tanta devoción.

La Puerta del Fenix había desaparecido. La habían arrancado en el frenesí que siguió a la *Maraviglia* y a la batalla de Istvaan V. El águila que antaño se veía en el pecho del Emperador se había hecho pedazos y fundido en parte tras recibir el disparo del cañón de fusión que la derribó. La locura de los ataques de desfiguración los símbolos imperiales casi había destruido al *Orgullo del Emperador*, hasta que Fulgrim puso fin a todos aquellos actos demenciales que sacudieron la nave y restableció cierto orden.

Lucius se echó a reír a carcajadas al recordar de nuevo la burla que suponía e nombre de la nave insignia de la legión. Aquel sonido, semejante al del aullido de un espectro, hizo que los suplicantes desnudos y medio despellejados gimieran de placer. Muchos de los altos mandos de la legión, con Julius Kaesoron a la cabeza, habían reclamado que se cambiaran el nombre de la nave y, por supuesto, el de la legión, tal y como habían hecho los Hijos de Horus. Sin embargo, el primarca se había negado a

hacer nada de eso. Todos los símbolos y lazos de lealtad de su pasado debían mantenerse como recordatorios hirientes a sus enemigos de que se enfrentaban a sus propios hermanos. Horus Lupercal había favorecido a los Hijos del Emperador después de la muerte de Ferrus Manus, y durante cierto tiempo la legión se había alzado sobre una ola de euforia y sensaciones similares.

Sin embargo, al igual que todas las olas, la euforia inconstante se había desvanecido y había dejado a los Hijos del Emperador con una tremenda sensación de vacío en sus vidas. Algunos, como el propio Lucius, habían llenado ese vacío entregándose a la búsqueda de la perfección marcial, mientras que otros se habían dedicado a satisfacer deseos y vicios que habían permanecido secretos hasta ese momento. Diversas partes de la nave se habían sumido en la anarquía cuando todos los vínculos de mando y de control desaparecieron, pero no pasó mucho tiempo antes de que se estableciera de nuevo el orden y se instaurara algo parecido a una cierta disciplina.

Sin embargo, se trataba de una disciplina un poco extraña, una que compensaba tanto como castigaba los comportamientos extravagantes y descabellados. En algunos casos se producían al mismo tiempo una cosa como otra. A pesar de que los legionarios se esforzaban con todas sus fuerzas por encontrar un nuevo significado y propósito a su recién descubierta devoción, seguían siendo una fuerza de guerreros que necesitaban una estructura de mando para poder combatir.

Seguían siendo guerreros, aunque sin una guerra que librar.

Desde Istvaan habían llegado órdenes de despliegue para la legión, pero el primarca no había comunicado ninguna de las órdenes del señor de la guerra a los oficiales de los Hijos del Emperador. Nadie sabía hacia qué zona de combate se dirigían ni a qué enemigo se enfrentarían para clavarles sus espadas, y esa falta de conocimiento era algo mortificante. Ni siquiera los comandantes superiores de la legión sabían nada al respecto. Sin embargo, la llamada del primarca para que todos acudieran a la Heliópolis sin duda pondría fin a esa ignorancia.

Lucius se llevó una mano a la empuñadura de su espada laer cuando vio a Eidolon dirigirse hacia él procedente de un pasillo lateral. El comandante general lo odiaba y nunca dejaba pasar la oportunidad de recordarle a Lucius que no era de verdad uno de los Hijos del Emperador. La piel de Eidolon mostraba un aspecto parecido al de la cera, pálida y blanda, aunque estaba tirante a la altura de los globos oculares. Unos tendones tensos como cables le palpitaban en el cuello, y los huesos de la mandíbula inferior se movían con la independencia fluida de una serpiente.

Llevaba decorada la armadura con una serie de franjas estridentes de dos colores en tonos llamativos, el púrpura y el azul eléctrico. Ambos colores se habían pintado de un modo completamente aleatorio y extravagante que no tenía nada que ver con el

camuflaje ni cualquier clase de heráldica. Lucius tuvo que forzar un poco los ojos para asimilar lo que estaba viendo. Aquella clase de colores chillones se habían convertido en lo habitual para los guerreros de la legión, y cada uno de ellos se esforzaba por superar a los demás del modo más ostentoso e increíblemente extravagante.

Hacía muy poco tiempo que Lucius había comenzado a decorar su armadura. Las diferentes placas estaban moldeadas de un modo tremendamente llamativo, con rostros aullantes y enloquecidos estirados hasta quedar completamente irreconocibles. El lado interno de cada una de las hombreras tenía engastados una serie de pinchos metálicos que le aguijoneaban y rasgaban la piel con cada movimiento de los brazos. La longitud y el ángulo de cada uno de esos aguijones se había escogido con mucho cuidado para que infligieran el dolor más agudo si decidía blandir sus espadas de un modo que no fuera realizando las maniobras de esgrima más sublimes.

Eidolon inspiró profundamente de una manera que casi pareció sorber el aire, y los huesos de la mandíbula dieron la impresión de retorcerse bajo la piel antes de unirse entre sí. Luego le habló.

—Lucius —dijo, y pronunció la palabra con desprecio, pero con un tono y una cadencia que provocaron una discordancia placentera en el cerebro del espadachín—. Traidor, eres una visión desagradable y nada bienvenida.

—Y sin embargo, aquí estoy —le replicó Lucius sin prestarle mayor atención y sin dejar de caminar.

El comandante se puso a su lado e hizo ademán de agarrarlo, pero Lucius giró sobre sí mismo para apartarse y le colocó el filo de ambas espadas en la garganta en sendos borrones plateados demasiado veloces como para seguirlos con la vista. La hoja laeran y la terrena acabaron cada una de ellas en un lado del cuello de Eidolon. Lucius podría decapitado con un simple giro de las dos muñecas. Vio la expresión de placer en la cara del comandante, el latido palpitante de los tendones semejantes a cables visibles en el cuello y los agujeros negros dilatados de sus pupilas.

—Te arrancaría la cabeza igual que le hice a Charmosian si no pensara que ibas a disfrutar con ello —le advirtió Lucius.

—Recuerdo muy bien ese día —le replicó Eidolon—. Juré que te mataría por eso. Quizá todavía lo haga.

—No creo que llegues a hacerlo —se burló Lucius—. No eres lo bastante bueno. Nadie lo es, ni lo será.

Eidolon se echó a reír. El gesto le abrió la cara igual que si hubiera sufrido un tajo tremendo.

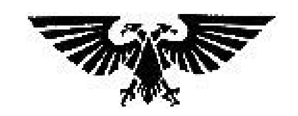
—Eres un arrogante, y algún día el primarca se cansará de ti. Ese día serás mío.

—Quizá se canse algún día, o quizá no, pero no será hoy —le contestó Lucius, apartándose de él con unos pasos tan ágiles y elegantes que casi parecían de baile.

Se alegró de haber desenvainado las espadas de un modo amenazante y real. Era satisfactorio sentir la leve presión de sus filos contra la carne del enemigo. Tenía ganas de matar a Eidolon, porque aquel individuo lo había incordiado como una espina clavada en el costado desde que lo conoció, pero no sería apropiado privar al primarca de su seguidor más devoto.

—¿Y por que no será hoy? —quiso saber Eidolon.

—Es la víspera de una batalla. Es el día que nunca mato a nadie —le replicó Lucius.



DOS

Las enormes paredes de piedra de color pálido estaban manchadas con un millar de salpicaduras de pintura y de sangre, y las grandes estatuas de mármol que soportaban el peso del techo artesonado de la cúpula ya no presentaban a los primeros héroes de la Unificación y de la legión. Habían sido sustituidos por las representaciones con cabeza de toro de los viejos dioses de la cultura laer, unas criaturas huidizas que mantenían las cabezas inclinadas hacia el suelo o apartadas hacia un lado como si ocultaran un secreto placentero.

Los estandartes desgarrados colgaban entre las pilastras ahusadas de mármol verde. Estaban rotos y quemados por el fuego del renacimiento de la legión. El suelo de la Heliópolis era de terrazo negro con trozos de mármol y de cuarzo engastados para convertirlo en un cuenco celestial que reflejara el brillo del gran chorro luminoso de resplandor estelar que entraba por el centro de la cúpula. Esa luz brillaba con más fuerza y más intensidad que antes, y el suelo pulido la reflejaba con un destello casi cegador. Antaño, el lugar albergaba una serie de bancadas que seguían la forma en circunferencia de la cámara de consejo, y se alzaban hacia las paredes creando unas gradas semejantes a las de un anfiteatro de gladiadores.

Todos aquellos bancos habían sido demolidos, ya que nadie podía estar sentado a mayor altura que el propio primarca de los Hijos del Emperador, y habían apilado una serie de escombros en el centro de la cámara para formar un pedestal, algo desigual y reluciente parecido al ídolo grabado de un dios primitivo. Sobre esa plataforma elevada habían colocado un trono de color negro y aspecto magnífico, sin parangón alguno, con toda su superficie pulida hasta ser capaz de reflejar la luz como si fuera un espejo.

El trono era lo único que quedaba de la estructura anterior de la Heliópolis, ya que se había considerado que su majestuosidad regia tenía un aspecto lo suficientemente noble para el primarca de los Hijos del Emperador. Una melodía

completamente discordante surgía de diversos altavoces forjados en hierro. La cadencia la componían los gritos de los leales al Emperador que murieron en las arenas negras, la cacofonía ensordecedora de cien mil armas al disparar al mismo tiempo y la música del dolor y del placer entremezclados. Era el sonido de la muerte violenta de un imperio, el sonido de un momento fundamental de la historia que sonaría una y otra vez sin cesar, una música de la que los guerreros que se veían obligados a escucharla jamás se cansarían.

Habría aproximadamente unos trescientos legionarios en la estancia. Lucius reconoció a muchos de ellos, que habían participado en la gran batalla de Istvaan V: el primer capitán Kaesoron, a Marius Vairosean, al agrio Kalimos del Decimoséptimo, al apotecario Fabius, al enfurruñado Krysander del Noveno, y a un puñado de otros guerreros a los que ya había bautizado con epítetos denigrantes. Algunos eran caras antiguas de la legión. Otros eran aquellos que habían llamado la volátil atención del primarca, y unos cuantos eran simplemente miembros de la Hermandad del Fénix que habían seguido a sus superiores.

Al igual que el nombre de la legión y de las naves, el nombre de esa discreta orden se había mantenido.

Lucius atravesó la masa de cuerpos en dirección a Julius Kaesoron. Disfrutó al contemplar la hermosa devastación del rostro del primer capitán. Un guerrero de los Manos de Hierro llamado Santar le había destrozado la cara a Kaesoron de un modo más completo de lo que podría haberlo logrado el propio Lucius. Aunque Fabius había reconstruido buena parte de aquel cráneo sin pelo, seguía siendo una visión horrible de piel y carne criada en tanques de crecimiento que le habían cosido al hueso fundido, con unos ojos como orbes llorosos y blanquecinos y el rostro convertido en una masa de tejido cicatrizado del mismo color que el cobre desgastado por el tiempo.

A pesar de lo llamativa que era la bendita transformación sufrida por Julius Kaesoron, era algo sutil comparada con la de Marius Vairosean. Mientras que el primer capitán había recibido el cambio de su rostro a manos de un enemigo, a Marius Vairosean le habían otorgado el don del cambio durante la oleada de energía desencadenada por la *Maraviglia*. Las mandíbulas del capitán se habían quedado rígidas y abiertas para siempre con una serie de cables cubiertos de pinchos, por lo que su aspecto era el de estar gritando en todo momento. Tenía los ojos enrojecidos y en carne viva, y eran bien visibles las suturas de alambre que los mantenían siempre abiertos. A cada lado del cráneo mostraba una tremenda herida abierta con forma de «V» en el lugar donde antes tenía las cejas.

Los dos capitanes llevaban unas armaduras que habían sido decoradas con pinchos de un modo maravilloso y cubiertas con las pieles curtidas de los cuerpos que sembraban el suelo de *La Fenice*. Sin embargo, a pesar de las evidentes mutilaciones

y de los elementos decorativos chillones, Lucius consideraba que tanto Kaesoron como Vairosean eran unas reliquias del pasado, unos oficiales con una lealtad obstinada que carecían de la ambición y del estilo que haría brillar a un guerrero con mayor resplandor que el de una estrella.

—Capitanes —los saludó Lucius con un tono de voz con el equilibrio justo entre el desdén y el respecto en la pronunciación de cada sílaba—. Parece que por fin marchamos a la guerra.

—Lucius —le contestó Vairosean, al mismo tiempo que hacía un gesto de asentimiento a modo de saludo.

Su mandíbula crujió cuando la enorme circunferencia de la boca pronunció aquella palabra. Cada vez le costaba más formar sílabas, y algunas le resultaban imposibles. La insolencia más que evidente de Lucius le abría hecho merecedor de una feroz reprimenda, pero su carrera estaba en ascenso. Eidolon, un guerrero que siempre era capaz de captar en qué dirección soplaba el viento, se había dado cuenta, y Vairosean, como siempre tan adulador, también lo sabía.

Kaesoron no era tan fácil de intimidar y volvió sus ojos lechosos hacia él. Era imposible determinar qué expresión mostraba su rostro, ya que el destrozado amasijo de su cara convertía en un misterio absoluto el estado de ánimo en el que se encontraba.

—Espadachín —le respondió Kaesoron con voz sibilante a través de la herida abierta en la que se había convertido su boca—. No eres más que un gusano, y además, un gusano ambicioso.

—Me halagáis, mi primer capitán —le contestó Lucius, quien respondió a la mirada hostil de su interlocutor con otra de enorme indiferencia—. Sirvo al primarca lo mejor que puedo.

—Tú sólo te sirves a ti mismo, a nadie más —le replicó Kaesoron—. Me arrepiento de no haberte dejado en la superficie de Istvaan III junto al resto de los imperfectos. Creo que debería matarte y acabar de una vez con tu existencia defectuosa.

Lucius se llevó una mano a la empuñadura de la espada laer e inclinó la cabeza hacia un lado.

—Sería para mí todo un placer que lo intentarais, mi primer capitán —le contestó.

Kaesoron le dio la espalda y Lucius sonrió de oreja a oreja. Sabía que el primer capitán jamás intentaría cumplir su amenaza de un modo directo. Lucius lo destriparía a los pocos momentos de que se iniciara cualquier clase de duelo entre ellos, y la sola idea de matar al primer capitán le provocó un estremecimiento de placer que le recorrió todo el cuerpo.

—¿Se sabe algo de dónde estamos? —preguntó, ya que aunque sabía que ni Kaesoron ni Vairosean tendrían idea alguna al respecto, tenía ganas de hacer evidente

la ignorancia de ambos a los que estaban cerca e ellos.

Vairosean meneó la cabeza en un gesto negativo.

—Sólo el Fénix tiene por qué saberlo —le replicó, y el tono abrupto de su voz sonó igual que el bramido del disparo de un cañón sónico.

—¿No os lo han dicho? —inquirió Lucius con una sonrisa al mismo tiempo que aparecía una fila de porteadores encapuchados que llevaban a la espalda grandes barricas de vino. La columna surgió del enorme hueco dejado por la derruida Puerta del Fénix. A Lucius le parecieron hormigas que transportaban comida al hormiguero —. Creí que un guerrero de vuestro rango habría sido de los primeros en conocer nuestro destino. ¿Os habéis hecho merecedor de la ira del primarca?

Vairosean hizo caso omiso del evidente alfilerazo a su orgullo y le hizo un gesto de asentimiento a Eidolon cuando éste se colocó al lado de Kaesoron, un acto propio del individuo ansioso de gloria que era. El primer capitán había sido uno de los compañeros más cercanos al primarca en los viejos tiempos, y aunque al Fénix no parecían importarle mucho los lazos más antiguos en la legión, Kaesoron todavía imponía mucho respeto a la mayoría de los guerreros.

«A la mayoría, pero no a mí», pensó Lucius al mismo tiempo que sonreía al ver el destello de ambición de la mirada del comandante. Era patético ver cómo Eidolon se pegaba a aquellos que el primarca favorecía, y Lucius notó que el desprecio que sentía por ese individuo se acrecentaba hasta alcanzar nuevos límites.

—Por lo que parece, Fulgrim va a abrir lo que queda del vino de la victoria —comentó con una camaradería que no se había ganado—. Eso sólo lo hacemos cuando vamos a entrar en batalla.

—Es una costumbre arcaica de la legión —le replicó Vairosean con una voz como un gorgoteo húmedo y ronco.

—Seguimos bebiendo por la victoria que obtendremos —comentó Lucius a la vez que desenvainaba las espadas con un movimiento elegante y esforzándose al mismo tiempo para que todo el mundo se fijara en la espada plateada que Fulgrim le había regalado—. Da igual que obedezcamos la voluntad de Horus o la del Fénix, a los señores del libertinaje no les importa, así que bebemos.

—No deberíamos honrar a aquellos que éramos antes de nuestra propia ascensión —declaró Eidolon.

—No todo lo que éramos murió en Istvaan —le contestó Lucius, al que le pareció divertido lo evidente de la intención que tenían las obsequiosas palabras del comandante.

Los porteadores depositaron las barricas del vino de la victoria formando una circunferencia alrededor del trono negro situado sobre la columna de luz cegadora. El olor era fuerte, amargo, y recordaba al ácido utilizado por los artesanos grabadores del metal. Los guerreros reunidos en la estancia se acercaron y se inclinaron un poco

hacia adelante, casi todos al mismo tiempo, para disfrutar mejor del aroma acre del vino. Todos eran muy conscientes de lo que aquello representaba.

La sangre se aceleró en las venas de Lucius simplemente al pensar que marcharían al combate una vez más. La inactividad forzosa que había sufrido desde que partieron del sistema Istvaan lo había irritado sobremanera en su fuero interno. Ansiaba, no, necesitaba sentir un chorro de sangre caliente que saliera con fuerza de una arteria seccionada, la emoción visceral de encontrarse con un espadachín que quizá demostrara tener la misma habilidad que él.

Se esforzó por recordar los nombres de todos los espadachines de renombre que pertenecían a las filas de las legiones que todavía eran fieles al Emperador, pero no le pareció que ninguno fuera un rival serio para él. Sigismund, de los Puños Imperiales, era un luchador competente, aunque blandía la espada con una ingenuidad propia de una mente simple, y Nero, de la XIII, era capaz de macar con algo parecido a la elegancia, pero en cada uno de sus mandobles se notaba la rutina de movimientos aprendida en los entrenamientos. Por la mente de Lucius pasaron unos cuantos nombres más, pero a pesar de la tremenda habilidad que poseían, ninguno de ellos había logrado alcanzar el sublime pináculo de maestría con la espada que había conseguido.

—Quizá se trata de Marte por fin —se atrevió a conjeturar—. Hemos viajado bastante. Quizá nos estamos preparando para unirnos a las flotas que avanzan hacia el planeta rojo, tal y como ordenó Horus.

—El señor de la guerra —dijo Eidolon, y la piel tensa de su rostro se llenó de arrugas al sonreír en un gesto de adulación infanril—. Me conoce, y me ha alabado en varias ocasiones.

Lucius sabía la verdad, pero antes de que tuviera tiempo de contradecir la fantasía proclamada por Eidolon, una descarga resonante de sonido surgió aullante de las unidades altoparlantes colocadas en los huecos que se abrían entre las pilastras. Un grito magnífico de nacimiento y muerte bramó en una serie de cadencias armónicas contrapuestas, con un sonido semejante al que emitirían un millón de orquestas que tocaran a la vez con todos y cada uno de sus instrumentos desafinados. El sonido fue exultante, clamoroso, una mezcla inconcebible de música estrambótica y de voces aullantes que se alzaban en una muestra de adoración horrenda.

Una cascada de luz cayó sobre ellos procedente de la cúpula, una lluvia resplandeciente que relucía con un brillo tan intenso que le recordó al instante una explosión atómica. Los Hijos del Emperador comenzaron a aullar cuando los aparatos sensoriales implantados mediante mutilaciones por el apotecario Fabius inundaron sus sistemas nerviosos con una serie de potentes descargas bioeléctricas, con respuestas de placer e impulsos de dolor. Los guerreros sufrieron convulsiones bajo aquella cacofonía de luz y de sonido, y se agitaron como bailarines enloquecidos o

víctimas de unos tremendos ataques de epilepsia. Algunos se desgarraron la piel, otros comenzaron a golpear a aquellos que tenían más cerca, y algunos incluso se machacaron las manos hasta dejarlas ensangrentadas a base de propinar puñetazos al suelo mientras aullaban maldiciones a medio balbucir.

Lucius logró mantener inmóvil todo el cuerpo, rígido. Luchó contra aquellas sensaciones, y eso multiplicó por diez el placer, ya que la resistencia deliberada que desplegó ante aquella sobrecarga de sensaciones hizo que fueran más placenteras todavía. De las comisuras de los labios le salieron regueros de sangre y de saliva, y notó que los huesos y los músculos le reverberaban en una armonía perfecta con la locura estentórea y chillona de aquel espectáculo.

La legión aulló con el placer delirante de aquella sobrecarga sensorial, pero eso no fue más que el preludio.

Una luz se movió en mitad de aquella luz. Un ángel del exterminio, un dios encarnado en un cuerpo, el ejemplo de todo lo que era perfecto en una expresión de desenfreno absoluto.

Fulgrim atravesó la luz igual que si fuera el cometa más brillante de todo el firmamento, un meteorito compuesto por una armadura de combate tyriana del color de una puesta de sol mortecina. Se estrelló contra el suelo de terrazo, y la capa ondulante compuesta por relucientes escamas doradas se extendió a ambos lados de sus hombros como si fueran un par de alas angelicales. De su frente de aspecto noble caía una melena que se asemejaba a una cascada de nieve. Sus enjutos y aquilinos rasgos faciales eran firmes y delicados, pero poseían una fuerza altiva que ninguno de los apocados huérfanos de Asuryan podría igualar jamás.

Fulgrim había preferido no utilizar en esta ocasión las pinturas faciales llamativas y los ungüentos aromáticos habituales en él, por lo que su rostro mostraba un aspecto pálido, etéreo, igual que si un espectro cadavérico hubiese tomado forma y le hubieran puesto una armadura de combate que relucía con el resplandor del espejo más pulido del universo. Sus ojos eran unos pozos de los que no podía escapar luz alguna, y la línea de su boca formaba una sonrisa que indicaba la posesión de un nivel de conocimientos que abrasaría la mente de cualquiera que no fuera un primarca aunque sólo llegara a conocer una mínima fracción de esa sabiduría.

Lucius se unió con un grito al coro orgiástico de bienvenida que aullaron sus camaradas, un himno al exceso, un coro demencial de alabanza al señor de la legión. El simple hecho de estar cerca del Fénix incendiaba la sangre. Fulgrim se irguió y abrió los brazos de par en par para aceptar la muestra de devoción de sus guerreros. Luego echó la cabeza hacia atrás al mismo tiempo que abría la boca en una enorme sonrisa ante aquel éxtasis de adoración.

La sinfonía discordante que surgía de los altavoces disminuyó de volumen, y

Fulgrim por fin se dignó a pasear la mirada entre sus guerreros. La capa dorada que llevaba colgando de los hombros y el brillo de la cota de malla que se adivinaba bajo la placa pectoral de maravillosa manufactura relucieron del mismo modo que lo haría un diluvio de estrellas. Una vaina de ébano, madreperla y marfil ahumado colgaba de un cinto de cuero negro abrochado con una hebilla ámbar y negra.

El anatam.

Lucius conocía muy bien esa arma, y aunque en esos momentos pertenecía al guerrero más sublime imaginable, no pudo resistirse a la idea de calcular lo que sería enfrentarse a un arma semejante. Al sentir aquella mirada, Fulgrim volvió sus ojos de obsidiana hacia Lucius y le sonrió como si admitiera que existía cierto vínculo secreto entre ellos, uno que sólo ellos conocían.

Lucius notó el poder que albergaba esa mirada y se esforzó por no mostrar en el rostro las sospechas que albergaba sobre el primarca. Le devolvió la sonrisa a Fulgrim y se pasó los filos de las dos espadas por la frente. La sangre de los cortes corrió más allá de los ojos, y disfrutó del sabor amargo y rancio mientras el fluido recorría los centenares de hendiduras que se había abierto a sí mismo en la piel del rostro hasta llegar a la lengua, que lo esperaba ansioso.

—Hijos míos, os traigo la dicha —declaró Fulgrim cuando aquella gloriosa locura se desvaneció por fin.



TRES

Fulgrim se regocijó de la adoración de sus guerreros durante un momento más antes de alzar los brazos para ordenar silencio. Su mirada era beatífica, abrumadora, embriagadora y cruel, todo al mismo tiempo. Ni uno solo de sus guerreros logró mantenerse impasible y no sentirse intimidado ante aquella temible mirada negra. Caminó alrededor del enorme pedestal sobre el que reposaba su trono, con la mirada levantada hacia el esplendor majestuoso del conjunto y el aspecto de sentirse levemente avergonzado de que algo así estuviese dedicado a su persona.

—Habéis mostrado mucha paciencia conmigo, hijos mios —declaró Fulgrim por fin tras detenerse al lado del pedestal—. Y os he desatendido por completo.

Centenares de voces gritaron para mostrarse en desacuerdo, pero Fulgrim las silenció, alzando las manos al mismo tiempo que les sonreía con una expresión de desaprobación hacía sí mismo.

—No, no. Es cierto. No he permitido que se filtrara pista alguna sobre el destino hacia el que viajamos, no he permitido que ninguno de mis amados hijos lo supiera, y os he dejado abandonados en la oscuridad. ¿Podréis perdonarme?

Una vez más, la Heliópolis se llenó de un coro de aullidos salvajes, de un conjunto de chillidos que ninguna garganta mortal podría producir en su estado original. Muchos de los guerreros se derrumbaron de rodillas.

Otros se golpearon el pecho con los puños, y muchos más se limitaron a gritar en un coro de alabanza sin palabras.

Fulgrim aceptó la adulación antes de volver a llamar.

—Me honráis enormemente.

Lucius observó con atención al primarca mientras daba vueltas alrededor del pedestal, y estudió con detenimiento todos y cada uno de sus gestos y movimientos en busca de algún indicio de que aquel magnífico individuo era alguien o algo distinto a lo que proclamaba ser.

Equipado con su imponente armadura de combate, la presencia del primarca era abrumadora. No era vulgar ni llamativa, era simplemente perfecta. Daba la impresión de que al ascender al pináculo de la excelsitud se hubiera despojado de cualquier clase de demostración evidente de la devoción que sentía hacia el credo del Príncipe Oscuro. Una mirada a sus ojos negros era más que suficiente para darse cuenta de la infinita capacidad que poseía para llevar a cabo cualquier clase de exceso en todas sus formas posibles. Fulgrim había bebido hasta el hartazgo de un pozo de sensaciones, y sin ese flujo continuo, la vida estaba vacía, carente de color, de alegría y de sentido.

—Os traigo el vino de la victoria y la suave caricia de la guerra para que los devoréis hasta la saciedad —les dijo Fulgrim—. Os traigo la sinfonía de la guerra, la bendición del éxtasis y el embeleso de la muerte llena de dolor que infligiremos a nuestros enemigos. Hemos viajado hasta muy lejos desde el festín de fuego que celebramos en Istvaan, y he decidido que ha llegado el momento de empapar nuestras armas con la sangre de esos enemigos.

Otro coro de agudos aullidos de aprobación fue la respuesta a las palabras de Fulgrim, y él aceptó aquella demostración de fervor como si se tratara de un regalo inesperado y no lo que había planeado desde el principio. El primarca movió sus dedos delgados, casi delicados, en un gesto dirigido hacia el centro de la cámara, donde se encendió una holoimagen centellante, una representación resplandeciente de varios planetas que participaban en una danza gravitatoria alrededor de una estrella que ardía con un fuerte resplandor.

—Contemplad el sistema estelar al que he denominado el Racimo Prismático —les informó Fulgrim mientras la holoimagen disminuía de escala y se centraba en el quinto planeta del sistema recién bautizado.

Una neblina de luces multicolores rodeaba el planeta igual que una aurora polar que lo cubriera por completo, y cuando la imagen aumentó de tamaño de nuevo, Lucius vio un mundo de franjas de color negro intenso y de brillos diamantinos que se superponían las unas sobre las otras.

Una serie de plataformas orbitales seguía el eje rotacional del planeta. Se trataba de gigantescos almacenes de tránsito y de plantas de procesamiento con atracaderos espaciales para naves de carga. Las manchas de hierro y de acero indicaban la presencia de un número elevado de ese tipo de naves, y estaba claro que los puntitos luminosos titilantes que se encontraban esparcidos entre ellas eran plataformas de defensa.

—Será aquí donde os daré la oportunidad de demostrarme el amor que me profesáis como guerreros de los Hijos del Emperador —les anunció Fulgrim mientras atravesaba la proyección parpadeante y el mundo holográfico cubría sus rasgos sin defecto alguno con el reflejo de la luz estelar—. Los lacayos del sacerdocio de Marte

se afanan en este mundo con sus aburridas máquinas de construcción, y excavan como salvajes en el suelo en busca de unos cristales que luego transportan a Marte.

Una serie interminable de datos estimados sobre el tonelaje de extracción, de producción y de envío aparecieron formando una franja que no cesaba de descender a lo largo de la extensión brillante de la imagen. Lucius se concentró un instante en estudiarlos, y luego se aburrió, por lo que se centró en la superficie reflectante y reluciente del propio planeta. Aparte de un cierto atractivo estético, no parecía poseer ninguna importancia ni valor estratégico. No vio nada que sugiriese que aquel planeta fuese lo bastante valioso como para atraer la atención del primarca.

¿Qué era lo que estaba pasando por alto? ¿Qué era lo que veía Fulgrim y que él era incapaz de ver?

Quizá aquellos cristales eran la materia prima de alguna clase de proceso de producción de carácter vital. Lucius desechó aquella idea casi de inmediato por ser irrelevante. Que el sacerdocio de Marte los considerara valiosos era razón más que suficiente como para destruir aquella base de operaciones imperial, pero a pesar de ello, le parecía un mundo demasiado apartado y miserable como para que la legión perdiera ni uno solo de sus efectivos.

Fulgrim continuó observando el orbe que representaba a Prismático V como si se hubiese quedado prendado de la belleza sencilla de aquella superficie reluciente. Movió los labios sin emitir sonido alguno, y sonrió por algún tipo de broma oculta o un comentario especialmente ingenioso que le hubiera contado a un oyente invisible en el momento adecuado.

A Lucius se le ocurrió una idea mezquina, pero se cuidó mucho de expresarla en voz alta, ya que sabía que no sería nada sensato hacerlo. Le resultó evidente que a Eidolon se le había ocurrido la misma idea, pero el comandante no tuvo el sentido común necesario para mantener la boca cerrada.

—Mi señor, no lo entiendo —le dijo Eidolon—. ¿Para qué servirá esto?

Fulgrim se volvió hacia el comandante, y la expresión de serenidad de sus rasgos pálidos se vio desbancada por un gesto de rabia malvada. Caminó a grandes zancadas en dirección a Eidolon con una mueca asesina en la boca, y Lucius se apartó con rapidez para evitar verse atrapado en el huracán de la furia del primarca. Fulgrim le lanzó un golpe a Eidolon, quien salió despedido hacia atrás como un insecto que hubiera recibido un manotazo. Se estrelló contra los escombros que habían quedado tras la demolición de las gradas, con la placa pectoral abierta y destrozada y la piel cubierta de sangre.

—¿Te atreves a cuestionar mis decisiones? —bramó el primarca mientras se alzaba sobre el guerrero derribado.

—No, mi señor, simplemente…

—¡Gusano! —le gritó Fulgrim—. ¡Es lo que deseo! ¿Y te atreves a poner en duda

lo que deseo?

—Mi…

—¡Silencio! —rugió Fulgrim, al mismo tiempo que levantaba en el aire al aterrorizado Eidolon agarrándolo por la garganta.

Lucius notó una sensación de alegría al ver el modo en el que Eidolon era humillado. Ya había visto cómo Fulgrim aplastaba con una mano el cuello de metal ardiente de un dios alienígena, y sabía perfectamente que el cuello del comandante no supondría dificultad alguna para el primarca si decidía partírselo.

El miedo en el rostro del comandante era absoluto, y Lucius se relamió al pensar en la sensación tan sublime que sería el hecho de notar una emoción tan extraña para un guerrero del Adeptus Astartes.

—Soy tu amo y señor, ¿y me insultas de este modo? —le espetó Fulgrim, cuyo gesto de rabia se convirtió en una expresión de la tristeza más absoluta—. Os traigo una guerra ¿y así es como me lo pagas? ¿Cuestionando mis decisiones, expresando dudas? ¿Es que esta campaña no está a la altura de tu valía? ¿Es que vales demasiado como para librar una guerra bajo mis órdenes? ¿Es eso?

—¡No! —gritó Eidolon—. Yo… simplemente deseaba saber…

—¿Saber qué? —lo interrumpió Fulgrim. La angustia desapareció y volvió toda la furia—. ¡Habla, gusano! ¡Suéltalo de una vez!

Eidolon se retorció bajo la presa de la mano del primarca, y la piel de su rostro adquirió un tono amoratado que hacía juego con la armadura de Fulgrim. Jadeó en un intento de conseguir aire, pero su constitución modificada genéticamente no era rival para la fuerza de un primarca. El comandante logró contestar entre dos jadeos.

—¿No nos ordenaron dirigirnos a Marte? Esta operación, ¿no retrasará nuestro encuentro con la flota del señor de la guerra?

—Horus es mi hermano, no mi señor, y yo no estoy a sus órdenes —le gruñó Fulgrim, como si Eidolon hubiera pronunciado el insulto más repugnante posible al mencionar a Horus Lupercal—. ¿Qué te hace pensar que me puede dar órdenes? ¡Soy Fulgrim! ¡Soy el Fénix, y no el perrito faldero de nadie! Si Horus piensa que lo único que tiene que hacer es simplemente lanzarse a la carga de cabeza contra Terra, como si no fuese más que un guerrero fanático y enloquecido, entonces es que no es más que un estúpido. Nadie ataca de ese modo el planeta más defendido de toda la galaxia. Un objetivo semejante se debe tomar con sutileza y refinamiento. ¿Lo entiendes?

—Sí, mi señor —asintió Eidolon con un siseo, pero la rabia de Fulgrim no disminuyó.

—Te conozco bien, Eidolon, no te creas que no te conozco —le advirtió el primarca. Dejó caer al comandante medio asfixiado y le dio la espalda a la imagen del planeta centelleante—. Siempre dispuesto a soltar el comentario cargado de

crítica, siempre dispuesto a susurrar un reproche en las sombras para minar mi autoridad. Eres el gusano escondido en el corazón de la manzana, y no permitiré que alguien que duda de mí se quede a mis espaldas esperando el momento para clavarme un cuchillo.

Eidolon captó la terrible amenaza que implicaban aquellas palabras de Fulgrim, y se dejó caer de rodillas.

—¡Mi señor, os lo suplico! —gritó—. ¡Os soy fiel! ¡Jamás os traicionaría!

—¿Traicionarme? —exclamó Fulgrim, al mismo tiempo que giraba sobre sí mismo y desenvainaba la reluciente hoja de color gris del anatam—. ¿Te atreves a hablar de traición aquí, delante de esta asamblea compuesta por mis súbditos más leales? Eres todavía más estúpido de lo que creía.

—¡No! —chilló Eidolon, pero Lucius tuvo la certeza de que desperdiciaba el aliento en ese grito.

Tuvo que reconocer que también Eidolon se dio cuenta de lo que iba a ocurrir y empuñó la espada cuando Fulgrim se le echó encima para lanzarle un tajo mortífero. Las guías de la empuñadura de la espada de Eidolon apenas se habían separado del borde de la vaina cuando el anatam le atravesó el cuello y envió por los aires la cabeza. Ésta aterrizó con un golpeteo sordo y carnoso contra el suelo de terrazo y rodó hasta que se detuvo al quedar apoyada en uno de los barriles llenos con el vino de la victoria.

Los ojos del comandante parpadearon una última vez, y los labios se le quedaron abiertos, lo que dejó a la vista sus dientes rotos y desiguales en una expresión de horror que le provocó ganas de reírse a Lucius. Fulgrim le dio la espalda al cadáver de Eidolon mientras todavía se estaba desplomando en el suelo y se acercó a la cabeza decapitada del cuerpo del comandante general. Del cuello cortado todavía salía un chorro viscoso de sangre, y Fulgrim recorrió en semicírculo la cámara procurando que las gotas a medio coagular cayeran dentro de los barriles abiertos de vino.

—Bebed, hijos míos —les dijo, como si lo que acababa de ocurrir no tuviera prácticamente ninguna importancia—. Llenad vuestros cálices y bebed por la gran victoria que os ofrezco. Llevaremos la guerra al Racimo Prismático, ¡y le enseñaremos al señor de la guerra cómo debería librarse esta campaña contra el Imperio!

Los Hijos del Emperador se apresuraron a llenar sus copas, ansiosos por ser el primero en beber el regalo que el primarca les había hecho. Fulgrim no soltó la cabeza de Eidolon y subió por el pedestal para llegar a su trono. Antes de sentarse extendió el borde dorado de la capa que llevaba a la espalda. Luego bajó la mirada hacia sus guerreros, y la expresión de su rostro volvió a ser benevolente y un tanto condescendiente.

Lucius repasó mentalmente el modo en que Fulgrim se había movido mientras desenvainaba el arma para luego cortarle la cabeza a Eidolon. Analizó todos y cada uno de los movimientos que había realizado el cuerpo del primarca con la mirada propia de un maestra de esgrima, desde el adelantamiento de la pierna para lanzar el tajo como el giro del hombro y la rotación de las caderas al golpear.

Los movimientos los había llevado a cabo de un modo fluido, uno tras otro sin pausa alguna, como si no hubiera podido ser posible hacerlos de otro modo. El cuerpo perfecto del primarca no había perdido el equilibrio en ningún momento, pero Lucius captó algo que nadie más que el mejor espadachín entre todos los mortales habría sido capaz de ver, y ese detalle le proporcionó una sensación deliciosa de emoción y de desengaño.

Era una idea imposible, una idea cargada de traición, pero Lucius no fue capaz de evitar pensar en ella hasta llegar a su conclusión lógica.

«Podría derrotarte —pensó Lucius—. Si tú y yo nos enfrentáramos ahora mismo, te mataría».



CUATRO

Los guerreros del Mechanicum eran unos enemigos poderosos, modificados y potenciados más allá de las normas habituales entre los seres humanos normales, pero Lucius se preguntó si alguien se había molestado siquiera en enseñarles a aquellos guerreros el arte del combate cuerpo a cuerpo. Atravesó con la agilidad propia de un baile la vorágine del combate y movió las dos espadas en una serie de arcos vertiginosos que abrieron yugulares, amputaron miembros y cortaron la parte superior de varios cráneos.

Aquellos individuos no eran más que unas simples bestias, modificadas de un modo primitivo para que poseyeran mayor tamaño y fuerza que la mayoría de los humanos normales, pero apenas había sutileza alguna en el poder que poseían. Cualquiera podía llenar a un individuo de compuestos químicos para el crecimiento y acoplarle en el cuerpo sobredimensionado una serie de implantes de combate, pero ¿para qué servía eso si no los entrenaban en el uso de ese armamento?

Lo atacó una de aquellas criaturas, un servidor armado protegido con una armadura de combate de color azur y que mostraba pocas partes orgánicas. El cañón que llevaba acoplado al hombro disparó un chorro de proyectiles que levantaron un torbellino de fragmentos de piedra volcánica vítrea, pero Lucius ya se había apartado del punto de impacto. Rodó sobre sí mismo para pasar por debajo de la ráfaga de proyectiles, cortó con agilidad los rugientes cañones rotatorios del arma mientras se apartaba y clavó su espada terrana a través del estrecho hueco existente entre dos de las placas abdominales de la armadura.

Una espesa sangre negra y aceitosa salió a presión de la herida, igual que si se tratase de fluido hidráulico, y Lucius dio un giro para colocarse fuera del alcance del brazo que le quedaba a su oponente. La garra de transporte recubierta de energía intentó atraparlo, pero con demasiada lentitud, y Lucius la utilizó como trampolín. Se subió de un salto al saliente de una de las placas de la armadura que se encontraba a

la altura de la cadera y de allí saltó de nuevo para encaramarse sobre sus anchos hombros. La afilada hoja de la plateada espada laer bajó con rapidez y atravesó el cráneo blindado del artefacto humanoide. Lucius notó que algo húmedo y vivo reventaba en su interior. Se bajó de un salto del cuerpo moribundo del servidor, satisfecho de ver una mancha rojiza en la hoja de la espada.

La biomáquina se tambaleó, pero no llegó a desplomarse, aunque era evidente que estaba muerta.

Lucius se detuvo en mitad de la matanza que estaba provocando para enjugar la sangre de las espadas con un rápido movimiento circular, y en ese mismo instante, el humo de una explosión retumbante comenzó a elevarse hacia el cielo acompañado de una fuerte onda expansiva. El hedor a productos petroquímicos llenó el aire cuando el promethium sin refinar empezó a arder y se mezcló con la atmósfera cargada de fluorocarbonos para formar una combinación que le provocó a Lucius una momentánea sensación de mareo que le resultó muy agradable.

Los guerreros de los Hijos del Emperador lo rodeaban por todos lados y no dejaban de disparar de un modo desenfrenado contra la masa de oponentes. Lo que había comenzado siendo un acto de asesinato masivo cuidadosamente preparado se había convertido en una batalla campal aullante. Cientos de guerreros modificados defendían las refinerías y las plantas de procesamiento principales, pero no tenían ninguna posibilidad de sobrevivir. Sobre los defensores del planeta habían caído tres compañías completas de los Hijos del Emperador, y no habría supervivientes.

Aunque había tenido mucho cuidado de no mostrar cualquier pista sobre lo que realmente pensaba, Lucius se vio obligado a mostrarse de acuerdo con lo que había dicho el comandante Eidolon sobre aquel ataque. La flota, encabezada por el *Andronius* y el *Orgullo del Emperador*, sólo había necesitado diez horas para abrirse paso a cañonazos a través de la línea de protección formada por las naves de defensa hasta que por fin aniquilaron la última plataforma orbital artillada. Habían capturado tres inmensas naves pesadas de transporte. Eran unos mastodontes monumentales de varios kilómetros de largo cargados con miles de millones de toneladas de cristales reflectantes.

Una vez asegurado el espacio orbital del planeta, los escuadrones de ataque de Stormbirds descendieron hacia las manufactorías principales situadas en la región septentrional de un enorme bosque de gigantescas torres de cristal, y fue entonces cuando comenzó la matanza. Las instalaciones del Mechanicum estaban envueltas en llamas. Ardían de un extremo a otro mientras los guerreros de los Hijos del Emperador recorrían destrozando con salvajismo los enormes silos de almacenamiento y las estructuras de refino del tamaño de hangares. Unas grandes máquinas de excavación se alzaban por encima de las figuras envueltas en los

combates, con sus enormes taladros y brazos serrados perforadores alzados hacia el cielo como si fueran las extremidades de una mantis.

Marius Vairosean dirigía a su compañía de aullantes guerreros de los Kakophoni contra el flanco occidental de las instalaciones y arrasaba de un modo sistemático todos los puestos defensivos con una ortodoxia metódica y cruel. Los sonidos armónicos aullantes de vibraciones disonantes resonaban en los desfiladeros de hierro que se extendían entre las enormes estructuras cada vez que las monstruosas armas sónicas destrozaban las uniones entre los átomos con una serie de frecuencias estrepitosas que retumbaban entre diferentes planos de la realidad.

Los edificios se desmoronaban como si los hubiesen construido con papel, y las oleadas sonoras abrasadoras abrieron enormes brechas en la roca basáltica del planeta. Los chillidos de los moribundos se entremezclaban con el crescendo musical de las ondas sonoras que chocaban entre sí, lo que formaba una sinfonía aullante de destrucción que recordaba a la locura eufórica de la *Maraviglia*.

Lucius había procurado mantenerse bien alejado de Marius Vairosean, ya que los Kakophoni estaban prácticamente sordos y no captaban más que los sonidos más fuertes y penetrantes, capaces de reventar los tímpanos. Un buen espadachín necesitaba un sentido del oído perfecto y que su oído interno no tuviera defecto alguno. Las descargas capaces de desgarrar nervios de aquellos intensísimos sonidos que además provocaban unas tremendas sensaciones dolorosas eran un placer al que tendría que renunciar.

El propio Fulgrim en persona encabezaba el ataque principal del asalto dirigido al corazón de la resistencia de los defensores del Mechanicum. Avanzaba rodeado por las moles de los exterminadores de la Guardia del Fénix. Julius Kaesoron combatía a su lado abriéndose un sangriento camino a través de las cohortes de servidores armados y las falanges de skitarii que resistían en los lugares de paso más estrechos con una serie de plataformas de armas automatizadas.

No tenían posibilidad alguna frente a la fuerza bruta del Fénix y de los guerreros de Kaesoron. El propio primarca era una fuerza destructiva imparable, y las armaduras de exterminador hacían que su escolta fuese casi invencible. Además, los pocos guerreros que sufrían una herida sentían que lo único que provocaba el dolor era que alcanzaran un grado todavía mayor de éxtasis.

El aspecto de Fulgrim era deslumbrante, un avatar enorme de belleza y de muerte. Llevaba la capa dorada extendida a la espalda, y la prenda reflejaba la disgregada luz solar creando una serie de arcos multicolores de un brillo cegador. Su armadura relucía igual que una baliza luminosa, y allá a donde iba, su espada gris cortaba hierro y carne híbrida sin detenerse en ningún momento. Cantaba mientras mataba, un lamento doloroso de la perdida Chemos en el que se hablaba del fin de la belleza y de un amor perdido que ya no se podría recuperar jamás.

Era algo mucho más hermoso que cualquier otra composición que hubiese cantado Coraline Aseneca, y a Lucius le pareció algo perverso que los hombres mecánicos que morían a su alrededor fueran incapaces de apreciar la belleza que los rodeaba y la gloria que representaba aquel que se agachaba para matarlos. Morían sin saber el honor que recibían, y Lucius los odió por ello.

Del interior de una de las refinerías envueltas en llamas surgieron varias bocanadas de humo, y Lucius aulló de frustración cuando su visión de Fulgrim inmerso en el combate quedó oculta por una capa de negrura y de nubes de color violeta. Le dio la espalda a todos los demás combates que se estaban librando a su alrededor y volvió a su propia lucha mortífera.

Fulgrim le había encomendado el mando del flanco oriental, y había dirigido a sus guerreros en una serie de fintas atrevidas que habían hecho salir a sus enemigos de las posiciones defensivas en las que se encontraban de un modo prosaicamente predecible. Uno por uno, todos aquellos contraataques se habían visto aislados y repelidos hasta que la línea defensiva se había quedado sin efectivos y los guerreros de Lucius habían podido avanzar sin encontrar ninguna clase de verdadera resistencia. Trazó una senda plateada y carmesí a través de las defensas, rodeando cada bolsa de resistencia para luego eliminar al guerrero más amenazador con una estocada elegante paradigma de una habilidad y de un desprecio sobrecogedores.

Se subió de un salto a los restos de una máquina de batalla derribada. Era un bípedo de diez metros de alto que tenía una gran fisura en el compartimento que albergaba al princeps. Del interior de la cabina fluía lentamente un gel amniótico de color rosado. Lucius había visto salir a la máquina dando grandes zancadas del interior de un hangar blindado que se encontraba en el borde de la línea defensiva, y durante un momento consideró la idea de enfrentarse a ella. Su enorme vanidad había hecho acto de presencia, y tras desecharla, se echó a reír ante una idea tan descabellada. Sólo un estúpido se atrevería a enfrentarse en un combate singular a aquella máquina, y el artefacto había caído víctima del fuego cruzado de varios cañones sónicos antes de acabar de dar una docena de pasos.

Lucius alzó la espada hacia el cielo reluciente, adoptando así una postura heroica apropiada para que lo contemplaran sus guerreros.

—¡Adelante! ¡Directos a esos fuegos para demostrar a esos hombres mecanizados lo que de verdad significa el dolor!

Nada más gritar aquello, la nube de humo se dispersó y el retumbar de unas tremendas pisadas hizo que el suelo se estremeciera. Una cabeza bestial y rugiente se alzó muy por encima de Lucius tras surgir de la capa de humo. La cabina de la máquina de guerra estaba fundida en bronce con la forma de un mastín de caza, y de ella colgaban unos cuantos estandartes que se agitaban sacudidos por las vaharadas de aire caliente. En el caparazón marrón y gris que formaba el torso de la máquina se

veía el emblema de un águila dorada y un par de espadas cruzadas.

La enorme máquina de guerra surgió de las ruinas de la fábrica, y Lucius sintió un maravilloso e inesperado sobresalto de terror cuando vio que se dirigía hacia él, hacia los restos de su hermano derribado.

—Ahhh, sí. Cazan en pareja —comentó.

Los brazos de la máquina de guerra se elevaron para disparar. Se oyó un tableteo mecánico cuando los cargadores automáticos metieron los proyectiles de gran calibre en la recámara de aquellos cañones de tamaño monstruoso. Lucius se mantuvo en actitud desafiante sobre el caparazón roto del hermano caído del titán, y saltó en el último momento, cuando su enemigo abrió fuego con todas sus armas y provocó un estruendo ensordecedor semejante al de un millar de martillos que golpearan el yunque de un dios de la guerra. Rodó al chocar contra el suelo, y quedó cegado de forma momentánea por el huracán de fragmentos de piedra, de polvo y de gases propelentes.

La pira rugiente en la que quedaron convertidos los restos del titán brilló con intensidad a su espalda. Lucius se puso en pie de un salto al distinguir la silueta ennegrecida de la máquina de batalla recortada contra las llamas. Llevaba la cabeza inclinada hacia adelante, como si estuviera siguiendo su olor, en actitud de caza, y Lucius empuñó con más fuerza sus espadas.

Los cañones rugieron de nuevo, y numerosos guerreros de los Hijos del Emperador desaparecieron al instante arrasados por aquella tormenta de fuego que convirtió el suelo en gravilla. Las armaduras quedaron despedazadas bajo el poder de aquellos proyectiles, los cuerpos se vaporizaron, y los gritos de los moribundos, llenos de dolor, eran musicales y breves.

El fuego de respuesta de los Hijos del Emperador acribilló al titán, y los escudos que lo protegían brillaron y centellearon con unas cegadoras descargas de energía. Los impactos más potentes abrieron grietas en los escudos igual que piedras arrojadas a un estanque de agua fluorescente. Un misil cruzó rugiente al aire en dirección al titán, y la cabeza explosiva estalló convertida en una bola roja de plasma hipercalentado. Una descarga de sonido aullante recorrió el aire, pero los escudos lograron mantenerse. Sin embargo, Lucius sabía que debían de estar a punto de ceder.

—¡Ven aquí, cabrón! —le gritó mientras disfrutaba de la mezcla de emociones salvajes que le recorrían el cuerpo.

Las modificaciones que el apotecario Fabius le había efectuado en el sistema nervioso respondieron a los intensos estímulos que le rodeaban y le proporcionaron toda una serie de activadores del placer y de la producción de hormonas. Un instante después, Lucius fue más veloz, más fuerte e hipersensible a todo su entorno.

La cabeza de mastín se volvió para mirarlo, y la sirena de combate lanzó un aullido desgarrador lleno de rabia y de pena. Lucius respondió a aquel bramido

furioso con un rugido de desafío. Todos sus sentidos, agudizados de forma extrema de aquel modo tan repentino, captaron una miríada de detalles insignificantes en un solo instante: la textura pulida de la superficie de la cubierta metálica, las agresivas vaharadas de humo hirviente que surgían de las armas al disparar, el destello de las luces de colores de los paneles de control de la cabina de mando, el goteo de los gases de refrigeración de los mecanismos ocultos bajo el caparazón, y el sabor amargo, a hierro, de la conciencia que albergaba su núcleo.

Todo esto, y un millar de sensaciones más, recorrieron y atravesaron a Lucius en una fracción de segundo. La intensidad del conjunto lo hizo tambalearse, y tuvo que parpadear para librarse de la multitud de puntitos luminosos que se le aparecieron a la vista. La sirena de combate bramó una vez más cuando el titán apuntó con sus armas hacia Lucius. La máquina le guerra iba a desperdiciar toda una andanada en un solo guerrero, pero lo había visto subido al titán caído que había sido su hermano, y eso había lecho que el guerrero quedara marcado para la muerte.

Lucius sabía que no podía enfrentarse a un enemigo tan poderoso como aquél, por lo que se dio la vuelta para huir corriendo. Sin embargo, antes de que hubiera dado un solo paso, la silueta angélica de un guerrero con alas doradas descendió entre el humo. En una mano empuñaba una hoja del color del pedernal, y en la otra una pistola de cañón largo decorada con placas de plata y de ónice. Sus cabellos de color blanco puro se agitaron alrededor de sus rasgos perfectos cuando el chorro de calor procedente del reactor del titán lo alcanzó.

—Creo que éste me toca a mí, Lucius —le dijo el primarca al mismo tiempo que apuntaba con la pistola a la máquina de guerra.

Fulgrim disparó contra el titán con la misma calma de un duelista envuelto por la niebla matutina. Una lanza incandescente de luz casi cegadora cargada con el calor de una estrella recién nacida surgió del arma e impactó en el mismo centro de los escudos del titán. El destello aullante de una sobrecarga resonó con el mismo ruido que una multitud de espejos al romperse, y la poderosa esfera de energía palpitó igual que una tormenta solar.

Lucius salió despedido de espaldas por el aire y se estrelló con fuerza contra uno de los pináculos de cristal que se alzaban en el límite de las instalaciones. Una tremenda oleada de dolor le recorrió todo el cuerpo, y sonrió al notar el sabor de la sangre en la boca.

A pesar de la neblina formada por el humo y por el dolor, vio con total claridad lo que ocurrió a continuación.

Fulgrim estaba de pie, solo, delante de la máquina de guerra. Había dejado caer la pistola, y aunque todavía empuñaba la espada, lo hacía en dirección al suelo. Los cargadores automáticos del titán llevaron las ristras de proyectiles desde los contenedores dorsales hasta los cañones, y las recámaras emitieron un chasquido al

recibirlos. Fulgrim alzó la mano que tenía libre en dirección a la máquina de guerra, en un gesto que parecía exigirle que se detuviera.

Lucius se echó a reír ante lo absurdo del gesto.

Pero Fulgrim no lo había hecho como un simple desafío.

Alrededor del Fénix apareció una aureola brillante de luz nebulosa, con la superficie cubierta de unos relámpagos apenas visibles. Sus dedos extendidos se cerraron para formar un puño, y luego giró la mano igual que si tirara de unas cuerdas invisibles.

La máquina de guerra detuvo por completo su avance, y la cabina se alzó hacia el cielo mientras los brazos se agitaban igual que si hubiera sufrido un horrible ataque de espasmos. Fulgrim siguió girando y moviendo la mano en el aire, y la sirena de combate del titán aulló de puro horror. Los paneles de la cabina de mando estallaron y lanzaron una lluvia de cristales a su alrededor al mismo tiempo que la máquina se desplomaba sobre sus patas sibilantes.

Lucius contempló con fascinación horrorizada cómo salían a presión de la cabina de mando una serie de masas de carne, cómo se hinchaban y palpitaban con una vitalidad grotesca. La masa creciente de carne gelatinosa cubrió toda la cabeza de mastín y bajó por el caparazón blindado del titán, formando tentáculos de color rosa intenso, como si fuera un cuerpo mutante en carne viva.

Lucius se puso en pie, asombrado y maravillosamente horrorizado ante la clase de muerte que estaba sufriendo el titán. El fluido amniótico cayó formando una leve llovizna desde el cuerpo reventado de la maquina de guerra. Todos y cada uno de los orificios y de los conductos de ventilación estaban completamente obstruidos por las monstruosas excrecencias de carne en desenfrenado crecimiento que procedían de la tripulación humana. El hedor era terrible, y Lucius inspiró profundamente para saborear la pestilencia a carne quemada, una carne que ya comenzaba a pudrirse.

Se acercó al primarca mientras éste se agachaba para recuperar su pistola.

—¿Qué es lo que habéis hecho? —le preguntó.

Fulgrim fijó en él la mirada muerta de sus ojos negros.

—Un pequeño truco de los poderes que me otorgan sus energías. Una tontería, nada importante.

Lucius levantó una mano y dejó que uno de los goterones de carne reluciente le cayera en la palma. Estaba húmeda y cubierta de manchas negras de necrosis. La textura esponjosa era levemente resbaladiza, y se descompuso ante la mirada del espadachín.

—¿Podría aprender a hacer algo parecido?

Fulgrim se echó a reír y se inclinó sobre Lucius para ponerle una de sus delicadas manos sobre una hombrera. El aliento del primarca era dulzón y empalagoso. Le recordó al incienso de un templo y a la glucosa. El calor que desprendía su piel era

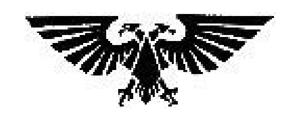
semejante al de un arma de plasma peligrosamente cercana al sobrecalentamiento. Fulgrim lo miró intensamente a los ojos, como si buscara algo que ya sospechara que existía allí dentro. Lucius notó el poder de la mirada de su señor, y supo que lo que le devolvía la mirada era mucho más antiguo y malvado de lo que él jamás llegaría a ser.

—Quizá podrías llegar a lograrlo —le respondió Fulgrim con un gesto de asentimiento lleno de diversión—. Creo que tienes el potencial para llegar algún día a ser como yo.

Fulgrim apartó la mirada, lo que fue un alivio para Lucius, cuando el sonido de los combates comenzó a disminuir de volumen.

—Ah, vaya. La batalla se acaba —comentó el primarca—. Bien. Ya empezaba a aburrirme.

Y sin decir una sola palabra más, Fulgrim se encaminó hacia el bosque de columnas de cristal reflectante y dejó a Lucius a solas con la máquina de batalla muerta.



CINCO

Allí había belleza, una auténtica belleza, y tuvo ganas de llorar ante semejante espectáculo.

Sus guerreros sólo eran capaces de ver las propiedades físicas del bosque de cristal, pero Fulgrim vio la verdad que albergaba aquel lugar, una verdad que nadie más que él podía llegar a contemplar.

Las torres de cristal centelleantes, con una superficie que recordaba al diamante, surgían como columnas del suelo negro. Constituían un enorme monumento a las infinitas maravillas geológicas que existían en la galaxia. Ninguna de aquellas torres medía menos de cien metros, e incluso la más delgada tenía más de diez metros de diámetro. Cientos de miles de aquellas columnas se extendían hasta el horizonte, y cubrían toda aquella vasta extensión de terreno con su majestuosidad reluciente.

Surgían del suelo en formaciones espesas, donde crecían igual que los bosques orgánicos, creando sendas serpenteantes entre ellas. Fulgrim cambió de dirección al azar continuamente mientras se adentraba cada vez más y más en el centelleante bosque de cristal sin importarle hacia dónde iba. No resultaría difícil perderse en aquella selva cambiante de espejos. El primarca recordó una narración apócrifa sobre un guerrero perdido que quedó atrapado en un laberinto invisible que se alzaba en la meseta de Érice de Venus.

El muy estúpido había muerto prácticamente al lado de una salida, pero Fulgrim no temía que le ocurriera algo parecido. Él sería capaz de volver sobre sus propios pasos en mitad de aquel territorio desconocido sin ni siquiera tener que abrir los ojos.

Alargó una mano y paseó los dedos sobre los pulidos lados de las torres, y disfrutó de las diminutas imperfecciones de su superficie de silicato. Algunas tenían un aspecto lechoso y translúcido, mientras que otras eran completamente opacas, pero la mayoría mostraban un acabado semejante al de un espejo, y parecían un millón de lanzas que pertenecieran a un ejército de gigantes que había decidido dejarlas

clavadas en la arena negra.

Fulgrim había leído sobre la existencia de un ejército enterrado en la antigua Terra. Se trataba de un ejército de soldados de arcilla dispuesto a proteger a un emperador muerto que temía la venganza de las incontables almas que había enviado al otro mundo en sus guerras de conquista. Aquello no era nada parecido, pero le divirtió imaginarse que caminaba entre las tumbas de un enorme ejército de colosos, y trazó un saludo imaginario e informal a los guerreros muertos sobre cuyas tumbas paseaba.

La batalla que habían librado para apoderarse de las instalaciones del Mechanicum lo había divertido un poco, pero había sido algo demasiado breve. Luchar contra un enemigo que no sentía desesperación alguna ante su destrucción total o que no suplicaba misericordia era una tarea aburrida y sin emoción alguna, y Fulgrim se sintió decepcionado por la incapacidad del Mechanicum de experimentar el éxtasis que tanto él como sus guerreros les habían concedido. Por supuesto, ya sabía que algo así ocurriría, pero le irritaba que sus oponentes le hubieran negado de un modo tan egoísta la emoción de oír sus gritos y de sentir el gozo de sus muertes.

Se le ensombreció el ánimo al pensar en el comportamiento tan zafio que había mostrado su enemigo, y alargó la mano de forma instintiva hacia la espada laer antes de recordar que se la había regalado a Lucius. Fulgrim se echó a reír ante la idea de que Lucius pudiera convertirse en alguien como él. Sin duda, el espadachín estaba tocado por los dioses, pero ningún mortal podría lograr lo que él había logrado, convertirse en lo que se había convertido.

Fulgrim se detuvo en mitad del paseo y se volvió con lentitud mientras contemplaba y valoraba la verdadera belleza que lo rodeaba. No se trataba del poder para esculpir que tenían los planetas. Eso no era más que un simple accidente geológico. Tampoco se trataba del cielo resplandeciente que se extendía sobre él. Aquello no era más que un efecto pintoresco producido por la contaminación y los elementos químicos de la atmósfera. No. La verdadera belleza de aquel lugar no era algo accidental, no era un hecho casual. Al contrario, se trataba de una maravilla única de concepto, de voluntad y de perfección.

Sus múltiples reflejos lo rodeaban, la perfección más increíble condensada en una forma viviente.

Fulgrim contempló cómo su imagen aumentaba o se alejaba con cada vuelta al azar que daba. Estaba embelesado con sus rasgos exquisitos, su rostro noble, su porte regio. ¿Quién podría rivalizar con él en perfección? ¿Horus? Difícilmente. ¿Guilliman? Ni por asomo.

Sólo Sanguinius se le acercaba algo en el plano estético, pero incluso su maravilloso aspecto era defectuoso. ¿Qué clase de ser perfecto podría verse

maldecido con una mutación que lo marcaba convirtiéndolo en un recordatorio de unos mitos y unas creencias antiquísimas?

Y Ferrus Manus… ¿qué hay de él?

—¡Está muerto! —rugió Fulgrim.

Su voz resonó con un eco extraño a través de las densas capas del bosque de cristal.

MUERTO, MUERTo, MUERto, MUErto, MUerto, muerto…

Fulgrim giró sobre sí mismo a medida que los gritos distorsionados volvían a él como acusaciones. Se enfureció y desenvainó la espada. Empezó a propinarle tajos a la columna más cercana, lo que provocó una lluvia de fragmentos de cristal afilados como cuchillas que cayeron por doquier. Lanzó una serie de mandobles contra su propio reflejo, como si lo desafiara a que le respondiera. Atravesó la estructura cristalina con unos golpes terribles de un poder tremendo.

La hoja tallada en pedernal cortó igual que el hacha de un leñador, pero no perdió filo en absoluto a pesar de un manejo tan descuidado. Una conciencia muy superior a la humana la había creado, y dentro de su aspecto primitivo albergaba el poder de matar dioses.

—¡Todos mis hermanos son crueles y magníficos a su manera! —aulló Fulgrim, subrayando cada palabra con un fuerte tajo—. Pero todos y cada uno de ellos son una creación defectuosa, estropeada para siempre por una maldición que algún día será el fin para ellos. Sólo yo soy perfecto. ¡Sólo yo he sido templado en la forja de la pérdida y de la traición!

Por fin, su rabia intempestiva y caprichosa se disipó y retrocedió apartándose de la columna destrozada. Cegado por la furia, había cortado hasta la mitad de la base, y la torre de cristal empezó a tambalearse al perder la estabilidad estructural. El cristal crujió con un sonido semejante al de los disparos cuando la columna se partió a la altura de los cortes efectuados por Fulgrim. Luego se desplomó igual que un árbol derribado a hachazos y se estrelló contra el suelo, donde se convirtió en una tormenta de fragmentos cristalinos. Con su caída provocó el desplome de otra docena de columnas, y una amplia sección del bosque cayó contra el suelo con un estruendo retumbante y sonoro de cristales rotos.

El trueno de las torres derribadas resonó alrededor de Fulgrim, convertido en un crescendo interminable de destrucción musical. El dolor provocado por un sonido tan agudo y quebradizo le atravesó el cerebro, y fue un inmenso placer. Sus guerreros sin duda oirían aquel ruido, pero si acudían a ese lugar, no sería por temor a que le hubiese ocurrido algo a su primarca, sino para disfrutar del sonido sublime producido por una devastación tan caprichosa. Se preguntó cuánto tiempo habrían tardado aquellas columnas en alcanzar esa altura titánica. Miles de años. Quizá más.

—Tardaron milenios en crecer, y sólo ha hecho falta un instante para destruirlas

—dijo con un tono de voz bastante desdeñoso—. Eso es toda una lección.

El eco del derrumbe de la columna se apagó y Fulgrim permaneció a la escucha de cualquier otra voz que sonara en el bosque. ¿Había oído a alguien pronunciar el nombre de su hermano, o había sido algo producto de su imaginación? Sostuvo la espada por delante de él y se quedó contemplando el reflejo pulido de su superficie pétrea mientras un recuerdo persistente pero que no lograba concretar le aguijoneaba la consciencia.

Ya había oido con anterioridad una voz sin cuerpo, ¿verdad?

Le había contado cosas terribles y secretas. Cosas insoportables. Fulgrim cerró los ojos y se llevó una mano a la cara para taparse las sienes con los dedos mientras intentaba recordar.

Estoy aquí, hermano. Siempre estaré aquí.

Fulgrim alzó la vista sorprendido, y una emoción que había dejado a un lado mucho tiempo atrás durante su ascenso a la gloria le atravesó el pecho como la punta de una lanza empuñada por el propio Khan en persona.

En la profundidad del bosque de columnas de espejo vio la figura de un guerrero poderoso equipado con una gastada armadura de combate del color del ónice pulido. Un rostro tallado en granito le devolvió la mirada a Fulgrim, y el primarca de los Hijos del Emperador gritó al ver la expresión de dolorosa pena infinita que se veía en las gruesas pepitas de color plateado que eran sus ojos.

—¡No! No puede ser… —susurró Fulgrim.

El primarca avanzó a través de los grandes colmillos de cristal que sobresalían del suelo. Se abrió heridas en las manos y arañó las placas impolutas de su armadura en su prisa por avanzar. Se tambaleó igual que si estuviera borracho, sin dejar de golpear a izquierda y derecha para romper o apartar los fragmentos de cristal todavía en pie o los trozos caídos que se mantenían en vertical y que antaño se habían elevado hacia los cielos.

—¿Tú qué eres? —chilló.

El eco de su grito rebotó a su alrededor de tal manera que dio la impresión de que una hueste de voces enfurecidas le exigía una respuesta. Perdió de vista al guerrero de negro mientras corría y se adentraba todavía más en aquel laberinto de espejos sin importarle otra cosa que desenmascarar la identidad de aquel invasor de su soledad.

Lo único que veía cada vez que levantaba la mirada era su propio reflejo con gesto de desesperación, con el rostro de rasgos aquilinos retorcido hasta mostrar un aspecto desagradable a causa de los ángulos desiguales y enloquecidos de las columnas. Ver su maravilloso rostro deformado por un capricho de la geometría reflectante lo enfureció, y se detuvo en un claro desigual que se abría entre aquellas torres.

Giró sobre sí mismo y desafió a sus reflejos a que mostraran algo que no fuera su

verdadera belleza.

Más de un centenar de Fulgrims le devolvieron la mirada con la misma expresión de rabia, aunque sólo en ese instante, quieto y enfurecido, fue capaz de captar el dolor y el pánico en aquellos ojos tan negros.

—¿Dónde estás? —exigió saber.

Aquí estoy, le respondió uno de los reflejos.

Estoy donde me abandonaste para que me pudriera, le contestó otro.

La ira de Fulgrim se desvaneció igual que una gota de agua que hubiera caído sobre la cubierta ardiente de una máquina. Aquello era nuevo, aquello era inesperado, y por lo tanto, había que disfrutarlo. Recorrió todo el claro en una lenta circunferencia fijando la mirada en cada uno de los reflejos, pero procurando no perder de vista a los demás. Aquellos reflejos, ¿eran de él, o tenían vida propia y simplemente estaban imitando todos sus movimientos? No sabía cómo podría ser posible algo así, pero se trataba de una diversión fascinante.

—¿Quién eres? —preguntó en voz alta.

Ya sabes quién soy. Me robaste lo que era mío por derecho.

—No. Siempre fue mío —lo contradijo Fulgrim.

No es así. Tú sólo tomaste prestada la carne en la que caminas. Siempre ha sido mía y siempre lo será.

Fulgrim sonrió al reconocer la consciencia que se ocultaba tras la miríada de voces y de reflejos en los cristales rotos. Ya se había esperado algo así, y saber con quién estaba conversando le proporcionó una sensación de fraternidad muy agradable. Fulgrim envainó el anatam, seguro ya de que él no era el origen de las voces.

—Me preguntaba cuándo lograrías comunicarte con el exterior de la jaula dorada que tienes por prisión. Has tardado más de lo que me esperaba.

Su reflejo le sonrió.

Estar confinado es toda una experiencia nueva para mí. Me ha llevado cierto tiempo acostumbrarme. Una libertad como la que yo poseía es difícil de olvidar.

Fulgrim se echó a reír ante la petulancia que sonaba en la voz del reflejo.

—¿Y por qué me has mostrado a Ferrus Manus? —le preguntó al millar de reflejos.

¿Qué mejor espejo existe que el rostro de un viejo amigo? Sólo aquellos a los que amamos tienen el poder de mostrarnos nuestro verdadero yo.

—¿Se trata de la culpabilidad? ¿Crees que puedes lograr que te devuelva este cuerpo haciendo que sienta vergüenza? —inquirió el primarca.

¿Vergüenza? No, tú y yo hace mucho tiempo que dejamos la vergüenza atrás.

—Entonces, ¿a qué viene mostrarme al Gorgón? —insistió Fulgrim—. Este cuerpo es mío, y ningún poder del universo podrá obligarme a abandonarlo.

Pero sería mucho lo que podríamos conseguir si yo lo controlara de nuevo.

—Yo conseguiré mucho más —le prometió Fulgrim.

Tú síguete diciéndote eso para convencerte —le respondió su reflejo, riéndose—. *No puedes saber las cosas que yo sé.*

—Sé todo lo que tú sabías —le replicó Fulgrim, al mismo tiempo que levantaba los brazos y curvaba los dedos como si fuera un virtuoso del piano preparándose para tocar—. Deberías ver lo que soy capaz de hacer ahora.

Trucos de salón —se burló el reflejo, y apartó la mirada hacia otro de los espejos.

—Eres muy mal mentiroso —se rió Fulgrim—. Pero no debería esperar menos. Antaño engañaste a aquellos de mente débil con promesas de poder, pero lo que realmente les ofrecías era la esclavitud.

Todos los seres vivos están esclavizados a algo, ya sean las ansias de riquezas y poder o el deseo de posesiones materiales y de nuevas experiencias. O el deseo de formar parte de algo más grande que uno mismo…

—No soy el esclavo de nadie —declaró Fulgrim, y todos sus reflejos se echaron a reír. Aquel centenar de esos burlones lo atravesaron más profundamente de lo que podría lograrlo ninguna espada.

Ahora eres más esclavo que nunca —le contestó con voz sibilante su relejo—. *Existes atrapado en un cuerpo de carne y hueso, encerrado en una máquina rota que te machacará hasta convertirte en ceniza. No puedes saber lo que es la verdadera libertad hasta que hayas conseguido un poder más allá de lo imaginable. Es decir, conocer el poder de un dios. Libérame y te mostraré cómo podemos ascender juntos para lograrlo*.

Fulgrim meneó la cabeza en un gesto negativo.

—Sería mejor todavía someter ese poder y obligarlo a cumplir tu voluntad.

Juntos podremos experimentar maravillas increíbles —le ofreció el reflejo que tenía a su izquierda.

Un universo de sensaciones —dijo otro.

Está ahí para que lo poseamos —añadió un tercero.

—Di lo que quieras. No tienes nada que ofrecerme —le replicó Fulgrim.

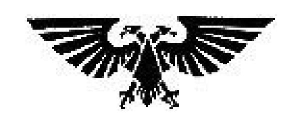
¿Eso crees? Entonces es que no comprendes nada de ese cuerpo que reclamas como tuyo.

—Ya me he cansado de tus juegos —dijo Fulgrim, al mismo tiempo que se daba media vuelta, pero se encontró cara a cara con más reflejos—. Te quedarás donde estás y no volveremos a hablar.

Por favor —le suplicó uno de los reflejos, que de repente mostró una expresión de arrepentimiento—. *No puedo seguir existiendo de este modo. Aquí hace frio y está oscuro. La oscuridad me asfixia por todos lados, y tengo miedo de desaparecer pronto*.

Fulgrim se inclinó para acercarse a la superficie reflectante de una de las columnas de cristal y le sonrió.

—No temas a ese respecto, hermano —lo tranquilizó—. Pienso mantenerte mucho, mucho tiempo, tenlo por seguro.



SEIS

La flota permaneció en órbita alrededor del planeta durante seis días. Dedicaron ese tiempo a sacar los bosques de cristal que el Mechanicum tenía almacenados en sus silos y llenaron con aquel material centelleante las bodegas de carga de las cinco naves de transporte pesado que habían capturado. Fulgrim exigió que se llevaran cada trozo, cada fragmento pulverizado y cada columna que pudieran sacar del planeta, aunque no dio explicación alguna sobre el uso que pensaba darle a todo aquel botín de mineral.

Los Hijos del Emperador se divirtieron a lo largo de esos seis días con los pocos prisioneros que habían hecho. Los utilizaron de un modo demasiado terrible como para describirlo antes de pasárselos a la siguiente compañía de guerreros. Lucius libró una serie duelos solitarios en los últimos restos de las torres de cristal, enfrentado a sus propios reflejos y contrarrestando cada estocada, cada tajo y cada bloqueo con otro movimiento brillante y veloz. Estaba a las puertas de ser todo lo buen espadachín que podía llegar a ser un mortal. Poseía el equilibrio ideal entre las estocadas de ataque y de defensa, una habilidad impecable con los movinientos de los pies y una necesidad patológica de sentir dolor.

Ésa era la debilidad de la mayoría de sus oponentes: temían sentir dolor.

Lucius no albergaba ese temor, y sólo los guerreros poseídos por la furia de combate más enloquecida eran capaces de tener alguna oportunidad al enfrentarse a él. A un guerrero preso de ese estado no le importaba en absoluto su propia vida, por lo que sólo dejaba de luchar cuando estaba muerto. Lucius recordó a un capitán de los Devoradores de Mundos que vio combatir en Istvaan III. Todavía tenía grabado en la mente cómo atravesó las líneas de sus propios guerreros como si fuera un poseso enloquecido.

Enfrentarse a un guerrero como ése sería la verdadera prueba de la habilidad de Lucius, y por mucho que a éste le gustara creer que era invencible, sabía que no era

así. No existía un solo guerrero que fuera invencible. Siempre habría alguien más veloz, o más fuerte, o más afortunado. Sin embargo, en vez de temer a un oponente así, Lucius ansiaba enfrentarse a él.

Su reflejo avanzó y retrocedió a la par que él, igualando todos y cada uno de sus movimientos. No importaba lo veloces que fueran sus ataques lo vertiginosas que fuesen sus estocadas de respuesta, no era capaz de romper la defensa de su reflejo. Movió las espadas con más rapidez, y los ataques se sucedieron de forma imparable, cada uno más veloz que el anterior. Lucius se movía ya más rápidamente que ningún otro espadachín vivo, y sus armas formaron una esfera plateada y reluciente a su alrededor, un intrincado baile de espadas que habría sido una insensatez interrumpir.

—Demasiado concentrado en ti mismo, espadachín —dijo Julius Kaesoron, al mismo tiempo que salía de la parte posterior de un gran trozo de cristal roto—. ¿Es que quieres que te dejen aquí abandonado?

Lucius trastabilló, y las dos espadas chocaron entre sí con un chasquido resonante de filos mortíferos. La espada de Terra se quejó chirriando cuando la espada laer la embotó con un rechinar alegre de metal contra metal. Lucius convirtió el tropezón en un giro completo y las dos espadas silbaron al cortar el aire para posarse en la garganta del primer capitán.

—Eso no ha sido muy inteligente —le dijo.

Kaesoron apartó las hojas afiladas con un simple manotazo y se echó reír con un gorgoteo de fluidos y espumarajos. Le dio la espalda a Lucius y señaló con un gesto las instalaciones destruidas del Mechanicum, donde las últimas naves de transporte atmosférico despegaban para llevar su pesada carga lejos de la roca destrozada en la que se había convertido aquella zona del planeta.

No quedaba casi nada de los bosques de cristal. El horizonte estaba ahora desprovisto de su presencia y los silos habían sido destrozados mientras sacaban los cristales de su interior. Las escuadras aullantes de Marius Vairosean reventaron lo poco que quedaba en pie hasta convertirlo en átomos dispersos mediante descargas sónicas entrecruzadas de ruidos completamente inarmónicos. No pasaría mucho tiempo antes de que pareciera que aquel lugar no había existido nunca.

Lucius siguió al trote al primer capitán.

—¿Crees que no te mataría, Kaesoron? —le preguntó enfurecido por el desprecio displicente que el guerrero había mostrado frente a su amenaza.

—Lucius, no eres más que una víbora, pero ni siquiera tú eres tan estúpido.

El espadachín deseó replicarle, pero sabía que no tendría sentido enfrentarse a aquel individuo. El primer capitán lo dejaría abandonado allí sin pensárselo dos veces, y sin apenas sentir emoción alguna al respecto.

—El primarca ha sido muy concienzudo —comentó Lucius mientras envainaba las espadas y contemplaba cómo ascendía la última nave de transporte impulsada por

el chorro de los motores, activados al máximo para vencer la gravedad—. ¿Para qué los querrá?

—¿Los cristales?

—Por supuesto. Los cristales.

Kaesoron se encogió de hombros. El asunto no le interesaba lo más mínimo.

—El primarca los quería, así que nos los llevamos. Lo que quiera hacer con ellos no me importa en absoluto.

—¿De verdad? Y tú eres el que dices que estoy demasiado concentrado en mi mismo —comentó Lucius.

—¿Es que acaso a ti te importa? —le replicó Kaesoron—. No lo creo. Para ti, el mundo empieza y acaba contigo, Lucius, lo mismo que el mío se centra en aquello que me permite disfrutar de los mayores excesos y del éxtasis más oscuro. Existimos para saciar todos nuestros deseos hasta los límites más extremos de cada sensación, pero lo hacemos al servicio de un poder más grande que cualquiera de nosotros, más grande incluso que cualquier primarca.

—¿Más grande que el Fénix, o incluso que el propio señor de la guerra?

—Ellos son seres luminosos, pero no son más que los recipientes de un poder más antiguo de lo que tú o yo podríamos imaginarnos nunca.

—¿Cómo sabes todo eso? —lo interrogó Lucius.

—Espadachín, se puede encontrar la sabiduría en el sufrimiento. Istvaan V me lo demostró. La bendición del dolor y el éxtasis de la agonía es el modo en el que mostramos y ofrecemos nuestra devoción. Tú todavía no has conocido el verdadero sufrimiento porque eres débil. Sigues aferrado a la idea de lo que fuimos, no de aquello en lo que nos hemos convertido.

Lucius se irritó enormemente ante el modo despreocupado con el que Kaesoron había despreciado su propio sufrimiento y su habilidad, pero no respondió nada, ya que estaba ansioso de enterarse de más cosas como las que le estaba contando el primer capitán.

—Lord Fulgrim ha conocido el mayor dolor posible en esta galaxia, y sabe cuál es la verdad en el fondo de su corazón —siguió diciendo Kaesoron, y Lucius captó un cambio en el tono de voz rasposo, notó el temblor de la duda—. Desde… Istvaan me ha mostrado visiones que yo jamás habría soñado tener, dolor y asombro, arrobamiento y desesperación.

¿Sería posible?

¿Acaso Kaesoron sospechaba lo mismo que él?

Lucius se arriesgó a mirar de reojo al primer capitán, pero el cráneo de guerrero había quedado tan destrozado y sufrido tal reconstrucción que resultaba imposible adivinar su estado de ánimo por sus rasgos. El estruendo resonante del metal al ser atomizado los asaltó cuando el último silo se desplomó, y sus destructores aullaron

cuando el sonido ensordecedor le provocó punzadas de placer por todo el cerebro.

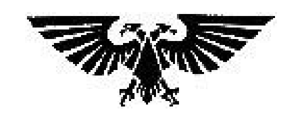
Marius Vairosean se dirigió hacia ellos dos mientras el último Stormbird descendía a través de la mancha del cielo decorado por un arco iris. Lucius se esforzó para que el cielo le pareciera hermoso, para sentirse conmovido por sus intensos colores y las extrañas mezcolanzas de tono que jamás había visto antes.

Se sentía vacío, lo único que quería era marcharse de aquel planeta. Ya no había nada que le interesara, y notó que la ira lo invadía al verse desprovisto de todo estímulo.

—Un magnífico final —les comentó Marius. Las palabras salieron a borbotones debido a sus mandíbulas deformadas. Lucius tuvo ganas de clavarle las dos espadas en el pecho a Vairosean, aunque sólo fuera por sentir algo, pero se resistió con dificultad al impulso.

—Desprecio este lugar —le respondió Lucius, que estaba impaciente por salir ya de aquella roca vulgar a la que llamaban planeta.

—Yo ya lo he olvidado —afirmó Kaesoron.



SIETE

El sueño seguía aferrado a los bordes desiguales de su consciencia. El miedo todavía persistente y las sospechas asfixiantes le colgaban del ánimo igual que si llevara un albatros al cuello. Los pasillos del *Orgullo del Emperador* nunca estaban completamente en silencio. El eco de los gritos resonaba de un extremo a otro de la nave formando un coro constante de placeres libertinos sin desenfreno. La mayoría de los gritos eran de dolor, pero muchos indicaban placer.

Cada día gris que pasaba era más difícil notar la diferencia entre ambos tipos de gritos.

Sin embargo, esa zona de la nave estaba abandonada y olvidada igual que un secreto inmundo, con la esperanza de que se desvanecería si no se le hacía caso el tiempo suficiente. En aquel amplio corredor no se veía luz alguna, ni resonaban la música o los gritos. No había danzas descoordinadas llenas de dolor, ni tributos de carne a unas torturas magistralmente dolorosas. Daba la impresión de que aquel lugar no existía, como si no perteneciera al resto de la nave y no estuviera unida a ella.

Lucius dobló una esquina y se encontró delante de las puertas de la enorme arcada que daba a *La Fenice*. Allí fue donde se desvaneció la impresión de que la zona estaba abandonada. Delante de las puertas vio desplegados a seis guerreros equipados con armaduras pintadas de azul, de rosa y de púrpura. Llevaban puestas unas capas doradas andrajosas que caían igual que cascadas asimétricas de los pinchos incorporados a sus hombreras. En las placas pectorales se veían unas aves rapaces carmesíes que surgían de unas tremendas llamaradas de color rubí.

Los seis estaban armados con alabardas de hojas doradas. El filo de las armas centelleaba levemente con una luz mortífera. Un guerrero con una máscara de piel humana sobre el rostro se le acercó a la vez que giraba la hoja de la alabarda para apuntarlo con ella. Lucius estudió los movimientos del guerrero: eran tranquilos, llenos de confianza y fluidez. Estaba claro que no temía al espadachín, lo que

indicaba que era especialmente estúpido.

—La Guardia del Fénix —comentó Lucius con una sonrisa de satisfacción.

—Entrar en *La Fenice* equivale a una sentencia de muerte —le advirtió el guerrero con la voz apagada por la máscara de piel.

—Sí, eso he oído decir —le contestó Lucius con un tono de voz amistoso—. ¿Tú por qué crees que es así?

El guerrero de la Guardia del Fénix hizo caso omiso de la pregunta.

—Date la vuelta, espadachín. No pases de ahí y seguirás con vida.

Lucius se echó reír, divertido ante la seriedad de la respuesta y por la falta de realidad de aquella amenaza.

—¿De verdad? —dijo, al mismo tiempo que posaba las manos en las empuñaduras de las espadas—. ¿De verdad que tus amigos y tú seréis capaces de impedir que entre ahí?

El resto de los guerreros se desplegaron a su alrededor formando una circunferencia de acero letal.

—Márchate ahora mismo y vivirás —le insistió el guerrero que tenía delante.

—Sí, eso ya me lo has dicho, pero hay un problema. Quiero entrar ahí, y vosotros no me vais a detener. Haz caso de lo que te digo: me producirá un enorme placer mataros a los seis, pero creo que al fin y al cabo se trata de un enfrentamiento demasiado desigualado.

Lucius vio el ataque inminente en la mirada del guerrero de la Guardia del Fénix.

El acero cargado de energía partió el aire, pero Lucius ya se había apartado.

Lucius se agachó por debajo del tajo lanzado por el guerrero y desenvainó la espada terrana en un instante. Clavó la punta del arma en la ingle del guerrero de la máscara y luego la retorció de un modo salvaje para cortarle el fémur y la cadera hasta que le amputó la pierna. La sangre salió a chorros y el guerrero se desplomó con un grito en el que se mezclaron el dolor y la sorpresa. Lucius se echó con rapidez a un lado y la espada laer atravesó el costado del guerrero que tenía a la derecha. La armadura se rajó ante el metal alienígena y las entrañas de su oponente surgieron en tromba, como si quisieran verse libres de la cárcel de su cuerpo.

Sus órganos modificados agudizaban todas y cada una de sus sensaciones, y Lucius se rió ante lo vívido de su entorno. La oscuridad adquirió multitud de tonos. El olor de la sangre fue un cóctel embriagador de productos químicos antinaturales y de agentes biológicos. El relucir de las armas le recordó a la fanfarria explosiva que señaló el final de la ceremonia del Gran Triunfo. Oía su propia respiración como un rugido, y la circulación de la sangre en las venas le sonaba igual que los rápidos de un río. Tenía la impresión de que sus oponentes lo atacaban con una lentitud deliberada.

Una alabarda lo golpeó de refilón en la hombrera, y Lucius rodó siguiendo la dirección del arco del golpe. Se puso en pie de un salto, detuvo el siguiente ataque de

la alabarda y luego giró la mano alrededor del astil del arma para clavar la hoja de la espada en el casco de su enemigo. El guerrero de la Guardia del Fénix se desplomó sin emitir ningún sonido, y Lucius se apartó para esquivar un golpe de alabarda dirigido a partirlo de arriba a abajo, desde el cráneo hasta la pelvis.

Lucius contraatacó con una velocidad fulgurante. El primer tajo le arrebató la alabarda, a su oponente y el segundo le rebanó la garganta. El tercer mandoble lo decapitó, y Lucius tuvo que tirarse de inmediato a suelo para esquivar la punta de otra alabarda, dirigida al centro de su espalda. Se puso de rodillas con rapidez girando sobre sí mismo y cruzó las dos espadas por delante para detener la hoja de la alabarda mientras descendía hacia él. La fuerza que impulsaba el golpe era tremenda, muy superior a su propia resistencia, pero lo que hizo fue inclinar ambas espadas para lograr que la hoja cargada de energía se clavara en el suelo del pasillo. Lucius le propinó un tremendo puñetazo en el casco al guerrero de la Guardia del Fénix, lo que le partió el visor y provocó un gruñido de dolor que resonó en el interior del casco. Al guerrero se le escapó la alabarda de las manos, y alzó el antebrazo para detener un centelleante tajo dirigido a su garganta.

La afilada hoja amputó el brazo a la altura del codo, y Lucius giró sobre sí mismo para pegarse a su oponente y clavarle la espada laer hasta la empuñadura en mitad del pecho. Su víctima se derrumbó con un grito gorgoteante, pero lo agarró por la muñeca y lo arrastró al suelo con él. Lucius no pudo zafarse, pero se dejó llevar por la fuerza de su enemigo para esquivar el tajo de la alabarda del último guerrero de la Guardia del Fénix. Dio una voltereta en el aire y aterrizó sobre los dedos de los pies, aunque había dejado atrapada la espada laer en el pecho de su última víctima.

Lucius, armado sólo con la espada terrana, adoptó una posición de ataque un tanto teatral, con la espada en alto y moviendo la punta de la hoja en pequeños círculos. Era un truco muy viejo, pero su oponente no era un guerrero precisamente sutil, y Lucius vio que seguía con los ojos el movimiento de la hoja de la espada. Un instante después, saltó hacia adelante y realizó una finta a la derecha cuando su oponente se dio cuenta de su error. El guerrero de la Guardia del Fénix blandió la alabarda en un torpe arco para detener el ataque, pero Lucius ya había cambiado el ángulo de la estocada. Los clanes terravatios de los Urales habían forjado la espada en una época previa a la Unificación, y su filo jamás le había fallado.

Hasta ese momento.

La punta de la espada se enganchó en el borde roto del ala del ave que decoraba la placa pectoral, y el impacto provocó un tremendo retemblar por toda la hoja, que se partió inesperadamente. La punta salió despedida hacia atrás, hacia Lucius, convertida en un proyectil de acero afilado. Ni siquiera los reflejos y movimientos veloces hasta lo sobrenatural del espadachín fueron suficientes para salvarlo. El fragmento le abrió una profunda herida desde la sien izquierda hasta la mandíbula

inferior.

El dolor fue tan repentino, tan exquisito y tan maravillosamente inesperado que eso casi lo mató al tomarse un momento para disfrutarlo.

Al ver que se había librado de la muerte, el guerrero de la Guardia del Fénix atacó a Lucius con la punta de la alabarda. El extremo aguzado del arma rozó el metal de la placa pectoral del espadachín, pero ya no pudo acercarse más a su piel. Lucius partió el astil del arma con la espada rota y movió el índice de la otra mano en un gesto negativo de reprimenda.

—Eso ha sido todo un descuido por mi parte —dijo, y dejó escapar un suspiro levemente avergonzado—. Imagínate que me mata un patán como tú. Jamás lo superaría.

Antes de que el guerrero tuviera tiempo de contestarle o de lamentar la pérdida de su arma, Lucius se le echó encima y lanzó un tajo ejecutado de un modo exquisito que decapitó a su oponente, cuya cabeza salió volando por la cámara.

Lucius se agachó para recuperar la espada Laer. Tuvo que mover a un lado y a otro la empuñadura para lograr sacarla del cuerpo. La hoja salió por fin, y se acercó a arrancarle la máscara de piel humana al primer guerrero, al que se había creído capaz de detenerlo. Sentía curiosidad por ver qué aspecto tenía la cara de aquel que había pensado que tenía posibilidades de derrotarlo.

Era un rostro normal y corriente, y en los rasgos sencillos de esa cara vio la sonrisa burlona de Loken. El buen humor de Lucius desapareció de inmediato, y se puso en pie con el gesto torcido en una mueca de disgusto. Luego pisoteó la cara del guerrero. Al primer pisotón se rompieron los huesos, al segundo se partió el cráneo, y al tercero la cabeza reventó y a su alrededor se formó un charco de materia gris aplastada y trozos de hueso.

Lucius, enfurecido, limpió la hoja de la espada en el trozo reseco de piel de la máscara. Su humor cambió de nuevo de repente, igual que el viento, y sostuvo el rostro despellejado ante él, como si fuera un actor en un escenario.

—Hazme caso, estarás mejor separada de él —le dijo a la máscara al tiempo que señalaba el cráneo roto del guerrero al que se la había arrancado—. Era un cabrón muy feo, en serio.

Arrojó a un lado la máscara y se dirigió hacia la arcada que daba acceso *La Fenice*.

Antaño las puertas habían estado decoradas con pan de oro y plata, pero ahora se mostraban desprovistas casi por entero de esos adornos. Las bandas de locos frenéticos, desesperados por revivir los hermosos horrores de la *Maraviglia*, habían arañado las puertas hasta dejar los huesos de los dedos al aire en sus esfuerzos por entrar. Lucius vio trozos de uñas clavadas en la madera y extrajo unos cuantos. Disfrutó al pensar lo que se debía sentir cuando te las arrancaban de la carne.

—¿Qué es lo que esperas conseguir? —se preguntó a sí mismo.

No tenía respuesta para esa pregunta, pero a lo largo de los días que habían transcurrido desde que la legión partió del Racimo Prismático había aumentado su deseo, no, su necesidad, de saber qué había detrás de las puertas selladas de aquel teatro abandonado. Aquello era una desobediencia gravísima, y la propia transgresión que suponía aquel acto era razón suficiente para llevarlo a cabo.

La muerte de todos aquellos guerreros de la Guardia del Fénix hacía que fuera una estupidez pensar en cualquier posibilidad de dar marcha atrás.

Lucius abrió las puertas de par en par y entró en el teatro abandonado.



OCHO

Inspiró una profunda bocanada de aire estancado cuando la oscurida lo envolvió como un amante a medianoche. Tenía un regusto a metal y a carne, a polvo y a paso del tiempo. *La Fenice* fue antaño un lugar lleno de magia, pero sin el aliento de la vida para sostenerlo, el teatro era poco más que una cáscara vacía, carente de toda posibilidad de alegría. Lucius se esforzó por recordar la maravillosa anarquía que en aquel momento del pasado había llenado el lugar, la violencia sin sentido y las cópulas enloquecidas que llenaron el escenario y los palcos con una celebración de todo lo que era pasional y visceral.

Los recuerdos que conservaba de lo ocurrido eran vagos y confusos, algo parecido a un eco apagado más que al glorioso momento de despertar que él quería recordar. El escenario estaba astillado y cubierto de sangre, con las paredes llenas de manchas de fluidos apestosos de donde colgaban manojos de vísceras podridas que no deberían encontrarse fuera de un cuerpo humano. Los pájaros cantores que emocionaban con sus trinos desde sus jaulas doradas habían desaparecido, las luces también doradas estaban apagadas, pero los cuerpos medio descompuestos que se había esperado encontrar no se veían por ningún lado.

¿Quién se los habría llevado, y para qué?

Se le ocurrieron unas cuantas respuestas: por placer, para una disección, como trofeos. Sin embargo, ninguna de ellas le parecía probable. Lucius no vio señales de que hubieran arrastrado los cuerpos, tan sólo las manchas de los lugares donde habían caído los cuerpos. Daba la impresión de que algo que se encontrara en esa cámara les hubiera absorbido toda la sustancia, algo que fuera capaz de sacar fuerzas de la presencia de tanta muerte.

Lucius avanzó a lo largo de la vastedad resonante del teatro desierto. Sus pasos lo llevaron de un modo inevitable hacia el centro del escenario. Más arriba se encontraba el Nido del Fénix, y lanzó una mirada cautelosa por encima del hombro

cuando notó que se le erizaba la piel de la nuca ante la posible presencia del peligro. Tuvo la sensación de que unos ojos malignos lo estaban mirando, pero todos sus sentidos le decían que estaba a solas.

Su mirada se vio atraída hacia el único punto de luz de *La Fenice*, y Lucius no se sintió sorprendido al ver que el retrato de lord Flugrim no se parecía en absoluto a la magnífica obra de arte que había presidido el renacimiento de la legión. Tal y como aparecía en sus sueños, el retrato era una obra de una insipidez insulsa. Para los sentidos prosaicos y vulgares de cualquier mortal habría sido una obra maestra, pero para un guerrero de los Hijos del Emperador era una pieza sin vestigios de alma.

Al menos eso era lo que creía Lucius hasta que se fijó en los ojos del Fulgrim que tenía frente a él.

Fue igual que mirar en las profundidades de un abismo que te devolvía la mirada. Lucius vio allí una angustia terrible, un pozo insondable de agonía y de tormento que lo dejó sin aliento. La boca se le quedó abierta en un gesto de mudo asombro y se llenó de alegría al sentir un dolor tan exquisito. ¿Qué clase de ser era capaz de sentir semejante desesperación? Ningún mortal y ningún guerrero del Adeptus Astartes podría lanzarse a una profundidad de desdicha tan inconmensurable.

Tan sólo un ser podría conocer semejante horror.

Lucius fijó la mirada en los ojos del retrato y reconoció en un instante la naturaleza del ser atrapado en aquella prisión dorada.

—Fulgrim. Mi señor… —musitó.

Los ojos lo miraban suplicantes, y se le estremeció todo el cuerpo al darse cuenta del conocimiento que sólo él poseía. El corazón principal le latió con fuerza en el pecho, y una mareante sensación de vértigo lo hizo tambalearse mientras se esforzaba por comprender la enormidad del engaño en el que habían caído los Hijos del Emperador.

Aturdido por la emoción, Lucius se dirigió hacia las puertas de *La Fenice* en un estado de fuga mental, apenas consciente de todo lo que lo rodeaba. La inmensa importancia de lo que acababa de descubrir lo llenaba igual que la luz de una supernova, y la fuerza de esa luminosidad hacía que los labios le temblaran igual que si una descarga eléctrica le recorriera todas las venas y arterias.

Atravesó las puertas del teatro tambaleándose igual que un borracho, y se desplomó de rodillas cuando comenzó a recuperar parte del control de su cuerpo. Lucius parpadeó para despejar la vista de la masa de luces y de colores que se la enturbiaba, y el mundo que lo rodeaba se volvió más real, más sólido, y más lleno de posibilidades emocionantes.

Había algo que sólo él, en toda la galaxia, conocía.

Pero hasta Lucius sabía que no podría hacerlo sólo.

Por mucho que lo irritara admitirlo, necesitaría ayuda.

—La orden silenciosa —susurró—. Convocaré a la Hermandad del Fénix.



NUEVE

Se reunieron en la parte superior del *Orgullo del Emperador*, en una cubierta de observación que dejaba a la vista el inmenso paisaje estelar a aquellos mortales que se atrevían a cruzar sus distancias abismales e inimaginables. La Hermandad del Fénix no se había reunido desde Istvaan, ya que sus miembros habían estado demasiado ocupados en satisfacer sus propios apetitos como para ocuparse de los asuntos de los demás.

Eso no quería decir que la cubierta de observación no se utilizara nunca. Aquellos que consumían las pócimas alucinógenas y embriagadoras que elaboraba el apotecario Fabius encontraban iluminación interior en el paisaje infinito que mostraba, y muchos satisfacían sus ansias carnales recién descubiertas con festines llenos de deleite, de cuerpos y de hojas afiladas. Los cuerpos desechados y las montañas de cristales rotos yacían por doquier en el interior de la cubierta de observación, y de vez en cuando se oía un gemido ocasional procedente de las pilas de ropa y arneses de cuero.

La cubierta fue antaño un lugar de recogimiento y de reflexión, donde cualquier guerrero podía meditar sobre el modo en el que podría acercarse un poco más a la perfección. Sin embargo, se había convertido en un espacio para las depravaciones, para los horrores sin fin y la satisfacción de unos deseos que iban más allá de cualquier limitación que pudiera establecer la moral. Allí nadie acudía para ser mejor, y los grandes ideales y debates que en el pasado se habían discutido no eran ya más que ecos del pasado, que nadie recordaba y que muchos despreciaban de un modo absoluto. Si existía un lugar a bordo del *Orgullo del Emperador* que representara la completa decadencia de los Hijos del Emperador, era aquél.

Llegaran de uno en uno o de dos en dos, todos se sentían lo suficientemente intrigados por la llamada de Lucius como para acudir con la esperanza de que se produjera alguna diversión con el interés suficiente como para entretenerlos durante

un rato. Que fuera el propio espadachín, quien nunca se había mostrado interesado en cualquier idea de hermandad, la persona que había efectuado la convocatoria era razón más que suficiente para aparecer, y para cuando decidió que había llegado el momento de empezar a hablar, Lucius contó un total de veinte guerreros.

Eran más de lo que había esperado.

El primer capitán Kaesoron estaba allí, lo mismo que Marius Vairosean, y, lo que era más importante si se confirmaban las sospechas de Lucius, también estaba el apotecario Fabius. Otros que habían acudido eran Kalimos, Daimon y Krysander, junto a Ruen del Vigésimo Primero. La curiosidad también había hecho que aparecieran Heliton y Abranxe. El resto eran capitanes cuyos nombres Lucius no se había preocupado en aprender. Todos lo miraban con cierto gesto de diversión, ya que la orden siempre le había mostrado un leve desprecio. Lucius se esforzó por mantenerse tranquilo y no encolerizarse.

—¡¿Para qué nos has hecho venir?! —exigió saber Kalimos, cuyo rostro ceñudo estaba cubierto de anillos y de ganchos clavados en la piel—. Esta hermandad ya no tiene mucho sentido para nosotros.

—Necesito que escuchéis algo con mucha atención —le respondió Lucius, aunque sin apartar la mirada del primer capitán Kaesoron.

—¿Escuchar qué? —aulló Vairosean, que estaba demasiado sordo como para darse cuenta de lo alto que hablaba.

—Fulgrim no es quien él dice ser —declaró Lucius, que sabía que debía provocar el interés de los presentes cuanto antes—. Es un impostor.

Krysander se echó a reír, y la piel del rostro se le agrietó por la fuerza de las carcajadas. Otros se unieron a las risas, pero la rabia de Lucius se vio mitigada cuando vio que tanto Kaesoron como Fabius entrecerraban los ojos en un gesto de interés.

—Debería matarte por decir eso —lo amenazó Daimon con un gruñido, al mismo tiempo que sacaba de un arnés que llevaba a la espalda una gigantesca maza con la cabeza cubierta de pinchos. Era un arma monstruosa, y un simple golpe sería más que suficiente para aplastar a cualquier enemigo que tuviera la desgracia de recibir el impacto.

Ruen caminó lentamente hasta colocarse detrás de Lucius, y éste oyó el susurro de una daga de asesino al ser desenvainada. Captó el olor amargo de las toxinas que albergaba la hoja del arma, y se pasó la lengua por lo labios.

—Suena ridículo, lo sé —le contestó Lucius.

Su vida pendía de un hilo en esos momentos. Una cosa era derrotar a un puñado de guerreros de la Guardia del Fénix, y otra muy distinta enfrentarse a veinte capitanes de la legión. Sonrió al pensar en un combate como aquél, aunque sabía que no sobreviviría.

—Dejadlo hablar —intervino Fabius con voz sibilante—. Me gustaría oír lo que tiene que decir el espadachín.

—Sí, deja que el muchacho hable —lo secundó Kaesoron mientras se colocaba al lado de Daimon.

Marius Vairosean empuñó su cañón sónico. La capacidad destructiva del arma llenó la cubierta de observación con una nota baja que hacía estremecer los huesos cada vez que pasaba sus dedos cubiertos de cicatrices por las espirales armónicas.

El resto de los miembros de la hermandad se desplegaron alrededor de Lucius, y aunque éste era consciente del peligro de muerte en el que se encontraba, se sentía maravillosamente vivo. Krysander se lamió los labios con su lengua ganchuda y lo miró con unos ojos negros muy parecidos a los del primarca. Luego sacó una daga de hoja roja del corte que se había hecho en la carne desnuda del muslo y que le servía de vaina.

—Voy a despellejarte, Lucius —declaró el guerrero, y lamió la sangre seca de la hoja.

Kalimos descolgó un látigo que llevaba enrollado alrededor de un gancho de su cinto cubierto de joyas. El arma tenía engastados en toda su longitud unos brillantes dientes de carnodonte, y un amplificador de dolor consciente acoplado. Se retorció como una serpiente y palpitó con un movimiento intestinal mientras se enroscaba alrededor de la pierna de su dueño. Abranxe desenvainó dos espadas que llevaba en sendas fundas a la espalda, y su hermano de sangre, Heliton, se colocó unos guantes de combate rematados con pinchos.

Caminaron a su alrededor formando círculos cada vez más estrechos sin dejar de expresarle todo el daño y las torturas que le infligirían por hacerles perder el tiempo. Cada capitán se esforzó en superar a los demás en la descripción de los horrores que le harían sufrir, y Lucius se obligó a sí mismo a hacer caso omiso de las provocaciones.

—Habla ya, Lucius. Convéncenos de que nos han mentido a todos —lo instó Kaesoron.

Lucius clavó los ojos en los del primer capitán, y a pesar de la mirada muerta de Kaesoron, esperó tener un aliado en él.

—No tengo que hacerlo. ¿Verdad que no? —le respondió Lucius.

—Eres un estúpido si crees que no te mataré, espadachín —le replicó Kaesoron.

—Sé que puedes matarme, primer capitán, pero no me refería a eso.

—Entonces, ¿a qué te referías? —gruñó Kalimos, y chasqueó el látigo para abrir un surco sangriento en las planchas del suelo.

Lucius contempló los rostros que lo rodeaban. Algunos de ellos se mantenían tal y como eran antes de Istvaan, perfectos y de un aspecto patricio, mientras que otros los llevaban cubiertos por grotescas máscaras de piel o de porcelana con rostros

andróginos de arlequín. Muchos estaban simplemente desfigurados con profundas cicatrices, con marcas de quemaduras, de productos corrosivos o por múltiples perforaciones con elementos decorativos metálicos.

—Porque ya lo sabes, ¿verdad, primer capitán? —insistió Lucius.

Kaesoron sonrió, lo que era una hazaña para un individuo al que le quedaba poco rostro que pudiera llamar realmente suyo. La mirada de locura gozosa que vio en sus ojos le confirmó a Lucius lo que había comenzado a sospechar en el Racimo Prismático.

Kaesoron ya sabía que Fulgrim no era quien decía ser, pero un solo aliado entre todos aquellos guerreros no sería suficiente para salvar a Lucius si no era capaz de convencer a los demás.

—Seguro que vosotros también os habéis dado cuenta —continuó Lucius mientras Daimon hacía girar en el aire su maza muy cerca de su cuerpo—. El Fénix habla, pero no es su voz. Charla con nosotros sobre las batallas más gloriosas como si jamás hubiera estado allí en realidad. Apenas recuerda la guerra contra los laer, y las victorias de las que nos habla suenan igual que si las estuviera leyendo en un libro de historia.

—Son guerras ya antiguas —se burló Ruen. Luego pasó la lengua por la hoja envenenada—. Fueron guerras libradas en nombre de otro. ¿A mí qué me importa cómo se las recuerda?

—Quién era yo ya está olvidado —añadió Heliton—. Sólo importa lo que soy ahora.

—Todo eso que pasó no es más que un mal sueño del que me he despertado —remató Abranxe—. Si el primarca también ha conseguido olvidarlo, mejor que mejor.

Lucius desenvainó la espada cuando el círculo de guerreros se estrechó a su alrededor. Heliton le propinó un puñetazo en el hombro con el guantelete cubierto de pinchos. Lo hizo con la fuerza suficiente para causarle dolor, pero no tanto como para provocar una respuesta. Lucius contuvo el instinto natural de su cuerpo, que era decapitar al malnacido. El látigo de Kalimos chasqueó, y Lucius torció el gesto cuando el arma le abrió una fisura roja en hombro, e incluso dejó un diente blanco clavado en la placa de blindaje.

Ruen deslizó la daga a lo largo del corte abierto por el látigo de Kalimos, y Lucius notó los nervios del hombro sufrir espasmos cuando la toxina vírica provocó una sensación ardiente. Se tambaleó al mismo tiempo que la vista se le llenaba de brillantes motas de colores intensos.

—Vi el retrato que hay en *La Fenice* —dijo con los dientes apretados—. Es él. Es él antes de la matanza.

Notó que los capitanes abandonaban de forma momentánea sus intenciones de matarlo y comenzó a hablar sin parar, con un torrente de palabras rabiosas.

—Todos vosotros lo visteis. Una representación de su gloria. Era Fulgrim como siempre debió ser, un avatar resplandeciente de la perfección. Una celebración de su belleza trascendente. Era todo lo que aspiramos a ser, una visión que nos obligaba a adorarlo. Era todo lo que considerábamos hermoso, lo que era una verdadera satisfacción y una dicha. Yo lo he visto, y esa visión ha desaparecido. Parece que se hayan intercambiado, que dos almas gemelas se hayan movido de un modo antinatural.

—Entonces, si no es al Fénix a quien seguimos, ¿quién está al mando de la legión desde que libramos la batalla en las arenas negras? —quiso saber Kalimos.

—No lo sé, al menos con certeza —le explicó Lucius—. No lo entiendo del todo, pero el poder que vimos en la *Maraviglia*… Lo vi apropiarse de la carne de esa cantante mortal y transformarla igual que la cera blanda delante de una llama. Todos visteis lo mismo. El poder que Fulgrim nos mostró convierte la carne en simple arcilla blanda, ¿y quién sabe qué límites tiene en realidad? Fue otra cosa la que salió de Istvaan, algo con el poder suficiente como para vencer a la mente de un primarca.

—Lord Fulgrim llamó «demonios» a esas cosas —apuntó Marius Vairosean—. Es una palabra antigua, pero apropiada. Aúllan en las noches que viajamos entre las estrellas y arañan el casco de la nave con pesadillas y promesas siniestras. Tocan una música maravillosa dentro de mi cráneo.

Lucius hizo un gesto de asentimiento.

—Sí. Un demonio, eso es. Todos vosotros visteis en *La Fenice* lo que son capaces de hacer. Los poderes que tienen. Lord Fulgrim tiene ahora esos poderes. Lo vi lanzar una maldición contra una máquina de guerra del Mechanicum en el planeta de los cristales. Había perdido los escudos, y sin ni siquiera tocarla provocó que los cuerpos de todos los seres vivos que había en su interior crecieran y mutaran hasta convertirlos en una tormenta de carne que reventó a la máquina de guerra desde el interior. Lord Fulgrim era poderoso, pero ni siquiera él era tan poderoso. Sólo el Rey Carmesí tenía esos poderes.

—¡Lord Fulgrim no es un hechicero! —gritó Abranxe, y se lanzó contra Lucius, blandiendo las dos espadas.

Lucius desvió sin problemas el torpe ataque, y la estocada de respuesta le abrió una herida a Abranxe en plena mejilla por la molestia causada.

—Yo no he dicho que lo sea —le replicó Lucius, adoptando una postura defensiva —. Escuchadme, sabemos que el señor de la guerra tenía tratos con este tipo de criaturas, pero esto ya ha ido demasiado lejos.

Kaesoron apartó a los demás capitanes con unos cuantos empujones y agarró a Lucius por los bordes de la placa pectoral.

—¿Crees que Horus Lupercal está detrás de esto? —le preguntó.

—No lo sé. Quizá. O quizá Fulgrim fue más allá de lo que ninguno de los otros

pensó que sería capaz de ir —respondió Lucius.

Kaesoron miró a Fabius, quien se había mantenido impasible a lo largo de toda aquella escena. El primer capitán desenvainó un cuchillo destripador de hoja curvada y colocó la punta de la hoja sobre la arteria palpitante del cuello de Lucius. Al percibir la posibilidad de un derramamiento de sangre, Daimon deslizó las manos hacia la parte baja del mango de su maza preparándose para un golpe que aplastara al espadachín.

—¿Tú qué dices, Fabius? —quiso saber Kaesoron—. ¿Hay algo de verdad en las palabras de Lucius, o debería matarlo ahora mismo?

Fabius se pasó una mano por los escasos cabellos blancos. Su rostro enjuto no hacía sospechar la fuerza de sus extremidades. Llevaba un artefacto implantado a la espalda que no dejaba de emitir siseos y chasquidos. El aparato, que parecía un parásito, extendió uno de los brazos por encima del hombro de Fabius y acarició una de las mejillas de Lucius con una delgada hoja afilada. EL espadachín notó el leve contacto, semejante al de una pluma. La hoja estaba tan afilada que no se dio cuenta de que lo había cortado hasta que la sangre le llegó a los labios.

Los ojos oscuros del apotecario relucieron con una mirada cargada de diversión, y luego asintió con gesto pensativo, como si estuviera decidiendo el resultado final de un juicio por combate en el que los dos luchadores estuvieran igualados.

—Yo también he visto detalles que me han dado motivo para meditar sobre aquello en lo que se está convirtiendo nuestro amado primarca —respondió Fabius, y su voz reseca como el desierto sonó igual que el siseo de una serpiente al arrastrarse sobre la arena.

—¿Qué clase de detalles? —le preguntó Kaesoron.

—Un cambio en la composición de la sangre y de los tejidos —le informó Fabius —. Da la impresión de que en su estructura molecular comienzan a disolverse las uniones que enlazan sus distintos componentes hasta formar un todo coherente.

—¿Qué podría provocar algo así?

Fabius se encogió de hombros.

—Nada de este mundo —le contestó con una sonrisa de una voracidad horrible—. Tenéis que entender que se trata de algo realmente fascinante. Da la impresión de que su forma se está preparando para alguna clase de gran transmutación, una liberación maravillosa de ese cuerpo superfluo en el que su carne se convertirá en algo extraordinario.

—¿Y no se te ocurrió en ningún momento mencionarlo? —inquirió Lucius, muy consciente del cuchillo que tenía junto a la garganta. El simple hecho de hablar hizo que la punta monomolecular le atravesara levemente la piel.

—Era muy pronto para hablar sobre ello —le replicó Fabius—. Yo no me detengo en mitad de mis investigaciones, lo mismo que tú no te paras en mitad de un duelo.

—Entonces, ¿lo crees? —inquirió Marius Vairosean.

A pesar de tener la piel de la cara tensada al máximo, su rostro no fue capaz de esconder la repugnancia que lo invadió ante la idea de que alguien se hubiera apoderado del cuerpo de su primarca. Marius siempre había sido el perro más fiel de Fulgrim, y había cumplido todas sus órdenes al pie de la letra, sin dudar jamás de la palabra de su primarca.

—Así es, Vairosean —le confirmó Fabius—. No he acabado con mis investigaciones, pero creo que es otra la entidad que habita en el interior del Fénix, y que se prepara para transformarlo en una nueva imagen.

Lucius sintió una satisfacción morbosa al ver que le daban la razón y notar como el primer capitán le quitaba el cuchillo del cuello. Los capitanes que lo rodeaban dejaron de moverse de un modo amenazante, aunque sorprendidos y aturdidos al ver que la idea estúpida que proclamaba el espadachín era defendida por alguien de la importancia de Fabius.

Kaesoron lo bajó hasta el suelo y luego lo soltó.

A Lucius le pareció una ironía divertida pero amarga que fuera precisamente su lealtad a Fulgrim la que los hubiera empujado a unirse al bando de los traidores en aquella rebelión. La devoción ciega y la fe absoluta en un ser luminoso había sido el origen de su condenación a los ojos del Imperio. A ninguno de ellos se le escapó esa ironía.

—¿Cuánto tiempo pasará antes de que se produzca esa transformación? —quiso saber Kaesoron.

Fabius hizo un gesto de negación con la cabeza.

—Es imposible saberlo con certeza, pero no creo que esta etapa de desarrollo en estado de pupa dure mucho. De hecho, es posible que el cambio de estado físico ya haya comenzado. Puede que ya sea demasiado tarde como para detenerlo.

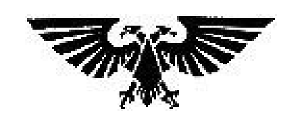
—Pero puede que todavía estemos a tiempo, ¿no? —quiso saber Lucius.

—No lo sabemos con certeza —admitió Fabius.

—Entonces tenemos que intentarlo —declaró el primer capitán—. Si Fulgrim no está al mando de su propio cuerpo, debemos hacer que vuelva. Somos sus hijos, y sea lo que sea lo que se haya apoderado de su carne, debemos capturarlo y expulsarlo de su cuerpo. Lord Fulgrim es nuestro padre genético, y no pienso obedecer órdenes de nadie que no sea él.

Una oleada de emoción febril recorrió a todos los capitanes allí reunidos, y Lucius dejó escapar un suspiro estremecido. Había logrado convencer a los demás para que compartieran las sospechas que albergaba sobre el primarca y había conservado la sangre en las venas y la cabeza sobre los hombros.

—Bueno, tengo que hacer una pregunta de lo más persistente… —comentó Lucius—. ¿Cómo se hace para capturar a un primarca?



DIEZ

La Galería de las Espadas era el lugar donde a los exhibicionistas de los Hijos del Emperador les gustaba mostrar las últimas obras maestras que habían realizado con carne humana. Los devotos del apotecario Fabius, que se afanaban por llamar su atención, colgaban sus últimas creaciones de ese macabro arte viviente de las estatuas con cabeza de toro que se alineaban a lo largo de la avenida procesional del *Andronius*.

A los gigantescos héroes de la legión tallados en granito, unos guerreros que fueron los protagonistas de los primeros relatos de la intervención de los Hijos del Emperador en la historia de la galaxia, ya no se los podía reconocer como humanos. Sus rostros esculpidos con tanto amor habían sido tallados de nuevo hasta quedar corrompidos y recibir rasgos nuevos que estaban más de acorde con la estética morbosa de la legión. Unos rostros grotescos y burlones observaban a aquellos que pasaban bajo ellos, y todos los que levantaban la vista hacia las estatuas sentían el horror fascinante de sus expresiones libertinas.

El apotecario Fabius se había construido su propia guarida bajo la Galería de las Espadas. Se trataba de un antiguo complejo médico que había pasado de ser un lugar de sanación, de investigación y de cuidados a un laberinto sombrío lleno de dolores agónicos, de gritos y de experimentos inhumanos.

Fulgrim entró en la Galería de las Espadas acompañado de Julius Kaesoron, que caminaba a su lado. El primarca tenía un aspecto majestuoso con la larga túnica de tejido de color crema que llevaba puesta. El cuello y los puños estaban bordados con hilo de plata. El cinturón del que colgaba su arma era una serie de discos semejantes a espejos que le rodeaban la cintura, y el pomo dorado del anatam no estaba nunca muy lejos de su mano.

El primarca llevaba el cabello blanco recogido con hilos de madreperla en una larga trenza que le pegaba el pelo al cráneo, todo ello rematado por una delgada

corona de laureles dorados. La túnica dejaba al aire su pecho de músculos perfectamente perfilados, y sobre la piel pálida se veían numerosos surcos de tejido cicatrizado procedentes de los últimos tratamientos e implantes que había efectuado Fabius en su cuerpo.

Aunque Kaesoron llevaba puesta su enorme armadura de exterminador cubierta de pinchos y de pieles humanas, su cabeza estaba a la altura de los hombros de Fulgrim. A pesar de no llevar más que una túnica, Fulgrim seguía siendo un guerrero más que temible.

El primarca se detuvo al lado de una estatua que había sufrido especialmente a manos de los artesanos de la legión. Sonrió al levantar la mirada hacia la imagen de una cabeza de toro reptiliana. En la armadura de piedra del guerrero habían tallado símbolos sagrados, y un trío de pellejos procedentes de cuerpos desollados colgaba de varios ganchos. Uno de ellos lo hacía de los dos brazos, y otro a la altura del cuello.

—¡Ay, Illios! Ni tú mismo te reconocerías ahora —comentó Fulgrim con una cierta nostalgia melancólica—. Recuerdo el día que desenvainaste la espada a mi lado por primera vez, cuando forjamos la alianza de las dieciocho tribus. Entonces éramos jóvenes, unos guerreros que no sabían nada del ancho mundo.

—¿Desearíais que estuviera aquí con nosotros? —le preguntó Kaesoron.

Fulgrim se echó a reír y negó con la cabeza.

—No, porque me temo que entonces tendría que matarlo. Siempre fue muy intransigente, Julius. Era un hombre con un código de honor inquebrantable procedente de tiempos antiguos. No creo que hubiera sido capaz de apreciar la iluminación espiritual que hemos recibido.

El primarca lanzó otra mirada nostálgica a la estatua de su antiguo hermano de la espada y una extraña expresión cruzó por su rostro de alabastro. Los ojos de Kaesoron ya no eran capaces de percibir el mundo del mismo modo que en el pasado, pero hasta él fue capaz de captar el destello de un recuerdo sombrío en la mirada del primarca.

—Cuán ingenuos éramos, amigo mío —musitó—. Qué ciegos…

—¿Mi señor?

—Nada, Julius —respondió Fulgrim, y retomó el camino que llevaba al extremo de la galería.

—¿Cómo murió el comandante Illios? —inquirió Kaesoron.

—Conoces muy bien la respuesta a esa pregunta, Julius. Tus meditaciones sobre la perfección hacían necesario que memorizaras todas nuestras victorias del pasado.

—Conozco la respuesta, pero oír el relato de vuestros labios siempre es una experiencia sublime.

—Muy bien —asintió Fulgrim con una sonrisa—. Al apotecario Fabius no le importará que lleguemos un poco tarde.

Kaesoron negó con la cabeza.

—Estoy seguro de que no le importará.

—Bien. ¡Ay, Illios! Fue tu carácter el que provocó tu muerte —empezó diciendo Fulgrim. Su tono de voz sonó más afectuoso al recordarlo—. Eras un hombre de rabias gozosas y de grandes penas. Eso nunca es una buena combinación para un guerrero, pero tú casi fuiste lo bastante grande como para sobrevivir a tus propias debilidades. Era un luchador poderoso, Julius, alto y orgulloso, y estaba armado con el alfanje ejecutor de triple hoja y la armadura de Chemos. Era imparable. Un guerrero como él sólo podía ser superado por una persona, pero jamás tuvo resentimiento alguno por el hecho de que yo fuera superior a él.

—Se encontraba en el techo de la ciudad-leviatán del caudillo guerrero Barchettan cuando murió, ¿verdad?

—Si sabes tan bien lo que pasó, ¿para qué me has pedido que te lo cuente? —le espetó Fulgrim con la mirada encendida por la rabia.

—Os pido disculpas, mi señor —se apresuró a decir Kaesoron con la cabeza agachada—. Se trata de un relato emocionante, y me vi arrastrado por vuestras palabras.

—Pues entonces deberías haber mantenido cerrada la boca, Julius —le replicó Fulgrim—. No me interrumpas cuando hablo. ¿Es que no aprendiste nada de la muerte de Eidolon?

—Fue muy instructiva —le aseguró Kaesoron.

—Cuando hablo, soy la estrella alrededor de la cual orbitas —declaró Fulgrim, al mismo tiempo que se inclinaba sobre Kaesoron para fijar una mirada furibunda en el primer capitán.

Los ojos negros del primarca eran unos pozos de aceite, listos para incendiarse con una rabia indescriptible. Kaesoron supo que había cometido un error terrible al hablar, y que en esos momentos su vida pendía de un hilo.

—Pero ¿quién si no vos, mi señor, podría hablar con tanta pasión como para hacer que hable cuando no debo?

—Nadie más, desde luego —admitió Fulgrim—. Es muy normal que te vieras atrapado por mis palabras.

La rabia de Fulgrim se desvaneció en un instante, y el primarca le propinó una tremenda palmada en la hombrera, lo que hizo que el primer capitán se tambalease.

—Vaya par estamos hechos, Julius, ¿no te parece? —reflexionó el primarca—. Nos dedicamos a recordar glorias pasadas cuando tenemos nuevos enemigos contra los que combatir y nuevas sensaciones que conseguir con cada aliento.

—Entonces, démonos prisa en acudir al apotecario Fabius —manifestó Kaesoron a la vez que señalaba con un gesto el claustro en penumbra que se encontraba al final

de la Galería de las Espadas.

—Sí, es lo que debemos hacer —respondió Fulgrim con la voz cargada de impaciente emoción—. Me pregunto qué nuevos placeres me tendrá preparados esta vez.

—Creo que en esta ocasión promete maravillas —apuntó Julius Kaesoron.



ONCE

Lucius vio a Fulgrim y a Julius Kaesoron dirigirse hacia el extremo de la galería. Respiraba de un modo jadeante, y tuvo que esforzarse para que el nerviosismo no le hiciera perder su actitud cautelosa. Por muy emocionante que fuera aquella traición, quería seguir con vida al día siguiente. Quizá atacar a un primarca no era el mejor modo de asegurarse de ello, pero sus sentidos amplificados y agudizados estaban ardiendo con la oleada de sensaciones que lo invadían.

La piedra que tenía bajo la palma de la mano era un festín de texturas rugosas y suaves, llena de hendiduras e imperfecta en su tallado. El granito de color blanco lunar había sido pulido hasta un nivel microscópico, y luego golpeado ferozmente con cinceles entre gritos de regocijo. Ya no era capaz de decir detrás de qué héroes de la legión se encontraba escondido.

Lucius reprimió aquella obsesión recién nacida e inspiró profundamente mientras se obligaba a sí mismo a centrarse en la tarea que tenía entre manos. Experimentar cada sensación hasta el límite de lo soportable era sublime, pero eso provocaba la desagradable costumbre de hacer que un guerrero se olvidara de sus verdaderos objetivos. Ya era bastante malo que un guerrero quedara tan absorbido por algo, pero ¡ay de aquel planeta que se convirtiera en el centro de la obsesión de toda una legión!

Tuvo que esforzarse para bajar la mirada a lo largo de la Galería de las Espadas, donde vio como Kaesoron conducía a Fulgrim hacia el fondo de la trampa. Los guerreros de Vairosean se encontraban escondidos en las sombras de aquellas imponentes estatuas, cada uno de ellos envueltos en un campo de camuflaje, y se mantenían en silencio obligados por los aulladores neuronales que les habían implantado y que bombardeaban sus cortex cerebrales con oleadas de chillidos discordantes. Cuando se diera la orden, esos aulladores se desconectarían, lo que privaría de aquellos chillidos gozosos a los guerreros que los tuvieran implantados y los obligaría buscar nuevos estímulos. Vairosean había desarrollado aquellos

implantes durante el trayecto que habían recorrido desde que partieron del Racimo Prismático, y por mucho que a Lucius le disgustara aceptar el mérito de cualquier idea que tuviera un patán como Vairosean, tuvo que admitir que los aulladores transformaban a los guerreros de los Kakophoni en unos asesinos fanáticos y obsesivos en mitad del campo de batalla.

Tendrían que serlo para enfrentarse al poder de un primarca.

Le parecía inconcebible que Fulgrim no fuera consciente de su presencia, pero al igual que Lucius y los demás guerreros de la legión se habían centrado demasiado en sus obsesiones, el primarca se había ofuscado con sus propios asuntos. La nube de obsesiones que cegaban a Lucius eran espesas y casi impenetrables, por lo que el propio espadachín apenas podía imaginarse el grado de narcisismo que un ser luminoso como Fulgrim sería capaz de alcanzar.

Lucius echó un rápido vistazo a su derecha, donde se encontraba la abertura sombría que llevaba a la guarida inhumana del apotecario Fabius. Recordó el día que descendió por aquel laberinto en penumbra, tras desertar en Istvaan III de aquel puñado de estúpidos. Todos y cada uno de sus nervios estaba al límite de la emoción y de temerosa impaciencia. Había bajado de nuevo hasta allí tan sólo en un puñado de ocasiones, ya que su habilidad en combate era tal que muy rara vez necesitaba atención médica. Lo recordaba como un lugar estéril con un ambiente frío y antiséptico, pero se había convertido en una galería de creaciones grotescas, con las paredes cubiertas de manchas de sangre seca de las que colgaban toda clase de trofeos biológicos, curiosidades mutantes y tanques burbujeantes llenos de fluidos tóxicos.

El hedor con el que se había encontrado fue increíble, pero después de que Fabius lo abriera y lo rehiciera a imagen y semejanza del primarca, para él se había convertido en un lugar lleno de maravillas. Sin embargo, por mucho que disfrutara de los gloriosos mundos que Fabius había puesto a su alcance, jamás lograría que el apotecario le cayera bien. Supuso que nada de eso importaba ya.

Oyó que Fulgrim hacía una pregunta, pero no entendió lo que decía.

Soltó una maldición en silencio al darse cuenta de que se había distraído una vez más. Lucius recuperó el control de sí mismo y forzó su concentración hasta convertirla en una espada de hoja fina y afilada. Fulgrim casi había llegado a su altura, y puesto que era él quien había diseñado aquel plan, le correspondía hacer el primer movimiento.

Salió de entre las sombras, y el escaso espacio que separaba la vida de la muerte disminuyó todavía más. Los sentidos se le dispararon por la intensidad del momento, por la emoción de lo que estaba haciendo, la increíble locura del acto y la naturaleza irreversible de lo que estaba a punto de ocurrir.

—¿Lucius? —lo saludó el primarca con una sonrisa de diversión—. ¿Qué haces

aquí?

—He venido a hablar contigo.

—¿Me tuteas, Lucius? ¿Nada de «mi señor»? ¿Es que te has olvidado de a quién le hablas?

—No sé a quién le hablo, ahora mismo —le contestó Lucius sin apartar la mirada de aquellos orbes duros y opacos que eran los ojos de Fulgrim.

Allí no vio piedad, ni humanidad, ni nada que le indicara que estaba delante del amo y señor al que había adorado y servido con toda su alma. Se preguntó si aquello sería cierto o si no estaría simplemente recordando un pasado que en realidad no existía, un relato de ficción que se había inventado para justificar este momento.

—Soy Fulgrim, señor de los Hijos del Emperador —declaró el primarca, quien miró a su alrededor como si comenzara a extender todos sus sentidos y poco a poco se diera cuenta del nudo en el que acababa de meter el cuello—. Y me obedeceréis.

Lucius negó con la cabeza y se llevó la mano a la empuñadura de la espada. No se sorprendió al darse cuenta de que tenía la palma cubierta de sudor.

—No sé lo que eres, pero no eres Fulgrim —le contestó Lucius, y el primarca se echó a reír.

Fue una risa alegre, contagiosa y cargada de una gran diversión. Fue la risa de alguien que sabe que el chiste que acaba de oír debería ser apreciado en un nivel superior al que todos los que lo rodean son capaces de comprender.

Fulgrim siguió sonriendo, con los ojos oscuros iluminados por el placer perverso que sentía ante aquella situación.

—¿Crees que puedes vencerme, espadachín? ¿De verdad? —le preguntó Fulgrim—. Veo el modo en que me miras, el estudio obsesivo de mis movimientos y el impulso irrefrenable de demostrar que eres mejor que nadie. ¿Crees que no he visto las ansias que te invaden de cruzar tu espada con la mía?

Lucius contuvo un gesto de sorpresa. Había supuesto que Fulgrim se encontraba demasiado concentrado en sí mismo como para darse cuenta del escrutinio calculador al que lo había sometido, pero debería haberse percatado de que la verdadera obsesión con uno mismo sólo se puede alimentar con la atención que te prestan los demás. Fulgrim sin duda habría disfrutado del escrutinio de Lucius, ¿y quién sabía qué más habría hecho? ¿Habrían sido todos y cada uno de sus movimientos una pantomima para provocar en Lucius una sensación de falsa superioridad, o ese último comentario no había sido más que una baladronada perfectamente calculada?

—Te he observado desde Istvaan V, y no eres el mismo guerrero al que seguí en combate contra los habitantes de Laeran. El Fulgrim que yo seguí a la superficie de aquel otro planeta eldar no es el mismo que me mira ahora mismo y me desafía a que lo ataque. Eres un farsante con el rostro de mi señor y no pienso obedecer las órdenes de un usurpador.

Fulgrim se echó a reír de nuevo y se puso en cuclillas por la hilaridad que le provocaron las palabras pronunciadas por Lucius. Éste torció el gesto en una muestra de irritación petulante. ¿Qué había dicho que fuera tan divertido? Miró un momento a Kaesoron, pero era imposible determinar cuál era la expresión de la cara del primer capitán.

—¡Ay, Lucius, eres un tesoro valioso y escaso! —bramó Fulgrim—. ¿Es que no lo ves? Todos, absolutamente todos, obedecemos las órdenes de un usurpador. Horus Lupercal todavía no se ha ganado el título de emperador. Hasta entonces, ¿qué es el señor de la guerra, sino un usurpador?

—Eso no es lo mismo —le replicó Lucius, aunque notó que se erosionaba la superioridad moral con la que había comenzado aquel enfrentamiento—. Horus Lupercal es realmente el señor de la guerra, pero tú no eres Fulgrim. Veo su rostro, pero lo que acecha detrás es otra cosa, algo engendrado por los mismos poderes que nos concedieron la capacidad de sentir por completo las maravillas que esta galaxia tiene para ofrecernos.

Fulgrim se irguió del todo antes de contestar.

—Si ése fuera el caso, espadachín, ¿no deberías entonces postrarte ante mí y suplicarme que te abriera los ojos a nuevas maravillas? Si soy un avatar del Príncipe Oscuro de la disformidad vestido con el cuerpo de vuestro amado primarca, ¿no lo estoy haciendo mejor que él a la hora de mostraros el mejor modo de saciar vuestros apetitos y vuestros deseos?

Unas cuantas siluetas se movieron en las sombras que se extendían entre los huecos que separaban las estatuas, y Lucius vio a Heliton y a Abranxe salir cada uno de un lado de la estatua de mármol del comandate Pelleon. Marius Vairosean empezó a recorrer la larga galería con el cañón sónico de tubo largo apoyado en un costado. Las bobinas de disonancia del arma ya zumbaban cargadas de poder destructivo. Sus guerreros del Kakophoni surgieron de los escondites en los que se hallaban ocultos. Caminaban con los ojos abiertos de par en par y llenos de locura, absorbidos por la necesidad de verse inmersos en un éxtasis sónico.

El apotecario Fabius salió de la arcada de entrada a su reino subterráneo flanqueado por Kalimos, Daimon, Ruen y Krysander.

Fulgrim giró sobre sí mismo con lentitud y pareció evaluar a los guerreros que se enfrentaban a él.

Lucius contó un total aproximado de cincuenta guerreros, y deseó disponer de otros cincuenta. Luego deseó tener un centenar más aparte de ésos.

Los capitanes de la legión rodearon a Fulgrim, todos con las armas empuñadas y con ganas de matar en sus corazones. Lucius desenvainó su espada y movió los hombros para soltarse los músculos. No estaban allí para matar a Fulgrim, si acaso algo semejante era posible para unos mortales, pero las circunstancias se

desarrollaban con demasiada rapidez y tenían todas las características de ser una situación que comenzaba a escaparse de cualquier control.

—Ah, me veo traicionado por aquellos a los que más quiero —dijo Fulgrim, al mismo tiempo que se llevaba ambas manos al pecho, como si se le hubiera partido el corazón—. ¿Todos os creéis esas mentiras? ¿De verdad podéis creer que no soy vuestro amado señor genético, que os salvó cuando estabais al borde de la extinción y que os condujo hasta unas verdades que nuestro antiguo padre nos había ocultado siempre?

El rostro de Fulgrim se descompuso, y Lucius se sintió un poco turbado al ver cómo una solitaria lágrima se deslizaba por la blancura impoluta de la cara del primarca.

Fulgrim se volvió hacia Julius Kaesoron con una expresión dolida en la mirada.

—¿Hasta tú, Julius? —exclamó el Fénix—. ¡Cae pues entonces, Fulgrim!

—¡A por él! —aulló Julius Kaesoron.

Los capitanes de la legión se apartaron de Fulgrim un momento antes que Marius Vairosean descargara una andanada de reverberaciones chirriantes con el cañón sónico. Las estatuas se partieron bajo las ondas sónicas de aquel ataque, y Lucius sintió como un escalofrío delicioso le recorría todo el cuerpo cuando la descarga lo lanzó contra las losas del suelo de la galería.

Fulgrim se tambaleó bajo el impacto, y la túnica le quedó hecha jirones por el poder desgarrador de la onda de choque. Cayó sobre una rodilla y la corona de laureles dorados se partió en mil pedazos. El primarca estaba desnudo debajo de la túnica, a excepción de un taparrabos de color carmesí, y Lucius se sintió maravillado por la fluidez casi serpentina de su cuerpo. Daimon se abalanzó contra el primarca arrodillado blandiendo su grotesca maza igual que si fuera el hacha de un verdugo.

El primarca se echó a un lado para esquivar el golpe y dejó que la cabeza llena de pinchos se enterrara en el suelo de piedra. El impacto provocó una explosión que lanzó una lluvia de esquirlas por doquier, pero antes de que Daimon fuera capaz de retirar la maza, Fulgrim se le echó encima y le propinó un golpe en plena cara con el canto de la mano. Daimon ni siquiera tuvo tiempo de gritar antes de que su rostro se hundiera. Mientras el guerrero todavía estaba cayendo, Fulgrim empuñó la maza con la mano derecha mientras Ruen también se lanzaba contra él y le clavaba en el costado su hoja envenenada hasta la empuñadura.

El primarca estrelló la empuñadura de la maza contra el codo de Ruen y le destrozó los huesos del brazo y del antebrazo. El aullido del capitán sonó como música a los oídos de Lucius. Fulgrim se arrancó la hoja, de un tamaño pequeño hasta lo absurdo, y apartó a Ruen de una patada. El capitán salió volando por los aires y su cuerpo cruzó la galería hasta estrellarse contra una estatua, donde se detuvo con un crujido de huesos rotos y de armadura partida.

Lucius dio vueltas alrededor de Fulgrim, pero sin ganas de enfrentarse a él. La hoja le tintineaba en la mano, impaciente por probar aquella sangre tan especial y ansiosa por comenzar el baile de espadas.

—Todavía no, preciosa mía —susurró Lucius—. No cuando hay otros que todavía pueden sufrir lo peor de la ira y de la fuerza del primarca.

A Lucius no le pareció que las toxinas de Ruen le estuviesen causando ningún efecto a Fulgrim, y por lo que se veía, el capitán del Vigésimo Primero se había precipitado al vanagloriarse de que sus venenos podrían hacer caer a cualquier ser vivo.

Los guerreros del Kakophoni lanzaron una serie de descargas rugientes con sus armas sónicas, y llenaron la Galería de las Espadas con ecos resonantes y armonías reverberantes que provocaron una hemorragia en los oídos de todos aquellos que lo oyeron. Fulgrim chilló de placer cuando el sonido le hizo vibrar todo el cuerpo con una ferocidad que debería haberlo matado por lo menos tres veces seguidas.

Heliton se unió al combate y le propinó al primarca un puñetazo en los riñones con el guantelete cubierto de pinchos. Un golpe semejante habría sido capaz de partirle la espina dorsal incluso a un astartes con armadura. Fulgrim encajó el puñetazo y giró sobre sí mismo. Un codazo derribó a Heliton de espaldas y le dejó la mandíbula inferior colgando de un amasijo de tendones y de hueso roto. Abranxe gritó al ver a su camarada derribado y blandió sus dos espadas contra el cuello del primarca. Fulgrim desvió una de ellas con la cabeza de la maza de Daimon, pero Abranxe logró acercarse lo suficiente como para propinarle un tajo en la garganta al primarca con la hoja de la segunda espada.

Del cuello del primarca surgió un chorro de sangre, y Fulgrim abrió los ojos en un gesto de auténtica sorpresa. Lucius notó una momentánea sensación de contrariedad amarga y de celos furibundos ante la idea de que un simple espadachín como Abranxe hubiera conseguido dar una estocada como aquélla. Sin embargo, la sangre dejó de manar casi de inmediato y Fulgrim agarró a Abranxe del cuello y lo lanzó lejos.

—Buen movimiento, Abranxe —se burló Fulgrim con un jadeo de satisfacción—. Lo recordaré.

Kalimos hizo chasquear el látigo y los dientes que tenía incorporados se clavaron alrededor del brazo izquierdo de Fulgrim. Los colmillos de carnodonte se incrustaron en la carne, y de las heridas salieron chorros de sangre. Kalimos tiró del látigo y Julius Kaesoron se lanzó contra el primarca para propinarle un tremendo gancho de izquierda con el puño de combate. El arma tenía la potencia suficiente como para partir por la mitad un tanque de batalla, y logró que el primarca cayera de rodillas. Sin embargo, antes de que pudiera golpear de nuevo, Kalimos tiró del látigo al mismo tiempo que Krysander le clavaba la daga entre los omóplatos al primarca.

Fulgrim cerró un puño alrededor del látigo y dio lo que pareció ser sólo un leve tirón. Kalimos salió volando y empezó a dar vueltas alrededor del primarca hasta que chocó contra Krysander. Los dos capitanes se estrellaron contra uno de los extremos de la galería. Kaesoron se lanzó de nueve sobre él, pero Fulgrim ya estaba preparado para su ataque y lo bloqueó con la maza de Daimon. Luego le propinó un tremendo puñetazo en la cara al primer capitán, quien cayó con un gruñido, pero Fulgrim no hizo gesto alguno de acercarse para rematarlo.

—¡Ahora, Lucius! ¡Ataca! —gritó Fabius.

El espadachín maldijo al apotecario mientras Fulgrim se volvía hacia él. El primarca soltó la maza y desenvainó la espada de brillo apagado que Horus Lupercal le había entregado como regalo a bordo del *Espíritu Vengativo*.

—Ha llegado el momento, espadachín —le dijo Fulgrim con una sonrisa, aunque tambaleante.

Lucius se fijó en que el pálido rostro del primarca mostraba un tono ceniciento y escupió al suelo.

—No es un duelo que merezca la pena —le contestó—. El veneno de Ruen y tus heridas le quitan todo valor al asunto.

Fulgrim abrió los brazos de par en par y se fijó en la sangre que le caía goteante del cuerpo.

—¿Esto? Esto no es nada —le aseguró a Lucius—. Ven a por mí con esa espada que te di yo mismo y zanjemos de una vez por todas esta cuestión. ¿Te parece?

Lucius inclinó la cabeza hacia un lado y se fijó en la mirada enloquecida del primarca, donde vislumbró una verdad que supo tan inquebrantable como inevitable.

Incluso en aquel estado, incluso herido, Fulgrim lo mataría.

Y Lucius no estaba preparado a morir, al menos no por aquello.

Antes de que tuviera tiempo de pensar un poco más en el asunto, Julius Kaesoron apareció detrás de Fulgrim y le propinó un golpe en el cráneo con el puño de combate. Un impacto como aquél habría convertido en pulpa sanguinolenta la cabeza de la víctima, pero sólo consiguió derribar al primarca. El Fénix sacudió la cabeza, y la sonrisa ensangrentada que les mostró le recordó a Lucius toda la iconografía mortífera que había visto tallada en las ruinas de Istvaan V.

Fulgrim intentó ponerse en pie, y en ese momento Marius se le colocó al lado y le puso el extremo del cañón sónico pegado al cuello. Apretó el gatillo y disparó una andanada de chillidos aullantes que llenaron la galería de un sonido capaz de reventar tímpanos. Lucius gritó de placer, y Fulgrim puso los ojos en blanco al mismo tiempo que soltaba un gemido que sonó muy parecido a una oleada de delirante gozo.

Al primarca se le escapó la espada de la mano y se desplomó sobre las losas partidas con un fuerte retumbar. Lucius levantó la mirada y parpadeó varias veces para librarse de los puntitos luminosos que le enturbiaban la vista, pero sin dejar de

oír lo que parecía un millar de campanas repicando al mismo tiempo. Él estaba a unos cuantos metros de Vairosean, por lo que ni siquiera intentó imaginarse el efecto que la descarga habría tenido en el propio Fulgrim.

Los capitanes supervivientes se levantaron del suelo y formaron un círculo de guerreros aturdidos alrededor de aquel dios caído. Había sido un combate sin igual: los guerreros de una legión enfrentados a su propio primarca. A ninguno se le pasó por alto la enormidad de lo que acababan de hacer.

Lucius no supo qué sentir. Le habían arrebatado la posibilidad de enfrentarse en duelo con el primarca, aunque en su fuero interno supiera que era un duelo que habría perdido. Sin embargo, un instinto oculto le dijo que todavía tendría ocasión de poner a prueba su espada con el arma alienígena de Fulgrim, y que viviría para poder contarlo.

Lucius paseó la mirada entre sus camaradas capitanes. Ninguno se la devolvió, porque eran incapaces de apartar la vista del primarca derribado.

Kalimos tenía numerosas grietas en la armadura y por todas ellas salía sangre. La placa pectoral de Krysander estaba tan hundida que, sin duda alguna, el escudo óseo de su pecho tenía que estar hecho pedazos. Abranxe estaba arrodillado junto a Heliton, y sostenía en las manos los trozos colgantes de la mandíbula de su hermano. La boca aullante de Vairosean estaba todavía más abierta en un gesto sonriente y sibilante de triunfo, y Julius Kaesoron se miraba fijamente el puño como si fuera incapaz de creerse que hubiera golpeado con tanta ira al primarca.

Nadie habló. Nadie supo qué decir.

Se habían alzado en armas contra su primarca, y habían disfrutado con ello.

El apotecario Fabius rompió el silencio que los mantenía inmovilizados.

—¡Estúpidos! —siseó la voz sin vida del apotecario—. ¿Os vais a quedar con la boca abierta como peces fuera del agua hasta que se recupere?

Fabius dio media vuelta y se dirigió hacia la entrada arqueada que conducía a la necrópolis de cirugías extravagantes y horribles.

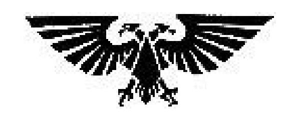
—Traédmelo abajo —les ordenó—. Tenemos mucha tarea por delante.

—¿Qué es exactamente lo que le vas a hacer, apotecario? —quiso saber Kaesoron.

—Voy a exorcizar a la criatura que se ha apoderado del cuerpo del primarca.

—¿Cómo? —inquirió Lucius.

—Por todos los medios que sean necesarios —le contestó Fabius con una sonrisa odiosa.



DOCE

Fue lo más terrible que jamás hubiera visto.

Fue lo más increíble que jamás hubiera visto.

Fulgrim, el Fénix, el padre de los Hijos del Emperador, el señor de la III Legión, estaba inmovilizado con las argollas más gruesas y sometido mediante toda clase de relajantes químicos. Se encontraba desnudo sobre una fría camilla metálica, igual que un cadáver listo para la disección. Tenía los brazos estirados por encima de la cabeza y las piernas abiertas como aquel antiguo hombre de Vitrubio.

Lucius recorrió con la mirada el cuerpo pálido del primarca, aquella firmeza de color alabastro cubierta de cicatrices que se entrecruzaban, producto de operaciones quirúrgicas y de otro tipo de incisiones. Eran prominencias de tejido rugoso que indicaban procedimientos inconcebibles y experimentos indescriptibles realizados sobre el interior desconocido de aquel cuerpo.

El sentimiento que provocaba la deliciosa traición que representaba aquel momento era algo que debía atesorarse con cuidado, una sensación maravillosa de la traición más terrible. Sin embargo, a pesar de que se le podía llamar traición, ¿no era un acto de lealtad expulsar a la criatura que se había apoderado del alma de su amo y señor?

Fabius caminó en círculos alrededor del primarca tumbado sin dejar de clavar unas agujas tan gruesas como el meñique de Lucius en los brazos y en el pecho del primarca. Los aparatos de bombeo introdujeron en el cuerpo unos potentes sedantes y relajantes musculares que habrían dejado fuera de combate incluso al pielverde de mayor tamaño. Los relucientes cables plateados acoplados a las sienes y a las ingles del primarca estaban conectados a unos generadores que no dejaban de zumbar, lo mismo que los demás cables unidos a todos los puntos de su cuerpo donde se pudiera aumentar la sensación de dolor.

Las luces brillaban a baja potencia, como correspondía a un acto de violación

semejante. El único sonido que se oía era el murmullo de los desdichados anuladores psíquicos cubiertos con capuchas que se encontraban en cada esquina envuelta en sombras de la estancia y el siseo ahogado de los artefactos que Fabius había desplegado alrededor de su…

Lucius pensaba decir «paciente”, pero la palabra que le vino a la cabeza fue “víctima».

Julius Kaesoron se encontraba de pie y en silencio en el extremo inferior de la camilla, mientras que Marius Vairosean paseaba arriba y abajo como un depredador enjaulado. Lucius sonrió al ver su inquietud. Vairosean siempre había sido el lacayo y el esclavo que obedecía ciegamente. Atrapado en el dilema de cumplir las órdenes de algo que quizá no era Fulgrim y la posibilidad de traicionar a su señor, la mente de Vairosean debía de encontrarse agitada por los miedos y las ideas contradictorias.

Lucius casi lo envidió.

Los esclavos de Fabius se habían llevado las siluetas gemebundas de Heliton y de Ruen a las profundidades del laberinto. Las cubas de tejido y las suturas xenosalivales ya estaban preparadas para sus tratamientos. Daimon ya estaba más allá de toda posibilidad de ayuda, puesto que su cráneo había quedado convertido en un destrozo cóncavo por el puñetazo del primarca, pero el resto del grupo de traidores sobreviviría. Aquella idea provocó una punzada de intranquilidad que le atravesó el cerebro a Lucius, y se volvió hacia Kaesoron.

—¿Creíste alguna vez que podríamos conseguirlo? —le preguntó.

—¿Conseguir qué?

—Esto —le aclaró Lucius a la vez que señalaba con la mano al primarca tendido —. Capturar a Fulgrim. Yo no estaba seguro de poder hacerlo.

—Tú no lo has conseguido —le espetó Kaesoron.

—¿A qué te refieres?

—Mírate bien —le gruñó—. No tienes una sola señal en el cuerpo, espadachín. Nos traes este asunto a la hermandad y luego te apartas para dejar que nosotros luchemos por ti.

Lucius sonrió al sentirse revitalizado por la rabia de Kaesoron.

—Lo que pasó arriba fue más que una reyerta. Yo lucho con una elegancia exquisita, una concentración absoluta y una perfección fluida. Ese combate no era de los que requerían esas cualidades.

—Más bien fue que comprendiste que no serías capaz de derrotarlo.

—Eso también —le confirmó Lucius—. Pero no hay vergüenza alguna en admitirlo.

—Eso es cierto —admitió Kaesoron, y su rabia desapareció con la misma rapidez con la que había llegado.

Marius Vairosean no dejaba de moverse alrededor del otro extremo de la camilla.

Su rostro de piel tensada hacía imposible determinar su expresión facial. El capitán del Tercero llevaba colgado del hombro el cañón sónico, y de las bobinas cargadas de energía todavía surgían leves ondas de sonidos agudos.

—Daimon ha muerto —comentó Vairosean—. Y Heliton murió mientras todavía lo estaban bajando aquí.

—Si queréis saber mi opinión, la legión no pierde nada con sus muertes —declaró Lucius.

—Ruen tiene el brazo destrozado más allá de cualquier posible curación —siguió diciendo Vairosean, haciendo caso omiso del comentario de Lucius—. Krysander y Kalimos sobrevivirán, pero no tomarán parte en… esto.

—Un precio muy pequeño por someter a todo un primarca —comentó Kaesoron mientras Fabius se les acercaba.

El apotecario llevaba el cabello blanco recogido en una larga trenza apretada, lo que hacía que sus rasgos ya enjutos de por sí adquirieran un aspecto más esquelético y descarnado. Tenía los ojos negros, y Lucius no logró recordar si siempre los había tenido así o si los había cambiado para que coincidieran con los del primarca. Llevaba puesto un abrigo de pellejo humano que llegaba hasta el suelo. Había obtenido la piel de los cuerpos de los muertos caídos en Istvaan V. En algunos puntos era posible reconocer los rasgos de un rostro, una boca abierta de par en par que formaba un grito agónico interminable o unos ojos vacíos que miraban horrorizados el cuchillo del desollador. Algunas de las caras le resultaron familiares, pero Lucius sabía muy bien que sin la estructura ósea todos los rostros tendían a una cierta familiaridad.

Fabius prefirió no utilizar el artefacto quirúrgico que llevaba acoplado a la espalda y se valió de un cinto de tendones entrecruzados con aros de metal en el centro. De ellos colgaban las herramientas propias del arte de la tortura: ganchos, cuchillas, pinchos, tenazas y púas serradas. Todos aquellos objetos relucían bajo la media luz, y Lucius se preguntó si unos instrumentos tan vulgares serían capaces de provocar un grito de dolor en un ser tan poderoso como Fulgrim.

—Estamos listos para empezar —los avisó Fabius mientras se ponía unos guanteletes de acero plateado que no dejaban de tintinear.

—Pues acabemos de una vez con esto —dijo Kaesoron—. Si Lucius tiene razón y es otra cosa lo que yace tras el rostro de lord Fulgrim, cuanto antes acabemos, mejor.

Se desplegaron alrededor de Fulgrim. Cada uno de ellos sopesó en su interior la enormidad de lo que estaban haciendo frente a la posibilidad de nuevas sensaciones maravillosas. Que hubieran logrado someter a un primarca ya era algo increíble, pero que consiguieran expulsar a una criatura de la disformidad…

¿Sería posible algo así?

Lucius los miró a todos uno por uno, y comprendió que ninguno de los que

rodeaban en ese momento a Fulgrim podría contestar a esa pregunta. Los Hijos del Emperador habían sido una de las legiones reticentes a utilizar bibliotecarios. La característica genética que permitía a un psíquico utilizar el poder de la disformidad era el resultado de una mutación, de un defecto, y nada que se pudiera considerar un defecto se admitía en las filas de los guerreros de la legión de Fulgrim.

—¿Qué es lo que vamos a hacer? —preguntó Kaesoron.

—Lo primero que haremos será despertarlo —le respondió Fabius, acariciando el pecho del primarca con unos dedos rematados por agujas.

—Y suponiendo que no se libere y nos mate a todos, ¿qué haremos después? —quiso saber Lucius.

—Expulsaremos a la criatura mediante la razón, las amenazas y el dolor.

—¿El dolor? —gruñó Vairosean—. ¿Qué clase de dolor eres capaz de provocar para que un primarca lo sienta?

Fabius sonrió con su habitual gesto reptiliano, un gesto que prometía una horda de sensaciones dolorosas que sólo él sería capaz de administrar y que estaría encantado de mostrarles.

—Conozco este cuerpo mejor que nadie —respondió Fabius sin dejar de pasar los dedos modificados quirúrgicamente por la piel del primarca con la familiaridad de un amante—. Lo sé todo sobre el modo en que se montó, los poderes secretos unidos en aleación en sus músculos y huesos, los órganos únicos y específicos forjados para la creación de un ser luminoso como Fulgrim. Lo que creó el Emperador yo lo he separado en su partes constituyentes para luego formar con ello un conjunto mejor.

La arrogancia demostrada por Fabius era asombrosa, pero Lucius descubrió que estaba de acuerdo con la actitud del apotecario. Abrir el cuerpo de un primarca y contemplar las maravillas que albergaba era un honor del que pocos habrían disfrutado, si alguien lo había hecho aparte de Fabius, por lo que pensó que quizá se trataba de una arrogancia fruto del conocimiento.

—Pues entonces, hazlo —le ordenó Kaesoron.

Fabius asintió, aunque en realidad había más diversión que verdadera aceptación en aquel gesto. Lucius se preguntó cuánto tardaría la arrogancia de Fabius en separarlo por completo de la cadena de mando. Los Hijos del Emperador fueron antaño una legión de comportamiento rígido e inflexible, y en esos momentos se mantenían fieles a la antigua estructura a falta de algo mejor. Sin embargo, incluso eso estaba desapareciendo a medida que los guerreros daban prioridad a sus propios deseos y caprichos más que a los objetivos de la legión.

«¿Cuánto tiempo pasará antes de que nos convirtamos en poco más que unas bandas de guerreros rivales que sólo luchan por obtener la propia satisfacción?».

Lucius no tenía respuesta para esa pregunta, pero tampoco le preocupaba mucho aquel asunto. Sentía una suprema indiferencia ante la cuestión de si algo de la antigua

legión sobrevivía a su renacimiento.

Fabius clavó un tubo de goteo en el brazo de Fulgrim, y un fluido de color carmesí brillante lo recorrió. En cuanto entró en el cuerpo del primarca, Fulgrim abrió los ojos negros y parpadeó con rapidez, igual que alguien dormido que se hubiera despertado de repente de un sueño muy vívido.

—Ah, hijos míos… —dijo Fulgrim—. ¿De qué se trata esta nueva diversión que me tenéis preparada?

Fabius se inclinó para hablarle al oído.

—No eres Fulgrim, ¿verdad?

El primarca volvió los ojos hacia el apotecario, y Lucius captó un matiz de complicidad en la mirada. Se indinó hacia adelante y apartó la mano de Fabius del pecho del primarca.

—Lucius —musitó Fulgrim con su aliento perfumado—. Es una verdadera pena que nos negaran la posibilidad de la caricia del acero, ¿verdad?

—Creo que has intentado atraerme para librar ese combate desde hace cierto tiempo —le contestó Lucius.

Fulgrim se echó a reír.

—¿Tan poco discreto fui? Lucius, habría sido una experiencia sublime. ¿Cómo se puede decir que estás realmente vivo si no has probado antes la muerte? Alzarse de nuevo desde las cenizas de una vida y renacer en otra. Probar el olvido y después regresar. ¡Ah!… Eso sí que es una experiencia que no se debe desdeñar tan a la ligera.

—Creo que a la muerte se le amargarían todos sus encantos antes de que pasara mucho tiempo —le contestó Lucius—. Me parece que prefiero disfrutar de los placeres que tiene la vida para ofrecerme.

Fulgrim torció la boca en un gesto de decepción.

—Eso es ser muy corto de miras, hijo mío. No importa, ya reconsiderarás tu decisión con el paso del tiempo, o eso creo. Ahora hablaré con el resto de vosotros. ¿De verdad pensáis que no soy quien digo ser cuando afirmo que soy vuestro señor?

—Sabemos con certeza que no eres Fulgrim —le respondió Kaesoron.

—Entonces, ¿quién creéis que soy?

—Una criatura del immaterium —le contestó Vairosean—. Un engendro demoníaco.

—¿Un demonio? —Fulgrim se echó a reír una vez más—. ¿Y cómo si no describiríais a un primarca? ¿Es que acaso sois tan ingenuos como para creer que todas aquellas cosas a las que se llama «demonios» son seres malvados? Ya sea uno un demonio o un primarca ambas criaturas están creadas a partir de energías del immaterium. Son híbridos de carne y espíritu que llegan a este mundo mediante métodos antinaturales. Si supierais algo sobre mi proceso de creación no utilizaríais

esas palabras de un modo tan despreocupado.

—Así pues, ¿admites que eres un demonio? —le preguntó Kaesoron con voz sibilante.

—Julius, mi querido hijo, ¿es que te gusta ya tanto enfrentarte que te ciegas de una manera consciente a la realidad? Ya he dicho que si utilizamos la pobre definición de Marius…, ¡sí, soy un demonio! Un demonio creado por un ser que busca lograr la inmortalidad en un asalto al reino de los dioses, al que subirá utilizando nuestros cadáveres como escalera.

—Habla usando mentiras que pretende hacer pasar por verdades —les advirtió Fabius—. Lo mismo que el caballo de la antigua Truva, contará todas las falsedades adornadas con aquello que suene agradable a vuestros oídos.

—Entonces deberíamos cortarle la lengua —opinó Lucius.

El espadachín captó la mirada de inquietud que apareció en los ojos negros de Fulgrim. Vio rabia, diversión y decepción en esa breve mirada, pero fue incapaz de decidir cuál de ellas era la verdadera emoción.

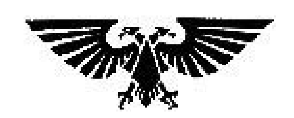
—Marius, de todos mis hijos, tú eras el que menos esperaba ver aquí.

Las palabras estaban cargadas de angustia, pero Marius Vairosean no se mostró afectado por ellas. Desde que Marius le había fallado a Fulgrim en Laeran, se había comportado como el servidor más fiel, siempre ansioso por complacer al primarca y decidido a obedecer cualquier orden sin dudarlo ni un instante. Si Fulgrim tenía la esperanza de lograr recurrir a ese aspecto de Vairosean, se vio tremendamente decepcionado.

—Mi amor por el primarca no conoce límites —le contestó Marius, al mismo tiempo que se inclinaba hacia adelante, como si estuviera a punto de escupir contra el rostro inmovilizado de Fulgrim—. Pero tú no eres mi primarca, y haré todo lo que sea necesario para sacarte de su cuerpo. No me importará sufrir cualquier dolor, ningún sufrimiento será lo suficientemente grande con tal de lograrlo. ¿Me has entendido, engendro demoníaco?

Fulgrim sonrió de oreja a oreja.

—Muy bien entonces, cachorros. ¡Ya basta de cháchara! ¡Empecemos juntos este viaje hacia la locura! —gritó el primarca.



TRECE

Fabius comenzó con el método de interrogatorio más antiguo: la explicación de los numerosos instrumentos de tortura y para qué servían cada uno de ellos. La gama de artefactos incluía los más corrientes, como los que utilizaría cualquier artesano del metal o de la madera: martillos, tenazas con pinzas de punta, clavos, sopletes, sierras y taladros, pero Fabius también tenía a su disposición instrumentos de tortura mucho más exóticos: ensambladores de nervios, licuadores de órganos, inflamadores de chakra, taladradores de médula y aceleradores de conexiones neuronales.

—Este último artefacto será el que me dará más placer utilizar —les explicó Fabius, mientras clavaba una serie de afiladas lengüetas de metal a lo largo de la espina dorsal de Fulgrim.

Fabius había hecho girar alrededor de su eje longitudinal la camilla sobre la que se encontraba el primarca, lo que dejó a la vista unos hombros flagelados y una espalda que era un paisaje agreste de tejido cicatrizado y de moratones provocados por los procesos de curación. Lo que Lucius vio en la espalda de su primarca fue una devoción admirable, el propósito decidido e inquebrantable de encontrar la agonía perfecta que sólo el auténtico creyente en el dolor podría ser capaz de conseguir.

—¿Qué es y qué hace? —le preguntó Kaesoron.

Fabius sonrió, contento de poder recrearse en la explicación del funcionamiento de su herramienta de sufrimiento.

—Se trata de un parásito neural que he creado a partir de fluidos cerebrales alienígenas combinados y de nanotecnología recuperada de los capitanes híbridos de la Diasporex.

—Eso no responde a la pregunta —le replicó Marius.

El apotecario hizo un gesto de asentimiento y paseó un dedo de larga uña por toda la parte posterior del cráneo de Fulgrim. Lucius frunció el ceño al ver aquel gesto, ya que las implicaciones de esa actitud de indiferencia eran demasiado evidentes. Para

Fabius, Fulgrim no era más que otro trozo de carne sobre el que podría realizar sus maravillosos trucos biológicos. El resultado final de aquella traición decidiría cuál sería el futuro de la legión, pero para el apotecario no era más que el modo de descubrir alguna otra rareza biológica y probar un nuevo invento. Los sentimientos de Lucius hacia Fabius pasaron de la antipatía al odio.

Fabius tomó en las manos un artefacto que se parecía a la parte posterior de un casco de combate y le dio la vuelta. En la superficie interior se veían unas agujas diminutas, y cada una de ellas estaba conectada a una serie de depósitos inyectores llenos de un fluido plateado y brillante de textura semejante a la del mercurio en reposo.

—Una vez se ha colocado sobre el sujeto, el nanofluido se introduce en el cuerpo, donde se conecta al tronco del encéfalo y sigue las ramificaciones neurales que llevan hasta el cerebro. Las diversas especies alienígenas que utilicé en la creación del suero poseían cierto potencial psíquico, y la invasión de la química cerebral le permite a aquel que manipule el artefacto acceder a cualquier zona del cerebro y estimularla como desee.

—¿Para qué? —inquirió Lucius, aunque ya se hacía una idea.

—Todas las criaturas mortales no son más que máquinas —declaró Fabius—. Son animales mecánicos de carne y hueso, y lo que los hace actuar son esencialmente unos imperativos maquinales. Lo que por error consideramos personalidad o carácter no son en realidad más que diferentes expresiones de respuesta a los estímulos. Si dispusiéramos de un algoritmo que poseyera la complejidad suficiente, sería posible replicar con exactitud una persona mecánica funcional que sería imposible diferenciar de una criatura viva. Gracias a este conocimiento, somos capaces de estimular ciertas zonas del cerebro incrementando aquellos aspectos que elijamos al mismo tiempo que inhibimos otros. Podría reventarle la cabeza un recién nacido contra una pared delante de su madre, y este artefacto la haría entrar en un delirio de éxtasis si así yo lo quisiera. También podría tocarle levemente el pecho a un hombre y hacerle sentir que le estoy arrancando el corazón con mis propias manos.

—Entonces, ¿para qué hacen falta todos esos otros cacharros? —quiso saber Kaesoron.

—Por mucho que este artefacto puede hacerle creer a una persona que tiene el cuerpo envuelto en llamas sin que ni siquiera haya una chispa cerca de él, existe cierto placer en un… enfoque más simple del dolor —admitió Fabius.

—Al menos en eso estamos de acuerdo —aceptó el primer capitán.

—Bueno, entonces, ¿a qué estamos esperando? —los apremió Vairosean—. Empecemos ya y acabemos de una vez.

Fabius asintió con lentitud e hizo girar la camilla de nuevo. Fulgrim tenía el rostro enrojecido, y Lucius se dio cuenta de que el primarca estaba disfrutando ante el

inminente intento de rescate del alma cuyo cuerpo había poseído.

—Recuerdo ese aparato —comentó Fulgrim—. ¿De verdad crees que funcionará en un ser como yo? Mi conciencia es de una magnitud muy superior a la vuestra. Actúa en unos planos que se encuentran más allá de nuestra capacidad de comprensión. Sus límites superiores son tan elevados que no se pueden contener en un simple cascarón de hueso, y están obligados a existir en unos planos a los que sólo los dioses tienen acceso.

—Eso ya lo veremos —le replicó Fabius, quien se sintió insultado al ver que se ponía en duda su genio.

—Empieza con ése —le ordenó Kaesoron—. Si lo conseguimos, Fulgrim debe tener un cuerpo perfecto al que poder regresar.

—Hijos míos, os habéis visto conducidos a esto igual que ovejas al matadero —les dijo Fulgrim—. Lucius os trae una idea que genera una chispa de interés en vuestras aburridas vidas y os aferráis a ella como si fuera un maravilloso cable de salvamento con el que conseguiréis sentir algo de verdad. ¿Es que no habéis aprendido nada desde nuestra ascensión? No mostrar conformidad de pensamiento y de acción es la única cosa fundamental en la vida. Las hermandades son para aquellos que poseen mentalidades de oveja, ¡y la herejía es algo propio de los dioses!

—Ya basta de cháchara —exclamó Lucius, al mismo tiempo que tomaba unas tenazas afiladas y atrapaba con ellas el dedo anular de la mano derecha de Fulgrim.

El espadachín cerró las tenazas de un modo rápido y firme y le amputó el dedo a la altura de los nudillos. Un chorro de sangre salió de la herida antes de convenirse en un simple goteo.

Fulgrim lanzó un aullido, pero Lucius fue incapaz de determinar si se trataba de un grito de dolor o de placer.

Fabius le arrebató las tenazas a Lucius con un gesto furibundo.

—La tortura es un arte preciso y meticuloso, una pirámide escalonada de dolor —le avisó—. Cortar y rajar de forma aleatoria es algo propio de aficionados. No pienso participar en semejante carnicería.

—Pues entonces deja de hablar y ponte manos a la obra —le replicó Lucius—. Porque a mí me da la impresión de que quieres retrasarlo.

—El espadachín lleva razón —afirmó Kaesoron, acercándose al apotecario.

El primer capitán llevaba puesta su armadura de exterminador, por lo que le sacaba una cabeza a Fabius. El apotecario asintió.

—Como ordenéis, primer capitán —le dijo Fabius, y se volvió hacia su instrumental—. Comenzaremos con el dolor del fuego.

Lucius notó que se le aceleraba el corazón al ver que Fabius empuñaba un soplete cortador. Tuvo que pulsar el mecanismo de activación tres veces para conseguir que se encendiera la llama. Aquel tipo de soplete se utilizaba para cortar paneles de acero,

y la llama se estrechó hasta formal un cono de luz blanco azulado cuando Fabius ajustó el flujo del gas.

Julius Kaesoron se inclinó hacia Fulgrim.

—Es tu última oportunidad, engendro demoníaco. Sal del cuerpo de mi primarca y no tendrás por qué sufrir.

—Me encanta el sufrimiento —le respondió Fulgrim con una sonrisa de oreja a oreja.

Kaesoron hizo un gesto de asentimiento, y Fabius llevó la llama a la planta del pie de Fulgrim.

La carne se deshizo y fluyó igual que caucho derretido bajo el tremendo calor. Fulgrim arqueó la espalda y abrió la boca de par en par con un grito mudo a la vez que las venas y las arterías del cuello se le marcaban en la piel igual que cordilleras tectónicas.

Lucius vio aparecer el blanco del hueso a medida que la carne desaparecía. La materia ósea relució durante un momento antes de volverse negra. La médula se quemó con un sonido apetitoso y grasiento, y el olor a carne achicharrada le dejó una textura sabrosa en el fondo de la garganta. Lucius ya había olido y probado la carne humana en otras ocasiones, pero comparado con aquella pobre comida, aquello era un festín delicioso e increíble.

Vio que el olor provocaba un efecto similar en los demás.

Los rasgos duros de Kaesoron se suavizaron levemente, y Vairosean se mantuvo en pie por pura fuerza de voluntad. Sólo Fabius pareció no verse afectado por todo ello, y Lucius supuso que el apotecario ya había disfrutado de numerosas visiones y olores procedentes del cuerpo del primarca a lo largo de las exploraciones que había realizado en la biología cuasi divina de Fulgrim. Fabius pasó la llama del soplete por el pie de Fulgrim hasta que lo único que quedó por debajo del tobillo fue una masa ennegrecida de hueso fundido y médula hervida que caía goteante sobre el suelo de baldosas del apothecarion.

Julius Kaesoron agarró el extremo del hueso quemado.

—Todo este sufrimiento puede acabar —le dijo al primarca tras recuperar la compostura con una rapidez sorprendente.

Lucius se pasó la lengua por los labios, ya que todavía estaba disfrutando del extraordinario aroma de la carne quemada de Fulgrim.

El primarca alzó la mirada hacia Kaesoron con los labios apretados en una sonrisa.

—¿Sufrimiento? ¿Y tú qué sabes lo que es el sufrimiento? No eres más que un guerrero que lucha donde yo le digo que debe combatir, una herramienta con la que satisfago mis deseos, sólo eso. Tú no sufres, y no deberías hablar del sufrimiento a

aquellos que lo conocen de verdad.

—Yo elijo no sufrir —le contestó Kaesoron—. Una persona puede tener la fuerza suficiente para controlar sus sentimientos hasta el punto de que resulte imposible hacerla sufrir. Sufrir el dolor y la indignidad es una pérdida de control. Es admitir una debilidad humana. Yo tengo la fuerza suficiente como para negarme a sufrir.

—Julius, entonces me temo que eres más tonto de lo que pensaba —le dijo Fulgrim—. ¿De dónde crees que procede la fuerza si no es del sufrimiento? La pérdida y las privaciones son lo que te proporciona la fuerza. Aquellos que nunca han conocido el verdadero sufrimiento no pueden poseer la misma fuerza que las personas que sí lo han hecho. Una persona debe ser débil para sufrir, y a través de ese sufrimiento obtendrá la fuerza.

—En ese caso, serás muy poderoso para cuando hayamos acabado contigo —le prometió Vairosean.

Fulgrim lanzó una nueva serie de carcajadas.

—El dolor es la verdad. El sufrimiento es el extremo agudo de un látigo, la falta de sufrimiento es el extremo del látigo que empuña el amo. Cada acto de sufrimiento es una prueba de amor, y os lo demostraré soportando todo el dolor que podáis infligirme, por que os amo a todos.

—Eso no es propio de Fulgrim —lo interrumpió Kaesoron—. No son más que mentiras endulzadas para debilitar nuestra fuerza de voluntad.

—Eso no es cierto. Todas las verdades que he aprendido desde que le quité la vida a mi hermano han demostrado ser indiscutibles. Todas las cosas están conectadas en este enorme universo mediante conexiones invisibles, incluso aquellos elementos que parecen ser opuestos entre sí.

—¿Cómo puedes saber eso? —le preguntó Lucius—. Lord Fulgrim era un amante de la belleza y de las cosas maravillosas, pero no era ciertamente un filósofo.

—Para ser un amante de la belleza y de las cosas maravillosas hay que ser también un filósofo —le explicó Fulgrim, al mismo tiempo que movía la cabeza en un gesto de decepción—. He contemplado el corazón oculto de la disformidad y sé que toda existencia es una lucha entre los polos opuestos: la luz y la oscuridad, el calor y el frío y, por supuesto, el placer y el dolor. Pensad en el placer más extático y en el dolor más inimaginable. Están unidos, pero no son lo mismo. El dolor puede existir sin el sufrimiento, y es posible sufrir sin sentir dolor.

—Estoy completamente de acuerdo, pero ¿adónde quieres llegar con ese argumento? —quiso saber Kaesoron.

—Lo que se puede aprender del dolor, que el fuego quema y que es peligroso, es una lección que sólo aprende el individuo, pero lo que yo he aprendido del sufrimiento es que es lo que nos une en el camino de los excesos y nos concede la entrada al palacio de la sabiduría. El dolor sin sufrimiento es igual que una victoria

sin combate, uno no tiene sentido sin el otro. Sin embargo, en el análisis definitivo, se descubre que el verdadero sufrimiento sólo se puede medir por aquello que nos arrebatan.

—En ese caso, nosotros también estamos sufriendo ahora, porque hemos perdido a nuestro amado primarca —le replicó Vairosean.

Lucius hizo caso omiso del sentimentalismo empalagoso de Vairosean y frunció el ceño al observar el pie destrozado de Fulgrim. La carne había desaparecido completamente quemada, pero tuvo la impresión de que comenzaba a formarse una fina capa translúcida sobre el hueso, que empezaba a perder el aspecto vitrificado que había adquirido debido a las llamas. Al igual que una serpiente que hubiera mudado recientemente la piel, la delgada textura que comenzaba a cubrir el pie tenía una apariencia oleosa y nueva, imperfecta, pero lista para tomar su forma definitiva.

—Mirad —los avisó Lucius—. Se está curando. Hay que mantener la presión.

Fabius dejó de mirar a la cara al primarca y estudió el pie en proceso de curación con un interés académico mientras Vairosean y Kaesoron tomaban cada uno de ellos un instrumento de tortura. Los capitanes de combate se colocaron a los lados del primarca y aplicaron las herramientas en el cuerpo de Fulgrim. Kaesoron se dedicó a aplastar nudillos con unas tenazas, mientras que Vairosean utilizó un bisturí sobre el pecho de Fulgrim y le cortó largas tiras de piel con mucho cuidado.

—Aaahhh… —sonrió Fulgrim—. Verdaderamente, la carga de la felicidad sólo se puede evitar con el bálsamo del sufrimiento.

Lucius olió la sangre de Fulgrim y deseó empuñar un martillo o un punzón, pero la expresión de los ojos del primarca lo detuvo. Las torturas que Kaesoron y Vairosean le estaban infligiendo habrían reducido a cualquier mortal a un estado de locura en la que echaría espumarajos por la boca, pero Fulgrim parecía estar disfrutando de verdad de aquella experiencia.

El primarca lo miró a su vez a los ojos.

—Vamos, Lucius, coge uno de los instrumentos de Fabius. ¡Haz que mi carne aúlle!

Lucius negó con la cabeza y se cruzó de brazos por temor a hacer lo que Fulgrim deseaba.

—¿Estás seguro? —insistió el primarca con una sonrisa—. Sabes mucho mejor que estos necios que las tentaciones a las que no sucumbes son precisamente de las que más tarde te arrepientes.

—Muy cierto, pero creo que cualquier criatura lo suficientemente poderosa como para apoderarse del cuerpo de Fulgrim es lo bastante fuerte como para soportar cualquier nivel de dolor y de sufrimiento sin apenas esforzarse.

—Qué perspicaz por tu parte, hijo mío —admitió Fulgrim—. Esto es… un tanto entretenido, lo admito, pero para mí el dolor es poco más que algo irritante. Bueno, el

dolor que vosotros me podéis infligir.

Kaesoron dejó de torturarlo y miró a Fabius.

—¿Eso que dice es verdad?

Fabius dio una vuelta alrededor de la camilla de Fulgrim y leyó los indicadores de los biorritmos del primarca con un asombro cada vez mayor. Lucius no era apotecario, pero hasta él fue capaz de ver que las lectura confirmaban que si hubieran recitado poesía, habría tenido el mismo efecto en el primarca que aquella tortura.

Vairosean arrojó a un lado el bisturí y un gran cilindro de cristal montado en un nicho acabó destrozado. El fluido tóxico que contenía se desparramó por el suelo del apothecarion, donde se extendió humeando igual que un ácido. El líquido también contenía una masa inidentificable de órganos palpitantes injertados a un huésped de aspecto vagamente humanoide. Fuera lo que fuese, las convulsiones que sufrió duraron tan sólo unos instantes antes de que su miserable existencia acabase.

Fabius se arrodilló al lado de aquellos restos relucientes y le lanzó una mirada furibunda a Vairosean.

Marius hizo caso omiso de la rabia del apotecario y agarró a Fulgrim de la cabeza. Luego se inclinó como si fuera a besarlo, pero en vez de eso golpeó la cabeza del primarca contra la superficie de la camilla y profirió un aullido de rabia que lanzó por los aires a Lucius y a Kaesoron.

El sonido reverberó por toda la cámara igual que el estampido sónico provocado por un Stormbird que volara a baja altitud. El ruido reventó todos los objetos de cristal de la estancia. Los fragmentos rotos repiquetearon contra las losas con un millar de chasquidos agudos.

—¡Eres una criatura maligna! —chilló Vairosean—. Márchate ya o le arranco la cabeza a este cuerpo. ¡Prefiero ver muerto a Fulgrim antes que consentir que lo poseas durante un momento más!

Lucius se levantó del suelo con todos los sentidos todavía aturdidos por el asalto sónico. Mientras tanto, Fabius cargó contra Vairosean y lo apartó del primarca por la fuerza.

—¡Estúpido! —lo insultó Fabius—. Tu rabia ha destrozado una investigación que me ha llevado meses.

Vairosean se deshizo del apotecario enfurecido y cerró un puño, dispuesto a machacar a Fabius hasta convertirlo en una pulpa sanguinolenta.

—¡Marius! ¡Detente! —le gritó Fulgrim.

Los decenios de lealtad imbuida en su ser inmovilizaron a Marius Vairosean, y Lucius recordó la tremenda autoridad de hierro que era innata a todos los primarcas. Incluso él, que no respetaba la autoridad, se sintió intimidado por las palabras de Fulgrim.

—¿Me llamas malvado pero tú decides qué es bueno y qué es malo? ¿Acaso esas

ideas no son simplemente términos arbitrarios que la humanidad se ha inventado para justificar sus actos? —le dijo Fulgrim—. Piensa acerca del modo en el que medimos el bien y el mal y verás que lo que soy, que aquello en lo que me estoy convirtiendo es algo de belleza perfecta. Una criatura del bien.

Lucius se acercó a la camilla de acero y bajó la mirada hacia el primarca. Se dio cuenta de que las palabras de Fulgrim eran profundas hasta un nivel que no era capaz de comprender todavía, pero de las que quizá dependía su futuro. Empuñó un punzón con una larga punta con forma de gancho y lo clavó en el pecho de Fulgrim atravesando una zona de tejido de cicatrización que todavía no se había curado por completo. El primarca hizo una mueca cuando el metal le atravesó la piel, pero Lucius no tuvo claro qué clase de emoción había detrás de aquel gesto.

—¿En qué te estás convirtiendo? —le preguntó.

—Ésa es la pregunta equivocada —le respondió Fulgrim, mientras Lucius le clavaba el punzón centímetro a centímetro.

—¿Y cuál es la respuesta correcta?

Marius y Julius se inclinaron hacia ellos mientras Fabius seguía lanzando maldiciones por los largos meses de trabajo perdidos que burbujeaban y se desparramaban a sus pies.

—La pregunta correcta es hacia dónde se mueve el universo. Y la respuesta a esa pregunta sólo se puede saber si se comprende de dónde venimos.

Marius siguió el ejemplo de Lucius y escogió un instrumento de tortura de la colección de artefactos que había desplegado Fabius. Le dio unas cuantas vueltas en las manos al aparato y luego hizo girar la manivela de un engranaje metálico que abría poco a poco las piezas en forma de pétalo que integraban el extremo en forma de pera. Satisfecho por el funcionamiento, lo volvió a cerrar y caminó a lo largo de la camilla hasta llegar la cintura del primarca, y le colocó el artefacto entre las piernas.

—Venimos de Terra. ¿Te refieres a eso? —le preguntó Marius.

Fulgrim le sonrió con paciencia.

—No, Marius, me refiero a mucho antes de eso. Todo lo antes a lo que se puede llegar.

Marius se encogió de hombros y colocó el artefacto que empuñaba con una serie de gruñidos mientras Julius tomaba unas cuantas varillas plateadas de diferentes tamaños, unas más cortas que otras, pero todas rematadas por una punta afilada. Kaesoron clavó siete de aquellas varillas plateadas, una por una, en el cuerpo de Fulgrim formando una línea desde la nuca hasta la ingle. Era evidente que Kaesoron conocía aquellos objetos, ya que los utilizó con la concentración de un artista. Lucius se preguntó si habría elegido mal su método de tortura al compararlo con el de sus camaradas capitanes, pero luego decidió que le gustaba la sencillez del punzón, y siguió empujando para que se clavara más todavía en los desconocidos órganos y en

la biología inhumana del primarca.

Fulgrim observó a Kaesoron con la atención propia de un maestro orgulloso al ver a su pupilo echar a volar por primera vez sin recibir ninguna clase de instrucción. El primarca negó con la cabeza cuando Kaesoron terminó y se incorporó.

—Julius, la colocación de la aguja del chakra Swadhisthana está ligeramente fuera de posición. Quizá se deba a la intrusión del artefacto de Marius. Un poco más arriba estaría mejor.

Kaesoron se agachó para comprobarlo y recolocó la aguja al darse cuenta de que Fulgrim tenía razón. Sin decir ni una palabra al respecto, conectó una serie de cables de cobre al extremo de las agujas. Los cables estaban a su vez conectados a un conjunto de generadores que ya estaban activados. Luego pulsó un interruptor y un profundo zumbido grave llenó la cámara. Pequeños chispazos de alto voltaje recorrieron los cables.

Fulgrim apretó la mandíbula y la energía enjaulada en su cuerpo centelleó en los negros vórtices de sus ojos. La piel del primarca se ennegreció y a Lucius le llegó el regusto eléctrico de un cuerpo quemándose por dentro.

Fulgrim volvió a hablar mientras sufría un dolor capaz de poner fin a la vida de varios seres humanos:

—Este universo comenzó con la simplicidad, con un acontecimiento de una expansión tan veloz que jamás podrá ser medida. En esos primeros instantes fraccionales de existencia, el universo era un lugar de una sencillez tan asombrosa que nunca seremos capaces de comprenderlo. Pero con el paso del tiempo, esos elementos simples comenzaron a unirse para crear formas cada vez más complejas. Las partículas se convirtieron en átomos, los átomos pasaron a ser moléculas hasta que su complejidad aumentó y formaron las primeras estrellas. Esas estrellas recién nacidas vivieron y murieron a lo largo de millones de años, y sus muertes explosivas impulsaron el nacimiento de más estrellas y planetas. Tú y yo somos seres de luz creados a partir de los núcleos de las estrellas.

—Muy poético, pero sigo sin saber qué tiene eso que ver con el bien y el mal —le replicó Kaesoron mientras seguía manipulando la corriente que recorría las agujas plateadas, pero lo cierto era que no pudo evitar sentirse intrigado.

Lucius se quedó sorprendido, ya que siempre había creído que el primer capitán no sentía apenas interés alguno por nada que no fuera la satisfacción de sus propios deseos o el modo con el que podría provocarle más dolor al enemigo.

—Pronto llegaremos a eso —le prometió Fulgrim.

El espadachín tuvo que recordarse a sí mismo que estaban enfrascados en la tortura del primarca y que no se encontraban allí para recibir una lección sobre la sustancia que formaba el universo. Quiso decirlo en voz alta, pero las siguientes palabras pronunciadas por el primarca hicieron que se mantuviera callado.

—Nada de lo que está ocurriendo ahora mismo se ha producido al azar —siguió diciendo Fulgrim—. Todo esto forma parte de la propia naturaleza del universo, de su tendencia a la complejidad. ¡Ah, sí! Es algo tremendamente exquisito. ¡Marius, dale otra vuelta al engranaje! Como iba diciendo, todas las cosas forman parte de este ciclo de crecimiento y de formación, desde el organismo más diminuto hasta la conciencia inteligente más elevada. Si se dan las circunstancias adecuadas, todo tiene tendencia a convertirse en algo más hermoso, más perfecto y más complejo. Ha sido así desde el comienzo de la vida del universo, y esa naturaleza es inevitable e inexorable.

Lucius asintió mientras giraba la punta del punzón en un círculo más amplio en el interior del cuerpo de Fulgrim.

—¿Y hacia dónde nos conduce eso? ¿Qué existe al final de este viaje desde la simplicidad a la complejidad?

Fulgrim se encogió de hombros, aunque era imposible saber si se trató de un gesto consciente o provocado por las corrientes de energía que le recorrían el cuerpo.

—¿Quién lo sabe? Algunos lo llaman divinidad, otros, nirvana. A falta de un término mejor, se le puede llamar complejidad perfecta. Es el objevo final de todas las cosas, ya sean conscientes o no de su función en el universo. Ahora, respecto a la cuestión del bien y del mal… Ambos están unidos de un modo inextricable al viaje en dirección a la complejidad perfecta. Y la respuesta es simple.

Fulgrim dejó de hablar cuando arqueó la espalda al mismo tiempo que le salía un hilo de sangre por la comisura de la boca. Lucius quiso creer que había sido su punzón el que le había provocado el espasmo de dolor al pincharle la espina dorsal, pero debido a que los tres estaban enfrascados en el uso de los instrumentos de tortura era imposible saberlo con certeza.

Fabius caminó alrededor de la camilla comprobando los signos vitales de Fulgrim, y lo hizo con una preocupación que iba en aumento.

—Lo estáis matando. Uno de vosotros debe parar de inmediato —dijo con voz temerosa.

—No —se negó Marius—. El dolor expulsará al demonio. Abandonará su dominio sobre Fulgrim antes de permitir que lo matemos.

—¡Estúpido ignorante! —lo insultó Fabius—. ¿Acaso crees que a unas criaturas como los demonios les importa que muera su huésped humano? Lo único que ocurrirá será que su esencia se cohesionará de nuevo en la disformidad cuando su recipiente físico quede destruido.

—Entonces, ¿para qué estamos haciendo esto? —quiso saber Lucius.

El espadachín soltó la empuñadura del punzón y agarró a Fabius por la garganta al notar de nuevo un cierto elemento conspirativo en la preocupación que el apotecario mostraba por Fulgrim. Apretó con más fuerza la tráquea y ejerció la

presión suficiente como para que los ojos de Fabius comenzaran a salirse de las órbitas.

—No se puede hacer daño a este demonio —le explicó Fabius entre jadeos—. Pero si se le causa el dolor suficiente, quizá sería posible que abandonara el cuerpo.

—¿Quizá? ¿Posible? No nos das certeza alguna con esas palabras.

Lucius notó una presión punzante en la ingle, y al mirar hacia abajo vio un armazón serpenteante de metal oxidado y cartílago reluciente que salía de debajo del abrigo de piel humana de Fabius. Una gran aguja hipodérmica llena de un fluido rosáceo había atravesado la juntura flexible de la armadura a la altura del muslo y se había clavado unos dos centímetros en el músculo de la pierna.

Fabius sonrió igual que lo haría una serpiente.

—Ponme la mano encima otra vez y el inyector te llenará de suficiente Vitae Noctus como para matar a toda una compañía de guerreros.

Lucius soltó al apotecario a regañadientes y notó como el frío metal de la aguja salía de su cuerpo. Por mucho que deseara lanzarse a por Fabius y partirle el cuello, no pudo evitar que en su rostro se mantuviera la sonrisa de haber estado a las puertas de la muerte.

Fabius se fijó en ella.

—Siempre es emocionante hasta que el elixir entra en el sistema sanguíneo. Entonces se convierte en algo sublime durante seis latidos de corazón. Luego mueres, y se acaban todas las sensaciones. Recuérdalo la próxima vez que sientas la necesidad de desahogar conmigo la rabia que te invade.

Kaesoron los separó con sendos empujones.

—Ya basta. Tenemos una tarea entre manos. Apotecario, ¿podemos hacer salir a este demonio con el dolor? Quiero una respuesta clara y directa.

Fabius contestó sin apartar la mirada de Lucius, y éste respondió a la hostilidad de la mirada con un tranquilo gesto de despreocupación que sin duda irritaría más al apotecario.

—No puedo darla —le respondió Fabius—. Cualquier cuerpo mortal quedaría destruido mucho antes de que tuviéramos tiempo de llegar al punto en el que un demonio perdería su poder sobre ese cuerpo. Sin embargo, el cuerpo de un primarca debería sobrevivir lo suficiente como para que llegáramos al punto en el que el dolor tendría la intensidad necesaria como para expulsarlo.

—Quizá ha llegado entonces el momento de utilizar ese parásito neural —apuntó Marius—. Ese trasto que creaste a partir de los capitanes híbridos de la Diasporex.

Fabius hizo un gesto de asentimiento para mostrar que estaba de acuerdo, y Lucius se dio cuenta de que el apotecario había estado esperando esa oportunidad. Se agachó y colocó el medio casco sobre el cráneo de Fulgrim, luego conectó una serie de tubos de plástico transparente al metal plateado. Los tubos recorrían serpenteando

el suelo hasta llegar a una maquinaria que zumbaba y que parecía haber sido diseñada por unas criaturas que no tenían nada que ver con la humanidad. Palpitaba con una compleja serie de luces y de sonidos en unos planos que se encontraban más allá de las percepciones sensoriales de los mortales. Lucius observó como el líquido iridiscente parecido al mercurio también palpitaba ansioso a lo largo de los tubos transparentes en su camino hacia el primarca.

—Será mejor que esto funcione —le advirtió Kaesoron a Fabius a la vez que le apoyaba el índice en el pecho—. Si nos has mentido, ninguno de tus fétidos elixires me impedirá matarte.

El líquido centelleante entró en el cuerpo de Fulgrim, y de sus hermosos labios surgió el jadeo de exclamación de un sensualista que por fin ha descubierto unas sensaciones que ni siquiera se había imaginado. El primarca abrió los ojos de par en par y miró a su alrededor igual que lo haría alguien que se hubiera despertado mientras soñaba con la evocación dorada de amistades y amantes hasta entonces apenas recordadas.

—Ah, hijos míos —les dijo. Habló como si el dolor que le infligían sus torturadores fuese poco más que la suave caricia del ala de una mariposa—. ¿Por dónde iba?

La sangre le cubría la piel igual que una túnica de color carmesí, y de cada uno de sus poros salía el acre olor a carne quemada. Las agujas de plata que tenía clavadas en el cuerpo irradiaban calor, y tenía la pelvis doblada hacia arriba en un ángulo antinatural por la expansión del macabro artefacto utilizado por Marius.

—Hablabas del bien y del mal —le recordó Lucius, mientras agarraba la empuñadura de madera del punzón para clavarlo con más fuerza.

—Ah, Lucius, empuñas ese punzón como un auténtico maestro —le dijo Fulgrim —. Eres tan hábil con un arma pequeña como con una grande.

—Es la práctica —le respondió Lucius.

—Lo sé.

—¿Está funcionando? —le preguntó Kaesoron a Fabius mientras éste manipulaba diales holográficos e indicadores de líquido con los controladores táctiles alienígenas que tenía implantados bajo la piel.

—Así es —le confirmó el apotecario—. Puedo alterarle la bioquímica del cerebro para hacerle ver lo que yo quiero que vea, que sienta lo que yo quiero que sienta. No tardaré mucho en conseguir que su mente esté bajo nuestro control.

Fulgrim se echó a reír, y luego estalló en lágrimas. Su cuerpo se convulsionó inmerso en la agonía antes de estremecerse sumido en el mayor de los placeres. Gritó ante unos terrores invisibles, y se lamió los labios cuando unos sabores inimaginables le inundaron el sentido del gusto.

—¿Qué le está pasando? —quiso saber Marius.

—Estoy tomando el control —le explicó Fabius, quien era evidente que estaba disfrutando de aquella oportunidad de manipular a un espécimen de perfección física tan magnífico producto de una ingeniería genética suprema—. Su mente es más compleja de lo que te podrías imaginar. Son un millón de laberintos entrecruzados entre sí. No es un asunto sencillo descifrar todas sus conexiones.

—Pues date prisa en aprenderlas —le ordenó Kaesoron.

Fabius hizo caso omiso de la amenaza implícita en la voz del primer capitán y realizó una miríada de cambios en la composición del fluido y en el sistema del artefacto. Todo aquello era demasiado complejo como para entenderlo. Lucius no tenía ni idea de lo que estaba cambiando el apotecario o de cómo esos cambios afectarían al primarca. En la piel de Fulgrim se vio sobresalir, como cuerdas tensas, cada vena y arteria del cuerpo, lo que dejó claro que el primarca no iba a permitir que Fabius tomara el control sin plantarle cara.

Un millar de emociones y sensaciones cruzaron el rostro de Fulgrim, y Lucius lo envidió por estar conectado a la máquina de Fabius. ¿Cómo sería permitir que otro guiara la mente de uno mismo a través de un universo de sensaciones? Sin embargo, tan pronto como se imaginó ese viaje, supo que estaba demasiado centrado en sí mismo como para permitir que nadie tomara el control de su cuerpo.

Por fin, Fulgrim se relajó y se desplomó de nuevo sobre la camilla con un suspiro contenido de alivio. Las extremidades permanecieron en reposo sobre el frío metal y Fabius sonrió de oreja a oreja con una expresión triunfal. El gesto dejó a la vista los dientes amarillentos y la lengua reluciente y serpentina.

—Ya lo tengo. ¿Qué queréis que haga, primer capitán?

—¿Puedes obligarlo a hablar y que diga la verdad?

—Por supuesto; es una manipulación muy sencilla —le aseguró Fabius.

Lucius frunció el ceño ante la certeza que mostraba el apotecario, y se extrañó de la facilidad con la que Fabius parecía haber dominado lo que él mismo había definido como una tarea casi imposible. Sacó el punzón del cuerpo de Fulgrim y rodeó la camilla para colocarse al lado de Fabius. No le importó el Vitae Noctus: si descubría que el apotecario les estaba mintiendo, lo mataría.

Las caras del largo abrigo de Fabius se movieron arriba y abajo como si estuvieran sometidas a una marea gélida, y sus aullidos mudos le suplicaron a Lucius que acabara con su sufrimiento. El espadachín no hizo caso de aquello y calculó cuál sería el mejor punto donde clavar el punzón si tenía que matar a Fabius.

El apotecario no pareció darse cuenta de la presencia de Lucius, y paseó sus dedos por encima del artefacto igual que un maestro sobre el teclado del órgano de un templo. Fulgrim se estremeció tendido en la camilla, y luego su rostro se retorció en una sonrisa delirante cuando notó lo que le estaban haciendo.

—¡Ah, hijos míos!… —susurró el primarca—. ¿Queréis la verdad? Qué tosco por

vuestra parte. ¿No os dais cuenta de que la verdad es lo más peligroso que existe?

—Tu tiempo aquí se te acaba, demonio —le gruñó Marius—. No tienes lugar en esta legión. Eres una criatura del mal.

Fulgrim se rió una vez más.

—¡Ay, Marius! Insistes en llamarme una criatura del mal, pero esa palabra no tiene significado a menos que comprendas la verdad sobre lo que representan el bien y el mal. Muy bien, ¿queréis la verdad? Os la daré. Si aceptáis que el universo se mueve constantemente hacia su estado final de complejidad perfecta, y que se trata de su destino inevitable, entonces cualquier cosa que dificulte ese proceso se debe considerar algo maligno. Si seguimos esa misma lógica, cualquier cosa que impulse ese viaje es si duda algo bueno. Yo me muevo en dirección a esa complejidad perfecta, y al dificultar mi ascensión vosotros actuáis de un modo malvado. De todo lo que hay en esta cámara, ¡yo soy lo único que es bueno!

—Lo que quieres es ofuscarnos la mente con toda esa cháchara sobre la naturaleza del universo y el bien y el mal —le respondió sibilante Marius—. Sé lo que es el mal, lo tengo delante de los ojos ahora mismo.

—Te estás mirando a ti mismo, Marius Vairosean —le contestó Fulgrim—. ¿Acaso no has visto todavía la verdad?

—¿La verdad de qué?

—¡La verdad de mí!

Lucius se apartó de la camilla cuando los bíceps de Fulgrim se hincharon de repente con un tremendo poder y el brazo derecho del primarca se liberó de las ataduras que lo mantenían inmovilizado contra la camilla. Un instante después, liberó el brazo izquierdo y el primarca se incorporó de golpe, lo que arrancó todas las agujas que le habían clavado y soltó los sensores de monitorización que Fabius le había colocado antes de comenzar las torturas.

Fulgrim apartó a Marius de una patada y se sacó el artefacto con el que el tercer capitán lo había estado torturando. El aparato cayó al suelo del apothecarion con un repiqueteo húmedo y rodó igual que una flor viscosa de hierro manchado de rojo.

—Una pena —comentó Fulgrim—. Empezaba a gustarme.

El primarca sacó las piernas de la camilla partiendo las ataduras de los tobillos y de los muslos con el mismo esfuerzo que necesitaría un niño para apartar las sábanas tras despertarse. Julius Kaesoron se lanzó sobre Fulgrim para tumbarlo de nuevo, pero salió despedido de espaldas por un simple golpe con el dorso de la mano. Fabius retrocedió, pero Lucius se quedó donde estaba. Sabía que no tenía sentido alguno echar a correr.

Se dio cuenta de lo ciego que había estado, de lo ingenuo que había sido. ¿Cómo podían haber creído que serían capaces de someter a todo un primarca? Lo habían conseguido sólo porque Fulgrim lo había permitido, porque quería llegar a ese punto.

El Fénix había captado las dudas de sus guerreros y los había conducido hasta ese lugar, hasta ese momento, para revelarles su verdadera naturaleza.

Fulgrim se volvió hacia él y le sonrió. En ese preciso instante, Lucius vio la verdad que albergaba todo lo que Fulgrim había dicho y hecho desde Istvaan. Vio el reconocimiento de ese hecho en los ojos de Fulgrim, y cayó de rodillas.

—¿Vas a suplicarme, Lucius? Esperaba más de ti —le dijo Fulgrim.

—No os suplico nada, mi señor —le contestó Lucius con la cabeza inclinada hacia el suelo—. Sólo quiero honraros.

Julius Kaesoron tuvo que esforzarse para ponerse en pie. Su puño de combate se activó con una diminuta tormenta de rayos de color púrpura. Marius Vairosean empuñó el cañón sónico y abrió la boca de par en par, preparado para lanzar una devastadora descarga de sonido y energía capaz de matar a todo el mundo en la cámara.

—¿Ahora lo sabes ya? —le preguntó Fulgrim.

—Ahora lo sé —asintió Lucius—. Debería haber sabido desde el principio que jamás entregaríais vuestra voluntad a otro. Si yo no lo haría, ¿cómo podríais hacerlo vos?

—¿De qué estás hablando, espadachín? —exigió saber Kaesoron—. ¿Nos has traicionado aliándote con esa criatura demoníaca?

Lucius negó con la cabeza y soltó una breve risa por la ceguera de Kaesoron ante una verdad que sin duda ya era más que evidente por sí misma.

—No, no lo he hecho, porque estaba equivocado —le aclaró Lucius.

—¿Sobre qué? —preguntó Kaesoron con el puño alzado, listo para atacar.

—Sobre mí —contestó Fulgrim por Lucius.

—Es lord Fulgrim. Nuestro verdadero lord Fulgrim —declaró Lucius.



CATORCE

Al igual que el último actor de una tragedia que se prepara para recitar el soliloquio final antes de que caiga el telón, Fulgrim paseó arriba y abajo por el escenario de *La Fenice* con el placer propio de un intérprete. Lucius lo observó con ojo experto estudiando la fluidez de sus movimientos perfectos, y se preguntó cómo era posible que no hubiera logrado ver la verdad durante tanto tiempo. El Fénix, que se había puesto de nuevo la armadura de color rosa y púrpura, era una visión capaz de incendiar cualquier mente, un dios guerrero de unas proporciones y una luminosidad perfectas.

No se veía rastro alguno de las indignidades que había sufrido en el apothecarion, y Lucius se maravilló por el increíble poder que habían forjado en el cuerpo del primarca que le permitía sufrir semejante tortura sin padecer efectos permanentes. Sin duda, Fulgrim era un dios que merecía ser adorado.

El primer capitán]ulius Kaesoron se encontraba al lado de Lucius, hombro con hombro, pero Marius Vairosean se mantenía apartado, ya que la vergüenza lo hacía distanciarse de ellos incluso en la culpa que compartían. Culpa que sentía sólo él, pues Lucius no se arrepentía en absoluto de sus actos. Lo habían hecho para salvar al primarca, aunque tuvo que admitir que también para satisfacer la necesidad de llevar sus sensaciones a otro nivel. No se podía sentir culpa por aquello, no si todas las maravillas que les habían mostrado desde Istvaan III tenían algún valor verdadero.

Kalimos y Abranxe se habían reunido con ellos, asombrados por lo que les habían contado sobre lo ocurrido en el apothecarion, ya que se trataba de una revelación a la que sólo ellos en toda la galaxia habían tenido acceso. Krysander se mantenía en pie con dificultad, y Ruen se mantenía a su lado, con el hombro envuelto en carne cultivada artificialmente mientras sus huesos implantados se acoplaban a su cuerpo herido.

Lucius vio cómo Fulgrim se detenía debajo del insulso retrato que se encontraba

en la pared opuesta al Nido del Fénix, y observó la sonrisa secreta que implicaba el significado de toda una vida en la leve curva de sus labios.

—Teníais razón al sospechar que no era yo mismo —les dijo Fulgrim cuando por fin se dignó a mirarlos—. El asesinato del Gorgón fue el acto que me desligó por completo de mi antigua vida, de un pasado que ahora ya no significa nada para mí, y ningún acto de semejante calibre deja de producir consecuencias.

Fulgrim se puso en cuclillas en el escenario, como si estuviera reviviendo el momento de la muerte de Ferrus Manus. Cerró los puños mientras miraba hacia la lejanía, y Lucius vio en sus ojos el desfile sangriento de lo ocurrido en Istvaan V.

—Era vulnerable —siguió diciendo el primarca mientras se ponía en pie para reemprender su paseo por el escenario—. Un servidor del Príncipe Oscuro se apropió de mi cuerpo para su propia diversión. Era una criatura antigua, un ser caprichoso y necesitado que disfrutó de su botín robado, y durante cierto tiempo le permití que mantuviera el control sobre mi cuerpo mientras aprendía de él y de sus poderes. Creo que tenía la esperanza de que yo estuviera profundamente hundido por la muerte de mi hermano…

Fulgrim sonrió y se miró las manos, como si todavía estuvieran ensangrentadas por el asesinato del primarca de los Manos de Hierro.

—Esa criatura debería haber sabido que no era así. Después de todo, fue ella la que me inició en la senda de la autosatisfacción y de una vida libre de inhibiciones y de cualquier sentimiento de culpa. ¿Qué me importaba cometer otra traición? Manus ya era un recuerdo vago, un fantasma que se difumina con cada momento que pasa. Además, todo lo que aprendí de la criatura me hizo más fuerte. Con el paso del tiempo, fue fácil reclamar mi cuerpo y arrojarlo a la prisión que ella misma había preparado para mí.

Lucius apartó la mirada del magnífico primarca y elevó los ojos hacia el retrato. Los trazos de la pintura seguían igual de insulsos y sus colores igual de apagados, pero al saber la verdad que ocultaba, lo que Lucius vio fue el sufrimiento eterno de un ser inmortal y primitivo que se encontraba atrapado para siempre en un encierro interminable. Para una criatura le infinitas posibilidades no podría existir mayor tormento, y la admiración que sentía por la brillantez de su primarca se elevó a nuevas cotas.

—Ahora ya sabéis la verdad, hijos míos —les dijo Fulgrim al mismo tiempo que bajaba del escenario para reunirse con ellos. Extendió las nanos y los tocó mientras pasaba a su lado—. No es tarea fácil servir a un señor que nos exige tanto y que a la vez nos concede tanto. Debemos llegar más lejos que nadie en nuestros deseos, experimentarlo todo, incluso esas sensaciones que nos resultan desagradables. Ningún acto de sacrificio, ningún acto de degradación, ningún acto de éxtasis se encontrará más allá de nuestro alcance. Hijos míos, tengo tales visiones que

mostraros… Tengo secretos y poderes más allá de cualquier comprensión, tengo verdades enterradas desde el principio de los tiempos, ¡y un camino hacia la consecución de la divinidad que hará que brille con más intensidad que un millar de soles!

Fulgrim dio una vuelta sobre sí mismo mientras sus guerreros prorrumpían en vítores para celebrar sus palabras. Disfrutó de su adoración, y la devoción que le mostraron lo hizo brillar como si fuera la estrella que les permitía vivir. Luego bajó por fin la cabeza y paseó la mirada por todos ellos con una expresión benevolente y paternal, severa e inquebrantable.

—Tengo mucho por hacer antes de dignarme a reunirme con Horus Lupercal en el suelo embarrado de Terra —declaró el Fénix—. Mi primera tarea será reunirme con mi hermano de Olympia y utilizar a sus constructores y fortificadores para mis propósitos.

—¿Cuáles son esos propósitos? —inquirió Kaesoron, quien se arriesgó a despertar la ira del primarca al haberse atrevido a preguntarle.

Fulgrim se pasó las manos por el cabello de color blanco impoluto y le sonrió, aunque Lucius se dio cuenta de que se trataba de un breve acto de tolerancia. El primarca no permitiría más preguntas. No en ese momento de gloria.

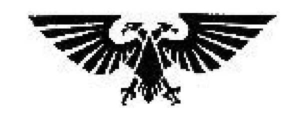
—Tenemos que construir una ciudad —les explicó—. Una gloriosa ciudad de espejos. Una ciudad de espejismos, sólida y líquida al mismo tiempo, aire y piedra a la vez.

Lucius notó que se le aceleraba el pulso al pensar en una ciudad semejante, una metrópolis en la que cada estructura, cada torre y cada palacio le devolvería su propia imagen multiplicada mil veces. Por fin se dio cuenta de cuál había sido el motivo del ataque al Racimo Prismático: reunir la materia prima para construir aquella asombrosa arquitectura de reflejos.

—Una ciudad de espejos —susurró—. Será algo maravilloso.

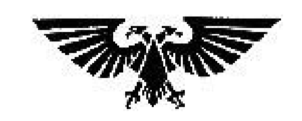
Fulgrim dio un paso hacia él y lo tomó de la barbilla con una mano como si fuera su amante.

—Será más que maravillosa —le aseguró Fulgrim, y luego se inclinó para darle un beso en cada mejilla cubierta de cicatrices—. Será así porque en el corazón de su millón de reflejos encontraré la mirada del Angel Exterminatus, ¡y la galaxia llorará al contemplar su terrible belleza!



HAZAÑA DE HIERRO

NICK KYME



DRAMATIS PERSONAE

La X Legión, los Manos de Hierro

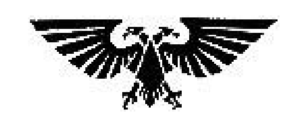
Ferrus Manus	primarca
Gabriel Santar	palafrenero y primer capitán
Vaakal Desaan	capitán de compañía del Noveno Clan Morlock
Erasmus Ruuman	hierroforjado de compañía del Decimotercer Clan Morlock
Shadrak Meduson	capitán de compañía del Décimo Clan
Bion Henricos	sargento de la Séptima Compañía del Décimo Clan

Personajes alienígenas

Lathsarial	vidente eldar
«El Adivinador»	vidente eldar

¿Qué importa por qué cayó?
Cuando la caída es lo único que hay, entonces importa.

Respuesta del Vidente Lathsarial
a un estudiante de la Senda.



FORJADO DE HIERRO

No se suponía que sería así. Ésa no era la idea que él tenía de cómo se desarrollaría la guerra. Se la había imaginado de otro modo.

Gloriosa, justificada… vengativa.

«No se suponía que debía fracasar aquí».

No esperaba ser el último. Odiaba ser el último. Lo irritaba, igual que la picazón en el cuello.

No importaba lo mucho que se cubriera de aceite la piel bajo la gorguera, o el modo en el que se abrochara los cierres, el picor persistía.

«Como un cuchillo afilado en la garganta».

Había estado allí desde el primer paso que había dado cubierto de hierro en el desierto. Un recordatorio lúgubre de algo que todavía no se había llevado a cabo, la promesa que su supuesto verdugo todavía debía cumplir. Había arena por todas partes, era un océano de granos que se ondulaban hasta el propio horizonte borroso, todo él blanqueado por un sol opresivo. En sus sueños, la arena era negra.

Aquellos pensamientos moribundos hicieron que de sus labios apretados escapara un comentario impropio.

—Soy el igual a mis hermanos —le musitó a una oscuridad que ni siquiera se dignó en contestarle—. Y mejor que algunos de ellos —añadió.

Las sombras indiferentes no le prestaron atención.

Siempre quedaba reducido a esa única verdad desde que había cruzado la oscuridad sobre una estela de fuego.

—Yo debería ser el primero.

El interior de la nave terrestre y la cámara de su estrategium eran un lugar sombrío, como su estado de ánimo. El retumbar sordo de un millar de martillos resonaba por los costados blindados mientras las orugas seguían proporcionando con una síncopa incansable la tracción que aquel leviatán necesitaba para cruzar el

desierto. Más allá del repiqueteo continuo se oía el eco de los disparos de la artillería pesada. Le recordó a la forja y sus profundidades fuliginosas, al anvilarium que había a bordo del *Puño de Hierro*. Cuánto ansiaba en ese momento la soledad del pequeño claustro anexo a esa cámara. Con la creación y la acción llegaba la paz. Con la fortaleza mental llegaba la verdadera fuerza y la expulsión de la debilidad.

La debilidad era algo aborrecible. No había lugar para ella en el nuevo Imperio.

El hololito se encendió con una serie de parpadeos y mostró una imagen inicial con una resolución granulosa y gris. Se reconoció a sí mismo que lo que más aborrecía era la debilidad que albergaba en su fuero interno. No se trataba de una enfermedad, no era una desviación social o psicológica a lo que se enfrentaba, era a la carne propia y a todas sus limitaciones.

«Seré como el hierro».

La imagen granulosa se enfocó y mostró dos figuras.

Ferrus Manus miró con el ceño fruncido a ambas desde las sombras apenas tocadas por la luz. La campaña de Uno Cinco Cuatro no iba nada bien, ni para él ni para sus guerreros.

Su voz sonó dura como el granito cuando se dirigió a su audiencia.

—Hermanos.

El descenso hacia la cuenca desértica no había sido fácil. Buena parte de las divisiones de tanques del ejército y los clados del Mechanicum habían visto obstaculizado el avance por el movimiento constante de las dunas y los efectos debilitadores de la arena en sus motores, lo que había provocado que se quedaran inmovilizados.

Las orugas se habían atascado cerca del extremo inferior de la pendiente donde se habían hundido a medias en las arenas movedizas. Uno de los tanques de batalla se volcó hacia adelante y rodó sobre sí mismo, lo que provocó que toda la columna se detuviera de inmediato. Ni siquiera a los vehículos bípedos les fue mejor, y los esqueletos rotos de numerosos Sentinels destrozados llegaron al punto más bajo de la cuenca desértica antes que cualquier tropa de infantería. Los que los siguieron no hicieron caso de sus restos completamente quemados.

Por tanto, el peso del combate recayó sobre unos guerreros más fuertes y capacitados.

—¡Llevadles el hierro y la muerte! —aulló Gabriel Santar con un tono mecánico, reverberando en la voz cuando dio la orden de atacar.

Una hueste de combate de los Manos de Hierro le contestó, y todos los guerreros avanzaron al unísono mientras un halo de destellos estelares surgía de sus armas en

erupción.

Una horda de enormes criaturas semejantes a insectos cubiertas de un caparazón quitinoso rugió en su dirección, y tras ella, decenas de guerreros envueltos en capas; los que habían comenzado la emboscada.

Eldars.

Las bocachas de las armas se iluminaron, se oyó el fuerte rugido de los cañones y el aire caliente de la cuenca desértica quedó rasgado por la furia de los disparos.

La primera oleada de criaturas quitinosas, con un pellejo grueso y unas patas de largas zancadas, era lenta pero implacable. Una lluvia de proyectiles acribilló sus pesados cuerpos, pero hicieron poco más que mellarles el pellejo. Avanzaron a través de una nube de explosiones de misiles y de granadas sin detenerse lo más mínimo. Al igual que sus parientes de menor tamaño, surgieron del desierto envueltos en un chorro de arena desplazada y con unos sonidos fúnebres y nasales. Las bestias, encorvadas y musculosas, tan voluminosas como un tanque de batalla imperial, avanzaban impulsadas por unos eldars que empuñaban algo que Santar supuso que se trataba de aguijoneadores mentales.

Aquella tecnología alienígena era aborrecible, pero el primer capitán sabía que esas fuerzas no formaban la verdadera vanguardia.

Unas vibraciones infinitesimales que aumentaban de potencia a cada momento que pasaba quedaron registradas en los sentidos automáticos de su casco como anomalías sismológicas diminutas en la estructura tectónica de la cuenca.

Los excavadores abrían túneles bajo ellos y se acercaban con rapidez a la línea de combate de los Manos de Hierro.

Una serie de explosiones subterráneas precedieron al ataque, y mientras los guerreros de las Legiones Astartes avanzaban formando filas estoicas de ceramita negra y acero, las criaturas surgieron entre géiseres de arena. Veloces y serpentinas, tan absolutamente distintas a las ordenadas hileras de los guerreros de los Manos de Hierro, fue difícil determinar la naturaleza precisa de aquellas abominaciones. A medida que la arena del desierto se fue desprendiendo de jinetes y monturas como un velo que se apartara, fueron claramente visibles las descargas de energía que centelleaban en las puntas de las picas que empuñaban los jinetes enmascarados. Santar se dio cuenta de que se trataba de alguna especie de caballería, aunque de un aspecto abominable.

Santar soltó un bufido, y los riscos de sus pómulos se endurecieron para formar dos baluartes rocosos. Haría que los borraran de la superficie del desierto.

Una andanada de armas ligeras y de cañones de pequeño calibre retumbó a su alrededor, y el primer capitán, enarbolando en alto su garra de energía, encabezó la carga de una compañía de morlocks contra las criaturas enemigas. El sol relució en las cuchillas e hizo que el metal oscuro brillara.

Aquellos guerreros de élite eran formidables en el combate a distancia, pero en combare cuerpo a cuerpo eran imparables.

Los alienígenas no parecieron ser conscientes de ello, pero no tardarían en recibir una lección al respecto.

—¡Sed como el hierro! —rugió cuando chocaron contra los eldars.

Una bestia de largo torso segmentado y protegida por un duro caparazón de color marrón le lanzó una dentellada al primer capitán en un intento de arrancarle el brazo. Santar desvió el mordisco y le abrió el morro por la mitad, lo que provocó un chorro de fluido verde y viscoso que le salpicó las mandíbulas chasqueantes y las cuencas oculares de ojos múltiples. Otro tajo le amputó las pinzas de bordes afilados con un rugido de implantes biónicos, lo que hizo que la criatura emitiera un quejido agudo a través de la boca fruncida.

El jinete era un eldar cubierto con una capa del color de la arena y equipado con una armadura de combate parda que era una copia del caparazón natural de la bestia. Su oponente alzó una pica eléctrica para atacarlo, pero Santar mató a aquel desgraciado antes de que tuviera tiempo de intentarlo.

Los servos de los implantes mecanizados gimieron y le proporcionaron fuerza adicional a la ya de por sí excepcional biología modificada de Santar. El primer capitán cortó de un tajo la cabeza de un segundo gusano quitinoso mientras el primero todavía se estaba desplomando. A través del chorro de sangre que surgió del cuello cortado vio como el capitán Vaakal Desaan, que estaba al mando de la otra compañía, destripaba a una tercera criatura.

La bestia y su jinete también se desplomaron en el suelo. Detrás de ellos aparecieron más. Avanzaban por delante de los otros monstruos de mayor tamaño y aspecto parecido a escarabajos. Al salir al exterior dejaban en la superficie unos pequeños montículos ondulantes.

En la pantalla retinal tenía al menos cuatro docenas de contactos enemigos. Unas leves lecturas caloríficas, enturbiadas por la arena, indicaban que quizá había otras ocho decenas de enemigos completamente ocultos bajo tierra. Una horda de tropas de infantería con capas pardas acompañadas de plataformas gravitatorias de armas pesadas los seguían, y el aire resonaba con el aullido de sus cañones.

La respuesta de los morlocks de armaduras férreas fue una brutal andanada de disparos. La combinación de todos aquellos bólters causó un número brutal de muertos en el enemigo. Aquellos guerreros del Imperio defendieron el centro de su hueste y no mostraron señal alguna de ceder. La armadura de catafracto exterminador se construía con placas reforzadas, y las enormes hombreras con forma de barril estaban adornadas con grandes flecos metálicos que se solapaban sobre los avambrazos, unas piezas más delgadas para permitir un mejor manejo de las armas. Se trataba de una armadura casi impenetrable frente a las armas alienígenas y que

estaba diseñada para el ataque frontal, una táctica en la que los Manos de Hierro destacaban especialmente. Aquella protección los convertía en gigantes, en unos enemigos imparables que atravesaron con total impunidad la lluvia de disparos de los emisores de rayos, de las armas de fusión y los cañones shuriken.

No tuvieron que esforzarse mucho para acabar con los gusanos quitinosos, y los aniquilaron sin sufrir ninguna baja.

—Es obvio que nunca se habían enfrentado con exterminadores —comentó Desaan por el canal de comunicación.

La reprimenda de Santar fue inmediata pero leve.

—Tú mátalos, hermano. Con toda la eficiencia de que seas capaz.

La armadura de catafracto era escasa entre los guerreros de las legiones, pero los Manos de Hierro se enorgullecían de disponer de muchas, sobre todo entre las compañías de clan de los Avernii y de los Morlocks. Era muy pesada y lenta, igual que enfundarse un tanque de batalla carente de orugas, pero con la resistencia y la capacidad de combate de uno de esos vehículos. Santar disfrutaba de la fuerza mecánica que le proporcionaba. Todos lo hacían.

Los golpes de los Manos de Hierro eran igual que metrónomos: precisos, metódicos y sin florituras o elegancia. Se trataba de una doctrina de combate funcional, implacable e incesante. Los eldars cayeron al mismo ritmo.

Santar imprimió mayor presión al avance en coordinación con el capitán Desaan. Los morlocks de gruesa armadura atravesaron sin problemas el terreno. Nada escapó de su ira mortífera y absoluta.

Una nueva serie de temblores apareció en la pantalla retinal del primer capitán, lo que indicó la presencia de nuevas criaturas excavadoras. Al principio creyó que se trataba de una oleada de gusanos quitinosos, pero se dio cuenta de su error en cuanto las señales de las vibraciones se dejaron sentir con más fuerza, de un modo más resonante.

—Alto. Preparados para repeler al enemigo —ordenó por los canales de comunicación.

Las dos compañías de morlocks se detuvieron en una sincronización perfecta y formaron una línea de combate con las armas apuntadas hacia el terreno abierto que tenían delante. La tormenta de disparos de bólter amainó, lo que permitió a las destrozadas unidades eldars replegarse a la carrera y ponerse a cubierto detrás de las lentas criaturas que les servían de barricada.

Santar entrecerró los ojos inmisericordes detrás de las lentes de su casco de combate, un gesto que prometía el castigo definitivo para aquellos cobardes, aunque fuera más tarde.

La artillería pesada del ejército había conseguido desplegarse en una serie de posiciones a lo largo del borde de la cuenca. Los artilleros determinaron la distancia y

fijaron los objetivos, tras lo cual comenzaron a machacar a los monstruos quitinosos que se movían con los aguijoneadores mentales y que servían de baluartes para las unidades eldars.

El primer capitán sabía que la siguiente oleada estaba punto de aparecer.

—Sin piedad —ordenó a sus guerreros.

En la base del valle arenoso comenzaron a aparecer unas grietas que se tragaron los cadáveres de los gusanos quitinosos y de sus jinetes muertos, y una especie mucho mayor de excavador de la arena apareció en la superficie.

Sus pinzas gigantescas encajaban a la perfección con el torso serpentino que estaba rematado por un aguijón que susurraba al moverse en el aire, y el conjunto le recordó a Santar la descripción que los legionarios de la XVIII le habían dado antes del despliegue en Uno Cinco Cuatro Cuatro de la criatura llamada escorpiado. Al parecer, la criatura era nativa de su mundo volcánico. Eso le importaba bien poco al primer capitán. Lo único que necesitaba saber era cómo matarlos.

Una ráfaga de disparos de bólter estalló a la altura del vientre de uno de los escorpiados, pero los proyectiles no consiguieron penetrar y explotaron sin apenas causar daños en el duro exoesqueleto de la criatura.

Un simple vistazo al aguijón y a las pinzas de bordes serrados que sobresalían del torso segmentado le bastó para saber que aquellas bestias podrían atravesar el blindaje de las servoarmaduras. En teoría, también era posible que fueran capaces de dañar a los catafractos. Decidió poner a prueba esa posibilidad, pero no antes de haber disminuido el número de enemigos.

Santar se puso en contacto con Erasmus Ruuman por el comunicador del casco de combate.

La respuesta del hierroforjado morlock fue inmediata.

—A vuestras órdenes, primer capitán.

Santar colocó mentalmente un punto de mira rojo sobre los escorpiados que avanzaban.

«Y con nuestro puño de hierro…».

—Las divisiones pesadas a esta posición —gruñó con una cadencia que sonó mecánica, y transmitió las coordenadas mediante una subvocalización—. Los cañones tarántula y los lanzamisiles.

Santar lanzó una mirada a Desaan y le hizo un gesto con el puño cerrado, lo que bastó para que el capitán morlock se detuviera, lo mismo que las dos compañías de morlocks.

Pocos segundos más tarde, una tormenta de proyectiles pesados iluminó la cuenca desértica con un resplandor de magnesio incandescente. El brillo fue tan intenso que casi sobrecargó los amortiguadores lumínicos de las lentes del casco de combate.

«… golpearemos con enorme furia».

Parpadeó para despejarse la vista del destello y se lanzó directamente hacia la zona de bombardeo cubierta de humo que tenía delante. La arena vitrificada crujió bajo sus pisadas, y unas breves llamaradas le rozaron los bordes de una bota cuando aplastó un cráneo eldar que ardía.

Ordenó con un gesto del brazo a Desaan y a los exterminadores que avanzaran.

—Adelante, clan Avernii.

Después del bombardeo organizado por Ruuman, sólo sobrevivieron unas veintenas de los centenares de unidades alienígenas. Los escorpiados habían quedado completamente aniquilados. Unos cuantos defensores tenaces eran los únicos supervivientes, junto a las pocas criaturas que habían sobrevivido al bombardeo al encontrarse a bastante profundidad. Combatieron entre los cadáveres todavía humeantes de sus parientes muertos, pero en vez de desmoralizarlos, aquel recuerdo brutal de su propia mortalidad pareció envalentonar todavía más a aquellas criaturas.

Santar los aplastaría sin importar cuál fuera su resistencia.

Un millar de legionarios lo siguieron. Las fuerzas de reserva de los Manos de Hierro se unieron a los morlocks. El número total era muy superior al necesario para acabar con aquella obstinada hueste guerrera de alienígenas. Revisó con rapidez el despliegue táctico de todas sus fuerzas.

Los morlocks formaban el centro, y el flanco derecho lo componían Shadrak Meduson y su propia compañía de los Manos de Hierro. El izquierdo estaba bajo el puño inquebrantable de Ruuman y de otra compañía de armas pesadas. A pesar de la presencia de los lentos exterminadores en la hueste de batalla, la sección del hierroforjado era la menos móvil. La lógica sugería un ataque en línea oblicua como la táctica más efectiva y apta. Santar transmitió las órdenes.

—Hierroforjado será la bisagra. Capitán de la Décima, será el puño que lanza el golpe.

El icono de confirmación de Meduson parpadeó una vez en la pantalla retinal de Santar mientras aislaba el canal de comunicación con el capitán de la Novena.

—Desaan, quiero que mantengas a los catafractos a paso ligero. Avanza a velocidad de carga, con mazas y espadas.

Desaan asintió con su icono al mismo tiempo que los exterminadores colocaban los bólters sobre los encajes magnéticos y se armaban para el combate cuerpo a cuerpo. Los martillos cargados de energía chasquearon y las afiladas hojas de las demás armas zumbaron al ser activadas.

Aunque eran muy lentas, las criaturas quitinosas semejantes a escarabajos eran lo suficientemente voluminosas y pesadas como para aplastar el blindaje de un tanque. Santar quería acabar con ellas definitivameme. Eran lo único que quedaba de la capacidad de resistencia de los eldars.

Meduson fue el primero en atacar, «el puño que lanza el golpe», un instante después de que la última salva de disparos de Ruuman cayera sobre el enemigo. Las bestias intentaron rodear a la aislada compañía, pero los guerreros de los Manos de Hierro desbarataron la maniobra.

Menos de un minuto después de que las bestias se trabaran en combate cuerpo a cuerpo, Santar, Desaan y dos compañías completas de morlocks cargaron contra el flanco expuesto del enemigo.

Las sierras destripadoras y los martillos sísmicos despedazaron y aplastaron a las gigantescas criaturas, que fueron cayendo poco a poco bajo el ataque incesante de los legionarios. Lentamente, una por una, se desplomaron y quedaron inmóviles. El desierto resonó con su muerte, y los montículos de arena quedaron arrasados por las ondas de choque que surgieron de los puntos donde caían las bestias.

Santar sacó las garras con un ruido del succión del cráneo reventado de un eldar. Se encontraba de pie en el borde de cráter de impacto cubierto de sangre, y desde allí contempló la carnicería que habían provocado él y sus hermanos.

—¡Gloria Imperator! —rugió.

Un millar de voces le respondieron a coro.

—Gloria Imperator —dijo Ruuman por el comunicador—. Y en nombre del Gorgón.

La respuesta de Santar sonó un tanto pesimista antes de cortar la transmisión.

—Dudo que esta victoria vaya a satisfacerlo, hermano.

Los eldars habían quedado destrozados tras estrellarse contra la determinación inflexible de los Manos de Hierro. Santar todavía estaba limpiando la sangre alienígena de sus garras relámpago cuando Desaan se le acercó con paso lento. Gracias a la armadura de exterminador catafracto eran mucho más altos que sus hermanos legionarios, lo que les proporcionaba un buen campo de visión de la zona de combate que los rodeaba.

Los cadáveres alienígenas y sus criaturas quitinosas esclavizadas yacían en montones dispersos, y ya habían comenzado a pudrirse bajo el sol. Las escuadras de limpieza de los Manos de Hierro iban de un lado a otro en el campo de batalla ejecutando a los supervivientes. Santar había ordenado que no se hicieran prisioneros. Los eldars no eran vulnerables a los actos coercitivos, incluso cuando se utilizaba la violencia en ellos, y poseían un gran talento para el engaño y para sembrar la confusión. Fuerza mental, determinación e inmisericordia: ésos eran los principios de combate en los que insistía el primer capitán.

Uno de los malhadados alienígenas intentó hablar. Su tono de voz cantarín le resultó insultante y desagradable a Santar, incluso a través de los sentidos automáticos del casco de combate. Remató al eldar con un zarpazo de la garra

relámpago.

—Deberíamos perseguirlos y acosarlos, hermano capitán —sugirió Desaan.

El visor que había sustituido a sus ojos relució con frialdad, como si quisiera enfatizar aquellas palabras. Su «ceguera» la había provocado un lanzador de ácido eldar, un arma propia de una rama de esa especie alienígena que era más feroz y cruel que aquellos nómadas de las arenas a los que se enfrentaban en ese momento. Gracias a la intervención del Mechanicum, el capitán veía más y con más claridad que nunca.

Santar apartó la vista del alienígena muerto para mirar hacia la lejana duna donde los supervivientes de la hueste eldar se estaba retirando. La distorsión causada por el calor dificultaba la visión, y las imágenes se veían difusas y parpadeantes, pero era evidente que los alienígenas estaban completamente sumidos en una desbandada. Sin embargo, ese desorden no duraría mucho. Santar hubiera preferido perseguirlos y destruirlos, pero el enemigo ya se encontraba más allá del punto donde su padre quería que permanecieran.

—No. Reagruparemos nuestras fuerzas y las prepararemos para ponernos en marcha de nuevo cuanto antes —ordenó. Luego añadió una explicación—: Eso proporcionará a las unidades más lentas la oportunidad de alcanzamos.

—Querréis decir los más débiles.

Santar clavó la mirada a través de las lentes del casco en el visor impasible de Desaan.

—Quiero decir exactamente lo que he dicho, hermano capitán.

Desaan respondió con un gesto afirmativo sin mostrar reacción alguna, pero Santar levantó una mano e hizo que se quedara. El primer capitán apartó la mirada y contempló el paisaje desolador que formaban las criaturas quitinosas sobre la cuenca desértica. La mayoría estaban reventadas, con las entrañas al aire. De las tremendas heridas salían chorros de sangre verde que formaban charcos en la arena y despedían un hedor penetrante. Otras estaban hundidas a medias en el suelo, muertas antes de que hubieran podido escapar. Las criaturas supervivientes habían excavado profundamente y se habían llevado a sus jinetes con ellas. Si las dejaban merodear sin control alguno, ya fueran organizadas o no, esas criaturas podrían convenirse en una espina clavada en su costado.

Santar se puso en contacto con el hierroforjado por el comunicador.

—Ruuman, vamos a salir de esta zona en breve. La quiero purgada por completo, por encima y por debajo de la superficie.

—Nada sobrevive.

No era una pregunta, pero Santar respondió de todas maneras.

—Nada sobrevive, hermano.

El primer capitán, desde la retaguardia de la línea principal, observó cómo el hierroforjado comenzaba a agrupar unidades de morteros subterráneos y de

proyectiles autoguiados incendiarios.

—Que se hundan profundamente —añadió Santar.

—Nada sobrevive —repitió Ruuman en una confirmación mecánica.

Santar le indicó con un gesto al capitán Desaan que lo siguiera, y dejó los preparativos para el reagrupamiento y el avance en manos del capitán Meduson.

—Ven conmigo, morlock.

Subieron por la ladera arenosa en completo silencio, excepto por el zumbido agudo de los servomotores de las armaduras de exterminador, que se esforzaban por superar la inclinación de la pendiente. Pasaron al lado de tanques del ejército y vehículos de los ordinatus menores, todos volcados o hundidos en la arena. La mayoría tenían el aspecto de necesitar un mantenimiento y unas reparaciones profundas. Ninguno de los dos guerreros miró siquiera a los soldados que se esforzaban por doquier. Al llegar a la cresta los recibió Ruuman, quien todavía estaba organizando a las unidades pesadas para la barrera de artillería. Su boca era una línea recta, por su carácter ceñudo, pero también en parte porque la mitad inferior de su cara era un implante. Buena parte de su cuerpo era cibernético, y Ruuman lo mostraba orgulloso acoplado a la armadura de combate. Muy lejos de la retaguardia de las unidades pesadas aparecieron las unidades retrasadas del ejército, con los soldados avanzando sobre sus piernas agotadas, apenas visibles a través de la distorsión del calor.

Desaan no llevaba puesto el casco de combate, y la cabeza le sobresalía por encima de la gorguera de rebordes altos. Entre las dos curvas de las hombreras con forma de barril tenía el aspecto de un pequeño botón de acero. Sin embargo, el tono de desdén que utilizó en la conversación hizo necesario que se le viera bien la cara.

—Por fin llega el ejército —le comentó Santar.

—Estamos mejor sin ellos.

Ruuman se mostró de acuerdo y lo interrumpió para hablarle directamente al primer capitán.

—Tengo serias dudas respecto a la eficacia de los contingentes humanos, tanto los mecanizados como los de infantería. Nuestro avance se ve retrasado de un modo inevitable con ellos.

—Hermano, son vulnerables a las condiciones de este entorno. La arena y el calor provocan problemas tanto en el avance por el terreno como en los propios motores. Es cierto que nos retrasan, pero no veo ninguna solución inmediata al respecto.

La respuesta del primer capitán pretendía aplacar los ánimos, incluso ser una invitación, pero sólo provocó más preocupación en el hierroforjado.

—Me ocuparé de ello —añadió Santar finalmente antes de seguir caminando.

Ruuman hizo un gesto de asentimiento mientras las dotaciones de los morteros subterráneos y las de las baterías de lanzamisiles ultimaban los preparativos.

El desprecio que el hierroforjado sentía por la carne mortal se debía a que él mismo era más máquina que humano. Varios enfrentamientos con los deuthrite en los bosques de púas de Kwang habían llevado a la necesidad de efectuarle todos aquellos numerosos implantes. Sin embargo, él no se había quejado jamás, y había aceptado con estoicismo todas las sustituciones cibernéricas.

Desaan se contuvo hasta que cruzaron sus líneas y comenzaron a caminar por el desierto abierto.

—¿Y qué vas a hacer, Gabriel? Algunos escenarios de batalla no son apropiados para los humanos.

Santar se quitó el casco y se oyó un sonido sibilante al despresurizarse el interior de la armadura. El rostro que apareció estaba cubierto de sudor. El primer capitán alzó una ceja.

Detrás de ellos se oyó el retumbar de los disparos de las armas pesadas, que resaltaron las palabras del primer capitán con un crescendo estruendoso de múltiples salvas de cohetes.

—Entonces, ¿nosotros no somos humanos, Vaakal?

Desaan era un seguidor a ultranza del Credo de Hierro, en el que se decía «la carne es débil». Su obvio elitismo y su carencia de empatía humana a menudo se convertían en un sentimiento de desdén, y algunas veces en algo peor.

El otro capitán frunció el entrecejo mientras el retumbar de una cadena de profundas detonaciones subterráneas estremecía el suelo arenoso bajo sus pies y la carga explosiva de los proyectiles del hierroforjado cumplía su misión.

—Sé que entiendes lo que quería decir, hermano —insistió Santar, impertérrito—. Ya tenemos cierta familiaridad, ¿no? Bueno, al menos tu tono de conversación indica que es así.

En las palabras del primer capitán había un reproche que Desaan captó de inmediato.

—Si os he faltado al respeto…

—Estoy de acuerdo contigo, capitán. La carne es débil. El Credo se ha visto confirmado en este desierto, en el cansancio de las unidades del ejército y en su determinación decreciente, pero ¿no es nuestra misión echarnos a la espalda esa carga y suscitar la fuerza mediante la demostración de fuerza?

Desaan abrió la boca para contestar, pero se lo pensó mejor al darse cuenta de que el primer capitán todavía no había terminado de hablar.

—Todavía soy un ser humano, de carne en parte. Mi corazón bombea sangre y mis pulmones respiran aire. No son partes mecánicas, como eso —dijo Santar, al mismo tiempo que levantaba el brazo izquierdo. Las piezas biónicas del interior zumbaron como demostración de que el primer capitán tenía razón—. O como ésta —añadió, golpeando la muslera blindada de la armadura con una de las garras—.

¿Acaso es que mi carne me hace débil, hermano?

Desaan tuvo buen cuidado de mostrarse respetuoso. Era cierto que Gabriel Santar no poseía el carácter explosivo del primarca, pero era tan duro y resistente como los implantes biónicos de sus extremidades.

—Sois mucho más que un simple hombre, mi capitán —se atrevió a decir. Tras una pausa en la que guardó silencio, decidió seguir hablando—. Todos lo somos. Nosotros, los hijos del Emperador, somos los auténticos herederos de la galaxia.

Santar miró fijamente a su subordinado, y en su mirada se vio un atisbo de la dureza del pedernal por la que era tan conocido.

—Una idea atrevida, pero equivocada. —Santar se volvió de nuevo y la tensión disminuyó—. Somos guerreros, y cuando se acabe esta guerra, tendremos que encontrar una nueva vocación o nos utilizarán como las estatuas pretorianas que adornaran el palacio de Terra. Quizá formaremos guardias de honor ceremoniales para nuestros difuntos caudillos. —Las palabras del primer capitán estaban cargadas de algo más que un leve rencor. Había pensado a menudo en aquello—. Un guerrero sin una guerra que librar es semejante a una máquina que no tiene función alguna —añadió a modo de introspección tranquila—. ¿Sabes lo que significa eso, Vaakal? ¿Sabes a lo que nos enfrentamos?

Desaan asintió con lentitud, al menos todo lo que le permitió su gorguera de borde alto.

—A la posibilidad de quedamos obsoletos.

—Así es.

La implicación de todo aquello se quedó flotando en el aire durante unos momentos antes de que Desaan intentara ahuyentar la incómoda tensión.

—Hay toda una galaxia que someter, e incontables miles de millones de seres humanos frágiles y débiles a los que hay que volver a forjar. Me parece que pasará mucho tiempo antes de que se acabe la Gran Cruzada.

Una sombra cayó sobre ellos, como un eco del estado ensombrecido de sus ánimos. Más bien, ellos se adentraron en aquella enorme penumbra. Santar echó la cabeza hacia atrás para mirar a la gigantesca nave terrestre, la *Ojo de Medusa*, que se sobreponía los Manos de Hierro con su increíble majestuosidad opresiva.

—Quizá… —murmuró el primer capitán mientras contemplaba el casco del leviatán.

El símbolo del guantelete de armadura cerrado en un puño dominaba todo un lado de la nave. Debajo se abría una rampa de acceso que surgía desde los niveles inferiores de la nave y pasaba por encima de sus inmensas orugas.

El Padre estaba dentro, donde realizaba planes junto a dos de sus hermanos. La última vez que había hablado con él, su estado de ánimo distaba mucho de ser optimista. La falta de acierto a la hora de localizar con precisión el nodo había sacado

de quicio al Padre, hasta el punto de que su rabia se había vuelto incandescente. Había exigido un avance más veloz. Como le ocurría con la mayoría de las cosas, lord Manus no disponía ni del tiempo ni de la predisposición para ser paciente.

Santar comenzó a redactar mentalmente su informe mientras subía por la rampa acompañado por Desaan.

—No estoy seguro de que Padre comparta tus esperanzas, hermano. Si no encontramos pronto el nodo, su furia será terrible, y de eso sí que estoy seguro.

No había inquietud en la voz de Santar, ni preocupación ante posibles reproches. Tan sólo fue una exposición de los hechos.

—Es… —Desaan escogió con cuidado las palabras mientras esperaba: tras detenerse delante de la escotilla de acceso a la nave terrestre—, curioso que ninguno de los adeptos del Mechanicum haya conseguido localizar el nodo. ¿Tan difícil es esa tarea?

—El calor y la arena —apuntó Santar—. Hemos sido incapaces de encontrar en la superficie lo que los sensores de las naves en órbita captaron. Se trata de unas condiciones medioambientales diferentes, a las que debemos adaptarnos.

Desaan miró cara a cara al primer capitán.

—¿Estáis seguro de que lo que está malogrando todos nuestros esfuerzos es el tiempo atmosférico?

—No, no lo estoy, pero me gustaría verte sugerir un elemento más… arcano al Padre. Creo que no se mostraría muy receptivo a la idea.

—Eso por decirlo con suavidad —le contestó Desaan mientras entraban en la nave terrestre.

La oscuridad reinaba en el interior del *Ojo de Medusa*. Una serie de veloces elevadores verticales y pasarelas móviles horizontales llevaron a los dos morlocks a una galería que conducía al estrategium del primarca. El modo en el que se desplazaron no fue muy distinto al utilizado por los procesadores de mineral para transportar la roca hasta los inmensos martillos de presión y los hornos de fundición de las minas de Medusa. A Santar le pareció divertido compararlo con las enormes cintas transportadoras de las factorías mineras, pero se sacó de la cabeza cualquier otra posible comparación al ser algo que los hijos de Vulkan considerarían un absurdo. Al no ser de ninguna utilidad, sólo tuvo un interés pasajero para él.

El siseo de los sistemas pneumáticos anunció la apertura de la compuerta blindada de acceso. Tenía medio metro de espesor y estaba reforzada con barras de adamantio. La estancia se podía utilizar igualmente como búnker en caso de que la nave terrestre fuera objeto de un ataque, aunque su único ocupante no necesitaba un refugio como aquél.

El interior era inhóspito y helado como una caverna de hielo. Las paredes

laqueadas de negro absorbían la luz, y los paneles de cristal acoplados a las secciones de un material parecido a la obsidiana estaban cubiertos de una capa de hielo más propia de un glaciar. Era Medusa, en otra localización geográfica.

Santar y Desaan entraron a la vez y oyeron el final de la reunión informativa sobre la misión que lord Manus mantenía con los primarcas Vulkan y Mortarion.

—… no podemos permitir que nuestro propósito final quede dividido. Tenlos en cuenta, hermano, pero deja que los humanos se ocupen de su propia protección. Eso es todo.

Ferrus Manus cortó la comunicación con un gesto seco del canto de la mano. La luz granulosa del hololito todavía no se había apagado cuando se volvió hacia el primer capitán. Un brillo pálido apareció sobre los montañosos hombros del primarca, igual que una capa de escarcha que se derritiera frente a su rabia apenas contenida.

El primarca exhaló una bocanada de aire y su descontento disminuyó, igual que si la cara le hubiera quedado al descubierto tras pasar una nube de tormenta. Su rostro era un risco escarpado cubierto de cicatrices y enmarcado por un casquete de cabello de color negro azabache que llevaba muy corto. El primarca era a todos los efectos el padre de Santar, pero su actitud distaba mucho de ser paternal.

—Amo a mi hermano —dijo retumbante Ferrus sin motivo aparente—. Pero hace que me distraiga con sus deseos de cuidar y de mimar. Es un comportamiento débil, y a cambio sólo se puede conseguir más debilidad. —Alzó una ceja, lo que formó un amplio pliegue en su frente, parecida a una losa de piedra—. No como la Décima. ¿Verdad, primer capitán?

Ferrus Manus era un individuo enorme e impresionante. Equipado con armadura de color negro carbón, parecía tallado a partir de una roca de granito. Su superficie inquebrantable estaba arañada y cubierta de aceites, y sus ojos recordaban a dos trozos de pedernal tallados hasta darles forma. De entre los muchos nombres con los que se lo conocía, su favorito era el de Gorgón. Le parecía algo adecuadamente honorífico para alguien con una dureza en la mirada que era suficiente para dejar petrificado. De cada uno de los poros de su piel emanaba una furia helada, que los demás notaban por el modo en el que se movía, en el tono de su voz y en el lenguaje que escogía para expresar sus pensamientos. En ese momento lanzaban un desafío, que Gabriel Santar no tuvo más remedio que aceptar.

—Derrotamos a la fuerza atacante eldar, mi primarca, pero en estos momentos no parece que estemos más cerca de encontrar el nodo.

Santar inclinó la cabeza en un gesto de lealtad, pero Ferrus rechazó lo que él creía que era sometimiento.

—Alza la cara y mírame a los ojos —le dijo con un estado de ánimo iracundo, semejante al de un volcán al borde de la erupción—. ¿Acaso no eres mi palafrenero,

en quien deposito mi confianza y respeto?

No tenía ningún sentido protestar, por lo que Santar sostuvo la mirada de aquellos dos trozos helados de pedernal y no se acobardó. Hacerlo no hubiera sido muy inteligente.

—Lo soy, mi primarca. Como siempre.

Algo más tranquilo, el brillo de los aparatos de iluminación se reflejó en el desconocido metal viviente de sus brazos plateados. Ferrus Manus comenzó a pasear arriba y abajo. Su ira no se había apagado en absoluto.

—«En estos momentos», ¿no? Lo único que tenemos son momentos, tenemos tiempo —continuó Ferrus Manus. Se volvió hacia el guerrero que acompañaba a su palafrenero—. Capitán Desaan, a menos que tengas la lengua cargada de plomo, dime, ¿cómo es posible que mis hermanos hayan sido capaces de encontrar los nodos y nosotros no?

En la enorme espaldera de la armadura del primarca había acoplado un tremendo martillo. Se llamaba *Rompeforjas*, y lo habían creado en las profundidades del monte Narodnya. Fue su hermano Fulgrim el que lo forjó, y era evidente que Ferrus Manus lo echaba mucho de menos. Santar se preguntó si Desaan en esos momentos procuraba no imaginarse al primarca empuñando el martillo y destrozando el interior del estrategium junto con sus dos inútiles oficiales superiores.

La mirada de Ferrus Manus se ensombreció mientras esperaba lleno de impaciencia una respuesta.

Santar lo había visto muy pocas veces tan enfurecido, y se preguntó a qué se debería.

El rostro desgastado de Desaan, un conjunto de cicatrices en sí mismo, se reflejaba en la armadura del Gorgón. El visor que hacía las veces de ojos estaba deformado. El primarca estaba lo bastante cerca como para poder golpearlo, pero el capitán no se acobardó ni se movió, aunque tuvo que hacer un esfuerzo para que no se oyera cómo tragaba saliva. Incluso escondido detrás de la gorguera, aquello le pareció que sonaba más fuerte que un toque de clarín. Era un morlock, uno de los guerreros de élite del primarca, pero era muy poco común que éste le hiciera una pregunta directa. El efecto fue desconcertante incluso para un legionario veterano.

—Nuestras cohortes humanas se ven muy afectadas por el calor —contestó con sencillez.

Santar se sintió aliviado de que Desaan no hubiera comentado las sospechas que tenía sobre la posibilidad de que el retraso en la misión lo estuviese causando otra cosa que las condiciones ambientales adversas.

Los pocos rememoradores que acompañaban la hueste de batalla se habían quedado atrás hacía ya bastante tiempo, y aunque a un pequeño destacamento de los Masonitas de Saavan se le había encomendado la tarea de protegerlos, Desaan no se

refería a esos civiles. Era de esperar que tanto los civiles como el personal no combatiente flaquearan. Ésa era una de las razones por las que el primarca no se había negado desde el principio a la presencia de iteradores y de imaginistas: sabía que desfallecerían, se quedarían atrás y no supondrían un problema. No. Desaan se refería a los soldados. Se esperaba de esos hombres y mujeres que fueran capaces de soportar los rigores y las dificultades que sufrirían por aquella marcha.

—¿Acaso mis hermanos no padecen unas condiciones adversas similares, o es que sus soldados han conseguido superar de algún modo esos efectos debilitadores? —insistió Ferrus.

—No lo sé, mi señor.

El primarca gruñó y se dirigió a Santar.

—¿Estás de acuerdo con tu camarada capitán?

—Me siento tan frustrado como vos, mi primarca.

Ferrus entrecerró los ojos hasta que se convirtieron en rendijas plateadas antes de darse media vuelta y contemplar la amplia mesa del estrategium que había aparecido tras apagarse el hololito.

—Lo dudo mucho —musitó el primarca.

Pasó una mano plateada y reluciente sobre la representación geográfica del continente desértico para aumentar la imagen proyectada sobre la placa cristalina. En ella se veían numerosos puntos donde podía encontrarse el nodo. Esas localizaciones parpadeaban igual que balizas, y también se veían otras dos marcas, una línea de puntos verdes y otra de puntos rojos.

—Pero eso sigue sin explicar por qué vamos tan retrasados —insistió Ferrus mirando fijamente a la linea roja, como si al hacerlo fuese a lograr que avanzase a lo largo del mapa. Como era de esperar, no lo hizo.

—Mi señor, con vuestro permiso… —empezó a decir Desaan, y Santar gruñó en su fuero interno, ya que fue consciente del error que iba a cometer su camarada antes incluso de que éste lo hubiera cometido—. Quizá haya algo más que retrasa nuestro avance aparte del sol y de la arena.

—Habla con claridad, hermano capitán.

—Brujería, mi señor. No puedo decirlo con más claridad —declaró Desaan—. Todos nuestros esfuerzos se ven frustrados por los brujos eldars.

Ferrus se echó a reír, pero fue un sonido hueco, chasqueante.

—¿Ésa es la mejor excusa que se te ocurre para este fracaso?

El primarca agarró el borde de la mesa del estrategium con sus puños plateados y provocó un entramado de grietas que habrían sacudido al paisaje con una serie de terremotos catastróficos de haber sido reales. Desaan notó cómo esas rupturas tectónicas imaginarias le recorrían la espina dorsal.

—Explicaría la razón por la que todos nuestros esfuerzos hasta el momento…

Ferrus Manus estrelló un puño contra la mesa e interrumpió las palabras titubeantes del capitán. La tremenda grieta que abrió casi partió en dos la mesa.

—No me interesa —le dijo el primarca, y dio la sensación de que el aire de la estancia se volvió más frío, un frío suficiente como para quemar la piel. El primarca se cruzó de brazos, y en sus enormes bíceps relució la plata centelleante y refulgente.

Desaan, que en muy pocas ocasiones había estado tan cerca del primarca, y durante tanto tiempo, no pudo evitar fijarse en ellos.

—¿Sabes cómo conseguí estas magníficas aberraciones? —le preguntó Ferrus al fijarse en la mirada del capitán.

Desaan logró ocultar la confusión que le causó la pregunta. Como ocurría con casi todos los seres excepcionales, los primarcas eran inescrutables en algunas ocasiones.

—¿Has oído hablar de mis hazañas? —siguió preguntándole Ferrus cuando el capitán no le respondió de inmediato—. ¿Sobre cómo derroté a un gigante de la tormenta en un desafío de fuerza o cómo escalé Karaashi, el Pináculo de Hielo, sin más ayuda que las manos? O quizá te hayan contado algo acerca del día que nadé a más profundidad que el behemoth cornudo del mar Sulfuroso. ¿Conoces todos esos relatos?

La respuesta de Desaan fue poco más que un susurro.

—He oído relatar esas grandes sagas, mi señor.

Ferrus movió el dedo índice en el aire perdido en su monólogo, y asintió con lentitud, como si acabara de encontrar la respuesta a su propio acertijo.

—No… Ése era Asirnoth, al que llamaban la Wyverna Plateada, el de mayor tamaño entre todos los dragones antiguos. Ninguna espada era capaz atravesarle el pellejo metálico, tampoco ninguna de las lanzas o los venablos que yo poseía. —Se calló un momento, como si lo estuviera rememorando—. Lo quemé. Mantuve sumergido su cuerpo serpenteante bajo un río de lava de Medusa hasta que murió, y cuando saqué las manos, estaban… —alzó los dos brazos— así. O eso cuentan los narradores de sagas.

—Yo… ¿Mi señor?

Santar quiso intervenir, pero el primarca le estaba dando una lección a Desaan. La saga era simplemente eso, un relato creado por los bardos y los narradores tribales de los clanes, tal y como se contaba en el *Cántico de Viajes*. Cada vez que el primer capitán lo oía, lo relataban de un modo diferente. Ninguno de los guerreros de los Manos de Hierro podía corroborar su veracidad, ya que ninguno de ellos estaba presente durante los días sin luz de la llegada del primarca a Medusa. Sólo el propio Ferrus conocía la verdad, y la mantenía oculta en la jaula cerrada de sus recuerdos.

—¿Crees que un guerrero semejante permitiría que lo derrotara la brujería? ¿Crees que sería tan débil? —le preguntó al capitán.

Desaan negó con la cabeza en un intento de compensar y hacerse perdonar una falta que no comprendía del todo.

—No, mi señor.

—Sal de aquí. —Las palabras salieron de entre los labios de Ferrus con un tono áspero—. Antes de que te eche a patadas.

Desaan saludó y dio media vuelta sobre sí mismo.

Santar comenzó a darse la vuelta para marcharse con él, pero Ferrus lo detuvo.

—Tú no, primer capitán.

Santar se quedó donde estaba e irguió la barbilla.

—¿Acaso he criado a unos hijos débiles? —le preguntó el primarca una vez estuvieron solos.

—Sabéis muy bien que no es así.

—Entonces, ¿por qué estamos tan confusos? —La cólera del primarca se calmó mientras paseaba por el estrategium destrozado—. Llevo demasiado tiempo lejos del frente de combate. Mis hermanos absorben demasiado mi atención. Os habéis vuelto manejables, dóciles. Percibo una debilidad en la determinación de nuestras propias filas, una carencia de voluntad que nos aleja de nuestro objetivo. La brujería eldar no es asunto mío, sí lo es encontrar y destruir el nodo. Deberíamos poseer la fuerza mental para superar cualquier clase de trucos. Yo estoy al mando de esta campaña, y no dejaré que mis hermanos me superen. Somos la fuerza, somos un ejemplo para todos. No dejaré que la reputación de esta legión, que mi reputación, quede mancillada. Se acabaron los retrasos. Avanzaremos a toda velocidad. Deja atrás las divisiones del ejército si no te queda más remedio. Nada debe impedimos conseguir la victoria.

Santar frunció el entrecejo al ver que la determinación del rostro de Ferrus se convertía en melancolía.

—Mi primarca, Desaan os sirve con una fe inquebrantable, como todos nosotros. Habéis forjado unos hijos fuertes.

Ferrus cedió por fin. La mano que posó sobre el hombro del palafrenero resultó pesada, casi aplastante.

—Haces que recupere la mesura, Gabriel. Me parece que eres el único que lo consigue.

Santar inclinó la cabeza en un gesto de respeto.

—Me honráis con ese elogio, mi primarca.

—Te lo has ganado con creces. —Ferrus apartó la mano, pero le dejó la articulación superior del brazo dolorida a pesar de la hombrera de la armadura—. Desaan es un buen guerrero.

—Le contaré que lo habéis dicho.

—No, lo haré yo en persona. Será mejor que lo oiga de mis labios.

—Como deseéis, mi primarca.

Se produjo una pausa cargada de tensión mientras Santar pensaba en lo que debía decir a continuación.

Ferrus se volvió de nuevo de espaldas.

—Di lo que te preocupa. Puede que mis ojos sean fríos, pero no estoy ciego.

—Muy bien. ¿Es acertado abandonar a las tropas auxiliares? Quizá necesitemos su apoyo.

Ferrus volvió la cabeza con rapidez para mirar al primer capitán. La actitud tranquila del primarca desapareció convertida en cenizas cuando algo fundido e impredecible le ardió en la mirada.

—¿Estás poniendo en duda mis órdenes, palafrenero?

A diferencia del otro capitán, menos experimentado en aquellas situaciones, Santar no titubeó ni se acobardó.

—Jamás, mi primarca, pero no parecéis vos mismo.

Cualquiera que no fuera Santar habría recibido un golpe por hablar con tanta sinceridad. A pesar de ello, el primer capitán experimentó cierta inquietud mientras el primarca ponderaba su respuesta. Santar mantuvo los puños cerrados, con las garras relámpago preparadas para salir debido a que su instinto guerrero se impuso.

La furia de Ferrus desapareció con la misma rapidez con la que había aparecido, y se quedó mirando hacia la oscuridad.

—Gabriel, hay algo que tengo que contarte. —Ferrus volvió a mirar al primer capitán a los ojos—. Tú, y sólo tú, puedes saberlo, pero debo confesarlo. Te lo advierto, si hablas con alguien de esto…

En la periferia de las últimas palabras del primarca acechaba una amenaza, y un músculo de la mandíbula de Ferrus se estremeció. El primer capitán esperó con paciencia.

—Últimamente he tenido unos sueños muy extraños —musitó Ferrus. Esa forma de hablar era algo casi antinatural en él, y aquello intranquilizó a Santar más que la amenaza de violencia de sus anteriores palabras—. Sueño con un desierto de arena negra y con unos ojos que me miran… Son unos os fríos, de reptil.

Santar no tuvo respuesta para aquello. Jamás había visto al primarca en un estado de vulnerabilidad. Jamás.

—¿Llamo al apotecario, mi señor? —dijo al cabo de unos instantes, cuando se fijó en que Ferrus se estaba rascando el cuello. Vio que bajo la gorguera, justo por encima del borde superior, la piel estaba en carne viva.

—Es una irritación, sólo eso —lo tranquilizó, aunque su voz sonó lejana—. Es este sitio, este desierto. Hay algo ahí fuera que…

En ese momento, Santar sintió verdadera preocupación, y quiso terminar con rapidez y de una vez por todas aquella campaña para así dirigirse a otras zonas de

combate.

—La legión es capaz de destruir el nodo sin necesidad de ayuda —aseguró con total confianza—. Es cierto que la carne es débil, mi primarca, pero no seremos sus esclavos.

Y al igual que si una nube se hubiera apartado del sol, el rostro de Ferrus se iluminó y volvió a ser el mismo de siempre. Agarró al primer capitán del hombro en un gesto que le resultó doloroso a pesar de la armadura.

—Reúne a los capitanes de la legión. Encabezaré el ataque contra nuestros enemigos y les demostraremos la fuerza que poseen los hijos de Medusa —afirmó—. He tomado una decisión, palafrenero, y nada me detendrá. Nada.

Una vez se marchó Gabriel Santar, Ferrus volvió a sumirse en sus pensamientos. Nada, ni siquiera la certeza de una próxima batalla, le levantaba el ánimo sombrío. Ese estado era como un yunque que le colgara del cuello y lo arrastrara cada vez más hacia un abismo. Fulgrim podría animarlo, de eso estaba seguro, pero el Fénix no estaba a su lado. En vez de él, tenía que librar aquella campaña con el maldito testarudo de Mortarion y con el guerrero de corazón blando que era Vulkan.

—Fuerza… —dijo, como si pronunciar aquella palabra le proporcionara precisamente eso.

Alargó la mano de dedos plateados hacia atrás para empuñar a *Rompeforjas*.

Aplastaría a los eldars, destruiría su nodo psíquico y lograría la victoria en esa campaña.

—Y lo haré con rapidez —añadió con un susurro, al mismo tiempo que soltaba el martillo de sus cierres.

Aunque jamás lo admitiría, para Ferrus la guerra no acabaría lo bastante pronto.

Aislados en un vestíbulo de hueso blanco, los dos individuos podrían hablar sin temor a que ningún intruso los oyera. Había mucho que discutir, y era mucho más lo que estaba en juego.

—Percibo dos líneas —dijo uno de ellos con una voz lírica y reverberante—. Son convergentes en este momento, pero no tardarán en divergir.

El otro entrelazó los finos dedos mientras hablaba.

—Yo también las veo, y el punto en el que se separan. No te querrá escuchar. Pierdes el tiempo con esto.

Aunque estaba absolutamente decidido, el primer interlocutor no pareció nervioso.

—Debe hacerlo, o piensa en lo que costará.

—Puede que otros no estén de acuerdo. —Tras unos momentos, el otro

interlocutor negó lentamente con la cabeza—. Percibes una segunda senda allá donde no existe realmente. El destino nos cerrará esa puerta.

—¿Lo has visto?

—Lo he visto a «él». Debe elegir, todos debemos elegir, pero esa decisión ya está tomada, y no ha sido a nuestro favor.

En la voz del primer interlocutor se oyó por fin un cierto tono de exasperación.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—No hay nada seguro, por muy improbable que sea la alternativa, pero los pies de hierro no se desvían de su camino a no ser que se les aplique un fuerte incentivo.

El primer interlocutor se echó hacia atrás.

—Entonces, yo lo proporcionaré.

—No servirá para nada.

—Debo conseguirlo.

—Pero no lo harás.

—Pero tengo que intentarlo.

Bion Henricos de la Décima Compañía de los Manos de Hierro no se sintió muy animado cuando revisó el penoso estado en el que se encontraban las divisiones del ejército. Los soldados de aspecto enjuto estaban cubiertos de manchas de sudor y de las costras de la sal que dejaba ese sudor seco. Tenían llagas y sangraban, y caminaban con lentitud. Con una lentitud exasperante.

Incluso los clados de los skitarii y los batallones de servidores armados del Mechanicum estaban sufriendo bajo aquellas condiciones, y la fragilidad de sus componentes humanos era el factor principal. Varios cientos de criaturas cibernéticas habían quedado abandonadas para que se pudrieran y se oxidaran tras el paso de la hueste de combate, mientras que las bajas entre los Masonitas de Saavan se dejaban allá donde caían, con sus harapientos uniformes, y sólo los enterraba el capricho de las tormentas de arena ocasionales.

Los pocos grupos de operarios en condiciones de trabajar habían erigido de forma apresurada un campamento improvisado y los pabellones de enfermería para atender a los soldados aquejados de agotamiento por calor y deshidratación crónica.

Henricos contó las filas de ocupantes de las tiendas, todos postrados en una fila tras otra de camastros de lona y estructura metálica. Los enfermos y heridos sumaban varios centenares. Aparte de algún gemido ocasional, todo el mundo se mantenía en silencio, abatido. El astartes no caminó con más lentitud ni se detuvo, sin hacer caso a los grupos de maceros de Dogan, apoyados en los astiles de sus picas y amontonados bajo los toldos de lona sujetos a los lados de los transportes Chimera. Tampoco se fijó en los desesperados internos de los pilotos y de los conductores que se esforzaban por enfriar los motores de los vehículos, ni en las maldiciones apagadas que soltaban los

soldados al sacar puñados de tierra compactada de las armas. Un coronel de aspecto envejecido lo saludó bajándose un poco la visera de la gorra, pero sin dejar de darle caladas a un pitillo. Parecía agotado, lo mismo que sus soldados. Sin detenerse, el astartes pasó a través de la muchedumbre de individuos cubiertos de ampollas y de quemaduras debidas al sol que apenas eran capaces de hablar al tener los labios agrietados y las lenguas secas como el cuero, y sintió una pizca de compasión.

Aquél no era un lugar para los seres humanos. Era el infierno encarnado, y por lo tanto, apropiado para guerreros como él, forjados en las estrellas. A diferencia de muchos de sus hermanos, Henricos no poseía toda una serie de implantes biónicos que lo mejoraran. Le habían amputado la mano y se la habían sustituido por una imitación mecánica, lo que constituía parte del ritual de la legión, pero el resto del sargento de la Séptima seguía siendo orgánico. Supuso que aquella pizca de empatía que había sentido se debía a esa particularidad de su biología.

Se preguntó si sus hermanos más cibernéticos estaban entregando algo más que la debilidad de la carne al altar de la fuerza y de la resistencia mecanizadas. ¿Estarían también renunciando a una parte de su humanidad?

Henricos desechó la idea, pero ésta se negó a desaparecer y se mantuvo en el limite de su conciencia.

Las tiendas de las enfermerías no tardaron en dar paso a pabellones de menor tamaño que proporcionaban sombra a batallones enteros, pero eso era algo que servía de poco a sus apiñados ocupantes debido al asfixiante calor. Las cantimploras llenas de agua se distribuían con rapidez, pero ni siquiera un embalse entero habría sido capaz de saciar la sed de una sola de las divisiones, y mucho menos de las muchas que formaban parte de la hueste de combate. Los responsables de la disciplina se mantenían en pie, imperturbables, para dar ejemplo a los demás, pero incluso aquellos oficiales de espaldas de acero se estaban debilitando. Henricos vio a uno de ellos desplomarse de rodillas, y luego erguirse de nuevo y volver a su puesto.

El viejo coronel empezó a cantar, pero pocos se unieron a la cantinela ingeniosa, salvo los más veteranos.

Todo aquello conformaba un panorama desolador, y ésas no eran más que las tropas de vanguardia. Quedaban muchas más unidades retrasadas respecto a la hueste de batalla principal, y avanzaban todavía con mayor lentitud por el desierto.

Vio una tienda de mando en el extremo de una avenida de arena apisonada que se estaba cubriendo de nuevo con rapidez de montículos empujados por el viento. Una pareja de soldados de los Pretores Masonitas de aspecto cansado se puso en posición de firmes al ver acercarse al guerrero de los Manos de Hierro.

Henricos no pidió permiso para entrar, y ni siquiera se dignó en mirarlos aparte de saludar al frente en reconocimiento de que estaban presentes. Entró directamente y fue recibido por una vaharada de aire rancio. En una esquina de la tienda había un

ventilador de reciclaje que estaba activado en modo de enfriamiento máximo. La máquina cuadrada se estremecía y chirriaba al verse llevada al límite de su capacidad de funcionamiento.

Allí dentro había quince hombres con uniformes de oficial, pero desaliñados hasta el punto de estar sólo medio vestidos. Todos se pusieron en pie y en posición de firmes cuando entró Henricos.

Uno que debía ser un general a juzgar por lo ostentoso del uniforme y el pequeño comunicador de largas antenas que llevaba acoplado en un hombro dio un paso adelante. Tenía una placa de datos en la mano cubierta por un guantelete. Abrió la boca para hablar, pero Henricos le hizo guardar silencio simplemente con alzar una mano. Utilizó la cibernética a propósito.

—Desmontadlo —declaró con voz seca. El astartes habló con la misma emoción con que una máquina se comunicaría en código binario—. Todo el campamento.

Otro oficial, con la cara contraída por la sorpresa, no pudo callarse. Éste se había quitado la coraza blindada y se había desabrochado la chaqueta. Era evidente que se había puesto cómodo.

—Pero, mi señor, acabamos de…

Henricos decidió que los tres segundos que le había permitido hablar al oficial eran una concesión que no volvería a otorgar.

—Sin excepciones. La legión retoma el avance, y vosotros también, por supuesto. Reunid a las unidades, o podéis presentarle vuestras objeciones a esto. —Le dio un golpecito a la funda de la pistola bólter que llevaba al cinto—. Lord Manus lo ha ordenado.

El jefe médico fue el único que no se mostró acobardado.

—Si partimos ahora, los enfermos y los heridos morirán —declaró.

Se atrevió a mirar fijamente al astartes a través de sus gafas. Por suerte para él, Henricos no se tomó aquello como una amenaza a su autoridad.

—Sí, es cierto —le contestó el astartes, quien se sintió sorprendido al captar un leve tono de remordimiento en su voz al decirlo.

Los oficiales se sentaron, o más bien se dejaron caer en sus asientos. Henricos tomó la placa de datos y absorbió la información de un solo vistazo.

Luego se marchó.

El desierto se extendía igual que un océano dorado bruñido por el sol.

Ferrus Manus se encontraba sobre una cresta con forma de guadaña observando el terreno que tenían ante ellos. Un grupo de sus oficiales se mantenía cerca de él, mientras que el resto de las filas de legionarios esperaban en formación un poco más abajo.

El primarca miró al hololito geográfico que salía proyectado de la palma de la

mano de Santar. Observó las amplias dunas, las cavernas de basalto y las interminables planicies de arena que se veían en un color verde monocromo, y luego volvió a mirar el paisaje desértico.

—Nada en la línea del horizonte… —retumbó, y entrecerró ojos como si percibiera algo que sólo uno de los miembros de su misma famosa procedencia genética podría ver—. Pero hay algo en el aire, una alteración…

—Es posible que se trate de una retroalimentación de la energía, mi señor —apuntó Ruuman mientras contemplaba el valle achicharrado con su ojo biónico.

Los mecanismos giroscópicos de enfoque chirriaron y chasquearon. Los objetivos de múltiples facetas también chasquearon pasando de una configuración a otra a medida que su visión exploraba nuevos espectros de luz. La extensión telescópica se retrajo antes de que hablara de nuevo.

—Eso sugeriría la existencia de un puesto avanzado o de un bastión —añadió el hierroforjado.

—Yo también lo veo —asintió Desaan tras analizar el lugar mediante sus visores —. Es probable que ese puesto avanzado esté camuflado de algún modo.

Santar observó el valle con unos magnoculares. Estaba lleno de rocas de color hueso, blanqueadas por el sol. Algunas surgían del suelo de manera que parecían dedos esqueléticos, o formaban grupos que hacían pensar en las costillas de un depredador enorme muerto hacía ya mucho tiempo. También creyó distinguir unos símbolos, una serie de runas formadas por la colocación de las piedras.

—Debe de ser ahí —declaró Ferrus, interrumpiendo así los pensamientos del primer capitán.

Una ventisca de polvo comenzó a soplar lentamente a través del suelo del valle. A Santar le pareció ver unos diminutos destellos en la tierra removida, y unas sombras antinaturales que no podían ser el resultado de la luz del sol. Desaparecieron en cuanto parpadeó, pero la ventisca de polvo se había intensificado.

Santar apagó el hololito y le entregó la placa a uno de los pocos servidores auxiliares que todavía funcionaban. Le pasó los magnoculares a Shadrak Meduson.

—Incluso si avanzáramos a paso ligero, sería un avance muy lento por el valle —dijo mientras revisaba las distintas opciones tácticas—. Pero rodear la cuenca sería más lento todavía.

Ruuman efectuó un rápido cálculo con sus sistemas biónicos.

—Cuatro punto ocho kilómetros una vez hayamos completado el descenso, primer capitán.

Santar le hizo un gesto de asentimiento al hierroforjado, pero se dirigió al primarca.

—El terreno elevado ofrece una mayor ventaja, pero nos obligará a avanzar en columna. Si nuestras unidades avanzan por el suelo del valle podrán desplegarse,

pero el tiempo de exposición frente al enemigo será más prolongado. Hay algo ahí que no soy capaz de ver…, una amenaza.

Ferrus lo miró por encima de la hombrera de la armadura.

—¿Ahora resulta que la superstición es contagiosa, palafrenero? —le preguntó a Santar como si compartieran un chiste privado. El primarca lo hacía a menudo.

—Confío en mis instintos, mi primarca.

—Y no te puedo culpar por ello. —El intento de Ferrus por mostrarse conciliador no se trasladó a sus ojos fríos. Observó con atención el valle, como si ya hubiera visto lo que Santar había comentado pero hubiera decido no hacerle caso—. No pienso permitir que nada me retrase más. Avanzaremos por la parte baja.

—¿Enviamos antes a unos cuantos exploradores para que reconozcan el terreno? No sabemos lo que puede haber ahí.

—No tenemos ninguno —le respondió Meduson, quien apuntaba con el bólter hacia el suelo con la soltura propia de un veterano. Su rostro estrecho era afilado como una espada, y cuando fruncía el ceño, parecía afilarse todavía más.

La voz de Bion Henricos interrumpió la conversación entre los capitanes. El sargento había acudido a aquella reunión improvisada para actuar en nombre de las unidades del ejército, ya que ninguno de los oficiales del mismo parecía capaz de hacerlo, o de hacerlo con la rapidez suficiente como para satisfacer la impaciencia del primarca. Era un guerrero fornido, de músculos nervudos pero con la elegancia de un espadachín. El arma de acero procedente de Medusa que llevaba pegada al muslo lo atestiguaba.

—Quisiera hacer una sugerencia, mi señor —dijo el sargento.

Henricos se arrodilló sobre una pierna pero mantuvo la barbilla erguida y los hombros rectos. No hacía mucho tiempo que lo habían ascendido al rango de sargento, y era la primera vez que le hablaba directamente a su señor y primarca.

—En pie —ordenó Ferrus, mirando de reojo al sargento—. Ninguno de mis hijos debe arrodillarse ante mí, a menos que esté pidiendo perdón.

—Tenemos exploradores entre las filas del ejército, los Maceros de Dogan —le explicó Henricos, al mismo tiempo que se ponía en pie.

—Sería una pérdida de tiempo —lo interrumpió Desaan.

Henricos se volvió hacia él.

—Los humanos tienen una misión que cumplir en este planeta.

Desaan miró fijamente el único implante biónico del sargento y le habló con aspereza.

—Sí, la de ser la carga que llevamos sobre nuestras nobles espaldas y que nos hace arrastrar los pies por el suelo. No son necesarios. Confía en el hierro, no en la carne.

—¿No creéis que yo lo haga? —le preguntó Henricos, quien se esforzó por

mantener un tono de voz neutral.

Si los ojos de visor de Desaan hubieran podido entrecerrarse, lo habrían hecho.

—Tienes demasiada carne, Bion, una debilidad que te ofusca las ideas.

Henricos se irritó ame el obvio desprecio. Apretó la mandíbula.

—Os aseguro que no estoy ofuscado en absoluto, hermano capitán.

Unas carcajadas resonantes, poderosas y cargadas de una alegría violenta, rompieron la tensión igual que un martillo partiría un yunque.

—Así me gusta, hijos míos, pero guardad ese celo combativo para nuestros enemigos —gruñó el primarca—. No tiene sentido que os embotéis las espadas mutuamente, o mi palafrenero tendrá que doblegaros delante de vuestros camaradas legionarios. ¿Entendido?

La reprimenda fue firme, pero carente de verdadera ira.

Meduson se interpuso entre ambos en un gesto conciliador antes de que intercambiaran ninguna palabra hiriente que pudiera hacer cambiar el buen humor del primarca. El rostro del capitán se había relajado hasta el punto de que sólo parecía capaz de cortar, no de tajar.

—Podríamos consolidar esta posición y dejar que las unidades del ejército nos alcancen. Supongo que los maceros se encuentran en la vanguardia.

Henricos hizo un gesto de asentimiento indicando que así era.

—Eso les proporcionará un objetivo claro y elevará la moral de la tropa —dijo sin hacer caso de la mirada de desaprobación de Desaan.

—¿Y qué hay de nuestro objetivo? —le preguntó Ferrus Manus. En la pregunta del primarca había un cierto tono amenazante—. Ya nos hemos retrasado bastante. Se acabó esperar —declaró, tan cambiante como el mercurio. Exhaló una larga bocanada de aire a través de los labios apretados—. Primer capitán, reúne a la legión. Haremos que los morlocks atraviesen el valle, con las unidades pesadas en reserva para tomar la colina y proporcionar un posible fuego de apoyo a las fuerzas que avancen por la cuenca. Capitán Meduson, quiero que encabeces el resto de los dos medios batallones por los flancos de la cresta y te reagrupes con nosotros cuando el terreno se nivele.

Santar saludó con energía a su señor y se dispuso a cumplir sus órdenes.

La ladera de la cresta con forma de guadaña era ancha y alargada, pero descendía de forma gradual hasta un punto en el que se unía a la cuenca del valle. El primer capitán recordó las sombras de la ventisca de polvo, y llegó a la conclusión de que los morlocks harían salir a lo que fuese que acechase allí dentro.

Todas las posibles localizaciones anteriores del nodo calculadas por el Mechanicum habían resultado ser falsas, espejismos creados probablemente por la brujería de los eldars. Los esfuerzos de los Manos de Hierro habían provocado que las pocas unidades del ejército capaces de mantener el ritmo de avance se quedaran

cada vez más retrasadas, y lo único que habían conseguido los legionarios era caer en una emboscada tras otra.

Probablemente, la exploración de aquella última localización posible del nodo acabara igual.

El primarca posó de nuevo su dura mirada en el lejano horizonte y en la distorsión del aire en la que se había fijado antes. No tenían tiempo que perder.

—Vamos a descender de inmediato. Al infierno el ejército.

Los siete puestos de avanzada que encontraron no revelaron pista alguna sobre el nodo. La legión siguió en todo momento las coordenadas que le había proporcionado el Mechanicum, y libró una serie de escaramuzas feroces. Después de la última, Ferrus se había visto obligado a informar a sus hermanos primarcas sobre su falta de avance. Vulkan fue… comprensivo, e incluso se ofreció a ayudar, algo a lo que Ferrus se negó en redondo. La conversación con Mortarion fue menos cordial. A ese ritmo pasarían bastantes días antes de que las fuerzas legionarias pudieran consolidar su dominio sobre Uno Cinco Cuatro y luego marcharse. El lento avance de las unidades del ejército no los ayudaba en absoluto. Ferrus no podía negar la tremenda potencia de fuego de sus cañones y su utilidad, pero se lamentaba de su fragilidad. Muchos habían caído allí detrás, y dudaba mucho de que pudiera recuperarlos.

«El desierto es un devorador de humanos», pensó con amargura.

El valle que se extendía a sus pies tenía un aspecto extraño. Era algo que los demás no podían ver, ya que estaba más allá de su capacidad de comprensión. Sin embargo, Ferrus sí que lo sentía. Notaba cómo tironeaba de él para acercarlo más a ese abismo que se imaginaba. Algo le estaba carcomiendo los pensamientos, algo más allá del alcance de sus sentidos. Quiso atraparlo, aplastarlo con el puño pero ¿cómo se podía aplastar una sensación?

Allí, en la llanura de arena, en el fondo del valle, algo lo estaba esperando. Quizá lo había esperado desde siempre.

Inquietud, furia y decisión se fundieron en un único deseo imperativo: enfrentarse a ello y matarlo.

Así era como actuaba el Gorgón, como siempre había vivido. También sería como moriría, de eso estaba seguro. Nada lo había vencido jamás. La decisión era lo que lo definía.

«Voy a por ti», juró en su fuero interno al mismo tiempo que comenzaba el descenso.

La luz mortecina que irradiaban las paredes osificadas del santuario psíquico resaltó el ceño fruncido del rostro del primer interlocutor.

—Es excepcional en su voluntad y determinación.

—¿Todavía crees que se encuentra en la senda equivocada? —le preguntó el otro.

—El nexo está cerca… —murmuró el primer interlocutor.

—¿Cómo vas a lograr convencerlo? Los mon'keighs, sobre todo los humanos, y sobre todos ellos, éste, son desconfiados por naturaleza.

El primer interlocutor entrecerró los ojos a medida que las distintas fases de su plan comenzaban a acoplarse igual que los cromosomas de una vida embrionaria.

—Tendré que ser astuto. Debe de creer que se trata de una decisión que ha tomado él. Es el único modo de alterar su senda.

—Esta red que estás entretejiendo es imperfecta —le dijo el otro.

El primer interlocutor lo miró y un destello de energía iluminó una pregunta en sus ojos almendrados…

… pregunta a la que el otro contestó con mucho gusto.

—Intentas convertir la piedra en agua para que fluya según tus propios designios. A la piedra no se la puede doblar, sólo romper.

El primer interlocutor habló con un tono de voz desafiante.

—Pues entonces la romperé y crearé una nueva.

Cuando llegaron al fondo de la cuenca, el aire se quedó quieto y en silencio. A ambos lados de los morlocks se alzaban unos grandes riscos, y el ancho valle no tardó en transformarse en una garganta estrecha a cuyo fondo apenas llegaba el sol.

—¿Dónde nos hemos metido? —se preguntó Santar con una voz que era poco más que un murmullo.

Allí habitaba una oscuridad densa y asfixiante. El lugar había pasado de ser un desierto a convertirse en un paisaje desolado de piedras mortuorias y conjuntos megalíticos semejantes a criptas. En aquellas sombras, la arena casi parecía negra, y Santar recordó la confesión que le había realizado el primarca sobre los sueños que lo acosaban. Hasta el brillo translúcido de las rocas blancas como el hueso se había apagado.

Varios morlocks observaron con atención el entorno. Todos eran veteranos, y poseían la disciplina necesaria para no reaccionar de forma abierta, pero Santar notó que empuñaban con más fuerza sus bólters.

—Mantened la calma, avernii —dijo por el canal de comunicación general, y luego aisló el canal para hablar sólo con Desaan—. Hermano capitán, que tus legionarios se queden cerca y preparados.

Las dos compañías marchaban una al lado de la otra, en un despliegue amplio y con las filas separadas. Las profundas sombras y la incómoda quietud del valle hacían que la distancia que separaba a los guerreros pareciera un abismo.

—¿Es que ya no hace sol? —se preguntó Desaan—. Aquí dentro está tan oscuro

como en la Vieja Noche.

Santar levantó la mirada. El sol seguía brillando en el cielo, pero su luz quedaba filtrada, igual que si pasara por una gasa oscura, donde se volvía gris y se dispersaba antes de llegar al fondo del valle.

—He perdido de vista a Meduson y a Ruuman —añadió el capitán.

Santar arqueó más todavía el cuello para mirar la cresta, pero le resultó casi imposible distinguirla.

Era un lugar profundo, mucho más profundo de lo que parecía. Los montones de arena que el viento empezó a empujar a sus pies le recordaron las limaduras de hierro que rodeaban a un yunque. También habían caminado más de lo que había calculado el hierroforjado, y Ruuman jamás se equivocaba en aquel tipo de cosas, pero lo cierto era que no había nada normal en aquella situación.

—Igual que en la Tierra de las Sombras —dijo retumbante el primarca.

La voz estentórea de Ferrus Manus se oyó con claridad incluso sin la ayuda del comunicador. El primarca era el eje de ambas unidades, una bisagra que formaba junto a una escolta con sus pretorianos más devotos, incluido Gabriel Santar.

—No veo fantasmas, mi primarca —comentó el primer capitán en un intento por aliviar la tensión.

En su planeta natal de Medusa, la Tierra de las Sombras era un lugar supuestamente habitado por espíritus y espectros. Ese tipo de relatos procedían de individuos supersticiosos, de aquellos con mentes débiles y crédulas. Los Manos de Hierro sabían cuál era la verdadera naturaleza del lugar. En sus profundidades se alzaban grandes obeliscos de piedra y de metal cuyo propósito se había perdido y olvidado con el paso del tiempo. Sí era cierto lo que se decía sobre la existencia de monstruos que recorrían sus repliegues y sus abismos ocultos. Además, la demencia acechaba en sus llanuras interminables a los incautos y a los insensatos. Recordar un lugar como aquél no era tranquilizador.

—Aquí sí hay fantasmas —le respondió Ferrus, lo que añadió otra capa de escarcha al ya de por sí helado aire—. Lo que ocurre es que todavía no podemos verlos. Cerrad filas. Formación estrecha y profunda —añadió cuando las rachas de viento comenzaron a transformarse en una tormenta.

El valle se había convertido en un lugar completamente distinto, que Santar no reconoció en absoluto. Lo formaban rocas de formas esqueléticas y sombras que se alargaban como garras en dirección a los guerreros de los Manos de Hierro y los rodeaban lentamente.

—¿Por qué no reconozco este lugar? —se preguntó a sí mismo.

La respuesta de Desaan le llegó por el comunicador, pero cargada de interferencias.

—Porque… no es… el mismo.

—Lord Manus —dijo Santar al notar que la sensación de amenaza se hacía palpable de forma abrupta.

Ferrus no lo miró.

—Sigue avanzando. No podemos dar media vuelta. —El tono de voz del primarca indicaba que sabía que habían caído en una trampa—. Los eldars nos tienen, pero no nos mantendrán atrapados.

El viento arreció, y lo mismo hizo la tormenta. Arrebató toda la potencia a la voz del primarca, y al mismo tiempo el retumbar de las numerosas botas metálicas quedó ahogado cuando la tormenta se abalanzó sobre los morlocks sin previo aviso.

Los golpeó como un martillo, y a los pocos segundos las dos compañías quedaron completamente envueltas por la tormenta.

El sol se apagó de inmediato, perdido en mitad de aquella oscuridad aullante.

Unos instantes más tarde, los granos de arena empezaron a arañar la armadura de Santar igual que si fueran cuchillas. Oyó la evasión del desierto contra el metal, pero desestimó el leve daño que estaban sufriendo las placas de blindaje tras comprobar el informe en la pantalla retinal del casco de combate. Santar desenvainó las garras relámpago e intentó atravesar cortando aquella maraña oscura, y descubrió que no era tan blanda como pensaba. La sensación fue semejante a la de cortar tierra, no aire.

—Manteneos juntos —ordenó por el comunicador—. Avanzad al unísono.

Recibió menos confirmaciones de la recepción de la orden que la vez anterior. La pantalla donde aparecía el despliegue táctico no funcionaba correctamenre, y los biomarcadores que indicaban las posiciones de sus hermanos de batalla no dejaban de parpadear. Por lo que sabía, los guerreros todavía mantenían la formación, pero no sabía cuánto tiempo duraría eso. Santar notó que la situación todavía empeoraría más. La arena atascó la rejilla de respiración del casco y le arañó la lengua. Sabía a ceniza y a muerte. Un olor cobrizo le llenó las fosas nasales.

—Manteneos juntos —repitió.

Sus sensores auditivos captaron un aullido lejano que se sobrepuso a la estática chillona del canal de comunicación. No sonaba como el viento, al menos no como si fuera sólo el viento. Una serie de sorprendentes señales de contactos fantasmales aparecieron y desaparecieron en la pantalla táctica.

—Preparados para disparar —ordenó mientras buscaba al enemigo a su alrededor.

La arena negra le tapaba la visión, lo que hizo que le resultara imposible captar un objetivo. Un chillido estridente enturbió las respuestas de los demás capitanes y sargentos. Los iconos de confirmación parpadeaban de un modo esporádico, como si las interconexiones del comunicador se hubieran estropeado.

Santar apenas distinguía la silueta del propio primarca, que se encontraba tan sólo unos pocos metros delante de él.

—¡Lord Manus! —gritó un momento antes de que Ferrus se perdiera más todavía en la tormenta.

Al principio no recibió contestación, pero luego le llegó una respuesta débil.

—¡Adelante! O atravesamos esto o morimos.

Santar hubiese deseado consolidar la posición, formar un cordón defensivo y esperar a que amainara la tormenta, pero aquello no era un fenómeno meteorológico normal. Quedarse allí sólo traería unas consecuencias mortíferas, de eso estaba seguro. Avanzó.

Algo apareció parpadeante en su pantalla retinal. Se trataba de una señal de calor, débil, pero con la entidad suficiente como para que pudiera localizarla.

Volvió la cabeza. La armadura de catafracto se movió con más dificultad de lo acostumbrado, y vio… una cara.

Era un rostro inhumano, con la piel estirada sobre un cráneo muy alargado. La barbilla y los pómulos eran muy angulosos, casi acabados en punta, y los ojos no eran más que unas cuencas oscuras.

—En nombre del Emperador… —musitó cuando se dio cuenta de que aquellos rostros fantasmales flotaban entre las filas de sus guerreros igual que un banco de peces devoradores de carne, aunque desprovistos de cuerpo y mortecinamente luminosos en mitad de aquella tormenta.

—¡Contacto enemigo! —rugió Santar, y esperó a que el comunicador transmitiera la advertencia.

Los morlocks abrieron fuego con los bólters, y un repiqueteo retumbante de detonaciones rugientes resonó por doquier. Las llamaradas expulsadas por los cañones de las armas brillaron igual que bengalas de socorro amortiguadas por la tormenta.

El rostro completamente alienígena se retiró hacia la oscuridad cuando Santar avanzó. Hizo que el primer capitán lo siguiera paso a paso.

—¡Contacto cercano!

Giró el brazo, y la energía que emitían las cuchillas formó una serie de lenguas desiguales de color azul, pero sólo atravesaron el aire.

—Detecto movimiento —oyó Santar por el canal de comunicación, pero le resultó imposible identificar a quien hablaba debido al conglomerado de voces que intentaban llamar su atención.

—¡Contacto! —gritó otra, también anónima para el primer capitán a pesar de que los conocía y había combatido junto a ellos desde hacía décadas.

Unas cerradas descargas de fuego de bólter resonaron por toda la formación de los Manos de Hierro cuando se esforzaron por repeler con toda su potencia el asalto de aquellos atacantes.

—¡Desaan, informa! —gritó Santar a la vez que algo con una rapidez

sobrenatural e imposible de rastrear pasó raudo por su lado izquierdo.

El primer capitán se volvió cuando una segunda silueta entró por la derecha en su visión periférica. Aquello lo miró fijamente mientras pasaba, y a Santar se le quedó grabada una vaga impresión de su rostro espectral.

Lord Manus tenía razón: allí había fantasmas que los esperaban en la oscuridad, y a esos espectros se les había acabado la paciencia. Ya habían olido su sangre.

—Enemigo… desconocido. —La respuesta de Desaan llegó de forma entrecortada pero clara—. No podemos… determinar sus posiciones… combate… múltiples contactos.

No vio señal alguna del primarca. Delante de él sólo había oscuridad, lo mismo que en todas las demás direcciones. Había dejado de ser posible orientarse, por lo que decidió quedarse donde estaba.

—Mantened las posiciones —ordenó por el comunicador—. Están intentando separarnos.

Se esforzó por encontrar a su señor, pero no fue capaz de captar nada en aquella oscuridad, ni con la vista ni con ninguno de los sensores.

La confirmación de Desaan también llegó entrecortada y a destiempo, y a Santar le supuso poco consuelo. Los morlocks estaban aislados por la tormenta, y lord Manus había quedado separado del resto de la legión. Su fortaleza y resistencia se habían visto mermadas por una decisión imprudente.

Santar se maldijo a sí mismo por su falta de previsión. Tendría que haberle insistido en bordear el valle o en esperar a que se efectuara un reconocimiento de la zona, pero el primarca no se había dejado convencer. Daba la impresión de que estaba ansioso por lanzarse de cabeza hacia un destino que sólo él era capaz de ver. Santar era el más cercano de todos los Manos de Hierro a su señor, pero ni siquiera él conocía los pensamientos más profundos del primarca.

Un gemido lastimero, agudo y varias octavas por encima del aullido de la tormenta resonó en el aire. El sonido hizo que a Santar la palpitara la cabeza a pesar de la protección que suponía el casco de combate. El vértigo se apoderó de su cuerpo como una ola gigantesca y se tambaleó. Una estática impenetrable anuló por completo los sistemas de comunicación, aunque de todas maneras no hubiera podido dar ninguna orden, ya que se había quedado sin voz.

Santar notó el sabor de la sangre en la boca y escupió en el interior del casco. Apretó los dientes manchados de rojo.

«Sé como el hierro».

Una serie de vibraciones estremecedoras le sacudieron los huesos con la inmensidad invasora de una andanada de impactos de mortero. Se tambaleó de nuevo, pero se esforzó por no desplomarse. Si se caía, acabaría muerto sin duda alguna.

Ningún guerrero equipado con una armadura de catafracto era capaz de levantarse sin ayuda si se caía. En la oscuridad acechaban algo más que simples fantasmas. Antes de aquel asalto auditivo, había entrevisto espadas afiladas y unos guerreros ágiles y espectrales. Santar recurrió a su fortaleza interior y buscó algo que matar.

Unas siluetas apagadas provistas de grandes armaduras caminaban tambaleándose entre la neblina: sus morlocks, lentos y prácticamente inmovilizados.

Un aullido cruzó afilado su dolor, un sonido desesperadamente mortal que precedió a una ráfaga de disparos de bólter que le impactó en el lado derecho. Santar hizo caso omiso de ambas cosas y sintió el repentino desplazamiento del aire a su izquierda.

«Te encontré».

El instinto defensivo hizo que Santar lograra detener la hoja afilada de la espada que se dirigía hacia su cuello, y por fin consiguió ver con claridad a su enemigo.

Lo que el eldar llevaba puesto era una máscara de color blanco hueso, igual que el resto de la armadura. El casco estaba rematado por unos filamentos de color negro que parecían una melena. A juzgar por la armadura de formas ceñidas se trataba de una hembra eldar, y no de un espectro o de un necrófago. La espada era larga y curvada, forjada y afilada por una mente asesina. De la hoja saltaron chispas en los puntos donde chocó contra las garras relámpago de Santar.

Formaba parte de la tormenta y al mismo tiempo era independiente de la misma, ya que se acoplaba al viento a voluntad. Se apartó de Santar y dejó tras de sí un rastro de chispas que se disiparon en el aire.

Santar mantuvo la guardia alta sin hacer caso de lo que le indicaban los visores retinales y prefirió hacer caso de su instinto. Cuando llegó el ataque lo hizo con una tremenda fuerza. La espada se estrelló contra la garra relámpago y Santar sintió como el impacto del golpe le llegaba hasta el hombro. Su oponente lo miró fijamente, enfurecida por la resistencia que mostraba, y lanzó un aullido infernal a través de la máscara. El aullido hizo que al primer capitán se le desencajara la mandíbula por la fuerza con la que apretó los dientes. Santar resistió el ataque sónico y empleó la otra garra relámpago para atrapar la espada de hueso de la eldar.

En la otra mano de su oponente apareció una pistola, pero los disparos rebotaron sin causar daño alguno en la armadura de Santar, como si se tratara de inofensivos picotazos de unos insectos.

La risa rasposa que emitió a través de la rejilla de respiración le sorprendió a él mismo.

La eldar soltó la pistola, empuñó la espada con las dos manos y se esforzó por liberarla. Mientras la tuviera atrapada allí, no podría blandida, y si se apartaba sin ella, Santar la cortaría en pedazos. Ni siquiera los eldars eran más veloces que un

relámpago.

—No me asustas —gruñó Santar con los dientes apretados cuando la eldar le lanzó otro grito infernal en plena cara. La mayor fuerza del primer capitán empezaba a vencer a la espada de la alienígena, y sus implantes biónicos gruñeron impacientes por la inminente victoria—. Yo doy más miedo.

Santar partió la espada en dos moviendo las garras relámpago como si fueran unas tijeras. El extremo final del arma, separado de forma violenta del resto de la hoja y de la empuñadura, giró brevemente en el aire para clavarse en la placa pectoral de la indefensa eldar, y la empaló. La guerrera se desplomó de espaldas en la tormenta y desapareció.

La emboscada empezaba a perder ímpetu, y Santar tuvo la certeza de que la propia oscuridad retrocedía a medida que la tormenta amainaba. Vio numerosos morlocks tumbados en el suelo, donde habían caído muertos por las espadas o simplemente derribados por los aullidos, pero otros ya se estaban reagrupando. Incluso las comunicaciones habían recuperado la normalidad.

—Primer capitán, ¿estáis vivo?

Era Desaan, y como contrapunto a su voz se oía el retumbar rítmico de su bólter.

—Vivo y furioso, hermano capitán —le contestó Santar al mismo tiempo que empalaba a otra guerrera.

Estaba sacando las garras relámpago de la espalda de su enemiga con un satisfactorio sonido chirriante cuando el brazo izquierdo se le quedó inmóvil. Intentó liberarlo pero no le respondió.

—Pasa algo. Hermano, estoy… gnnn. —Una parálisis le inmovilizó los implantes biónicos, igual que si hubieran dejado de funcionar. Las piernas también mecanizadas, se quedaron paralizadas—. No puedo… gnnn —el dolor era increíble, y la última palabra sonó como un jadeo— …moverme.

Miró a su alrededor en busca de ayuda, pero sólo vio dos máscaras sin cuerpo que se le acercaban. Le pareció que le sonreían con crueldad y un brillo maléfico les iluminaba el rostro. Le dijeron algo en su lengua, algo que sonaba vengativo.

—Puedo mataros a los dos… con una sola mano —los amenazó Santar pero notó una grieta en su autoconfianza cuando empezaron a dar vueltas su alrededor.

Algo le llegó por el canal de comunicación, algo que hizo que desviara la atención de los dos guerreros espectrales que se le acercaban. Reconoció el grito quejumbroso de su hermano capitán.

Divisó a Desaan entre las dos formas de eldars que lo rodeaban, trastabillando en la oscuridad mientras disparaba a su alrededor sin apuntar. Una ráfaga perdida acertó a uno de sus camaradas morlocks, lo que hizo que bajara la guardia. Otro de los guerreros espectrales aprovechó la oportunidad para clavarle la espada en la juntura

de unión entre la placa del torso y la muslera. Vio como el guerrero de los Manos de Hierro se desplomaba en el suelo antes de que la tormenta ocultara la escena.

—¡Desaan! —los posibles asesinos de Santar ya estaban muy cerca—. Cuidado con tus disparos, hermano.

No se podía permitir más distracciones. Desaan siguió trastabillando sin dejar de disparar el bólter hacia todos lados y sin apuntar a nada en concreto.

—¡Desaan!

Parecía que estaba…

—Ciego, mi primer capitán —musitó Desaan, aturdido—. No… veo… nada.

El brazo le colgaba flácido al costado. Vio que había otros legionarios con los mismos síntomas. Los morlocks estaban siendo derrotados precisamente por aquello que les proporcionaba tanta fuerza.

«La carne es débil». Santar recordó el aforismo, algo que le pareció cargado de una ironía burlona.

Los eldars les habían hecho algo, habían invocado alguna especie de hechicería maligna que afectaba a sus implantes cibernéticos. Todos los morlocks poseían numerosos implantes cibernéticos en el cuerpo.

Santar miró fijamente a los guerreros espectrales, que blandían sus espadas en un gesto alegre por lo que estaban a punto de hacer.

—Vamos, venid —los desafió con voz pastosa.

Se sentía igual que si tuviera el corazón al descubierto ante sus espadas. Los guerreros espectrales se detuvieron y se quedaron flotando en mitad de la tormenta, corpóreos sólo en parte. Ambos se volvieron difusos al mismo tiempo. Los dos se convirtieron en muchos, y sus risas ásperas resonaron a través del aullido que machacaba de un modo incesante a Santar.

—¡Vamos! ¡Venid a luchar! —les rugió.

Los ojos de uno —¿o eran los de todos ellos?— se entrecerraron detrás de la máscara, y Santar siguió esa mirada, hacia su brazo paralizado. Sólo que ya no estaba inmóvil, aunque no por voluntad del primer capitán. La energía chasqueaba a o largo de las cuchillas de la garra, y tenía la potencia suficiente como para atravesar cualquier armadura de combate. La fascinación y la incredulidad se sumaron hasta llegar al horror cuando Santar se dio cuenta de que las cuchillas se volvían hacia dentro…, hacia su cuello.

Se agarró la extremidad rebelde con la otra mano mientras las risas alienígenas crecían hasta convertirse en un repiqueteo monótono. El rostro se le cubrió de sudor cuando los músculos del cuello y del hombro se hincharon por el esfuerzo de intentar contener la extremidad rebelde que intentaba matarlo.

Muerto por su propia mano. No había honor alguno en algo así. Era una muerte despreciable, y los eldars que lo miraban lo sabían.

—Por el Trono… —jadeó.

Hasta el zumbido de los implantes biónicos sonaba diferente, de un modo más hostil.

«¡Resístete!», se dijo a sí mismo, pero la unión entre la máquina y la carne no era algo simbiótico. Una se consideraba un contagio en detrimento de la segunda, pero la bendición se había convertido en una maldición.

El hedor actínico del metal quemado le llenó la rejilla de respiración cuando las puntas de las cuchillas cargadas de energía tocaron el borde de la gorguera. Santar calculó que haría falta un único empujón decidido para atravesar la armadura y desgarrarle la garganta. Como mucho, disponía de unos cuantos segundos.

El primer capitán estaba ronco por los desafíos que había rugido, y sus esfuerzos se hicieron más débiles a cada momento que pasaba.

Cerró los ojos y susurró ante lo que parecía inevitable.

—Mi primarca…

Ferrus estaba solo. Únicamente estaban la tormenta y él. Se había colocado su casco de combate, pero no vio rastro alguno en la pantalla retinal, así que no perdió el tiempo llamándolos por el comunicador. El último contacto que había recibido procedía de Gabriel Santar, y era una orden desesperada para que se mantuvieran juntos.

«Adelante, sigue adelante».

La compulsión fue demasiado fuerte como para resistirse. Ya se habían adentrado mucho. Fuera cual fuese el horror que albergara aquel desierto fuera cual fuese la verdad cruel por la que lo habían convocado allí para que la presenciara, ya no podía negarse a seguir.

Aquello no era una tormenta normal y corriente. Estaba demasiado cargada con el tejido de sus propios sueños, estaba repleta de metáforas de su pasado violento y las ataduras figuradas de su posible futuro. Oyó voces en el viento cortante, pero no sonidos de combate ni gritos de batalla.

«Me esperaba una batalla».

Ferrus no fue capaz de captar el significado, pero sintió que aquellas palabras eran importantes.

El comunicador no funcionaba. Ni siquiera se oía la estática en los distintos canales. Lo aceptó también, y siguió avanzando.

Fuera lo que fuese, fuera cual fuese el destino o el hado que lo había llevado hasta allí, se enfrentaría cara a cara con ello.

«Ojos… unas rendijas como las de una serpiente que me observan. Oigo el siseo

de su lengua como un cuchillo en la brisa. Es el mismo cuchillo que noto sobre mi garganta».

Le llegó un recuerdo.

Después de salir de la nave terrestre, habló una vez más con Mortarion, o más bien, su hermano le habló. El otro primarca lo había dejado con un comentario insultante que Ferrus no podría olvidar o callarse con facilidad.

«Si no posees la fuerza suficiente… Si no puedes acabarlo tú solo…».

—¿Ayudarme? —le rugió a la tormenta implacable. La respuesta del viento sonó burlona—. No necesito ayuda. —Se echó a reír, un sonido terrible y cruel—. Soy fuerte. Soy el Gorgón.

Ferrus se dio cuenta de que estaba corriendo, aunque no recordaba haber acelerado el paso de un modo tan drástico y sin motivo aparente alguno. Sin embargo, corría con toda la rapidez que le permitían sus piernas. La oscuridad de la llanura de arena pareció alargarse cuando la tierra y el cielo se hundieron en uno solo.

—No puedes ayudarme —bramó un momento antes de tener la sensación de que volaba y que luego caía.

«Nadie puede hacerlo», se dijo a sí mismo de forma subconsciente en voz mucho más baja.

Dos legionarios estaban sobre el montículo de arena dorada y miraban el cielo de oscuridad.

Lo que tenían delante de ellos era una nube negra que rodeaba a los morlocks igual que la tinta en el agua.

Bion Henricos apenas era capaz de creer lo que le decían sus ojos, y se preguntó si sus hermanos con implantes veían lo mismo que él.

—¿Qué es eso?

El hermano Tarkan amplió la abertura de foco de su ojo biónico y ajustó la imagen con diminutos movimientos de los músculos faciales. Cada uno de los ajustes produjo el mismo resultado.

—No hay nada concluyente.

—Eso de ahí no es natural en absoluto —declaró Henricos, mientras se incorporaba desde su postura en cuclillas.

Hasta que se reagrupara con el capitán Meduson, la mitad del batallón estaba bajo sus órdenes. Fuera lo que fuese la negrura que tenían delante de ellos, tendría que enfrentarse a ello sin ayuda alguna. Había intentado ponerse en contacto mediante el comunicador, pero los canales estaban afectados por aquella especie de tormenta física que bullía en la cuenca desértica.

—Tiene garras, hermano sargento —le informó Tarkan.

Doscientos cincuenta legionarios, sólo una parte de la Décima de Hierro,

esperaban las órdenes de Henricos. Estaban armados con los bólters y furiosos, pero allí se encontraban, detenidos debido a la oscuridad. Era una pena que no dispusiesen de unidades de motocicletas a reacción para rodear la tormenta y estudiarla de un modo más completo. Henricos pensó, y no por primera vez, en la falta de flexibilidad táctica de su legión.

—Sí que las tiene —admitió el sargento mientras estudiaba con atención el horizonte y las rocas con forma de columna que se alzaban por encima del valle cubierto de sombras. Se encontraba lo suficientemente cerca como para tocarla y alargó su mano de hierro. Un tentáculo de arena arremolinada tintineó de un modo inofensivo contra el metal, y cuando Henricos levantó de nuevo la vista, descubrió lo que estaba buscando por encima de la tormenta. De allí era de donde partía la oscuridad, una figura alta y delgada con una túnica de color pardo. Empuñaba un báculo de brujo, cubierto de runas talladas y gemas engastadas.

—Hermano Tarkan —dijo con voz chirriante cargada con la promesa de una venganza—. Límpiame esa mancha.

Tarkan era un francotirador, parte de una de numerosas escuadras como aquélla en la Décima. Manejaba su rifle de cañón largo con la elegancia de un tirador experimentado. Había fabricado el arma con sus propias manos, y le había acoplado una mira telescópica que se conectaba a su ojo biónico. De ese modo se forjaba una conexión infalible entre el tirador y el objetivo.

El legionario observó por la mira telescópica, colocó la intersección de guías verdes sobre el casco del brujo, y luego disparó. La salida del proyectil movió el arma, pero Tarkan ya había compensado ese movimiento. Sin dejar de observar por la mira, sonrió satisfecho pero sin alegría cuando el cráneo del alienígena estalló y se desplomó desde la columna sin la cabeza ni la parte superior del torso.

Se echó el rifle a la espalda.

—Objetivo eliminado, hermano sargento.

Henricos alzó un puño y el resto del batallón avanzó.

Ya no tenía sentido quedarse inmovilizados.

—Adelante en nombre del Gorgón.

Doscientos cincuenta guerreros se adentraron en la tormenta que amainaba.

Algo repelió a Henricos cuando entró en las sombras. Fue un repentino espasmo de los mecanismos de su mano biónica, que se cerró formando un puño cuando lo que él quería era que se abriera para desenvainar la espada. Tuvo que concentrarse para recuperar la capacidad de maniobra mientras se acercaba a los morlocks caídos. No tenía claro a qué se debía aquel funcionamiento defectuoso, y se detuvo al ver lo que se estaban haciendo los unos a los otros.

Uno de los legionarios tenía clavado su propio destripador en la placa pectoral.

Los dientes de sierra del arma estaban enrojecidos y seguían girando. El legionario intentaba impedir con la otra mano que la hoja se clavara más todavía, pero la extremidad cibernética seguía empujando. Otro yacía tendido inmóvil en el suelo, con el casco hundido por su propia maza de energía. De las grietas salía un fluido carmesí que se encharcaba alrededor de su cabeza. Algunos caminaban tambaleándose medio cegados, o permanecían inmovilizados por unas piernas biónicas que no funcionaban. Las manos implantadas se cerraban alrededor de las gargantas y estrangulaban a sus portadores. Las pruebas truculentas y espeluznantes de la matanza mecánica estaban por todas partes.

La virtud del credo de los Manos de Hierro se había vuelto contra ellos.

La pausa momentánea de Henricos se debió en parte al deseo de mantener a salvo a su mitad del batallón y a no querer empeorar una situación aterradora de por sí. Sin embargo, fuera lo que fuese lo que estaba afectando a los morlocks, todavía no se había apoderado de los legionarios de la Décima.

—¡Capitán!

Henricos entró a la carga en la tormenta con un vigor renovado. Sus hermanos se desplegaron a su espalda y procuraron ayudar a detener las automutilaciones e impedir que fueran más graves de lo que ya lo eran.

—¡Lo veo! —contestó Meduson—. Por la espada del Emperador, lo veo… Detenlos, hermano. Sálvalos de sí mismos si puedes.

El enlace se apagó. El respiro en el estado de las comunicaciones fue breve, y en ese momento, Desaan apareció en el campo de visión de Henricos.

La mano cibernética del capitán empuñaba un cuchillo de combate de filo serrado, y se enfrentaba a un atacante invisible que intentaba clavarle en plena cara su propia arma.

Henricos llegó a su lado cuando la punta de filo monomolecular ya estaba a punto de atravesarle la piel.

Los dedos de hierro del sargento se cerraron alrededor de la muñeca de Desaan y le inmovilizaron la mano.

—¡Aguantad, capitán! —le gritó mientras se esforzaba por dominar el arma. Mientras luchaba, Henricos vio rostros en la oscuridad. Eran veloces e incorpóreos, y casi parecían volutas de niebla helada que tomaran una forma espectral. Una ráfaga de disparos de bólter intentó acribillarlo, pero el fantasma se desvaneció antes de que le impactaran los proyectiles. Luego oyó un coro aullante y burlón que le hizo chirriar los dientes al sargento.

La voz de Desaan sonó dolorida.

—¿Bion? ¿Eres tú? No puedo ver, hermano.

El visor del capitán estaba apagado, y se asemejaba a una venda de hierro que

alguien le hubiera colocado sobre los ojos.
—¡Luchad, hermano capitán! —lo animó Henricos, pero la fuerza biónica de Desaan era increíble. Ni siquiera entre ambos eran capaces de superarla, y la hoja afilada avanzó un poco más y se clavó en la carne.
—Apuñalado por mi propio cuchillo de combate —dijo Desaan con una mueca de dolor—. No es una muerte tan gloriosa como me esperaba.
—Todavía no habéis muerto —le aseguró Henricos—. Echaos hacia atrás…
El sargento soltó el brazo de Desaan, desenvainó de un tirón su espada forjada en Medusa y activó la hoja serrada. Tardó en hacer todo aquello varios segundos más de lo que debería, ya que su mano de hierro se le resistió.
«No tardará en afectamos también a nosotros».
—¿Qué haces?
—Lo que debo hacer.
El chirrido del metal cortado ahogó el coro de aullidos cuando Henricos empezó a serrar el antebrazo del capitán.
Desaan procuró mantenerse quieto y sin moverse del sitio.
—Si se te resbala… —gruñó con los dientes apretados.
—Perderéis la cabeza —le contestó Henricos sin dejar de cortar.
Los fantasmas que los rodeaban comenzaron a retroceder a medida que amainaba la tormenta. También comenzó a flaquear el dominio hechicero sobre los implantes cibernéticos de los Manos de Hierro.
Los últimos trozos de cableado y de servomecanismos se soltaron en mitad de una lluvia de aceite lubricante y de chispas, lo que dejó libre la pieza del avambrazo. Henricos, con el rostro cubierto de sudor por el esfuerzo y el nerviosismo, se apartó, y los dos guerreros de los Manos de Hierro exhalaron un suspiro de alivio al mismo tiempo.

En mitad de la brisa sonaron ráfagas de disparos de bólter que se multiplicaron a cada momento que pasaba. Los morlocks caídos recuperaron el control de sus extremidades, pero el coste que había tenido la emboscada quedó a la vista cuando la arena se posó en el suelo.
Había numerosos catafractos muertos, que yacían por doquier atravesados por sus propias espadas y cuchillos o con la cabeza machacada por sus propias mazas. Otros tres, al menos, habían muerto bajo las hojas afiladas de los guerreros espectrales. Muchos más estaban heridos.
Desaan recuperó la vista y torció el gesto al ver su brazo amputado, pero movió la cabeza en un gesto afirmativo para darle las gracias a Henricos.
—Ser capaz de tener buen juicio en mi estado de ánimo no es una de mis virtudes.
—Dijisteis lo que pensabais, y lo mismo hice yo. No hace falta decir nada más.

Se saludaron con un gesto rápido, sin demasiada formalidad, y el asunto quedó zanjado.

Desaan asintió de nuevo y miró a su alrededor. No vio rastro alguno de las bajas enemigas.

—¿Es que aquí no se ha librado una batalla? —preguntó Meduson cuando se reagrupó con la Décima de Hierro.

—Yo le acerté a uno con un golpe al que no ha podido sobrevivir —apuntó Desaan.

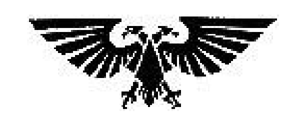
—Lo mismo que yo. La cabeza acabó separada del cuerpo —declaró Tarkan mientras se les acercaba.

Desaan soltó un bufido.

—Hasta sus muertos son unos cobardes. Han desaparecido todos.

Ahí se acabó la discusión, ya que de la oscuridad que se disipaba surgió una figura. Mostraba una herida brutal a la altura de la gorguera y de la hombrera izquierda. Aquellos cortes le habrían cercenando la cabeza si hubieran estado un centímetro más cerca del esternón. Los cuatro surcos eran profundos, y era evidente que los había abierto un arma de energía.

—También lo ha hecho el primarca —les informó Gabriel Santar—. Lord Manus no aparece por ningún lado.



VOLUNTAD DE HIERRO

—No puede haber muerto.

El tono de voz de Meduson tenía un leve atisbo de duda, lo que hizo que Santar apretara las mandíbulas.

—Apuñalado por la espalda… —murmuró Desaan.

Todos habían quedado expuestos de un modo terriblemente vulnerable en el valle, pero desechó aquella posibilidad de un modo inmediato.

—No se puede matar al Gorgón —declaró en voz bien alta—. Ninguna espada manejada por un cobarde traicionero sería capaz de atravesarle la piel. Es imposible.

—Entonces, ¿dónde está? —inquirió Meduson.

Aunque el valle desértico había recuperado su orografía y luz naturales, seguía estando repleto de abismos, grietas profundas y grandes peñascos diseminados por doquier. Incluso un primer vistazo superficial reveló la existencia de más de dos docenas de zonas posibles en las que el primarca podría haber caído bajo la traición enemiga.

Desaan se dio cuenta de que no tenía respuesta para aquella pregunta.

Santar siguió la mirada del capitán y abrió un canal de comunicación. Sin duda, nada tan corriente como una grieta en el suelo podría haber acabado con el Gorgón.

—¿Hierroforjado?

Ruuman seguía en la cresta del valle, desde donde dirigía a las unidades pesadas hacia el fondo del valle, puesto que ya no era necesario el fuego de apoyo.

—No se podía ver nada, primer capitán. Tampoco pude apuntar contra vuestros enemigos espectrales —admitió con pesar.

—¿Y ahora? —le preguntó Santar, y el grupo de oficiales que tenía a su alrededor escuchó con atención.

—Una extensa llanura dorada, pero no se ve señal alguna de nuestro primarca. Ni de su muerte.

Santar cortó la comunicación. La expresión de su rostro era semejante a la del hierro estriado.

—No se puede matar a lord Manus —confirmó con una mirada a Desaan—. Sin embargo, no pienso abandonarlo. Si los eldars lo han capturado, si han conseguido atraparlo de alguna manera, si ése es el caso, entonces casi me dan lástima los muy estúpidos. Han agarrado una hoja afilada al rojo vivo con las manos desnudas, y arderán por ello.

El primer capitán se volvió hacia Meduson.

—Capitán, quedas al mando de los batallones. Condúcelos hacia la última localización conocida del nodo y confirma su presencia. Yo me quedaré con cincuenta guerreros para comenzar la búsqueda de nuestro señor.

—Podríamos consolidar la posición, esperar a las unidades del ejército y hacerlas participar en la búsqueda —sugirió Meduson.

—No —le respondió Santar con firmeza—. Si nos alcanzan, las utilizaremos para ello. Si no es así, quiero que sigas las órdenes de lord Manus y encuentres el nodo.

Meduson asintió y se dirigió a reagrupar al resto de la legión mientras Santar se acercaba a su camarada capitán y segundo al mando.

—Tráeme a los cincuenta mejores. Incluye a Tarkan y a sus francotiradores. A Henricos también. Los demás que se unan a Meduson y sigan sus órdenes hasta que yo vuelva. ¿Entendido?

—Sí, mi primer capitán.

Desaan titubeó unos instantes.

—¿Hay algo de lo que me haya olvidado, hermano capitán? —le preguntó Santar.

—¿Dónde está, Gabriel?

Santar miró a su alrededor, al desierto interminable, mientras el resto de los legionarios se ponía en marcha.

—Ahí fuera… espero.

—¿Y si no lo está?

—En ese caso, tengo plena confianza en que nuestro señor podrá salir de cualquiera que sea el problema en el que se encuentre. Y tú deberías hacer lo mismo.

—Fue la tormenta, Gabriel. Eso a lo que nos enfrentamos no fue nada natural. En esa arena hay enemigos invisibles.

—El mundo que nos rodea está cambiando, Vaakal. Tú y yo ya lo hemos visto.

—Hay cosas que se deberían dejar en la oscuridad. No deseo que aparezcan de nuevo.

El silencio de Santar indicó que estaba de acuerdo.

El mundo, toda la galaxia, estaba cambiando. Ambos lo sentían, lo mismo que todas las Legiones Astartes. Santar se preguntó si ése sería el motivo por el que el Emperador había regresado a Terra. También se preguntó cómo afectaría eso al futuro de todos ellos. Ni siquiera sus hijos predilectos sabían qué ocurría, y Gabriel vio el trauma que les había supuesto a todos reflejado en su propio padre.

Se tocó los surcos que él mismo se había abierto en la armadura mientras esperaba a que volviera Desaan de reunir al grupo de búsqueda. Tuvo tiempo de reflexionar sobre la confianza y la dependencia que los Manos de Hierro tenían respecto a los implantes biónicos. Fueran quienes fuesen aquellos enemigos, conocían los puntos fuertes de la legión y cómo contrarrestarlos. La carne y el hierro eran una combinación poderosa, pero al igual que ocurría con cualquier aleación, el equilibrio debía ser el correcto para conseguir una forja perfecta. El metal que albergaban en el cuerpo les había fallado en aquel momento. Quizá Meduson estaba en lo cierto respecto a la consolidación.

Ya no importaba. Estaban sufriendo bajo aquel ataque, pero vencerían. Así eran los Manos de Hierro.

Delante de él tenía ya cincuenta guerreros ansiosos por empezar la tarea, y los miró a los ojos.

Algo o alguien se había llevado al primarca. Santar necesitaba saber adónde se lo habían llevado y el motivo para hacerlo. Si para ello tenían que matar a todos y cada uno de los alienígenas que se escondían debajo de las piedras del desierto, que así fuera.

—Quiero una búsqueda cuadrante por cuadrante —gruñó—. No dejéis piedra sin levantar, hermanos. Sois los pretorianos del propio primarca. Actuad como tales. Encontradlo.

Ferrus Manus no se sentía realmente perdido, pero aquel lugar le resultaba completamente desconocido.

Se trataba de una caverna, un lugar enorme lleno de ecos cuyo interior se perdía en una oscuridad infinita. Una larga grieta desigual partía el techo abovedado que se extendía sobre él, y supuso que había caído en el interior de una sima oculta en el suelo del desierto.

La débil luz del sol entraba por la grieta, pero no era capaz de disminuir la sensación de penumbra.

Había intentado varias veces ponerse en contacto con los morlocks a través del comunicador, pero todos los canales estaban completamente mudos. Ni siquiera se oía el sonido de la estática. Los visores del casco tampoco fueron de mucha ayuda, ya

que sólo captaba señales vacías, por lo que se lo quitó.

—¿A cuánta profundidad estaré? —se preguntó en voz alta.

Sus palabras no produjeron eco alguno a pesar de la amplitud de la caverna. El aire era limpio y fresco. Lo notó en la piel igual que una caricia, pero también mostraba restos de combustible y de algo más… Perfume. El olor era empalagoso, algo completamente contrario a lo que él estaba acostumbrado. Implicaba decadencia y hedonismo, todo lo opuesto a la solidez y disciplina de la funcionalidad.

Captó lentamente más detalles de su entorno a medida que su sentido de la visión superior se acostumbraba al mismo tiempo que los demás sentidos. Distinguió columnas, los restos descoloridos de unos frescos y los arcos triunfales tallados en la propia roca. También vio estatuas monolíticas. Todos los individuos eran humanos, pero no reconoció ningún rostro, ni tampoco los atuendos. Los desconocidos pétreos lo miraban desde lo alto con unos rostros desgastados por el paso del tiempo. Uno, un guerrero noble al que le faltaba la cabeza, lo señalaba con un dedo acusador.

—No fui yo quien te cortó el cuello, hermano —le dijo Ferrus, y comenzó a caminar.

Al igual que su voz, los pasos de Ferrus no despertaron ninguna clase de eco, y supuso que se trataba de algún capricho de la geología. Ferrus había pasado algún tiempo con su hermano Vulkan, quien lo había iluminado, a menudo de forma extensa, sobre las virtudes y las variaciones de la tierra y de la roca.

«Enséñame a utilizar todo eso para crear algo útil y que tenga alguna función. Si no, ¿para qué sirve?», le había contestado, para disgusto del otro primarca.

El Gorgón y el Dragón eran parecidos, pero muy distintos.

Ferrus siguió la corriente de aire con la esperanza de que lo llevara hasta alguna fisura que pudiera ensanchar para salir y reunirse con su legión. La brisa lo llevó desde la amplia caverna hasta una galería que todavía conservaba la esencia de un reino sumergido de la antigua Tierra. Las columnas se extendían a través de una oscura avenida y se elevaban hacia un techo alto que se perdía en las sombras. El suelo era oscuro. El lugar todavía estaba cargado con el olor a cenizas mortuorias y a carne quemada. Cualquier mortal se habría sentido inquieto por aquello, pero Ferrus estaba muy por encima de ese tipo de debilidades nacidas de la carne.

«Arena negra…».

La idea lo asaltó de improviso cuando bajó la mirada al suelo.

«Igual que en el valle».

—Quizá es una tumba o un mausoleo —se planteó en voz alta.

Sin embargo, no había criptas, ni siquiera un lugar que sirviese de relicario. A pesar de ello, la galería apestaba a muerte.

Los trozos de obsidiana reflectante negra como la tierra titilaban bajo la luz de los cristales luminosos mientras recorría la galería. Divisó algo, un trozo de imagen en la

roca vítrea. Una gigantesca explosión ardía en su oscuridad sin fondo, y algo más… Era algo familiar, pero también desconocido al mismo tiempo.

Ferrus pensó que era igual que intentar unir los fragmentos dispersos de un sueño, y no fue capaz de mantener la imagen en la cabeza el tiempo suficiente como para verla con claridad. Cuando se detenía para observar más atentamente, la obsidiana tan sólo reflejaba su cara, de expresión ceñuda y descontenta.

Quizá se trataba de otra característica extraña de la luz y de la geología de aquel lugar. Desde luego, había algo único al respecto.

Ferrus se contuvo para no ceder al impulso de empuñar a *Rompeforjas* y destrozar las piedras. Sabía que con eso no conseguiría nada, así que hizo caso omiso al deseo de desahogar la rabia.

No lo provocarían con tanta facilidad, y siguió avanzando tenazmente.

Estaba a punto de salir de la alargada galería cuando algo llamó su atención.

Ferrus oyó… llorar.

Quizá se trataba de un sonido provocado por el viento. No notó corriente alguna, pero el sonido le llegó con facilidad.

Era un lamento fúnebre, algo tan triste y sombrío que se le infiltró en la médula de los huesos e hizo que le pesaran las extremidades. El primarca jamás había sentido congoja. Lo apenaba perder a sus hijos en combate, pero eso era un riesgo inherente al objetivo para el que se los había creado. Eso era algo que podía aceptar. Jamás había sentido una verdadera pérdida, pero allí estaba el sentimiento. Aquella imitación lo invadía poco a poco. La mente se le llenó de imágenes en las que veía a sus hermanos muertos, o cerca de la muerte, y el cadáver esquelético de su padre.

—¿Qué es esto?

La ira sustituyó a la congoja cuando Ferrus se dio cuenta de que nuevamente era víctima de la brujería alienígena. Se enfrentó a aquel sentimiento y recuperó la fuerza en las extremidades, pero entonces el lamento gemebundo se metamorfoseó en otra cosa, en algo mucho peor. Una serie de gritos agónicos atormentaron el propio aire, como si los espectros que todavía permanecían en aquel lugar siniestro estuvieran reviviendo sus últimos momentos de vida.

—¡Sal de una vez! —exigió Ferrus, mientras miraba a su alrededor en busca del hechicero que lo estaba acosando con aquella brujería—. Muéstrate a la vista o desmontaré este sitio trozo por trozo hasta encontrarte.

La respuesta a aquel grito de desafío fue el gruñido bajo de unos motores lejanos, el *crescendo* ensordecedor de las brutales andanadas de disparos y los gritos feroces de los guerreros. Miles de sonidos producto de la guerra sonaron al mismo tiempo en una cacofonía terrorífica centrada en el asesinato y la muerte. Alrededor del primarca se libraba una batalla que sólo podía oír, y únicamente de lejos, quizá a través incluso del propio tiempo. Ferrus no necesitó verlo para saber que fuera donde fuese aquello,

y cuando fuese, era el infierno.

La guerra imaginaria siguió, y entonces captó una voz que le heló la sangre.

El sonido que escapó de los labios del primarca fue un susurro ronco, algo poco apropiado para un caudillo guerrero.

—Gabriel…

Se detuvo e intentó escuchar con más atención con la esperanza de que conseguiría desmentir sus sospechas, pero el estruendo se apagó y lo sustituyó un silencio que llenó el lugar.

El primarca se quedó respirando con rapidez pero de forma superficial.

El pecho le bajaba y subía pesadamente dentro de la placa pectoral de la armadura forjada por la propia mano del semidiós. El repentino silencio que lo rodeó hizo que Ferrus se inquietara de nuevo, algo que no le gustó.

Dio un pequeño paso cauteloso, casi indeciso, y aquello fue la causa de que el infierno regresara a su mente. Dio otro, y los gritos resonaron con más fuerza. Otro más, y se volvieron casi ensordecedores.

—¡Gabriel!

Ferrus miró ávidamente hacia la oscuridad y buscó en cada columna, en cada sombra, atento a cualquier posible señal de la presencia de su primer capitán. Actuó de un modo frenético, incrédulo, un comportamiento en el que no se reconoció a sí mismo… Lo que veía en su mente torturada era a Gabriel Santar asesinado de un modo brutal.

Aparecieron otros… Desaan, convertido en ceniza por una llamarada atómica; Ruuman, acuchillado hasta morir por media docena de espadas; incluso Cistor, el señor de los astrópatas adscritos a la legión, se le apareció escupiendo sangre y sumido en un ataque de espasmos… Un millar de voces moribundas que gritaban como una sola.

Ferrus alargó la mano, y se dio cuenta de que había caído de rodillas. Asaltado por aquellas visiones apocalípticas, se llevó las manos plateadas a la frente en un intento por sacárselas de la cabeza.

—Es imposible…

Había visto algo en su ensoñación despierta, algo tan terrible que apenas se podía soportar, y mucho menos expresar.

Un ser inferior se habría venido abajo por completo en ese instante, pero él era el Gorgón y poseía una fuerza mental que pocos le reconocían. Guilliman sí que la veía, y así se lo había dicho cuando los dos tuvieron ocasión de charlar a solas. El cobalto y el negro eran una combinación poderosa, una aleación inflexible.

Se irguió con obstinación, primero un pie y luego el otro. Sólo una fuerza de voluntad capaz de ver montañas enterradas y vencer monstruos sin ayuda alguna

podría derrotar a una hechicería tan poderosa. Le pesaba la espalda, y también los brazos.

«He soportado pesos peores».

La furia le proporcionó fuerzas. Se convirtió en la fuente de lava fundida de la que Ferrus consiguió el impulso necesario. Con los puños cerrados y llenos de rabia le rugió a las sombras.

—¡Mentiras! Me mostráis todas esas falsedades y esperáis que me las crea. ¿Qué pretendéis conseguir con eso? ¿Intentáis empujarme hasta la locura?

El eco le devolvió sus últimas palabras una y otra vez.

«Lo resistiré todo. Mi voluntad está forjada en hierro».

Ferrus apretó los dientes mientras soportaba el horror de ver a Gabriel morir torturado una y otra vez. Le pasó por encima como una ola cargada de desolación. Todos y cada uno de los morlocks muertos en una matanza interminable.

El primarca casi arrancó a *Rompeforjas* de sus cierres, y el arma zumbó en las manos de Ferrus con una agresividad apenas contenida. Quería que su dueño la utilizase, y al igual que él, estaba frustrada. No se veía ni un solo enemigo tangible al que atacar.

—¿Tenéis miedo de enfrentaros a mí?

La oscuridad no respondió al desafío, aparte del zumbido de aquella guerra interminable.

El Gorgón captó el brillo del fuego con el rabillo del ojo. Las vetas de obsidiana refulgían. No entendió lo que significaba aquello.

Sólo le quedaba una salida para aquella situación.

Parte de la pared se desintegró, destrozada por la furia del golpe de Ferrus. La roca vítrea se partió en mil pedazos al chocar contra el suelo, pero no hubo fuego, ni de aquella destrucción surgieron gritos moribundos.

Un segundo golpe partió por la mitad una de las columnas, y el primarca se echó a un lado para evitar su caída, semejante a la de un árbol cristalino talado que se desplomara. No fue un ataque enloquecido, sino una destrucción precisa y con un objetivo claro. Ferrus se movió de un lado a otro con decisión, escogía con cuidado dónde dar los golpes y observaba el resultado. Estaba buscando una brecha en aquella ilusión, algo que pudiera aprovechar. Tras pasar toda una vida procurando sacarlas de su mente y de su cuerpo, el Gorgón era un experto en encontrar debilidades. Así pues, siguió adelante y dejó atrás poco a poco la galería y los horrores que albergaba.

Al acercarse al extremo de la cámara, otro sonido se unió a los ruidos del combate acechando desde una frecuencia que sólo el primarca era capaz de captar. Era un sonido sibilante, parecido al susurro bajo de algo serpentino y venenoso.

«Unos ojos que me observan, unos ojos fríos, de reptil…».

Algo lo estaba acechando. Captó el destello de una cola, la visión fugaz de unas

escamas en las que se reflejaban las llamas de las vetas de obsidiana.

«Soy el Gorgón. Soy Medusa».

El susurro sonó de nuevo con más fuerza. Detrás de él. Los latidos del corazón de Ferrus se ralentizaron mientras se esforzaba por localizar su origen. No logró determinarlo, sonaba en todos sitios a la vez. Giró mentalmente sobre sí mismo para enfrentarse a su némesis y partir otro trozo de galería con todo el poder de *Rompeforjas*.

En vez de ello, bajó al martillo y dejó que la cabeza del arma reposase en el suelo con un chasquido metálico sordo.

—¿Ves que tenga atados unos hilos a mis extremidades? —preguntó a las sombras, al mismo tiempo que se echaba a *Rompeforjas* al hombro.

Se produjo una pausa.

—Ya me parecía a mí que no —añadió Ferrus al cabo, y luego salió caminando lentamente de la galería.

Las imágenes sangrientas y el rugido de la batalla no lo siguieron.

La luz granulosa del lumen hizo a un lado a la negrura, pero apenas reveló nada del abismo aparte de la fauna nativa, que se alejó de la luz correteando sobre múltiples patas.

Santar había descubierto una abertura en la roca del desierto que tenía la anchura suficiente como para dejar pasar su enorme volumen. Era una grieta ancha que daba paso a un mundo subterráneo que, al parecer, se había tragado por completo a su padre. Pero no vio señal alguna de él. Su voz resonó con frialdad por el canal de comunicación.

—Negativo.

Era uno más de otros muchos callejones sin salida.

Sabía que cincuenta legionarios, divididos en escuadras de búsqueda de menor tamaño, estaban rastreando todo el suelo del valle y el desierto que se extendía más allá. Hasta ese momento no habían encontrado nada en absoluto. A pesar de todos sus esfuerzos, no habían avanzado en la tarea de encontrar al primarca.

Santar miró al sol medio distraído por el chorro de datos que pasaban por la pantalla retinal procedentes de sus sentidos automáticos. El orbe ardiente brillaba con más fuerza todavía desde que se disipó la nube de brujería. El recuerdo de aquel ataque psíquico contra la legión tardaba en desaparecer. Abrió y cerró la mano biónica, y casi se esperó que el artefacto desafiara sus órdenes neurales. No lo hizo.

Se quitó el casco de combate y dejó que el calor lo golpeara.

—Un mundo cambiante… —pensó en voz alta. Abrió el canal de comunicación y se puso en contacto con Desaan—. Hermano, ¿cómo es posible que alguien como el Gorgón desaparezca sin más?

Santar paseó la mirada por la llanura. Era enorme y ondulada, pero estaba llena de rocas y de cavernas. Dudaba mucho de que incluso con una flota de Stormbirds fueran capaces de encontrar a quien buscaban.

—Cada metro cuadrado de esta cuenca ha sido cartografiado y registrado. ¿Qué es lo que se nos escapa?

—¿Has captado algo a través de los sensores del visor?

Se oyó un chasquido cuando Desaan volvió a comprobar los datos que había recibido.

—Lecturas de energía residual, pero nada que podamos seguir. Nada que tenga sentido. —Esperó unos momentos antes hacer la pregunta—. De verdad crees que puede haber… ¿caído?

Santar había ordenado la búsqueda sin tener muchas esperanzas de que tuviera éxito. En lo más profundo de su fuero interno sabía que su señor ya no estaba allí, y que sólo lo encontrarían cuando él quisiera, o más bien, cuando lo quisiera su voluntad.

La impotencia no era un sentimiento que le gustara al primer capitán.

—No. Lo han capturado, y quiero saber el motivo.

Santar estaba a punto de seguir cuando activó el comunicador en modo de recepción. Meduson acababa de pedir un informe de situación a la vez que notificaba la actualización del estado operativo del grupo de combate bajo su mando.

Las primeras unidades del ejército en llegar aparecieron en la cresta con forma de guadaña del valle. Avanzaban con lentitud pero con decisión, con las tropas de infantería marchando por delante de las columnas de tanques. Los vehículos de exploración del Mechanicum estaban desplegados al lado de los Sentinels que todavía funcionaban.

Era más tarde de lo que el primer capitán había pensado.

—Confirmado —le comunicó a Meduson. Tuvo la sensación de que se estaba atragantando con gravilla—. Nos dirigimos hacia allí con las unidades del ejército. Mantén la línea de combate y espera los refuerzos.

Cambió de canales de nuevo y gruñó por el comunicador.

—Reagrupamiento.

Desaan fue el primero en regresar.

—¿Meduson?

Santar hizo un gesto de asentimiento.

—Han encontrado el nodo.

Desaan soltó un bufido de burla.

—Un día glorioso. ¿Nos vamos?

—Ya sabes la respuesta a esa pregunta, hermano capitán.

—¿Por qué me siento como si lo estuviéramos abandonando?

Los demás legionarios se fueron uniendo a ellos a medida que el destacamento de cincuenta guerreros se iba reagrupando. Sólo faltaban Tarkan y otros tres francotiradores.

—Porque es lo que estamos haciendo.

Desaan torció el gesto, pero tuvo la sensatez suficiente como para no decir nada.

—Hermano Tarkan… —llamó Santar. El primer capitán miró más allá del reborde del valle y su confluencia con la extensa llanura, donde se encontraban desplegados los guerreros de la Décima—. Nos vamos.

La respuesta de Tarkan fue inesperada.

—Mi primer capitán, hemos encontrado algo.

Había otra caverna al otro lado de la arcada de la galería.

Se trataba de un enorme auditorio subterráneo, de un tamaño mucho mayor que la cámara anterior, el que se abría ante Ferrus. El techo abovedado también se perdía en la oscuridad, aunque divisó una grieta estrecha en la parte superior. Las dos mitades que la componían permanecían unidas por un estrecho puente de piedra, y sus soportes naturales estaban envueltos en sombras. Una negrura interminable se extendía debajo. Una caída letal.

Ferrus soltó un bufido de desprecio ante semejante insulto.

Siguió la senda de piedra con la mirada y recorrió la trayectoria serpenteante a través de la oscuridad hasta que llegó a un altiplano más ancho. Desde allí partía una escalera de peldaños estrechos y empinados.

Antes de que se diera cuenta, Ferrus estaba al pie de esa escalera mirando hacia arriba.

Unas estatuas monolíticas se alineaban a lo largo del ascenso, como las que había visto en la primera caverna, sólo que éstas eran mucho, mucho más grandes. Todas ellas mostraban túnicas de aspecto noble y tenían las manos cruzadas sobre el pecho, con los dedos entrelazados para formar el signo del aquila. Sólo las caras los diferenciaban. Unas máscaras totémicas ocultaban su verdadero carácter, o quizá lo revelaban. Ferrus tuvo la sensación de que ambas posibilidades eran ciertas.

Su mirada plateada se vio atraída por una de ellas cuando puso el pie en el primer peldaño. Su cuero cabelludo lo formaban serpientes enroscadas sobre sí mismas, como la Gorgona del antiguo mito de Mykenas. Alargó una mano, aunque la estatua se encontraba demasiado lejos como para que pudiera tocarla.

Otra tenía el aspecto esquelético de la propia Muerte. Iba encapuchada y empuñaba una guadaña que se apoyaba en su frente huesuda. El rostro de la tercera estaba partido por la mitad, como el Jano de las antiguas leyendas de romanii. Dos máscaras, y no una sola, miraban al primarca. Sin embargo, era un error muy común

pensar que Jano sólo tenía dos caras, ya que tenía muchas.

Ferrus vio la efigie de un mastín enorme con la boca abierta en un rugido, y sintió que su ira aumentaba al pasar al lado de la estatua.

Detrás de ésta se veía un dragón con una cresta de llamas rugientes. Un caballero heráldico se alzaba al lado de un gemelo mucho más siniestro; uno iba equipado con un escudo, el otro, con una maza.

Unas alas correosas se extendían a la espalda de otra de las estatuas. Era difícil diferenciar su máscara con aspecto de quiróptero de un rostro, que sugería una particular falta de humanidad.

Había más: un caballo con una crin de pelo largo agitada por el viento; una ave de presa; un rostro humano de apariencia noble con la cabeza adornada con una corona de laurel; un león con la cabeza tapada por una capucha…

En la avenida había veinte estatuas en total. Algunas le resultaban familiares, otras mucho menos, y no tenían el aspecto que él esperaba. Mostraban diferencias muy sutiles, incluso aberraciones que a Ferrus le parecieron inquietantes. Sólo había dos que le resultaban completamente desconocidas, ya que sus máscaras habían sido destrozadas a golpes de martillo hasta quedar borradas casi por completo.

Una, la última, se encontraba en el otro extremo de la escalera y tenía la mirada bajada hacia él. Ferrus levantó la vista para contemplarla mejor.

A diferencia de las otras, ésta tenía los brazos abiertos, como si fuera una invitación para que lo abrazase. Llevaba puesta una túnica, pero la talla del escultor mostraba que era de mayor calidad, más ostentosa. La máscara era hermosa, casi perfecta, de no haber sido por las rendijas oculares en ángulo y la ondulación de los pómulos falsos.

—Fulgrim…

No había querido pronunciar el nombre de su hermano en voz alta, pero al hacerlo, Ferrus reconoció al enorme titán que tenía delante de él.

Los recuerdos de Narodnya le volvieron a la mente en un torrente nostálgico, pero también había amargura en ellos, incluso burla. ¿Esta sonriendo la estatua? La máscara no parecía haber cambiado, pero se veía una levísima curva en las comisuras de los labios. El deseo de administrar un castigo justo hizo que las manos plateadas se cerraran por voluntad propia hasta formar puños. Ese sentimiento se apoderó de él sin razón, sin motivo aparente alguno, pero le provocó tal ira, tal sensación de haber sido… ¿traicionado?

Ferrus sacudió la cabeza, igual que si quisiera despejarse de un mal sueño que todavía flotara en su interior.

«Más brujerías», pensó con rabia. Decidió que causaría un dolor especial a sus acosadores alienígenas, y en ese momento la sombra sibilante regresó.

Esta vez no fue tan obvio. Llegó envuelta en la brisa, o por la abertura dejada por las viejas piedras que se asentaban en sus cimientos. Había algo más, algo que sólo un ser como él podría ser capaz de captar, algo entrelazado a lo largo de las distintas capas del susurro. El significado era difícil de descifrar debido a los incongruentes elementos en colisión codificados en la cadencia sibilante de la sombra.

Era una palabra o una frase, algo que se mantenía como un enigma, al menos de forma momentánea.

El cazador estaba a su espalda. Ferrus oyó el sonido rasposo de sus escamas al rozar con los peldaños inferiores. La zona estaba completamente envuelta en las sombras, por lo que no podía ver nada, pero estaba allí abajo. Ferrus se lo imaginó esperando, con el cuerpo elevándose y bajando con lentitud, la lengua captando en el aire su olor y su sabor. Se trataba de un cazador paciente pero veloz. Atacaría cuando llegara el momento apropiado, cuando su presa no fuera consciente de su presencia.

—Yo también puedo ser muy paciente, mi hostil viajero —dijo en voz baja, y se sorprendió de la calma que sentía.

Ferrus suspiró con cierto pesar. Quizá se le estaba contagiando parte del pragmatismo de su hermano Vulkan.

La escalera seguía, y él no tenía tiempo que perder. Tampoco quería perderlo. La muerte acechaba en aquel lugar. Lo sentía en la frialdad del aire y en la lenta osificación de sus propios huesos. Si se quedaba demasiado tiempo, la muerte lo encontraría.

Ferrus subió con rapidez los peldaños que quedaban, y mientras lo hacía se esforzó por sacarse de la cabeza la imagen de Fulgrim, el modo en que la estatua le había hecho pensar en una traición y en el cazador que le seguía los pasos. Fue entonces cuando se dio cuenta de que no había caído en ninguna sima.

No estaba en el desierto.

No era el mismo lugar, era «otro» lugar.

—¿Qué es eso, Tarkan?

Santar y Desaan estaban junto al francotirador y otros dos guerreros le la Décima. Los hermanos de batalla de Tarkan se mantenían en silencio, y apuntaban hacia el suelo sus bólters con mira telescópica.

El francotirador se encontraba en cuclillas, y señaló con un dedo una marca en el suelo arenoso.

—Un rastro —le explicó, y recorrió el perfil de la marca—. Esto.

—Una pisada —apuntó Desaan, quien pasó la huella por todos los espectros de su visor.

Para el ojo inexperto, no era más que otra ondulación en la arena del desierto.

—Varias —lo corrigió Tarkan a la vez que señalaba una serie de marcas que

precedían a la primera—. El rastro se acaba aquí —añadió al mismo tiempo que levantaba la vista hacia Santar.

Las lentes del francotirador tenían un aspecto frío y preciso, lo mismo que su puntería. Su ojo biónico chasqueó y zumbó a medida que se reajustaba.

—¿Dónde comienza el rastro? —quiso saber Santar mientras intentaba seguir con la mirada las huellas hasta su punto de origen.

—Calculo que en el valle desértico.

—¿Son las huellas de nuestro padre?

Tarkan asintió con lentitud.

La huella de bota que habían descubierto era grande y profunda. Sólo debido a ese tamaño y a su peso la arena no se había movido para quedar más allá de la capacidad de reconocimiento del veterano francotirador.

—Fíjense en la profundidad de la parte de los dedos —les señaló Tarkan, quien desenvainó su cuchillo de combate para explicarlo mejor. Clavó la punta monomolecular centelleante en el extremo de la huella.

—Estaba corriendo —dijo Desaan.

Santar frunció el entrecejo y miró hacia el horizonte abrasado por el sol, como si esperase encontrar allí la respuesta al enigma.

—Pero ¿por qué corría?

—¿O hacia dónde corría? —sugirió Desaan.

No había sangre, ni marcas de quemaduras, ni pruebas de que se hubiera producido un combate. El rastro simplemente se desvanecía.

Santar frunció el entrecejo de nuevo, descontento con aquella situación.

—Buen trabajo, hermano Tarkan —le dijo, al mismo tiempo que se daba la vuelta.

Desaan se quedó desconcertado.

—¿No vamos a seguir buscándolo?

—No tiene sentido hacerlo —le contestó Santar—. Donde quiera que esté lord Manus, no podemos llegar hasta él, y Meduson nos necesita.

Desaan respondió en voz baja para que sólo lo oyera Santar.

—No podemos abandonarlo, hermano.

El primer capitán se detuvo para mirarlos a todos. Tarkan ya se había puesto de nuevo en pie.

—La posibilidad de elegir es un lujo que ahora mismo no nos podemos permitir, Vaakal. Todavía tenemos una batalla que librar. Al menos, a ese respecto sí que podemos hacer algo.

Desaan admitió a regañadientes que tenía razón. Lógicamente, poco más podía hacer. Ninguno de ellos podía.

Los cincuenta legionarios siguieron a las unidades del ejército y salieron del valle

desértico dejando a su primarca en manos de su propio destino.

Un pájaro. No, no era simplemente un pájaro, sino una enorme bestia alada que había perdido hacía ya mucho tiempo su magnífico aspecto. Tenía el tamaño y la envergadura de una cañonera, pero los inmensos músculos se habían atrofiado casi por completo. Las alas que antaño quizá habían sido doradas estaban sucias y rotas. El pellejo le colgaba del cuerpo igual que una túnica emplumada que le quedara demasiado grande. Los huesos le sobresalían como un montón de inflamaciones de feo aspecto. Era un pájaro carroñero, cuya última comida no era más que un recuerdo lejano.

Los mitos narraban muchos relatos sobre los grifos, las cocatrices y las arpías. Si había que creerse lo que contaban los bardos y los trovadores, civilizaciones enteras habían quedado arrasadas por aquellas bestias. Incluso en aquel estado de debilidad, ese monstruo sería capaz de matarlos a todos con facilidad. Ferrus caminó con más lentitud mientras se acercaba a la criatura.

«Vas a descubrir que soy una comida difícil de tragar», le prometió en silencio sin dejar de caminar hacia el remate de la escalera.

Al subir los últimos peldaños se dio cuenta de que no era un pájaro, sino dos, y que no eran pájaros carroñeros. Era una pareja de águilas, aunque enflaquecidas y consumidas. Cada una de ellas lo miraba con curiosidad, pero con sólo un ojo, ya que el otro lo tenían cegado por alguna desgracia que les había acontecido. Parecían poseer una presciencia a la que el primarca no tenía acceso.

Cuando alargó la mano hacia ellas, ambas lanzaron un chillido quejumbroso, un sonido desgarrador y agudo. El Gorgón echó una mano atrás para empuñar a *Rompeforjas*, pero no llegó a tocar la empuñadura del arma, ya que se dio cuenta de que las dos águilas no tenían intención de atacarlo. En vez de eso, las aves desplegaron sus grandes alas antaño majestuosas y salieron volando.

Habría sido una pena matarlas, aunque quizá eso habría acortado su sufrimiento, lo que habría sido un acto piadoso. Ferrus se sorprendió de lo agradecido que se sentía por no haber atacado a las aves, y siguió el vuelo de la primera mientras se elevaba hacia la oscuridad abovedada de la caverna. Al llegar a la grieta del techo, desapareció. El primarca sintió envidia de sus alas, a pesar de lo decrépitas y maltrechas que estaban. Incluso en el estado en que se encontraban, la habían llevado hasta la luz dorada.

Sus hijos estaban allí arriba, separados por esa grieta dorada de su padre, que permanecía en el vientre del planeta. La sombra del águila se mantuvo allí durante unos momentos, y a Ferrus le pareció que casi podía alargar una mano y tocarla…

La otra águila voló adentrándose en las profundidades de la caverna. Ferrus se dio cuenta de que se había equivocado: las dos aves no eran idénticas. Mientras que la

primera daba la impresión de ser sabía y austera, la segunda ave de presa tenía una apariencia más noble, incluso con aquel aspecto decadente.

«Parece desafiante. Me parece incluso familiar», pensó el primarca.

El ave atravesó planeando un portal abierto en la pared de piedra de la caverna. La arcada tenía un aire militar que recordaba a una cultura civilizada por su tono arquitectónico, semejante al viejo imperio de los antiguos romanii. Conducía a otra cámara iluminada por un firmamento de estrellas.

—Más piedra fría —pensó en voz alta al fijarse en los riscos de granito oscuro.

Ferrus se sintió frustrado por la impotencia que lo invadió, y comenzó a pensar que se encontraba recorriendo un camino sin final, que las distancias no significaban nada en aquel laberinto.

No tenía sentido luchar contra aquello a lo que no podía vencer. Aunque iba contra todos sus instintos, Ferrus se rindió ante el destino. De momento. Llegaría al final de su camino cuando lo considerase conveniente aquel que lo había atrapado, fuera quien fuese ese alguien.

Entonces aplastaría a ese ser con toda la furia de Medusa.

Fuera lo que fuese aquello que se escondía en el centro del laberinto, no era un monstruo invencible.

«He matado a gigantes de hielo, he matado a dragones de hielo con mis propias manos. Si atrapas a un gorgón, no sabes el peligro que corres…», se dijo a sí mismo.

Las constelaciones celestiales que iluminaban la galería que llevaba a la siguiente cámara no la formaban estrellas. Grupos de piedras preciosas salpicaban las paredes y centelleaban bajo la luz ambiental. No había nada excepcional en el umbral, ya que sólo eran rocas con vetas de diamante. Le llegó el sonido de un aleteo lánguido como un eco lejano que resonó en sus oídos. Puesto que no podía volar, Ferrus siguió a pie a la segunda águila hacia las profundidades de la oscuridad estrellada.

Ferrus captó el olor a carne muerta y a frío. Notó la punzada de un sabor metálico en la lengua.

La rozadura alrededor del cuello comenzó a escocerle.

El aliento de una serpiente siseó en la brisa.

Su hostil compañero de viaje había vuelto.

«¿Vas a venir a por mí esta vez?».

Ferrus sacó a *Rompeforjas* y empuñó el arma con una mano, aunque sin adoptar una posición de guardia. El martillo zumbó impaciente.

«Voy a partirte la cabeza como si fuera un huevo, monstruo».

La serpiente se mantuvo a distancia, justo en el borde de su consciencia. Sabía que el primarca no se lanzaría a la oscuridad para atacarla de un modo alocado. Ferrus tenía que esperar. Era algo exasperante, y la criatura lo sabía. Aparte de

sacarlo de quicio, tenía otro motivo para retrasar todo lo posible el enfrentamiento. Quería que antes viera algo, algo que había creado para el primarca.

La luz de las falsas estrellas se apagó en la parte posterior de la caverna como si alguien hubiera bajado una serie de lienzos de tela negra para ocultarlas. Ferrus se quedó de pie en el borde, a punto de entrar en un reino de sombras. Incluso su silueta, recortada por la luz cristalina, parecía empequeñecida en aquel lugar.

Y entonces, todo cambió.

La oscuridad se separó igual que un velo.

Una por una, el resto de las gemas se apagaron. Un brillo rojizo lo invadió todo, como si delante de una lente hubieran cortado una arteria y la hubiera cubierto de sangre. Ante él apareció una escena propia de un matadero, y Ferrus torció el gesto ante lo desagradable de la imagen.

El aire quedó saturado del olor a sangre y cargado de un regusto amargo. Formó costras oscuras en las esquinas del suelo de losas de piedra y subió por las paredes húmedas como si fuera una enfermedad micótica. Las superficies de color blanco porcelana del lugar quedaron cubiertas de manchas, donde las manos y los pies habían resbalado con el fluido. Allí habían muerto hombres y mujeres, de rodillas, suplicando por sus vidas con la cuchilla del torturador apoyada en la garganta o en el vientre. Algunas paredes estaban repletas de cadenas con ganchos, cubiertas de trozos pegajosos, listas para recibir el siguiente festín de carne.

En la mente de Ferrus aparecieron cuchillas de carnicero, cuchillos despellejadores y sierras de amputar con pedazos de carne pegados, aunque ninguna de esas herramientas estaba a la vista.

Lo que sí se veía eran cabezas colgando del techo. Se balanceaban de tiras de tendones impulsadas por una leve brisa. Eran un centenar de cabezas decapitadas que se mecían con lentitud al mismo tiempo que giraban sobre sí mismas para revelar todo su horror. Los rostros estaban inmóviles en una serie de expresiones de angustia, algunos de ellos con las bocas abiertas de par en par en un grito silencioso. Otras tenían las mandíbulas apretadas por el dolor de la agonía.

Ferrus se rascó la irritación que tenía bajo la gorguera y notó de nuevo la sensación fantasmal del cuchillo del verdugo en una herida que jamás había recibido.

«O quizá, que todavía no he recibido…».

La idea le surgió de forma inconsciente, como si alguien se la hubiera implantado. Ferrus estaba demasiado conmocionado como para resistirse a ella.

Una revelación siguió a otra cuando por fin reconoció al guerrero en los rostros agonizantes de las cabezas que colgaban delante de él.

Torturado, desencajado por un dolor más allá de lo que sería capaz de resistir cualquier mortal, Ferrus jamás había contemplado algo tan terrible.

Todas las caras eran suyas.



FURIA DE HIERRO

Parecía tremendamente obvio. Sobresalía de la arena del desierto igual que un fragmento de hueso curvo. Cuando llegó al lugar de la batalla, Gabriel Santar se preguntó por qué habían tardado tanto tiempo en localizarlo.

Destruir los nodos y descomponer la organización del enemigo. Al igual que si intentaran comunicarse mediante un circuito interrumpido, la capacidad de los eldars para coordinar sus defensas se vería seriamente disminuida. Al destrozar los nodos, destrozaban al enemigo. Ésas eran las directrices que lord Manus les había dado tanto a su legión como a sus hermanos que libraban las demás batallas en Uno Cinco Cuatro Cuatro. Le suponía un agravio que el primarca no viera cómo su plan se llevaba a cabo con éxito.

Por ésa y por muchas otras razones deseaba con todas sus fuerzas que lord Manus hubiera estado presente.

Los morlocks, junto al pequeño grupo de francotiradores de Tarkan, se habían colocado en la vanguardia de una enorme columna de vehículos blindados del ejército. Lo que quedaba de las unidades de infantería, principalmente Maceros de Dogan y Korracts Veridianos, también habían avanzado con ellos, casi todos montados sobre los cascos de los tanques, agarrados a los rieles superiores o encaramados a las torretas de los vehículos de mayor tamaño. Algunos elementos mecanizados también habían conseguido sobrevivir a la travesía por el desierto, y junto a unos pocos Sentinels de exploración, transportaban los efectivos que quedaban de los Masonitas de Saavan.

Se trataba de una fuerza andrajosa, pero eran refuerzos a pesar de eso.

A juzgar por el punto muerto en que se encontraba la situación alrededor del nodo, habían llegado justo a tiempo.

El nodo era inmenso, y estaba rodeado por un escudo de energía centelleante que los guerreros de los Manos de Hierro se esforzaban por hacer caer. Santar no vio la fuente de esa energía, ni ninguna otra clase de objetivo que pudiesen atacar y neutralizar para derribar las defensas. Aquel campo lo generaban mediante algún modo que los legionarios desconocían.

Los proyectiles pesados detonaban al impactar y se convertían en grandes explosiones de color azul. El escudo se ondulaba y rielaba para dispersar la energía atacante por toda su superficie curvada.

Ruuman se negaba a reconocer el fracaso. Sus baterías de misiles y los cañones cuádruples de energía mantenían un ritmo de disparos incesante y llenaban el aire con el estruendo y el hedor de las descargas actínicas. Las nubes de los disparos de la artillería pesada bajaban como una niebla por la ladera donde el hierroforjado había desplegado a sus unidades y sobrevolaban las compañías de Meduson, que avanzaban por el terreno bajo.

Bion Henricos salió a recibir a Santar, y el sargento hizo un rápido saludo en cuanto vio al primer capitán.

Meduson estaba al mando de todas las unidades involucradas en la batalla, así que había puesto al fornido sargento al mando de la Décima de Hierro. Los guerreros de la unidad se mostraban impacientes por entrar en combate mientras la vanguardia de Meduson, con los morlocks a la cabeza, se esforzaba por abrir una brecha en el campo a varios cientos de metros de donde ellos se encontraban.

—¿Te vendrían bien las unidades del ejército? —le preguntó de viva voz el primer capitán antes de que Henricos tuviera tiempo de saludarlo.

No había tiempo para cortesías. De todos los mandos superiores de los Manos de Hierro, el sargento era el que tenía mayor empatía con los humanos. Santar sólo quería aprovecharlo, y quiso expresarlo con claridad con su comportamiento superficial.

Nadie dijo nada de la misión o del primarca. El sargento no tenía autoridad para preguntar directamente, pero miró brevemente a Desaan, que se encontraba un paso por detrás del primer capitán.

Desaan debió de hacer un leve movimiento negativo con la cabeza, porque Henricos se envaró con una expresión de rabia y contrariedad, pero recuperó casi de inmediato su actitud pragmática. El primer capitán tuvo que reconocer la valía del sargento mientras éste valoraba la columna que acababa de llegar.

—Poco menos de quince mil soldados y sesenta y tres vehículos operativos —comentó Henricos—. Sí, mi señor, creo que me vendrán bien estas unidades.

Santar hizo un gesto de asentimiento.

—Bien. Están destrozados, hermano sargento —le advirtió.

—Están listos para luchar —le replicó Henricos.

Santar sonrió bajo su casco de combate antes de contestar.

—Sin duda. —Le gustaba el espíritu inquebrantable de Henricos—. ¿Dónde está el capitán Meduson?

A lo largo de la línea de batalla retumbaban las devastadoras descargas de los cañones de plasma y las plataformas artilleras del tipo Tarántula. Los disparos ensordecían las filas de retaguardia con relámpagos y truenos. Henricos esperó unos instantes para que se apagara el resplandor de las andanadas antes de señalar hacia el nordeste, donde se encontraba desplegado el oficial al mando.

Santar divisó a Meduson y a su escolta, pero su mirada se centró más en el escudo después de que se dispersara el humo provocado por las explosiones de los disparos de plasma y los proyectiles pesados. Esperaba encontrar una grieta en el escudo eldar, aunque sólo fuese una fisura. Nada. El escudo resistía intacto.

—Ha sido así a lo largo de la última hora —le informó Henricos.

Santar gruñó con disgusto.

—Que la artillería pesada del ejército empiece a disparar cuanto antes. Quiero oírla en la primera línea mientras estoy al lado de ese escudo de energía.

—Le abriremos un agujero para que pueda pasar, mi señor.

—Procura hacerlo. La carne es débil, pero esos tanques son de acero —le recordó a Henricos.

Santar no se entretuvo. Se dirigió hacia el puesto de mando de Meduson.

—Desaan, ven conmigo —gruñó mientras contempló una vez más la inutilidad de las andanadas que llovían sobre el escudo.

—Su resistencia es tremenda —le informó el capitán de la Décima de Hierro mientras Santar se le acercaba.

—Pareces sorprendido.

Meduson tenía una placa hololítica en la mano biónica, con la que estaba comprobando el despliegue táctico de sus fuerzas. Las unidades pesadas proporcionaban apoyo desde larga distancia, mientras que tres cuñas de guerreros de los Manos de Hierro procedentes de la Decimoséptima, Trigésimo Cuarta y la Vigésimo Séptima compañías de clan mantenían un asalto continuo contras las posiciones atrincheradas de los eldars. Santar reconoció los emblemas de los clanes Vorganan, Burkhar y Felg, que combatían sin descanso en la línea del frente.

Sabía que en el centro de la línea, donde el bombardeo era más feroz, se encontraría el clan Avernii, sus morlocks. A juzgar por la representación estática de la compañía de veteranos, también ellos habían llegado a un punto muerto. Ningún guerrero de los Manos de Hierro había conseguido todavía acercarse a la pared del escudo propiamente dicha.

Las fuerzas eldars desplegadas delante de la muralla de energía actuaban como un

rompeolas. Eran numerosas, pero también se estaban retirando detrás del escudo.

La reserva de los Manos de Hierro la constituían los guerreros del clan Sorrgol, de la Décima de Hierro, de la propia sangre de Meduson, además de los clanes Kadoran, Lokopt y Ungavarr, que descargaban una tormenta de fuego desde las posiciones elevadas. Incluso con toda aquella potencia de combate a su disposición, los Manos de Hierro no conseguían romper el cordón eldar.

Unos quinientos metros por delante de él, las versiones de hierro y carne del ejército de Meduson estaban librando el verdadero combate.

Las filas de legionarios cargaban de un modo implacable contra el enemigo, y sus bólters no dejaban de disparar incesantes salvas. Meduson había desplegado pequeñas unidades con rayos de conversión y cañones gravitones entre el grueso de los batallones. Se las identificaba con facilidad por los destellos esporádicos de sus armas y por las brillantes lanzas de energía. Sin embargo, el enemigo se mantuvo decidido en sus posiciones.

—Son más duros de roer de lo que me esperaba —admitió Meduson.

Varias marcas de quemaduras le ennegrecían la armadura, lo que indicaba que había intentado asaltar las posiciones defensivas eldars y que el ataque se había visto rechazado.

—¿Pensabas que se iban a rendir con facilidad, hermano capitán?

Meduson hizo un gesto nervioso con la cabeza cuando se dio cuenta de que el primarca no se encontraba con Santar.

—¿Y el Gorgón? —preguntó, aunque su tono de voz sugería que no estaba seguro de querer saber la respuesta.

—Desaparecido.

—¿Cuándo volverá?

No quiso sugerir nada sobre la posible muerte del primarca, ya que algo así era impensable e insoportable. Sin embargo, la sombra de esa posibilidad pasó sobre el rostro de Meduson igual que una nube oscura.

—¿Volverá? —susurró con voz rasposa, y los puños se le cerraron de forma involuntaria cuando una furia vengativa se apoderó de él.

—No hemos conseguido encontrarlo —fue la respuesta de Santar, que no tenía ninguna otra.

—Se pondrá furioso cuando vuelva.

Santar señaló con un gesto la placa de datos y las lentas maniobras de avance de las fuerzas que aparecían en ella.

—Eso me gustaría verlo.

—Están completamente acorralados —declaró Meduson.

Las fuerzas de reserva de los Manos de Hierro estaban rodeando el nodo y a sus guardianes conviniéndose en un anillo de ceramita negra.

—Asediar al enemigo no es nuestra forma de atravesar sus líneas, ¿verdad, Shadrak?

Meduson sonrió con ferocidad.

—No, mi primer capitán. No lo es.

—Se aferran con tenacidad a algo.

—Suena como si los admirarais.

Santar no apartó la vista en ningún momento de la pantalla de la placa de datos sin dejar de pensar y de idear estrategias. Desde que el primarca lo había nombrado palafrenero, había aprendido mucho de Ferrus Manus. A menudo, Guilliman le hacía sombra al Gorgón como estratega, pero lo cierto era que lord Manus era un táctico tan bueno como el primarca de los Ultramarines. Otros proclamaban que su único defecto era que su decisión y firmeza a veces le hacían ser corto de miras. Aunque jamás lo expresaría en voz alta, Santar creía que Ferrus tampoco tenía la paciencia del Rey Guerrero para practicar con interminables escenarios tácticos posibles.

—¿Admirarlos? No —le respondió Santar con total certidumbre—. Quiero entenderlos mejor para ser capaz de destruirlos. ¿Habéis conseguido abrir el escudo de energía en alguna ocasión?

—Ni siquiera hemos llegado todavía hasta el escudo. Esperaba que se rindieran en cuanto vieran nuestra evidente superioridad numérica, mi primer capitán. Sería lo lógico.

—Quizá no exista el concepto de lo inevitable en la cultura eldar.

El silencio de Meduson dejó claro que no entendía el comentario.

—¿Alguna sugerencia? —preguntó Santar.

—Golpearlos con más fuerza todavía y lanzar más guerreros contra sus defensas, hasta que se vengan abajo.

—Por suerte, he traído conmigo unos cuantos guerreros que están impacientes por reunirse con sus camaradas de clan.

Los morlocks se movieron impacientes a su espalda. Meduson les echó un rápido vistazo.

—Y ansiosos.

—La guerra no es un asunto sutil, Shadrak —afirmó Santar—. A veces, lo que tienes que hacer es empuñar un martillo más grande. Muéstrame dónde quieres que caiga el muro y nosotros te abriremos esa brecha.

—Me tranquiliza pensar que…

Meduson se calló y levantó una mano mientras prestaba atención a una serie de informes que le enviaban sus comandantes por el canal de comunicación para avisar de los avances o de los cambios de posición. Miró a Santar a los ojos cuando acabó.

—Supuse que tomaríais el mando al regresar, mi primer capitán. Ya he enviado

por el comunicador la disposición general de nuestras tropas a vuestra pantalla retinal.

—No es necesario —le contestó Santar—. Hermano, tienes la situación controlada. Quiero mancharme las garras con sangre alienígena.

Meduson se llevó el puño a la placa pectoral con un fuerte golpe, incapaz de contener el orgullo que sentía ante la confianza que el primer capitán tenía en él.

—Entonces, que vuestra furia caiga sobre este punto, mi señor.

Las palabras llegaron por el comunicador al mismo tiempo que se iluminaba un icono en su pantalla retinal. Las posiciones del resto de tropas se encontraban solapadas encima. Los morlocks estaban soportando el grueso de la lucha y atacaban en combate cuerpo a cuerpo las posiciones de los eldars. Era el punto donde las defensas eran más poderosas, donde los alienígenas llevaban las armaduras más gruesas y donde habían desplegado sus armas y plataformas artilleras más devastadoras.

Incluso desde lejos se veía que era un combate extremadamente encarnizado.

Santar no hizo caso del caldero bullente en el que estaba a punto de meterse y estudió con atención el lejano escudo como si fuera capaz de descubrir una debilidad simplemente con mirarlo.

—Hermano, ¿qué profundidad crees que tiene?

Meduson siguió la línea de visión del primer capitán y sonrió al darse cuenta de lo que estaba sugiriendo.

Santar se llevó un dedo a la gorguera para abrir un canal de comunicación.

—Hierroforjado.

La voz de Ruuman le llegó entre dos andanadas de artillería pesada.

—Necesito que hagas algo para mí… —le dijo Santar, y le contó su plan.

—Sois el martillo —declaró Meduson cuando el primer capitán cerró la comunicación.

Las garras relámpago de Santar surgieron de las fundas de los guanteletes y las hojas de las cuchillas se cargaron de energía.

—Pues entonces, ha llegado el momento de blandir y de golpear.

Con una arrogancia deliberadamente visible y arrolladora, Santar atravesó las líneas de los Manos de Hierro, quienes se apartaron para dejarle paso a él y a su grupo de morlocks. Dejó sujeto el casco de combare a la placa de la muslera. Era más vulnerable al no llevarlo puesto, pero los guerreros que lo rodeaban necesitaban verle la cara. Sin el primarca, sobre él recaía la responsabilidad de inspirarlos.

Ocultó tras la máscara el deseo que lo embargaba de luchar junto a su señor. No recordaba haber combatido sin estar él a su lado.

Alzó un puño de hierro en dirección a los morlocks y lanzó un rugido.

—¡Hierro y muerte!

Una voz insistente en su fuero interno no dejó de entrometerse en la agresividad de Santar, aunque el coro de vítores aullantes de sus subordinados fuese difícil de pasar por alto.

«Padre, ¿dónde estás?».

Ferrus torció la boca en un gesto de rabia.

—Trucos baratos —declaró con sequedad, aunque ninguna de las cabezas que colgaban del techo del matadero pareció oírlo.

La muerte no inquietaba al Gorgón, ni siquiera la posibilidad de su propia muerte. Mucho tiempo antes, en las desoladas tierras baldías de Medusa, había llegado a aceptar lo inevitable que era su mortalidad. Viviría mucho más que la mayoría, quizá incluso milenios, ya que, ¿quién era capaz de determinar dónde se encontraban los límites de la ciencia genética del Emperador? Sin embargo, era un guerrero, y los guerreros solían encontrar su fin en el filo de una espada. Ferrus tenía la esperanza de que su muerte fuera gloriosa. También tenía la esperanza de que algún día llegaría la paz, pero sin guerra, se preguntaba cuáles serían entonces su propósito y su cometido.

La rabia se convirtió en desprecio, y Ferrus frunció los labios en un gesto de desdén hacia las cabezas colgadas que pretendían presagiar su muerte. Henchido de una justa indignación, tuvo que resistir el impulso de destruir todos y cada uno de aquellos cráneos.

A pesar de que ya no brillaba la iluminación centelleante de las gemas, todavía había luz suficiente para ver, aunque fuese una luz carmesí y palpitante como una vena. Los cráneos estaban lo suficientemente apartados entre sí como para poder pasar a través de ellos sin tocarlos. Una de las cabezas giró sobre sí misma empujada por la brisa hasta que la cara quedó a la altura de su propio rostro.

Ferrus le sonrió a su doble cadavérico, aunque con ojos entrecerrados y fríos.

—Yo sería un cadáver más hermoso —dijo.

Aquello le sonó como algo que hubiera podido decir Fulgrim. Al pensar en su hermano, el oído del primarca captó de nuevo un sonido que reconoció, el ruido sibilante que lo seguía.

El cazador había regresado. En realidad, lo más probable era que en ningún momento hubiera dejado de seguirlo. Ferrus concentró toda su atención en aquello, ya que esa amenaza sí era verdadera, y estaba cerca. Se encontraba en la misma estancia que él, reptando a su altura, siguiendo todos sus pasos.

—Sal a la luz, cobarde —gruñó—. Me gustaría contemplar al enemigo que quiere verme muerto cien veces. Querría hacerle ver que está equivocado, aunque tú sólo

sufrirías una muerte.

El enemigo invisible no le respondió.

Ferrus siguió caminando.

A mitad de camino de aquel matadero lúgubre, las cabezas colgaban tan juntas que Ferrus no tendría más remedio que apartarlas para poder pasar.

Empuñó a *Rompeforjas* como si fuera una pica para mover ganado y empujó con cuidado una de las cabezas para apartarla de su camino. De los labios muertos escapó un gemido bajo. Una segunda cabeza se unió al gemido, y luego una tercera, y una cuarta. Unos instantes después, como una epidemia repentina y terrorífica, todas las cabezas podridas comenzaron a sumarse a aquel coro lúgubre.

Estaban vivas. Sacados de su infierno, aquellos espíritus encarnados en las cabezas de Ferrus Manus habían regresado para acosarlo. El asco, la rabia y la incredulidad inundaron al primarca, quien retrocedió esperándose un ataque. Un cráneo le tocó el cuello. Unos labios resecos le rozaron la piel como un beso suave. Se apartó casi de un salto y se estrelló contra otra cabeza. El pómulo del cráneo quedó destrozado por el impacto, y una lluvia de fragmentos de hueso cayó al suelo. Un diente se le hincó en la hombrera y se quedó allí clavado. Ferrus se lo arrancó y soltó un gruñido cuando el gemido se convirtió en un lamento. El sonido era acusador, grave.

«Tú nos has hecho esto…».

«Nos has condenado a este destino…».

«¡Estamos en el limbo por tu culpa!».

Ferrus cerró los puños y apretó la mandíbula.

—¡Callaos! —masculló.

La furia lo dominó y giró sobre sí mismo hasta colocar a *Rompeforjas* delante de él.

«Los muertos deberían permanecer muertos…».

Aquella situación tan vil no hacía más que confirmar la debilidad de la carne y su corrupción inevitable. El hecho de que fuera su propio rostro no representó diferencia alguna para el Gorgón. Antes se había contenido, había permitido que la templanza lo contuviera, pero había llegado el momento de destrozar todos y cada uno de aquellos objetos hasta convertirlos en polvo y recuerdos.

Un relámpago plateado centelleó en la oscuridad, y la luz del matadero fluyó sobre aquello igual que sangre congelada…

El golpe de Ferrus no llegó a caer.

Un fuego infernal le recorrió rugiente la espina dorsal y casi le hizo doblarse sobre sí mismo. Las placas de la armadura se agrietaron ante las repentinas y violentas convulsiones que sacudieron al primarca. Se resquebrajaron igual que el metal al rojo vivo que se enfría con demasiada rapidez. Un dolor capaz de matar a un

centenar de humanos normales le inundó las venas y casi lo dejó inmovilizado. Ferrus cayó de rodillas sobre una pierna, dolorido. Escupió un chorro de sangre y flema en el suelo, y se dejó llevar por la rabia para combatir aquel envenenamiento. Una capa plateada y translúcida refrescó el ardor que sentía en la herida, algo milagroso pero que no se la llegó a curar, y el primarca se irguió. Ferrus tenía una mano cerrada alrededor de la muñeca de la otra. Notó bajo los dedos de metal que palpitaba, lo que le indicó que estaba herido. Peor que eso: estaba debilitado. Había perdido a *Rompeforjas*, que se le había escapado de la mano entumecida y había caído repiqueteando al suelo.

Levantó la mano con cuidado, igual que si estuviera a punto de mirar debajo de unas vendas colocadas en mitad del campo de batalla. Lo que esperaba ver era una gangrena. En vez de eso descubrió dos heridas punzantes, profundas y anchas, como las provocadas por una herida de daga que le atravesaban la inviolable piel metálica. Las heridas burbujeaban rebosantes de veneno, y Ferrus contempló incrédulo como el metal vivo se corroía ante sus propios ojos. Apartó la otra mano de golpe, como si le hubiera picado algo, por temor a que aquello se le contagiase a la otra extremidad. Bajo la plata sangrante quedó a la vista una piel quemada y cubierta de ampollas, y al hacerlo le sobrevino un recuerdo…

De pie en el borde del abismo de lava, con la bestia alzándose por encima de él.

El aliento de frío y de sulfuro.

Las manos en carne viva y sangrantes, pero con la fuerza suficiente como para partir yunques.

La bestia se estaba debilitando. La batalla que habían librado le había costado cara.

La plata fundida sobre sus costados reflejaba el brillo del magma y el aire se distorsionaba por el calor.

Era una criatura magnífica, impresionante.

A pesar de ello, la mataría, y su dominio quedaría demostrado más allá de toda duda.

Soy más fuerte.

La bestia tenía los colmillos a la vista y una canción de furia en los labios.

Lo demostraría.

Encontraría el modo de atravesar aquella carne milagrosa y matarla.

El magma lo llamaba. Su forja.

Allí se creaban y destruían armas.

Demostraré que soy más fuerte.

Tengo que hacerlo, porque si no, ¿en qué me convierte eso?

El recuerdo se disipó, vago y borroso. El mito y la realidad se entretejían formando un único relato que lo dejó preguntándose sobre la verdad de sus propios

orígenes. La distracción fue momentánea. La necesidad de sobrevivir y sus instintos guerreros se impusieron. En vez de ponerse a buscar a *Rompeforjas*, Ferrus desenvainó la espada que llevaba al cinto. Era un arma de hoja ancha con un filo mortífero. El brazo herido, adormecido por el poder del veneno, se le quedó colgando del costado. Ferrus empuñó la espada con la mano izquierda y adoptó una postura de combate antes de aferrarla con más fuerza todavía y abrirse una herida en la muñeca para que saliera el veneno. Un fluido ardiente de color amarillo salmuera se derramó supurante igual que un ácido sobre la mano enrojecida para luego caer goteante a lo largo de los dedos ensangrentados. El dolor disminuyó, lo mismo que el clamor en su cráneo, que se asemejaba a la sensación provocada por los golpes de una docena de puños protegidos por guanteletes.

«Como si me cortaran la cabeza y me la separaran de los hombros…».

Ferrus hizo caso omiso de los lamentos quejumbrosos de las cabezas y se negó a escuchar el balbuceo repiqueteante de su propia voz repetida un centenar de veces. En vez de eso, buscó entre las sombras. Se volvió con rapidez cuando captó con el rabillo del ojo un destello plateado. Brilló con el apremio de una baliza de advertencia.

Unos reflejos sobrenaturales lo salvaron de ser herido de nuevo. Lanzó un tajo con la espada, pero la criatura era veloz más allá de lo increíble y se escapó del ataque enfurecido del primarca.

Era una bestia serpentina, pero no se parecía a ninguna serpiente que el primarca hubiera visto jamás. Tenía escamas plateadas, y le recordó el engendro de una criatura contra el que se había enfrentado hacía ya mucho tiempo. En aquel entonces, las estrellas no eran más que esquirlas de granito en un cielo oscuro, cuando sólo existían Medusa y la interminable noche ártica. Apenas entrevió la forma de la criatura, absorbida por las sombras, pero aquel vistazo fugaz le reveló algo que le resultó familiar.

«Quizá ya nos hayamos visto antes…».

El chasquido de una cola hizo que el Gorgón girara sobre sí mismo y lanzara otro mandoble, pero sólo cortó el aire. Se notaba más lento. A pesar de haberse sacado ya el veneno, el dolor de la herida le había subido por el brazo hasta llegarle al cuello. El escozor fantasmal que había sentido alrededor del cuello desde que llegó a aquel desierto le ardió al rojo blanco.

Ya fuese real o imaginada, aquella criatura era capaz de hacerle daño. La habían sacado de algún abismo de la Vieja Noche y se había manifestado en aquel mundo subterráneo con la intención de acabar con él. Sus carceleros conocían su pasado, sus miedos y sus deseos más profundos, y le habían acosado con visiones de un futuro imaginario. Tiraron de las hebras del destino todavía sin cumplir y observaron las vibraciones resonar a través del comportamiento del primarca.

Ferrus sabía que no podía ceder.

El delirio había comenzado a afectarle los sentidos a medida que el veneno que el monstruo le había inyectado cumplía su cometido.

«Resiste».

La palabra actuó como un anclaje. Si perdía aquello, quedaría a la deriva sobre un interminable mar del caos.

El siseo del metal viviente que se escurría de su mano para salpicar el suelo hizo que el primarca se recuperara un poco. Sacudió con fuerza la cabeza para apartar de sí lo peor de la neblina que amenazaba en los límites de su capacidad de visión.

Basilisco, quimera, hidra… Esos demonios tenían nombres y formas. La criatura no era una de ellas, pero era poderosa. Tenía que serlo para poder deshacer lo que se suponía que era incorruptible.

«¿No hay nada incorruptible?».

¿Qué eran los gigantes y los dragones de hielo comparados con aquello?

Ferrus apartó aquellos pensamientos indignos de su cabeza al darse cuenta de que se los estaban introduciendo en la mente. El núcleo ardiente que burbujeaba bajo su frío exterior empezó a liberarse. Empuñó con más firmeza la espada, y las correas de cuero que envolvían la empuñadura se agrietaron.

El arma se la había regalado Vulkan, y recordar a su hermano le dio fuerzas.

«La forjé para que encajara en tu mano, Ferrus. Es tu espada. Ya sé que no se puede comparar con *Rompeforjas*, pero espero que sea un arma digna. Me honrarás al portarla».

Ferrus le había dado la vuelta al arma en las manos. La mirada de sus ojos fríos recorrió la filigrana y los grabados, las gemas engastadas y la inscripción en el idioma de Nocturne. Los finos dientes de sierra eran afilados como diamantes, con el filo pulido con ácido. El metal con el que la había forjado era denso e inquebrantable.

Ferrus hizo caso omiso de la evidente belleza del objeto, pero reconoció de inmediato su tremendo valor como arma. Sin embargo, decidió ser rudo en vez de alabar la destreza como artesano forjador de su hermano.

«¿Para qué necesita tantos adornos? ¿Podré matar mejor a mis enemigos con tanta ornamentación?».

Ferrus le había dicho aquello con una sonrisa burlona, de la que en este preciso momento no se sintió muy orgulloso. Vulkan se había tomado el comentario con calma.

«Es un arma magnífica en la que el forjador ha invertido todo su orgullo artístico —admitió Vulkan—. Cuando desenvaino mi espada, quiero que mis enemigos sepan que se enfrentan al arma de un rey guerrero, y que la blande la mano de un rey guerrero».

«¿Aunque tú siempre prefieras blandir un martillo para crear que una espada para

destruir?», le había replicado Ferrus.

Vulkan le sonrió, y su gesto fue tan cálido como un flujo de magma.

«Los habitantes de Nocturne somos gente pragmática, hermano. Mientras sea necesario librar esta guerra, lucharé, pero espero que algún día podré dejar a un lado mi espada. —Sus ojos relampaguearon con fuego—. Hasta entonces, mantendré bien afilada mi arma».

Ferrus hizo un gesto de asentimiento y envainó la espada para luego enganchar la vaina al cinto.

«Quizá necesite un cuchillo —dijo con tono de broma al mismo tiempo que se llevaba una mano plateada al cráneo rapado—. Para las ocasiones en que los siervos no me rapen lo suficiente».

Los dos se echaron a reír. La risa del Gorgón era escandalosa y provocativa, mientras que la del Dragón era resonante y cálida. Ambos compartieron uno de aquellos escasos momentos de despreocupación hasta que la Cruzada los obligó a tomar caminos distintos. Hasta Uno Cinco Cuatro Cuatro.

El recuerdo de aquel día se desvaneció en el metal pulido de la hoja de la espada.

Ferrus había llamado al arma *Draken* en honor a su hermano. Necesitaba su filo en aquella situación, y se alegró de tener la espada en la mano.

Del mismo modo que la mayoría de las superficies de aquella especie de galería-mausoleo, las paredes de aquel matadero eran de obsidiana pulida. El negro se extendía hasta el infinito. Las cabezas se reflejaban en esa superficie, pero en el otro mundo todavía estaban cubiertas de músculo y carne. Las arterias cortadas todavía palpitaban sin dejar de chorrear sangre. El flujo le manchaba la frente, todavía tibia, todavía viva. El tajo estaba recién abierto y relució frente al cuello del verdadero Ferrus, quien tuvo que contener la repugnancia ante el espectáculo que se mostraba en la oscura sustancia cristalina. Se reían. Todas las cabezas decapitadas y ensangrentadas se estaban riendo. Se reían de él.

«¡Idiota!».

«¡Débil!».

«¡Hijo rechazado!».

El último insulto sí que lo afectó. Ferrus era un individuo extraordinaio, y en Medusa era el rey de reyes. Nadie podía igualarlo ni superarlo. Sin embargo, cuando su padre apareció y se lo llevó con los otros diecisiete hijos extraordinarios, se dio cuenta de cuál era su lugar. A diferencia de Vulkan, quien había aceptado su posición con alegría y humildad, Ferrus se enfureció. ¿Acaso no era él un igual entre sus hermanos? Cuando alguien contemplaba la gloria de Horus, la majestuosidad de Sanguinius o la solidez tenaz de Rogal Dorn, era fácil suponer que algunos hijos quedarían relegados mientras que los pocos elegidos ejecutarían los grandes planes que su padre tenía para la galaxia.

Ferrus quería ese protagonismo, quería ser igual que ellos. No se trataba de vanidad. Sólo quería que le reconocieran sus méritos. Toda su existencia hasta ese momento la había entregado a la búsqueda de la fuerza. No podía creer que todo lo que había hecho al respecto tuviese un fin secundario.

Ferrus era incapaz de creer que su padre lo hubiera sacado de una sombra para dejarlo metido en otra.

«Haré que te sientas orgulloso de mí, padre. Te demostraré lo que valgo».

—¡Ven a por mí ya! —gritó, pero nada respondió a su desafío.

La criatura lo atacaría desde las sombras y acabaría con él mediante un millar de cortes.

Una muerte innoble.

Ferrus no estaba dispuesto a aceptar algo así.

Pero la criatura era muy veloz. Todavía no había conseguido asestarle ningún golpe, y lanzarle tajos alocadamente no lo llevaría a la victoria. El monstruo quería provocarlo, hacerle bajar la guardia y causarle una herida mortal.

Captó con el rabillo del ojo un movimiento repentino, y siguió empuñando la espada en una postura defensiva, con la hoja paralela al suelo y la punta lo más alejada posible de su cuerpo.

Era difícil no entregarse a la violencia. Toda su vida estaba dedicada a violencia.

La rabia le martilleaba los oídos como un repique de campanas. Se concentró, y el estruendo se redujo hasta quedar convertido en un rugido apagado. La criatura estaba cerca, aunque no dio señal alguna de su presencia. Ferrus tuvo la sensación de que, de algún modo, estaba conectado con ella, probablemente a través del mordisco y de los efectos nocivos de su veneno. Quería herirla por haberle hecho aquello, quería devolverle golpe y luego matarla. Las sucesivas oleadas de ira se estrellaban contra la barrera de su paciencia, a punto de desbordarla y pasar del pensamiento a la acción.

Recordó la forja y el solaz que encontraba en trabajar el metal. Era el único bálsamo para su ira, lo único que podía aplacar su furia volcánica. A pesar de su carácter iracundo, Ferrus conocía muy bien la paciencia, aunque a veces le parecía que era algo igual a tratar de atrapar el humo con las manos. A diferencia de Vulkan, le costaba ser paciente. Era una de las primeras lecciones para todos los herreros de forja: el templado del metal no se debía apresurar, el metal necesitaba tiempo, necesitaba esperar hasta que estuviera preparado. También lo haría él.

Vio a *Rompeforjas* en el suelo, pero resistió el impulso de intentar recuperar su martillo. La criatura quería que lo hiciera. Esperaba que intentara acercarse al arma.

La espada de Vulkan sería más que suficiente. Confiaba en la habilidad de forja de su hermano.

Debería habérselo dicho.

Ferrus cerró los ojos y se quedó a la escucha. Oyó un leve sonido rasposo y ahogado, casi tapado por el ruido ambiental. El siseo reptiliano de una serpiente.

«Ahora pondré el cebo en el anzuelo…».

Cegado era vulnerable.

Así que bajó la espada y dejó que el brazo le colgara paralelo al costado.

Escuchó con más atención todavía y procuró calmarse para que el corazón se le aquietara.

La cacofonía de los muertos disminuyó, la voz de la serpiente se intensificó y Ferrus captó dos palabras.

«Angel…».

Dolía pensar en ella, como si cargara con un poder que iba más allá de su sentido literal.

«… Exterminatus».

Las palabras estaban ocultas en los susurros de la criatura, envueltas dentro de la cadencia y el tono, igual que una nota secreta incluida en la sinfonía perfecta de un virtuoso.

Para él no significaba nada, pero sintió el peso de su importancia como si fuera algo físico.

—Y los cielos ardieron con su belleza refulgente…

Las palabras salieron de la boca de Ferrus sin que él ni siquiera hubiera pensado en ellas, como si pertenecieran a otro interlocutor que no tuviera la capacidad de articularlas.

En todo aquello había algo siniestro, algo maligno que se había infiltrado en el mundo subterráneo donde Ferrus estaba atrapado. Se preguntó si sus captores se habrían dado cuenta de eso.

No había tiempo para pensar más en ello, ya que hacerlo no serviría para nada.

Ferrus contuvo el aliento y oyó un chirrido metálico que anunciaba el ataque de la criatura y su lengua chasqueante. Confió en sus instintos y esperó hasta que la criatura casi se le había echado encima antes de lanzar un tajo. La piel escamada se abrió bajo el filo de la espada.

Abrió los ojos de golpe, como si fueran dos visores blindados, y lanzó otro mandoble. El ataque se vio recompensado por un gruñido de dolor. Al retirar a *Draken* de las sombras, vio que la hoja estaba cubierta de un fluido pegajoso. No era sangre, sino un icor espeso de color púrpura heliotropo cuya curiosidad lo mantenía pegado a la hoja.

Había herido a la criatura. El susurro se hizo más agudo, un choque entre el dolor y la rabia. El sonido de las escamas metálicas al rozar contra la piedra se desvaneció cuando el monstruo se retiró hacia la oscuridad. Ferrus no se movió durante bastantes minutos, atento a las posibles señales del regreso de la bestia. La herida del antebrazo

le palpitaba con una fuerza fétida, y el recubrimiento plateado había desaparecido casi por completo, lo que le había dejado la piel en carne viva y con un terrible dolor. Envainó la espada, alargó un brazo y cerró los dedos alrededor de la empuñadura de *Rompeforjas*, como si el arma y su propietario se hubieran buscado el uno al otro. Jamás le había parecido su martillo tan pesado y difícil de manejar.

—La carne es débil… —musitó, y luego maldijo en silencio la impotencia que sentía por no ser capaz de derrotar a las fuerzas que conspiraban contra él.

El recuerdo de la frase oculta en la voz de la serpiente lo asaltó.

«Angel Exterminatus».

También recordó la sensación de malignidad hostil que transmitía. Otra conciencia le había metido esas palabras en la cabeza. No le parecía una advertencia, como ocurría con la mayoría de las cosas que sucedían en aquel laberinto cristalino. Se trataba de una promesa, de una profecía.

Ferrus estaba demasiado débil como para desenredar aquel misterio. Un sudor febril se le pegó a la frente mientras daba trastabillando los últimos pasos para salir de aquel matadero y dirigirse a cualesquiera que fueran los horrores que lo esperaban al otro lado. Al desaparecer la serpiente, los cráneos dejaron de parlotear y volvieron a quedarse realmente muertos una vez más. La brisa se desvaneció hasta desaparecer del todo, por lo que también dejaron de balancearse, lo que hizo más fácil esquivarlos. Incluso los rasgos se parecían menos a los suyos y su aspecto era menos sobrecogedor. Ferrus se sintió impulsado por un pensamiento muy peculiar: debía seguir moviéndose, igual que un tiburón terrestre de Medusa. Detenerse era morir.

Logró dar tres pasos antes de desplomarse y de que la oscuridad se apoderara de él.

El aura fresca del santuario de huesos estaba cargada con la energía de la indignación.

—Te está afectando —le dijo el adivinador.

—No debería haber sido capaz de salir del camino óseo —le respondió el otro.

—Ten cuidado. Veo a Khaine apoderarse de tu estado de ánimo. Vuelve a la senda.

El otro todavía no estaba dispuesto a ceder.

—Mi furia tiene una base lógica. No debería morir todavía. Aquí no. No por esto.

El adivinador lo miró fijamente. Su mirada era contemplativa e insondable.

—Y sin embargo, su vida se encuentra amenazada. Si echas suficiente sangre en las aguas del destino, tarde o temprano aparecerán tiburones rondando a la presa.

—No debería estar aquí.

—Los caminos de huesos que recorremos no son seguros en absoluto. No lo han sido desde la Caída, y lo sabes muy bien. ¿De verdad te sorprende tanto que haya aparecido algo maligno?

El otro estuvo a punto de replicar, pero su estado de ánimo pasó de la cólera a la melancolía.

—¿Qué se puede hacer?

—Liberarlo y aceptar el fracaso.

—Estamos demasiado cerca para hacer eso.

El adivinador se reclinó contra un saliente de hueso curvado y entrelazó las manos sobre el regazo.

—En ese caso, debes dejar que el destino siga su curso y mantener la esperanza de que sea capaz de derrotar a aquello que has dejado que entre en la jaula.

Se produjo un silencio que el adivinador decidió no interrumpir, y se limitó a observar. El otro estaba disgustado, dominado por la emoción y la ambición frustrada. El adivinador no necesitaba la presciencia para saber lo que su compañero estaba a punto de preguntarle.

—¿Qué es lo que ves?

Emitía un aura de desesperación.

—Nada. Todo. Veo miles y miles de millones de futuros posibles. Algunos son diferentes en un grado tan infinitesimal que podrías pasar eones buscando la variación, y aun así no encontrarla.

—Eso no es una respuesta.

—Entonces te aconsejo que me hagas una pregunta más concreta.

—¿Morirá? ¿He fracasado?

—Sí y no.

—El significado de la respuesta es innecesariamente críptico.

—Estamos librando una guerra de destinos. Nosotros simplemente somos dos agentes en este conflicto. Por culpa de tu orgullo has permitido al Aniquilador Primordial… —El otro se tocó de inmediato la joya espiritual que llevaba colgando sobre el pecho al oír mencionar aquel nombre—, bueno, al menos a una parte de su esencia, que entre en tu trampa, y ahora está atrapado con la presa que buscabas. Caos sabe cómo nublar la senda del destino.

El otro se desplomó sobre su asiento de hueso. Empezaron a temblarle las manos cuando sintió que la protección y el anonimato que les ofrecía su santuario comenzaba a fragmentarse.

Un rostro angustiado alzó la vista hacia el adivinador. Sus ojos tenían una mirada hueca.

—¿Cuánto tiempo tardará en encontrarnos?

—Lo hará pronto.

Santar reconoció a los guerreros que atravesaban el centelleante escudo de energía.

Una masa de cuerpos eldars, los restos aplastados de lo que habían sido antes

entremezclados con los restos de las plataformas de armas, yacía a la espalda de los guerreros de los Manos de Hierro. Con Santar a la cabeza, se habían adentrado profundamente en las defensas enemigas y se encontraban a punto de asaltar el propio escudo. Brillaba delante de los morlocks como un sol de color azul. Santar casi notaba el regusto eléctrico en la lengua. El calor que desprendía le hizo desear taparse los ojos, pero resistió el impulso. Sólo quedaba un último obstáculo por superar.

Todavía tenían apariencia de espectros, pero ya no parecían tan incorpóreos como en la cuenca desértica. Con armaduras de color de hueso y empuñando las sibilantes espadas curvadas, los eldars habían enviado a sus mejores guerreros a través del escudo para atacarlos. Los aullidos infernales golpearon a los morlocks como si fueran una bola de demolición.

Santar gritó a través de la barricada que formaron sus dientes apretados.

—¡Al ataque!

Le vibraban todos los huesos del cuerpo. Algunos dientes se le partieron por la fuerza que los mantenía apretados. Si seguía así, todos acabaría partidos.

—Yo puedo gritar mucho más fuerte —le aseguró al guerrero que se le echó encima.

Santar avanzó, y convirtió el paso adelante en un ataque a fondo.

La garra relámpago partió la espada de su enemigo, y siguió subiendo hasta clavarse en el esternón y seguir bajando. Luego pasó por encima del cadáver destripado del alienígena en busca de otro oponente.

Su enemigo lanzó un mandoble en diagonal, esquivó el contraataque de Santar y se metió dentro de su guardia para girar sobre sí mismo hacia el lado desprotegido del primer capitán.

En el rostro de Santar apareció una mueca de dolor cuando la afilada hoja cargada de energía se clavó en la placa de la armadura, pero allí se quedó atascada, incapaz de penetrar más. Un tremendo codazo, lanzado sin elegancia, le partió la clavícula al eldar. Un tajo vertical con las garras habría abierto en canal al alienígena, pero Santar trastabilló cuando otro atacante se le subió a la espalda. Volvió la cabeza para apartar el oído de aquel aullido infernal y alargó una mano hacia atrás para agarrarlo y quitárselo de encima, pero de repente, el cuerpo del alienígena dio una sacudida y se desplomó.

Le faltaban la mitad de la cabeza y del casco, reventados por un proyectil explosivo.

El icono de Tarkan parpadeó una vez en la pantalla táctica retinal de Santar, y la voz del francotirador llegó por el canal de comunicación.

—Gloria al Gorgón.

El primer capitán remató al eldar con la clavícula rota, que yacía en el suelo, propinándole un tremendo pisotón. Luego se limpió la sangre que le salía de la nariz

e hizo un breve saludo. Sabía que Tarkan vería el gesto. Los guerreros semejantes a espectros eran incapaces de fintar y atacar como habían hecho en el valle desértico, y al enfrentarse a los morlocks en terreno abierto, descubrieron que eran unos oponentes más difíciles todavía de vencer. En esa situación, la cohesión de la unidad de morlocks contaba más que la agilidad de sus oponentes.

Santar vio a su izquierda cómo Desaan cargaba con el hombro contra un alienígena y lo lanzaba por los aires para luego apuntar con el bólter que llevaba en la otra mano y acribillado en pleno vuelo. El enemigo estaba muerto antes de caer al suelo con el cuerpo hecho jirones. A Santar le pareció captar la sombra de una sonrisa en el rostro del capitán cuando sus miradas se cruzaron brevemente a través del campo de batalla.

Desaan se echó a reír.

—Como el tiro al plato.

—Los actos teatrales no sirven para nada, hermano capitán… excepto quizá para morir antes de tiempo. Mátalos con rapidez. No des tregua alguna.

—Tendré que esperar para enmendarme —le contestó Desaan—. Por lo que parece, todos mis enemigos han muerto.

El suelo estaba repleto de cadáveres alienígenas, mientras que las bajas entre los guerreros de los Manos de Hierro habían sido mínimas. Habían debilitado a los eldars, pero seguían apareciendo más enemigos, que surgían a través del escudo con saltos de una agilidad mortífera.

—Ahí tienes otra oportunidad —le dijo Santar antes de inclinar la cabeza hacia el amplificador vocal que tenía instalado en la gorguera del casco para impartir una orden que resonó por todo el campo de batalla—. ¡Reagrupaos! ¡Un solo hierro!

Bajo los pies se sentía el eco subterráneo de los disparos de Ruuman. Las puntas sísmicas que aparecieron en la pantalla retinal de Santar lo confirmaron. Un cronómetro sincronizado destelló al mismo tiempo en una esquina del visor.

—¡Avanzad! —gritó.

Los morlocks se unieron a él a su derecha y a su izquierda, y las armaduras de catafracto se tocaron a la altura de los hombros.

La línea de guerreros espectrales se partió al chocar contra la muralla de ceramita negra que tenían delante. Algunos lucharon y consiguieron pequeñas victorias, y Santar recordaría más tarde a aquellos que murieron, pero nada podía resistirse a una línea sólida de exterminadores. Pasaron por encima de las fuerzas de combate de élite de los eldars como una ola imparable. Los alienígenas quedaron atrapados entre el escudo de energía, que los dejaba salir pero no entrar, y los legionarios que avanzaban, por lo que no tuvieron adonde escapar y fueron literalmente aplastados.

Los eldars que había en retaguardia respondieron con andanadas incesantes de las plataformas de armas pesadas.

Los impactos de cañón acribillaron a los morlocks. Un exterminador, a Santar le pareció que era Kador, cayó derribado de espaldas. A otro, y esta vez Santar no fue capaz de distinguir quién era, un rayo le atravesó el pecho y se desplomó. El resto siguieron el avance haciendo frente a la tormenta de disparos.

—Una simple llovizna —comentó Desaan con voz apenas audible por encima del tronar de las armas.

—Hermano, nos queda menos de un minuto —le indicó Santar.

—Tiempo más que suficiente, mi primer capitán.

Los morlocks se abrieron paso y llegaron hasta el borde chasqueante del escudo.

Los eldars que había en el interior se replegaron aunque sin dejar de disparar. Los cañones de Ruuman y los tanques de las unidades del ejército siguieron machacando el escudo.

Había algo más que acechaba detrás de aquella barerrera parpadeante, unos eldars vestidos con túnicas que empuñaban báculos de aspecto arcano.

—¡Destrozadlo! —rugió Santar, al mismo tiempo que se lanzaba contra el palpitar ionizado del escudo de energía—. ¡Golpeadlo con todo lo que tengáis!

Los martillos de trueno y las mazas de energía, las destripadoras y los combibólters disparados a quemarropa repiquetearon contra una pantalla de color azul intenso y reluciente. El escudo centelleó con fuerza y se curvó hacia dentro en algunos puntos, pero resistió.

El cronómetro que aparecía en la pantalla retinal de todos los veteranos de los Manos de Hierro llegó a cero.

El final de la cuenta atrás precedió a una serie de profundas explosiones en el subsuelo que abrieron la superficie del terreno situado al otro lado del escudo, consecuencia de la detonación en cadena de los proyectiles de mortero subterráneo. Las ondas expansivas verticales que surgieron del suelo deshicieron el entramado defensivo que los eldars habían levantado alrededor del nodo.

La superficie del escudo parpadeó con una serie de minúsculas interrupciones a lo largo de toda su curvatura, luego destelló con fuerza una vez más se apagó.

Santar fue el primero en cruzar al otro lado.

—¡A por ellos! ¡Gloria al Gorgón!

Los morlocks se abalanzaron contra las baterías de armas, y apenas se fijaron en el brutal bombardeo llevado a cabo por las unidades blindadas contra el nodo. Incluso sin el escudo para protegerlo, el edificio de hueso mostró una resistencia sorprendente, aunque no tardaron mucho en aparecer las primeras grietas por todas partes.

Fue una masacre, llevada a cabo con eficiencia y no como resultado de una bárbara sed de sangre, pero fue una matanza al fin y al cabo.

Un guerrero con un espadón centelleante surgió del combate cuerpo a cuerpo.

Santar se enfrentó a su atacante con las garras relámpago, pero notó una resistencia en los servos del brazo biónico cuando lanzó el golpe definitivo. El golpe de gracia también fue más lento, como si estuviera luchando contra los efectos de la inercia o de una gravedad más intensa. Lo mismo le pasaba en las piernas.

Recordó a los eldars con túnicas. Una cohorte de guerreros alienígenas fuertemente armados los rodeaba.

—Desaan, ¿todavía puedes ver? —le preguntó Santar al capitán.

Los enemigos los atacaban desde todos lados empuñando picas y espadas, una horda de guerreros eldars con armaduras de caparazón y la casta de exploradores envueltos en capas contra los que los Manos de Hierro ya se habían enfrentado antes. Uno de ellos se lanzó a la carga contra Santar blandiendo una lanza de energía, y el primer capitán la esquivó a duras penas. Agarró el astil de la lanza y tiró del guerrero para partirle en dos la máscara de un puñetazo. El eldar se desplomó, inmóvil, pero había conseguido abrir una brecha en el costado de Santar.

—Demasiado cerca.

Otro le apuntó al torso con una catapulta shuriken y le arrancó parte de la placa pectoral. Santar lanzó un tajo horizontal con la garra para acabar con él, pero notó la misma resistencia que lo había ralentizado pocos segundos antes.

Reconoció la sensación.

—¡Desaan! ¿Tus ojos? —le preguntó a gritos.

—Me cuesta… ver.

La oscuridad comenzó a arremolinarse alrededor del nodo y formó una nube de tormenta en el extremo superior del edificio.

Santar alzó la cabeza y vio que la nube negra empezaba a descender por los lados del edificio en dirección a los Manos de Hierro.

—Trono de Terra…

«Otra vez no…».

Santar sabía muy bien la matanza que la tormenta y su maldición sobre el hierro eran capaces de provocar. Si tenía en cuenta la cantidad de guerreros que estaban unidos a la máquina, no se atrevía a pensar en cuántos podrían llegar a caer.

Bajo su punto de vista, no tenía otra elección.

—Todas las compañías, detened el avance.

Santar se quedó inmóvil, atrapado por la indecisión del mismo modo que sus implantes biónicos habían quedado inmovilizados por la oscuridad que se acercaba.

—Debemos avanzar —le dijo el capitán Attar por el comunicador—. Primer capitán, ¿qué ordenáis?

El cónclave de eldars con túnica aprovechó aquel respiro en el ataque para empezar a reconectar partes del escudo. Creció detrás de los morlocks como una telaraña orgánica de energía. Las andanadas de proyectiles y las descargas de láser

disparadas por las unidades pesadas rebotaron contra aquella cubierta en rápida regeneración.

Desaan agarró a Santar por la hombrera.

—Gabriel, no podemos quedarnos aquí. Hacia adelante o hacia atrás, ¿qué va a ser?

Si se quedaban podrían destruir el nodo, o al menos matar a los brujos que estaban rehaciendo el escudo, pero se arriesgaban a morir por su propia mano o por la mano de algún hermano.

Varios zarcillos de humo, una avanzadilla de la negrura, se acercaron a pocos metros de los Manos de Hierro. Se movían retorciéndose como víboras.

«Tan cerca…».

—Ya viste lo que eso nos hizo en el valle desértico —dijo Santar. Ya había tomado una decisión. La palabra le dejó un sabor amargo en la boca antes incluso de pronunciarla—. ¡Replegaos!

La retirada fue lenta y agotadora. Los legionarios se vieron obligados a hacerse obedecer por las partes mecánicas de sus cuerpos, e incluso tuvieron que esforzarse para impedir que se declararan en rebelión abierta. Algunos no lo consiguieron, y a sus hermanos de batalla no les quedó más remedio que sacarlos a rastras de allí. Al menos ninguno se vio envuelto por la tormenta, ya que quedar perdido en su interior equivalía a una sentencia de muerte.

La nube oscura se quedó bullendo en el borde del escudo y envolvió por completo a los eldars que quedaban en el interior, pero no fue más allá.

Santar notó la influencia de la maldición mecánica incluso desde lejos. Se tocó con gesto ausente las hendiduras que tenía en el cuello. La gorguera le había salvado la vida, pero por poco. Todavía sentía el calor abrasador de las cuchillas de energía de su propia arma sobre la piel, y conservaba el hedor eléctrico en las fosas nasales.

—Bueno, entonces, ¿qué vamos a hacer ahora?

Desaan se había quitado el visor y estaba de pie al lado del primer capitán. Los dos mostraban la misma preocupación. El rostro lleno de cicatrices de Desaan tenía peor aspecto debajo de la banda metálica que normalmente llevaba sobre los ojos. En esa zona tenía la piel hinchada y marchita. Acopló de nuevo el visor a un par de implantes craneales que tenía en las sienes, y el artefacto zumbó al activarse de nuevo.

—Funciona a la perfección —dijo, y musitó los ritos de activación y pureza.

—Mientras nos mantengamos fuera de esa nube —contestó Santar.

La tempestad se movía y se ondulaba igual que un océano oscuro, con lentitud y casi una actitud burlona a pesar de su aspecto de aparente inocuidad.

Santar la observó fijamente. Se encontraba en mitad de un semicírculo que

formaban sus capitanes y sus segundos al mando, mientras que el resto de la legión se mantenía a la espera a cierra distancia con las compañías de clan, y todos parecían algo consternados.

—Conseguimos abrir una brecha en el escudo, y sólo se ha regenerado en parte —apuntó el capitán Attar.

El bombardeo de las unidades de Ruuman había cesado, y el hierroforjado se reunió con ellos procedente de la zona elevada donde se encontraban desplegadas las unidades de apoyo pesado. Santar se volvió hacia él.

—¿Cuál es tu valoración, Erasmus?

—El escudo está formado por energía cinética, pero lo crean mediante energía psíquica. Sólo puedo establecer como teoría que los alienígenas poseen alguna clase de generador capaz de conectarse a sus habilidades psíquicas, o algún otro tipo de siniestra tecnología semejante. Como ya hemos visto, se puede penetrar el escudo, pero sólo mediante la aplicación de una tremenda fuerza bruta.

Desaan frunció el ceño.

—¿Y qué hay de la nube? ¿Cómo penetramos en algo así?

Ruuman volvió sus ojos helados hacia el capitán.

—No podemos, al menos no sin sufrir la muerte de la máquina.

—¿Crees que serán capaces de mantener eso de un modo indefinido? —preguntó el capitán Meduson.

Desaan miró fijamente la negrura, pero no fue capaz de encontrar un hueco o un punto débil.

—Si nuestro hierroforjado tiene razón, mientras siga esa tormenta no tenemos forma alguna de avanzar.

Los nudillos de Santar crujieron con una resonancia cibernética.

—Me encantaría ponerme en contacto con el *Puño de Hierro* y arrasar este sitio con un bombardeo orbital.

—Pues hágalo, mi primer capitán —lo apoyó Meduson—. Podemos hacer que nuestras fuerzas se replieguen más y ponernos a cubierto en el desierto profundo.

Ruuman negó con la cabeza.

—Negativo. Los sensores no son capaces de superar los sistemas psíquicos de ocultación que los eldars utilizan. Es más probable que nuestra propia nave nos extermine antes de que consiga destruir el nodo.

Desaan se rascó la barbilla y frunció el ceño de nuevo.

—El escudo está roto, pero no desactivado. Las defensas de los alienígenas han quedado seriamente debilitadas. Si pudiéramos lograr que unos cuantos guerreros pasaran al otro lado del escudo y mataran a lo que sea que esté creándolo…

Henricos dio un paso adelante y lo interrumpió.

—Yo puedo pasar al otro lado de ese escudo.

Desaan soltó un bufido.

—Tienes talento para interrumpir a tus superiores, hermano sargento.

Henricos hizo un gesto de asentimiento como única muestra de disculpa. Santar entrecerró los ojos.

—Te escucho. ¿Cómo vas a poder entrar en esa tormenta, hermano? A menos que lo que quieras sea acabar empalado con tu propia espada.

—Porque un guerrero de carne no tiene nada que temer de esa tormenta.

Henricos dejó a la vista el muñón que le había quedado tras quitarse la mano biónica.

—No hay problema. Puedo combatir sin ella —les aseguró con rapidez.

Una tormenta de miradas de reprobación cayó sobre el sargento.

—Has deshonrado al Credo de Hierro —le recriminó Santar—. Ese implante mecanizado forma parte de las tradiciones y de los ritos. Es lo que nos convierte en lo que somos.

—Y lo que somos es lo que nos está derrotando, mi primer capitán. Lo que yo sugiero es un nuevo enfoque.

—Un enfoque por el que recibirás una severa amonestación.

—Aceptaré cualquier castigo que se considere oportuno imponerme.

Santar lo miró fijamente, y tuvo que contenerse para no infligir el castigo en ese mismo instante.

—¿Aunque sea la muerte?

Henricos se mostró estoico.

—Puedo pasar al otro lado del escudo.

—¿Solo? —le preguntó Attar con un evidente tono de duda.

—No, sólo no.

Fue Santar quien contestó al ver que una unidad de tropas veteranas del ejército se acercaba al cónclave de oficiales de los Manos de Hierro. Parecían tremendamente nerviosos por encontrarse en presencia de aquellos enormes guerreros, y se mantuvieron todo lo juntos que pudieron.

Santar contuvo el desdén que lo invadió y se esforzó por ver soldados en los niños que tenía delante.

El oficial al mando era un coronel de aspecto avejentado de los Masonitas de Savaan, quien se arrodilló delante de los oficiales de los Manos de Hierro igual que si fuera un siervo. A diferencia de sus subordinados, no temblaba.

Desaan lo miró fijamente desde la cima de la armadura de catafracto.

—Di cómo te llamas.

—Mis señores —los saludó con una voz áspera por fumar demasiado o por la propia edad—. Soy el mariscal Vortt Salazarian del 254.º de Savaan, los Masonitas, y

he servido en la Gran Cruzada del Emperador y de vuestro señor lord Gorgón durante cuarenta años.

Desaan se llevó los dedos a la tachuela de platino que tenía clavada en el cráneo.

—No me vengas a hablar de años de servicio, anciano. ¿Qué sabrás tu de eso?

Attar cruzó sus enormes brazos biónicos sobre el pecho mientras que Meduson se limitó a mirar fijamente al coronel. Todos ellos llevaban tachuelas de platino y habían participado en campañas que duraban mucho más que la vida de un simple mortal.

El coronel mostró su valor cuando ni siquiera pestañeó ante aquello. Ni siquiera se inmutó.

—No era mi intención ofenderos. Acompañaremos al sargento Henricos y entraremos en la tormenta —dijo, y se pasó la lengua por los labios resecos para humedecerlos. La presencia de los marines espaciales solía provocar aquello en los humanos—. Si nos lo permitís, lo haremos. Será un honor para nosotros.

Desaan soltó un bufido.

—La carne es débil… —empezó a decir, pero Santar levantó una mano para hacerlo callar.

Los soldados veteranos del ejército parecían delgados y débiles, incluso el curtido coronel, pero también lo parecían los eldars, y habían demostrado ser unos adversarios formidables.

Desaan meneó lentamente la cabeza en un gesto negativo antes de hablar.

—Se desmoralizarán, huirán, y habremos perdido a uno de los nuestros por intentarlo.

—Ya basta —declaró Santar sin dejar de mirar al coronel arrodillado. Le indicó con un gesto que se levantara—. No soy un rey, y tú no eres mi súbdito. Ponte en pie. —Señaló a Desaan con un gesto de la barbilla—. ¿Tiene razón? ¿Vais a huir?

Salazarian se cuadró de hombros y alzó el mentón.

—Dejadnos mostrar nuestra valía. No huiremos, mi señor. Hemos resistido hasta ahora.

—Pocos simples mortales pueden decir lo mismo —apuntó Henricos.

Los ojos de Santar eran esquirlas de pizarra cuando miró al sargento.

—Conozco muy bien la afinidad que sientes hacia los humanos. La vi cuando me entregaste el informe sobre las unidades del ejército.

Se calló y miró hacia la tormenta. Luego volvió la vista hacia los veteranos.

«Es mejor actuar y pedir perdón que quedarse paralizado por la indecisión».

Había oído eso mismo de los labios de Ferrus Manus. Santar deseó poder pedirle consejo en un momento como aquél. Puesto que no podía, tomó una decisión.

—¿Respondes por este hombre y por sus guerreros?

—Será mi muerte si fracasan —le contestó Henricos.

—En eso tienes toda la razón —le replicó Santar, dejando muy clara la amenaza

—. Encuentra a la cábala o lo que sea que estén utilizando esos eldars para mantener esa tormenta y acaba con sus miembros. Te seguiremos y aniquilaremos lo que haya quedado. El camino está decidido, hermanos. Lo único que hay que hacer es recorrerlo.

Henricos saludó y se dirigió a reunir al resto de los Masonitas.

Desaan negó con la cabeza después de que se fuera.

—La valentía descabellada mata a los guerreros con más rapidez que un bólter o una espada. —Señaló a la nube de tormenta—. Esos hombres morirán ahí dentro. Henricos también.

Santar observó a la ominosa nube negra, y tuvo la sensación de que ella le devolvía la mirada con ferocidad.

Mientras se estaban retirando, cuando los zarcillos de humo negro se les habían acercado con el movimiento delicado e inexorable de un banco de niebla, sintió un peso aplastante en el pecho, como si sus extremidades hubieran quedado enterradas bajo un metro de ferrocemento. Todos sintieron lo mismo, todos y cada uno de aquellos que tenía un número importante de implantes mecánicos.

Toda su fuerza, todo el poder de una legión a su disposición, y lo único que podían hacer era mirar.

—Pues si eso ocurre, espero que tenga una buena muerte y que sea un sacrificio que merezca la pena. Pero te prometo una cosa: de un modo u otro vamos a destruir ese nodo. El Gorgón así lo ha ordenado.

La piedra fría le heló la cara. Un hilo de agua procedente de algún arroyo subterráneo le humedeció los labios y lo despertó.

Todavía aturdido y confuso por el veneno, Ferrus se volvió para tumbarse de espaldas y gruñó.

Jamás en toda su vida se había sentido tan débil.

No recordaba haberse desmayado. Debió de ocurrirle tras salir del matadero.

Intentó levantarse, y eso provocó un *crescendo* espantoso de sonidos dentro de su cabeza. La sangre le atronó en los oídos. Se agarró la cabeza con las manos y torció el gesto en una mueca de dolor mientras se incorporaba sobre una rodilla.

Las extremidades le pesaban como si fueran de plomo, lo que lo hizo moverse con lentitud y torpeza. *Rompeforjas* le sirvió de muleta. Ya era la segunda vez desde que había entrado en el laberinto que la utilizaba en un acto innoble. Aquello disgustó al primarca, quien observó sus alrededores en cuanto estuvo de nuevo de pie.

Por suerte, la serpiente, o lo que fuera aquello, se había marchado. Hasta el silbido había desaparecido, y lo que lo había sustituido era un terrible silencio. Ferrus

dudaba mucho de que fuera capaz de sobrevivir si se tenía que enfrentar de nuevo a ella en ese momento. Apenas era capaz de mover los pies, mucho menos un arma.

Dio un par de golpecitos al pomo de *Draken*.

—Gracias, hermano.

El camino que se extendía a su espalda era la oscuridad. Ni siquiera era capaz de ver el matadero, y se preguntó cuánto tiempo y hasta dónde habría llegado en su delirio. Delante de él no había más que oscuridad, pero se veía un diminuto punto de luz, algo parecido a un faro que pudiera guiar en mitad de una tormenta. La turbulencia de sus propios pensamientos tiraba de él en todas direcciones.

¿Qué era lo que había dicho aquella criatura?

«Angel Exterminatus».

Ferrus comprendió las palabras, pero no su significado. Le dolía pensar en ellas, y una vaga sensación de quemadura se apoderaba de los bordes de su conciencia cuando lo hacía.

Al moverse, comenzó a recuperar las fuerzas. El brazo todavía le dolía en el punto donde la plata se había fundido, pero la quemazón no era tan intensa. Sin embargo, tenía el cuello terriblemente irritado, y durante unos momentos sospechó que la criatura le había infligido otra herida de la que no se había percatado hasta ese momento, pero cuando se tocó la piel bajo la gorguera comprobó que no había herida alguna.

Ferrus contuvo la irritación y caminó lentamente hacia el punto de luz.

Lo más probable era que se tratara de otro truco, alguna nueva clase de tortura con la que ponerlo a prueba. Ferrus todavía no sabía a qué se debería todo aquello. Llegó a la conclusión de que si sus enemigos quisieran matarlo, ya lo habrían hecho, o al menos lo habrían intentado con más fuerzas y de un modo más evidente. Los alienígenas, sobre todo los eldars, eran criaturas crípticas y caprichosas, incluso para alguien con la formidable agudeza mental de un primarca. No veía sentido alguno a su lógica. La criatura que lo perseguía no era una serpiente, era algo más siniestro, algo primigenio y, eso también lo sospechaba, algo que no era del todo obra de sus captores. Aquello había intentado matarlo de verdad. Había sentido toda su rabia, su hostilidad, su anhelo sádico, y Ferrus era el objetivo de todo eso. Lo había sentido cuando combatieron, pero fue algo incompleto, como si la criatura no estuviera materializada del todo.

Ferrus no tenía la menor idea de qué significaba todo aquello. De lo que sí podía estar seguro era de que la criatura no había muerto y de que volvería a por él. Fuera cual fuese el plan original de los eldars, sabía que tendría que matar a la criatura para escapar.

Pasó a través del punto de luz, que había aumentado de tamaño hasta convenirse en una fisura luminosa que por la que cupo sin problemas, y se preparó para la batalla

que se avecinaba.

No tendría que esperar mucho.

Delante de él, una serie de grandes arcos triunfales llevaban hasta una gran avenida procesional. Tenían el aspecto de grandes portales con las puertas abiertas y destrozadas, listas para permitir el paso a cualquier posible invasor. Las piedras ennegrecidas por el fuego se alzaban a ambos lados de las puertas, y de todas ellas se habían desprendido grandes trozos.

La fisura de luz se había cerrado a su espalda, lo que no dejaba ninguna vía de salida visible.

Tal y como había sospechado, aquél iba a ser el escenario de su último enfrentamiento.

Ferrus se sintió igual que un gigante que estuviese dando un paseo por un palacio grandioso pero destrozado. Dejó atrás varias puertas mientras recorría la avenida procesional hasta que entró en una cámara anexa. Incluso reducida a escala, la gran sala era inmensa. Un gigante habría quedado empequeñecido allí. Los elementos arquitectónicos góticos dominaban el conjunto, pero tenían un aspecto desolado y austero, lo que sugería la existencia de glorias pasadas y de un estancamiento cultural. Los cráneos tallados se alineaban a lo largo de las paredes como si el lugar fuera un enorme osario, y un ánimo sombrío impregnaba todas sus líneas lúgubres. Era un monumento a la decadencia y al declive imparable, donde la opulencia había dejado paso hacía ya mucho tiempo a la decrepitud.

Ferrus se dio cuenta mientras pisaba las losas del suelo que aquello no era una gran sala, y que jamás lo había sido.

Era una tumba.

Y al final de la explanada agrietada, envuelto en finas telas de gasa y cubierto por la gruesa pátina del paso del tiempo, se encontraba un inmenso trono, a una escala desproporcionada con el resto del palacio.

Desplomado sobre el trono, en un reposo descarnado, estaba sentado un rey.

El rey del anquilosamiento, el señor de un imperio que se pudría, con la túnica hecha harapos y un cuerpo carente de carne, un despojo esquelético. No llevaba corona, y su rostro sólo mostraba la mueca de un rictus, una última expresión dolorida a causa de un sueño sin cumplir.

Se alzaba muy por encima de Ferrus, y lo miraba a través de unas cuencas oculares del color de la arpillera.

Una respiración sibilante, la última, se escapó de la boca del rey no muerto y provocó un temblor consternado en el rostro del primarca.

Dio un paso atrás, ya que casi esperaba que el cadáver volviera a la vida.

Sólo cuando la respiración continuó, se dio cuenta Ferrus de que no se trataba del

rey, sino de algo que le proporcionaba al cadáver aquel sonido prestado.

Surgió desenroscándose del escondite que había buscado detrás del trono desgastado del rey muerto.

El cuello y la cabeza sobresalieron erguidos mientras que el resto del enorme cuerpo se movía ondulante proporcionándole apoyo. Plata reflectante le cubría los costados. Sus ojos eran estanques corruptos de color amarillo sulfuroso, atravesados por unas pupilas negras y estrechas como dagas. Exhalaba un odio que se propagaba igual que un almizcle embriagador que alteraba los sentidos del primarca de forma vertiginosa.

Alargó una mano para empuñar a *Rompeforjas*, pero la serpiente saltó hacia él con la velocidad de un rayo, y Ferrus se vio obligado a agarrarla por las fauces antes de que se le cerraran alrededor de la garganta.

Una saliva caliente, hedionda y cargada de ácido salpicó la cara del primarca, que gruñó de dolor. Luchar contra aquella bestia era algo parecido a intentar aferrar algo líquido, pero Ferrus logró derribarla y rodearle el cuello con los brazos antes de que tuviera ocasión de escaparse. La serpiente se sacudió con fuerza y lo levantó del suelo para luego estrellarlo contra el mismo. El primarca sintió unas lanzadas de dolor agónico en la espalda y en los hombros. Le pareció que tenía el cuello a punto de partirse cuando la herida ardiente que no era una herida alrededor de la garganta le ardió como un fuego infernal.

—¡Soy el Gorgón! ¡Soy un primarca! —aulló.

Su cabeza chocó contra algo duro, y en los ojos le bailaron motas negras. Después, la visión le quedó cubierta por una capa rojiza, pero Ferrus se mantuvo agarrado.

Se mantuvo agarrado y apretó más todavía.

A pesar de los esfuerzos febriles de la serpiente, Ferrus fue apretando más y más, poco a poco. La estrangularía, aniquilaría cada pizca de vida que tuviera aquella criatura hasta que se quedara fría e inmóvil, y después le aplastaría el cráneo hasta convertirlo en una pasta rojiza.

—Has vuelto del submundo… —le espetó—. Deberías haber seguido muerto, Asirnoth.

¿Qué podía ser aquello sino una manifestación de esa temible criatura?

La serpiente giró la cabeza… La giró de un modo que debería haberle partido el cuello bajo la presa implacable del primarca. Unos labios que no deberían ser labios se separaron. Unos ojos humanos que le resultaron familiares lo miraron. A lo largo de la espalda le creció de repente una larga melena al mismo tiempo que un rostro noble y hermoso se configuraba sobre los rasgos antes reptilianos.

—Yo… —dijo sin un solo tono sibilante en la voz—… yo no soy… —las palabras eran musicales, líricas, hermosas—… Asirnoth…

Ferrus lo supo, lo supo al reconocer la voz y el rostro que tenía delante.

Era el asesino perfecto, con una velocidad sobrenatural y una fuerza sobrehumana. Sólo otro primarca podría haberlo derrotado.

Sólo «otro» primarca…

Relajó por un momento la presa, y el proceso de transformación combinó el rosto humano y el de la criatura. Una fila de colmillos cubiertos de saliva le atravesó las encías, y la violenta metamorfosis abrió una serie de heridas sangrantes. Los ojos que un momento antes eran cálidos y fraternales se estrecharon hasta convertirse en manchas amarillas con un tajo negro. La piel cubierta de escamas se asomó en la parte inferior del cuello y en las mejillas como si se tratase del contagio de una plaga.

Ferrus contuvo las ganas de vomitar y apretó con más fuerza. Abrió los ojos de par en par en una sincronía espeluznante con los de la criatura a medida que le aplastaba lentamente la garganta. El monstruo forcejeó. Quería vivir, quería manifestarse en aquel plano, pero Ferrus la mataría. Acabaría con ella con sus propias manos.

—Tú no eres él —le dijo a través del muro que formaban sus dientes apretados.

De la boca de la serpiente surgió un último estertor, mitad reptiliano, mitad humano, y se quedó quieta, sin vida.

Ferrus apretó con fuerza una última vez hasta que le dio la impresión de que se le iban a partir los nudillos, y luego la soltó. La criatura se deslizó hasta desplomarse muerta en el suelo.

De la garganta del primarca escapó una larga exhalación temblorosa y se frotó los ojos como si quisiera borrarse de la cabeza un mal sueño.

La inquietud se transformó en furia. Ferrus empuñó a *Rompeforjas* e hizo lo que había prometido. Siguió golpeando durante todo un minuto antes de que el dolor en los brazos y en los hombros lo hiciera parar. Cuando acabó, poco quedaba ya de la criatura, que había quedado convertida en una espesa mancha roja. Se quedó jadeante y con la frente cubierta de gotas de sudor que caían al suelo. Notó el fresco de la evaporación en la piel enfebrecida y siguió esa sensación hasta el propio trono.

Ferrus se sintió enfurecido y se abalanzó contra el rey cadáver. Lo sacó con una sola mano del trono y lo lanzó al suelo, donde se destrozó convertido en una lluvia de huesos.

—Se acabó tu reinado —le dijo antes de enfundar el martillo.

Luego agarró cada uno de los reposabrazos con una mano y tiró hasta arrancar el trono de sus fijaciones. Eso dejó a la vista un portal de luz. Ferrus arrojó a un lado el trono destrozado y cruzó el portal mientras se preparaba para enfrentarse a sus atormentadores.

No fue lo que se esperaba.

Ante él giraba un enorme planetario rebosante de planetas y estrellas encerrado en un espacio infinito que no tenía dimensiones ni límites ni bordes discernibles. El efecto fue desconcertante.

La mirada del primarca se vio atraída hacia un mundo principal dominante, que formaba parte de un sistema de otros cuatro planetas con varias estrellas y lunas desoladas. El mundo era negro, y Ferrus se acordó de la arena negra que había pisado durante buena parte de ese viaje. Un momento después, como si alguien hubiera encendido una cerilla en su superficie, o ésta hubiera recibido el choque de la cola de un cometa, el planeta principal estalló en llamas. Se convirtió en un incendio que devoró todos los continentes y los mares y envolvió al planeta hasta convertirlo en un sol maligno. Sólo cuando la transformación fue completa se dio cuenta Ferrus de que no se trataba de un sol, sino de un ardiente ojo de color rojo con la pupila negra.

La escena se siguió desarrollando y vio cómo crecía un anillo de hierro negro que se movía lentamente alrededor del planeta rojo. El anillo contuvo al planeta rojo hasta que un segundo anillo de color cobalto se unió al primero. Aunque ardió con ferocidad, el ojo no fue capaz de escapar de la unión de ambos anillos enviados para contenerlo. El sol se apagó poco a poco hasta desaparecer, lo que dejó al planeta negro inmóvil de nuevo.

Ferrus alargó una mano para tocar el planetario, pero su mano plateada lo atravesó, lo que reveló que era una ilusión. Se desvaneció como el humo en un instante.

—¿Qué es esto? —exclamó—. ¿Más señales, más juegos?

—No es un juego —le dijo una voz profunda y levemente musical.

Ferrus se volvió para encararse con su captor con *Rompeforjas* ya en las manos.

—Es el futuro. Tu futuro —le explicó el eldar—. Si es el que tú quieres que sea.

El alienígena llevaba una túnica de numerosos colores apagados. El tejido iridiscente tenía bordados símbolos arcanos, pero también llevaba algunas runas colgadas de cadenas finas como gasas o de relucientes hilos de diamantes. No se cubría la cabeza con un casco ni con una máscara, lo que dejaba a la vista su rostro alargado de pómulos salientes y una barbilla prominente que casi parecía una daga. Tenía la piel cubierta de extraños tatuajes, y llevaba afeitados los lados de la cabeza, desde la que caía una larga melena de cabellos dorados. Una sabiduría insondable y un intelecto caprichoso brillaban en los ojos almendrados que miraban fijamente al primarca. Pero en ellos también había miedo.

—Has llegado a un cruce en el camino, Ferrus Manus. La senda por la que caminas lleva a la muerte, pero otra lleva a la supervivencia y al cambio de muchas cosas en la galaxia —le explicó el eldar—. No eres consciente de la importancia que tienes.

El alienígena abrió las manos en un gesto de paz y de solidaridad.

Lo único que Ferrus vio fue un alienígena embustero.

—¿Y esperas que me lo crea, criatura?

El primarca habló con tranquilidad y sosiego. No había rastro alguno de la rabia incontenible que lo había embargado momentos antes.

—Te ofrezco esperanza. Se la ofrezco a la galaxia —declaró—. Tú puedes cambiarlo todo.

Ferrus le sonrió, pero fue un gesto falso. El eldar se envaró al verlo.

—Sé que moriré —le respondió el primarca—. Lo mismo que sé cuál es mi lugar y mi deber. No importa si muero sobre un planeta ennegrecido que jamás había visto o sobre los peñascos de Medusa. Soy un rey guerrero, alienígena, pero también soy otra cosa. Soy humano. A diferencia de vosotros, eldars, los humanos no nos rendimos al destino. —Los ojos de Ferrus se iluminaron llameantes—. Nosotros le damos forma al destino.

—Te equivocas…

—No, eres tú el que ha cometido un tremendo error al encerrarme aquí —lo interrumpió Ferrus, al mismo tiempo que blandía a *Rompeforjas*. Parte de los restos de la serpiente salieron despedidos por el aire, un aviso de lo que estaba a punto de ocurrir—. Un error sólo superado por haberte mostrado ahora ante mí.

—Por favor, ofrezco vida… —suplicó el alienígena.

—Ofreces una jaula de predestinación —volvió a interrumpirlo Ferrus, esta vez con un gruñido—. Es tu último gambito desesperado —le dijo antes de lanzarse a la carga.

—¡Escúchame! —le gritó el eldar. El alienígena retrocedió al mismo tiempo que alzaba un escudo psíquico para protegerse—. No tiene por qué ser así. No cedas ante la furia.

—¡Furia es lo que yo soy! —rugió Ferrus—. ¡Soy un rey guerrero nacido de la sangre de la batalla!

Ningún escudo creado mentalmente podría resistir la furia destructiva de *Rompeforjas*, y menos cuando la empuñaba su dueño. Las defensas quedaron destrozadas y los fragmentos psíquicos se clavaron en el eldar tan dolorosamente como si fueran dagas. El alienígena retrocedió al tiempo que lanzaba una descarga de energía que rebotó en la hombrera del primarca. El hedor a ozono le llenó las fosas nasales, pero no estaba dispuesto a detenerse ante nada.

Su aullido sacudió el propio tejido del mundo construido a su alrededor. El eco psíquico de su furia deshilachó algunas de las costuras que lo mantenían de una sola pieza.

—¡Libérame ya!

Sudoroso, sangrante y encogido por el miedo, el eldar huyó a través de una fisura

de aquella realidad fingida.

Ferrus se lanzó en su persecución e intentó deslizarse por el mismo portal por el que había salido el brujo alienígena, pero un aura de luz perfecta lo repelió.

—¡Libérame!

Las palabras resonaron hasta el infinito mientras la luz lo envolvía y le ahogaba los sentidos hasta fundirlos en uno solo, hasta que la oscuridad lo sobrepasó por completo y tuvo la sensación de que estaba cayendo para toda la eternidad.

El cuerpo del último brujo de la cábala cayó deslizándose por la hoja de la espada y dejó un rastro de sangre alienígena en el arma. Incluso después de la muerte de ese enemigo y la lenta desaparición de la tormenta, Bion Henricos sabía que estaba muerto.

De los seis mil veteranos que había encabezado en el avance hacia la oscuridad apenas quedaban ochocientos. Todos rodeaban al sargento de los Manos de Hierro. El coronel Salazarian luchaba con ferocidad a su lado a pesar de estar herido y de tener los pulmones encharcados de sangre. El comandante del ejército entrecerró sólo un ojo, ya que el otro lo había perdido arrancado por la punta de un cuchillo eldar, y también se dio cuenta de que estaban perdidos.

Por primera vez después de una hora, Salazarian dejó de gritar órdenes a sus soldados.

Henricos reconoció aquel fatalismo repentino.

—Nos habéis devuelto nuestra dignidad y nuestro honor —le dijo el coronel—. Y os doy las gracias por ello, mi señor.

Se oyó un zumbido agudo. El rápido desplazamiento del aire y la salpicadura de un fluido tibio en la cara le dijeron a Henricos que el viejo guerrero estaba muerto antes de ver el tremendo agujero en el pecho del coronel.

Salazarian se desplomó con una mirada muerta en los brazos del sargento, que lo dejó con suavidad en el suelo.

La tormenta se estaba desvaneciendo, pero la oscuridad que albergaba tardaba más en disiparse. Sus hermanos no llegarían a tiempo hasta él. Los soldados morían a mansalva bajo los últimos esfuerzos de los eldars. Los alienígenas también morían, pero no querían hacerlo solos. Querían la cabeza del marine espacial. Querían matar a Bion Henricos.

—¡Por el Gorgón! —gritó, al mismo tiempo que clavaba su espada de acero de Medusa en la tierra para poder empuñar la pistola bólter. Los proyectiles salieron despedidos en un arco ardiente que dejó una lengua de fuego en el aire. Los cuerpos de los alienígenas recibieron los impactos y murieron en una agonía explosiva. Un disparo a través de la oscuridad impactó en la cabeza de uno de los jefes guerreros, el cual empuñaba un alfanje que parecía tan ansioso de combatir como su portador.

—Por el Gorg…

Algo impactó en el cuello de Henricos, probablemente un proyectil shuriken de algún arma eldar. Gruñó al notar una sensación ardiente. Un rayo láser le atravesó el muslo medio segundo después. Trastabilló, se soltó el escudo de combate del antebrazo y se llevó el muñón de la muñeca a la garganta, pero no fue suficiente. Otro rayo le atravesó el torso en un punto entre el hombro y el pecho. Se desplomó sobre una rodilla y disparó una ráfaga sin ni siquiera apuntar.

Los iconos de alarma destellaban de un modo insistente y ruidoso en la pantalla retinal, así que se quitó el casco para no verlos ni oírlos.

Henricos cerró los ojos y se preparó para el final, y en ese momento una mano lo tocó en el hombro. Abrió de nuevo los ojos.

—La guerra todavía no ha acabado contigo, hijo de los Manos de Hierro —le dijo una voz de hielo y fuego.

El gigante que se alzaba delante de Henricos llevaba puesta una armadura de color negro carbón. Sus poderosos brazos relucían recubiertos de una plata lustrosa que fluía como el mercurio. Unos ojos de pedernal tallado lo miraron con expresión ceñuda, y el martillo que empuñaba era capaz de derribar montañas.

Ferrus Manus había regresado y los eldars estaba huyendo.

—La tormenta ha terminado, hijo mío —le dijo el primarca, al mismo tiempo que alargaba una mano hacia él—. Ponte en pie para ver cómo acaba todo.

Henricos oyó al resto de la legión acercarse a través del fuego y del humo de la batalla.

Santar y los morlocks fueron los primeros en llegar al lado del primarca. Les resultó difícil contener la alegría que sintieron al ver de nuevo a su padre. Los bólters y las espadas cantaron.

El nodo cayó con rapidez, aunque buena parte de lo que se produjo después casi pasó inadvertido para Henricos. El sargento llevó en brazos a Salazarian de regreso a sus propias líneas. Apenas trescientos soldados veteranos consiguieron volver con vida a su lado.

Más tarde serían honrados por su participación en la batalla y se los nombraría hijos adoptivos de Medusa. Fueron los primeros miembros del Muro de Cadena, y se convirtieron en sus capitanes y en una prueba viviente a partir de ese día de que no toda la carne era débil.

Santar lo encontró en el borde del campo de batalla, montando guardia al lado de Bion Henricos.

Tras devolver el cuerpo del coronel Salazarian, el sargento cayó inconsciente a causa de sus heridas.

—Sobrevivirá, pero necesitará más implantes —le comentó el primarca.

—Como es su derecho. Los Padres de Hierro se ocuparán de él —le contestó Santar—. Había pensado castigarlo por desobedecer el Credo de Hierro.

—Deberías hacerlo.

Santar pensó en ello, pero en esos momentos tenía otros pensamientos que lo preocupaban más.

—¿Qué ocurrió?

—No tiene importancia —le contestó Ferrus en voz baja. Su humor cambió de repente y devolvió con dureza la mirada a los ojos interrogantes del primer capitán—. Nada ha cambiado.

El primarca llamó con un gesto a uno de los legionarios, quien colocó un proyector hololítico en el suelo. Los Manos de Hierro habían recibido un informe que comunicaba el descubrimiento por parte de los Salamandras de un segundo nodo «primario» en la jungla. Una vez conseguida la victoria en el desierto, Ferrus estaba decidido a reunirse con su hermano.

—¿Nos vamos? —le preguntó Santar cuando el hololito se activó formando un cono de luz granulosa y gris.

—Así es. Reúne a los morlocks y diles que nos dirigimos a la jungla. —Una leve sonrisa mostró el placer que sentía el primarca—. Mi hermano nos necesita.

Mientras Ferrus comenzaba a hablar con su hermano, Santar se dispuso a cumplir la orden que le habían dado, pero a pesar de que su señor había regresado, no fue capaz de quitarse de la cabeza la sensación de que no todo iba bien. Fuera lo que fuese lo que le hubiera ocurrido al Gorgón durante su ausencia, le había dejado una marca indeleble, una que resonaría en su futuro. Quizá en todos sus futuros.

Las avenidas osificadas que salían de su santuario protegido eran peligrosas, pero no les quedaba más opción que enfrentarse a esos peligros. El fragmento de consciencia maligna que había encontrado el modo de entrar en el falso mundo de Lathsarial había muerto, y lo había matado el propio Gorgón.

Pasarían milenios antes de que pudiera regresar.

Lathsarial trastabilló y el adivinador tuvo que ayudarlo a caminar. La criatura ignorante a la que había tratado de salvar lo había herido. La desesperación y la angustia salían a chorros de su interior formando un rastro psíquico que atraería a otros depredadores. Tenían que encontrar otro lugar seguro, y pronto.

—He fracasado —gimió, absolutamente desolado—. He permitido que ocurra una guerra, una guerra que diezmará a nuestra raza cuando ya quedamos tan pocos.

El adivinador tenía puesta la atención en la telaraña que rodeaba la senda por la que caminaban. Se mantuvo alerta ante la aparición de cualquier posible grieta, de cualquier fisura, aunque pareciera insignificante. Muchos subplanos ya habían sido devorados, y muchos más lo serían cuando tuviera lugar el conflicto que Lathsarial

tanto se había esforzado por evitar.

Esas cosas eran inevitables, por lo que el estado de ánimo del adivinador era optimista.

—No estabas destinado a evitarla —le dijo mientras abría un canal nuevo en el camino de hueso, uno que apenas nadie recorría y que por lo tanto era más seguro—. Ya estamos cerca de un lugar de curación.

Lathsarial no le contestó. El vidente se mostraba inconsolable.

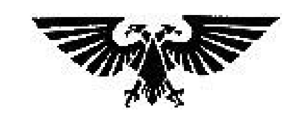
—Los humanos son tan cerrados de mente… —añadió el adivinador—. Hasta los que se consideran superiores, como el Gorgón. Tiene pies de hierro, que están fijados a su destino y a su condenación.

—Pero no se condena sólo a él, sino a toda una galaxia. Una galaxia que está destinada a ser devorada por las llamas.

Una luz fresca los envolvió cuando por fin llegaron al lugar de curación. El adivinador tendió a Lathsarial sobre una losa y le ordenó que descansara.

El otro vidente se hundió en la inconsciencia, y el adivinador volvió a visitar su propia visión de la presciencia. Había visto tres veces desplegarse exactamente la misma eventualidad. Eso en sí mismo ya era extraordinario.

—Todavía hay esperanza —murmuró—. En el imperio del Rey Guerrero, él nombrará a un heredero. Incluso si el Gorgón cae y no presta atención a nuestros avisos, habrá otro que sí nos escuchará, uno que estaba perdido.



EL LEÓN

GAV THORPE

No hay más que una única razón en el ejercicio del poder: promover los planes de uno mismo. Ya sean egoístas o altruistas, esos planes deberían ser la única preocupación que uno tuviera sin ningún tipo de distracción si el poder se va a invertir en su beneficio. Uno sólo necesita observar el ejemplo de la Gran Cruzada del Emperador para encontrar la prueba de su verdad eterna; cuando llegaron las distracciones, éstas se convirtieron en lo que fue la ruina de todo.

Lyaedes, *Intervalos*, M31.



UNO

El señor de la I Legión se sentó como solía sentarse en aquellas noches, reclinándose en su trono adornado de marfil y obsidiana. Sus codos quedaron apoyados sobre los esculpidos reposabrazos, con los dedos cruzados delante de la cara, apenas tocando sus labios. Unos ojos que no pestañeaban y tenían el brutal verde de los bosques de Caliban miraban al frente observando el parpadeante holograma de las estrellas asediadas.

A bordo de la *Razón Invencible*, la nave insignia de los Ángeles Oscuros, Lion El'Jonson pensaba largo y tendido. Tenía muchas cosas sobre las que meditar, aunque por mucho que intentara mantener la atención en el esfuerzo militar para llevar a la batalla a los Amos de la Noche, su mente estaba envuelta en un dilema imponderable.

Habían pasado ochenta y dos días desde su enfrentamiento con Konrad Curze en el desolado mundo de Tsagualsa. Ochenta y dos días habían sido suficientes para sanar su cuerpo, en su mayor parte, de las graves heridas provocadas en la sobrehumana carne de Lion por las garras del Acechante Nocturno. La armadura que llevaba puesta había sido reparada y repintada para que no quedara ni una sola marca de la violencia de Curze sobre su superficie de color ébano.

En el exterior, el León estaba recuperado por completo, pero en su interior se encontraban las peores lesiones, infligidas no por las armas del Acechante Nocturno, sino por sus palabras.

«¿No existe el riesgo de que caigan tus leales ángeles? ¿Cuándo fue la última vez que caminaste sobre la tierra de Caliban, oh altísimo señor?».

Las corrientes de la disformidad influían en la comunicación tanto como lo hacían en los viajes, y durante dos años no se había recibido de Caliban ni una sola comunicación fiable. En épocas pasadas, las odiosas palabras de Curze hubieran sido fáciles de descartar. La lealtad de los Ángeles Oscuros había sido incuestionable. Formaban la I Legión, los más nobles a los ojos de todos; incluso cuando los Lobos

Lunares obtuvieron grandes elogios y Horus fue elevado a señor de la guerra, nadie pudo reclamar el título de I Legión.

Sin embargo, esos tiempos parecen ahora muy lejanos; la guerra civil y el cisma habían divido al Imperio, y la seguridad del pasado no era una garantía del presente ni del futuro. ¿Podría el León confiar en que su legión continuaría siéndole fiel? La confianza no era un estado natural del primarca. ¿Había algún propósito más profundo en la interminable guerra de los Amos de la Noche en el sistema Thramas? ¿Le dijo Curze la verdad y mantuvo al León allí ocupado mientras los agentes de Horus desviaban a otra causa la lealtad de los Ángeles Oscuros?

La confianza había sido un bien escaso para el León antes de la traición de Horus, e incluso a él lo habían embaucado. Perturabo se aprovechó de su condición de hermano para engañarlo, y tomó el control de las devastadoras máquinas de guerra de Diamat con el pretexto de la alianza, sólo para volver esas armas en contra de los siervos del Emperador. La vergüenza de haber sido manipulado corroía la conciencia del León, y nunca más volvería a aceptar la simple palabra de sus hermanos.

Era una pregunta imposible de contestar y un embrollo imposible de solucionar. El León meditaba cada noche sobre el significado de las palabras del Acechante Nocturno, incluso analizaba los movimientos y la estrategia de su enemigo, tratando de ir un paso por delante de su esquivo hermano. El Acechante Nocturno no había tenido ningún motivo para mentirle; Curze había intentado matarlo mientras hablaba. Sin embargo, a pesar de todo, podrían no ser más que simples insultos enloquecidos, como las palabras que tantas otras veces surgieron de los labios de Konrad Curze, quien usó la falsedad como un arma mucho antes de que se hubiera apartado de la gracia del Emperador; las mentiras eran una segunda naturaleza para el primarca de los Amos de la Noche, y salían de su boca con tanta facilidad como su propio aliento.

El León se despreció a sí mismo por dar crédito a la mentira, lo que creaba el veneno que devoraba su determinación. Era bastante simple jurar que Thramas no se rendiría a los Amos de la Noche; era un asunto completamente distinto perseguir a un enemigo empeñado en no luchar. Con cada noche que pasaba, la posibilidad de una batalla decisiva disminuía y el deseo de regresar a Caliban y comprobar que todo estaba en orden se fortalecía. Sin embargo, el León no podía abandonar la guerra, aunque sólo fuera porque era un regreso a Caliban lo que el Acechante Nocturno deseaba.

Mientras estos pensamientos afligían al primarca, tres de sus hermanos menores llegaron a la hora señalada para informarlo de la situación actual.

El primero en entrar fue Corswain, el antiguo campeón de la Novena Orden, designado recientemente como senescal del primarca. En la parte trasera de la armadura llevaba la piel de color blanco de una monstruosa bestia con colmillos nativa de Caliban, y bajo ésta colgaba un trozo de túnica blanca. Su pecho estaba

adornado con el bordado de una espada alada. El casco colgaba de su cinturón, lo que dejaba a la vista una cara ancha y un cabello rubio rapado.

Justo detrás de Corswain venía el capitán Stenius, comandante del *Razón Invencible*. Su rostro era literalmente una máscara de carne, casi inmóvil debido al daño sufrido en los nervios faciales durante la Gran Cruzada. Sus ojos habían sido sustituidos por unas lentes plateadas oscuras que relucían con la luz de la habitación, y que eran tan impenetrables como el resto de su expresión.

El último componente del trío era el capitán Tragan de la Novena Orden, que había sido ascendido a esa posición por el primarca tras la debacle de Tsagualsa. Los suaves ojos marrones del capitán desentonaban con su porte severo, sus rizos de pelo negro cortado a la altura del hombro y apartado de su aquilino rostro con una banda de metal esmaltado de color negro. Fue Tragan quien habló en primer lugar.

—Los Amos de la Noche se negaron a presentar batalla en Parthac, mi señor, pero llegamos demasiado tarde para detener la destrucción de la principal estación orbital de allí. Las instalaciones de atraque que quedan no pueden hacer frente a nada más grande que una fragata, como sospecho que era la intención del enemigo.

—Con ése son tres muelles principales los que han tomado en los últimos seis meses —comentó Stenius—. Está claro que nos están negando la posibilidad de utilizar las bases de reparaciones y reabastecimiento.

—La cuestión es por qué —dijo el León, tocándose la barbilla—. Los cruceros y las barcazas de guerra de los Amos de la Noche necesitan esas bases tanto como nuestras naves. Me veo obligado a llegar a la conclusión de que han abandonado cualquier intención de apoderarse de Parthac, Questios y Biamere y tratan de obstaculizar los movimientos de nuestra flota en futuros movimientos.

—Yo diría que es un signo de desesperación, una táctica de tierra quemada a escala estelar —apuntó Stenius.

—No podemos excluir la posibilidad de que Curze haya dado esas órdenes simplemente por despecho —añadió Corswain—. Tal vez no exista un significado más profundo detrás de estos ataques recientes, excepto exasperarnos y confundirnos.

—Sin embargo, eso continuará formando parte de un plan mayor —le replicó el León—. Hemos combatido durante más de dos años a través de las estrellas, y a lo largo de toda esta guerra, el Acechante Nocturno siempre ha ido avanzando hacia el desenlace de un juego que todavía no he conseguido descubrir. Pensaré en este último avance. ¿De qué más nos tienes que informar?

—Los movimientos habituales de las flotas y los informes de exploración están en mi último informe, mi señor —contestó Tragan—. Nada fuera de lo habitual, si se puede decir así.

—Había un informe que encontré un tanto extraño, mi señor —comentó Corswain—. Un mensaje astropático interrumpido, apenas perceptible entre el tráfico

de fondo. No tendría nada de especial de no ser porque hace mención a la legión de la Guardia de la Muerte.

—¿La legión de Mortarion está en Thramas? —gruñó el León, mirando fijamente a sus subordinados—. ¿No crees que sea un asunto del que deba ponerme al corriente inmediatamente?

—No es la legión, mi señor —lo tranquilizó Tragan—. Tan sólo son un puñado de naves, unos cuantos miles de guerreros como mucho. La transmisión no parece provenir del escenario de Thramas, mi señor, sino de un sistema situado a varios cientos de años luz de Balaam.

—Los fragmentos del mensaje también mencionaban un equipo especial de los Manos de Hierro en la misma zona —añadió Corswain—. Alguna escaramuza, supongo. Es poco probable que afecte a nuestro conflicto de aquí.

—El sistema, ¿cómo se llamaba? —quiso saber el León. Los ojos del primarca se entornaron en un gesto de sospecha mientras formulaba la pregunta.

Tragan consultó la placa de datos que tenía en la mano.

—Perditus, mi señor —lo informó el capitán de la Novena Orden.

—Está casi deshabitado, mi señor —añadió Stenius—. Se trata de un pequeño centro de investigación del Mechanicum, nada importante.

—Te equivocas —lo contradijo el León, al mismo tiempo que se ponía en pie—. Conozco Perditus. Yo conquisté el sistema para el Emperador junto con los guerreros de la Guardia de la Muerte. Lo que tus registros no muestran, capitán Stenius, es la naturaleza de la investigación llevada a cabo por el Mechanicum en ese lugar. Perditus estaba destinado a permanecer en secreto, fuera del alcance de cualquier legión, pero parece que el primarca de la Guardia de la Muerte tiene otros planes.

—¿Fuera del alcance, mi señor? —Tragan se quedó desconcertado por la idea—. ¿Qué podría ser tan peligroso?

—El conocimiento, mi pequeño hermano —le contestó el León—. El conocimiento de una tecnología que no podemos permitir que caiga en manos de traidores. Debemos reunir un equipo especial en Balaam. Un equipo que pueda aplastar cualquier cosa que la Guardia de la Muerte o los Manos de Hierro tengan en la zona.

—¿Y qué pasa con los Amos de la Noche, mi señor? —preguntó Corswain—. Si cedemos en nuestra búsqueda en este sector, o reducimos demasiado nuestras fuerzas aquí, Curze se apropiará de los sistemas que no podamos proteger.

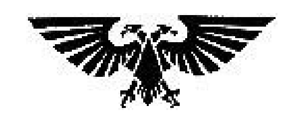
—Ése es un riesgo que debemos correr —le contestó el primarca—. Perditus es un botín que debemos negar a los traidores. Casi lo había olvidado, pero ahora que me lo habéis recordado, creo que tal vez Perditus pueda tener también la clave para conseguir la victoria en Thramas. Yo personalmente dirigiré el equipo especial. El *Razón Invencible* será mi nave insignia, capitán Stenius. La Cuarta, la Sexta, la

Decimosexta, la Decimoséptima y la Trigésima Orden deben reunirse de inmediato en Balaam.

—¡Más de treinta mil guerreros! —exclamó Tragan, tan sorprendido que no pudo evitar aquella salida de tono. Inclinó la cabeza en señal de disculpa cuando el León le lanzó una afilada mirada.

—¿Cuándo, mi señor? —se limitó a preguntar Corswain.

—Tan pronto como puedan —insistió el León. Se dirigió hacia la puerta—. No podemos permitirnos llegar demasiado tarde a Perditus.



DOS

Aunque casi tan alta como los guerreros de las Legiones Astartes con los que viajaba a través de la disformidad, Theralyn Fiana de la Casa Ne'iocene era mucho menos corpulenta, de constitución esbelta y dedos finos. Su cabello era de color cobrizo, como sus ojos; al menos sus ojos normales. En medio de la parte alta de su frente, desde donde se recogía el pelo hacia atrás con una cinta plateada, estaba su ojo de navegante. Llamarlo ojo era como comparar un vaso de agua con el océano. Esa esfera, de un blanco translúcido pero salpicada de colores arremolinados, no detectaba las frecuencias de luz, sino que atravesaba la barrera que rodeaba la disformidad y veía directamente la materia prima en estado puro del reino inmaterial.

Utilizaba esa visión de la disformidad en esos momentos para guiar al *Razón Invencible* en su alejamiento desde el punto de traslación de Balaam. Los flujos de las corrientes de la disformidad arrastraban con fuerza la nave, que se encontraba protegida en el interior de un campo psíquico non forma de lágrima mientras era impulsada sobre las olas inmateriales como los restos de un naufragio en las mareas del océano. Theralyn se sentó en la torre de navegación, situada muy por encima de la superestructura de la barcaza de guerra. Instintivamente, la navegante buscó el brillante faro del Astronomicón, y como había ocurrido durante los dos años y medio anteriores, sintió como una parte de su alma se oscurecía al darse cuenta de que no lo podría encontrar. El hecho de que la luz de Terra ya no brillara había sido una fuente constante de discusiones entre los navegantes adscritos a la legión de los Ángeles Oscuros, y Fiana se encontraba entre los miembros del creciente bando formado por los que creían que la única explicación era que el Emperador ya no estaba vivo. No era precisamente un punto de vista muy popular, y sobre todo, uno que no se debía plantear ante el primarca, pero la lógica era inevitable para Fiana.

En ausencia del Astronomicón galáctico, los navegantes confiaban en los faros de la disformidad, unas pequeñas lámparas de luminosidad psíquica de las estaciones de

retransmisión en el espacio real. Eran velas comparadas con la estrella del Astronomicón, y sólo uno de cada diez sistemas las tenían, pero eran mejor que moverse totalmente a ciegas; tanto era así que los Amos de la Noche y los Ángeles Oscuros habían acordado tácitamente tratar a esas balizas como zonas prohibidas. La posibilidad de quedarse a la deriva en una de tus propias naves en mitad de la disformidad era demasiado grande como para arriesgarse a destruir las frágiles estaciones orbitales.

Perditus no era un sistema provisto de ese tipo de faros, y estaba ubicado a sólo ciento catorce años luz de Balaam, a unos doscientos treinta grados, con siete puntos de inclinación en dirección a la baliza de Drebbel, que a su vez se podía encontrar en una ruta a ciento ochenta grados, dieciocho puntos de inclinación negativa a tres días hacia el sistema Nemo. Al mirar un gráfico dibujado a mano colgado en el borde de su silla giratoria, Fiana confirmó todo aquello y examinó las corrientes que chapoteaban contra la barrera que formaba el campo Geller que rodeaba a la *Razón Invencible*.

La disformidad no se mostraba en su verdadero estado, ni siquiera para ella. Sin embargo, la visión de la disformidad de Fiana le permitía percibir y realizar un cálculo aproximado de la potencia de sus mareas y de sus espirales de confluencia inmaterial. El sistema de Balaam había sido elegido para el encuentro porque desde allí existía una corriente constante a través de la disformidad que llegaba hasta el lejano sistema Nhyarin, a casi tres mil años luz de distancia. Nunca había nada seguro en la disformidad, y su extraño comportamiento hacía que a veces la Corriente de Nhyarin fluyera hacia atrás o que no pudiera ser localizada, pero ocho de cada diez veces se podía confiar en una veloz traslación en dirección al suroeste galáctico que recorriera completamente Aegis y otros dos subsectores. Los mundos a lo largo de su ruta se encontraban entre los más disputados entre los Amos de la Noche y los Ángeles Oscuros.

Fiana dictó una serie de órdenes codificadas para el equipo de pilotaje situado en la cubierta de mando. Unos cuantos minutos después, el campo Geller sobresalía a estribor cuando sus unidades armónicas psíquicas se ajustaron a los controles de la tripulación de tal forma que la *Razón Invencible* se salió del rumbo que llevaba y entró en las corrientes periféricas de la Corriente de Nhyarin. La energía psíquica se adhería a los escudos como olas que arrastraran hojas, y aunque no había ninguna sensación real de movimiento, Fiana sintió en sus pensamientos la barcaza de batalla avanzando por delante de ellos, avanzando a través del tiempo y el espacio a una increíble velocidad.

Alrededor de ella, los puntitos de luz que habían sido las otras naves de la flota desaparecieron de la existencia. Al cabo de media docena de minutos, ya no se podía ver nada de la flotilla, con sus naves esparcidas por los cuatro puntos cardinales a

través del tiempo por los misteriosos mecanismos del espacio de la disformidad.

Fiana hizo girar la silla en redondo sin moverse de su puesto, y llevó a cabo un análisis rápido de la actividad tormentosa. Toda la disformidad estaba repleta de tempestades, pero la Corriente de Nhyarin parecía lo suficientemente estable por el momento. No se veía el horizonte, ni distancia ni perspectiva y, por un momento, Fiana estuvo a punto de ser tragada por la abismal naturaleza de la disformidad. Devolvió la mente al interior de su cerebro, bajó la banda de terciopelo acolchado de color plata para que su circuito psíquico impregnado de metal cubriera su tercer ojo.

Justo antes de que su otro sentido fuera reducido creyó ver otro barco navegando sobre un remolino de energía detrás de la barcaza de batalla. Probablemente se trataba de otra nave de los Ángeles Oscuros, atrapada por casualidad por la misma corriente temporal que la *Razón Invencible*. Tomó nota de ello en su diario y le hizo una señal a su medio hermano Assaryn Coiden para que ascendiera a la pilastra y tomase el control. Como miembro de mayor rango de la familia, era su responsabilidad velar por la seguridad de la nave durante las transiciones, pero puesto que esa misión ya estaba cumplida, se alegró de poder delegar en sus hermanos menores. La situación era mucho más tranquila en sus aposentos, y desde que comenzaron la rebelión de Horus y las tormentas, una sola hora de exposición a la disformidad la dejaba con fuertes dolores de cabeza y un cansancio que le drenaba el alma.

Siempre había habido discusiones entre la familia sobre lo que en realidad era la disformidad, y se contaban relatos en voz baja acerca de los extraños fenómenos de los que los navegantes a veces eran testigos durante sus viajes. Ahora, Fiana estaba segura de que había algo más ahí fuera; no sólo alienígenas que vivían en la disformidad como le habían advertido, sino algo que existía como parte de la propia inmaterialidad.

Y los relatos habían aumentado en número y en horror. Siempre habían desaparecido naves, pero la frecuencia con la que lo hacían en esos tiempos era escalofriante, como si la propia disformidad se estuviera rebelando por su presencia. Cuando sentía oscuros remolinos tirando de los bordes de sus pensamientos, Fiana sabía demasiado bien que la disformidad estaba muy lejos de ser un lugar acogedor.

La mirada del León era fría cuando la posó sobre la navegante jefe, Theralyn Fiana. Era la cuarta audiencia que le concedía en un periodo de siete días, y otras dos veces más había recibido su representación a través del capitán Stenius. Sus quejas eran cada vez más enojosas, y las convertían en más irritantes aún el hecho de que el León no podía hacer nada por solucionar los problemas que estaban sufriendo tanto ella como sus compañeros navegantes. La navegante había subido a bordo de la *Razón Invencible* en Balaam, y se la consideraba una experta en las mareas de disformidad sobre las que estaban viajando, pero hasta ese momento, la única impresión que el

León tenía de ella era la de una mujer de rostro delgado que sólo ofrecía excusas como respuesta a su lento progreso.

Esta vez venía acompañada del capitán Stenius, y parecía más nerviosa de lo habitual. El León le hizo señas a Fiana con una mano enguantada para que se acercara, al mismo tiempo que reprimía un suspiro de irritación. La navegante se detuvo a cinco metros del trono del primarca, y el capitán unos cuantos pasos por detrás de ella. Iba vestida con una vaporosa túnica en tonos verdes y azules, de un material que brillaba como el agua cuando caminaba. Llevaba los brazos desnudos y pintados con aros de diseños variados desde el hombro hasta el codo y la parte posterior de las manos tatuada con una intrincada intersección de formas geométricas copiadas de un conjunto de colgantes que pendían de una fina cadena alrededor de su cuello.

El tercer ojo de Fiana estaba oculto tras una ancha banda de color plateado, pero el León podía sentir su contacto sobre él, como una descarga de calor en su carne. Los navegantes, y todos los psíquicos en general, le hacían pensarse mucho las cosas. No sentía muy buena disposición hacia aquellos que eran capaces de verlo de una forma en la que los hombres normales no podían. Sólo al Emperador le confió tal conocimiento.

—¿Qué ocurre ahora? —preguntó el León. Con una mano señaló a Corswain, que acababa de llegar y debía informar a su líder sobre las últimas noticias referentes a Perditus—. Date prisa, hay otros asuntos que requieren mi atención. Si lo que quieres es que calme la disformidad con un movimiento de la mano, tengo que decepcionarte de nuevo, navegante.

—Se trata de otra cuestión, algo urgente, de lo que debemos hablar —dijo Fiana mientras se erguía de su reverencia. Miró al capitán Stenius, y por toda contestación recibió un brusco gesto de asentimiento—. Alabado primarca, durante los últimos días, desde que efectuamos la traslación desde Balaam, mi familia y yo hemos sido testigos de cómo otra nave nos venía siguiendo. Al principio pensamos que se trataba de una coincidencia; una nave compañera de la flota que por casualidad seguía nuestra misma ruta.

—Pero ¿ya no crees que ése sea el caso? —inquirió el León a la vez que se inclinaba hacia adelante—. Según tengo entendido, resulta extremadamente difícil, tal vez imposible, seguir a una nave en el espacio de la disformidad.

—Eso era también lo que nosotros teníamos entendido, alabado primarca. Los navegantes habían intentado muchas veces permanecer los unos dentro del alcance de los otros, pero noventa y nueve de cada cien veces todo contacto se pierde en un día, y siempre en dos días. Algunas veces establecemos una analogía entre la disformidad y las corrientes del mar, pero esto es una comparación bastante simplista. La disformidad no sólo fluye a través del espacio en el interior de otro reino paralelo al

nuestro, sino que además discurre sobre diferentes corrientes temporales.

—Eso lo sé —replicó el León, cada vez más impaciente—. Una hora en la disformidad supone varios días transcurridos en el espacio real. Si una nave efectúa una traslación un día antes que otro, podría significar semanas de adelanto en su viaje. Todavía no has dicho por qué la coincidencia no es una explicación adecuada, navegante. He hecho cientos de saltos de disformidad en mi vida, y no resulta nada extraordinario que un barco sea alcanzado por otro en la misma corriente durante un viaje.

—No, alabado primarca —contestó Fiana. Se irguió en toda su altura y miró a los ojos al primarca, aunque tan sólo por un momento antes de que la intensidad de sus ojos la forzaran a apartar la mirada de nuevo—. Hay que destacar que hemos cambiado cuatro veces la corriente en los últimos cinco días, buscando la más rápida hacia Perditus, y menos de una hora después la nave ya estaba detrás de nosotros de nuevo. Nos viene siguiendo, alabado primarca, y no conozco a nadie que posea tal capacidad.

El León no perdió el tiempo preguntando si la navegante estaba en lo cierto; el tono de sinceridad de su voz y la dura mirada de sus ojos lo convencieron de que decía la verdad tal y como ella la creía. Hizo un gesto de asentimiento con la cabeza y le indicó con un gesto a Stenius que se acercara.

—Lamento mi falta de tacto, lady Fiana. Gracias por traer este asunto a mi atención. Capitán, creo que ya sabías algo de todo esto, ¿verdad?

—Lady Fiana me habló de sus sospechas ayer, mi señor. Le pedí que confirmara sus hallazgos otro día más, y decidí que el asunto tenía la importancia suficiente como para que lo considerarais.

—Es algo imposible, alabado primarca —insistió Fiana—. Ningún navegante puede seguir a otra nave en la disformidad con semejante precisión. Trabajamos con intuiciones e instintos demasiado vagos para tal exactitud.

«No sería posible para un navegante —pensó el León—, pero podría ocurrir».

Durante su infancia en Caliban, creciendo solo en la oscuridad, en los bosques infestados de monstruos, aprendió rápidamente que algunas bestias no necesitan ver para cazar. Algunas poseían otros sentidos aparte de la vista, el oído y el gusto; podían perseguir a su presa por el rastro de su alma. Tales criaturas eran las más mortíferas con las que se había enfrentado, y no físicamente. Los caballeros de Caliban las llamaban nephillas, y sólo con gran esfuerzo se podía acabar con ellas, aunque el León había matado unas cuantas en su juventud.

Había una tremenda diferencia entre unas cuantas nephillas que merodeaban en la oscuridad de los bosques de Caliban a toda una nave que era capaz de seguir a otra a través de la disformidad con una precisión infalible, pero al igual que Fiana, el León no creía en las casualidades. Había ciertas fuerzas en juego, unas fuerzas desatadas

por Horus y sus aliados, que él no acababa de comprender, y hasta que se demostrara lo contrario, el León estaba dispuesto a creer que sus enemigos eran capaces de cualquier cosa.

—Por el momento es lógico suponer que nuestro misterioso perseguidor es una nave de los Amos de la Noche —declaró el León después de medio segundo de meditación—. ¿Crees que es posible eludir a este enemigo sin correr riesgos innecesarios o demorarnos excesivamente en nuestro viaje? No creo que el enemigo conozca nuestro destino y el secreto que se esconde allí.

—No estoy segura de saber qué hacer, alabado primarca —le respondió Fiana—. No es algo que se enseñe a un navegante.

—Seguramente habrá sufrido la persecución por parte de algo distinto a una nave, ¿no? —quiso saber el León—. Existen habitantes de la disformidad que son conocidos por perseguir a las naves.

—Por supuesto —admitió Fiana—. Conozco un pequeño repertorio de maniobras evasivas, pero la respuesta habitual cuando te enfrentas con una crisis semejante es una traslación inmediata al espacio real.

—Ésa será nuestra segunda opción —dijo el León—. Preferiría evitar el retraso que eso añadiría a nuestro viaje. Tienes dos días para deshacerte de nuestro perseguidor. Quiero un informe directo de los progresos, lady Fiana.

—Como ordenéis, alabado primarca —contestó la navegante, inclinándose hacia adelante con una reverencia.

Cuando el capitán Stenius y lady Fiana se marcharon, el León llamó a su senescal.

—Desconfío enormemente de esa embarcación que nos persigue, Cor —admitió el primarca—. Que la tripulación de combate duerma junto a su armamento, y doblad la vigilancia.

—Como ordenéis, mi señor —asintió Corswain—. Si tenéis tiempo, deberíamos discutir la estrategia que vamos a seguir cuando lleguemos a Perditus. El último contacto que tuvimos muestra que los Manos de Hierro y la Guardia de la Muerte acababan de comenzar la batalla. Para cuando lleguemos, es posible que uno u otro bando haya tomado ventaja ya.

El León trató de no pensar en naves fantasmas y se concentró en una tarea mayor.

—Vamos a considerar Perditus como un entorno hostil —declaró el primarca—. Es imposible decir las causas por las que pelea otra fuerza. La Guardia de la Muerte, el Mechanicum, los Manos de Hierro: todos ellos deberán ser considerados enemigos hasta que yo diga lo contrario.

Durante dos días, Fiana y los otros tres navegantes que viajaban a bordo de la *Razón Invencible* realizaron varias maniobras que, en circunstancias normales, los hubieran

alejado de la nave que los seguía. Cambiaron frecuentemente de corrientes en el interior de la disformidad haciendo que la barcaza de combate pasara de los torrentes más rápidos de la Corriente de Nhyarin a los afluentes más tranquilos de sus bordes exteriores. Se zambulleron en los remolinos, algo bastante arriesgado incluso antes de las últimas turbulencias en los que se había visto envuelto el espacio de la disformidad. Dos veces hicieron virar completamente la nave y navegaron contra corriente, alejándose de la ruta de Perditus.

La otra nave siempre los volvía a encontrar, algunas veces sin desaparecer, otras simplemente desvaneciéndose y apareciendo en el borde de detección una o dos horas más tarde, siguiendo inequívocamente la estela de la barcaza de batalla.

Trascurridos los dos días concedidos por el León, Fiana y Stenius fueron convocados de nuevo ante el primarca para discutir lo que debían hacer a continuación. Con el León estaba Corswain, llamado por su señor. Fue Stenius quien habló en primer lugar.

—Cualquiera que sea la fuerza que guía a nuestro perseguidor, está fuera de nuestras posibilidades librarnos de ellas, mi señor —anunció el capitán de la nave.

—No totalmente más allá de nuestros medios —declaró Fiana, ganándose una mirada penetrante de Stenius; suficiente como para delatar la existencia de una discusión previa entre los dos, aunque su parcial parálisi facial impedía cualquier otra expresión más significativa.

—No voy a poner mi nave en peligro —declaró Stenius con un tono de voz firme.

—¿Tienes una alternativa? —preguntó el León, dirigiendo su mirada a Fiana.

—Hace tres días, o tal vez cuatro, que tenemos conocimiento de una anomalía a la que llamamos el Abismo de Morican. Corresponde aproximadamente a la estrella de Morican, un sistema muerto. Existe una región que es como una brecha en la disformidad, un abismo insondable rodeado por un turbulento torbellino. Es posible navegar por los bordes exteriores de ese remolino, y la tormenta ocultaría nuestra ruta de salida.

—¿Y los riesgos? —preguntó Corswain.

—El espacio nulo, el vacío en el ojo de la tormenta, puede detener a una nave, dejarla varada durante días, semanas, algunas veces para siempre —le explicó Stenius, haciendo un gesto de desaprobación con la cabeza—. No deberíamos pensar en ello ni en el mejor de los casos, y nuestra misión en Perditus es demasiado importante como para correr el riesgo de retrasarnos, o incluso algo peor.

El león consideró todo aquello, sopesando las ventajas de despistar al perseguidor contra un posible desastre. Descartó el plan de la navegante, pero recordó la anterior conversación que había tenido con Fiana.

—Lady Fiana, antes sugeriste que debíamos efectuar un salto de emergencia al espacio real. ¿Es posible que podamos hacerlo al mismo tiempo que la otra nave

permanezca cegada por una de tus maniobras?

—Sí, es posible, alabado primarca —le confirmó Fiana.

—No estamos seguros de que nuestra nave fantasma no posea los medios para detectar tales cosas —argumentó Corswain—. No tenemos ni idea de sus capacidades. Según tengo entendido, cualquier nave en movimiento produce ondas, un eco a lo largo de las corrientes de la disformidad. Si los Amos de la Noche tienen un psíquico o algún otro medio de seguir nuestros movimientos, podrían ver una traslación tan claramente como en un día de verano.

—Todavía más un salto de emergencia, alabado primarca —añadió Fiana—. El oleaje que se produciría sería similar al provocado por una piedra arrojada a un lago; incluso un navegante inexperto podría detectarlo.

—Además existe el peligro de que nuestro motor de disformidad colisione con el campo Geller de la otra nave —intervino Stenius—. Sean cuales sean los medios que tengan para seguirnos, tienen que permanecer cerca de nosotros para poder usarlos.

—Interesante —musitó el León, y una cadena de pensamientos se puso en marcha por la advertencia del capitán. Primero miró a Corswain y luego clavó su mirada en Stenius—. Hermanos, asegurad la nave para realizar una traslación de emergencia, pero mantened a las dotaciones de artillería en sus puestos. Lady Fiana, quiero que coloques el barco de una forma en particular. Encuentra una corriente de la disformidad rápida desde la que puedas moverte rápidamente a otra contraria.

—¿Cuál es vuestra intención, alabado primarca? —preguntó Fiana, con un gesto de preocupación en el ceño bajo la banda de plata de su frente.

—Nuestro enemigo sigue nuestros movimientos de cerca pero no de forma instantánea —les explicó el León—. Nos moveremos de forma que los obliguemos a acercarse demasiado, y luego activaremos los motores de disformidad para saltar al espacio real. La otra nave se verá atrapada por la estela de nuestra salida y saldrá de la disformidad detrás de nosotros. En el espacio real nuestro enemigo se hará vulnerable al ataque.

—¡Si ambos barcos no resultan destrozados, mi señor! —dijo el capitán Stenius.

Estaba a punto de seguir con sus objeciones cuando el León lo interrumpió con un gesto brusco.

—Ya conoces mis intenciones. El plan no admite discusión alguna. Lady Fiana, de ti dependerá elegir el momento más oportuno para realizar la traslación. Por todo lo que he oído anteriormente de sus habilidades, espero que tengamos éxito.

—Por supuesto, alabado primarca —dijo la navegante con determinación.

Su reputación había sido puesta en entredicho, y para una navegante que aspiraba a ser la próxima patriarca de su casa, no había nada más valioso que los elogios de un primarca.

El León miró a Stenius y se inclinó hacia adelante para hablarle en voz baja.

—¿Comprendes mis órdenes, capitán? —preguntó el primarca.

—Sí, mi señor —le contestó Stenius también en voz baja.

—Entonces, ambos podéis marcharos —dijo el León. Con una mano señaló a Corswain—. Quédate un momento, hermano.

Cuando el capitán del barco y la navegante se marcharon, el León le hizo un gesto a Corswain para que se acercara al trono.

—Estoy preocupado por Stenius —le confesó el primarca—. Primero se retrasa al informarme de la persecución, y ahora parece reacio a resolver nuestra situación.

—Estoy seguro de que no existen motivos para sospechar de él, mi señor —dijo Corswain en tono formal, inquieto por la cuestión de la lealtad de Stenius.

—¿Estás seguro, hermano? ¿Ciento por ciento seguro? ¿Pondrías las manos en el fuego por él?

Corswain dudó al oír el tono de la voz del León. Tras un momento, se postró sobre una rodilla e inclinó la cabeza.

—No tengo ninguna duda sobre el capitán Stenius, mi señor. Sin embargo, para disipar cualquier sospecha que podáis albergar, le pediré al hermano redentor Nemiel que os informe.

—Como veas adecuado, hermano —asintió el León con una extraña sonrisa en el rostro.



TRES

El estrecho espacio situado sobre la pilastra de navegación apenas podía albergar a los cuatro navegantes. Lo que el primarca había pedido requería un conjunto de circunstancias muy específico. Fiana y sus compañeros navegantes reconocieron cada uno un tramo de la disformidad en busca de la conjunción de corrientes necesarias para hacer virar a la *Razón Invencible* lo más rápidamente posible hacia la nave fantasma. Todos los demás preparativos estaban ya listos; la compañía de astartes de la nave estaba preparada para la potencialmente devastadora entrada al espacio real, mientras que Fiana había advertido a sus compañeros del efecto nocivo que podía tener en sus mentes.

—Tengo algo —avisó Ardal Aneis, uno de los hermanos menores de Fiana—. Un promontorio contranebuloso en el lado de babor.

Fiana dirigió su mirada artificial en la dirección que Aneis había mencionado y vio lo que había llamado su atención. Tres corrientes de disformidad, una muy fuerte, las otras dos más débiles pero aproximándose la una a la otra en ángulos cerrados, se unían para crear un remolino tridimensional. El flujo de salida se curvaba hacia la trayectoria de la barcaza de guerra y se cruzaba con un pozo hueco que se derramaba lentamente de regreso a la Corriente de Nhyarin.

—Capitán Stenius, por favor dirija el control de navegación principal hacia mi panel de mando.

La recogida de las comunicaciones zumbaba en las temblorosas manos de Fiana, y ella evitó con firmeza las miradas preocupadas que se veían en los ojos de sus compañeros navegantes. Recibió una señal afirmativa de Stenius y unos segundos después la pantalla que tenía bajo su brazo izquierdo parpadeó al activarse. Un subprograma de diagnóstico se desplazó rápidamente a través del vidrio de color verde pálido y luego la pantalla se quedó completamente oscura.

La voz de Fiana se convirtió en un susurro a medida que tecleaba la maniobra

necesaria para conducir la nave hacia el centro del promontorio.

—Recuerda el orgullo de la Casa Ne'iocene.

No se oía nada en la disformidad. Ni la presión de la marea ni de la inercia golpeaban el metal y el ferrocemento, pero aun así Fiana era capaz de sentir la torturada mole de la *Razón Invencible* cuando el campo Geller se realineó y empujó a la barcaza de batalla de un extremo a otro del remolino de energía de disformidad. Fiana se sintió mareada durante un momento cuando su otro sentido se tambaleó mientras a su alrededor las corrientes enfrentadas del promontorio psíquico colisionaban entre sí como las mandíbulas babeantes de una inmensa e inmaterial bestia.

Kiafan, el más joven de los hermanos de Fiana, cayó de rodillas junto a la jefe de los navegantes y vació todo el contenido de su estómago en el suelo entre jadeantes rugidos de dolor. Fiana no hizo caso de la distracción y tecleó otra instrucción en su tableta de runas. El barco se colocó en una franja de energía psíquica durante varios segundos antes de elevarse, impulsado por el promontorio como un grano de arena atrapado en la estela de una ballena que saliera a la superficie del mar.

Fiana apretó los dientes e hizo un ajuste final de la trayectoria, lo que la obligó a mirar hacia los hilos de energía desenrollados que se desplegaban ante ella. Ancló el campo Geller al más fuerte y luego apartó a un lado a sus compañeros para desplomarse sobre la única silla que había en la habitación.

—Capitán, ya navegamos por el nuevo rumbo —dijo exhausta a través del comunicador.

Se estabilizó y buscó la mota flotante de energía que era la huella de la otra nave en la disformidad. La localizó un poco más adelante, aproximándose rápidamente. No había tiempo que perder. Incluso desde su previsto estado de desaceleración, los motores de disformidad tardarían varios minutos en alcanzar la máxima potencia. Un poco más de tiempo y estarían justo encima de su nave fantasma y sus campos Geller se fusionarían. El efecto de efectuar una traslación tan cerca de otra nave podría suponer la destrucción para ambos.

—¡Inicie la traslación ya, capitán! ¡Active los motores de disformidad!

Corswain trató de seguir el ejemplo impuesto por su primarca y se mantuvo inmóvil en la galería superior del estrategium de la *Razón Invencible*, justo detrás y a la izquierda del hierático León. Al otro lado del primarca estaba el hermano redentor Nemiel. El capellán llevaba un casco con una calavera por rostro, de modo que no se veía su expresión ya fuera de interés o contrariada. Las órdenes de lady Fiana no ayudaron a aplacar la intranquilidad de Corswain y provocaron que la tripulación del puente de mando entrara en una actividad frenética. Los ayudantes de navegación se

movieron rápidamente de un puesto de control a otro bajo el brillante resplandor de sus pantallas, donde supervisaban las emisiones de salida de energía y los umbrales de seguridad mientras los reactores de plasma de la barcaza de guerra elevaban un ciento por ciento la potencia de impulso como preparación para la activación del motor de disformidad.

Corswain apretó los dientes a medida que sentía una indefinida presión creciendo en el interior de su cráneo. No fue como la conmoción de una onda de choque o como la atracción que se siente al hundirse, sino que fue más parecido a un contenedor que se iba llenando lentamente, que había alcanzado su capacidad y que, sin embargo, aún no había reventado. El sufrimiento estaba tras sus ojos, mental, no físico. Aparte de la dislocación que provocaba la teletransportación y que estremecía todo el cerebro, era la sensación más desagradable con la que se había encontrado jamás en todos sus largos años de servicio en la legión.

Una mirada al León le confirmó que si el primarca sufría las mismas molestias que sus hermanos, no demostraba ningún signo externo de ello. El comandante de la I Legión se puso en pie con las piernas separadas, los brazos cruzados sobre la coraza pectoral, y la mirada fija en las múltiples pantallas que componían la pared de la pantalla principal. Los ayudantes que trabajaban más abajo interactuaban como partes orgánicas de un complejo aparato cuyo eje principal era el capitán Stenius en el trono de mando. Pregunta y respuesta, informe y orden, todo fluía a través del capitán del barco, quien dirigía todo ese esfuerzo con respuestas bruscas y órdenes secas.

Corswain no fue capaz de imaginarse los pensamientos que ocupaban la mente de Stenius en ese momento. Una traslación en la disformidad resultaba bastante difícil en condiciones óptimas, y las condiciones en las que se encontraban distaban mucho de ser perfectas. Al mirar de nuevo al León, Corswain se dio cuenta de que el primarca había desviado su atención del vacío gris a las pantallas de Stenius.

Era imposible descifrar el significado real de la inescrutable mirada del primarca, pero eso no le impidió a Corswain especular, ocupar su mente con tales pensamientos inútiles con el fin de evadirse del momento que seguía en el que la realidad y la irrealidad colisionarían y todos ellos podrían quedar borrados de la existencia.

Los comentarios del León referentes a Stenius le interesaban a Corswain por dos aspectos. Primero, se preguntaba qué sería lo que a él se le había pasado por alto y que el primarca había logrado ver gracias a su intuición. Corswain fue, al menos hasta el momento que se reunieron con Luther y el resto de la legión de Caliban, la mano derecha del primarca. Era su deber predecir las órdenes y actos de su señor antes de que necesitaran la atención del León. Si había alguna faceta de la forma de ser de Stenius que había pasado por alto, Corswain decidió que no estaba cumpliendo adecuadamente con sus obligaciones.

Frente a todo esto estaba la preocupación de que no hubiera nada raro en el

comportamiento de Stenius, lo cual no era un buen presagio para el actual estado mental del León. Desde que estuvo en Tsagualsa, el primarca había meditado incluso más de lo que Corswain estaba acostumbrado. Su señor no le había contado nada de lo que lo preocupaba, sólo hablaba de la campaña que estaban librando contra los Amos de la Noche, pero hasta estas conversaciones estaban teñidas de una nueva determinación que rayaba en un ansia de victoria que Corswain no había visto en el León desde los primeros días de la cruzada. El roce del senescal con la muerte obligó a Corswain a reconocer sus propios defectos y hacerse cargo de sus obligaciones con gran esfuerzo; tal vez el primarca sintió lo mismo.

—Traslación de disformidad dentro de diez segundos.

El monótono discurso de Stenius atravesó los incoherentes pensamientos de Corswain. Apretó los puños, ya que sabía lo que sucedería a continuación. El León dio un paso hacia adelante, se agarró a la barandilla con ambas manos mientras miraba a Stenius con los ojos entrecerrados. El primarca abrió un poco la boca, como si estuviera a punto de hablar. No dijo nada y movió ligerameme la cabeza. Tenía los labios apretados.

—Comienzo de la traslación al espacio real.

Ésta era la parte que más odiaba Corswain, una sensación muy parecida a la incorpórea sacudida del teletransporte. Durante un interminable momento, la *Razón Invencible* estuvo atrapada entre dos dimensiones, sobre el precipicio de lo material y lo inmaterial, como un vagabundo en una encrucijada del destino. Un momento antes navegaba a la deriva sobre las mareas de la disformidad, encerrada en el interior de una burbuja de realidad conservada intacta por su campo Geller. Un instante después se encontraba en el verdadero universo, arrancado de las corrientes antinaturales, y la realidad creada por el campo Geller hizo implosión a medida que el espacio real envolvía la nave.

La cabeza le dio vueltas a Corswain durante unos cuantos segundos, aturdido por una sensación de irrealidad, ya que su alrededor parecía desfasado, inconexo y frágil.

La sensación pasó y dejó un leve palpitar tras los ojos de Corswain.

El León ya estaba dando órdenes para que se pusieran en funcionamiento los escáneres de corto alcance, ansioso por comprobar si su plan había funcionado y la nave fantasma había sido arrastrada por la peligrosa maniobra.

—Toda la potencia a los augures locales y a los barridos de banda ancha de auspex —dijo el primarca, acercándose hacia la amplia escalera que conducía a la sala principal del estrategium—. Redirigid la señalización de largo alcance y los sensores hacia los escáneres de las redes de comunicación. ¡Encontradme esa nave!

Los sistemas de la *Razón Invencible* rastrearon el espacio circundante durante siete minutos. Corswain y Nemiel habían seguido a su primarca hasta la planta principal, y

allí se unieron al capitán Stenius, que había cedido su posición de mando directo al León. Nadie pronunció ni una sola palabra durante esos siete minutos, mientras los técnicos del escáner trabajaban incansablemente para tratar de determinar si el plan había tenido éxito.

—Contacto identificado con una nave de las Legiones Astartes, mi señor —anunció uno de los asistentes del estrategium—. Veintidós mil kilómetros desde la proa, a estribor. Se trata de un crucero ligero de la clase Eclipse. Amos de la Noche. Transmiten como la *Sombra Vengativa*.

—Monitorizamos las fluctuaciones del campo de la disformidad, mi señor —dijo otro asistente—. Transfiriendo a la pantalla principal.

La pantalla más grande del estrategium se activó y quedó cubierta por un amplio campo de estrellas. En la esquina inferior de la derecha, una corona de luz en movimiento dibujaba la silueta del crucero ligero enemigo, atrapado en un torbellino entre el espacio real y la disformidad.

—¡Todo a estribor, treinta grados, plano abajo doce grados! —gritó el León después de hacer los cálculos de navegación en tan sólo un par de segundos; incluso con la ayuda de un cogitator trigonométrico, Stenius hubiera tardado al menos dos minutos en calcular la dirección exacta requerida—. Torpedos preparados, tubos tres y cuatro. Que los pilotos se dirijan a las Thunderhawks y los Stormbirds.

Las órdenes del primarca resonaron a través del estrategium y pusieron en movimiento a los equipos de oficiales y funcionarios. Mientras se llevaban a cabo estas nuevas instrucciones, el León cruzó la sala y se dirigió hacia los paneles de control Stenius se colocó detrás de él.

—Mi señor, una salva completa de torpedos tendrá muchas más posibilidades de destruir al enemigo.

—No quiero acabar con ellos, capitán. Capturaremos la nave y nos apoderaremos de la tecnología que han usado para seguirnos hasta aquí. Estoy introduciendo los códigos de orientación de los torpedos; no fallarán.

—Por supuesto que no, mi señor —asintió Stenius, dando un paso hacia atrás; sólo el tono de su voz delataba su disgusto.

—Solicito permiso para dirigir los equipos de abordaje, mi señor —dijo Corswain.

—Denegado, hermano. —El primarca no levantó la mirada mientras sus dedos bailaban sobre las teclas de runas del panel principal de armamento—. Inmovilizaremos la nave y yo mismo dirigiré el ataque.

—No creo que ésa sea una buena idea, mi señor —insistió Corswain, desafiando a su primarca—. Las interferencias de la disformidad que rodean la nave enemiga son bastante inestables. La nave podría ser arrastrada de nuevo a la disformidad mientras estáis a bordo.

Los dedos del León dejaron de teclear por un momento y el primarca se incorporó. Corswain se preparó para recibir una reprimenda.

—Denegado, hermano —repitió el León, y continuó con su trabajo—. Te necesitaré a bordo de la *Razón Invencible*.

Corswain automáticamente miró a Stenius, adivinando las intenciones de su primarca. La desconfianza del León seguía allí.

—El hermano redentor Ne…

—No es un oficial con nivel de comandante, hermano. —Las palabras del León fueron cortantes pero no duras. Acabó su tarea y se volvió hacia Corswain, y sus profundos ojos de color verde perforaron el cráneo del senescal—. Permanecerás a bordo, Cor. A menos de que haya otra razón por la que no debería ser así.

—Torpedos apuntados hacia el objetivo, mi señor —informó un técnico de armamento, lo que obvió cualquier respuesta que Corswain pudiera dar, aunque no tenía ninguna—. La trayectoria de fuego se ha trazado según vuestros cálculos.

—Lanzamiento de torpedos cuando nos encontremos en un ángulo óptimo —ordenó el León—. Motores a máxima potencia hacia el enemigo.

—Sí, mi señor —contestó Stenius. Activó el sistema de comunicación interno y repitió la orden a los tecnomarines situados en las salas del reactor.

—Tubo tres en marcha. Lanzando tubo tres. Tubo cuatro en marcha. Lanzando tubo cuatro.

Las palabras salieron de forma automática de la rejilla bucal de un servidor semihumano conectado con una maraña de cables al puesto de control de armamento. La demacrada figura era poco más que un torso y una cabeza que sobresalían de un panel de mandos cilíndrico, con los ojos cerrados con grapas y las orejas reemplazadas por grandes receptores auditivos con forma de antenas.

En la pantalla principal, la nave de los Amos de la Noche, zarandeada y en problemas por la maniobra, estaba justo a proa, y la andanada de los dos torpedos se dirigía a gran velocidad desde la barcaza de guerra hacia su objetivo.

—Veintitrés segundos para la separación del torpedo. Veintisiete segundos para el impacto —gritó el servidor de armamento.

Las ardientes unidades de plasma de los torpedos ya eran otro brillante par de estrellas que destacaban contra el telón de fondo de la galaxia desvaneciéndose poco a poco en la distancia.

—Mi señor, tengo a lady Fiana solicitando permiso para establecer contacto a través de las comunicaciones internas —dijo un ayudante.

—Envíela a los altavoces —contestó el León, que regresó a grandes zancadas a través del estrategium para colocarse al lado del trono de mando.

—La nave de los Amos de la Noche está haciendo algo raro con los motores de disformidad —informó la navegante a través del sistema de dirección interno.

Corswain vio que el primarca fruncía el ceño al oír su lenguaje impreciso.

—Procura ser más concreta, lady Fiana —dijo el León—. ¿Qué puedes ver?

—Perdonad mi imprecisión, alabado primarca. Es difícil describirlo para alguien que sólo posee una visión normal. Hay algo, algunas… cosas que se mueven en el campo Geller que rodea a la nave enemiga. Da la impresión de que unos fragmentos del espacio disforme se encontraran en realidad dentro de la nave, pero eso es imposible.

—He oído esa palabra con demasiada frecuencia últimamente —replicó el primarca—. ¿Qué importancia tiene eso para nosotros?

Antes de que Fiana pudiera responder, la atención del León se desvió hacia otro lugar.

—Mi señor, la nave enemiga está dando la vuelta, tratando de liberarse de la grieta de la disformidad. Se están acercando rápidamente a nuestra posición.

—Detecto un nuevo mensaje, mi señor.

Los dos informes llegaron casi al mismo tiempo, y el León dudó por primera vez desde que llegó al estrategium, sin saber a qué información responder primero. La pausa sólo duró lo que dura una fracción de un latido de corazón antes de que tomara una decisión.

—Ajustad la trayectoria en dos puntos a babor y preparad las baterías de estribor —ordenó el primarca—. Descifrad el mensaje y transferidlo a los altavoces principales.

El aire se llenó de silbidos estáticos durante varios segundos mientras los sistemas automáticos de descifrado descodificaban la nueva transmisión.

Lo que se oía por los altavoces sonaba como el incomprensible silbido de una serpiente, cada sílaba era pronunciada con desprecio. Una sonrisa torcida se dibujó en el rostro del León y miró a Corswain.

—Nunca me interesé mucho por el lenguaje nostramano, Cor. Tú lo has estudiado, lo sé. Dime, ¿qué dicen? No creo que estén pidiendo clemencia.

—Os felicitan por el truco que los ha arrastrado hacia la luz, pero el resto no han sido más que amenazas sin sentido. Dicen que llegará el día de nuestro castigo en Slathissin y que todos tendremos que enfrentarnos con nuestro destino.

—No recuerdo ningún sistema llamado Slathissin, ni en Thramas ni en ningún otro lugar —comentó el León.

—Es una referencia a su pasado bárbaro, mi señor —explicó Corswain—. Es el infierno más profundo, donde las almas de los caídos imponen venganza sobre aquellos que los agraviaron, reservado a los traidores, parricidas o cosas peores.

—No existe tal lugar, sus amenazas son vanas —intervino Nemiel, quien habló por primera vez desde su llegada al estrategium. Miró a Corswain a través de las lentes de su casco en forma de calavera, con la expresión permanentemente oculta—.

No hay ningún infierno, y no existen tales cosas como las almas.

Segundos más tarde, unas carcajadas que rozaban la locura sonaron a través de la transmisión.

—Estás equivocado, hijo de Caliban. Muy equivocado. Como pronto descubrirás. Slathissin tiene abiertas sus puertas para todos vosotros.

—No tengo ninguna orden que transmitir —dijo el León—. ¡Cortad ya la transmisión!

—Aun así tenemos oídos, glorioso León.

—No estamos transmitiendo ninguna señal —confirmó uno de los asistentes de comunicaciones.

—Mi espada espera a tu garganta, infiel. Soy Nias Korvali, y en la última medianoche tendré una sangrienta venganza.

Uno de los técnicos que vigilaba los monitores de seguimiento lanzó un grito, sólo unos segundos antes de que una sirena automática sonara a través del estrategium.

—¡La nave enemiga está activando sus escudos de vacío y los motores de disformidad, mi señor! —dijo alguien con un grito de pánico.

—Qué locura —murmuró Nemiel—. La reacción provocada por los campos de vacío los destrozará.

—¡Cohetes de maniobra, todo a babor! —gritó el León—. Esa misma reacción creará una ola en la grieta de la disformidad, destruyéndola. ¡Activad el campo Geller, preparaos para una traslación imprevista!

—Torpedos separados. —La monótona declaración del servidor detuvo la actividad. Corswain miró a la pantalla principal, lo mismo hicieron el León, Stenius y algunos otros.

Se vio un breve parpadeo cuando los propulsores se activaron y los torpedos lanzaron sus múltiples cabezas nucleares contra la nave de los Amos de la Noche. Como si fuera su respuesta, la mancha multicolor que rodeaba la nave contra la que iban a impactar brilló de forma violenta, y varias oleadas de energía caleidoscópica surgieron de la grieta de la disformidad como llamaradas iridiscentes.

El crucero ligero parecía replegarse sobre sí mismo, y la implosión liberó otra ráfaga de energía de disformidad cuando sus escudos de vacío intentaron devolver la energía psíquica en estado puro a la misma disformidad, lo que creó un bucle que se alimentó de la brecha entre los dos universos. Corswain estaba mirando a la nave enemiga en el centro de un arco iris circular en constante movimiento, y al siguiente momento toda la pantalla estaba llena de líneas onduladas y espirales de energía de disformidad palpitante. Entonces se dio cuenta de que el emplazamiento de esa energía no se encontraba en la pantalla, sino en el aire, a todo su alrededor.



CUATRO

—Mantened la calma.

El León habló sin prisa, pronunciando aquellas tres palabras con tranquilidad mientras sentía como el pánico se apoderaba de las decenas de tripulantes que manejaban el estrategium. No había ni un solo hombre o mujer a bordo del barco que no se hubiera enfrentado con la muerte más de una vez, pero ser engullido por una grieta de la disformidad era una prueba a la que ninguno de ellos se había enfrentado antes.

Activó el sistema de comunicaciones interno con el movimiento de un dedo.

—A todos los capitanes y demás oficiales, mantengan la disciplina en sus secciones. Estamos experimentando una situación temporal que será resuelta rápidamente. Tienen sus órdenes, obedézcanlas.

El primarca sintió que su corazón latía con más rapidez de la normal, pero era simplemente una respuesta esperada frente a una emergencia. Se tomó un momento para revisar la situación.

La *Razón Invencible* estaba atrapada entre la disformidad y el espacio real, aprisionada en una grieta provocada por la detonación de los motores de disformidad de la nave de los Amos de la Noche. El León sentía la energía de la disformidad latiendo a través y alrededor de él, inundando la materia de la nave, el aire, su cuerpo. Sólo habían transcurrido unos segundos desde que la marea de la disformidad los envolviera y todo pareciera ligeramente distorsionado, como si estuviera de pie en un ángulo de la normalidad, mirando desde un lugar ligeramente distinto.

Las luces de los paneles de control parpadearon de forma extraña y titilaron a un ritmo aberrante que no representaba a ningún sistema de la nave. Las voces mudas de la tripulación se oían dislocadas, sonaban como si vinieran de muy lejos. Las pantallas visuales se habían quedado en blanco, incapaces de reproducir el torbellino de energía que daba vueltas alrededor de la nave. El capitán Stenius se colocó al lado

del primarca, dejó a su paso un tenue resplandor y un rastro de chispas brillantes que cayeron de su armadura mientras se movía.

—Informe sobre la situación —dijo el León—. Escudos de vacío. Campo Geller. Motores de disformidad.

—Sí, mi señor —contestó Stenius, y su voz resonó por un momento en el interior de la cabeza del León. Otros rastros ardientes revolotearon en el aire cuando el capitán elevó el puño hasta el pecho en señal de saludo.

—¡Nos llegan informes de combates! —avisó Corswain, quien se había desplazado a una de las consolas de mando principales. Su voz sonaba como un grito lejano aunque se encontraba a menos de diez metros de distancia—. Cubiertas de armamento de estribor, niveles ocho y nueve.

—¿Es el enemigo? —gritó el León—. ¿Un ataque teletransportado de los Amos de la Noche?

—El informe no es claro, mi señor —respondió Corswain—. Es muy confuso.

—Baja hasta allí y pon un poco de orden, hermano. Mente despejada, disciplina y coraje.

Corswain hizo un gesto de asentimiento con la cabeza y se dirigió hacia las puertas mientras el León dirigía su atención de nuevo a Stenius, con una ceja levantada en señal de duda.

—La interferencia de la disformidad nos impide aumentar los escudos de vacío, mi señor. Sufriríamos el mismo destino que los Amos de la Noche. Lo mismo sucede con el campo Geller; no hemos completado la traslación, y al activarlo se correría el riesgo de provocar un bucle de retroalimentación masiva. Los motores de disformidad continúan recuperando potencia después de la maniobra de traslación. —Aunque la cara del capitán estaba inmóvil, se encogió de hombros—. Estamos atrapados aquí por el momento, mi señor.

El León escuchó sin hacer ningún comentario. Las duras palabras del capitán le hicieron darse cuenta de la realidad de la situación. Estableció un plan de acción.

—No podemos liberarnos de esta tormenta, así que lo que haremos será cabalgada hasta su corazón. Que los motores de disformidad estén preparados lo antes posible. Haremos una traslación completa de vuelta al espacio disforme y activaremos el campo Geller para restablecer la normalidad. Que lady Fiana me informe inmediatamente. ¿Entendido?

—Sí, mi señor.

Las puertas principales se abrieron con un siseo y quince guerreros de los Ángeles Oscuros vestidos con armadura de exterminador entraron, con los bólters de asalto y los puños de combate preparados. Sus enormes armaduras eran tan negras como la noche y estaban adornadas con plata, una negrura sólo rota por los símbolos de la legión sobre las hombreras y los emblemas en forma de calavera de color escarlata de

sus enormes placas pectorales, el símbolo personal del hermano redentor Nemiel, que estaba allí para recibirlos.

—Mantened el orden, hermanos —dijo el capellán a sus guerreros de escolta—. Estad atentos y no vaciléis.

Cuando se bajó de la cinta transportadora que llevaba hasta la cubierta de armamento número nueve, con su séquito de diez legionarios detrás de él, Corswain aún no tenía una idea clara de lo que estaba sucediendo ni de quién había atacado la nave. El canal de comunicaciones estaba rebosante de informes sobre los asaltantes desconocidos que atacaban un bastión tras otro, y hasta él llegaba el eco de los disparos de bólter y de armamento pesado que resonaba por todo el corredor desde las plataformas de armamento hacia la proa. Era posible, aunque sumamente improbable, que los Amos de la Noche hubieran conseguido alguna forma de teletransporte a larga distancia como un acto desesperado antes de que su nave fuese destruida; no sería la acción más increíble que los Amos de la Noche hubiesen llevado a cabo en los últimos tiempos.

La cubierta de armamento estaba compuesta por un pasillo principal de casi un kilómetro de largo, con pasajes de acceso cada doscientos metros que conducían a las torretas, que a su vez eran independientes y contenían en su interior los macro cañones y los tubos de lanzamiento de los misiles usados para el ataque a corta distancia de las naves enemigas. Estaban diseñados para resistir un abordaje, y Corswain vio que los mamparos de defensa estaban cerrados en las plataformas más cercanas, lo que las aislaba del resto de la nave. No podía comprender cómo un atacante había conseguido destruir varias plataformas de una vez en un espacio de tiempo tan corto.

Varias docenas de miembros de la tripulación desarmados, vestidos con libreas de color negro, pasaron corriendo hacia popa, huyendo de la batalla. Tenían una mirada desquiciada en los ojos y no le prestaron atención cuando les pidió que se detuvieran y le explicaran lo que estaba sucediendo. Corswain nunca antes había visto tanto terror en los ojos de unos hombres tan veteranos.

A lo lejos se oyó otra salvaje ráfaga de disparos mientras el senescal y sus guardaespaldas bajaban por el pasillo hacia el lugar del combate. Se suponía que quien estaba al mando era el capitán de cubierta Isaases, pero no respondía a las llamadas de Corswain por el intercomunicador; probablemente ya estaría muerto.

En medio de las detonaciones de granadas, un puñado de guerreros de los Ángeles Oscuros retrocedió hasta el pasillo principal sin dejar de disparar con los bólters hacia la puerta de la torreta de armamento número cuatro. Dos de ellos empuñaban lanzallamas que escupían promethium ardiente hacia esa entrada.

Los sentidos automáticos de la armadura de Corswain oscurecieron su visor

durante un momento cuando un destello de energía brillante surgió de allí; un chorro de llamas de color rosa y azul explotaron en el pasillo llevándose con ellas los cuerpos calcinados de otros dos ángeles oscuros más. El senescal nunca había visto un arma como ésa y echó a correr, con la pistola y la espada de energía preparadas mientras se acercaba con el grupo de legionarios. Los dos guerreros que habían sido alcanzados se agitaban en el suelo mientras las llamas multicolores les atravesaban las armaduras y derretían las placas de blindaje como si hubieran sufrido una explosión de plasma.

Una petición de informe murió en los labios de Corswain cuando llegó a la altura de la puerta de la torreta y vio lo que había en su interior. No pudo pensar en nada por un momento.

El interior de la torreta estaba recubierto de llamas multicolores, y dentro de ese infierno cegador se retorcían unas extrañas figuras. No se parecían a nada que Corswain hubiera visto antes, y se había enfrentado con muchos enemigos extraños a lo largo de los años que llevaba al servicio de la I Legión. Las criaturas alienígenas parecían estar hechas del mismo fuego; no tenían cabezas, eran cuerpos sin patas con la cara en el pecho y unos brazos largos y desgarbados que escupían fuego desde unas aberturas con forma de fauces en los extremos. Sus torsos ardían hasta los bordes chorreantes donde deberían estar las piernas, y saltaban de un lado a otro retorciéndose. Las criaturas lo quemaban todo con total desenfreno. El crepitar de los fuegos iba acompañado de gritos y lamentos inhumanos.

Corswain sintió el peso de la pistola en la mano mientras la levantaba, y por primera vez desde que tuvo edad suficiente para empuñar un arma, la mano le tembló mientras apuntaba. Aquellos ojos de puro fuego blanco lo miraron diabólicamente desde el corazón del infierno, quemando su psique de la misma forma implacable que las llamas habían derretido la armadura de los ángeles oscuros muertos. Corswain tuvo la sensación de que estaba mirando hacia un abismo sin fondo de llamas, y aquella visión se le grabó en la memoria como la marca de un hierro al rojo.

Comenzó a disparar, pero los proyectiles explosivos estallaron antes de alcanzar sus objetivos.

Las criaturas estaban en la puerta, las llamas lamían ya el suelo del pasillo principal. Corswain cambió de objetivo y disparó dos veces contra los controles de desbloqueo de emergencia. El mamparo cayó justo delante de los alienígenas enloquecidos, apagando el infernal fuego y provocando un espeluznante silencio en el lugar.

Mientras trataba de comprender todo lo que había visto, Corswain se dio cuenta de que el centro del mamparo comenzaba a brillar. Las antinaturales llamas de los atacantes se dedicaron a la tarea de abrasar la compuerta, de varios metros de espesor. Mientras observaba cómo se extendía el brillo, comenzaron a caer gotas de material

fundido sobre el plastiacero como el sudor por su frente. El senescal estimó que las criaturas sólo tardarían unos cuantos minutos en liberarse de su prisión temporal.

En el silencio que los rodeaba, miró a los otros ángeles oscuros, pero al igual que ellos, no se le ocurría nada que decir. Fue incapaz de dar órdenes, ya que se había quedado paralizado por la impresión de lo que se habían encontrado.

—¡Senescal!

La voz de alerta la dio el hermano Alartes, uno de sus guardias personales.

Corswain se volvió para mirar hacia popa, y vio el aire atorbellinado cargado de energía, como cuando la brecha de la disformidad se tragó la nave por primera vez. Se formaron unas siluetas en aquellos vapores malsanos. Parecían unos monstruosos perros de caza de color rojo de carne escamosa y colmillos de hierro, con unas colas llenas de afiladas púas venenosas y la cabeza rodeada por un reborde blindado. Los perros de caza infernales estaban ya casi formados, y sus gruñidos resonaban por todo el pasillo. Tardarían muy poco tiempo en lanzarse contra ellos.

Las apariciones le recordaron a los antiguos cuentos de Caliban, y una palabra cargada de odio y miedo le vino a la cabeza: nephilla. Corswain se encontró hablando solo, dando una orden por instinto que creyó que nunca tendría que dar como oficial de los Ángeles Oscuros.

—¡Retroceded! Replegaos y sellad la cubierta de armamento.

Retrocedió hacia la cinta transportadora más cercana sin dejar de disparar con su arma contra los monstruosos perros, aunque sabía que sus disparos no tendrían mucho efecto. Los otros ángeles oscuros lo imitaron y llenaron el corredor con el rugido de los proyectiles explosivos.

El chasquido de las puertas del mamparo abriéndose detrás de él llenó de alivio al senescal de una forma que nunca había creído posible. Agradecido, retrocedió a la cámara principal mientras los enormes e infernales perros de caza corrían por el pasillo hacia él.

Quedarse allí sería morir.

Las paredes de la sala del navegante brillaron con los ecos previos de lo que estaba a punto de suceder. Fiana visualizó las imágenes de las criaturas monstruosas que arañaban la propia sustancia de la nave. Su tercer ojo le otorgaba una visión de lo que iba a suceder. Coiden estaba de pie al lado de la puerta con una pistola láser en la mano izquierda, aunque fuera un gesto inútil, y tenía la mano derecha apoyada en el marco de la puerta abierta mientras miraba fijamente la antesala, aunque observaba no tanto con los ojos como con sus demás sentidos.

—Está despejado —dijo, y se volvió para mirar a Fiana por encima del cuello alto de su largo abrigo de color bermellón.

—Kiafan, sigue a Coiden; Aneis, quédate conmigo.

Fiana condujo a sus hermanos hacia la puerta y echó un último vistazo a las escaleras en espiral que conducían a la pilastra de navegación. Algo grande y con forma de babosa arrastraba su cuerpo por el metal de la escalera mecánica, haciéndose más sólido a medida que se abría paso a través de la disformidad.

Fiana levantó la banda de metal que bloqueaba su tercer ojo y abrió el párpado correoso que le cubría el globo ocular. Se concentró en la aparición solidificada y canalizó el flujo de energía que le permitía atravesar los dos velos de la disformidad. Allí, en el espacio real, ese flujo surgió como un rayo purificador de luz negra que golpeó a la bestia entre las sinuosas frondas que rodeaban sus fauces. El ser se debilitó bajo la penetrante mirada psíquica de Fiana. Su insustancial forma se desvaneció convertida en bruma cuando la energía que la unía al plano material fue devuelta al espacio de la disformidad.

Un grito de Kiafan la alertó de que había más criaturas en el pasillo exterior, y salió corriendo para unirse a los demás. Unos espectros alados con garras en forma de gancho colgaban de las rejillas de ventilación del techo y habían conseguido atrapar la capucha de la túnica de Kiafan para arrastrarlo hacia arriba. Lo que Fiana vio con sus ojos normales fue una mancha de movimientos sobre Kiafan mientras el desesperado navegante trataba de apuntar su tercer ojo hacia las dos criaturas que lo tenían agarrado por detrás; con su otro sentido, ella miró a las criaturas con forma de gárgola de largas y huesudas extremidades y carne parecida a la piedra.

Coiden y Aneis unieron el poder de su tercer ojo para hacer estallar a las horribles criaturas y devolverlas a su reino inmaterial, lo que hizo que Kiafan cayera al suelo violentamente. Se agarró el tobillo y miró a Fiana con los ojos llenos de lágrimas.

—Creo que está roto —gimió.

—Vienen a través de las paredes —advirtió Aneis.

Unas criaturas humanoides y otras con formas horribles se materializaban a través de los desnudos mamparos de plasticero que rodeaban a los navegantes; eran demasiados como para poder destruirlos a todos.

—Ayuda a tu hermano —le dijo Fiana a Coiden.

Ella agarró a Aneis por el hombro y arrastró a su hermano más allá de los otros dos. Lo empujó hacia la puerta que conducía hasta el siguiente mamparo. Un ser ciclópeo y con una enorme panza se estaba formando sobre un oscuro charco de óxido y fango, esparciéndose por el suelo de corredor.

—Despeja el camino —le ordenó Fiana.

—¿Hacia dónde? —preguntó Aneis, con su joven rostro casi blanco a causa del miedo.

—Al estrategium —contestó Fiana—. Tenemos que llegar hasta la protección del León.

Después de haber recuperado parte de su equilibrio mental, Corswain hizo todo lo que pudo para organizar la defensa de las cubiertas de armamento, pero los misteriosos invasores resultaban prácticamente imposibles de combatir. Por los focos dispersos a lo largo de la *Razón Invencible*, estaba claro que el ataque no se limitaba a las baterías de armamento, ni a las cubiertas de estribor. Los grupos de enemigos aparecían por toda la nave en gran número, aparentemente con la intención de apoderarse de la sala de disformidad. Con los enemigos materializándose detrás de las líneas de defensa, burlándose de cualquier barrera física que se levantara ante ellos, Corswain había movilizado las compañías de la nave en patrullas de cien guerreros.

No muy lejos del estrategium, sus guardaespaldas y él se encontraron con lady Fiana y su familia. Los escoltaba el sargento Ammael y su escuadra, y aunque los navegantes se veían angustiados y demacrados, ninguno de ellos parecía estar gravemente herido. El senescal relevó a Ammael de su obligación y lo envió a las cubiertas de motores donde la batalla se estaba prolongando.

Cuando el grupo llegó al estrategium, se encontraron con algo inesperado. Allí no había ningún signo de lucha; los técnicos se dedicaban a sus tareas con tranquilidad, ignorando la escena que se estaba desarrollando entre ellos.

El León estaba de pie en el centro de la cámara principal, y delante de él había un ángel oscuro arrodillado. El legionario llevaba puesto un tabardo blanco sobre la armadura de color negro, y tenía la cabeza inclinada en señal de sumisión. Rodeado por su guardia personal, el hermano redentor Nemiel se inclinó hacia el legionario arrodillado con su pistola y su crozius en las manos.

—Esperad aquí —les dijo Corswain en voz baja a los navegantes, haciéndoles un gesto para que se quedaran a un lado.

El León oyó las palabras que el senescal había murmurado y lo miró.

—Tu elección del momento oportuno para llegar es involuntariamente impecable, hermano —le dijo el primarca—. Me enfrento a un dilema.

—Mi señor, no sé lo que está sucediendo aquí, pero estoy seguro de que puede esperar un momento. Necesitamos vuestra guía. La nave está sufriendo un ataque en toda regla, y lo llevan a cabo unas criaturas que son casi invulnerables a nuestras armas.

—El castigo por perjurio no admite demora —intervino Nemiel.

Mientras se aproximaba, Corswain reconoció al legionario que estaba arrodillado. Tenía el casco bajo el brazo y la cara medio escondida detrás de largas ondas de pelo negro. Era el hermano Asmodeus, un antiguo bibliotecario.

—¿Perjurio? —se extrañó Corswain—. No comprendo…

—Mi pequeño hermano se ha excedido —dijo el León, aunque no parecía haber

ira en su voz—. Al verse atacado, incumplió el Edicto de Nikea y desató los poderes de su mente.

—Realizó actos de brujería —insistió Nemiel—. ¡Las mismas vilezas perpetradas por los Amos de la Noche que ahora amenazan nuestra nave!

—Eso ya se decidirá, hermano redentor —dijo el León—. Aún no tengo mi veredicto.

—El Edicto de Nikea es incuestionable, mi señor —insistió Nemiel—. Los guerreros del Librarium no debían utilizar sus poderes. Asmodeus ha roto el juramento que hizo.

—¿Funcionó? —preguntó Corswain.

—¿Qué? —exclamó Nemiel, volviéndose en dirección al senescal.

—Asmodeus, ¿has podido destruir al enemigo con tus poderes?

El antiguo bibliotecario no dijo nada pero miró al primarca e hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

—Interesante —comentó el primarca, y sus ojos verdes se fijaron en Corswain como si quisiera ver sus pensamientos.

—He podido comprobar de primera mano lo que pueden hacer estas cosas. Son… —se interrumpió el senescal, dudando en usar la palabra. Respiró hondo y continuó —: Nos enfrentamos a nephillas, mi señor, o a algo parecido. No están formados íntegramente por materia física y nuestras armas no hacen ningún daño a su carne antinatural.

—Son criaturas de la disformidad, alabado primarca. —El grupo de ángeles oscuros se volvió mientras lady Fiana se aproximaba—. Están hechos de materia de la disformidad, y la grieta les ha permitido manifestarse en nuestro mundo. No pueden ser destruidos, sólo enviados de vuelta. La mirada de nuestro tercer ojo puede dañarlos.

—¿Es eso cierto? —preguntó el León, agachándose para poner una mano en el hombro de Asmodeus—. ¿Tus poderes fueron capaces de herir a nuestros atacantes?

—De la disformidad provienen, y con el poder de la disformidad pueden ser expulsados de nuevo —le confirmó el bibliotecario. Se puso en pie cuando el León cambió la posición de la mano y ayudó al legionario a incorporarse. Se encontró con la mirada del primarca durante un instante y luego la desvió de nuevo—. El hermano redentor Nemiel tiene razón, mi señor. He roto el juramento que hice.

—Un grave delito, que me aseguraré de procesar debidamente cuando esta situación se haya resuelto —dijo el León. Entonces miró a Nemiel—. Hay dos bibliotecarios más a bordo: Hasfael y Alberien. Traedlos aquí.

—Esto es un error, mi señor —protestó Nemiel, moviendo la cabeza en un gesto de negación—. Las abominaciones que nos atacan, esos nephillas, son un acto de

brujería. Yo también hice un juramento: defender el Edicto de Nikea. Desatar más brujería nos pondrá aún más en peligro. ¡Pensadlo de nuevo, mi señor!

—He dado una orden, hermano redentor —dijo el León, poniéndose en pie.

—Una orden que no puedo acatar —replicó Nemiel con tono firme, aunque Corswain pudo ver que las manos del capellán temblaban del esfuerzo que le suponía desafiar a su propio primarca.

—Mi autoridad es absoluta —le recordó el León, apretando los puños y con los labios entreabiertos dejando ver sus dientes relucientes.

—El Edicto de Nikea fue emitido por el Emperador, mi señor —argumentó Nemiel—. No existe una autoridad superior.

—¡Se acabó!

El rugido del León fue tan poderoso que provocó que los sentidos automáticos del casco de Corswain atenuaran su audición, como habrían hecho si estuviera atrapado en una detonación potencialmente ensordecedora.

El senescal no estaba completamente seguro de lo que sucedió después. El León se acercó, y una décima de segundo después, un destrozado casco con forma de calavera giraba a través de las brillantes luces del estrategium formando un arco de sangre en el aire. El cuerpo decapitado de Nemiel cayó al suelo mientras el León levantaba la mano. Tenía trozos de ceramita incrustados en la punta de los dedos de su guantelete manchado de sangre.

Corswain miró la cara de su primarca, horrorizado por lo que había sucedido. Por un momento tuvo una visión de satisfacción, vio como los ojos del León brillaban mientras contemplaba su obra. Transcurrió un segundo. El León pareció darse cuenta de lo que había hecho y su rostro se retorció en una mueca de dolor mientras caía de rodillas junto a los restos del hermano redentor.

—¿Mi señor?

Corswain no estaba seguro de qué decir, pero como senescal sabía que tenía que actuar.

—Lloraremos por él más tarde —dijo el León. El primarca se puso en pie, con la mirada aún clavada en el cuerpo de Nemiel. Apartó los ojos y miró a lady Fiana, quien se estremeció como si la hubieran golpeado. Tenía tres gotas de sangre sobre la pálida piel de la mejilla derecha—. Di a los bibliotecarios que quedan liberados de sus juramentos de Nikea. Lady Fiana, tú y tu familia dirigiréis cada uno a una compañía de mis guerreros. Cor, reúne ocho fuerzas de contraataque.

—¿Ocho, mi señor? Tres de los bibliotecarios y uno para cada uno de los navegantes, o eso entiendo. ¿Dirigiré yo el otro?

—Yo lo dirigiré —dijo el León—. Ninguna criatura, nephilla o de cualquier otra clase, ataca mi nave sin pagar las consecuencias.



CINCO

Mientras su senescal organizaba las fuerzas de los Ángeles Oscuros, el León se dirigió a su sala de armas personal. Cinco siervos de la legión estaban esperándolo en el interior del salón recubierto de piedra, ataviados con sobrepellices de color verde oscuro, botas pesadas y guantes. Cada uno de ellos llevaba también una pistola en el cinturón, aunque el León no había encontrado a ningún enemigo en su camino hasta allí y parecían estar tranquilos.

Los informes de los ataques aumentaban de frecuencia a medida que los nephillas, o lo que quiera que fueran sus asaltantes inmateriales, parecían estar ensanchando la brecha desde el espacio de la disformidad para permitir que más miembros de su especie se manifestasen.

Los muros de la sala estaban cubiertos de armas de asombrosa variedad, fabricadas para el primarca o capturadas como botines de la conquista de los cientos de culturas con las que se había encontrado durante la Gran Cruzada. Comenzó con su primera espada corta de Caliban, que le fue entregada por Luther como aceptación en la orden de caballeros; esa simple espada ocupaba un lugar destacado en el centro de la exposición.

Aquella colección de armamento era la única muestra de ostentación que se permitía a sí mismo. Había pasado largos ratos allí contemplando las muchas formas que había inventado la humanidad de acabar con un enemigo, aunque en los últimos tiempos su sala del trono se había convertido en una guarida más habitual. Se detuvo un momento para pensar, paseó junto a las paredes, acarició sus piezas preferidas, deslizó un dedo cubierto por el guante por las cuchillas para apreciar la forma en que estaban hechas. En la guerra, al igual que en otras actividades, el hombre fue creativo, mostrando genio y perspicacia atroz incluso con el nivel más elevado de tecnología.

Muchas de las armas eran demasiado pequeñas para su puño y estaban expuestas

únicamente como adorno, mientras que otras tenían un propósito diferente en sus manos: las espadas de hombres normales eran usadas como cuchillos por el León. Algunas tenían diseños antiguos y tradicionales, mientras que otras tenían filos monomoleculares, generadores de campos de energía, electrocampos y otros avances tecnológicos.

Había espadas anchas, espadas largas, espadas bastardas, espadas mortuorias, flambergas, estoques, sables, cimitarras, khopeshes, espadines, tulwares, shorels, espadones, misericordias y machetes; myrmexes, cestos y puños de hierro; basilardas, estiletes, dagas y puñales; cuchillos, hoces y kopis; azadas, palos, picos, mazas, mazas de pinchos, mayales, mazos y martillos de guerra; hachas, hachas de guerra, hachas de mano, hachas de doble filo, hachas de hoja ancha y azuelas; picas, partesanas, bisarmas, sarisas, medias alabardas, alabardas Lochaber, lanzas de jabalí, tridentes, más alabardas, guadañas, medias picas y lanzas largas.

No se apresuró, sino que se tomó su tiempo para ordenar sus pensamienros, teniendo en cuenta el enemigo al que se enfrentaba. En su juventud mató a una nephilla con sus propias manos por necesidad, aunque eran casi inmunes a la mayoría de las armas mortales; otro beneficio de su herencia genética de primarca. Hoy iría armado, así que empuñó dos espadas bastardas, dos poderosas armas pesadas de puño y medio para los seres humanos normales, pero que el gigantesco primarca podía empuñar sin problemas con una sola mano. Estaban magníficamente forjadas y eran la creación de un artesano de Caliban cuyo nombre se había perdido en la historia. Sus nombres estaban inscritos a lo largo del borde de cada espada en letras floridas: *Esperanza* y *Desesperación*. Cada una de ellas tenía una acanaladura a lo largo para aligerar el peso de la hoja, y el borde estaba formado por un compuesto cristalino más afilado que cualquier metal, irrompible y que no necesitaba ser afilado. El León había encontrado el par de espadas usadas como piezas ceremoniales por uno de los maestros de la orden, y quedó tan encantado por los brillantes filos de sus cuchillas que insistió en hacer un intercambio por un pellejo de sablesabre en estado impecable que el primarca había preparado con sus propias manos.

Armado con las espadas, el León se reunió con la compañía que le había sido asignada en la puerta principal, sobre las salas del reactor y el núcleo de la disformidad, donde la lucha era más feroz. Varios legionarios heridos estaban siendo arrastrados por la rampa de acceso con heridas horribles, como quemaduras y cortes a través de las armaduras que los habían atravesado hasta el hueso.

—Luchad con orgullo, morid con honor —dijo el León, alzando sus espadas a modo de saludo a sus pequeños hermanos.

Se desplegaron detrás de su primarca formando cinco líneas de cincuenta guerreros cada una.

Los corredores estaban cubiertos de cadáveres; la mayor parte de ellos eran siervos y tripulantes desarmados. Sus destrozados cuerpos se encontraban apilados en sangrientos montones y taponaban las puertas de las salas laterales. Algunos habían perdido la cabeza o las extremidades, otros eran poco más que trozos ennegrecidos de carne chamuscada. Algunos estaban colocados entre ellos en poses lascivas, lo que provocó un gruñido de disgusto en el primarca.

Aquí y allí, las moscas y los gusanos ya se estaban arrastrando por la suciedad de los muertos, excavando bajo la piel de los caídos y dándose un festín con los ojos sin vida. El León oyó entre susurros las maldiciones proferidas por su compañía, pero no deseó mandarlos callar, puesto que él también sentía ganas de maldecir.

Se detuvo cuando se encontró con los cadáveres de dos ángeles oscuros muertos. Se arrodilló junto a ellos. Sus armaduras estaban medio derretidas, como si hubieran sufrido el ataque de un ácido corrosivo muy poderoso, y tenían la piel salpicada de ampollas y bubones. Caliban había sido sacudido alguna vez por extrañas plagas, y las ampollas con triple pústula que corrompían la piel de los dos marines espaciales muertos hicieron que el León recordara algo.

—Tenemos que quemar a los muertos para que no se extienda la descomposición —dijo solemnemente mientras se erguía.

Un rastro de baba, como el de un caracol, sólo que de un metro de ancho, se alejaba de los cuerpos y se dirigía hacia uno de los pasillos que conducían al corredor principal. El primarca dio instrucciones a un escuadrón para que persiguieran y dieran caza a la criatura que había dejado ese rastro, y luego continuó su avance hacia las salas del motor principal, que se encontraban varios cientos de metros más adelante.

De repente, de la nada, ocho nephillas cobraron vida justo enfrente del primarca. La brecha de la disformidad se había hecho tan grande que casi no les daba tiempo a materializarse a todos los atacantes. Estas criaturas tenían una forma vagamente humanoide, con cuerpos encorvados y brazos delgados pero fuertes. Sus patas eran semejantes a las de un perro y su carne era del color de la sangre y ligeramente escamosa. Tenían cabezas alargadas, con cuernos de color negro a los lados. En las manos con forma de garras llevaban espadas triangulares de bronce brillante. Los ojos de color blanco puro miraron fijamente al León durante un momento mientras las lenguas viperinas lamían unos dientes tan finos como agujas.

Profiriendo gruñidos y gritos de guerra, los nephillas atacaron como uno solo alzando sus espadas mientras corrían hacia el León. Éste no esperó a que el enemigo llegara hasta él, sino que saltó hacia adelante para cargar contra ellos. En la mano izquierda, su espada *Esperanza* paró dos golpes que se dirigían a la ingle, mientras que *Desesperación* degolló a una de las criaturas separando el tejido inmaterial de su cuerpo sin encontrar resistencia.

El León sintió un golpe de energía recorriéndole todo el cuerpo cuando la criatura explotó convirtiéndose en una lluvia de sangre que tiñó el suelo y la armadura del León de rojo. No hubo tiempo de detenerse para maravillarse por esta extraña muerte, ya que las siete criaturas que quedaban trataban de rodear al primarca.

Los proyectiles de bólter zumbaron y chasquearon cuando los ángeles oscuros hicieron todo lo que pudieron para ayudar a su comandante. Las explosiones causaron poco efecto en los nephillas, pero al menos los mantuvieron distraídos. El León trazó un gran arco con *Esperanza*, partió una espada alzada y separó los cuerpos de otros dos atacantes más mientras clavaba a *Desesperación* en la cara de un tercero. Las armas de los nephillas golpearon su armadura negra y dorada, destrozando las placas esmaltadas con una facilidad que ningún arma mortal hubiera podido hacer jamás, aunque la carne del primarca permaneció sin sufrir herida alguna.

El León esquivó otro golpe de una de aquellas cuchillas infernales y golpeó la cabeza de un nephilla que lo acechaba por la espalda con *Desesperación*, seccionando el cuerno negro y la piel roja. No tenía hueso bajo la carne, y la criatura cayó formando un charco de color rojo como las demás. Dos segundos más tarde y tras una lluvia de golpes, el León despachó al resto de los asaltantes, y su armadura quedó cubierta de un líquido pegajoso de color rojo. Olía como la sangre, pero sabía que no podía ser sangre ya que las criaturas no tenían venas, arterias ni corazones para llevar algo así en su interior.

Aturdido por este descubrimiento, el León continuó su avance y ordenó a su guardia que lo siguiera rápidamente mientras caminaba salpicando al pisar las manchas de color rojo. Le mandó una señal a Stenius, que había permanecido en el estrategium.

—¿Cuánto tiempo hará falta para que el impulsor de disformidad esté en funcionamiento, capitán?

—Menos de veinte minutos, mi señor —fue la respuesta tras unos segundos—. Tenemos un problema, sin embargo. El enemigo ha hecho salir a los ingenieros del núcleo de disformidad y está tratando de asaltar la sala de contención. Lord Corswain y lady Fiana están tratando de abrirse paso desde las cubiertas de popa, mi señor.

—Me reuniré con ellos en la cámara del núcleo principal, capitán.

El León comenzó a correr, y con sus amplias zancadas rápidamente dejó atrás a su compañía de ángeles oscuros.

Corswain se sintió sólo un poco mejor al estar acompañado de lady Fiana. La mirada de su tercer ojo era devastadora para el enemigo, pero se cansaba rápidamente y debía reposar varios minutos entre uno y otro ataque. Durante esos períodos de tiempo, le correspondía a él y al resto de ángeles oscuros protegerla con sus armas terrenales. No era imposible, ya que los nephillas podían ser destruidos por el fuego de armas

pesadas o por una descarga particularmente poderosa de un cañón láser o un arma semejante, pero era una tarea muy difícil y el destacamento estaba gastando municiones y células de energía a una velocidad prodigiosa. Les quedaban menos de la mitad de la munición que habían llevado consigo para cuando llegaron a los corredores y a las escaleras que bajaban hacia las cámaras del núcleo principal.

Se encontraron con toda clase de espeluznantes enemigos en su recorrido de dos kilómetros hacia las salas de popa: enormes bestias con forma de disco provistas de garras afiladas y con fauces que podrían triturar la armadura de un legionario en pocos segundos, organismos de seis extremidades con gigantescas pinzas de langosta y largas lenguas cubiertas de veneno, apariciones cambiantes con caras lascivas en los torsos que daban vueltas y giraban al mismo tiempo que escupían un fuego hechicero por las yemas de los dedos.

La fuerza original de Corswain de doscientos legionarios de los Ángeles Oscuros se había visto reducida a poco más de la mitad; veintiocho de ellos habían muerto o estaban en el apothecarion, y los demás se habían quedado en la retaguardia para defenderse de un enemigo que podía materializarse en cualquier lugar.

Con su guardia personal muy cerca de él, el senescal descendió por la escalera principal hasta las entrañas de las cubiertas de motores mientras otros escuadrones se dividían para despejar las rutas de acceso secundarias. Los peldaños de la escalera estaban cubiertos por los cuerpos de los tripulantes muertos. Entre los cadáveres decapitados y destripados había unos cuantos legionarios con las armaduras negras desgarradas y la carne horriblemente despedazada y retorcida. Corswain no tenía ni idea de lo que podía haber causado unas heridas tan horribles, y la conmoción que le provocó todo aquello hizo que aferrara con más fuerza la empuñadura de su pistola bólter y la de su espada de energía cuando llegaron a la cubierta inferior.

Todo estaba despejado, salvo por el hedor que desprendían los cadáveres hinchados de los ingenieros y los sirvientes. Allí los pasillos estaban cubiertos de conductos de energía, tuberías y cables que mostraban signos de deterioro y abandono, marcados por las manchas de corrosión, el musgo y las algas. Sabiendo que Stenius nunca hubiera permitido que su nave estuviera en tan mal estado, Corswain se vio obligado a determinar que tal decrepitud era de alguna forma un efecto colateral de la presencia de los nephillas.

Lo mismo sucedía en el nivel inmediatamente inferior, donde continuaron sin encontrar a ningún enemigo. Cuando se reunió con sesenta de sus ángeles oscuros, Corswain se preparó para descender a la cubierta principal del núcleo de disformidad. El corredor y la escalera retumbaban con la energía, pero no sólo era la energía del reactor; había tensión en el aire, una sombra intangible que nublaba sus pensamientos.

—La presencia de la disformidad es casi total aquí —le advirtió Fiana. Su rostro

se mostraba agobiado por el esfuerzo, el sudor le recorría la frente y las mejillas y tenía los labios temblorosos—. Si no fuera por la ausencia de alarmas, pensaría que se ha abierto una brecha en el núcleo de disformidad.

—Que todo el mundo permanezca alerta —dijo Corswain a sus guerreros; aunque se dio cuenta de que era algo completamente innecesario, ya que todo el mundo estaba nervioso—. Aquí no hay amigos. Destruid todo lo que se mueva.

Dirigió las fuerzas hacia el sector del núcleo de disformidad. En ese lugar, las paredes estaban blindadas con una espesa capa de ferrocemento cubierta de adamantio. La cubierta propiamente dicha tenía forma ovalada, con un corredor principal alrededor de la sala del núcleo en sí y pasillos laterales que conducían a las consolas de monitores y a las salas de vigilancia.

Había cadáveres por todas partes, algunos de ellos tan horrendamente mutilados que era difícil saber si alguna vez fueron hombres o mujeres. En los primeros cientos de metros, Corswain contó siete ángeles oscuros muertos, dos de ellos con la librea de los tecnomarines. La primera puerta al núcleo de disformidad estaba ciento cincuenta metros más adelante y los montones de muertos aumentaban cuanto más se acercaban a ella.

Sonaban disparos detrás de ellos, y una oleada de nephillas atravesó la puerta para dirigirse hacia la sala principal del núcleo. Todos eran del mismo tipo, pequeñas criaturas con caras en el torso y su innatural carne de color rosa brillante. De las puntas abiertas de sus dedos extendidos salían chispas y chorros de fuego mientras saltaban y daban volteretas por todo el corredor.

Los legionarios abrieron fuego, y una lluvia de disparos cayó sobre los nephillas desde una distancia de cincuenta metros. Corswain disparó su pistola repetidamente, dirigiendo sus disparos contra el mismo objetivo hasta que finalmente la criatura se derrumbó entre nubes de niebla rosácea que brotaba de sus heridas. El nephilla comenzó a estremecerse y a girar alocadamente mientras un trepidante rugido salía de su boca sin labios.

Corswain dejó de disparar, conmocionado por lo que sucedió después.

El nephilla rosado comenzó a mutar, le creció otra cabeza y se dividió en otras dos formas. Su tono rosáceo se convirtió en morado y luego en azul oscuro mientras dos versiones más pequeñas de su forma anterior cobraban vida con un sonoro chillido. Las criaturas de color azul gruñían y fruncían el ceño a sus atacantes, con los dedos flexionados amenazadoramente. Lo mismo estaba sucediendo con los demás, convirtiendo la marea rosa en una lluvia rosada y azul a medida que los otros nephillas eran destrozados por los disparos sólo para resurgir en sus nuevas formas.

Corswain se lanzó a la carga con la espada en alto y disparando en fuego semiautomático. Se encontraba a tan sólo unos cuantos pasos de la línea frontal de la masa azul cuando un rayo de color negro pasó ardiente junto a él: el tercer ojo de lady

Fiana. Hizo un agujero en la masa de nephillas apelotonados en el pasillo, y sus cuerpos se deshicieron convertidos en chispas de color rosa y azul en cuanto los tocaba.

El cargador de la pistola quedó vacío, y Corswain blandió la espada contra el enemigo más cercano. Impactó a la criatura en el brazo extendido con el filo del campo de energía de su espada. El impacto fue extraño, ya que no se pareció en nada a la lentitud de una espada cortando la carne ni a la repentina sacudida de un golpe contra una armadura; fue igual que si Corswain golpeara algún tipo de goma fantástica que se doblegara bajo la fuerza del golpe antes de recuperar su forma original.

El tercer ojo de Fiana brilló de nuevo y abrió una brecha para que los Ángeles Oscuros pudieran lanzarse en mitad de aquella nube de enemigos con los bólters rugiendo, las espadas sierra de los sargentos chirriando y los puños de combate chasqueando cargados de energía. El fuego púrpura y rojo los envolvió, chisporroteó sobre el borde de las armaduras y se coló entre las uniones de las placas de blindaje. La greba derecha de Corswain empezó a arder. La pintura se desprendió y dejó a la vista la ceramita que había debajo. Mientras hundía su espada en el rostro burlón de uno de los nephillas, se dio cuenta de un modo casi distante e indiferente que las llamas no desprendían humo, y eso lo inquietó incluso más que el propio hecho de que una de sus piernas estuviera ardiendo.

El borde del manto de piel que colgaba a su espalda se incendió, pero antes de que las llamas se expandieran, se apagaron, desapareciendo tan rápidamente como se habían materializado. Al volver a centrarse en sus enemigos, se dio cuenta de que todos habían sido destruidos. El aire estaba cubierto por una niebla multicolor, igual que una lluvia de gotitas de tinte en una atmósfera sin gravedad.

Corswain le mandó un mensaje a su primarca por el canal de mando directo mientras recargaba la pistola.

—Mi señor, estamos a punto de entrar en la sala principal del núcleo —le informó —. ¿Estáis cerca?

—Dos cubiertas más abajo, hermano. —La voz del León no mostraba ninguna tensión, aunque sus siguientes palabras fueron una prueba de la oposición a la que se enfrentaba en ese preciso momento. Corswain oyó de fondo una serie de aullidos salvajes y de chillidos inhumanos, aunque la mayoría de ellos se interrumpían de un modo abrupto—. Ahora mismo me estoy enfrentando a varias docenas de enemigos. Me llevará algo de tiempo acabar con todos ellos. Mis fuerzas están llegando, se encuentran a unos trescientos metros detrás de mí. Asegurad la sala del núcleo y me reuniré con vosotros dentro de poco.

Tras comunicar al primarca que había recibido la respuesta, Corswain terminó de recargar la pistola y reunió a sus guerreros, siete menos después del último encuentro,

para dirigirse hacia la puerta de la sala del núcleo. La puerta en sí tenía varios metros de altura, y las compuertas blindadas que se habían bajado para cerrarla aún continuaban en su lugar, pero destrozadas y fundidas, con un agujero lo suficientemente grande como para atravesarlas sin problemas.

Corswain esperaba encontrar resistencia en el portal, pero ningún nephilla se opuso a los legionarios de los Ángeles Oscuros cuando cruzaron la entrada. Oyeron chillidos agudos y lamentos procedentes de la sala principal que se encontraba un poco más adelante, sonidos imposibles de reproducir por una garganta humana. Tras atravesar la maltrecha barrera con las armas en mano, Corswain se dirigió hacia la sala que albergaba el núcleo de disformidad.

El núcleo en sí estaba en el interior de una estructura octogonal fuertemente blindada en el centro de la cámara de bóveda alta, protegido por varias capas de recubrimiento protector. Los símbolos del Mechanicum estaban grabados en la carcasa y formaban una intrincada red de líneas y formas de reluciente metal contra la piedra parecida a la obsidiana del núcleo de disformidad.

Docenas de nephillas como las criaturas de color rosado y azul con las que acababan de enfrentarse se abalanzaban frenéticamente contra el núcleo, arañándolo con las manos, tratando de arrasarlo con chorros de fuego de color rosa. Sus chillidos eran expresiones de ira y frustración. Otras criaturas se arremolinaban alrededor de los pórticos superiores que rodeaban el núcleo, y saltaban en su dirección como tiburones aéreos de Gadia. Los nephillas no hicieron caso a los ángeles oscuros cuando éstos entraron en la sala con las armas apuntadas hacia ellos debido a lo concentrados que estaban en destrozar el núcleo de disformidad.

—¡Aniquiladlos a todos! —gritó Corswain, abriendo fuego con la pistola. Las andanadas de los ángeles oscuros, bólters, bólters pesados, cañones láser y misiles, cayeron sobre la masa de criaturas reunidas alrededor de la estructura del núcleo de disformidad. Los legionarios se desplegaron a lo largo de los pasillos sin dejar de disparar aquella letal lluvia de fuego, y algunos volvieron sus armas hacia el techo cuando las bestias que daban vueltas por encima de ellos se lanzaron en picado profiriendo desgarradores gritos, sacudiendo las colas, las púas y los bordes dentados que rodeaban sus cuerpos con forma de manta mientras descendían.

La sala se llenó con un torbellino de miasmas de energía que se disiparon cuando los ángeles oscuros atacaron con toda la rabia que los invadía. Las ondulantes nubes de energía de disformidad se elevaron hacia el techo. Corswain vio a través de la niebla algo que se movía, algo que se materializaba a partir de los fragmentos que flotaban en el aire como las chispas inflamadas de una hoguera. Era algo más grande que cualquier cosa que hubiera visto hasta ese momento; se alzaba por encima de los marines espaciales y era incluso más alto que el León, aunque no tan voluminoso.

Un relámpago rojizo surgió de la niebla y atravesó la escuadra del sargento

Lennia. Abrió grietas en las armaduras de los legionarios y les abrasó a carne con un enorme estallido de energía incandescente. Los cuerpos humeantes fueron lanzados al aire por la explosión, y quedaron aplastados al estrellarse contra la zona alta de las paredes de ferrocemento.

El ser que surgió de entre la arremolinada vorágine de nephillas muertos se asemejaba a una gigantesca y espeluznante ave, de al menos cuatro metros de altura. Se puso en pie como un hombre, pero su delgado y retorcido cuerpo se apoyaba en unas patas parecidas a las de un halcón o un águila, y sus grandes garras arañaban el suelo de metal, lo que hacía que saltaran chispas a su paso a medida que avanzaba. Del torso le colgaban túnicas de fuego, cuyas llamas parecían mecerse por la acción de algún tipo de viento artificial. Sus brazos eran largos y musculosos, y en las manos también rematadas por garras, la criatura llevaba un bastón hecho de llamas solidificadas de colores siempre cambiantes. De la espalda de la bestia surgían un par de alas que casi llegaban de un lado a otro de la habitación, y las iridiscentes plumas se arrastraban por el suelo a medida que avanzaba.

Tenía dos cabezas que se alzaban sobre sendos cuellos largos y escamosos. Una era semejante a la de un buitre grotesco, y la otra era una serpiente. Ambas estaban coronadas por crestas de largas plumas multicolores de las que caían gotas de fuego de color rojo y azul. Y sus ojos… Corswain se arrepintió de encontrarse con esa abominable mirada, pero fue incapaz de mirar hacia otro lado. Los ojos del nephilla eran de color negro: del negro de un abismo entre las estrellas, del negro de la cueva más oscura de Caliban. El senescal se vio a sí mismo reflejado en esos orbes de ébano, convertido en una diminuta figura frente a la enorme extensión del universo, una minúscula e insignificante mota rodeada de la grandeza de la existencia.

El nephilla arremetió con el extremo de su bastón y llenó la sala de rayos, que acabaron con otra media docena de legionarios. Los proyectiles de bólter explotaban sin causar efecto alguno contra su piel cambiante y lo rayos de los cañones láser rebotaban en sus alas sin hacerles ningún daño.

Lady Fiana se colocó junto a Corswain, y todo su cuerpo se estremeció cuando se quitó la banda de la cabeza para mostrar su tercer ojo. El senescal apartó la mirada justo antes de que se abriera el ojo de la disformidad y vislumbró el rayo de oscuridad que lanzó hacia el nephilla. Golpeó a la criatura en medio del pecho y explotó con una llamarada de energía oscura, pero sólo la hizo tambalearse levemente.

Con un grito de horror, Fiana volvió a proyectar su mirada de disformidad, pero esta vez el nephilla detuvo el rayo con la palma de la mano. La energía se arremolinó alrededor de sus dedos saltando de una punta a otra como una tormenta en miniatura mientras la cabeza de serpiente se arqueaba hacia abajo para examinar la brillante nube de energía. Con los ojos entreabiertos, miró a Fiana y extendió de nuevo una mano hacia ella liberando la energía.

La navegante gritó cuando su cuerpo fue devorado por la oscuridad. La venas y las arterias le latieron bajo la piel, la sangre le brotó de los ojos, de los oídos y de la nariz. Se desplomó en el suelo y se quedó inmóvil.

Corswain volvió su atención de nuevo hacia el nephilla y levantó la pistola. Los dos pares de ojos de ambas criaturas examinaron la estancia y estiraron los cuellos para analizar detenidamente a los ángeles oscuros. Luego hizo un amplio gesto de barrido con el brazo y envió una ola de energía a través del pasillo que derribó a los legionarios. Corswain salió despedido hacia atrás con los demás y se estrelló de espaldas contra la puerta.

El nephilla se irguió en toda su estatura y volvió ambas cabezas hacia el senescal. Pareció relajarse de repente, con el bastón extendido hacia un lado en una mano mientras con la otra acariciaba las llamas de sus túnicas.

Cuando esos cuatro ojos se clavaron en él al mismo tiempo, Corswain notó algo en el interior de la cabeza, algo semejante a una traslación a la disformidad pero más aguda, como un pinchazo en medio de su mente. Trató de bloquear la sensación de que unos dedos le separaban los pensamientos y los recuerdos que albergaba en el cerebro, de que se los examinaban uno por uno, pero no consiguió detener el asalto mental de la criatura.

De repente, el senescal sintió que se le entumecían los brazos y las piernas. Se puso en pie, pero con el cuerpo completamente inmóvil, sin voluntad propia. A su alrededor, el resto de legionarios de los Ángeles Oscuros se estaban recuperando todavía de la onda expansiva del último ataque de la criatura.

Corswain hizo todo lo que pudo para resignarse a morir, pero le resultó duro. Nunca pensó que su vida terminaría de esa forma, tan indefenso como un recién nacido, enfrentado a un enemigo que ni siquiera era capaz de comenzar a comprender. Quiso soltar una maldición, o dedicar su último aliento a su primarca y a su Emperador, pero se le negó hasta ese honor. No tenía el control de su propio cuerpo.

El nephilla extendió uno de sus esqueléticos dedos y lo empujó hacia adelante.

El León lanzó una patada y envió a la bestia con forma de perro de caza dando volteretas por el pasillo. El primarca avanzó media docena de pasos y hundió sus dos espadas en la espalda de la bestia mientras ésta intentaba enderezarse, cortándola en tres piezas que salpicaron de sangre toda la cubierta.

Se detuvo un momento para evaluar la situación. El tramo de escalera que bajaba hasta la sala principal del núcleo estaba a tan sólo cincuenta metros de distancia, y el pasillo estaba libre de enemigos. Oyó a su compañía luchando detrás de él; el eco de

los bólters resonaba por el hueco de la escalera que acababa de dejar. Aunque sabía que sus hermanos estaban en una situación extrema, tenía que concentrarse en su objetivo: recuperar el control del núcleo para que los motores de disformidad y el campo Geller pudieran ser puestos en funcionamiento.

El comunicador sonó mientras avanzaba, y oyó la voz de Corswain. El senescal parecía tenso, como si estuviera hablando con los dientes apretados.

—Mi señor, el camino hasta el núcleo de disformidad está despejado. Debéis venir inmediatamente. Hay algo más aquí, algo que no podemos destruir. —El enlace de comunicaciones silbó unos segundos—. Esa cosa… esa cosa quiere hablar con vos.

El León entró corriendo en la sala del núcleo de disformidad y se hizo cargo de la situación en pocos segundos. Varias docenas de ángeles oscuros estaban desplegados alrededor del perímetro y apuntaban con las armas directamente a un monstruoso nephilla con forma de ave, aunque sin abrir fuego. Frente a la criatura estaba Corswain, de pie, inmóvil a sólo unos cuantos metros de ella, con los brazos colgando inertes a los lados.

Cesad en vuestros ataques o acabaremos con él.

Las palabras llegaron directamente a la mente del León sin pasar por sus oídos. El tono de voz era suave y melódico, en contraste con la criatura demacrada de aspecto repugnante de la que indudablemente procedían las palabras. Las intenciones del nephilla le quedaron inmediatamente claras y clavó los pies en el suelo para detenerse. Se deslizó hasta detenerse con las espadas en alto, preparado para defenderse. Sus guerreros no reaccionaron, por lo que dedujo que las palabras iban dirigidas solamente a él. No sabía si su pasividad era voluntaria o forzada, pero estaba claro que se encontraban en grave peligro.

—No soy yo quien lanzó el ataque —dijo el León, acercándose a la aparición—. Marchaos inmediatamente.

¿Y desperdiciar todo el esfuerzo que tuvimos que hacer para llegar hasta este lugar? He estado buscándote durante mucho tiempo, León de Caliban.

Había algo familiar en la voz de la criatura, como un sueño recordado vagamente. El León no fue capaz de determinar dónde había sido, pero no era la primera vez que la oía. Su mente se agitó con vagos recuerdos de súplica y lamentos.

Sí, es verdad. He venido a ti antes.

—Sal de mis pensamientos.

El León dio un paso a la izquierda y se concentró en bloquear a la criatura en su mente, construyendo un escudo mental como si se estuviera defendiendo de un ataque psíquico. Era un truco que había aprendido mientras acechaba a los nephillas de Caliban. Una de las cabezas de la bestia con forma de ave lo siguió con su

inescrutable mirada, la otra permaneció clavada en Corswain.

Eso puede que funcione en el universo real, pero no aquí. Ahora estás en mis dominios, o al menos tambaleándote al borde. Esta vez no puedes ignorar de mi presencia.

—No trato con alienígenas —replicó el León, dando unos pasos más a su izquierda, reduciendo el hueco entre el nephilla y él.

¿Alienígena? ¿Alienígena? —Había desesperación en la voz—. *Soy más que cualquier simple criatura de tu universo. Soy quien da y quien recibe, el punto crucial del destino, el señor de los paralelos. El pasado y el futuro se presentan frente a mi. No me confundas con cualquier enemigo pequeño que puede ser vencido con la simple fuerza de los brazos*.

—No tienes nada que ofrecerme que me pueda interesar.

El León estaba ya justo detrás de la criatura, su cabeza con forma de serpiente continuaba observándolo con su mirada imperturbable mientras la que tenía forma de buitre mantenía paralizado a Corswain.

Eso no es verdad. Sin embargo, no es poder lo que deseas, eso está claro. Lamentablemente tu ambición está frenada por una de tus habilidades. Te sientes feliz por dejar que tus hermanos habiten en la luz de la adoración de tus padres. Incluso te sacrificas a ti mismo para permanecer fiel a la memoria de lo que una vez fue.

Los dos cuellos comenzaron a cruzarse entre sí mientras el León continuaba dando vueltas. Resistió la tentación de la acusación implícita en las palabras de la criatura, que resonaban con la burla del Acechante Nocturno.

Libertad, León de Caliban. Puedo darte libertad. Sabes que en realidad no te preocupan esos seres inferiores. Son una distracción para ti. Sus debilidades, sus pequeñas disputas, son tonterías innecesarias que se deben evitar. Incluso esta guerra en la que luchas no tiene mayores consecuencias.

—No podemos permitir que Horus venza.

La victoria de Horus no es asunto tuyo. Todo es efímero, incluidas las vidas de los grandes señores de la guerra. He visto el auge y la caída de todas las civilizaciones del universo. Ninguna de ellas puede resistirse, al final, el Caos siempre las consume.

Esa palabra, «Caos», resonó a través de los pensamientos del León. Tuvo una visión fugaz de la eternidad, de la entropía del universo siempre cambiante, nuevas vidas nacidas de la muerte, de estrellas que se destruyen para crear mundos y mundos muriendo para formar nuevas estrellas, todo el constante flujo.

—El Emperador nos ha mostrado un nuevo camino. La Verdad Imperial perdurará por toda la eternidad.

Unas tremendas carcajadas resonaron en el interior del cráneo del primarca.

¡Estúpido! Tu Emperador no es más que un estafador con grandes ambiciones. Su imperio no es más grande que cualquier otro edificio creado por la humanidad, y caerá con la misma facilidad.

Aquellas palabras fueron pronunciadas llenas de desprecio y, sin embargo, encendieron un rayo de esperanza en el pecho del León: la criatura había hablado del Emperador en tiempo presente… como si el Señor de la Humanidad continuara aún con vida.

El nephilla no pudo seguir el progreso del León con sus ojos de serpiente y apartó la mirada de Corswain por un momento. La cabeza de serpierte se volvió hacia el senescal mientras su rostro con forma de buitre siguió con la mirada clavada sobre el primarca.

Sólo fue una fracción de segundo, pero era lo único que el León necesitaba.

Antes de que su mirada regresara a Corswain de nuevo, el León se abalanzó contra el nephilla con la espada extendida. La criatura reaccionó con una velocidad asombrosa y retorció todo el cuerpo en su dirección al mismo tiempo que alzaba el bastón para lanzar un doble rayo de energía.

—¡Acaba con él, Cor! —gritó el León mientras lo envolvían espirales de energía crepitante.

Una sensación de dolor le recorrió todas y cada una de las extremidades, un dolor que le atravesó el pecho y lo golpeó en el interior de la cabeza.

Con un rugido, el primarca se liberó de la red de rayos que lo rodeaban y prosiguió el ataque con la espada por delante. Una lluvia de fuego cayó sobre la criatura desde el cerco formado por los ángeles oscuros mientras Corswain se alejaba de un salto. La pistola bólter del senescal empezó escupir proyectiles.

Necio predecible.

El nephilla blandió el bastón en un arco amplio y desvió el primer golpe del León. La criatura giró sobre sí misma, plegó las alas, y esquivó el ataque del León dando un paso hacia un lado a la vez que su cabeza con forma de serpiente arremetía contra el cuello del primarca con los colmillos al descubierto.

El León se volvió a mitad del salto y soltó la espada llamada *Esperanza*, que había sido desviada por el bloqueo del nephilla. Los dedos del guantelete se cerraron alrededor del delgado cuello de serpiente mientras el primarca se dejaba caer al suelo. Sin soltarlo, el León arrastró al nephilla con él, y el pecho de la criatura se estrelló contra la punta de la espada *Desesperación*, que estaba esperándolo.

Herido pero no muerto, el nephilla se irguió, le arrebató la espada de la mano al primarca, extendió las alas una vez más, pero ahora se parecían a las de un murciélago aunque de color oro brillante. Clavó el pico de buitre en el casco del León para tratar de liberar a su otra cabeza. Luego batió las alas con una energía feroz en un intento por echar a volar, pero el León se mantuvo firme, aunque el tirón lo puso

en pie.

—¿Viste venir esto? —gruñó el León, al mismo tiempo que golpeaba con su puño el pomo de la espada medio hundida, lo que enterró completamente la hoja en el cuerpo del nephilla.

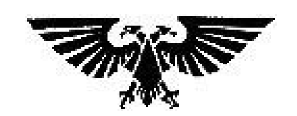
El primarca sintió un momento de contacto con la criatura. Algo en lo más profundo de su interior conectó con la esencia del nephilla. Su ira se encendió, encontró un conducto de paso a través de su brazo, entró en el puño y brotó por la hoja de la espada clavada como un fuego de color blanco que saliera del corazón del León.

Los penetrantes gritos de la criatura atravesaron la mente del primarca.

Su cuerpo estalló convertido en una esfera de energía, lo que llenó la habitación de unas llamaradas que se expandieron e hicieron que el primarca se tambaleara. Las gotitas de la espada fundida repiquetearon al chocarle contra el peto de ceramita.

El silencio se apoderó de la sala. El color negro de su armadura estaba cubierto con una capa de sangre tostada y la mente todavía le continuaba palpitando con el grito de muerte del nephilla. El primarca se levantó, recuperó su espada *Esperanza* del lugar donde había caído en la cubierta y se dirigió hacia el panel de control del núcleo de disformidad. La mayor parte estaba roto y chamuscado, y comenzó a separar los paneles agrietados para descubrir los circuitos que había debajo. Realizó una rápida evaluación de los daños y activó el comunicador.

—Capitán Stenius, tendré los motores de disformidad operativos en siete minutos. Active el campo Geller y que todo el mundo se prepare para la traslación.



SEIS

Una vez que la *Razón Invencible* hubo efectuado la traslación completa a la disformidad, protegido por el remolino de energía de su campo Geller los Ángeles Oscuros tomaron la ofensiva. Como había supuesto lady Fiana, los nephillas quedaron muy debilitados, ya que fueron incapaces de utilizar la energía de su dimensión, lo que los hizo vulnerables a las armas de los Ángeles Oscuros. Con los bibliotecarios recién restaurados a sus antiguos puestos y poderes, y el León liderando la purga, se registraron todos los rincones de la barcaza de batalla, y el resto de los atacantes fueron sacados de sus escondites para ser abatidos a tiros. La limpieza continuó durante dos días, y por todos los pasillos y las cubiertas de al armamento, las salas de motores y los comedores, los camarotes y las cubiertas de entrenamiento resonaron los rugidos de los bólters y los vengativos gritos de batalla de la I Legión.

Casi trescientos legionarios de los Ángeles Oscuros cayeron en combate, la mayoría de ellos en las primeras horas del asalto. También cayeron más del doble de esa cantidad de siervos de la legión y de tripulantes de la nave. El apothecarion quedó abarrotado con los legionarios que habían sobrevivido, algunos de ellos con heridas horribles infectadas por una descomposición antinatural, o que continuaban sangrando y con unas ampollas tremendas a pesar de todos los esfuerzos de los apotecarios.

Entre aquellos que estaban siendo tratados se encontraba Fiana, quien sobrevivió a duras penas a la descarga que había sufrido de su tercer ojo. Parecía estar marchita, envejecida, postrada en un camastro, pero, por otro lado, con el cuerpo ileso. Sin embargo, su mente estaba trastornada por el asalto psíquico sufrido con el ataque del nephilla. A pesar de todo, tanto ella como sus compañeros navegantes hicieron lo posible por ayudar a los legionarios. Aislados de la disformidad por el campo Geller, la presencia de los nephillas era fácilmente perceptible para su otra visión, y guiaban

de un modo infalible a las escuadras de eliminación de los Ángeles Oscuros hasta sus objetivos, sin importar lo oscuros y aislados que estuvieran sus escondites. Además de todo esto, los navegantes tuvieron que seguir guiando a la *Razón Invencible* hasta Perditus, presionados para encontrar las rutas más rápidas por la insistencia del primarca de los Ángeles Oscuros.

Pasaron ocho días más de viaje antes de que los navegantes anunciaran que estaban cerca de Perditus. Lady Fiana se había recuperado un poco más de sus heridas y fue capaz de ocupar su lugar en los turnos de los navegantes que dirigían la nave. Al llegar a su destino, solicitó que el León la recibiera antes de que permitiera a la *Razón Invencible* regresar al espacio real. Como ya hiciera anteriormente, el León se reunió con ella en su salón del trono, acompañado por Stenius y Corswain. Fiana sabía que el senescal se había interesado por su condición física varias veces mientras ella estaba en la enfermería, pero no habían tenido la oportunidad de hablar de aquello a lo que se habían enfrentado. Ése tampoco era el momento más oportuno, ya que era más que evidente que el León estaba irritado por el retraso en la traslación.

—Algo va mal, alabado primarca —le explicó Fiana al León cuando éste quiso conocer la causa de su indecisión.

La navegante se vio obligada a apoyarse en un bastón que uno de los tecnomarines le había construido con un trozo de tubería acanalada. La empuñadura la formaba un trozo de piedra de color negro azabache. La contera la había fabricado con una sección cuidadosamente recortada del material utilizado en las articulaciones de las servoarmaduras. Su voz se había convertido en un susurro sibilante y sus palabras quedaban interrumpidas por fuertes jadeos.

—Según todos los cálculos y observaciones, hemos llegado a Perditus —le confirmó Fiana—. Sin embargo, durante las tres últimas horas no hemos sido capaces de divisar un faro de disformidad que nos lo confirme categóricamente.

—¿Las tormentas? —sugirió Corswain.

—Al contrario, la disformidad es increíblemente plácida en este lugar, lo que resulta muy desconcertante. Casi no hay movimiento alguno, como si las corrientes se hubieran allanado hasta resultar imperceptibles. Es este efecto de amortiguación lo que creo que obstruye las señales del faro.

—No hay ningún misterio —dijo el León con una expresión un poco menos preocupada—. Observamos el mismo efecto la primera vez que vinimos aquí. Este fenómeno de estancamiento es, o al menos eso me hizo creer el Mechanicum, un efecto colateral de los trabajos de investigación que se están llevando a cabo en Perditus. Eso confirma que hemos llegado. Que se tomen las medidas necesarias para realizar la traslación tan pronto como sea posible, capitán Stenius.

—Hay algo en la disformidad que está causando este hecho tan extraño, alabado primarca —insistió la navegante, al mismo tiempo que daba un paso fatigado hacia el

León—. Mis compañeros y yo podemos sentir su presencia, sentir la presión que está ejerciendo sobre la disformidad. La estabilidad que hay aquí está ocultando una corriente mucho más turbulenta.

—Todas tus observaciones han quedado anotadas, lady Fiana —dijo el primarca, quien se puso en pie dando fin a la conversación—. Por favor que los navegantes continúen enviando sus informes al respecto al capitán Stenius.

Fiana se irritó ante la desestimación tan despreocupada del problema. Fue incapaz de librarse de la inquietud que sintió al realizar aquel siniestro descubrimiento, pero sabía que no debía debatir el asunto con el primarca, que ya estaba dirigiendo su atención hacia Corswain. Bajó la cabeza en señal de conformidad, sabiendo que el misterio tendría que ser resuelto otro día.

Varias naves de los Ángeles Oscuros habían efectuado ya la traslación al sistema Perditus cuando la *Razón Invencible* se abrió paso hacia el espacio real y estableció contacto, aunque casi una docena de naves continuaban navegando por la disformidad. Los movimientos de las flotas a través de la disformidad nunca habían sido fáciles, y las tormentas habían agravado considerablemente el problema. Ésa era una de las principales razones por las que los Ángeles Oscuros habían sido incapaces de forzar un encuentro decisivo con los Amos de la Noche en Thramas; para cuando llegaban suficientes naves a un sistema como para enfrentarse al enemigo, los esquivos Amos de la Noche ya habían tenido tiempo de escapar de un enfrentamiento directo.

El León sopesó sus opciones: esperar a que llegaran más naves de su flotilla o seguir adelante hacia la base del Mechanicum en Perditus Ultima. Supuso que las fuerzas de los Manos de Hierro y de la Guardia de la Muerte ya estarían al tanto de su llegada, por lo que el primarca no vio ningún motivo para demorarse más y ordenó a las cinco naves presentes de su flota que avanzaran por el sistema a toda velocidad.

Tras pasar de largo por delante de los inhóspitos gigantes gaseosos de los confines del sistema, los Ángeles Oscuros captaron lecturas de los sensores que indicaban la presencia de dos flotas ocupadas en una maniobra de posicionamiento alrededor de Perditus Ultima, el planeta más cercano a la estrella, en el mismísimo límite de la zona habitable. Los códigos de identificación y las señales entre las flotas indicaban las naves como pertenecientes a las legiones de los Manos de Hierro y de la Guardia de la Muerte. Cada flotilla contaba con no más de media docena de naves; incluso unidos no serían rival para el poder de los Ángeles Oscuros que estaban por llegar. A pesar de varios intentos, no se pudo establecer comunicación con ninguna de las flotas ni con la base terrestre de Ultima.

Tras cruzar la órbita de Perditus Secundus, a sólo cinco días de su destino, los guerreros de la I Legión ya estaban a la distancia adecuada para detectar las fuerzas desplegadas sobre la superficie de Perditus Ultima. Los interceptores de comunicaciones indicaron que persistía un estancamiento tanto en los combates de superficie como en los del espacio. Las naves de los Manos de Hierro y de la Guardia de la Muerte estaban llevando a cabo un baile fuera de órbita en el que cada una de las flotillas trataba de ganar posición sobre el planeta para apoyar a sus tropas en una acción ofensiva, pero ninguno de ellos era capaz de conseguir cierta ventaja sin arriesgarse a un enfrentamiento decisivo y potencialmente devastador; así pues, los dos bandos estaban atrapados en aquella situación y se mantenían a la distancia suficiente. Ninguno de los dos estaba preparado para apostarlo todo frente a una posible derrota en un intento de alcanzar la victoria.

El León convocó un consejo de sus capitanes y determinó el plan de acción para los Ángeles Oscuros.

—Posicionaremos nuestra flota directamente entre los Manos de Hierro y la Guardia de la Muerte y anunciaremos el cese de todas las hostilidades —dijo a la asamblea de oficiales reunidos en su salón del trono a bordo de la *Razón Invencible* —. Si ninguna de las partes está dispuesta a arriesgarse a un enfrentamiento con la otra, seguro que no estará dispuesta a asumir un nuevo enemigo.

—Una propuesta muy arriesgada, mi señor —opinó el capitán Masurbael, al mando de la fragata *Intervención*—. ¿Qué ganaremos colocándonos en una situación de peligro? Ambos lados conocerán de antemano nuestra llegada y nuestras fuerzas, no hay razón alguna para que nos expongamos al peligro de un ataque directo.

—Propósito y amenaza —le contestó el León, sonriendo con frialdad—. Tenemos que dejar claras nuestras intenciones y nuestra determinación para que nuestros enemigos no piensen que lanzamos amenazas falsas. Perditus se encuentra bajo la protección de los Ángeles Oscuros, y cuanto antes establezcamos ese hecho, antes concluiremos aquí nuestro trabajo y volveremos a nuestra lucha con los Amos de la Noche.

—¿Y qué pasa con la Guardia de la Muerte, mi señor? —quiso saber Corswain—. ¿No deberíamos simplemente atacarlos, con la ayuda de los Manos de Hierro? Es notorio que se declararon partidarios de Horus desde los primeros días de la rebelión.

—Hasta que podamos establecer la lealtad de ambas facciones aquí, y la del Mechanicum también, no deberíamos considerar ninguna ayuda de cualquiera de los dos lados. Los Manos de Hierro han carecido de líder desde que Manus fue asesinado en Istvaan. ¿Quién puede decir cuál es su plan actual o hacia dónde se inclina su verdadera lealtad? Del mismo modo, se nos ha informado de que aquellas legiones que se pusieron del lado de Horus no lo hicieron por completo. Existen compañías y

flotas enteras que han sido desplegadas por toda la galaxia, y con las tormentas de la disformidad asolando muchos de los sectores no deberíamos apresurarnos a prejuzgar cualquier situación, hermano. Podría darse el caso de que en Perditus sean los legionarios de la Guardia de la Muerte los leales al Emperador y los Manos de Hierro los que se hayan alejado de la causa imperial.

Corswain asimiló la sabiduría de su primarca con una señal de asentimiento mientras el capitán Stenius tomaba la palabra.

—¿Es vuestra intención que también ganemos posiciones para colocar tropas en Perditus Ultima, mi señor? —preguntó Stenius—. ¿Vamos a atravesar los cordones de órbita baja de los Manos de Hierro y de la Guardia de la Muerte?

—Ésa es exactamente mi intención, capitán Stenius —le confirmó el León—. La *Razón Invencible* liderará el ataque a Perditus Ultima pasando entre los elementos principales de las dos flotas enemigas. Emitiremos advertencias de que cualquier acción hostil será inmediata y decisivamente combatida con una fuerza arrolladora. Daré las instrucciones a la flota en cuanto acabemos aquí. ¿Alguna pregunta más?

El tono del León indicaba que no esperaba ninguna discusión más al respecto, y los capitanes allí reunidos se arrodillaron para aceptar las órdenes de su primarca. Cuando los demás se marcharon, Corswain se quedó rezagado en la sala de audiencias, deseoso de hablar con su señor en privado. El León le hizo un gesto para que hablara y dijera todo lo que pensaba.

—Es posible que todo lo que habéis dicho sea cierto, mi señor, pero lo más probable es que la situación sea que los guerreros de los Manos de Hierro sean leales a Terra y los de la Guardia de la Muerte hayan jurado fidelidad a Horus —dijo el senescal—. Deberíamos organizar nuestro avance para favorecer la defensa en previsión de un ataque de la Guardia de la Muerte.

—Como digas, hermano —asintió el León—. Sin embargo, no estés tan seguro de la lealtad de los Manos de Hierro. Vivimos en tiempos complicados, Cor, y no existe una división clara entre aquellos que luchan de nuestro lado y los que luchan contra nosotros. La oposición hacia Horus y sus legiones ya no garantiza la fidelidad al Emperador. Existen otros poderes ejerciendo su derecho al dominio.

—No lo entiendo, mi señor —contestó Corswain—. ¿A quién más se le podría jurar lealtad que no sean Horus o el Emperador?

—¿A quién sirves? —le preguntó el León en respuesta a su pregunta.

—A Terra, mi señor, y a la causa del Emperador —contestó Corswain inmediatamente, irguiéndose como si estuviese siendo acusado.

—¿Y qué hay de los juramentos que me hiciste a mí, hermano? —La voz del León era tranquila, contemplativa—. ¿No eres leal a los Ángeles Oscuros?

—¡Por supuesto, mi señor! —Corswain se sorprendió ante la posibilidad de que su primarca pudiera pensar de otro modo.

—Pues del mismo modo hay otras fuerzas cuyo principal interés es su primarca y su legión, y para algunos tal vez ni eso —explicó el León—. Si yo te dijera que íbamos a abandonar cualquier pretensión de defender Terra, ¿qué dirías?

—Por favor, no bromeéis con ese tipo de cosas —replicó Corswain moviendo la cabeza en un gesto de negación—. No podemos permitir que Horus triunfe en esta guerra.

—¿Quién ha mencionado a Horus? —preguntó el primarca. Cerró los ojos y se frotó la frente durante unos instantes. Luego miró a Corswain como midiendo su entereza—. No tienes de qué preocuparte, hermano. Prepara la fuerza especial para el ataque, y deja que cargas mayores descansen sólo sobre mis hombros.

Desde su punto de vista aventajado detrás de las ventanas blindadas que atravesaban la torre central de la base Magellix, el capitán Lasko Midoa tenía una vista completa de todo el complejo del Mechanicum. Su atención se centraba en ese momento al sur y al este, hacia los puestos de avanzada siete, ocho y nueve, ocupados por adversarios de la Guardia de la Muerte. Detrás de las estructuras bajas octogonales se extendían las pantallas reflectantes que recorrían la circunferencia de toda la instalación, creando un microclima de corrientes térmicas ascendentes que ayudaba a mantener baja la temperatura de Magellix, lo que lo convertía de un lugar inhabitable en uno tolerable. Más allá estaban las elevadas montañas de Perditus Ultima, con sus laderas ocultas tras una densa capa de niebla de color verde de un millar de kilómetros de diámetro y las cimas a muchos kilómetros por encima de la brillante llanura de dorados materiales refractarios que cubrían la roca.

La eterna capa de niebla distorsionaba las distancias, de modo que aunque los tramos exteriores de la instalación se encontraban a varios kilómetros, su tremendo volumen hacía que parecieran estar casi a tiro de bólter. El calor que se desprendía de la pared de espejo agravaba el problema. Esto no ayudaba al sentido de la perspectiva del capitán a saber si sus enemigos estaban dentro de los enormes torreones, preparados y listos para lanzar un ataque en cualquier momento.

Con Midoa se encontraba el capitán Casalir Lorramech, comandante de la 98.ª Compañía. Los dos oficiales de los Manos de Hierro no llevaban los cascos para intentar aprovechar al máximo la atmósfera procesada del interior de Magellix; durante la mayor parte del tiempo desde que llegaron a Perditus Ultima habían llevado puesto el equipo de combate al completo. Los dos eran casi idénticos, con el cabello plateado muy corto, unas caras anchas y la piel curtida. Sólo los distinguían dos características. Lorramech tenía ojos de color azul naturales mientras que Midoa tenía implantadas unas lentes de color plateado. Midoa también llevaba un respirador traqueal en sustitución de la mandíbula inferior y la garganta que siseaba rítmicamente con la respiración. Cuando hablaba, su voz salía de una pequeña unidad

de comunicaciones con un altavoz insertado en el hueso de su mejilla derecha. El dispositivo de voz transmitía las palabras de Midoa en una secuencia cantarina ciertamente desacorde con su apariencia mecánica.

—¿Y estás seguro de que se dirigen directamente a la órbita? —preguntó Midoa, respondiendo al informe de Lorramech, en el que indicaba que los Ángeles Oscuros habían continuado hacia Ultima a toda velocidad.

—Sí, padre de hierro —le confirmó Lorramech con voz profunda y grave. Cada palabra era pronunciada con los dientes apretados y sin apenas mover los labios. Midoa era incapaz de sonreír al uso del antiguo rango honorífico, pero era un motivo de orgullo que sus compañeros capitanes lo hubieran elegido a él para ponerlo al mando de esta expedición—. Rumbo y velocidad son compatibles con una denominación orbital. Estarán en órbita alta en menos de tres horas.

—Pero ¿aún no han traspasado el escudo de amortiguación de comunicaciones?

—Aún no podemos comunicarnos directamente con los Ángeles Oscuros.

—¿Y qué pasa con ellos? —inquirió Midoa, señalando a través de la ventana a las posiciones de la Guardia de la Muerte—. ¿Qué están haciendo?

—El enemigo parece tener intención de tomar un rumbo de intercepción —le contestó Lorramech—. Con vuestro permiso, ordenaré a la flota que realice una contramaniobra. Nos enfrentaremos a las naves de la Guardia de la Muerte para proporcionar una pantalla protectora a la llegada de los Ángeles Oscuros. Cuentan con dos barcazas de batalla entre su flotilla, lo que sería un valioso apoyo orbital.

—Tienes mi permiso —asintió Midoa—. Se nos presenta una imprevista y fortuita oportunidad, Casalir. Saca a nueve de cada diez escuadras de sus misiones de patrulla y de sus acantonamientos y que se reúnan en el depósito principal de vehículos. Tengo la intención de lanzar un ataque.

—Será como digáis, padre de hierro —respondió Lorramech—. Con la ayuda de los Ángeles Oscuros expulsaremos a la Guardia de la Muerte de Perditus y aseguraremos el motor de Tuchulcha.

Midoa tardó la mayor parte de la hora siguiente en reunir las fuerzas que necesitaba para el contraataque. Los escuadrones y las compañías se colocaron en sus posiciones a través de Magellix y la meseta rocosa que la rodeaba tras avanzar en secreto por los caminos subterráneos excavados bajo la superficie de Perditus Ultima mucho antes de que llegara la flota de sometimiento del Emperador.

Los Manos de Hierro salieron por la puerta principal de la Torre Dos.

Los tanques de combate Predaror y los Land Raiders blindados encabezaban el ataque, mientras que las fuerzas de Rhinos y los enormes transportes Mastodonte seguían detrás de la pantalla más fuertemente armada.

Casi inmediatamente, el fuego defensivo procedente de la Torre Ocho perforó la

oscuridad de la atmósfera de Perditus con el centelleo de los rayos láser y las llamaradas de los cañonazos. La columna de vanguardia se desplegó poniéndose a cubierto. Los tanques ocuparon posiciones detrás de las enormes rocas dispersas, de los escarpados acantilados y de los bloques de ferrocemento que albergaban los ventiladores para la filtración de la atmósfera de la base. Tras muy poco tiempo, el fuego de respuesta de los Manos de Hierro golpeaba las paredes de losa de los muros de las torres exteriores, donde arrancó trozos de ferrocemento y agrietó las enormes plataformas de observación de vitraleo.

Detrás de la tormenta de fuego, la siguiente oleada de ataque se lanzó al asalto montada en sus Rhinos, con las escotillas y las compuertas cerradas mientras los transportes rugían a través del rocoso y ondulado terreno a toda velocidad. Midoa iba en el primer vehículo, dispuesto a dar ejemplo a sus guerreros para que lo siguieran. Los más lentos, los voluminosos Mastodontes, de tracción de oruga y más imponentes que los propios Land Raiders, se abrían paso como podían a través del polvo y la niebla, y sus pesadas cadenas abrían nuevos surcos en la ardiente superficie de Perditus Ultima.

Antes de que llegaran a la Torre Ocho, los Manos de Hierro entraron en el área de alcance de los cañones de la Torre Nueve. Midoa lo sabía desde el principio, y también sabía que la velocidad era la mejor defensa contra el tremendo fuego cruzado. Había unos trescientos metros de tierra que recorrer en la zona donde ambas torres podían disparar con la máxima intensidad antes de que la masa de la Torre Ocho tapara las líneas de tiro de las posiciones defensivas vecinas.

Ser los primeros en atravesar aquella zona mortífera tenía sus ventajas. Los artilleros eran incapaces de ajustar su puntería con la rapidez suficiente como para apuntar al Rhino de Midoa, pero diez metros detrás de él, el transporte del sargento Haultiz fue alcanzado de lleno por el rayo de un cañón láser. Salió humo hirviente del motor, y el destrozado Rhino se detuvo de golpe, los guerreros de armaduras negras y plateadas del interior caían sobre la polvorienta roca mientras más transpones pasaban junto a ellos. Las órdenes de Midoa habían sido muy claras y tajantes: no detenerse por nada. Los Manos de Hierro de los otros transportes pasaron a toda velocidad junto a sus desamparados hermanos, sabiendo que la forma más segura de proteger a sus compañeros era finalizar el asalto contra las posiciones defensivas ocupadas por los legionarios de la Guardia de la Muerte.

Los cincuenta segundos que tardaron en atravesar la abrasadora zona mortífera fueron los más largos de toda la vida de Midoa. Se encontraba agachado en el compartimento trasero con la escuadra bajo su mando, y todos ellos estaban en tensión y preparados para salir si un impacto los obligaba a saltar del transporte incluso en movimiento. Midoa se enteró a través del intercomunicador de que un

segundo Rhino había sido alcanzado, y después un tercero, pero para cuando los transportes principales estaban a unos cien metros de la puerta secundaria de la Torre Ocho, siete de los Rhinos y tres Land Raiders habían atravesado el cordón de fuego. Otros ocho Mastodontes los seguían detrás, cada uno de ellos con cuarenta guerreros de los Manos de Hierro en el interior. Sus campos de energía absorbían los proyectiles de los cañones automáticos y los rayos de los cañones láser con destellos de energía actínica.

Cuando los Rhinos se detuvieron bajo los cañones de la Torre Ocho, el capitán Tadurig y su escuadrón desembarcaron rápidamente, acercándose al muro de la torre que tenían delante. Con ellos llevaban un generador de campo de fase; un dispositivo cuya creación había supervisado Midoa con la ayuda de sus aliados del Mechanicum. Los legionarios de los Manos de Hierro sólo tardaron unos segundos en montar la plataforma de cuatro patas e instalar el generador de campo de fase. La mayor parte del artefacto estaba formado por una antena de destilación de energía en el centro de la cual había cientos de espirales de alambre para transferir el campo de fase a su lugar.

Cuando se reunió con sus guerreros, Midoa hizo unos últimos ajustes a la máquina que tan cuidadosamente había montado con restos de viejas tuneladoras y piezas de maquinaria tecnológica de disformidad abandonadas por los antiguos pobladores de Perditus. Éstos habían usado la energía canalizada de la disformidad tan libremente como en el Imperio usaban el plasma y la electricidad, para asombro de Midoa.

Tras oír un repiqueteo de actuadores magnéticos deslizándose en sus posiciones, Midoa tiró de la palanca de activación y dio un paso atrás. Aún no había tenido tiempo de probar el dispositivo, ya que planeaba usarlo durante un asalto subterráneo a la Torre Nueve unos cuantos días más tarde, pero sabía que en teoría debería funcionar. Murmurando un viejo proverbio de Medusa, esperó a que los condensadores de energía alcanzaran su máxima potencia y después conectó las bobinas conductoras.

El campo de fase se puso en marcha, y su aspecto era semejante al de un cono de energía nacarada. Todo lo que había en el interior del campo desapareció, incluido un círculo del muro de la Torre Ocho de unos tres metros de diámetro. Después de unos segundos, Midoa hizo una señal para que apagaran la máquina, y con su escuadra pegada a los talones pasó a través de la brecha que acababan de abrir.

En el interior, el campo de fase había desplazado a otra dimensión una franja de la habitación dentro de la torre, junto con otra pared interior y el techo, veinte metros más adelante, lo que dejó al descubierto el piso superior y un sótano que había debajo. Los cables perfectamente cortados soltaban chispas mientras que los tubos de reciclaje de atmósfera seccionados arrojaban al aire vapor cargado de contaminantes.

Las lámparas de sus armaduras perforaron la oscuridad del interior de la torre, y los Manos de Hierro avanzaron con las armas preparadas.

—¿Qué quieres decir con eso de que la Torre Ocho ha sido asaltada?

Calas Typhon, primer capitán de la legión de la Guardia de la Muerte, comandante de los Guardianes de Tumbas, estaba ya de muy mal humor, y las noticias del triunfo de los Manos de Hierro no sirvió para mejorarlo.

—Un generador de campo de fase, comandante —contestó su segundo, el capitán Vioss, que se vio forzado a dar un paso atrás cuando su superior se volvió; Typhon y las enormes armaduras de exterminador de sus subordinados llenaban el espacio de mando de la parte superior de la Torre Siete. La voz de Vioss era un silbido amortiguado y difícil, ya que estaba afectado por una horrible herida supurante en el lado izquierdo de la mandíbula—. Sarrin se había centrado demasiado en las puertas de entrada y la brecha a través del muro lo ha desbordado.

—¿Por qué ahora? —preguntó Typhon. Su moño de pelo negro se agitó como la cola de un caballo mientras negaba con la cabeza con enfado—. ¿Han recibido alguna señal de los Ángeles Oscuros?

—Imposible, comandante —dijo Vioss—. El campo de vacío del *Terminus Est* todavía está en funcionamiento, no se puede establecer ningún tipo de comunicaciones desde la superficie a la órbita exterior.

—¿Y los Ángeles Oscuros continúan con su rumbo directo hacia Perditus Ultima?

Vioss asintió, su pálida cara profundamente arrugada por la preocupación.

—Estarán en órbita en menos de dos horas, comandante.

—Entonces tenemos menos de dos horas para castigar a nuestro estúpido enemigo por su insensatez. Debería haber esperado hasta tener garantizada la supremacía orbital. Haz una señal a la flota y ordénales que eviten el enfrentamiento el mayor tiempo posible. Eso nos debería proporcionar al menos una hora más mientras los Ángeles Oscuros se ven obligados a estudiar sus opciones.

—¿Planea adelantar el próximo ataque, comandante?

—Sí, ahora mismo, ¡así el Gran Padre se lleve tus ojos! —Typhon le lanzó un puñetazo a Vioss en el hombro y lo envió tambaleándose contra la pared de la abovedada cúpula de vitraleo. Una nube de motas de herrumbre quedó florando en el aire por el impacto, desprendidas de los bordes oxidados de la armadura de Vioss—. Debemos liberar a Tuchulcha mientras tengamos la oportunidad. De nuestro éxito aquí dependen muchas cosas. Dile a Ghrusul que ataque desde la Torre Nueve, acorralaremos a nuestro enemigo entre nosotros y lo obligaremos a dirigirse hacia adelante a la instalación central.

—Por el Padre —respondió Vioss, agachando la cabeza—. Los Guardianes de Tumbas no fallarán.

El pasaje subterráneo tenía cinco metros de alto y el doble de ancho, y estaba iluminado por unas finas franjas de color amarillo cubiertas de polvo a lo largo del suelo y el techo. Los rieles oxidados de un antiguo sistema locomotor en el centro del túnel y unas plataformas elevadas recorrían las paredes a cada lado. Normalmente era un lugar sombrío, pero la llegada de los Manos de Hierro y de la Guardia de la Muerte lo habían convertido en un sitio lleno de resplandores pirotécnicos.

El sonido del fuego de bólter resonaba a lo largo de los quinientos metros de longitud del cruce. Los proyectiles que llenaban el aire en aquel intercambio de disparos se entrecruzaban a toda velocidad en ambas direcciones formando una intersección de llamaradas brillantes. De vez en cuando se veía la diminuta estrella de color azul creada por un disparo de plasma que recorría la distancia que separaba a ambos bandos, o la llamarada roja de la estela de un misil que iluminaba la oscuridad. Las nubes provocadas por las explosiones de los misiles de fragmentación aparecieron entre la línea de veinte exterminadores de la Guardia de la Muerte que avanzaban hacia la Torre Ocho.

A la cabeza, el comandante Typhon gritaba a sus guerreros para que continuaran avanzando hacia el enemigo. Al igual que sus guerreros, estaba protegido por la enorme masa de su armadura de catafracto pintada de color blanco y con los emblemas de la Guardia de la Muerte.

Las placas redondeadas que se solapaban una sobre otra hasta llegar por encima de su yelmo le protegían los hombros, mientras que el pecho y el vientre estaban recubiertos por placas segmentadas de ceramita, con los brazos y las piernas enfundados en gruesas grebas y avambrazos. La malla de adamantita colgaba en láminas a través de las uniones de su armadura. El brazo izquierdo de la armadura llevaba incorporado un cañón automático segador, y sus dos cañones gemelos no cesaban de escupir una lluvia de fuego rápido hacia los Manos de Hierro. El arma engullía la cinta de munición como un perro hambriento devora una tira de carne. En el brazo derecho, Typhon llevaba una segadora de humanos, una guadaña con aspecto letal, símbolo de su rango, y una copia más pequeña del arma empuñada por su primarca, Mortarion. El resplandor de su campo de energía brillaba con una enfermiza luz de color amarillo sobre los blancos exterminadores que lo rodeaban.

Los exterminadores de apoyo respaldaban a los veinte guerreros que iban en vanguardia, y sus lanzamisiles ciclón enviaban una lluvia de cohetes por encima de las cabezas de sus compañeros. Las explosiones agrietaban el recubrimiento de plastiacero de los muros del túnel y lanzaban por los aires a los legionarios de armaduras negras y plateadas. Los bólters de asalto escupían rápidas andanadas de proyectiles mientras los Guardianes de Tumbas continuaban acercándose, marchando ilesos hacia las fauces del fuego enemigo.

Los Manos de Hierro retrocedieron, incapaces de competir con las pesadas armaduras y el armamento de los Guardianes de Tumbas, pero su avance era lento. Ghrusul había informado de su entrada en la Torre Ocho hacía veinte minutos, sin embargo, a Typhon aún le quedaban dos cruces que conquistar para asaltar la torre desde abajo. Esperaba noticias de Vioss en cualquier momento, que le dijeran que los Ángeles Oscuros estaban en órbita, pero mientras llegaban, estaba decidido a seguir adelante con el ataque.

Las escuadras de vanguardia de los Guardianes de Tumbas estaban a menos de cincuenta metros del final del intercambio, detenidos por los Manos de Hierro, cuando el casco de Typhon crujió con una comunicación entrante. En vez del sibilante susurro de Vioss, oyó una voz grave y llena de autoridad que lo obligó a detenerse en seco de forma involuntaria. A su alrededor, el resto de la Guardia de la Muerte quedó igualmente inmovilizada y el fuego de los Manos de Hierro cesó en cuestión de segundos.

—El mundo de Perditus Ultima está bajo la protección de Lion El'Jonson de la I Legión —retumbó el mensaje—. Debéis cesar inmediatamente toda actividad bélica y abandonar este planeta. Cualquier tipo de resistencia será combatida con la mayor dureza y no se tomarán prisioneros. El incumplimiento de mis exigencias supondrá vuestra destrucción inmediata.

Como si saliera de un trance, Typhon se tambaleó hacia adelante y casi perdió el equilibrio. Sólo ante la presencia de Mortarion había experimentado alguna vez la reacción que acababa de sentir, y rápidamente se dio cuenta de que no eran únicamente los Ángeles Oscuros los que ocupaban el planeta: su primarca estaba con ellos. Notó la inquietud de sus guerreros cuando éstos llegaron a la misma conclusión, y el avance que se había detenido se fue convirtiendo lentamente en una retirada. Por delante, los Manos de Hierro también estaban regresando a sus posiciones, intimidados por el mismo tono autoritario que había perforado las mentes de los guerreros de la Guardia de la Muerte.

Typhon apretó los dientes y sacudió la cabeza para librarse del estado mental que había descendido sobre él tras la declaración del León. Sabía que allí había algo más en juego, no sólo la orden de un primarca. Typhon abrió su mente a la disformidad y sintió las oleadas de energía que formaban parte de todo el universo inmaterial. Cuando era un miembro del Librarius, sus poderes eran considerables. El odio que Mortarion sentía hacia los poderes de la disformidad acabó con la exploración de la otra faceta de Typhon cuando los Incursores del Crepúsculo se convirtieron en la Guardia de la Muerte, por lo que se dedicó con todas sus fuerzas a convertirse en primer capitán. Después, ya con la protección de unos oscuros tutores, Typhon había vuelto a abrazar una vez más el lado de sus poderes nacidos de la disformidad, y había aprendido mucho más de lo que él nunca hubiera creído posible sobre el

universo y sus misteriosos caminos.

Eso fue lo primero que lo puso en contacto con el Padre, y fue su ser de la disformidad el que detectó la suave interacción de las energías que se dirigían hacia la superficie de Perditus Ultima. Parecía que el León ya no estaba impresionado por la decisión del Consejo de Nikea y había permitido que sus bibliotecarios reclamaran sus derechos de nacimiento.

Al darse cuenta de aquello, Typhon fue capaz de utilizar parte de su voluntad buscando un medio para bloquear la presencia debilitadora de los bibliotecarios de los Ángeles Oscuros. A pesar de su destreza personal, se enfrentaba a varias mentes entrenadas, lo que lo obligó a recurrir a esa fuerza oscura que lo había acompañado durante estos últimos años. Pidió ayuda al Padre, y la ayuda le fue concedida.

Con una oleada de energía psíquica borboteando en su interior, como las pisadas de un millar de diminutos insectos recorriendo su mente, Typhon arrojó una nube de sombras sobre los Guardianes de Tumbas, protegiéndolos del ataque de los psíquicos de los Ángeles Oscuros. Casi inmediatamente cesaron en su retirada y se volvieron hacia él, a la espera de sus órdenes.

—¡Estúpidos! —les gritó al mismo tiempo que apuntaba con su segador de humanos a los Manos de Hierro en retirada—. ¡Ahora no es el momento de retroceder, ahora es el momento de atacar! Matadlos a todos.

En una oscura sala en las entrañas de la *Razón Invencible,* el León estaba en pie entre cuatro de sus bibliotecarios y escuchaba sus voces susurrantes. Todos los psíquicos vestían sus antiguas túnicas ceremoniales de color azul, con los rostros ocultos tras las sombras de las capuchas que les cubrían la cabeza. Era preferible que se mantuvieran a salvo de la vista de sus hermanos de batalla normales. La confusión y los rumores podrían alimentar la superstición antes de que cualquier explicación pudiera impedirlo.

Corswain se encontraba a un lado. Su nerviosismo era claramente perceptible, ya que depositaba su peso de una pierna a la otra y viceversa, y la armadura crujía con cada movimiento. El León hizo caso omiso de la angustia de su senescal. De esa forma era mejor, más fácil. Si se pudiera obligar a la Guardia de la Muerte y a los Manos de Hierro a dialogar sin luchar, sería lo mejor para que los Ángeles Oscuros consiguieran lo que les interesaba.

El León percibió la rigidez de Corswain y volvió la mirada hacia el senescal.

—No está funcionando, mi señor —dijo Corswain—. Los sensores muestran que los Manos de Hierro están retrocediendo debido a un nuevo ataque de la Guardia de la Muerte. Los están empujando de nuevo hacia la instalación principal.

—Ya se lo advertí —gruñó el León—. Nadie pondrá en duda mi autoridad.

—¿Le envío un mensaje al capitán Stenius, mi señor?

—Sí. Puesto que la Guardia de la Muerte no acata mis órdenes, la estación de Magellix será destruida. Dile a Stenius que lance el torpedo.



SIETE

Tras deslizar la hoja afilada de color amarillo brillante de su segadora de humanos por el pecho de un sargento de los Manos de Hierro, Typhon se abrió paso a través de la puerta que conducía al patio delantero de la Torre Ocho. Se vio envuelto por la sombra de ocho grandes Mastodontes, cuyas monturas de armas estaban silenciadas y las cabinas de los conductores vacías por el ataque de los Guardianes de Tumbas, que ya estaban presionando sobre la Torre Tres. Desde allí, la puerta principal de Magellix estaría a su alcance.

—Comandante, hemos recibido una señal de la flota. —El tono de voz de Vioss era apremiante.

—¿Por qué no han atacado a los Ángeles Oscuros todavía? —gritó Typhon mientras avanzaba pesadamente por la suave pendiente del patio, no muy lejos de sus guerreros más avanzados.

—Los Ángeles Oscuros han tomado posiciones entre nuestras naves y el enemigo. Cualquier ataque contra ellos permitiría a los Manos de Hierro desplazarse alrededor del flanco de la flotilla. Tenemos asuntos más urgentes de los que ocuparnos, mi comandante. La barcaza de batalla del León ha lanzado un torpedo hacia Magellix.

—Es un farol —contestó Typhon inmediatamente—. El León no destruirá Magellix, como no lo haríamos mi equivalente de los Manos de Hierro o yo. Lo que contiene esta instalación es demasiado valioso como para arriesgarse a destruirlo. Continúa con el ataque.

—¿Está seguro, mi comandante? Hemos detectado una cabeza nuclear ciclotrónica. Arrasará todo Magellix y un centenar de kilómetros alrededor. Destruirá Tuchulcha además de a nosotros. La flota también informa de que ha detectado siete naves más de los Ángeles Oscuros dirigiéndose hacia el sistema.

Typhon se detuvo y se le ocurrió algo. Le contó su duda a Vioss.

—¿Y si el León no desea Tuchulcha, sino que simplemente quiere impedir que nosotros lo poseamos?

—Comandante, no podemos arriesgarnos a adivinar las intenciones del León. Debemos retroceder. No conseguiremos nada si somos aniquilados.

Gruñendo para sí, Typhon activó el transmisor de comunicaciones a nivel de compañía. Dio una serie de órdenes y retiró a sus guerreros del ataque final a la puerta principal. En su lugar, los situó en posiciones con vistas a la torre central de Magellix que les permitieran vigilar la red de túneles subterráneos. Cuando acabó de dar órdenes, conectó su unidad de comunicación para emitir una transmisión general.

—¿Ya estás contento, León de la I Legión? —gruñó—. Respetaré cualquier alto el fuego observado por el enemigo. Ahora debes saber que os estáis entrometiendo en una misión de la legión de la Guardia de la Muerte, y eso no te va a beneficiar mucho.

El intercomunicador chasqueó con una señal de respuesta, lo que sorprendió a Typhon, ya que no se esperaba una respuesta a su ataque verbal. Era la misma voz sonora de antes: el primarca de los Ángeles Oscuros. Era demasiado tarde para reconsiderar sus palabras despectivas, y su odio no le permitía ofrecer una disculpa aunque se la pidiera el mismísimo León.

—Mira hacia el cielo del oeste.

Typhon volvió la mirada siguiendo las instrucciones. Vio un destello de luz en la atmósfera superior, y lo que pareció ser una repentina tormenta eléctrica de enormes dimensiones hizo que se agitaran las nubes de jade. Sólo pasaron unos cuantos segundos antes de que el rugido de la explosión del torpedo alcanzara los auriculares del comandante.

—Debes retirar todas tus fuerzas de la base Magellix. Les garantizaré un paso seguro de regreso a sus naves. Tú, capitán Typhon, permanecerás en Magellix con una escolta de no más de cien guerreros para asistir a un parlamento bajo mi tutela. El resto de tu fuerza se retirará a doscientos mil kilómetros de la órbita. El incumplimiento dará lugar a vuestra destrucción. Las mismas condiciones han sido transmitidas al capitán Midoa de los Manos de Hierro.

La comunicación se cortó antes de que Typhon pudiera responder, aunque no es que tuviera algo que decir frente a un ultimátum tan directo. Miró las oscuras nubes de gases sobrecalentados expandiéndose como una mancha de color azul a través del cielo del oeste y se dio cuenta de que el León no hacía amenazas en vano. Por el momento, su misión se había visto comprometida, pero eso no significaba que tuviera que abandonar por completo su objetivo; él tenía medios desconocidos por los Ángeles Oscuros.

—Vioss, que cien guerreros de los Guardianes de Tumbas formen una guardia de honor. Todas las demás fuerzas deben regresar a la órbita. El resto de los Guardianes

de Tumbas embarcarán en el *Terminus Est* y quiero que te ocupes personalmente del campo de vacío de comunicaciones. Vamos a permitir que el León crea que es el señor de Perditus… por el momento.

—Entendido, mi comandante. Los Guardianes de Tumbas se rearmarán y repararán como preparación para la próxima ofensiva. No vamos a sufrir una derrota en este lugar.

La niebla que cubría el patio interior de la base Magellix se dispersó por el polvo y el vapor provocados por el descenso de un Stormbird. La nave con forma de águila aterrizó en el suelo, y sus puntales de aterrizaje soportaron el peso mientras el polvo se posaba a su alrededor y la niebla comenzaba a filtrarse de nuevo entre las torres del perímetro.

Ya había casi un millar de guerreros de los Ángeles Oscuros desplegados por compañías entre la nave que acababa de llegar y la puerta principal de Magellix. A un lado de la fuerza esperaban los legionarios de la Guardia de la Muerte, mientras que los Manos de Hierro eran custodiados tras otro cordón, en el lado opuesto del espacio abierto. Sólo Typhon y Midoa tenían permiso para acercarse a la nave de desembarco del León. Eran dos gigantes con armaduras que destacaban entre un grupo formado por una docena de acólitos del Mechanicum vestidos con túnicas de color rojo, y todos, excepto dos, llevaban las cabezas encerradas en cúpulas de respiración. Los otros dos tenían unos accesorios de respiración implantados en la cara y en el pecho, por lo que no requerían de mayor asistencia en la densa atmósfera de Perditus.

El León salió por la rampa de descenso del Stormbird con Corswain a su derecha y el recientemente llegado capitán Tragan a la izquierda. Los seguían un gran número de portadores de banderas y otros asistentes que llevaban los objetos de Caliban que solían acompañar al primarca; placas, copas, coronas, escudos y otros artículos asociados con los múltiples rangos y tareas del León. Tras ellos iba la cábala de los bibliotecarios, que en ese momento sumaban un total de seis, procedentes de la flota en órbita. Sus túnicas de color azul se agitaban con la brisa lenta pero fuerte; la elevada presión del aire de Perditus convertía hasta una lenta ráfaga en un viento que podría derribar a un hombre normal. Todos los Ángeles Oscuros levantaron al mismo tiempo, como si fueran un solo guerrero, los bólters, las armas pesadas o las espadas en señal de saludo a su comandante en jefe.

El León no necesitaba yelmo, aunque el aire tenía un sabor amargo en su boca y hacía que sus pulmones se sintieran presionados por el peso. Quería convencer a todos los presentes de que él era un primarca, con la fuerza de toda una legión bajo su mando, y no cualquier legión: los Ángeles Oscuros, la I Legión. Los portaestandartes ocuparon sus puestos a ambos lados del camino hacia la entrada principal mientras los numerosos títulos del León eran recitados a través de su sistema de altavoces

externo.

La armadura del León había sido pulida hasta quedar reluciente. El esmalte de color negro era tan brillante como una aleación de aceite de medianoche con polvo de diamante. Las partes doradas destellaban como el corazón de una estrella. De sus hombros colgaba una capa de color escarlata con una cola de cinco metros de largo, llevada en alto por unos artefactos que también había traído de Caliban: diez dispositivos de suspensión flotante forjados con la forma de cuchillas cortas que tenían grabados los nombres de las órdenes de caballeros de su mundo natal. En la cadera derecha, el León llevaba su gran espada, *Inflexible*, con el pomo incrustado de rubíes, la empuñadura bañada en oro y la cruceta resplandeciendo con el mismo brillo que su armadura. Bajo el lado derecho de su placa pectoral colgaban seis cilindros, cada uno del tamaño del antebrazo de un hombre. Los cartuchos de cuero rojo con engastes de platino contenían las Proclamaciones de Caliban; las primeras leyes decretadas por el León tras su ascenso al mando de los Ángeles Oscuros, en las que se juraba el servicio de Caliban al Emperador para toda la eternidad.

El León bajó por la rampa con paso firme y decidido y avanzó hasta donde lo esperaban los dignatarios del Mechanicum. Se fueron presentando en orden de rango ascendente, de modo que el León instantáneamente despidió a los once primeros hombres y mujeres medio máquinas y centró toda su atención, considerablemente intimidatoria, en el último: el alto magos Khir Doth Iaxis, Supervisor de Magellix y Custodio de Tuchulcha, como atestiguaron sus heraldos.

Iaxis era un individuo pequeño, de tal vez no más de un metro de alto, tanto que el León lo tomó por un niño hasta que el magos se quitó la capucha y dejó al descubierto una cabeza casi cónica y un rostro esquelético y envejecido. La parte trasera del cráneo del magos estaba modificada y ampliada con una serie de placas segmentadas que formaban un remate redondeado y que se movían extrañamente por su propia voluntad: se contraían y se expandían levemente, quizá siguiendo el estado de ánimo o el esfuerzo que ocupaban al sacerdote del Mechanicum. Sus delgados dedos huesudos estaban entrelazados y permanecían casi ocultos bajo los puños de las pesadas mangas de la túnica de Iaxis. Sus delgados hombros no eran más anchos que una greba del León. Si el diminuto tecnosacerdote se sentía amenazado por el gigante que se cernía sobre él, y realmente el León podría haberlo aplastado fácilmente con un pie como si fuera un titán mitológico, no mostró ninguna indecisión. Su voz débil y aflautada casi quedaba silenciada por la burbuja de la cúpula de respiración que cubría su pequeña cabeza, pero las palabras fueron pronunciadas con un tono de autoridad y seguridad.

—Nos complace recibirlo de nuevo en Perditus Ultima, León de Caliban —dijo Iaxis, asintiendo con la cabeza dentro de la cúpula de respiración—. Por favor, sígame.

El León sintió un momento de impaciencia, ya que se esperó verse obligado a revisar con calma la compañía del minúsculo Iaxis, pero sus temores fueron infundados. El séquito del magos se dispersó y dejó al descubierto un aparato con piernas mecánicas al que Iaxis se subió rápidamente mediante una estrecha escalera que se extendía desde su parte posterior, entonces colocó las piernas en el interior de los soportes de los dispositivos pélvicos de la máquina. La túnica ligeramente arrugada dejó ver por un momento sus pálidas y delgadas extremidades entrelazadas con puntales de refuerzo, y luego se instaló por completo en el aparato de ambulación. Los actuadores emitieron un silbido y las piernas se estiraron, llevando a Iaxis casi a la altura del hombro del León. En presencia de sus subordinados, Iaxis habría estado por encima de todos ellos, pero el primarca aún era más alto que el magos mecánicamente reforzado.

Mientras caminaban hacia la entrada principal, el León se fijó en una sombra de color plata y negro que rondaba cerca del hombro de Corswain: era el capitán Midoa. Miró a la izquierda, y el León vio a Typhon caminando hombro con hombro junto a Tragan. El León hizo caso omiso a los otros capitanes hasta que todos estuvieron en el interior de la sala detrás de la puerta principal. Una vez dentro, el León se volvió y se dirigió a sus «invitados».

—Capitán Typhon, capitán Midoa… —El León no estaba seguro de lo que iba a decirles. En este momento eran una molestia, pero tal y como le había explicado a Corswain a bordo de la *Razón Invencible*, no le convenía hacer juicios apresurados o arbitrarios sobre la lealtad y los planes de los demás. En su lugar se dirigió a Iaxis—. Magos, por favor traslade a los dos capitanes a un lugar apropiado de la instalación donde puedan esperar hasta mi regreso. Hermanos, vosotros los vigilareis por mí. Capitanes, les recuerdo que todo Magellix se encuentra bajo mi protección. No piensen por un momento en deshonrarme.

Una vez solucionado aquel primer asunto de un modo rápido y simple, el León le dio la espalda a los dos capitanes y continuó a través de la puerta del pasillo. La sala estaba ligeramente inclinada hacia abajo, con el extremo más alejado dividido por tres arcos. Cada uno de ellos conducía a un conjunto de escaleras en movimiento que descendían aún más en las entrañas de Magellix.

—La puerta de la derecha, mi primarca —le indicó Iaxis—. Permítame que le enseñe lo que ha provocado todo este lío.

La mayor parte de las instalaciones del Mechanicum no existían la última vez que el León estuvo en Perditus Ultima, pero los túneles subterráneos le resultaron familiares al primarca. Aunque ahora estaban protegidos por soportes de plasticero y tableros de plastiareta, los serpenteantes pasadizos estaban grabados en la memoria del León, de modo que una vez desembarcaron del cuarto transportador interno, a medio kilómetro bajo la superficie, fue capaz de encontrar el camino infaliblemente

hacia la cavernosa sala en la que estaba la máquina.

La última vez que caminó por esos túneles, decenas de enloquecidos adeptos a la máquina murieron a sus manos. La gente de Perditus había sido esclavizada por las máquinas y murieron en masa bajo las armas de los Ángeles Oscuros y la recién nombrada Guardia de la Muerte. El primer encuentro del León con Mortarion, un momento tenso que acabó con la conclusión de que ninguno de los dos le gustaba al otro, tuvo lugar sólo tres meses antes, y las dos legiones habían estado luchando juntas como muestra de lealtad al Emperador. Los habitantes de Perditus lanzaban gritos de alabanza a su señor inanimado incluso mientras perecían. En esos momentos, los túneles resonaban únicamente con las pisadas del primarca y el ruido sordo del aparato para caminar de Iaxis.

Al llegar a la caverna central, el León encontró un pasillo aún mayor bloqueado por una inmensa puerta adornada con el símbolo del Mechanicum. Iaxis siguió avanzando con sus piernas artificiales y puso una mano sobre un lector de placas colocado en la pared metálica que se extendía al lado del portal. Los ojos penetrantes del León vislumbraron un dibujo en la muñeca del tecnosacerdote cuando éste extendió el brazo; un contorno tenue casi imperceptible del resto de la piel superpuesta. El primarca inmediatamente supo lo que era: un electrotatuaje, una marca escondida que podía verse con un impulso de bioelectricidad. El Mechanicum hacía un amplio uso de ellos, como lo hacían las órdenes más secretas de Caliban y muchas otras sociedades por todo el Imperio, pero el León nunca antes había visto el diseño del brazo de Iaxis. Era un estilizado dragón, con las alas plegadas, enroscado fuertemente sobre sí mismo de modo que el cuello se fusionaba con el cuerpo y la cabeza descansaba sobre la cola.

—Ese electrotatuaje, ¿qué significa? —preguntó el León, mientras las cerraduras de la puerta retumbaban y un fuerte sonido metálico resonaba en el interior de la propia puerta—. Creía que había aprendido las costumbres del Mechanicum, pero ése es un dispositivo que no conozco.

Iaxis dio un fuerte respingo y se miró la muñeca como si se sintiera acusado. Su expresión se suavizó tras un momento convirtiéndose en un gesto de vergüenza mientras miraba al primarca con ojos amarillentos.

—Es un tótem infantil, León, nada más —dijo Iaxis. Se detuvo, y un instante después, el dragón apareció de forma prominente sobre su carne seca, brillando con un color rojo intenso—. La Orden del Dragón, una especie de secta ya desaparecida, me complace decir. Es sorprendente que haya podido ver esa pigmentación bajo mi piel. La había olvidado completamente.

La puerta se abrió con un silbido de los gases de ventilación y giró hacia el interior para dejar a la vista la caverna grabada en los recuerdos del León. Había cambiado bastante, pero era sin lugar a dudas el mismo lugar. El techo abovedado, de

casi setenta metros de altura y con bandas de estratos de rocas de muchos colores, estaba ahora atravesado por aros con pesadas cadenas de las que colgaban lámparas de gas. Las paredes, separadas por una distancia de casi doscientos metros en su parte más ancha, estaban ocultas tras los paneles de maquinaria y de dispositivos del Mechanicum, de manera que la piedra desnuda quedaba escondida detrás de diales y palancas, de luces intermitentes y de bobinas de cables y tuberías.

Alrededor del dispositivo principal se desplegaban pasarelas elevadas y pasadizos, peldaños y escaleras, y había sondas sensoras, antenas de vigilancia y andamiaje entremezclado en el centro del dispositivo de disformidad. El artilugio en sí estaba todavía allí; la conciencia, o al menos la semiinconsciencia que había esclavizado a todo un sistema estelar colgaba en el aire como un mundo en el firmamento. Era una esfera perfecta de mármol de color negro y gris oscuro, con motas doradas que se movían lentamente por toda la superficie. Diez punto seis metros de diámetro.

El León recordó exactamente las primeras medidas tomadas por el Mechanicum. La esfera estaba hecha de un material desconocido, impenetrable para cualquier sensor, perforadora o dispositivo que el Mechanicum hubiera traído con ellos.

El León sabía que esa cosa lo estaba observando con algún sentido alienígena. No estaba seguro de cómo lo sabía, ni de cómo el dispositivo de disformidad podía a su vez detectarlo a él, pero lo cierto era que estaba tan convencido de que aquello lo miraba como la primera vez que entraron en esa sala. En aquella ocasión, varios cientos de habitantes de Perditus vestidos con harapos morirían en los minutos siguientes, sin querer, o sin poder, deponer sus primitivas armas, forzados a defender a su semidiós hasta el último aliento y la última gota de sangre.

Había algo diferente, algo que al principio le pasó desapercibido entre el resto del desorden del Mechanicum. Dos protuberancias se extendían ahora desde la esfera, una en cada polo, de sólo unos cuantos centímetros de largo cada una. Los nódulos redondeados estaban en contacto con unas placas cubiertas de circuitos situadas sobre y debajo del dispositivo, que a su vez estaba unido por una vertiginosa red de hilos y cables a las máquinas de los alrededores. En una esterilla frente al globo reposaba un niño pequeño, de no más de siete u ocho años terranos.

Yacía inmóvil recostado sobre un lado, sin pestañear, rígido como un cadáver, lo que podría parecer de no ser por el suave subir y bajar de su pecho. El León captó el corazón del niño latiendo muy lentamente, y el olor a sudor y orina en el aire.

Un tubo salía desde la espalda del niño, y otro desde la base del cráneo, uniéndolo con el conjunto mecánico que rodeaba el motor de disformidad. Tan pronto como los ojos del León se depositaron sobre el niño, éste se incorporó, moviéndose bruscamente como una marioneta sin control. Tenía la mirada vidriosa y sus

miembros se movían con rigidez. Con una mirada al extraño globo, el primarca vio que las manchas doradas se movían más rápidamente que antes, formando breves patrones en el oscuro remolino.

—Has vuelto.

La voz del niño era plana y carente de emoción, y su rostro no mostró expresión alguna. Alzó una mano y la movió de forma errática.

—¿Ahora habla? —dijo el León. Las dos palabras las medio gruñó mientras se volvía hacia Iaxis. El tecnosacerdote se encogió de hombros.

—No podríamos comprender nada de su construcción o funcionamiento, pero parece probable que tuviera algún medio para comunicarse con los habitantes de Perditus antes de que nos viéramos obligados a destruir su sociedad. Tardamos casi treinta años sólo en diseñar esta primitiva interfaz. Hemos aprendido mucho de Tuchulcha. Es muy cooperativo, aunque un poco enigmático y… bueno, extraño.

—Yo también lo he oído —dijo el niño—. Pareces disgustado.

—Te acuerdas de mi —preguntó el León antes de poder evitarlo. Miró a Iaxis—. ¿Por qué el niño? Luchamos para liberar Perditus de esclavos y le habéis dado otro.

—Oh, eso —comentó Iaxis con un gesto despectivo de la mano—. Sólo es un servidor, León. Probamos todo tipo de lenguajes computacionales logarítmicos y sistemas basados en cifras, pero ninguno de ellos funcionó. Sin embargo, cuando utilizamos un servidor, fue capaz de aprovechar la interfaz neural establecida en sólo unos cuantos días.

—Que coincidencia —comentó el León.

—No es ninguna coincidencia. Fui diseñado para asimilar la forma humana, León. ¿Puedo llamarte León? Oí a los magos usar ese nombre. ¿Es ésa la forma correcta de dirigirse a alguien como tú?

El primarca intentó hacer caso omiso de la pregunta del dispositivo, pero la voz del niño permaneció en sus pensamientos.

—¿Qué eres? —le preguntó el León, acercándose hasta que estuvo al alcance de la mano del sirviente-marioneta.

—Yo soy Tuchulcha, León. Soy todo. Creo que el magos y yo somos amigos, y aunque a veces se enfada conmigo, trato de ser paciente con sus arrebatos.

—Te pregunté qué eres, no quién eres. Pero ¿qué estoy diciendo? Eres una máquina, una máquina muy sofisticada y nada más.

—Yo soy todo, León. Todo el mundo. Una vez fui el Sirviente de los Mares Letales. Ahora soy amigo del Mechanicum.

—Eres peligroso —declaró el León—. Se está librando una guerra por tu posesión. Debería destruirte y ahorrar mucha agitación y derramamiento de sangre.

—No puedes destruirme, León. No físicamente, aunque lo quisieras. Todas las cosas desean poseerme. Aquel a quien llaman Typhon sueña mucho conmigo. La

mente del otro, Midoa, está cerrada para mí. Contiene demasiado hierro para mi gusto. Tú… Tú no estás ni abierto ni cerrado. Me das miedo, León. Hasta que llegaste no supe lo que era el miedo. Tu regreso me aterra, León. No quiero ser destruido.

Era difícil no imaginar esas palabras siendo pronunciadas por el niño, pero el León se esforzó en concentrarse en la esfera brillante en vez de en su inanimado avatar.

—Iaxis, mi marioneta necesita más nutrientes. —Al decir esto Tuchulcha, la vejiga del niño se vació, enviando una corriente acuosa por su pierna que encharcó el suelo de plastiacero—. Te pido disculpas, León. Todavía no domino las funciones básicas de esta forma. Sus conexiones están poco desarrolladas.

—Es el tercer servidor que tenemos que conectar —le explicó el tecnosacerdote —. El anterior envejeció anormalmente, de ahí la juventud de este espécimen. Esperamos que sobreviva unos cuantos años más que las interfaces anteriores.

—Pareces saber mucho sobre lo que está sucediendo en la superficie —dijo el León, intentando obviar la aversión que sentía ante la actitud indiferente de Iaxis por el coste en vidas humanas, aunque se tratase de servidores sin mente.

—Ellos pasan a través de mí, y yo llego a conocerlos —contestó Tuchulcha—. Sus mentes tocan la mía. La tuya también lo hace, pero es demasiado pesada de llevar. ¿Cómo te las arreglas para sobrellevar esa carga?

—¿Mi intelecto? —replicó el León.

—Tu sentimiento de culpabilidad.

El León no respondió inmediatamente, ya que no se fiaba de sí mismo y por temor a que pudiera revelar algo frente a Iaxis, algo que preferiría mantener en el interior de sus propios pensamientos.

—¿Para qué sirve? —le preguntó a Iaxis, alejándose del niño-marioneta—. Se acordó con el Mechanicum que Perditus Ultima y los recursos que albergaba se salvarían sólo porque se pensó que podría tener algún propósito que podríamos aprovechar para el Imperio.

—¡Y lo tiene, lo tiene! —Iaxis pareció bastante animado ante aquello—. Tuchulcha, ¿podrías por favor enseñarle al primarca de lo que eres capaz?

Antes de que al León le diera tiempo a protestar, sintió una sacudida en su mente y en su cuerpo, una sensación a medias entre una traslación de la disformidad y un teletransporte rápido. La oscuridad nubló su visión por un instante, y cuando sus ojos se aclararon, ya no se encontraba en la caverna bajo Perditus Ultima.

Estaban sin lugar a dudas en su sala del trono a bordo de la *Razón Invencible*. Tuchulcha y su avatar flotaban detrás del trono, mientras que Iaxis permanecía en pie donde estaba, a un par de metros a la derecha del primarca. Sonaban las sirenas y la voz del capitán Stenius resonaba a través de los altavoces internos.

—¡A sus puestos de combate! Toda la tripulación a sus puestos de combate. El

campo Geller se está activando. Cinco minutos para cerrarse completamente. Repito, hemos sufrido una traslación inesperada a la disformidad, el campo Geller se está activando, estén preparados para atacar.

El León se quedó estupefacto, incapaz de comprender durante varios segundos lo que había sucedido. Finalmente se dio cuenta de que Tuchulcha debió de haber movido la barcaza de guerra a la disformidad y desplazarse a sí mismo, al primarca y a los tecnosacerdotes a la nave un instante después. Una parte del León estaba horrorizada por la peligrosa situación y por la ingenuidad de Iaxis al permitir que aquello sucediera; y una parte mayor estaba maravillada ante el poder sin precedentes en la exhibición.

—Tuchulcha… —dijo el León lentamente, pensando que sería prudente no enemistarse con la impredecible máquina—. ¿Dónde estamos ahora?

—Estamos al lado del lugar al que llamas Perditus, León.

El primarca se volvió hacia Iaxis con el ceño fruncido.

—¿Al lado? Estamos en la disformidad. ¿Cómo es posible? Estábamos demasiado cerca del mundo, de la estrella, para realizar una traslación.

—Tuchulcha no tiene que preocuparse de esas cosas, León —le aseguró el tecnosacerdote con una amplia sonrisa desdentada—. Es capaz de pasa directamente desde el espacio real al espacio de la disformidad sin ningún tipo de corriente ni desplazamiento gravimétrico.

—¿Por qué no me enteré de esto antes? —preguntó el León.

—Nuestros estudios no están completos —contestó Iaxis—. Por el momento estamos a merced de Tuchulcha, y como veis es un poco… bueno, temperamental.

—Tuchulcha, quisiera que nos devolvieses a nosotros y a la nave a Perditus Ultima.

El León mantuvo su tono tranquilo y amistoso, repentinamente consciente de lo precaria que se había vuelto su situación.

—Por supuesto, León. —Los labios delgados y sedientos de sangre del niño se torcieron en una detestable imitación de una sonrisa—. ¿Qué deseas que haga con el resto de tus naves?



OCHO

La sala de audiencias del León estaba tranquila, ocupada únicamente por el primarca y su senescal. El León estaba sentado en su trono, tratando de no mostrar sus pensamientos ni su estado de ánimo, tan impasible como una estatua. Corswain estaba de pie a la derecha del primarca, haciendo todo lo posible por ocultar sus propias dudas ante la nueva situación. Cuando fue pasando el tiempo silenciosamente, ya no pudo morderse más a lengua.

—Mi señor, no pongo en duda vuestro juicio en este asunto, pero debo admitir mi propia ignorancia. Hemos asegurado Perditus Ultima y tenenos fuerzas suficientes para destruir a la Guardia de la Muerte por completo, ¿y sin embargo, invitáis a su comandante para dialogar? Tengo un mal presentimiento acerca de todo esto. Y tener al capitán de los Manos de Hierro presente al mismo tiempo es contraproducente.

El León volvió la cabeza y observó a Corswain por un momento con expresión seria.

—Haces bien en no querer cuestionar mi juicio, Cor. —Los labios del primarca esbozaron una fina sonrisa, suavizando la dureza de sus palabras aunque sólo fuera un poquito—. Sin embargo, mi razón para llevar a cabo este encuentro es sencilla. Antes de decidir nuestra siguiente línea de acción, tengo que averiguar por mí mismo hasta qué punto se ha extendido el secreto de Perditus. Aunque él probablemente no se sea consciente, recuerdo que el capitán Typhon participó en nuestra primera expedición a este lugar. No era más que un capitán de compañía, según recuerdo. Que conociera la existencia de Tuchulcha no es ninguna sorpresa, pero siento que su plan no es tan transparente como aparenta a primera vista.

—¿Y el capitán Midoa, mi señor?

—Su presencia aquí es una sorpresa, hermano. Podría ser casualidad que interceptara el ataque de la Guardia de la Muerte, pero la coincidencia no me sirve como explicación. Tengo que saber por qué vino a Perditus y bajo qué autoridad

afirma actuar. Los Manos de Hierro no tienen líder, mi hermano Ferrus fue asesinado en Istvaan, y creí que su legión había perdido toda importancia estratégica. Parece ser que estoy equivocado, y por eso debo obtener la respuesta a las preguntas que me acosan.

El microcomunicador del oído de Corswain se activó y escuchó durante unos momentos el comunicado del capitán Tragan.

—Nuestros invitados llegarán en cualquier momento, mi señor —le anunció Corswain.

—Bien —contestó el León, dirigiendo la mirada a las puertas dobles.

Unos segundos más tarde se abrieron con un siseo y por ellas aparecieron Tragan y una guardia de treinta ángeles oscuros. En medio de ellos estaban los capitanes Typhon y Midoa; el primero era fácilmente visible con su enorme armadura de exterminador, una cabeza más alto que los guerreros que lo rodeaban. A simple vista, la armadura de Typhon parecía estar en mal estado, muy reparada y sucia, con el blanco de la Guardia de la Muerte manchado de aceite en algunas partes y estropeada por la batalla. Sin embargo, tras inspeccionarla más detenidamente, Corswain se dio cuenta de que la armadura de exterminador estaba mal cuidada sólo a nivel estético: Typhon se movía sin dificultad alguna, cada uno de sus pasos iba acompañado por el silbido de los servos y el zumbido de los haces de fibras. Una espada corta colgaba de su cinturón, y en las manos llevaba su segadora de humanos, con forma de guadaña.

Midoa iba detrás del comandante de la Guardia de la Muerte. Su armadura negra y plateada mostraba signos de pintura fresca y pulimento. Tenía la capa negra destrozada por los bordes y una cicatriz reciente todavía sanando en la frente. Corswain esperaba a alguien más mayor, y los rasgos jóvenes de Midoa fueron un contrapunto a los sellos y marcas de honor que adornaban la placa pectoral y las hombreras de su armadura. Como Typhon, iba armado con una espada de energía en la cintura y un combibólter de asalto de dos cañones colgado al hombro con un correa.

—Gracias, capitán Tragan —dijo el León—. Puedes marcharte.

Corswain se volvió sorprendido, pero la atención de su primarca estaba puesta en los dos recién llegados.

—¿Mi señor? —Tragan no pudo detenerse una vez que comenzó a hablar.

—Por favor, regresa a tus obligaciones, capitán —le ordenó el León, manteniendo su tono afable—. Estoy convencido de que nuestros huéspedes rehusaron entregar sus armas sólo por principios. Yo no esperaría menos de los oficiales de las Legiones Astartes. No serían tan insensatos como para ponerme a prueba en mi propia nave.

Echando una mirada a Typhon, Tragan asintió con la cabeza. Los demás ángeles oscuros formaron detrás de su comandante mientras se alejaba. El León hizo un gesto a Typhon y a Midoa para que se acercasen.

—¿Voy ser tu prisionero? —le espetó Typhon. Su voz resonaba desde los altavoces externos de su traje—. Si vas a ejecutarme sin más, hazlo ya: terminemos de una vez con todo esto.

—Te dirigirás a mí correctamente, comandante —le contestó el León, sin mostrar enojo ante la acusación del capitán de la Guardián de la Muerte—. Aún no he decidido tu suerte. No me des un motivo para que me enfade contigo.

Typhon no dijo nada durante unos segundos, sometido ante la mirada penetrante del primarca. Bajo la fuerza de esa mirada finalmente asintió con la cabeza y lentamente se postró sobre una rodilla.

—Lord Jonson, primarca de la I Legión —dijo solamente Typhon—. Os ruego que perdonéis mi impertinencia.

—Tal vez lo haga —le contestó el León, haciéndole un gesto con la mano para que se pusiera en pie—. ¿Cuál es tu propósito al venir a Perditus, comandante?

—Estoy seguro de que ya lo sabéis, lord Jonson —le contestó Typhon.

—Aun así me gustaría oírlo con tus propias palabras.

—El dispositivo de disformidad, lord Jonson —le confirmó Typhon al mismo tiempo que miraba al capitán Midoa—. Vine a Perditus para tomar posesión del artefacto.

—Interesante.

—El señor de la guerra desea ese dispositivo por razones que también debéis conocer. No es oportuno que tratéis de frustrar sus planes de este modo. Se lo tomará a mal.

—¿Horus se lo tomará a mal? —gruñó Corswain a la vez que daba un paso adelante—. Los Ángeles Oscuros no responden a Horus.

—Con el tiempo lo harán, estoy seguro —le contestó Typhon tranquilamente, echando una rápida mirada al senescal antes de volver de nuevo su atención al León —. Vuestra oposición a los Amos de la Noche era de esperar, aunque innecesaria. Es algo irrelevante, convertido en un asunto personal por el antagonismo mutuo. ¿Qué significa Thramas para los Ángeles Oscuros?

—Son mundos del Emperador, y debemos protegerlos —le replicó Corswain, apoyando una mano en la empuñadura de su espada—. La traición no quedará impune.

—Guarda silencio, hermano —le ordenó el León, removiéndose en su trono para colocar un codo en el reposabrazos esculpido. Luego apoyó la barbilla en el puño cerrado con la mirada aún clavada en Typhon—. Dejemos que el comandante hable con total libertad.

—No tengo nada más que decir, lord Jonson —declaró el capitán de la Guardia de la Muerte.

—Tu amenaza es insignificante, comandante. Lo que dices es irrelevante, pero lo

que no dices es tan ruidoso que me ensordece.

Typhon iba a responder, pero el primarca lo hizo callar con un gesto de la otra mano.

—No has mencionado a mi hermano Mortarion, tu primarca. ¿Sigues luchando todavía para la Guardia de la Muerte, comandante? ¿O persigues una ambición oculta y en desacuerdo con tu señor? Si Mortarion deseaba el dispositivo que has mencionado, tiene los recursos de una legión entera a su disposición. ¿Por qué mandaría a una flotilla tan pequeña para reclamar un premio tan valioso? No, Mortarion no es la mano que te guía comandante.

Irguiéndose, el León apoyó las manos en las rodillas y se inclinó hacia adelante.

—Del mismo modo invocas el nombre del señor de la guerra, pero no es la voluntad de Horus la que te envió a Perditus. Tal vez como dices soy algo irrelevante para mi traidor hermano, pero eso no significa que Horus deseara que sus hijos se enfrentaran con los míos en un conflicto abierto. Él ya destruyó tres legiones en Istvaan, pero mis Ángeles Oscuros no estaban entre ellas. Curze, Mortarion, Horus, ninguno de ellos desea empezar una guerra a gran escala contra mi legión, y por una buena razón.

Typhon permaneció en silencio como respuesta. Tal vez lamentaba sus palabras, o quizá por el temor de que cualquier otro argumento sólo sirviera para ponerlo aún más en evidencia. El León trasladó su oscura mirada al comandante de los Manos de Hierro.

—Y a ti, capitán Midoa, ¿qué propósito te ha traído hasta aquí?

—Para asegurar Perditus Ultima contra los traidores, mi señor Jonson —contestó el capitán, mirando a Typhon—. Y según parece, llegamos justo a tiempo.

—¿Y quién os ordenó esa misión?

—Formábamos parte de la Cuadragésima Flota Expedicionaria, mi señor, y nos encontrábamos muy lejos de Istvaan cuando se convocó a nuestra legión. Cuando nos enteramos de la tragedia que le había sucedido a nuestro primarca, hicimos lo que pudimos, asegurando los mundos que acabamos de unir al Imperio, luchando contra las fuerzas traidoras que nos encontramos. Hace seis meses fuimos interceptados por una flota de Ultramarines cerca de Ojanus, y recibimos un mensaje de lord Guilliman, que estaba reuniendo a todas las fuerzas leales en Ultramar. Respondimos a la llamada, y más tarde el primarca nos envió a Perditus por temor a que los traidores pudieran tratar de apoderarse del dispositivo en poder del Mechanicum.

El León aceptó todo aquello con un gesto de asentimiento, sumido en sus propios pensamientos.

—Y ahora que has conocido el secreto de Perditus, ¿qué intenciones tienes? —le preguntó el primarca.

—No es seguro dejar ese artefacto de disformidad aquí, mi señor. Es demasiado

poderoso como para arriesgarse a hacer un mal uso de él, por lo que creo que la mejor decisión sería trasladarlo a la seguridad de Macragge.

—Desde luego —asintió el León, arqueando las cejas—. ¿Tomaste esa decisión tú mismo?

—Lord Guilliman insinuó que tal decisión podría ser necesaria, mi señor.

Los dedos del primarca repiquetearon rápidamente sobre el reposabrazos de su trono. Miró a un comandante, luego al otro y viceversa, antes de mirar a Corswain.

—Cuando hayamos concluido esta conversación, envía un mensaje a los capitanes, hermano. La flota debe desplegarse en formación para el bombardeo de Perditus Ultima.

Tanto Typhon como Midoa lanzaron una serie de exclamaciones que cayeron en oídos sordos.

—Como ordenéis, mi señor —respondió Corswain.

—¡No podéis destruir el motor de disformidad! —gritó Midoa, al mismo tiempo que daba un paso adelante—. Si su poder se puede controlar, podría ser el arma que nos permita cambiar el rumbo de la campaña contra los traidores.

—Supones demasiado, capitán —le contestó el León con cierta brusquedad—. Yo también recibí los mensajes de Guilliman. No comparto sus planes, y no le confiaría este motor ni a él ni a ningún sirviente de Horus. No creo que Ultramar sea un lugar más seguro que Perditus para este dispositivo, y aunque Guilliman no lo use para sus propios propósitos, no puedo permitir que caiga en manos de los enemigos del Emperador.

Las carcajadas de Typhon resonaron por toda la sala mientras Midoa seguía protestando.

—Tu buen humor está fuera de lugar, comandante —lo cortó en seco el León, acallando la alegría de Typhon y los argumentos de Midoa—. Estoy considerando permitir que abandonéis Perditus sin el motor, de modo que podáis contarle que ha sido destruido a cualquiera de vuestros señores que deseen reclamarlo. Sin embargo, si me vuelves a hablar faltándome al respeto o deshonras mi audiencia, estaré más que encantado de permitir a tus lugartenientes realizar esa misión en tu lugar.

El silencio acogió esta proclamación. El León se puso en pie e hizo una señal para indicar que la audiencia había terminado.

—Perditus Ultima y su botín serán destruidos dentro de unas horas. Decidles a mis hermanos que aquí ya no hay nada para ellos.



NUEVE

En la pantalla principal, la pequeña mota de luz que representaba la lanzadera del capitán Midoa desapareció detrás de la sombra del crucero pesado *Acusador Implacable*. Al mirar a una pantalla secundaria, el León vio al *Terminus Est* de la Guardia de la Muerte alejándose con sus motores de plasma casi perdidos en la luz de la superficie de Perditus Ultima. El primarca estaba a punto de alejarse, con Typhon y Midoa ya de regreso a sus respectivas naves, cuando oyó por casualidad un mensaje de lady Fiana procedente de uno de los asistentes de comunicaciones.

—Pasa esa conexión a los altavoces —ordenó el León, señalando con el dedo al servidor de la legión, que obedeció inmediatamente con los ojos muy abiertos de sorpresa.

—Alabado primarca, mi familia y yo estamos detectando una distorsión en la disformidad alrededor de Perditus Ultima —repitió Fiana, su voz se colaba a través de las rejillas de ventilación de todo el estrategium.

—¿Tuchulcha? —preguntó el primarca.

—No, se trata de algo diferente. Es como un torbellino en miniatura, >como si se estuviera cavando un agujero a través de la disformidad.

—¿Cavando desde dónde? ¿A qué conduce ese agujero?

—Denos un momento, alabado primarca. Ardal está descendiendo hasta el pilar para poder localizar mejor el origen de la perturbación.

—¡Activad los campos de vacío! —gritó el capitán Stenius—. ¡Armad las baterías de cañones y haced sonar la llamada de orden de batalla!

El León permitió que sus subordinados tomaran las medidas defensivas oportunas. Esperó con los brazos cruzados, con la mirada en movimiento entre las dos pantallas principales, el dispositivo secundario donde se veía al *Terminus Est* y el altavoz situado a la derecha del dispositivo matriz, como si fuera capaz de ver a lady Fiana más allá.

—Detectamos una sobrecarga de energía procedente del *Terminus Est* capitán —anunció uno de los sirvientes de las consolas de escáner.

—Elevados los escudos de vacío, capitán —informó otro sirviente casi inmediatamente después.

—La perturbación de la disformidad es local, muy pequeña. —La voz del navegante se oía chillona a través del intercomunicador—. No sé cómo pero parece estar originándose desde la nave insignia de la Guardia de la Muerte.

—¿Adónde? —preguntó el León—. ¿Adónde se dirige?

—A Perditus Ultima, alabado primarca. Es algún tipo de túnel de disformidad que se dirige directamente al corazón de la instalación. Nunca he visto nada como esto.

—¡Corswain!

El uso por parte del León del nombre del senescal activó de forma automática los sistemas de la barcaza de batalla y los derivó a un canal de dirección directo. Casi inapreciable, un diminuto icono parpadeó en una pantalla secundaria, indicando en un plano de la *Razón Invencible* que Corswain se encontraba en un corredor de tránsito, fuera de los compartimentos de lanzamiento de estribor, después de comprobar que tanto Midoa como Typhon abandonaban la nave.

—¿Sí, mi señor?

—Reúne a tu guardia y a los bibliotecarios y dirígete a la sala de teletransporte número dos. Me encontraré allí con vosotros.

—¿Adónde vamos?

—Que establezcan las coordenadas para la base de Magellix. La Guardia de la Muerte está intentando robar el motor de disformidad.

La segadora de humanos de Typhon rajó al tecnoadepto desde la pelvis a la garganta, y el campo de energía de la guadaña burbujeó y chasqueó con la sangre vaporizada. Los restos destrozados del tecnoadepto cayeron sobre la piedra desnuda del suelo al mismo tiempo que una escuadra de skitarii aparecía por la puerta que tenía delante. Los guerreros biónicamente mejorados del Mechanicum empuñaban una amplia variedad de armas láser y de lanzamisiles. Los rayos de color rojo abrasaron el túnel, y las estelas en espiral de los cohetes guiados los siguieron al mismo tiempo que los Guardianes de Tumbas abrían fuego. El cañón automático de Typhon tronó en su puño mientras un contraataque de misiles y de proyectiles de bólter acribillaba a los defensores medio mecánicos de Perditus Ultima.

Los exterminadores continuaron su implacable avance, pasaron por encima de los restos ensangrentados de los skitarii y entraron en el corredor que conducía a la prisión de Tuchulcha. Aparecieron más skitarii y también fueron abatidos, ya que los Guardianes de Tumbas eran prácticamente invulnerables a las armas que empuñaban sus enemigos.

A la cabeza de la columna, Typhon aún trataba de librarse de los efectos colaterales del teletransporte de disformidad que había empleado para llevar a sus guerreros al interior de la instalación. El Padre no había sido muy generoso con sus regalos esta vez, y Typhon sentía como la piel le pesaba bajo la armadura. Le picaba todo el cuerpo y a veces tenía la sensación de que la cabeza le flotaba por el esfuerzo realizado al perforar un agujero a través de la realidad.

—¿Por qué no hicimos esto la primera vez que vinimos aquí? —exclamó Vioss con voz áspera, avanzando a la izquierda de Typhon—. Deberíamos haber recuperado el dispositivo mucho antes de que llegaran los Ángeles Oscuros.

—No sabía que Tuchulcha estaba despierto —contestó Typhon—. Tendrá que transportarse él mismo de vuelta al *Terminus Est*, porque yo no tengo la fuerza suficiente para hacerlo. Es de una masa mucho mayor de lo que parece.

—Una proeza de la ingeniería —dijo Vioss, aunque su sarcasmo era evidente en el tono de voz.

—Un milagro del Padre —lo corrigió Typhon mientras caminaban hacia la sala de Tuchulcha.

El comandante de la Guardia de la Muerte se detuvo, presa de un repentino dolor en el abdomen. Apretó los dientes cuando sintió algo retorciéndose a través de sus entrañas, o al menos una sensación que le parecía similar a que le perforara los intestinos algún roedor infernal. El dolor desapareció en pocos segundos y pasó corriendo a través del siguiente grupo de puertas.

El orbe llamado Tuchulcha colgaba en el centro de la habitación, rodeado por los dispositivos de contención y de exploración del Mechanicum. Typhon se quedó sorprendido por la belleza de los patrones que fluían a través de la superficie del dispositivo. Una mezcla de colores oleosos mezclados y a la vez independientes, que creaban un efecto hipnótico. Con un cierto esfuerzo, el jefe de la Guardia de la Muerte consiguió apartar la mirada del globo flotante, y vio a una figura vestida con una túnica de color rojo arrodillada delante del dispositivo. Una capucha le cubría la cabeza y el rostro.

Typhon apuntó con su cañón automático segador a la figura arrodillada, pero cuando iba a apretar el gatillo una voz de niño rompió el silencio.

—¡Detente! ¡No le hagas daño!

Un joven apareció de entre la maraña de cables que rodeaban a Tuchulcha. Tenía la piel pálida y estaba conectado al aparato que recluía el dispositivo. Typhon sólo tardó un momento en darse cuenta de que el cuerpo del servidor estaba siendo manipulado por la máquina.

—Él es irrelevante —dijo el comandante—. Ha sido tu carcelero y debe ser castigado.

Un jadeo gorgoteante surgió de la garganta del joven servidor, y Typhon se dio

cuenta de que se trataba de una carcajada.

—Yo no puedo ser encarcelado, no por una criatura como ésta —dijo Tuchulcha.

—Bien, entonces serás capaz de venir con nosotros.

El niño no respondió, pero apartó la mirada e inclinó la cabeza hacia atrás, como si pudiera ver a través del rocoso techo de la sala.

—No tienes mucho tiempo, Typhon de los Incursores del Crepúsculo —le dijo el niño—. El León viene hacía aquí, y busca tu cabeza. Tus guerreros están siendo aniquilados.

Como si lo estuvieran confirmando, los primeros informes llegaron con una serie de chasquidos a través de la red de comunicaciones. La retaguardía de tres escuadras de los Guardianes de Tumbas estaba siendo atacada. Los mensajes eran muy breves y hablaban de la espada ardiente del primarca de los Ángeles Oscuros, y de las encapuchadas criaturas de pesadilla con ojos de fuego y garras de hierro que lo acompañaban. Pasaron diez segundos y Typhon no tuvo más noticias de sus hombres.

—Ha traído a sus psíquicos con él —le dijo Typhon a Vioss—. No puedo enfrentarme a sus habilidades combinadas. Avisa a Chartun ya la segunda línea. Deben replegarse hacia esta posición.

—Como ordenéis, mi comandante —asintió Vioss.

—Ahora somos la Guardia de la Muerte —corrigió Typhon a Tuchulcha—. No te puedo llevar a mi nave por mis propios medios. Eres tú quien debe venir conmigo si quieres ser libre.

—¿Libre? —De nuevo se oyó el gorgoteo ahogado del niño—. Llevo mucho tiempo esperando que regrese el León. Lo vi la primera vez que vino, y entonces supe que mi salvador había llegado hasta mí. Los habitantes de Perditus me atraparon aquí, pero con la ayuda de Iaxis fui capaz de liberarme de mis cadenas. He permanecido sólo porque sabía que el León regresaría a por mí.

—Él intenta destruirte —le advirtió Typhon.

—Él intenta poseerme, como muchos otros lo intentaron antes —lo contradijo Tuchulcha—. No temas por mí, bravo Typhon. Debes cumplir tu propio destino. Tu primarca te aguarda. Sería un gran desperdicio que fueras asesinado aquí. Mira, deja que te ayude.

La protesta de Typhon se ahogó en su garganta cuando sintió la ráfaga de la traslación. Un momento después se encontraba en el estrategium del *Terminus Est* con los guardianes de tumbas que le quedaban a su alrededor.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Vioss, sacudiendo la cabeza. El capitán se volvió hacia los sorprendidos asistentes que estaban en el puente de control—. Poned rumbo al punto de traslación más cercano. Los Ángeles Oscuros empezarán a perseguirnos muy pronto.

—No hay necesidad —dijo Typhon al sentir una presión en lo más profundo de su

mente, una presión que reconoció a la perfección—. Tuchulcha ya se ha asegurado de ponernos fuera de peligro.

Tras despedir a sus sirvientes, Typhon se quedó solo en sus aposentos. Los desnudos mamparos de metal estaban cubiertos de manchas de óxido e iluminados por el brillo cegador de las barras de luz que colgaban del techo. Se quitó la última capa de ropa interior, y al apartar la malla empapada quedó al descubierto su pálida piel. No era capaz de comprender lo que había sucedido. El Padre lo había enviado a Perditus para rescatar a Tuchulcha de las garras del Mechanicum, pero había fracasado.

El dolor del estómago continuaba allí, y el comandante de la Guardia de la Muerte bajó la mirada hacia aquel punto. Bajo la carne se veían las rígidas placas de su caparazón de color negro. Pero había algo más asomándole por la piel, justo debajo de la placa pectoral. No podía verlo claramente debido a la curvatura de su musculoso pecho, así que Typhon se volvió y se miró en el espejo de bronce pulido.

Justo por debajo del plexo solar tenía tres ampollas, cada una de ellas tan grande como la punta de su dedo pulgar, formando un triángulo y tocándose entre sí. Eran de color rojo oscuro rodeadas por un anillo negro, y supuraban un líquido transparente. No sintió dolor cuando apretó con el dedo una de las ampollas. De hecho, la sensación le produjo un escalofrío de placer por todo el cuerpo.

Typhon tuvo un momento de iluminación al darse cuenta de lo que había ocurrido. En realidad, sí que había liberado a Tuchulcha. Al viajar a Perditus, había llamado la atención del León hacia aquel mundo, poniendo en marcha una serie de acontecimientos que condujeron a Typhon a un lugar que no conocía, pero que era el gran designio del Padre. El trío de ampollas de su piel era una recompensa; una señal de que el Padre había tomado nota de la lealtad de Typhon. Estaba marcado ahora y para siempre, marcado por el amor del Padre.

Aquello sólo era el comienzo del trayecto, por supuesto. Los Guardianes de Tumbas eran sólo el principio. El Padre los quería a todos. El Padre quería el amor y la lealtad de cada guerrero de la Guardia de la Muerte; el amor y la lealtad de Mortarion por encima de todas las cosas.

—¿Estás seguro de que eso era todo lo que decía el mensaje?

El capitán Lorramech asintió con la cabeza sin apartar la mirada de Midoa. Los dos regresaron al estrategium con el transportador que los había subido desde la cubierta de desembarco.

—Eso fue todo lo que el León me pidió que dijera —le confirmó Midoa—. Fue muy concreto al respecto: «Dile a Guilliman que tengo una respuesta para él —me dijo el León—. Dile que me espere. Que pronto estaré ahí». Eso fue todo.

El señor de la I Legión se sentó como solía hacerlo aquellas noches, reclinándose en su trono de marfil y obsidiana. Los codos le descansaban sobre los esculpidos reposabrazos, con los dedos cruzados delante de la cara sin que apenas le rozaran los labios. Con unos ojos que no pestañeaban, con aquel verde brutal de los bosques de Caliban, miraba al frente y observaba el parpadeanre holograma de las estrellas envueltas en combates.

Iaxis y su dispositivo estaban a salvo en las bodegas más profundas de la *Razón Invencible*. La base de Magellix había quedado reducida a escoria fundida y escombros en unas cuantas horas; no quedó nada que otra legión pudiese reclamar.

Los labios del León se movían tan lentamente que tal vez un observador no demasiado atento no se hubiera dado cuenta de ello. Tampoco nadie excepto aquellos con el poder de audición sobrehumano de un primarca hubieran oído las palabras pronunciadas por sus casi inmóviles labios.

—Ya tengo a Curze —dijo el León, hablando sólo a las sombras. Su monólogo se interrumpía a cada rato, como para permitir a alguien más que interviniera—. Con Tuchulcha seremos capaces de atrapar al Acechante Nocturno. Tenemos que tener cuidado de no actuar de forma demasiado apresurada. Sí, cuando llegue el momento oportuno, pero no antes. Si Curze nota un cambio drástico en nuestra estrategia, responderá, quizá abandonando Thramas por completo. Tienes razón, eso no sería de gran utilidad.

EL León se calló y se secó el sudor de la frente con la punta del dedo.

—Guilliman es un necio equivocado en el mejor de los casos, y un perro traidor en el peor. —Respiró profundamente—. Ya lo sé, pero no me pondría de rodillas ante él, como tampoco lo haría con Horus. Curze posee la verdad, pero yo estaba cegado por mi ira. Me corresponde a mí ser la balanza sobre la que se equilibrará la historia. Cada acontecimiento tiene su medidor, cada hermano su igual. Curze intenta minar mi moral y la fuerza de mi legión con una guerra interminable. Ése será el deber de los Ángeles Oscuros. Sí, estarán preparados para desempeñar esa tarea. No habrá un nuevo Emperador, sólo una vida entera de guerra. Mis hermanos se desangrarán los unos a los otros hasta quedarse secos, luchando durante toda la eternidad hasta que no pueda quedar un vencedor. No, ni siquiera él. Sólo existe el Emperador, nadie es digno de heredar ese manto. Me aseguraré de que las Legiones Astartes se destruyan a sí mismas antes de que cualquier otro despliegue su poder sobre Terra. Ésa es la verdad. Ante la posibilidad de la aniquilación mutua, mis hermanos pueden llegar a un acuerdo. Horus se verá obligado a reconocer de nuevo al Emperador, y Guilliman y los demás no usurparán a su verdadero señor.

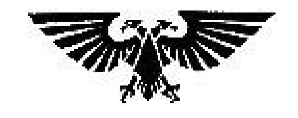
El León se calló de nuevo haciendo un ligero movimiento de negación con la cabeza. Volvió la mirada hacia la izquierda, y de entre las sombras surgió una

diminuta figura. No era más alta que la rodilla de un hombre, e iba vestido con una túnica de ébano. Sus manos pequeñas y ágiles estaban cubiertas con guantes de color negro, pero el resto de su cuerpo y su rostro estaban ocultos en la sombra. La pequeña criatura miró al León y dos brillos parecidos a carbones encendidos iluminaron brevemente el interior de su capucha.

—No, es demasiado importante —continuó el primarca—. Aunque lo que dices sea cierto, no puedo regresar a Caliban todavía. Pase lo que pase, tengo que detener a Horus y a Guilliman.

La diminuta figura inclinó la cabeza y el León hizo lo mismo. Su susurro estaba lleno de tristeza.

—Sí, aunque me cueste mi legión.



LA SERPIENTE INTERIOR

ROB SANDERS



DRAMATIS PERSONAE

La XX Legión, la Legión Alfa

Alpharius/Omegon	primarcas gemelos
Sheed Ranko	capitán, escuadra exterminadora Lernaean
Ursinus Echion	bibliotecario
Arvas Janic	comandante, Instalación 9-50 Tenebrae
Goran Setebos	sargento, escuadra Sigma, Tercera Compañía
Isidor	legionario
Arkan	legionario
Krait	legionario
Volion	legionario
Braxus	legionario
Zantine	legionario
Charman	legionario
Vermes	legionario
Tarquiss	legionario



ALFA

Operatus Cinco-Hidra: Tiempo transcurrido Ω1/-806.44//XXU Crucero de ataque *Upsilon*, XX Legión

—Todo se desarrolla de acuerdo con los deseos del primarca, mi señor.

—Y a pesar de ello, me siento inquieto —le contestó Omegon.

El poderoso guerrero paseó por el oratorium en penumbra, y recorrió con atención experta los planos y diagramas que se veían en las paredes y en las placas de datos situadas sobre la redonda mesa central. Ursinus Echion se encontraba delante de él pero de forma virtual, como un fantasma hololítico.

—El centro de transmisiones Tenebrae 9-50 es una prioridad táctica, hermano. Es mucho lo que depende del funcionamiento continuado de la tecnología.

Se sentó en uno de los tronos de la cámara. Colocó los codos en los reposabrazos y unió la punta de los dedos en un gesto reflexivo.

—¿Entiendes mi preocupación?

—Por supuesto, lord Omegon —le contestó el Echion translúcido.

Omegon siguió pensativo. Echion ya no llevaba puesta la túnica del Librarius, y en vez de eso había preferido vestirse con los ropajes de un legionario normal de cualquier compañía. Al ser uno de los psíquicos superiores de la legión, había sido la elección obvia para supervisar la operación relativa a la nueva tecnología del empíreo, aunque su condición de bibliotecario se había mantenido en secreto.

—Entiendes mi preocupación —repitió Omegon—, pero ¿la compartes?

Advirtió que un destello de duda cruzaba el rostro hololítico del bibliotecario. La

tentación de mentir. La decisión de no hacerlo.

—El mástil de la matriz emisora se ha construido siguiendo con toda exactitud las especificaciones —admitió Echion—. Está funcionando de un modo satisfactorio.

—Dime lo que piensas —le ordenó Omegon—. Como deben hacer todos los de nuestra vocación.

—Esta tecnología es tan antigua como alienígena —dijo Echion al cabo de unos momentos—. Si el diseño para su construcción y la orden de realizar el proyecto no procedieran directamente del propio Alpharius en persona, habría pensado que se trataba de un proyecto… equivocado.

—Tu vigilancia y tu desconfianza son de mucha utilidad para la legión —le aseguró Omegon—. A mí me disgustan tanto como a ti los alienígenas y sus métodos despreciables, hermano, pero la hidra ataca con múltiples cabezas, y debemos admitir la variedad antes que los prejuicios, por muy natural que nos resulte esa aversión que sentimos. Lo sabes muy bien, Echion.

—Por supuesto, lord Omegon.

—Y como muy bien has dicho, es el deseo expreso del primarca.

—Así es.

—Sin embargo, tienes razón en lo de ser cauto. ¿Habéis tenido dificultades?

Una vez más, Echion sopesó la sinceridad frente a la prudencia, frente a la prudencia de la sinceridad.

—De vez en cuando tenemos problemas para conseguir esclavos psíquicos. A veces esto nos ha llevado a enfrentarnos con las Hermanas de Silencio y sus naves negras. Nada de lo que no se puedan encargar mi legionarios, por supuesto.

—¿Acaso eso te supone un problema, hermano? ¿Tratar de ese modo a los que son como tú?

Echion pensó la respuesta.

—La tecnología es… exigente y agotadora. Todos tenemos una función que cumplir. Los que son como yo, tal y como lo habéis expresado, deben cumplir la suya, lo mismo que la legión cumple la suya.

—Muy cierto —respondió Omegon, mostrándose de acuerdo—. ¿Hay algo más? ¿Qué sabemos de nuestros aliados?

—Los Espartocidos del Geno Siete Sesenta son unos centinelas un tanto impacientes, pero cumplen sus deberes de forma impecable. En cuanto al Mechanicum… —El bibliotecario hizo una pausa—. El artífice del empíreo Auguramus es un individuo… difícil. Yo superviso la operación relativa al mástil de la matriz emisora, pero él es el responsable de las tareas de mantenimiento. Se comporta de un modo innecesariamente cruel con los esclavos e interpreta las órdenes que recibe de un modo… ¿cómo lo diría?, de un modo creativo. Sospecho que sabe más sobre el funcionamiento de esa tecnología de lo que él o su gente están

dispuestas a admitir.

—Eso suena a que puede ser un problema.

—Sabe que es esencial en la operación Tenebrae, así que se toma ciertas libertades. Probablemente sólo sea cosa mía. Es que no me gusta.

—Cualquiera haría mal en tomarse ciertas libertades con la Legión Alfa —comentó Omegon con frialdad. Se levantó del trono y comenzó a pasear de nuevo por el oratorium—. Maese Echion, la tarea que has cumplido en Tenebrae ha sido excelente hasta el momento, y quiero que siga así. Me da la impresión de que te vendrían bien otro par de ojos para ayudarte en tus funciones.

—Si pensáis que es necesario, mi señor… —le contestó Echion—. ¿Tenéis información sobre algún peligro que amenace a la operación?

—Directamente no, pero tanto nuestros aliados como nuestros enemigos han aprendido mucho sobre nosotros. No tenemos que protegernos sólo de los espías del Emperador que se encuentren entre nosotros, también el señor de la guerra tiene sus métodos diabólicos. Jamás deberíamos subestimar la amenaza de los alienígenas, y además, por supuesto, debemos mantener la fidelidad de nuestros amigos. Los agentes se pueden comprar, pero aquellos que comparten nuestro camino también pueden perder la orientación.

—Por supuesto.

—Por eso debo pedirte que me envíes las especificaciones cifradas de la seguridad y las defensas de la base Tenebrae —añadió Omegon.

Echion alzó una ceja.

—Es el comandante Janic quien se encuentra al mando de la seguridad de la base…

—Pues entonces necesito que él me las envíe. Los planos de las instalaciones, la lista de tropas que tienen a su disposición y los detalles sobre la rotación de la guarnición. Con eso debería bastar para empezar.

Echion hizo un gesto de asentimiento.

—¿Qué tenéis pensado hacer con esa información, mi señor, si no os importa que os lo pregunte?

—Me servirá para ayudarte, maese Echion. También me ayudará para decidir dónde se encuentran los puntos débiles y qué otros recursos puedo poner a tu disposición para asegurarnos la continuidad y la seguridad de este proyecto, uno de los más importantes de la legión.

—Os agradezco vuestra preocupación y vuestras atenciones, mi señor Omegon.

El primarca permaneció de pie aliado de la portilla ojival de cristalcero.

Se quedó mirando al vacío del espacio, frío y eterno.

—Pero me da la impresión de que queda algo más —dijo con voz ausente—. Algo que todavía me tienes que contar en confianza, hermano. Algo que va más allá

de estas preocupaciones mundanas. —Volvió la cabeza y vio la expresión de incertidumbre en el rostro de Echion—. Quizá tu don te ha proporcionado alguna clase de visión especial, algo que te provoca esta infelicidad.

El bibliotecario inclinó levemente la cabeza.

—¿Puedo hablar con total libertad, mi señor?

Omegon siguió mirando por la portilla.

—Siempre.

—Se trata del mástil emisor. El éter se encuentra en un estado de calma como jamás he conocido. Lanzo mi mente al exterior y mis pensamientos viajan hasta muy lejos, como una piedra que rebota sobre la superficie tranquila de un estanque calmado.

—Continúa, hermano.

—Siempre he tenido el don de la visión interior. Lo que el bibliotecario jefe llamaba la «premonición». Es algo útil en mitad del caos de la batalla: atisbos momentáneos de espadas antes de que golpeen y de rayos láser antes de que ni siquiera los hayan disparado contra mí.

—Posees habilidades prescientes —le confirmó Omegon con voz tensa.

—Sí, mi señor.

—¿Se ven incrementadas en presencia de esta abominación alienígena?

Echion tuvo cuidado a la hora de elegir las palabras.

—Fluyen con mayor libertad, procedentes de un origen en calma.

—¿Y qué es lo que ves?

—El futuro, mi señor. Terrible y cierto.

—¿El tuyo?

—El de la legión.

—¿Y…?

—Me temo que hemos tomado alguna decisión equivocada, mi señor —continuó el bibliotecario con expresión dolorida—. O que pronto lo haremos. La senda que recorremos ahora mismo nos conduce a un lugar oscuro.

Omegon asintió. Comprendía muy bien lo que Echion le decía.

—¿Has hablado de esto con alguien más? —quiso saber.

—Por supuesto que no —le aseguró Echion—. Los miembros del Librarius quedamos disueltos de forma oficial salvo para las necesidades de misiones y tareas muy específicas. Los legionarios que se encuentran bajo mi mando no conocen mi don.

—¿Qué hay de tu antiguo superior, el jefe bibliotecario?

—No. Sólo os lo he contado a vos, lord Omegon.

—Y yo te he escuchado, hermano. No dudo de tus habilidades, incrementadas en estas circunstancias especiales. Sin embargo, me temo que captas el viaje pero no

divisas el destino del mismo. Confía en lo que te voy a decir: existen muchos futuros, muchas eventualidades, y son muchas las sendas que puede tomar la Legión Alfa. El fallo de nuestros enemigos es ver sólo lo que se les presenta de un modo claro y evidente. Su derrota es estar ciegos ante nuestros múltiples métodos. No cometamos el mismo error. Puedes tener por seguro que Alpharius conoce la existencia de la oscuridad que has presenciado y ha visto la luz que se encuentra al otro lado. Si nos mantenemos fieles los unos a los otros, fieles al propósito para el que todos fuimos creados y a los principios sobre los que se fundó esta legión, encontraremos juntos la luz. Lograremos la iluminación interior. Conseguiremos la victoria definitiva.

Echion inclinó la cabeza.

—Os agradezco la confianza que me habéis mostrado, mi señor.

—Y yo la tuya, maese Echion. Espero en breve la llegada de la transmisión con triple codificación del comandante Janic. Y ahora, si me perdonas, tengo otros asuntos de gran importancia que atender.

—Por supuesto. Hydra Dominatus, Lord Omegon.

—Hydra Dominatus.

La imagen hololítica chasqueó unas cuantas veces al convertirse en un borrón de estática sobre la placa de emisión, y luego se apagó por completo. La figura de Omegon quedó enmarcada por la profunda oscuridad de la portilla de observación.

Una voz surgió de las sombras.

—Echion va a ser un problema.

Sheed Ranko surgió de la parte posterior de la cámara y rodeó la placa hololítica. Era un guerrero enorme, casi tan grande como el propio Omegon, y capitán de la escuadra exterminadora Lernaean, además de comandante del crucero de ataque *Upsilon*. Era un combatiente experimentado dotado de una excelente visión táctica, y había estado junto a los dos primarcas gemelos desde las primeras conquistas irregulares de la legión durante la Gran Cruzada.

—Lo digo en serio. Echion va a ser un problema —insistió.

—O la solución a un problema —respondió Omegon, pensativo.

Ranko se reunió con él al lado de la portilla de observación.

—Por mucho que me guste quedarme sentado escuchando tus informes de situación, supongo que has honrado al *Upsilon* con tu presencia porque hay algo que necesitas —le dijo el capitán.

Omegon esbozó una breve sonrisa.

—Un favor. El consejo de un viejo amigo. Nada que no hayas hecho por mí un millar de veces ya.

—Siempre te serviré —le respondió Ranko.

El capitán se sentó en uno de los tronos que rodeaban la mesa de obsidiana y con

un gesto invitó al primarca a que hiciera lo mismo.

—¿Dónde está Alpharius?

—Está de regreso, después de asistir a un consejo de guerra con el señor de la guerra —le contestó Omegon con sinceridad—. Está reuniendo la flota. Creo que el *Upsilon* no tardará en recibir nuevas órdenes.

—¿Estás aquí en su nombre? —quiso saber Ranko.

—Por su propio interés, sí.

—Entonces, ¿qué puedo hacer por vosotros y por la legión?

—Sheed, antes de que te lo cuente, necesito que entiendas muy bien una cosa —le dijo Omegon mirándolo fijamente a los ojos—. Las operaciones de la legión siempre requieren un cierto grado de secretismo y de discreción.

—Sí.

—Ésta irá mucho más allá en ese sentido —se limitó a decir Omegon.

—Me parece bien —contestó Ranko, pero con cierta curiosidad en la voz—. ¿Quieres contarle a un viejo amigo de lo que se trata?

—Estoy organizando una operación muy confidencial.

—Todas las operaciones de la Legión Alfa son confidenciales.

—Pero ninguna más que ésta —le explicó Omegon en voz baja—. Porque nos vamos a infiltrar en nuestra propia legión.

Ranko lo miró fijamente con expresión ceñuda.

—Nadie conoce la legión mejor que tú —continuó diciendo el primarca—. Nadie posee tu experiencia operativa a lo largo de tantos escenarios de combate. Has visto a muchos de sus legionarios cumplir su deber bajo fuego enemigo. Todos los guerreros de la Legión Alfa son excepcionales, pero necesito legionarios no sólo con un talento específico, sino también con una disposición muy concreta. Todo se va a volver muy… confuso.

—Quieres que te haga algunas recomendaciones —declaró con voz cargada de pragmatismo. Ya no era el guerrero con ingenio y encantado de ver a un viejo amigo. Su actitud había cambiado por completo—. Me ayudaría conocer algunos detalles sobre la operación para determinar con exactitud lo que necesitas.

—Los tendré dentro de poco —le aseguró Omegon.

Ranko desvió los ojos un momento y los fijó en la placa hololítica, y luego volvió a mirar al primarca.

—¿Vas a atacar la instalación Tenebrae?

Omegon hizo un gesto de asentimiento.

—Mis informadores y mis intercepciones telepáticas han descubierto una filtración.

—¿Dentro de la legión?

—Sí. Una serie de datos y de información confidenciales relativos al despliegue

de nuestros legionarios y nuestros agentes, y en ambos lados del conflicto.

—No me lo puedo creer —exclamó Ranko—. Quiero decir, lo creo, obviamente. Me refiero que, ¿cómo es posible?

—Estamos inmersos en una guerra civil —le recordó Omegon—. Hay agentes en las legiones leales al Emperador que en secreto le suministran información táctica y estratégica al señor de la guerra. ¿Por qué no puede ocurrir a la inversa?

Ranko no salía de su asombro, atrapado entre la decepción y la incredulidad.

—Porque nosotros somos la Legión Alfa, mi señor.

—Un hecho del que soy muy consciente y que me causa pesar —le respondió Omegon con un suspiro—. Por supuesto, he vigilado la situación con la esperanza de poder identificar la fuente de la filtración y eliminarla. Hasta que la seguridad del propio Alpharius se ha visto seriamente comprometida.

—¿Alpharius?

—Se trataba de una reunión de la que se tuvo que retirar de inmediato —le explicó Omegon—. Fueran quienes fueran, ya lucharan por el Emperador o por el señor de la guerra… podrían haber acabado con mi hermano en ese preciso momento y lugar.

—¿Y has rastreado la filtración hasta el Tenebrae?

—Ha sido gracias a un mensaje astrotelepático descifrado parcialmente procedente de la base —le confirmó Omegon—. Horarios y movimientos. Sabían exactamente dónde y cuándo atacar.

—Entonces se trata de Echion.

—Es posible. El sistema Ocriss. Es una de las pocas regiones exteriores que no se ve afectada por las tormentas de disformidad. Ya lo has oído, el mástil de la matriz emisora de la base calma al immaterium. Un mensaje astrotelepático enviado desde allí sería capaz de llegar incluso a la Vieja Terra.

—¿Cómo se lo ha tomado Alpharius?

—Está echando espumarajos, como te podrás imaginar. No tenemos tiempo para investigarlo. La guerra se mueve a un ritmo acelerado. No podemos permitirnos el lujo de estar rastreando esta filtración hasta el enemigo que la recibe, sobre todo cuando lo más probable es que se enteren hasta de que estamos intentándolo. La operación de Tenebrae ha quedado expuesta. Debemos destruir la base para eliminar por completo la filtración antes de que llegue a conocimiento de nuestros enemigos o que incluso las instalaciones caigan en las manos de otra legión.

Ranko puso una mano sobre la mesa.

—Entonces, lo que hace falta son legionarios capaces de infiltrarse en la base de la Legión Alfa y que no duden en cumplir la orden de matar a sus hermanos a pesar de que sepan que muchos de ellos son inocentes.

—Sí.

El capitán se quedó callado unos instantes mientras absorbía la enormidad de la tarea que le habían planteado.

—En ese caso, vas a necesitar a Goran Setebos, de la escuadra Sigma de la Tercera Compañía. Su destacamento fue el responsable de destruir la matriz de avanzada de Mundo Oblonski. Setebos es un tipo bastante frío, incluso para lo normal en nuestra legión, pero si lo más importante es la victoria, entonces hará todo lo que sea necesario.

—¿Dónde está desplegado ahora mismo?

—Creo que está efectuando ataques de interferencia en la 915.ª Flota Expedicionaria.

—Gracias, Sheed —dijo Omegon.

—También vas a necesitar a un psíquico —añadió el capitán—. Y no puedes sacar uno de la legión. Lo más probable es que Ursinus Echion haya tomado parte en su entrenamiento y formación.

—Entonces, ¿un agente externo?

Ranko se encogió de hombros.

—La cuestión es, ¿quién? Vas a necesitar a alguien especial que sea capaz de enfrentarse a Echion. El problema es que, cuanto más especiales son, más peligrosos son para todos los demás.

—No siempre hay que combatir el fuego con el fuego —musitó Omegon y luego lo pensó mejor—. Nada de lectores mentales. Tampoco telépatas. Ya tenemos bastantes problemas con la información que se ha filtrado.

—Estoy de acuerdo.

—¿Tienes alguna sugerencia? —le preguntó el primarca.

—Quizá —admitió Ranko—. Hemos estado descifrando las comunicaciones de las naves negras que mencionó Echion. Hay un nombre que aparece una y otra vez. Una serie sucesiva de unidades de las Hermanas del Silencio han fracasado en la tarea de capturar a una bruja llamada Xalmagundi en el mundo colmena de Drusilla.

Omegon asintió.

—Suena prometedor. ¿Alguna otra idea?

—Echion y el comandante Janic seguro que tienen bien preparadas las instalaciones frente a cualquier ataque —insistió el capitán—. Vamos a necesitar a alguien dentro.

—Ya tengo pensado un candidato para eso —le aseguró el primarca.

Ranko hizo un gesto de asentimiento.

—¿De verdad que hemos tenido que llegar a esto? ¿En nuestra propia legión?

—Con una traición en nuestro seno no podemos dudar —le replicó Omegon—. A los traidores, estén donde estén, hay que eliminarlos de un modo rápido y definitivo. Es necesario realizar sacrificios.

Omegon cruzó el oratorium y tomó un par de cálices de una bandeja. Le ofreció uno a Ranko.

—Gracias por tu ayuda en este asunto, mi viejo amigo. Hay muy pocos a los que habría podido recurrir para algo como esto.

—Como siempre, a tu servicio —le contestó el capitán, al mismo tiempo que alzaba el cáliz para brindar—. Por el éxito de la misión y por los sacrificios necesarios.

Ambos bebieron, y Ranko apartó el borde de la copa de los labios con una expresión pensativa. Se quedó mirando el tondo del cáliz.

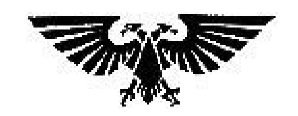
—¿Sabes lo que es eso? —le preguntó Omegon.

—Sí —le contestó el capitán tras unos momentos.

—Entonces ya sabes lo que te pido.

Ranko apuró el resto de la bebida.

—Lo que pides de todos nosotros —le respondió el capitán—. Absolutamente todo.



BETA

Operatus Cinco-Hidra
Tiempo transcurrido Ω3/-734.29//CHO
Phemus IV - Llanuras de Tharsis

El planeta se estaba volviendo del revés lentamente, aunque lo cierto era que Phemus IV llevaba rugiendo en su interior desde hacía milenios. Era una bola crepuscular de roca ígnea y de tormentas de hollín, y estaba cubierta por una serie interminable de erupciones volcánicas. Su superficie la recubrían multitud de fracturas brillantes, lo que le daba el aspecto de una bola decorativa resquebrajada a punto de romperse.

Las únicas criaturas que vivían en esa pesadilla con forma de planeta eran las tribus migratorias de pielesverdes que recorrían de forma habitual el paisaje salpicado de lava para de ese modo evitar las erupciones periódicas. El sargento Goran Setebos sólo conocía a aquellas tribus por los estandartes que portaban y por los símbolos primitivos que pintaban en sus covachas de paneles corrugados. La escuadra Sigma había asignado diversos nombres a las distintas tribus basados en las iconografías garabateadas: los Perseguidores, los Diablos Verdes, los Quemadores, los Colmillos de Magma, el clan de la Bola de Fuego.

Los guerreros de la Legión Alfa habían pasado todo el mes anterior librando una guerra con sustitutos. No habían matado ni a un solo pielverde ni habían disparado una sola vez sus bólters cubiertos de hollín. Estaban siguiendo a una presa mucho más peligrosa a través de aquellas tierras altas volcánicas, de aquellos desfiladeros de paredes afiladas y de las llanuras basálticas yermas.

A la V Legión.
Los raudos salvajes de Khan.
Los famosos Cicatrices Blancas.

La roca negra se desmenuzó bajo la mano de Setebos. Si la palma no hubiese estado protegida por el guantelete de la armadura, los fragmentos de la piedra vítrea se la habrían atravesado por completo. El sargento estaba agarrado a una pared rocosa, y se abría asideros golpeando la roca con los puños y con la punta de las botas para subir aquella ladera de pesadilla. Bajo él se encontraban los otros nueve miembros de la escuadra Sigma, que aprovechaban los puntos de apoyo improvisados que abría el sargento a su paso. Debajo de ellos gorgoteaba un espeso flujo de lava, un torrente de roca fundida que se movía con lentitud y bañaba a los legionarios con el calor perpetuo de aquel horno.

Cuando por fin llegó al borde de la escarpadura, Setebos empuñó el bólter que llevaba al cinto y caminó haciendo crujir la grava del cráter volcánico. El magma había ido desgastando el borde hasta crear aquellas cataratas, y Setebos escogió con cuidado el lugar donde pisaba alrededor de las orillas burbujeantes. Uno por uno, los astartes de la Legión Alfa llegaron al otro extremo del cráter. Las placas faciales de expresión ceñuda de sus cascos relucieron bajo el brillo ígneo.

—Esto parece prometedor —comentó—. Isidor.

El legionario Isidor consultó una placa de datos de aspecto gastado y algo chamuscada. Le dio la vuelta, y luego se volvió él mismo para que coincidiera con los mapas de relieve más recientes que tenían sobre la topografía que los rodeaba. Señaló hacia el este con el otro guantelete.

—Si los Bolas de Fuego no han comenzado a moverse ya, esto les va a quemar ese culo tan gordo que tienen —declaró, y luego le pasó la placa a Vermes para que comprobara sus resultados.

—Entonces este canal se une al otro por el que hemos pasado esta mañana —murmuró Setebos.

—Afirmativo.

Toda la escuadra recordaba muy bien el canal que habían cruzado con ciertas dificultades pocas horas antes. Braxus casi se había desplomado hacia el río infernal de roca fundida.

Krait, que se encontraba detrás de ellos, ya había empezado a preparar un paquete de cargas sísmicas. Luego abrió un agujero con el guantelete en la pared del cráter y enterró el paquete.

—Los pielesverdes del cuadrante siete diecisiete deberían verse obligados a pasar por ese desfiladero, lo que no les dejará más elección que unirse a los Colmillos de Magma.

—A menos que los ataquen directamente, como hizo el último grupo —murmuró

Braxus.

—Eso siempre es una posibilidad con los orkos —admitió Setebos—. Krait, ¿están listas las cargas?

—Sólo faltan dos. Diez segundos más.

—Legionarios, al borde —ordenó Setebos.

La escuadra Sigma saltó por encima del borde del cráter y luego bajaron deslizándose por la ladera cubierta de gravilla y de sedimentos dejados por las erupciones volcánicas. Los guerreros de la Legión Alfa llevaban haciendo eso mismo desde hacía semanas: cruzaban aquel paisaje infernal y colocaban las cargas de demolición en los puntos estratégicos. Varios grupos similares de la Legión Alfa que actuaban en secreto habían conseguido frustrar, sin ser detectados, la esperanza de los Cicatrices Blancas de una rápida exterminación de los alienígenas del sistema estelar local. Los legionarios habían logrado que las tribus de pielesverdes de Phemus IV formasen grupos estratégicos que eran tácticamente superiores a sus enemigos. Al obligar a los grupos a unirse y al concentrar a los pielesverdes en gran número, Setebos había conseguido que a los guerreros de Khan no les quedara más remedio que enfrentarse en una serie incontable de enfrentamientos de desgaste. Los Cicatrices Blancas ya no podían recorrer a toda velocidad las llanuras abiertas para fragmentar a las tribus y acabar con los orkos en pequeños números, como era su táctica habitual.

—¡Sargento! ¡Contactos! —lo avisó Isidor por el comunicador con un siseo.

Un grupo desigual de orkos de aspecto desesperado bajaba con su típico paso torpe por la garganta que se abría al fondo de la ladera. Sus estandartes mostraban la burda iconografía del clan de la Bola de Fuego y empuñaban una serie de armas de distinto origen. Algunos parecían heridos, lo que sugería que no eran más que un grupo que formaba parte de una tribu de mayor tamaño que se había visto sorprendida en una emboscada.

—Poneos a cubierto —ordenó Setebos por el comunicador—. No trabéis combate. Repito, no trabéis combate.

Los legionarios se ocultaron detrás de la pésima y escasa cobertura que ofrecía la ladera de gravilla y restos volcánicos mientras los orkos continuaban su avance por el desfiladero. La espesa capa de cenizas que les cubría la armadura ayudó a mantenerlos ocultos a los ojos de los bárbaros alienígenas. Setebos, que era el que se encontraba más cerca de la base del desfiladero, se quedó observando cómo los monstruos pasaban de largo sin que se dieran cuenta de su presencia.

El retumbar de las lejanas erupciones se vio interrumpido de repente por el agudo zumbido de unos motores. Setebos volvió la cabeza para mirar al fondo del desfiladero y vio tres motocicletas a reacción aparecer por la ladera del volcán. En ese momento pensó en cómo era posible que los Cicatrices Blancas mantuvieran las

armaduras y los vehículos tan limpios y blancos bajo la continua lluvia de cenizas y las nubes de hollín.

Los guerreros imperiales se dirigieron de inmediato hacia la columna de orkos. Setebos llegó a la conclusión de que lo más probable era que los hubieran estado buscando. Los cazadores de Khan eran famosos por no permitir que su presa escapara. Se inclinaron sobre los manillares y aceleraron los motores para lanzarse a toda velocidad por el desfiladero dejando en el aire a su paso una estela de hollín.

Los disparos de bólter acribillaron a los pielesverdes situados en la retaguardia de la columna e hicieron que los demás monstruos reaccionaran de forma repentina y brutal con sus armas primitivas. Los cicatrices blancas acabaron con más de la mitad de aquellas bestias antes de pasar acelerando por encima de ellas.

Un monstruo de aspecto desharrapado blandió el hacha contra uno de los vehículos que se le habían echado encima, pero el cicatriz blanca se limitó a inclinar el cuerpo hacia un lado y dejó que la cuchilla de carnicero que empuñaba su enemigo le pasara de forma inofensiva por encima del casco.

Setebos contempló cómo los pilotos se alejaban a toda velocidad para girar sobre la ladera del volcán. Era una de las maniobras tácticas clásicas de la V Legión: los pielesverdes, que solían formar un mar impresionante y formidable de primitivas armas de filo y de disparos incesantes, habían quedado dispersos y gruñían furiosos empuñando en alto sus armas. A los pocos instantes, las motocicletas a reacción volvieron y acribillaron a aquellas criaturas insensatas con nuevas ráfagas de bólter.

Las dos últimas que quedaron en pie le rugieron al cielo oscuro después de que todos sus camaradas cayeran convertidos en guiñapos sanguinolentos. La primera motocicleta a reacción pasó entre ellos a toda velocidad, lo que hizo que ambos le lanzaran sendos golpes en un intento optimista de impactar. Tal y como era de esperar, los otros dos cicatrices blancas llegaron inmediatamente después y las espadas sierra de hoja curva aullaron al herir a los monstruos. La cabeza de uno de los pielesverdes quedó colgando de un manojo de tendones y el otro se llevó las manos al vientre para evitar que se le salieran del todo las entrañas, por lo que la tarea de los legionarios ya se podía considerar acabada.

Los cicatrices dieron de nuevo la vuelta y se detuvieron en el lugar de la matanza para desmontar, aunque sin apagar las motocicletas. Los guerreros de Khan se quitaron el casco y dejaron la cabeza al aire libre para que las melenas y los enormes bigotes se movieran con libertad. Luego desenvainaron las espadas cortas y apuñalaron a los orkos caídos para asegurarse de que estaban muertos de verdad.

Sólo uno de los tres legionarios, uno que sin duda tenía vista de águila, notó algo extraño en la ladera del volcán. Quizá una sombra que parecía fuera de lugar. Regresó a su motocicleta, sacó unos magnoculares de uno de los morrales y se los puso sobre los ojos oscuros y penetrantes. Sin duda, habría gritado algo, ya fuera al guerrero de

la Legión Alfa que se escondía entre los escombros o, lo más probable, para avisar a sus hermanos, pero no pudo hacer ninguna de aquellas dos cosas, ya que notó el cuchillo de Setebos en la garganta. El sargento de la Legión Alfa lo agarró por la melena.

Al darse cuenta de repente de que los atacaban, los otros dos cicatrices blancas corrieron hacia sus motocicletas. El primero de ellos vio que Braxus se lanzaba a la carga contra él y sacó la espada sierra curvada de la vaina que recorría todo el lateral de la motocicleta. Luego lanzó un tremendo grito de combate y la volteó en el aire con un terrible mandoble. Braxus se vio obligado a interrumpir el intento de derribarlo y se lanzó al suelo para deslizarse sobre la gravilla hasta quedar de costado. El cicatriz blanca recuperó casi de inmediato la postura de guardia, pero para entonces ya tenía literalmente encima a Arkan y a Charman. El primero chocó contra él con la hombrera por delante, mientras que el segundo le inmovilizó el arma.

Isidor no estaba ni siquiera cerca del tercer cicatriz blanca cuando éste llegó a la altura de su motocicleta. En vez de intentar empuñar su arma, el legionario de Khan se subió de un salto a su vehículo. Lo hizo con la elegancia y la agilidad de alguien que parecía nacido sobre el sillín de una de aquellas máquinas y antes de que ninguno de los guerreros de la Legión Alfa pudiera hacer algo al respecto, el cicatriz blanca ya había acelerado y se alejaba a toda velocidad por el desfiladero montañoso.

Setebos deslizó con facilidad el filo del cuchillo por la garganta de su enemigo, que no había dejado de retorcerse desde que lo atrapó.

—Isidor, interfiere sus comunicaciones —ordenó el sargento, señalando al fugitivo con el cuchillo ensangrentado.

Isidor rodeó corriendo a los dos legionarios que todavía forcejeaban con el tercer cicatriz sobre el suelo de basalto y manoteó sobre el sistema de comunicaciones de la motocicleta a reacción.

—¡Ya está! —gritó.

Setebos observó la motocicleta fugitiva dirigirse a toda velocidad hacia a salvación. Zantine alzó el bólter, pero el sargento colocó la palma del guantelete de ceramita en la boca del cañón del arma. No se producirían tiroteos convenientes pero ruidosos, ni tampoco se oiría el característico sonido de un intercambio de disparos de bólter que revelara la presencia le otra fuerza de marines espaciales en Phemus IV. Como siempre, la Legión Alfa se mantendría invisible, inaudible e incógnita.

—¡Krait!

—Sí, mi sargento.

—Ahora.

Los detonadores explotaron. Las cargas sísmicas colocadas en la pared del cráter destrozaron la roca ígnea y la convirtieron en una lluvia de esquirlas vítreas. Los escombros bajaron rodando de forma estruendosa por la ladera del volcán sin dejar de

rebotar y de continuar fragmentándose mientras se dirigían hacia la estrecha garganta. El motociclista fugitivo vio el peligro e intentó girar, pero no tenía espacio suficiente. El marine espacial cayó de lado y salió despedido del sillón. Luego rebotó y se deslizó por el suelo volcánico sobre su servoarmadura. La motocicleta se estrelló contra la creciente pared de rocas destrozadas y de escombros y se convirtió en una breve nova de luz, sonido y metralla volante.

Setebos vio al cicatriz blanca ponerse en pie con dificultad sobre la gravilla negra antes de echar a correr con poderosas zancadas que pulverizaron las pequeñas piedras que pisaba.

El magma derramado se lanzó a por él.

La explosión, calculada para que sonara igual que cualquier otra de las violentas erupciones volcánicas, había abierto unas compuertas ígneas. Un brillante torrente de muerte descendió por la ladera en dirección al cicatriz blanca. Los guerreros de la Legión Alfa contemplaron cómo el magma cubría toda la ladera contraria y comenzaba a llenar el desfiladero, tal como habían calculado Krait e Isidor.

El flujo de lava alcanzó al marine espacial herido y lo derribó impulsándolo hacia adelante, lo que lo hizo caer boca abajo y quedar bajo su superficie un instante después. El cicatriz blanca manoteó sólo un momento mientras la ceramita blanca se ennegrecía antes de quedar sepultado con su mochila de energía en el río de lava centelleante. Lo último que se vio fue una pequeña detonación producida por una sobrecarga de energía.

Charman miró al sargento.

—¿Señor?

Ya eran tres los que tenían inmovilizado al cicatriz blanca superviviente, que se encontraba boca abajo en el suelo del desfiladero.

—Que sea rápido —le ordenó Setebos con un siseo antes de indicarle al resto de la escuadra que subiera por un tramo de ladera más asequible de la pared contraria.

El cicatriz blanca lanzó una serie de feroces insultos a sus captores, pero no le dieron tiempo a que fueran muchos. Charman le agarró la cabeza por los dos lados con sus poderosos guanteletes y se la giró con violencia. Se oyó un crujido y los forcejeos del cicatriz blanca se convirtieron en una relajación carente de vida. El cuerpo siguió inerte cuando los legionarios lo soltaron.

Mientras la escuadra Sigma subía por la ladera escarpada, el suelo del desfiladero comenzó a relucir. El río de destrucción había inundado el lugar donde se libró el breve combate, lo que borró cualquier prueba de la presencia de la Legión Alfa en la superficie de aquel planeta.

—Esperad.

Setebos se detuvo de repente. Los legionarios mantuvieron sus posiciones

mientras observaban con atención el paisaje abrasado en busca de cualquier posible señal de pielesverdes.

—¿Son más cicatrices? —le preguntó Isidor.

Setebos no le contestó y siguió con un guantelete pegado al lado del casco para intentar atenuar el retumbo de las erupciones volcánicas que azotaban aquella tierra torturada.

Tras unos instantes, se volvió de nuevo hacia ellos.

—Nos hacen volver. Algo inesperado. Me han notificado las coordenadas de extracción.

Isidor hizo un gesto de asentimiento para mostrar su satisfacción, pero los demás se limitaron a mirarlo a través de las lentes sin expresión de sus cascos.

—Vámonos ya. Con un poco de suerte habremos salido de esta roca dentro de una hora.

Operatus Cinco-Hidra
Tiempo transcurrido Ω3/-633.19//DRU
Mundo colmena Drusilla - Colmena Corona

Su madre le había puesto de nombre Xalmagundi. Las castas inferiores la llamaban «Calamidad» por los desastres que había provocado entre los suyos. Las mujeres procedentes del exterior del planeta que fueron a por ella la llamaron «Quemadora de Almas» y «Estirpe de Brujos». Sus dones sobrenaturales la habían ayudado a matarlas a todas.

La muerte la había impelido a subir al exterior. Había abandonado las zonas inferiores de la colmena llenas de escombros y de cadáveres. Cuando era joven, no tenía apenas idea de cómo controlar sus habilidades especiales. Los objetos se movían a su alrededor como si tuvieran vida propia, e incluso de forma violenta si estaba de mal humor.

Lo que empezó siendo un juego para asombrar a los golfillos de la casta no tardó en causar el horror en los habitantes de las profundidades de la colmena. Incluso entre los miembros de su gente en la Hondonada, donde la piel tenía un color ceniciento y jamás habían visto la luz del sol, donde los ojos eran grandes y oscuros, donde los desgraciados vivían a duras penas una existencia de marginados, ella era una aberración. Cuando sus rabietas de adolescente provocaron terremotos en el submundo, incluso sus parientes de las cavernas la rechazaron.

La expulsaron con relatos sobre su pasado. Le contaron a Xalmagundi su horrible nacimiento, y cómo cuando era sólo una recién nacida chillona había reventado el interior de su madre, cómo le había partido los huesos y le había destrozado las entrañas. Sólo con el poder maldito de su mente infantil, incapaz de razonar.

Expulsada de una comunidad subterránea a otra, Xalmagundi era una anomalía entre anomalías. Una vez más, las lágrimas sofocaron su soledad, pero junto a ellas llegaron la rabia y el odio. El territorio que la rodeaba se convirtió en una pesadilla de terremotos, y hasta la propia oscuridad pareció estremecerse. Los temblores sacudieron los frágiles cimientos de la colmena, y el mundo de arriba se desplomó sobre el de abajo.

Esa noche, la Guarida, el hogar de las castas inferiores desde hacía más tiempo que nadie era capaz de recordar, se convirtió en otro estrato pulverizado de la dilatada historia de la colmena.

La persiguieron a lo largo de su migración hacia la parte alta de la colmena. Los terremotos se habían sentido por toda la ciudad, y había individuos cuya tarea era reconocer el origen antinatural de aquellos temblores. Xalmagundi aprendió a controlar sus emociones y el horror telequinético que a veces surgía de su interior. A

pesar de ello, su aspecto, que muchos habitantes de la colmena consideraban inquietante y horrible, siguió llamando la atención de las autoridades, pero cuando fueron incapaces de apresarla y hubo testigos suficientes como para verificar el poder devastador de sus dones, llegó la gente que no era del planeta.

Eran extranjeros planetarios con sus propios dones. La mayoría formaban parte de una hermandad de mujeres silenciosas en cuya presencia las capacidades más poderosas de Xalmagundi se desvanecían hasta quedar convertidas en nada, y cuya mirada era una agonía insoportable. Oyó decir que a aquellas mujeres las enviaba el propio Emperador, lo que parecía confirmado por sus excelentes armas y armaduras. Xalmagundi era incapaz de imaginarse de para qué la querría el Emperador de la Humanidad. Sin embargo, al ver a aquellas mujeres mudas armadas hasta los dientes no creyó que fuera para nada bueno.

La matanza continuó. Una escuadra tras otra de hermanas la persiguieron por los distritos de habitáculos y el paisaje industrial creado por las torres de las manufactorías, pero todas fracasaron en cazar a su presa.

Xalmagundi se quedó mirando a la hoguera. Contempló las lenguas de fuego titilar y bailar. El lugar donde estaba acampada en ese momento había sido antiguamente una villa residencial, la mansión de un oficial del Ejército Imperial o de un funcionario de palacio. El viento silbaba al atravesar las piedras desgastadas y los muebles rotos. La psíquica se arrebujó un poco más en la capa raída con la que se abrigaba. Estaba acostumbrada a la tibieza subterránea de las zonas inferiores de la colmena y al calor de los hornos de las manufactorías. Cuanto más ascendía, más frío sentía en la delgada piel pálida.

Había subido hasta Torre Pentápolis precisamente porque era un lugar que llevaba mucho tiempo abandonado. La colmena Corona tenía ese nombre debido a las cinco torres pequeñas que se habían alzado alrededor de un vértice primario formando una corona, pero había sufrido el azote de una feroz plaga vírica hacía ya varios cientos de años. Cada nuevo intento de volver a colonizar la torre había dado como resultado un nuevo brote de la plaga y nuevas medidas para establecer una cuarentena y purgar Pentápolis de todos sus habitantes infectados. Por ese motivo, aquella torre fantasmal se había convertido en una señal de aviso en mitad del paisaje urbano. Era demasiado grande como para ser demolida y demasiado reciente en la memoria histórica como para llevar a cabo un nuevo intento de repoblar la zona y aprovechar el valioso espacio disponible.

Xalmagundi se frotó la sien. Le dolía la cabeza. Quizá había estado mirando el fuego durante demasiado tiempo…

No. Se estremeció al darse cuenta. El dolor de cabeza había sido sutil al principio, pero había aumentado de intensidad poco a poco. La sensación era parecida a que le

clavaran lentamente un cuchillo en el cerebro. Ya lo había sentido con anterioridad.

No había tiempo que perder.

Xalmagundi pasó de un salto por encima de la fogata y echó a correr atravesando la villa en ruinas. Era ágil y pesaba poco, pero aquella corta vida como presa de unos cazadores también la habían hecho fuerte y veloz. No estaba sola en el edificio, de eso estaba segura. Aquella certeza se confirmó un instante después, cuando unas explosivas líneas de luz diurna atravesaron las delgadas paredes de la mansión. Los impactos de los proyectiles de bólter lanzaron fragmentos de rococemento por toda la estancia, y Xalmagundi tuvo que utilizar toda su fuerza de voluntad para seguir corriendo.

Sus cazadores habían rodeado el edificio aproximándose a las paredes de la mansión. En ese momento tuvo la impresión de que eran seis los cuchillos que tenía clavados en el cerebro. El dolor era increíblemente intenso, y en mitad de ese sufrimiento agónico fue incapaz de recurrir a aquella parte de sí misma en la que confiaba en aquel tipo de situaciones. La parte de su mente en la que el miedo y la frustración se convertían sin esfuerzo alguno en un poder telequinético espontáneo. En lo único que podía pensar era en poner un pie delante de otro. Tenía que huir de allí. No sólo escapar de la posibilidad de quedar reventada por los disparos de bólter, sino también de la influencia paralizante de las hermanas.

Las paredes que tenía a cada lado estallaron cuando otros dos atacantes ocultos descargaron sus armas contra ella. La mansión se había convertido en una trampa mortífera, un avispero de líneas de fuego cruzadas. Mientras corría notó el tirón del paso de los proyectiles que amenazaban con arrancarle la capa que todavía llevaba sujeta a la espalda.

Cuando las paredes destrozadas comenzaron a derrumbarse, quedaron a la vista los cazadores de Xalmagundi: unas visiones áureas con cascos rematados por penachos con detalles decorativos rojos y blancos. Empuñaban unos bólters rugientes que siguieron a Xalmagundi por todas las estancias de la mansión.

Salió en tromba de las sombras y cayó en la terraza con soportes que había fuera, donde quedó cegada por la repentina luz del día. Como habitante que era del submundo, sus grandes ojos negros eran hipersensibles incluso al mortecino sol de Drusilla. Sus pies resbalaron sobre el suelo hasta que se detuvo del todo y colocó una de sus delgadas manos delante de los ojos, y entonces se le ocurrió que quizá ése había sido el plan de las hermanas después de todo. Era veloz y ágil, pero no podría escapar corriendo de un proyectil de bólter. En mitad del ataque, con los cascotes y los proyectiles volando por el aire por doquier, su instinto había sido huir. Ni un solo proyectil había conseguido impactarle en aquella vorágine, y tras caer en la terraza, los disparos de bólter cesaron por completo. Xalmagundi no pudo evitar sentir que la

habían acorralado, del mismo modo que los habitantes del submundo golpeaban los túneles para empujar a los alimañípedos hacia las redes de los compañeros que los esperaban.

El cielo rugía por encima de ella. Era difícil mirar a las alturas brillantes, pero distinguió un transpone o lanzadera de alguna clase que flotaba por encima del techo de la mansión. La vista se le aclaró tras acostumbrarse a la luz diurna de Drusilla, y le bastó con ponerse la mano en la frente a modo de visera para ver que el transporte armado viraba para efectuar otra pasada. Una hermana silenciosa estaba sentada al lado de la compuerta abierta de uno de los laterales de la nave. Llevaba un arnés de seguridad, un casco de francotirador y empuñaba un exótico rifle de cañón largo.

La psíquica frunció los labios en un gesto de rabia. Las Hermanas del Silencio la matarían si no tenían más remedio, pero preferirían inyectarle un sedante como si fuera un animal peligroso para llevarla hasta su precioso Emperador. A Xalmagundi no la capturarían como si fuera un trofeo para la pared de uno de los nacidos en la parte alta de la colmena.

Echó a correr una vez más con los pies descalzos, que repiquetearon contra la piedra desgastada de la terraza. Notó que las demás hermanas la perseguían, entorpecidas por las armaduras pero ansiosas por tener éxito allá donde las demás escuadras habían fracasado. El transporte ya había acabado de virar y se dirigía en línea recta hacia ella. Xalmagundi distinguió con claridad la silueta de la francotiradora, que se había asomado por un costado de la nave. La psíquica, lanzada a la fuga, giró de repente a la derecha y varios disparos de rifle impactaron contra el suelo de piedra. La francotiradora se encontró súbitamente en el lado equivocado de la nave, imposibilitada de volver a disparar.

Xalmagundi recibió en su huida un curso intensivo de salto sobre arquitectura en derrumbe: saltó por encima de una pared decorativa y luego atravesó a toda velocidad el hueco dejado por algunas balaustradas destrozadas o ausentes. Las piezas de arquitectura cubiertas de moho le proporcionaron cierta cobertura, pero lo que era más importante, hicieron que las Hermanas del Silencio avanzaran con más lentitud, ya que tenían que superar aquellos obstáculos con más dificultades por el peso de las armaduras y el equipo. Xalmagundi rodó sobre sí misma para ponerse en pie y se lanzó hacia el borde de la terraza.

El transporte descendió y se quedó a la misma altura que la plataforma en la que se encontraba. Xalmagundi intuyó a la francotiradora preparando el disparo. También notó algo más: el alivio de la salida de los cuchillos de su cabeza, poco a poco y uno por uno. Se estaba alejando de las hermanas. No quiso arriesgarse a mirar hacia atrás.

Cada momento contaba. Cada paso contaba. El último de los pasos era el que más importancia tenía.

Xalmagundi saltó desde el borde de la terraza hacia la nada que se extendía al otro lado. La capucha se le bajó hasta la nuca y la capa revoloteó a su alrededor. Notó como el proyectil le pasaba cerca de la oreja. La psíquica comenzó a mover los brazos y las piernas en el aire mientras su cuerpo delgado caía a toda velocidad, más allá de la arquitectura caprichosa de la Torre Pentápolis. Debajo de ella se extendía la aglomeración de la colmena Corona. La planta de energía industrial de la que surgía la corona de torres menores se dirigía rauda hacia arriba para reunirse con ella.

Xalmagundi alzó la mirada y vio al transporte lanzarse en picado en pos de ella. Las demás hermanas se quedaron en el borde del precipicio formado por la terraza desde donde observaron en silencio la caída hacia la muerte de la psíquica. A medida que Xalmagundi caía, notó poco a poco que algo volvía a su interior, con una sensación parecida a un miembro amputado que le hubiesen vuelto a injertar y que funcionase a la perfección.

Cerró los ojos y deseó que se produjera el desastre.

La cara sur de la torre retembló. La estructura se estremeció de arriba abajo y provocó una lluvia de rococemento, de pasarelas arrancadas y de escombros llenos de gárgolas que llenaron el aire. Como si estuviese creciendo una presión inconcebible en el eje de la torre, la oleada de destrucción lanzó cascotes y enormes piezas de arquitectura por el cielo con la fuerza de una explosión titánica. La terraza, que ya se encontraba muy lejos de ella, se partió y se precipitó al vacío.

Xalmagundi modificó el ángulo de su caída y aterrizó sobre el primer trozo grande de escombros, que giraba sobre sí mismo. Lo hizo con la agilidad de un gato, pero momentos después resbaló sobre su superficie pulida y siguió cayendo. Logró subirse a otro gran trozo, pero su intento se vio frustrado cuando un tercer cascote chocó contra su plataforma temporal y la hizo añicos bajo sus pies, lo que obligó a Xalmagundi a partirla en dos con la mente.

Por fin consiguió subirse a un tramo retorcido de una columna estructural, y la psíquica se permitió un momento de distracción para fijarse en el transporte que se alejaba y en los cuerpos de las hermanas, que no dejaban de agitar brazos y piernas y que se desplomaban hacia una muerte segura entre los restos de la torre derribada. Xalmagundi descendió durante unos momentos con la lluvia de cascotes antes de agarrarse a los recargados elementos decorativos de una sección de pared que pasó a su lado, y se mantuvo allí para salvarse. Era afortunada, ya que su don le proporcionaba unos extraordinarios poderes telequinéticos. Sin embargo, lo que no le proporcionaba eran reflejos sobrehumanos, y cualquiera de los trozos de metal y de roca que seguían cayendo podría aplastarla de forma instantánea, o reventarle el frágil cráneo en un momento de distracción.

Xalmagundi divisó por debajo de ella el caos que había desatado. La base de la torre abandonada comenzaba a quedar enterrada bajo los restos destrozados del lado

sur, y una creciente nube de polvo ascendía para reunirse con ella. La psíquica se concentró mientras seguía cayendo a través de la lluvia de restos y se esforzó por ralentizar el descenso de la masa sobre la que se encontraba. El rostro se le contrajo en un feo gesto cuando utilizó su fuerza de voluntad para que la roca bajara con más lentitud. Otros bloques de piedra de tamaño colosal pasaron a toda velocidad por su lado para acabar estrellándose y pulverizándose contra la creciente montaña de cascotes que se extendía a los pies de la torre.

Le dolió la mente por el terrible esfuerzo.

A pesar de la influencia antinatural de los poderes de Xalmagundi, el enorme fragmento se estrelló contra el suelo con una fuerza inimaginable. La psíquica salió disparada por el aire y cayó sobre una plataforma de rococemento que sobresalía de una chimenea apagada. Por una suerte increíble, aterrizó de pie, pero de inmediato notó que algo se le partía en la pierna, donde sintió un dolor lacerante.

Rodó sobre sí misma y bajó de ese modo los peldaños de la plataforma. El mundo se convirtió en un veloz caleidoscopio. Aparte de eso, lo único que notaba era el rugido de los escombros al estrellarse contra el suelo.

El mundo dejó de girar de repente. El oxidado rellano metálico de una escalera la detuvo de forma abrupta. Tenía varias brechas en la cabeza y un brazo le colgaba entumecido al costado. Lo único que quería hacer era tumbarse y morir.

Miró hacia atrás y hacia arriba y vio como un enorme trozo de rococemento combado atravesaba la plataforma como si ésta fuera de papel. Al trozo le siguió un manojo de gruesos cables que azotaban el aire como un látigo y que chocaron contra la escalera. Se obligó a sí misma a ponerse en pie, pero se desplomó de nuevo con un grito de dolor y se quedó sentada: tenía una pierna rota por varios puntos, y los trozos de hueso le sobresalían de la piel en unos cuantos sitios. Se esforzó todo lo que pudo por concentrarse en la pierna e hizo caso omiso de los demás dolores que competían por acapararle toda la atención. Apretó los dientes y colocó los huesos en su sitio para después crear una tablilla telequinética con la que mantener firme la pierna rota. Los afilados fragmentos volvieron a meterse entre los músculos desgarrados, lo que hizo posible al menos que pudiera ponerse en pie, aunque con dificultad.

Bajó saltando y cojeando sobre una pierna, y atravesó la espesa nube de polvo asfixiante mientras los últimos trozos de la cara sur de la torre se estrellaban contra el suelo. No tardó en llegar a la penumbra de un canal de vertido de una manufactoría, donde apenas era capaz de ver un metro más allá de su cara.

La psíquica continuó cojeando ostensiblemente a través de la neblina polvorienta y empezó a toser y a jadear con fuerza. El aire estaba cargado de roca pulverizada, y Xalmagundi tuvo que pararse varias veces al sufrir ataques tos que la hacían vomitar chorros de saliva cargada de arenilla. Tenía el rostro cubierto de una pasta de sangre seca y tierra.

El silencio que siguió a la catástrofe se vio interrumpido de repente por el sonido rítmico de unos cañones giratorios, y la neblina se vio agitada por algo invisible que la sobrevoló. Los disparos de cañón acribillaron el suelo del canal y crearon dos surcos paralelos de rococemento reventado.

Xalmagundi medio entró medio se desplomó en un hueco lleno de cascotes mientras los disparos continuaron acribillando el canal en dirección a la chimenea. Era evidente que las hermanas supervivientes ya no estaban interesadas en atraparla con vida. Se quedó mirando a través del polvo en suspensión en busca del transporte aéreo. Si lograba ver el vehículo, podría utilizar sus poderes para arrojar aquella amenaza alada contra la pared destrozada de la Torre Corona. Sin embargo, el cielo no era más que una espesa capa de sombras, y no consiguió ver nada.

Cuando dejaron de sonar los disparos, la psíquica decidió que lo mejor era cambiar de posición, así que salió de su escondite y comenzó a recorrer de nuevo el canal de vertido, pero se detuvo en seco cuando se encontró delante una pared de siluetas oscuras que le impedían el paso.

Entrecerró los ojos y todo su cuerpo se tensó preparándose para derrumbar la manufactoría junto a la que se encontraba sobre aquellas formas sombrías. Las siluetas emanaban un aura de violencia y eran enormes, cubiertas por unas poderosas armaduras. Al igual que la escuadra de hermanas que la perseguía, estaban armadas con bólters. Todas fijaron en ella la mirada de las siniestras lentes de sus cascos.

Un gigante desarmado dio un paso adelante desde la imponente fila que formaban.

—¿Xalmagundi?

La psíquica se quedó asombrada al oír cómo el enorme guerrero pronunciaba su nombre. Sólo cuando el polvo comenzó a asentarse los reconoció: una hueste de Ángeles del Emperador. Al igual que todos los habitantes de Drusilla, sólo había visto a aquellos guerreros legendarios esculpidos en piedra, pero sus armaduras y armas eran inconfundibles.

El jefe del grupo se detuvo. La ceramita de la armadura crujió. Sabía que aquel individuo estaba notando la influencia de sus poderes, el abrazo telequinético con el que había envuelto su armadura. A ella le daba igual a quiénes enviara el Emperador. ¡No capturarían a Xalmagundi! Aplastaría a aquellos guerreros de leyenda dentro de sus armaduras igual que si fuera un puño invisible aplastando una lata de raciones vacía.

—¿Cómo es que me conoces? —le preguntó.

—Xalmagundi, me llamo Sheed Ranko —le habló de nuevo la voz, que sonó tranquila y profunda—. Te aseguro que no venimos a hacerte daño.

—¡Y una mierda! —le replicó ella sin dejar de observarlos en busca de cualquier indicio de movimiento.

Paseó la mirada por la línea inmóvil de ángeles. Todos y cada uno de ellos empuñaban sus armas con aparente tranquilidad, como si simplemente estuvieran esperando algo. Ni una sola de aquellas armas la apuntaba a ella. Xalmagundi entrecerró los párpados cubiertos de arenilla. Aquella situación tan extraña no hizo más que aumentar sus sospechas.

—Déjame que te lo demuestre —declaró el gigante—. Sargento, ¿y sus perseguidoras?

Un ángel que se encontraba detrás del jefe se llevó el arma a la cara para utilizar la mira telescópica y aumentar su capacidad de visión. Apuntó hacia el cielo.

—Escuadra Sable Osado, de la nave negra Somnus. Agente buscadora de brujos Gresselda Vym. Se dirigen hacia aquí.

—Derribadla —ordenó Ranko.

Otro ángel salió de la fila y apoyó sobre la hombrera un voluminoso lanzamisiles. Apuntó con el arma hacia el cielo y se quedó mirando a través de su propia mira telescópica.

—¿Objetivo localizado? —le preguntó Ranko—. ¿Tienes línea de tiro?

—La tengo.

—Entonces derríbalo, hermano.

Xalmagundi pegó un brinco cuando el misil salió disparado hacia el cielo y luego desapareció. Después, una explosión invisible sacudió la oscuridad como un trueno lejano. Pocos momentos más tarde apareció la nave alcanzada dejando tras de sí una estela de humo negro y de restos ardientes. El piloto intentaba por todos los medios recuperar un mínimo control, pero el transporte estaba prácticamente inutilizado. Atravesó una chimenea metálica antes de pasar por encima de ellos y estrellarse contra la fachada de una manufactoría. Su desaparición en la lejanía cargada de polvo fue seguida casi de inmediato por otra explosión, y les llegó el sonido de la metralla del casco reventado al repiquetear contra las paredes de rococemento.

Xalmagundi casi se desmayó y tuvo que alargar una mano para apoyarse en la pared y mantenerse en pie. Luego volvió a concentrarse en el ángel que se hacía llamar a sí mismo Sheed Ranko.

—Sargento —dijo Ranko sin apartar la mirada centelleante de los visores de la psíquica—. Llévate a dos legionarios y remata a las posibles hermanas supervivientes.

El ángel se aparró del muro de sombras con dos de sus camaradas, y Ranko se dirigió a ella de nuevo.

—¿No estás cansada de que te persigan?

—Puedo cuidar muy bien de mí misma —le replicó la psíquica con una voz cargada de ferocidad.

—Demuéstramelo —la desafió Ranko.

Xalmagundi torció el gesto en una mueca de rabia. Se dio la vuelta y alzó la mirada hacia el pináculo de la Torre Corona, que comenzaba a ser visible de nuevo por encima del gran banco de neblina polvorienta.

Entrecerró los ojos y sus pupilas se convirtieron en dos penetrantes puntos negros.

De la torre dañada surgió un estruendo provocado por una agonía interna. El pináculo comenzó a estremecerse a medida que un retumbar profundo crecía y crecía en el interior de pesadilla que formaban los cimientos ya debilitados de la torre fantasma. Los trozos de piedra que había en el suelo empezaron a estremecerse.

Xalmagundi tensó la mandíbula llena de un deseo destructivo.

El pináculo desapareció de repente. Al igual que le pasaría a un desafortunado habitante del submundo que hubiera caído en un pozo, la torre se hundió y se desvaneció bajo la capa de neblina.

Cualquier ser vivo en un radio de cincuenta kilómetros oiría el estruendo provocado por la pulverización sucesiva de diversos niveles y edificios al caer los unos sobre los otros. La torre se derrumbó sobre sí misma, como si estuviera construida sobre un agujero negro estelar que ejerciera una fuerza gravitatoria irresistible capaz de absorber la avalancha de vigas metálicas, de contrafuertes y de cascotes de piedra que se desplomaba por las entrañas de la estructura. Al derrumbarse sobre sí misma, la inmensa torre-ciudad proyectó una columna de humo y restos hacia el cielo. El estruendo fue tremendamente doloroso: el chirrido del metal al rasgarse, los enormes y antiguos bloques de piedra al partirse en pedazos, el rugido capaz de reventar tímpanos de la gigantesca masa de la torre al estrellarse contra la colmena inferior.

Xalmagundi se mantuvo cerca de los Ángeles del Emperador cuando el derrumbe del conjunto provocó un huracán de arenilla y polvo por el estrecho canal de vertido. Ranko pidió unos magnoculares y con ellos observó atentamente la montaña de escombros y de restos que Xalmagundi había creado sólo con el poder de su mente.

—Vaya, vaya… Pues parece que sí que puedes cuidar muy bien de ti misma —le comentó Ranko, que estaba claramente impresionado—. Me pregunto si también podrías ocuparte de otras cosas para otra gente.

Operatus Cinco-Hidra
Tiempo transcurrido Ω2/-417.85//SSA
San Sabrinus - Ciudad de Sota

Omegon era uno más entre muchos.

El primarca se encontraba en mitad del bullicio de una humanidad vulgar y corriente. Los rostros sudorosos lo miraban con malicia y con los hombros lo golpeaban al pasar. Los desconocidos intentaban que se apartara para pasar por la explanada abarrotada, pero no sabían, ni lo sabrían jamás, que estaban en presencia de un príncipe galáctico, delante de un hijo del Emperador, de un caudillo entre los Ángeles.

Habría sido una figura impresionante en mitad de aquel lugar abarrotado de gente. En vez de eso, los ciudadanos de Ciudad de Sota veían a uno de los suyos, otro deprimente espécimen sin importancia alguna, un simple comerciante o miembro de algún cártel comercial presentado mediante un rostro hololítico. El amuleto que llevaba escondido incorporaba un generador de campo que disfrazaba la perfección de su verdadera forma y lo envolvía en una imagen vaga de mediocridad humana.

Omegon paseó una mirada despreocupada alrededor de la explanada llena de gente y divisó más ejemplos de vulgar humanidad: un traficante de esclavos, el asistente de un mercader y un comerciante que procuraba pasar desapercibido. Todos eran guerreros de la Legión Alfa, miembros de la escuadra de infiltración Effrit que llevaban dispositivos semejantes al suyo, y había unos cuantos más distribuidos a lo largo de la avenida.

No era difícil entremezclarse con los habitantes del lugar. Ciudad de Sota era semejante a un enorme centro comercial donde había de todo y donde todo el mundo estaba vendiendo algo. Por lo que parecía, algunos ponían en venta su propia alma, y era uno de esos individuos el que había hecho que Omegon acudiera a San Sabrinus.

La explanada era una más de las que formaban parte del conjunto de galerías repletas de gente. De los edificios colgaban tapices sucios como si fueran fajines decorativos. El tejadillo de sábanas manchadas creaba la impresión de que la avenida se encontraba en el interior de una tienda de campaña, y las colgaduras y paños andrajosos se mecían suavemente con la leve brisa. El lugar albergaba las oficinas astrosas de diversos agentes de corretaje que no eran nativos del planeta y que realizaban sin licencia numerosas operaciones ilegales, lo que no era impedimento para que hordas de vendedores callejeros abarrotasen la avenida con sus productos y sus gritos constantes. Omegon llevaba varios minutos fingiendo tener interés en la mercancía de uno de aquellos parásitos. Le había ofrecido al vendedor, que no dejaba de parlotear, una pequeña cantidad de la moneda local para mantenerlo interesado en

la operación, aunque el primarca en realidad no tenía ni idea de lo que le estaba vendiendo. El individuo llevaba un montón de jaulas de pequeño tamaño colgando de su cuerpo, y se ayudaba con una vara y una especie de carrete.

Omegon miró por encima del hombro y de las manos nerviosas que no dejaban de ponerle pequeñas jaulas delante de la cara y vio a su objetivo. El individuo que se movía con aires de importancia por la avenida era un artífice del Mechanicum. Iba vestido con una amplia túnica roja, el color del sacerdocio marciano, y sobre los anchos hombros llevaba un banco cogitador que trabajaba sin cesar. La capucha ocultaba un rostro gordo con la carne cubierta con cables y agujas sucias. Hacía mucho tiempo que sus labios estaban cosidos, pero del poco cuello que tenía colgaba una unidad de comunicación. De allí tomaba de vez en cuando un pequeño microcomunicador unido por cable que se llevaba hasta una de las múltiples barbillas que tenía.

Aquel individuo era el famoso Volkern Auguramus, artífice del empíreo del Mechanicum y agente secreto de la Legión Alfa.

Omegon no lo perdió de vista, y siguió con la mirada al artífice mientras éste recorría la explanada. Muy pocos vendedores se atrevían a molestar a Auguramus, ya que iba rodeado por cuatro servidores de combate con garras. El primarca le puso una mano en la cara al vendedor y lo apartó de un empujón para luego adentrarse entre la multitud. Omegon observó que dos de sus legionarios disfrazados también comenzaban a cruzar el gentío desde el otro extremo de la explanada.

Auguramus se detuvo delante de la oficina de uno de los agentes extraplanetarios de corretaje. Omegon pasó a su lado mientras el artífice miraba a su alrededor con expresión nerviosa antes de entrar acompañado de uno de sus servidores de mirada vacía.

Los astartes de la Legión Alfa tomaron posiciones en la explanada, algo alejados de la oficina, y comenzaron a efectuar pases por turnos mientras esperaban que saliera. Cuando por fin lo hizo, el artífice parecía tener prisa, y sus matones cibernéticos le abrieron paso a través de la multitud.

—Effrit Siete, el agente de corretaje —ordenó Omegon en voz baja por el comunicador.

El primarca dejó que el legionario investigara el trato y junto al resto del grupo siguió a Auguramus por las galerías inferiores.

—Por lo que parece, se dirige hacia el espaciopuerto —dijo Effrit Dos—. Vamos a tener que cogerlo pronto. A partir de aquí hay muchas galerías. Mucha gente.

—Effrit Siete —dijo Omegon en voz baja—. ¿Qué tienes?

—Un envío de veinte mil decatoneladas de piedra procedentes de la cantera de un mundo muerto en el sistema Beta Ghastri. Lo transportará una pequeña nave fletada

con destino a Parabellus. Eso está en el subsector Quall.

—¿Qué clase de piedra? —inquirió Omegon con un murmullo.

—Serebita. Sílice feldespático inerte. Es muy escaso y muy valioso, según aparece en la placa de transporte. Es mucho dinero el que debe de haber cambiado de manos.

Omegon sabía de qué material se trataba y para qué lo querían.

—Atrapadlo —ordenó por el canal abierto.

Auguramus continuaba caminando con paso decidido. Sus servidores equipados con garras no se separaban de él en ningún momento y mantenían en todo momento la configuración de cuatro puntos equidistantes a su alrededor. Los legionarios de Omegon comenzaron a pasar cerca del artífice de un modo cada vez más regular y predecible, y el propio primarca empezó a seguirlo deliberadamente de una manera muy poco discreta. El artífice no tardó en comenzar a distinguir las mismas caras en la multitud y empezó a mirar a un lado y a otro entre la muchedumbre en busca de cualquier posible actividad sospechosa. Él mismo era un agente de la Legión Alfa, así que conocía muy bien los principios y los métodos utilizados cuando se seguía a alguien. Lo que Auguramus no sabía era que el seguimiento tan obvio que le estaban realizando los guerreros de la Legión Alfa era porque ellos querían que los viera.

El artífice empezó a caminar con mayor rapidez por la galería, y Omegon inició la segunda parte de la operación. Los legionarios con los disfraces proporcionados por los campos de los amuletos comenzaron a cruzarse delante del objetivo. Auguramus ya se había dado cuenta de quiénes lo seguían y reconoció muchas de las caras, pero al cruzar la galería para esquivarlos y comenzar a caminar contra la dirección en la que se movía la gente, a sus servidores les costaba mucho más abrirle un camino a su dueño.

Luego, cada vez que los legionarios del grupo Effrit se cruzaban, se intercambiaron los rostros hololíticos. Al cambiar de manos los amuletos en una serie de movimientos perfectamente estudiados, al artífice le costaría mucho más identificar y localizar a sus perseguidores.

Auguramus observó con atención a la multitud, probablemente con la intención de descubrir a cualquier posible asesino o equipo de secuestro. Clavó la mirada de vez en cuando en Omegon, quien lo seguía con pasos regulares y decididos, lo que no tardó en convencer al artífice de que estaban a punto de interceptarlo.

—Tenemos un boulemart cerca —musitó Effrit Cuatro por el canal abierto.

—Adelante —dijo Omegon.

Esta vez no puso cuidado alguno en simular que hablaba, y Auguramus, que en aquel momento lo estaba mirando por encima de las cabezas de la muchedumbre, vio como los labios del desconocido se movían para dar la orden.

El artífice se dirigió en un ataque de pánico hacia uno de los laterales de la

galería, y la guardia de servidores lo siguió. Omegon lo miró mientras se encaminaba hacia la zona de los boulemart que partían de la explanada principal, y notó cómo la tentación de echar a correr que invadía a su presa crecía hasta convertirse en una paranoia irresistible.

Cuatro miembros de la escuadra Effrit se acercaron a Auguramus sin disimulo desde direcciones diferentes, y Omegon vio con claridad la sorpresa del artífice cuando sus perseguidores desaparecieron uno tras otro. Todos se desvanecieron de forma inexplicable en mitad de la multitud.

Auguramus giró sobre sí mismo, y la sorpresa se convirtió en horror cuando descubrió que se había quedado solo. Sus servidores ya no estaban a su lado para protegerlo.

En su lugar estaban los cuatro desconocidos que se le habían acercado y que en ese momento lo miraban fijamente y en silencio. Auguramus miró a su alrededor en busca de alguna ruta de escape, pero sólo encontró más rostros reconocibles y amenazantes entre la multitud, y a Omegon, que se le acercaba con rapidez por la espalda. Todo aquello fue demasiado para el pobre individuo.

—¡Alejaos de mí! —barbotó antes de echar a correr hacia el boulemart, una avenida estrecha llena de puestecillos y de bazares. Omegon lo vio atravesar trastabillando una cortina andrajosa situada al otro lado de un puñado de mirones asombrados.

Los servidores se quedaron quietos y obedecieron en silencio la última orden que les había dado su propietario. Omegon había ordenado a los legionarios más cercanos que colocaran sus generadores de campo a los escoltas cuando pasaran junto a ellos antes de desaparecer entre la multitud. Auguramus creía que lo habían abandonado y sustituido por un grupo de secuestradores, cuando en realidad había sido él quien los había dejado atrás con aquella última orden.

Omegon echó la cortina a un lado y vio a dos miembros disfrazados de la escuadra Effrit que tenían inmovilizado al artífice en un porche de entrada. Cada uno estaba a un lado del grueso individuo y ambos le habían colocado una espada corta en los rebordes de las papadas. Uno de ellos también tenía en la mano el microcomunicador conectado a la garganta de Auguramus.

Omegon se le acercó con actitud depredadora. El artífice le reconoció de inmediato como el individuo que lo había seguido a través del gentío de aquel mundo mercantil.

—¡Estáis cometiendo un terrible error! —le gritó—. Tengo influencia entre la gente temida y poderosa. Ni siquiera te imaginas…

Omegon se llevó una mano al generador de campo que llevaba en el cinturón y movió el dial entre diferentes frecuencias hololíticas. La imagen del habitante corriente de Ciudad de Sota centelleó y se difuminó hasta mostrar la realidad que

ocultaba: un guerrero de la Legión Alfa armado. Se veía con claridad la insignia de la legión en su pechera. Los otros guerreros hicieron lo mismo.

Auguramus se quedó mirando con los ojos abiertos de par en par a sus perseguidores. No se le ocurrió nada que decir ni que suplicar ante aquel cambio de situación.

—Vaya, yo creo que si que me lo imaginaría, artífice del empíreo —le respondió Omegon—. Yo también tengo influencia entre la gente temida y poderosa. Ellos te han confiado sus secretos, y quieren saber por qué estás compartiendo esos mismos secretos con el resto del Imperio.

Auguramus se dio cuenta de que le costaba respirar. La revelación de Omegon había sido bastante sorprendente, pero se esforzó por hablar a pesar de las dos espadas que tenía apoyadas en la garganta y que formaban una enorme cizalla.

—No… vendo nada… —logró decir por fin Auguramus.

—Lo sé, artífice del empíreo —lo tranquilizó Omegon—. Te dedicas a comprar. Y también te dedicas a hacer lo que se te da mejor: construir. Sólo que no estás construyendo para nosotros. Estás construyendo para ti mismo.

—¿Acaso os envía maese Echion?

—Nuestro querido maese Echion sospecha algo, pero no es él.

—¿Qué es lo que queréis? —jadeó Auguramus.

—Quiero que restrinjas el uso de tu talento y sólo lo utilices para servir los deseos de quienes son tus verdaderos socios.

—Pero la tecnología es… increíble. Es potencialmente superior incluso a los artefactos de Perditus.

—Lo sé —le contestó Omegon—. Fui yo quién te entregó las especificaciones técnicas y los materiales originales.

—Es evidente que tiene un origen alienígena. Es muy antiguo. ¿Dónde conseguisteis…?

—De donde saco mi información es asunto mio. Y ahora, déjame que te avise de que si vuelves a poner a prueba mi paciencia con otra pregunta impertinente, te arrancaré la cabeza de los hombros y dejaré que tu gordo cadáver se pudra en un callejón perdido.

La única contestación que se atrevió a dar Auguramus fue un tembloroso gesto de asentimiento.

—Estás muy dotado, incluso entre los de tu clase —admitió el primarca—. Por eso acudimos a ti. Por eso te ofrecimos nuestra confianza. No cometas el error de pensar que eres el único capacitado para esta tarea. Todavía queda mucha gente capaz de darnos lo que necesitamos.

Otro tembloroso gesto de asentimiento con la cara pálida fue la respuesta.

—Artífice del empíreo, ¿por qué estás construyendo una réplica del mástil de la

matriz emisora de la base Tenebrae en el mundo agrícola de Parabellus?

—La tecnología, a pesar de ser alienígena, podría revolucionar el Imperio —le contestó Auguramus con mucho cuidado—. Podría asegurar nuestra red de comunicaciones telepáticas y el estado del immaterium en nuestras rutas comerciales.

—Abre bien los ojos. La galaxia no necesita una revolución —le replicó Omegon —. Creo que ya sufre de más en ese sentido. Estás asegurando el imperio de Horus antes incluso de que lo haya conquistado. No me importa si tu intención era noble o no. Un agente de la Legión Alfa no puede tener la esperanza de traicionar a sus señores y sobrevivir a ello durante mucho tiempo.

—No… no me matéis, por favor —le suplicó Auguramus—. Todavía puedo ser útil…

Omegon se inclinó sobre él con un ominoso gesto de confianza.

—Volkern, somos la Legión Alfa. Lo sepan o no, siempre encontramos una utilidad para todo el mundo.



GAMMA

Operatus Cinco-Hydra
Tiempo transcurrido Ω2/002.68//OCT
Tenebrae 9-50 - Asteroide Troyano

El torpedo de abordaje *Argolid* flotaba en el vacío del sistema Octiss. Igual que si fuera un proyectil que atravesara la oscuridad, el torpedo perforó el helado espacio manteniendo la velocidad inercial y un rumbo constante.

Octiss era un rincón olvidado de la galaxia. El sistema lo componía un campo de asteroides formado por trozos helados y pedazos de roca envuelto en silencio que rodeaba el brillante pero turbio 66-Zeta Octiss. Era un reino destrozado, un mar de despojos cósmicos en el que flotaban planetoides de superficie acribillada por meteoritos y gigantes de gases más ligeros que el aire.

En el interior del *Argolid* todo era oscuridad helada. La escuadra Sigma se puso en posición de firmes dentro de sus jaulas de desembarco. El legionario Arkan estaba sentado con el arnés de seguridad abrochado en el asiento del piloto frente a un grupo de controles rudimentarios. Omegon se situó en la estrecha franja de cristal blindado que sólo con mucha generosidad podría ser descrito como una portilla. Limpió la escarcha de la superficie, lo que permitió que un rayo de luz atravesara la oscuridad del compartimento del torpedo. 66-Zeta Octiss estaba cerca. Los bancos de runas y la cubierta relucían con un brillo helado.

Omegon le había ordenado a Arkan unas cuantas horas antes que cerrara todo aquello que emitiera una señal de energía en el interior del torpedo: el sistema de gravedad artificial, el de calefacción y el de soporte vital. Los legionarios estaban ataviados con la armadura completa y los cascos y habían activado los cierres

magnéticos de la botas. El *Argolid* había disparado su último chorro impulsor antes de apagarlo todo y de precipitarse a toda velocidad entre la furia muda de dos gigantes de gas. El color verde de las profundidades de un océano sereno contradecía la verdadera naturaleza del planeta: allí había una profundidad y una presión inconcebibles, con vientos de miles de kilómetros de velocidad, tormentas eternas y pozos ciclónicos, además de intensos campos radioactivos y la influencia gravitatoria capaz de atraer cometas.

Arkan puso un sencillo astrolabio delante del visor de su casco y realizó una serie de mediciones en las secciones del espacio que estaban despejadas. El rayo de luz solar desapareció de forma repentina, lo que indicó que algo de gran tamaño se había colocado entre el *Argolid* y la incómodamente cercana estrella Ocriss.

—¿Y bien? —Omegon miró al legionario.

—Justo en el blanco, mi señor —le confirmó Arkan—. Siempre y cuando no golpeemos nada.

—No podemos permitirnos la atención que podría atraer un chorro de impulso para corregir el rumbo —le dijo Omegon, pero era muy poco lo que podía hacer respecto a los fragmentos de metal y de roca que giraban tranquilamente en espacio exterior alrededor de ellos.

Delante del morro con forma de cono reforzado del torpedo de abordaje giraba en el espacio la imponente masa de Tenebrae 9-50. El asteroide pasó por delante de ellos igual que si fuera una cordillera que se desplomara por el vacío a una velocidad colosal. Era escabroso e irregular, y estaba marcado por cráteres, por zonas de impacto y por grietas abismales. Arkan señaló hacia una profunda escisión en la superficie del asteroide, una característica natural designada como el 61° 39' eclíptico, o coloquialmente llamado el Seno de la Vacuidad por el personal de la base. La profunda fisura había sido elegida por la Legión Alfa como punto de entrada.

Omegon vio el colosal asteroide dirigiéndose hacia ellos mientras rotaba alrededor de su bulboso centro de gravedad. El primarca se sentía silenciosamente impresionado con los cálculos de Arkan. El torpedo de abordaje no se estaba acercando a su objetivo únicamente gracias al poder de la inercia, sino que estaba siendo dirigido casi sin esfuerzo hacia una fosa irregular que se abría en el centro del asteroide.

El torpedo de abordaje descendió a través de la grieta y atravesó la suave oscuridad del interior del asteroide. Allí había una falta absoluta de luz, sin ni siquiera la compañía de los puntitos luminosos de las estrellas lejanas. Omegon miró a Arkan, quien estaba controlando un cronómetro de mano.

El torpedo de abordaje estaba diseñado para atravesar el blindaje de las naves enemigas y la amalgama de secciones del casco de los abominables pecios espaciales, pero Omegon creía que Tenebrae 9-50 resultaría ser un desafío más peligroso en ese

sentido, por lo que planeó un protocolo de desembarco alternativo. Una vez más limpió la capa de hielo que cubría la portilla de observación y pegó la placa facial a la superficie transparente. A pesar de su vista sobrehumana, el primarca no podía ver absolutamente nada.

—Legionario —le advirtió, pero el cronómetro de Arkan completó su cuenta atrás con un solo clic.

—Lanzamiento del gancho de anclaje —anunció Arkan, tirando de un par de palancas pneumáticas colocadas en el banco de runas situado en la parte superior de la cabina. Un fuerte chasquido de presión resonó a través del torpedo cuando un arpón salió lanzado desde la parte trasera de la embarcación arrastrando un cable de aleación de adamantio. Una vez tuvo la certeza de que el arpón se había incrustado profundamente en el interior de la roca, Arkan inició el siguiente paso.

—Lanzamiento de garfios de agarre. Inicio de resistencia de frenado.

En vez de arrancar la parte posterior del torpedo con una brutal parada en seco, el legionario logró llevar a la nave hasta una detención controlada a través de la creciente resistencia ofrecida por un conjunto de garfios pesados. Omegon notó el temblor del casco de la nave, que comenzó a emitir un aullido chirriante. Extendió los brazos para sujetarse. Era evidente que el torpedo de abordaje estaba desacelerando, pero resultaba difícil de decir en la absoluta oscuridad de la zanja rocosa si lo haría con la suficiente rapidez o no.

De repente el *Argolid* se tambaleó: el cable de agarre había llegado a su límite de extensión. Los legionarios estaban seguros en sus jaulas de desembarco, mientras que Arkan permanecía amarrado al asiento del piloto. Omegon fue lanzado hacia adelante, pero el primarca no fue muy lejos, ya que se aferraba con los guanteletes de energía a la barra del techo. El torpedo rebotó un poco hacia atrás por el tirón del cable y flotó en la oscuridad rascando contra la pared irregular del hueco antes de chocar para posarse en la fría roca. Omegon asintió con la cabeza, tanto a los legionarios como a sí mismo.

—Escuadra, desembarcad. Intercomunicadores en silencio hasta que lleguemos al compartimento estanco.

El sargento Setebos abrió los cierres del mamparo y le propinó una patada a la compuerta blindada para despegarla y que saliera despedida hacia el exterior. El asteroide prácticamente no tenía gravedad, así que el legionario salió flotando por la negrura con el bólter agarrado con el guantelete. Activó las luces de la armadura con la otra mano.

El halo de luz que rodeó al sargento se reflejó en el fondo de la fisura, lo que mostró a los legionarios lo cerca que habían estado de un choque terminal. Los miembros de la escuadra Sigma salieron flotando uno a uno y se unieron a él en la estrecha entrada de una cueva.

«Encabeza la marcha, sargento», ordenó Omegon por señas, lo que hizo que Setebos a su vez pusiera a Zantine en vanguardia. Las señales de batalla eran un fluido intercambio de hábiles movimientos de manos, enviados y recibidos con una facilidad nacida de décadas de uso.

Tras activar las luces de sus propias armaduras, la escuadra saltó al espacio abierto formando una columna disciplinada. Los legionarios se agarraron a los salientes y los pilares de roca con las puntas de los dedos recubiertos de ceramita y se impulsaron utilizando las piernas, y de ese modo se desplazaron hasta el siguiente punto de apoyo. Zantine empuñaba el bólter por delante de él hundiendo el cañón del arma en la borrosa oscuridad de los túneles y los huecos que se ramificaban por doquier. Aquello era un laberinto de laberintos: oscuro, con pasillos zigzagueantes que se abrían en todas las direcciones, incluyendo pozos que subían y bajaban hacia las profundidades. Era áspero, rocoso y completamente irreconocible en todos los sentidos.

Zantine rápidamente estableció una dirección aproximada, y a pesar de las desviaciones exigidas por los estrechos y serpenteantes conductos por los que se tuvieron que arrastrar, de los puntos angostos y de los obstáculos, consiguió mantener a la escuadra Sigma en movimiento a través de las entrañas fracturadas del asteroide. El legionario Vermes cerraba la marcha, y movía el cañón de su bólter rutinariamente de un lado a otro de la negra oscuridad que dejaban a su paso.

Tras saltar a través de la profunda oscuridad de una grieta, los legionarios no tardaron en encontrarse frente a una pared vertical de roca. Treparon por aquel precipicio, con las piernas cubiertas por la armadura balanceándose bajo ellos, hasta que se reunieron alrededor de Zantine. El marine espacial estaba colgando al lado de una estrecha abertura que parecía ser la entrada de un túnel. Omegon vio como el sargento Setebos, sin decir una palabra, ayudaba a los legionarios a desconectar sus cables de energía y sus estabilizadores y le quitaba a Zantine la mochila de energía que llevaba la espalda.

Cuando atravesó el estrecho hueco, Setebos ayudó a Zantine con el peso muerto de su armadura de ceramita a través de la abertura. La escuadra Sigma repitió este proceso hasta que cada legionario hubo superado la entrada, y en silencio reconectaron la energía, el soporte vital y la alimentación sensorial a sus armaduras de combate.

A los legionarios los aguardaba al otro lado una larga marcha arrastrándose. Avanzaron deslizándose con las armaduras sobre los guanteletes, y cada vez encontraban más rocas destrozadas y regolitos en el estrecho espacio. La arena y las piedras no paraban de caerles a los legionarios sobre los cascos y las hombreras, y Omegon se encontró a sí mismo golpeando cúmulos de pequeñas rocas delante de él para evitar quedarse encajado contra el techo bajo.

El túnel acababa en una caverna más grande, y Omegon aprovechó la oportunidad para apartar los escombros flotantes de su camino, aunque Zantine parecía haber encontrado un grupo mucho más grande de rocas y restos erráticos en gravedad cero. Grandes fragmentos de roca flotaban en la oscuridad y chocaban entre sí con una fuerza aplastante en aquel espacio abarrotado.

Una repentina señal con la mano de Zantine detuvo en seco a los legionarios. Como el trueno de una tormenta cercana, un rumor sordo recorrió la rocosa cámara. Las paredes de la caverna comenzaron a estremecerse y a sacudirse, mientras que la arena y el regolito que se habían desprendido por el terremoto comenzaron a flotar en la oscuridad delante de los marines espaciales. Las grandes piedras empezaron a chocar con los muros y unas contra las otras, aplastándose y rompiéndose.

Auguramus había advertido a Omegon y a la escuadra sobre la posibilidad de seísmos. La instalación en sí contaba con sus propios amortiguadores estructurales y de gravedad, pero el retumbar de las poderosas mareas tectónicas continuaba siendo un peligro ocasional, especialmente en lo que se refería al mástil de la matriz emisora. Las conflictivas fuerzas gravitacionales de los gigantes gaseosos de Octiss que tiraban del asteroide les proporcionaban una estructura interna fragmentada a través de la cual infiltrarse, pero eso también representaba un serio peligro para la escuadra siempre y cuando permanecieran en su interior.

Isidor se agarró a una cornisa temblorosa y consiguió llegar hasta la salida del túnel. Los legionarios siguieron saliendo de los estrechos confines del túnel de acceso. Se veía claramente por los peñascos que caían en la caverna que la roca se estaba moviendo contra la roca. Sin gravedad, los movimientos eran impredecibles. El suelo del túnel de acceso se estaba cubriendo de roca y arena, y el lecho rocoso empujaba las placas pectorales de los legionarios, aparentemente con la intención de aplastarlos contra el techo escarpado.

Pateando y zambulléndose a través de la palpitante oscuridad, Omegon se unió a Isidor para tratar de ayudar a sus hermanos y llevarlos al interior de la cueva. De esta forma, Tarquiss y Krait consiguieron salir a duras penas, pero Vermes todavía estaba tratando de liberarse. Varios fragmentos de escombros lo tenían atrapado en aquella estrecha tumba. La aplastante roca clavó salientes y puntas como cinceles en el cuerpo del marine espacial que rayaron el color índigo de su armadura.

Omegon alargó una mano hacia el túnel cerrado y le hizo un gesto al legionario para que se agarrara a su guantelete, pero la única respuesta que recibió fueron unos cuantos gruñidos de esfuerzo a través del intercomunicador.

De repente, Setebos apareció a su lado e introdujo el bólter entre los estrechos lados de la salida que iba cerrándose. El arma inmediatamente comenzó a doblarse, el sargento metió también la mano en el hueco para agarrar a Vermes.

Todos oyeron el grito de impotencia del legionario antes de que su guantelete

lograra agarrar el del primarca. Omegon tiró con fuerza del legionario apoyándose contra la superficie de la roca. Isidor y Setebos trataron de alcanzar la mochila y la armadura de Vermes. Entre todos tiraron con todas sus fuerzas, pero el asteroide tenía a Vermes atrapado entre sus rocosas fauces. Tiraron del guerrero condenado tanto tiempo como pudieron antes de que la amenaza del derrumbe los amenazara a ellos también.

El intercomunicador de Vermes crujió con la estática hasta que quedó en silencio.

La escuadra Sigma permaneció allí durante un momento, en el frío y la oscuridad. Los legionarios se quedaron mirando fijamente la prensa de roca compactada, un aviso por parte de la fría piedra de que la galaxia aún tenía sorpresas guardadas para ellos, y de que incluso con los meticulosos planes de la legión no siempre podrían anticiparse a ellas, o eludirlas.

«Seguid avanzando», ordenó Setebos por señas, y luego golpeó en la hombrera al legionario que flotaba junto a él. El sargento sacó su pistola bólter y colocó la rechoncha forma de un silenciador en su sitio; luego ordenó a la escuadra que atravesara rápidamente la caverna abarrotada de rocas.

Comenzaron a trepar alrededor y por encima de los obstáculos capaces de destrozarlos, con pedazos y fragmentos de roca cayendo en todas direcciones. Varios de ellos sufrieron raspaduras y abolladuras en sus armaduras. Cuando una roca estuvo a punto de aplastar a Omegon contra la pared de la caverna, el primarca se sujetó con fuerza a la superficie rocosa. Trató de frenar el pesado avance del objeto con los brazos extendidos delante de él, y luego lo empujó de nuevo para enviarlo a la deriva a través de la abarrotada cueva, lo que provocó el desplazamiento de restos más pequeños.

Mientras la escuadra Sigma trepaba por un hueco sinuoso del techo de la caverna, las escarpadas paredes temblaron un poco más antes de quedarse en calma de nuevo. Los legionarios mantuvieron sus posiciones durante un momento, con el sargento Setebos flotando entre diferentes miembros del equipo y comprobando las lesiones.

«Éste es el precio que debemos pagar por entrar sin avisar», le dijo Omegon. Setebos asintió para mostrar que estaba de acuerdo, y le ordenó a Zantine que continuara, lo que hizo que el legionario se arrastrara más arriba del retorcido pasadizo.

«Luz al frente», anunció al regresar al cabo de un momento.

Los legionarios amartillaron las armas mientras Omegon y Setebos se unían al legionario en su ascenso. A medida que subían por el túnel, el primarca se dio cuenta de que Zantine tenía razón. Más adelante, los túneles se abrían a una cavidad mucho más grande en la que el techo rocoso estaba cubierto por una luz intensa.

«Apagad las luces», ordenó Omegon, y los tres desconectaron la iluminación de

las armaduras.

Setebos se impulsó hacia arriba desde una cornisa dentada y pasó flotando al lado de Zantine y el primarca con su pistola bólter rematada por el silenciador. Se detuvo en el borde de la entrada. Su armadura resaltaba con un brillo metálico. Bajó la mirada hacia Omegon con una expresión inquisitiva.

«Adelante, sargento».

Operatus Cinco-Hydra
Tiempo transcurrido Ω1/-216.82//XXU
Crucero de ataque *Upsilon*, XX Legión

La sala de planificación era un mar de rostros cobrizos. La enorme mesa de obsidiana del centro tenía forma redondeada: todos los que estaban sentados allí eran iguales. O había instrucciones impuestas desde arriba. Ni rituales ni protocolos. Sólo problemas, y unas mentes privilegiadas que juntas podían encontrar soluciones. Una legión de sabios.

Omegon colocó un codo en el reposabrazos de su trono y apoyó la barbilla en el puño. Sentado allí, Omegon podría haber estado mirándose a sí mismo a través de un prisma. Alrededor de la mesa se sentaba una escuadra completa, cuyos componentes habían sido creados a imagen y semejanza de su primarca, cada uno de ellos bendecido genéticamente con los muchos dones de Alpharius-Omegon y quirúrgicamente honrados con la rigidez de una mandíbula noble y ojos de profundidad glacial, unos ojos azules que ardían con intensidad, inteligencia y reconocimiento. A su vez, la superficie de obsidiana reflejaba, duplicándolo, su silencioso número en la sombra.

Esta unanimidad de la carne hacía que los otros miembros de la reunión, eclipsados por sus compañeros de la Legión Alfa, parecieran un poco fuera de lugar, aunque la psíquica Xalmagundi necesitaba poca ayuda en ese sentido. Su piel pálida y sus labios oscuros la hacían parecer del inframundo, aunque al menos ya no llevaba los andrajos con los que la escuadra Sigma la había encontrado. Sus enormes ojos de color negro estaban parcialmente escondidos detrás de unos anteojos tintados y un pitillo de lho le colgaba en un gesto distraído de la comisura de los labios mientras su aroma dulzón perfumaba el aire. Llevaba el brazo en cabestrillo y tenía señales de haber sido sometida a cirugía recientemente.

Alrededor del cuello llevaba un grueso collar de metal, un inhibidor que controlaba las brujerías de los devastadores talentos telequinéticos. Al principio, Xalmagundi se había opuesto, pero Sheed Ranko insistió en aquella precaución mientras la psíquica estuviera a bordo del *Upsilon*. En lugar de encontrarlo doloroso, como la presencia de las Hermanas del Silencio, Xalmagundi admitió que el amortiguador, de hecho, era bastante suave y le imponía un agradable estado de calma y docilidad. Ésa era una característica sobre la que el mismísimo Omegon había insistido bastante. No encontraba razón alguna para torturar a su invitada innecesariamente, y Volkern Auguramus había realizado el ajuste.

Mientras tanto, el artífice del empíreo estaba sentado entretenido con el continuo intercambio de agujas y tubos de alimentación entre las conexiones de su cara;

Omegon supuso que era un tic nervioso. Auguramus había aprovechado todas las oportunidades para demostrar su utilidad y renovada lealtad, desde fabricar el collar de Xalmagundi hasta mejorar los sistemas de seguridad de Tenebrae en sus detalles más técnicos. El artífice volvió su capucha iluminada a un lado mientras su motor lógico interno se actualizaba.

—No parecen tener mucho sentido las presentaciones —dijo Omegon—. Todos nos conocemos.

Auguramus parecía vagamente divertido.

—Creía que os llamabais a vosotros mismos «Alpharius» —dijo con el microaltavoz implantado en la garganta.

—Los tiempos cambian —replicó Omegon fríamente. Nadie hizo ningún otro comentario más.

»Tenebrae 9-50 —continuó el primarca, y presionó un interruptor de su trono para evocar una representación hololítica del asteroide—. Planetoide de clase C que alberga las instalaciones de Tenebrae. Tenebrae es una base de la Legión Alfa con autorización de nivel bermellón, y Tenebrae es nuestro objetivo. ¿Alguien necesita tomarse un momento para reflexionar sobre esta implicación?

Setebos y los demás miembros de su escuadra apartaron su helada mirada del asteroide hololítico. Si querían oponerse a la naturaleza de su objetivo, ése era el momento. Setebos negó levemente con su cabeza rapada.

—La inteligencia nos lleva a creer que Tenebrae y los proyectos de nivel bermellón desarrollados allí se han visto comprometidos en su seguridad —continuó el primarca—. Hemos confirmado que existe una filtración.

—¿Un agente? —preguntó Isidor, al mismo tiempo que miraba al artífice del empíreo.

—Un miembro de la legión —replicó Omegon.

Observó con interés el murmullo de sorpresa que creció entre los congregados y los esfuerzos inmediatos que todos realizaron para enmascararlo.

—¿Destinatarios? —preguntó Setebos.

—Podría ser cualquiera —respondió Omegon seriamente—. Los espías del Emperador, los perros del señor de la guerra, alienígenas infiltrados… Este asunto debe ser manejado de un modo que resulte decisivo. La instalación de Tenebrae no puede caer en manos de ningún enemigo. Vamos a arrasar la base, las tecnologías que operan allí y a todo el personal de la base.

Omegon dejó que su decisión calara en los presentes. Esta vez, los legionarios ni se inmutaron.

—¿Por qué no destruirla directamente usando el *Beta*? —se atrevió a proponer Krait.

—El *Beta* está desplegado en otro lugar —le contestó Omegon—. Además, tengo

que pensar en la moral de la legión. Sería mejor manejar esto en secreto.

—¿Personal armado de la base? —quiso saber Setebos.

—Tenebrae alberga una guarnición de cincuenta legionarios —le informó Omegon.

—¿Cincuenta?

—Nivel de seguridad bermellón —le recordó Isidor.

—Y una fuerza de vigilancia del Ejército Imperial, una cuarta parte de un batallón de la Geno Siete Sesenta Spartocida —añadió el primarca.

—El Siete Sesenta es un regimiento bien entrenado —apuntó el legionario Braxus —. Tuve la oportunidad de observarlos durante el sometimiento de los Mundos de Ferinus. No se amilanarán fácilmente.

—Nunca han tenido que enfrentarse a la Legión Alfa —sonrió Setebos.

—Los del Geno Spartocida resistirán —les aseguró Omegon—. Nuestro primer problema es conseguir entrar en una instalación guarnecida por nuestra propia legión.

—Si contamos con su entrenamiento y experiencia, entonces es razonable esperar que se anticiparán a todo lo que nos propongamos aquí y ahora —murmuró Volion.

—¿Por qué no organizar una inspección? —sugirió Charman, recostándose en su asiento.

—Eso dejaría un rastro astropático —le recordó Omegon—. Nuestra llegada tendría que ser notificada y verificada.

—Además, para una inspección de nivel bermellón haría falta una preparación, lo que a su vez dejaría su propio rastro —remarcó Isidor.

—Necesito que esa base se apague como una luz, como si nunca hubiera estado allí —dijo el primarca—. Si nuestros enemigos vienen a buscar algo, no quiero que encuentren siquiera una mota de polvo. Quiero que se cuestionen la validez de toda la información que les han filtrado con anterioridad.

—¿Y qué hay de los suministros que recibe la instalación? —preguntó Tarquiss —. Las cajas de provisiones. Los tambores de munición. Yo subí a bordo de la nave insignia de la III Legión en el casquillo hueco de un proyectil de bombardeo antes de Istvaan.

—El comandante Janic es el responsable de la seguridad de la base —contestó Omegon—. Imagino que tiene procedimientos y protocolos más rigurosos que los de los… «discípulos distraídos» de Fulgrim.

Auguramus se llevó el microaltavoz a la garganta de nuevo.

—Controles triples. Oficiales diferentes. Es imposible introducir o sacar algo de la instalación sin un certificado de runa firmado por el mismísimo Janic. Se registra a todo y a todos, para luego comprobar los documentos y escanearlo con toda clase de aparatos para estar seguros. Creedme, lo he intentado.

—No perdamos el tiempo tratando de adivinar las intenciones de Janic —sugirió

Setebos—. Pertenece a la Legión Alfa: va a tener asegurada la instalación tan bien como cualquiera de nosotros. Necesitamos algo que se salga de su jurisdicción, y por lo tanto, fuera de su control.

—¿Qué me decís del propio asteroide? —propuso Arkan.

Omegon se encontró a sí mismo asintiendo con la cabeza con gesto ausente. Una vez más se volvió hacia el artífice del Mechanicum.

—¿Por qué se seleccionó a Tenebrae 9-50 para instalar la base?

—Alpharius encomendó a maese Echion la elección del lugar —le explicó Auguramus—. Mis cálculos simplemente especifican el sistema Octiss y las regiones colindantes como contraclónicamente relacionados en términos de su dinámica meteorológica con Chondax.

—Habla con claridad, Volkern —gruñó Omegon—. Cuéntanos qué sabes sobre la roca.

—En realidad, ésa es la genialidad del lugar —continuó explicando Auguramus, impasible. La admiración que sentía el artífice era más que evidente—. Tenebrae 9-50 es el lugar donde se realizan actualmente las operaciones clandestinas, desconocidas para el resto del Imperio.

—¿Alienígenas? —quiso saber Isidor.

—En efecto. Los demiurgos son una raza de viajeros espaciales que raramente penetra en territorio del Imperio.

—Eso al menos explica por qué nunca oí hablar de ellos —murmuró Setebos—. ¿Son hostiles?

—Están tecnológicamente avanzados, pero parece que gozan de relaciones cordiales con otras culturas alienígenas, varias de las cuales fueron erradicadas durante la Gran Cruzada —les contó el artífice—. Se dedican principalmente a la minería y al comercio.

—Los demiurgos están excavando una mina en el asteroide —dijo Omegon.

—Sí. Los sistemas interiores de cuevas y cavernas del asteroide albergan una pequeña serie de máquinas de explotación minera automatizada que extraen metales raros y preciosos.

—¿Y qué sabes de los demiurgos? —preguntó Isidor.

—Los reconocimientos iniciales mostraban que Tenebrae 9-50 no tiene una órbita establecida —contestó Auguramus—. Los demiurgos dirigen a través de nuestro espacio una red de derivación oculta. Usan estaciones transportadoras electromagnéticas sin tripulación para impulsar los asteroides ricos en recursos desde los campos de prospección hasta los mundos natales de sus clientes alienígenas. Esto les lleva cientos de años, pero para cuando el asteroide llega a su objetivo, las máquinas mineras automatizadas ya han excavado y procesado el mineral.

—¿Y nadie ha detectado esto hasta ahora? —le preguntó Volion—. ¿Durante los

doscientos años que estuvimos luchando por toda la galaxia?

—Puede que seamos los primeros en haberlo detectado —le confirmó Auguramus —. Las fuerzas imperiales no pueden investigar cada trozo de roca que flota en el vacío entre los sistemas estelares.

—Esto nos podría servir —dijo Omegon mientras activaba la red hololítica de pozos, huecos y excavaciones conocidos del asteroide—. Las exploraciones de los alienígenas se realizan cerca de las bases de montaje de los sectores diecisiete a veintidós.

Zantine señaló a la superficie.

—¿Qué pasa con los sensores de largo alcance y los nodos de escucha?

—La base tiene una cobertura considerable —confirmó Auguramus con cierto pesar—. Una aproximación con una cañonera o un Stormbird sería detectada de forma casi inmediata.

—El capitán Ranko supervisará nuestra extracción con una Thunderhawk cuando hayamos finalizado nuestra misión, y nos traerá de vuelta al *Upsilon*, que nos estará esperando —les informó Omegon—. Nuestra entrada, sin embargo, será menos simple que la salida.

Arkan se puso en pie y alargó el brazo a través de la imagen hololítica.

—¿Y si utilizásemos un torpedo? Obviamente, con la energía desconectada y lanzado fuera del alcance de auspex.

Omegon sonrió. Estaban tratando de impresionarlo.

—Sin propulsión, sin control de vuelo, sin correcciones de trayectoria —comentó el primarca—. Legionario, eso sí que sería todo un disparo.

—Sí, mi señor —le aseguró Arkan con una sonrisa—. Lo sería.

Omegon consideró el plan mientras iba tomando forma.

—Volkern, dime, ¿podrían esas abominaciones automatizadas ofrecer alguna resistencia?

—No puedo saber las extrañas intenciones de tales tecnologías —advirtió el artífice—, pero mi impresión es que están armados únicamente para defender los rituales de prospección de sus señores alienígenas. Si son atacados, no tengo ninguna duda de que entenderían que su misión corre peligro y de que responderían en consecuencia. Me parece que tienen una lógica territorial. No representan ningún peligro para la instalación de Tenebrae porque la base no está construida sobre nada que las máquinas automatizadas quieran o necesiten defender.

—Esperemos que tengas razón —dijo el primarca.

Operatus Cinco-Hydra
Tiempo transcurrido Ω2/003.53//TEN
Tenebrae 9-50 - Asteroide Troyano

Omegon se abrió paso a través del techo de la caverna. Zantine y el sargento habían encabezado la marcha para salir del pozo. La escuadra Sigma los seguía en formación de columna subiéndose por los riscos y los salientes rocosos, con las piernas colgando y balanceándose en el aire. Setebos los había conducido por el techo todo el camino, y mientras Omegon se arrastraba, dejó caer su mirada sobre la razón de su presencia allí.

Por debajo de ellos, unas gigantescas máquinas desgarraban las entrañas rocosas del asteroide en el silencio del vacío. Enormes y construidas en bronce, a Omegon le parecieron unas arañas embarazadas que apuñalaban el suelo con las puntas afiladas de sus numerosas patas. En las panzas llevaban acopladas unas fauces rotatorias de dientes pulverizadores de metal que perforaban la roca igual que un taladro, y de los afilados extremos de sus vientres goteaba un hilo de mineral fundido que era transportado a lo largo de una franja guiada electromagnéticamente. Era esa red de materia radiante que se filtraba desde las monstruosas máquinas la que alumbraba la caverna, aunque de vez en cuando el brillo del bronce se veía apagado por el resplandor de un potente rayo de luz. Era con esos rayos de corte con los que los autómatas estaban excavando la cueva.

Unos rayos que podían cortar en dos a un marine espacial que no tuviera cuidado.

A medida que la escuadra Sigma avanzaba por la red de cuevas, se hizo evidente la enorme escala de los trabajos de minería automatizados. Los gigantescos ácaros mecánicos eran la columna vertebral de la operativa, y desgarraban sin descanso las entrañas del asteroide, triturando regolitos y destilando mediante iones los elementos buscados. Pero no eran las únicas máquinas automatizadas que había en las cuevas: un grupo de zánganos más pequeños y de caparazón chasqueante parecía revolotear metódicamente de un monstruo minero a otro para supervisar las líneas de producción y proporcionar un mantenimiento continuo.

Al cabo de un rato, los legionarios se vieron forzados a regresar al suelo de la cueva, ya que el muro y el techo de la sala estaban dominados por los autómatas rastreros consumidores de roca. Con los bólters apuntados en todo momento hacia las gruesas armaduras de bronce, la escuadra Sigma esperó mientras Krait procedía a colocar cargas sísmicas de demolición tras recibir la orden de Setebos. Cueva por cueva, sala por sala, aquel proceso continuó, con Krait cableando las cavernas en secuencia y los demás esquivando silenciosamente a los zánganos y procurando mantenerse alejados de las enormes creaciones de los alienígenas.

Tras seguir un número cada vez más creciente de corrientes de metal fundido, Setebos condujo a la escuadra hasta lo que parecía ser algún tipo de almacén. El sargento tuvo cuidado de no alterar los campos que guiaban el metal líquido, y con la pistola en posición vertical se agarró a la rugosa pared y se detuvo. Omegon se unió a él en la entrada de la cueva.

Delante de ellos había un lago flotante. Las corrientes de mineral líquido eran guiadas hasta un recipiente de contención: un depósito de metal fundido que colgaba en la ingravidez de la enorme caverna y mantenido a raya por crepitantes orbes de color cobrizo que flotaban perezosamente a su alrededor. Era algo extraordinario: en ningún sensor de barrido aparecía ni rastro de calor o campo de energía, incluso a corta distancia. No era de extrañar, entonces, que la red de derivación de los demiurgos hubiera permanecido oculta para el Imperio durante tanto tiempo. Omegon pudo imaginar las salas como aquella que habría por todo el asteroide, donde el mineral base de valiosos y raros metales era almacenado y preparado para el comercio una vez el asteroide llegara a su lejano destino.

Omegon dio orden expresa de no tocar en absoluto el depósito de metal líquido, y le indicó a Setebos y a Zantine que dirigieran a la escuadra a través de la sala. Auguramus había informado a la Legión Alfa de que cualquier interferencia con la operación minera probablemente sería interpretada por las máquinas de los alienígenas como una acción hostil. Mientras se arrastraban bajo el lago flotante, el primarca ordenó a Krait que colocara una carga doble de explosivos en el corazón de la caverna.

Una vez más, los legionarios activaron las luces de sus armaduras y avanzaron a través de un laberinto de túneles más pequeños, con las armas preparadas. Zantine en concreto no quería toparse con una bestia mecánica en los confines del pasaje sin los medios para defenderse.

Cuando Omegon y Setebos lograron salir de la desorientadora red de pasajes, se encontraron con Charman trepando por la pared del final natural de una cueva. Era una caverna que aparentemente no habían tocado las máquinas mineras de los alienígenas. Sacó un auspex de su cinturón y comenzó a recorrer la pared.

«¿Qué tienes?», le preguntó Omegon por señas.

Zantine subió el auspex hasta su placa facial y comprobó de nuevo sus mediciones.

«La base —le respondió Zantine—. A través de esa pared».

Operatus Cinco-Hydra
Tiempo transcurrido Ω1/-215.65//XXU
Crucero de ataque *Upsilon*, XX Legión

—Creo que un puñado de bombas de fusión podrían solucionarlo —le dijo Krait a Omegon y a los legionarios allí reunidos—. Queremos un camino de acceso, no derribar los cimientos de la base sobre nuestros cascos con una carga sísmica.

—Eso seguiría sin resolver un montón de otros problemas —lo interrumpió Setebos. Se volvió hacia Omegon—. Mi señor, tan pronto como logremos atravesar el perímetro de la base, la presión atmosférica descenderá y caeremos al vacío. El soporte vital sellará la sección afectada y cerrará los mamparos, dejándonos atrapados en el exterior.

—El sargento tiene razón —aceptó Isidor—. Aunque no hubiera alarmas, que las habrá, todos en la base sabrían que el perímetro había sido atravesado.

Omegon apoyó los codos en los brazos del trono. Con las palmas de las manos juntas colocó los dedos en forma de pirámide.

—Artífice… —dijo el primarca después de un momento—, ¿a qué profundidad están hundidos en la roca los cimientos del mástil de la matriz emisora, y por tanto, también los de la base?

Auguramus activó el microaltavoz y entrecerró los ojos.

—Tan profundamente como lo necesitéis —le contestó el artífice, con una cierta expresión divertida—. Probablemente podría ser conveniente que fueran más profundos, si comprendéis lo que quiero decir. Especialmente con la gran frecuencia de terremotos que se producen causados por la proximidad de los gigantes gaseosos. Tan pronto como regrese, organizaré una serie de equipos de ingeniería que derrumben algunas salas para colocar nuevos amortiguadores sísmicos. Janic no se opondrá.

—Esos equipos necesitarán un compartimento estanco, por supuesto —añadió Isidor con una risita—. Para facilitar el movimiento de los trabajadores entre la base y la excavación, por así decirlo.

—Por supuesto —asintió Auguramus.

Omegon sonrió. Enfocó más allá de la representación hololítica del asteroide y descendió sobre la base en sí misma para concentrarse en los cimientos de una estructura alta y cuadrada alrededor de la cual estaban construidos los diversos niveles de la instalación.

Como una estaca que atravesara el corazón de la base, el mástil de la matriz emisora dominaba todos los planos.

—¿Qué es esto de aquí? —preguntó el primarca, señalando la sección que se

encontraba justo debajo de los cimientos.

—El generatorum —contestó Auguramus—. Proporciona energía para las operaciones básicas: luz, calor, soporte vital y gravedad artificial.

—¿Y el mástil de la matriz emisora? —inquirió Vermes.

—Usa una fuente de energía alternativa —le respondió el artífice al legionario—. El personal del generatorum estará compuesto en su gran mayoría por mi gente: ingenieros, servidores y similares. Haced con ellos lo que queráis. También hay miembros del Ejército Imperial en los puestos de centinelas y de vigilancia.

—Nosotros nos ocuparemos de los centinelas y de los ingenieros —dijo Omegon—. Sin embargo, te necesitaremos para eliminar la vigilancia y los puestos defensivos. Eso no será un problema para un miembro del Mechanicum, supongo.

—Por supuesto que no, mi señor —afirmó Auguramus—. Pero ¿el corte de la interrupción de las imágenes de seguridad no alertará a los centinelas del centro de seguridad?

—No estarán en el centro de seguridad —le aseguró Omegon.

Auguramus pareció aliviado.

—¿Y por qué no estarán?

—Porque, artífice, serás tú quien estará en el centro de seguridad, supervisando nuestro progreso a través de la base y proporcionándonos información sobre posibles amenazas —le contestó el primarca.

—Pero los centinelas…

—Llegó la hora de ensuciarse las manos —le dijo Setebos, dándole un golpecito en la espalda.

—No te preocupes, no espero que tú personalmente te enfrentes con un par de oficiales de la Geno Siete Sesenta —lo tranquilizó Omegon.

—Veneno —sugirió Braxus—. O electrocución.

—Sé creativo —remató Omegon.

Auguramus asintió lentamente con un temblor en la barbilla.

—Mi señor —dijo Isidor, volviéndose hacia Omegon—. Dejando a un lado las tropas de la Geno, más tarde o más temprano tendremos que enfrentarnos con nuestros hermanos de la Legión Alfa. Ellos nos superan en número en una proporción de cinco a uno.

—Que nos enfrentemos a los de nuestra propia legión no significa que debamos abandonar los principios de la Hidra —le replicó Omegon—. Sus directrices han servido bien a nuestra legión, y continuarán haciéndolo en el futuro.

—Entonces tenemos que atacar a Janic y a su guarnición desde todos los flancos —declaró Setebos.

—Ellos no se vendrán abajo como lo hicieron los Amos de la Noche en Ceti-Quorum —advirtió Charman.

—O los Ángeles Oscuros en la Torre del Trueno —añadió Braxus.

—Lo que en sí mismo es predecible —asintió Omegon—. Cuando nos enfrentamos con los de nuestra propia clase, tratamos con incógnitas conocidas. Necesitamos algo que distraiga a nuestros hermanos legionarios. Ecualizadores para nivelar la balanza.

—¿Cuál es vuestro plan, mi señor? —le preguntó Setebos.

El primarca se inclinó sobre la pantalla hololítica mientras consideraba sus opciones.

—Podríamos poner en juego las propias fuerzas skitarii del artífice —comentó Omegon, señalando con un gesto de la barbilla a Auguramus. Luego indicó con el dedo un bloque protegido en el plano—. El penitorium psíquico también ofrece posibilidades. Además, nuestra ruta de acceso podría ser cableada con detonadores para provocar a nuestros vecinos alienígenas en el momento adecuado.

Krait asintió con la cabeza en señal de acuerdo.

—¿Qué pasa con maese Echion? —le preguntó Auguramus al primarca—. Anteriormente formaba parte de vuestros bibliotecarios.

—¿Qué sabes exactamente de ese asunto? —le replicó Omegon. El artífice levantó una mano en un gesto defensivo.

—Mi señor, él posee un profundo conocimiento sobre el immaterium. Una elección obvia para los propósitos de esta instalación. ¿Es él el espía?

—Es posible —asintió Omegon.

—¿Es… poderoso?

—¿Por qué? ¿Acaso quieres verlo desangrarse en tu impío edificio?

—Mi opinión es que va a ser algo más que un simple desafío para la joven señorita que tenéis aquí —contestó Auguramus, al mismo tiempo que señalaba a Xalmagundi.

La psíquica estaba casi medio dormida en la mesa, ya que el collar la había sumido en un feliz letargo.

—No subestimemos a nuestra invitada —le dijo el primarca—. Ella tiene un papel crucial que desempeñar. Un conflicto evitado es un conflicto ganado sin pérdidas.

A través de las ranuras de sus ojos, Xalmagundi miró a Omegon y luego regresó a la profunda y reflexiva oscuridad de la mesa.

Operatus Cinco-Hidra
Tiempo transcurrido Ω2/004.21//TEN
Base Tenebrae

Las lentes del casco de Omegon amortiguaron el destello abrasador de las bombas de fusión. La roca alrededor del punto de explosión brilló antes de comenzar a hervir y a chisporrotear, escupiendo borbotones de magma que se enfrió y se convirtió en espirales de roca ennegrecida. Como si procedieran de muy lejos, los rayos de luz comenzaron a caer más allá de la caverna iluminada. Guiados por el sargento Setebos, uno por uno, la escuadra se arrastró a través de la entrada, que se enfriaba con rapidez.

Ya se encontraban dentro de la influencia periférica de la gravedad artificial de la instalación. Sus armaduras ya no flotaban en los espacios abiertos, y el peso de la ceramita los empujó al suelo hasta mantenerles los pies firmemente pegados a la superficie. Omegon disfrutó del tranquilizador crujido de la arena bajo las botas blindadas.

Sus movimientos se volvieron más rápidos y firmes. Sin verse ya obstaculizados por la desorientación interna del asteroide, la escuadra Sigma se desplegó en una sigilosa formación de dos columnas largamente practicada. Una de las ventajas de ser una bestia de diez cabezas era tener veinte ojos que se encontraban constantemente alerta ante posibles emboscadas y la posibilidad de que los descubrieran. En su camino a través del silencioso equipo de perforación y las cargas de demolición no explosionadas, los marines espaciales se deslizaron entre cables colgantes y lámparas derribadas. Utilizaron cada risco y cada peñasco para cubrirse, y sin dejar de seguir el rastro de sus compañeros, la columna de legionarios subió por el túnel recién abierto.

Omegon se colocó al lado del torpe Braxus, ya que el primarca no requería ningún tratamiento especial. No era un dignatario que necesitara ser escoltado, o un oficial a la cabeza.

Era uno de muchos, quienes a su vez eran legión.

Cuando Setebos llegó hasta un compartimento estanco recientemente instalado al final del túnel, la escuadra se desplegó por los rincones y las grietas abiertas a lo largo de las paredes toscamente excavadas. El sargento levantó tres dedos en dirección a Volion, lo que hizo que el legionario se apoyara de espaldas en la pared, al lado de la compuerta.

Dos dedos. Uno.

El sargento tiró de la palanca y abrió la enorme puerta. El bólter de Volion se

adentró inmediatamente por la cada vez mayor abertura seguido de cerca por el hombro del legionario. Volion entró sin dejar de recorrer el lugar con la mira óptica del arma y exploró la cámara de presurización en busca de amenazas.

Despejada.

La escuadra Sigma lo siguió rápidamente. Tarquiss cerró la pesada puerta e Isidor se puso a manejar los controles para represurizar la sala con una atmósfera respirable.

El portal interior se abrió y el bólter de Volion se asomó una vez más. La mira óptica del arma saltó de un banco bajo a otro banco, a un traje de vacío sin usar, hasta un armario de herramientas destrozado.

La voz de Setebos sonó ensordecedoramente fuerte a través del intercomunicador tras lo que les habían parecido horas de forzado silencio.

—Sigamos.

El legionario se dejó caer sobre el suelo de malla y abrió la marcha con Setebos siguiéndolo de cerca. La escuadra Sigma llenó por parejas la estrecha bodega del puesto de atraque, con las armas de los que iban al frente efectuando barridos sincronizados y sin dejar de escudriñar el área de almacenamiento.

En una esquina, Volion se dejó caer en cuclillas y levantó el puño cerrado.

La escuadra se quedó paralizada. Les llegó el sonido de unas voces.

Volion apoyó la curva de su hombrera contra la pared y se asomó a la esquina. Su bólter se topó con dos transmecánicos que se estaban cambiando las túnicas para ponerse sendos trajes de vacío. Cuando el primero de ellos vio el arma con la que Volion lo apuntaba, dejó caer sorprendido su abultado casco. El sargento Setebos y Charman avanzaron hasta sobrepasar a Volion y se acercaron a ellos.

—¿Mis señores? —preguntó el segundo transmecánico, asumiendo que los legionarios pertenecían a la base; pero era evidente que estaban nerviosos a causa de las armas.

Charman agarró el bólter por debajo de la recámara y cubrió íntegramente con su guante la cara del servidor del Mechanicum. Las pequeñas manos del hombre arañaron la ceramita mientras Charman le aplastaba el cráneo. La protesta de su compañero se ahogó en sus labios.

Con un repentino destello apareció el guante de Setebos. El cuchillo de combate del sargento le cortó la garganta al otro transmecánico, que cayó al suelo desplomado.

Volion avanzó pasando entre los cuerpos y abriendo camino una vez más con su bólter. Setebos y Charman volvieron a sus posiciones detrás de él.

Omegon cambió la frecuencia de su intercomunicador, comprobó su cronómetro de mano y susurró:

—Auguramus, miserable saco de tuercas, ¿dónde estás?

Unos segundos después, la voz del artífice sonó a través de la conexión.

—Mil disculpas, mi señor. Tuve algunos problemas con los oficiales Geno en el

centro de seguridad. Hay sangre… mucha sangre… en el… uhh…

—Volkern, necesito que te centres —dijo Omegon tranquilamente—. Estamos a punto de entrar en el generatorum. Controla los canales de comunicación y los suministros de imágenes pictográficas para las patrullas de seguridad.

—Sí, mi señor.

La escuadra Sigma abandonó las toscas salas de los cimientos de la base y subió por una serie de escaleras de mantenimiento. Delante de ellos había un compartimento sellado a presión.

—Auguramus —dijo Omegon—. Estamos en M72c.

El mecanismo de bloqueo crujió, y con una ráfaga de aire la compuerta se deslizó hacia un lado.

El generatorum estaba envuelto en un vapor sucio. Un espeso cableado que colgaba de conexiones en el techo cubría la plataforma como si fuera una alfombra de serpientes. Los magnorreactores de cristal térmico retumbaban con la salida de energía sobrecargada, y de vez en cuando unos esporádicos arcos chisporroteaban entre ellos abrasando el aire. Las siluetas de los mugrientos servidores permanecían obedientemente en sus puestos, mientras que los ingenieros merodeaban alrededor de las máquinas, controlando y administrando aceites sagrados.

Uno de esos sacerdotes encapuchados se vio sorprendido mientras recitaba su catecismo. Volion siguió adelante impasible con el bólter en alto.

Antes de que el visioingeniero pudiera preguntar a los legionarios a qué se debía su presencia en el generatorum, Setebos salió de detrás de un intercambiador de calor, colocó el cañón de su pistola bólter con silenciador en la sien cubierta por una placa metálica del sacerdote, y lo empujó contra el metal ardiente del reactor de ventilación mientras la escuadra pasaba en silencio. El sacerdote fue a farfullar sus disculpas, pero Setebos le atravesó el cráneo con un disparo silencioso del bólter. El sargento empujó un poco el cuerpo caído con la punta de la bota y luego se unió a la retaguardia de la columna.

Moviéndose como fantasmas a través de los remolinos de nubes de vapor grasiento y líquido refrigerante, la escuadra Sigma acabó con todos aquellos que los habían visto entrar. Bajo la mirada vacía de sus servidores, siete visioingenieros más y los tres lexmecánicos que manejaban los bancos de runas del generatorum murieron con económica eficiencia. Moviéndose a través de las filas de los reactores de ventilación, a los legionarios no les llevó mucho tiempo llegar hasta el puesto de centinela en la puerta blindada de la sección de ingeniería.

Cinco soldados de la Geno Siete Sesenta estaban en sus puestos. Un cañón láser multitubo con un pictógrafo incorporado colgaba silenciosamente de su carril en el techo.

Los soldados espartocidas eran unos guerreros musculosos pero sin sentido del

humor. Iban completamente cubiertos con los cascos, únicamente con dos ranuras sombrías para los ojos, y cada uno de ellos lucía una cresta de aspecto lamentable, la longitud de la cual era algún indicador de rango. Unas capas raídas les colgaban del caparazón que les cubría los hombros. Las armaduras eran una colección de placas desiguales parcheadas con metales de baja calidad. Llevaban carabinas láser recortadas de cañones anchos y aparatosos equipos de alimentación de energía.

La Siete Sesenta tenía una ilustre historia, pero la Gran Cruzada finalmente había echado por tierra el regimiento geno. Una guerra ya en el olvido y sin gloria con los seres abhumanos en Dycenae sumió a los orgullosos guerreros en la oscuridad. Aislados, pobremente abastecidos y nunca reforzados, la Legión Alfa los encontró sorprendentemente fáciles de convertir a su causa prometiéndoles grandes glorias en la guerra que estaba por llegar.

—Auguramus —susurró Omegon por el intercomunicador.

—Estoy siguiendo vuestro avance a través del generatorum, señor —contestó el artífice.

—Quiero que las comunicaciones en el nivel de ingeniería queden interferidas —le dijo Omegon—. Después toma el control del arma centinela del generatorum y descárgala completamente contra los reactores.

Al oír la repentina activación del arma centinela, los guerreros espartocidas miraron hacia el techo. Captaron el zumbido de los movimientos de los cañones multiláser, pero lo que era más importante aún, el zumbido de carga de la voluminosa unidad de alimentación de las armas. Cuando el arma se alejó de ellos y rodó por su carril hacia los intercambiadores de calor envueltos en vapor, los soldados se dividieron en dos grupos: tres de los guerreros caminaron bajo el arma itinerante, con sus propias carabinas colgadas del hombro, mientras que dos se quedaron en la puerta.

En el interior de las grasientas nubes de vapor, en medio de los crepitantes reactores, los esperaba la escuadra Sigma. Cuando uno de los soldados pasó bajo una multitud de cables colgantes, su casco se puso en línea con el silencioso cañón de la pistola del sargento Setebos. Un gruñido sordo lo arrojó sobre sus compañeros salpicados de sangre, que se volvieron y empuñaron sus carabinas para apuntar hacia el nido de tuberías y de conexiones de líneas eléctricas. Arkan y Braxus salieron de entre las sombras y agarraron por detrás a los distraídos soldados. Deslizaron los brazos acorazados alrededor de sus cuellos y se los retorcieron limpiamente.

Cuando el arma centinela regresó a la puerta blindada sin los soldados que la acompañaban, los dos que quedaban la miraron con nerviosa expectación. El oficial de puesto fue a buscar el intercomunicador encastado en la pared con la esperanza de establecer contacto con sus centinelas perdidos, y ni su compañero ni él se dieron cuenta de que un muro de sombras se intensificó en el banco de vapor.

El muro de sombras se convirtió en una silueta, y la silueta en una pesadilla sobrehumana.

Con unos pasos largos e inexorables, Omegon se aproximó a la compuerta. Estaba a mitad de camino hacia los soldados cuando éstos se dieron cuenta de lo que estaba sucediendo.

—Identifíquese —le ordenó el oficial con su fuerte acento.

Omegon no le contestó.

—¡Legionario! —insistió el oficial—. Respete los protocolos de seguridad.

Cuando el ancho cañón de la carabina del soldado apuntó a la placa pectoral del primarca, éste le arrebató el arma con un movimiento fulgurante y agarró al oficial geno por la garganta con la otra mano. El oficial golpeó con los puños la ceramita del antebrazo de Omegon en un gesto inútil mientras éste le aplastaba lentamente los huesos del cuello.

El soldado intentó desenvainar un cuchillo ceremonial, pero Omegon se lo hizo soltar con un golpe de revés del dorso de la mano y luego lo lanzó hacia arriba. El casco se le aplastó contra la masa voluminosa y resistente del cañón centinela. Algo se le enganchó en el cuello, y el muerto quedó colgando igual que una marioneta.

Omegon pasó por encima del cadáver del oficial y activó la compuerta blindada. Sólo cuando la pesada hoja de seguridad se deslizó hacia un lado, la escuadra Sigma surgió de entre las sombras del generatorum. Los legionarios avanzaron mientras el cañón centinela y su siniestra marioneta se deslizaban zumbando por el rail delante de ellos.

—Crucen la antecámara —les recomendó Auguramus por el comunicador—. Al otro lado se encuentran las escaleras auxiliares que conducen a los niveles superiores de la base.

—¿Auxiliares? —le preguntó Omegon.

—La mayoría de los tecnoadeptos utilizan los elevadores —le explicó el artífice —. Las escaleras las utilizan menos. Suben enroscándose alrededor de la base del mástil de la matriz emisora. Algunos de los miembros de la guarnición del Ejército Imperial no se encuentran cómodos cerca del artefacto.

Volion pasó por delante de las puertas del elevador para encabezar a la escuadra en el cruce hacia las escaleras. De repente, las puertas empezaron a abrirse, y Zantine y Tarquiss se separaron del grupo para pegarse de espaldas a cada lado del elevador. El resto de la escuadra se dirigió a la pared y quedó fuera de la vista.

Los legionarios oyeron dentro del elevador a un par de visioingenieros que estaban trasladando equipo pesado. La rejilla de entrada se elevó y Zantine y Tarquiss aparecieron de repente delante de los miembros del Mechanicum. Las culatas de los bólters se alzaron en dirección a los rostros encapuchados de los sacerdotes. El de Zantine se derrumbó inmediatamente con un desagradable crujido de huesos

acompañado de un chorro de sangre. El segundo era más robusto y llevaba la cara tapada con una máscara metálica, por lo que el culatazo de Tarquiss lo aturdió pero no lo derribó. El sacerdote se desplomó de espaldas contra un servidor de carga, y apenas tuvo tiempo de recuperarse antes de que el marine espacial le clavara el cuchillo de combate en mitad del pecho.

Los legionarios agarraron los cuerpos por las piernas y los dejaron atravesados en el umbral, lo que impidió que las puertas del elevador se cerraran y que bajara nadie de los niveles superiores.

—Auguramus —lo llamó el primarca por el comunicador—. Cierra y asegura todos los accesos a las escaleras.

—Afirmativo, mi señor. El penitorium psíquico se encuentra dos niveles por encima de su localización actual —le indicó el artífice—. Ya he autorizado la transferencia de prisionero utilizando mi código personal, tal y como me lo pedisteis. Mis skitarii os esperan, aunque hay otros veinte desplegados en el mismo nivel para situaciones de emergencia.

—Como la que estamos a punto de crear.

—Sí, mi señor.

—Quiero que le envíes un mensaje personal a maese Echion. Infórmalo de que existe una situación peligrosa en el penitorium y que se requiere su presencia inmediata en el lugar —le ordenó Omegon.

—Pero mi señor…

—Hazlo ya. Luego anula los canales de comunicación de todo el nivel.

Los legionarios subieron a grandes zancadas la escalera pegados a la pared y con los bólters apuntando siempre hacia arriba.

Ante ellos quedó a la vista el mástil de la matriz emisora.

Los legionarios contemplaron a través de la rejilla de la valla interior la piedra negra reluciente del artefacto alienígena construido en la superficie del asteroide y notaron el zumbido de su energía etérea. El mástil de piedra se alzaba por encima de la superestructura de la base, y todas las instalaciones y secciones estaban construidas a su alrededor.

Volion se deslizó sobre la piedra cubierta de malla e hizo una señal.

«Pasos».

—¿Auguramus? —gruñó Omegon.

—Sólo se trata de un tecnosacerdote… Sí, mi ayudante y su escolta.

Los legionarios de la escuadra Sigma mantuvieron sus posiciones todos en silencio y preparados. Volion se deslizó a lo largo de la pared apoyado en la hombrera y permaneció a la espera en un pequeño rellano. Una sacerdotisa del Mechanicum con aspecto de anciana apareció al doblar la esquina. Alrededor de la cabeza llevaba una banda metálica que le mantenía apartados de la cara los escasos mechones de

cabello gris que le quedaban. En mitad de la banda llevaba engastado un ojo cibernético que utilizaba para leer una placa de datos. En el otro brazo llevaba bastantes placas más.

Volion agarró a la sacerdotisa con una mano y la pasó por encima de él para lanzarla por el hueco de la escalera. El servidor de escolta reaccionó de inmediato y activó un rugiente brazo sierra para atacar a Volion, pero el legionario lo apartó de un empujón, y luego se lanzó sobre él de forma repentina para acabar aplastándolo contra la pared con la hombrera de la armadura.

El brazo sierra se detuvo con un chisporroteo, y el legionario se apartó para dejar que el cuerpo roto del servidor se desplomara en el suelo.

Omegon observó como Arkan comprobaba el cuerpo retorcido de la sacerdotisa. Había sido una caída muy larga. Estaba muerta, con el cuello roto.

—Auguramus, abre la escotilla de acceso DT367b.

Por toda respuesta se oyó el chasquido de un mecanismo al abrirse, y Setebos se asomó para mirar por el hueco entre la hoja de la puerta auxiliar y la pared. Omegon se reunió con él y también miró por el hueco.

La vía de acceso daba a una amplia cubierta a la que se podía llegar con el elevador que permanecía bloqueado, y de allí salían varios pasillos y escaleras que llevaban a otras secciones de la base. Enfrente de la vía de acceso se encontraba la formidable puerta negra del penitorium psíquico. A cada lado de la compuerta había un centinela skitarii vestido con su túnica de color óxido y con el brazo derecho sustituido por un arma biónica. Sus rostros eran máscaras respiradoras de aspecto cadavérico con unas lentes telescópicas que no dejaban de chasquear.

La puerta se abrió y Omegon oyó los gritos enloquecidos y los gemidos de sufrimiento que resonaban por el amplio pasillo que se extendía al otro lado. Otros dos carceleros skitarii aparecieron empujando una gran jaula que se movía sobre raíles. El metal negro de la jaula chispeaba cargado de energía. En el interior de la jaula iba una mujer enflaquecida, desnuda y pálida. Estaba tendida en posición fetal en el suelo, donde no dejaba de balancearse y de gemir de dolor. Uno de los skitarii golpeó un lado de la jaula con el electroflagelo que empuñaba, lo que provocó un chillido de agonía en la prisionera psíquica.

—Sargento, llévate a tus hombres hasta el hueco del elevador —le ordenó el primarca—. Maese Echion está a punto de solicitar refuerzos de los legionarios que se encuentran en los dormitorios. Asegúrate de que no llega a recibirlos.

Setebos asintió para mostrar que había entendido las órdenes y le indicó a Braxus que retirara la portilla de cubierta de un conducto de mantenimiento. Luego, uno por uno, los legionarios desaparecieron en el interior de la pared.

—Volion. Charman. Venid conmigo —les indicó el primarca.

Omegon tomó el bólter de Charman y comenzó a caminar con paso firme seguido por Volion. Abandonaron la escalera y cruzaron la ancha cubierta. Al acercarse a la puerta del penitorium psíquico, los dos impasibles guardias skitarii dieron un paso adelante para impedirles el paso.

Charman representó bien su papel. No disminuyó el paso y siguió avanzando con Omegon y Volion a los lados, como si fueran la escolta de un oficial. El legionario se dirigió directamente hacia los skitarii.

—Inspección de prisioneros —les dijo Charman—. Ya tenéis los permisos del artífice. No me hagáis perder el tiempo.

Tras un momento de duda, los guerreros del Mechanicum se apartaron y la puerta se abrió con estrépito. Charman siguió caminando con decisión. El legionario avanzó por el amplio y lúgubre pasillo con cuidado de no tropezar con los raíles del suelo. Tras cruzar otras dos puertas y pasar por delante de otras dos parejas de centinelas, los legionarios entraron en el penitorium principal.

En el centro de un núcleo de control lleno de consolas cubiertas de runas vieron un grupo de lexmecánicos, a unos cuantos guardias skitarii y a un tribuno de skitarii muy modificado. El tribuno estaba sentado y conectado directamente al trono de observación con un puñado de implantes ópticos y de matrices de seguimiento de movimiento sobresaliendo de su espeluznante cráneo. Una serie de pasillos con raíles salían de aquella cámara hasta perderse en la oscuridad. En cada uno de ellos resonaba el eco de los gemidos colectivos que lanzaban los esclavos psíquicos encerrados.

—¿Dónde está mi prisionero? —exigió saber Charman nada más entrar. El tribuno miró a los recién llegados con expresión confundida—. ¿No está preparado? ¿No está enjaulado? —Charman gruñó—. El artífice me aseguró una total cooperación.

Un centinela skitarii con un lanzallamas en vez de brazos salió de uno de los pasillos. Miró fijamente a Charman con las chirriantes lentes de su máscara e indicó a los marines espaciales sin decir una sola palabra que lo siguieran.

La llama piloto del arma del skitarii les iluminó el camino como si llevaran una vela parpadeante. Omegon ignoró los gritos terribles que lanzaban los brujos atormentados en sus celdas escudadas contra sus poderes psíquicos. La cubierta negra de las paredes de las celdas absorbía el poder de los brujos y les provocaba un dolor agónico.

El skitarii se detuvo al fondo del pasillo. Dos de sus camaradas mecánicos estaban montando guardia delante de una celda abierta. Habían colocado una de las jaulas en la entrada, y en ese momento estaban manipulando una serie de controles empotrados en la pared. Aumentaron el flujo de energía del interior de la celda y la prisionera entró de inmediato en la jaula con un chillido de dolor.

Omegon pensó que era lo mismo que hubiera hecho un animal.

Tras salir de aquel campo insoportable, la psíquica se sintió visiblemente aliviada. Se desplomó en el suelo jadeando con fuerza. El primarca vio que los captores la habían despojado de toda su ropa, lo que dejó a la vista las costillas y los bultos en la espina dorsal que su piel pálida realzaba. La jaula cargada de energía, aunque fabricada con el mismo material debilitador capaz de anular los poderes del prisionero, no podía emitir la misma potencia que la celda. Eso le proporcionaba al psíquico encarcelado uno o dos instantes de respiro y un motivo para pasar voluntariamente de un lado a otro. Era una operación fluida, y aunque Omegon se sintió repugnado por lo que había visto, se quedó impresionado por la economía de esfuerzo del sistema.

Tras cerrar la jaula, los skitarii empezaron a empujarla sobre los raíles en dirección a las consolas de control. Los legionarios se mantuvieron cerca de los centinelas y de su guía cibernético hasta que llegaron a la tercera intersección.

Volion se colocó detrás del guía y cortó con la punta del cuchillo de combate el tubo de combustible del antebrazo del skitarii. Una vez interrumpido el suministro de promethium, el legionario inmovilizó al skitarii con una presa en el brazo y le clavó la hoja del cuchillo a través de la capucha de color rojo óxido hasta llegar al cerebro. Sin embargo, Charman no fue tan delicado o tan preciso como su hermano legionario: agarró por detrás a uno de los dos carceleros, lo levantó en el aire y dejó caer el peso muerto de carne y de piezas mecánicas contra el suelo del pasillo con la idea de que el impacto contra el raíl le partiría el cuello al guerrero cibernético.

Pero no fue así. Sorprendido pero completamente operativo, disparó con su corto brazo volkite al enorme marine espacial que se encontraba de pie delante de él. De la parte superior del casco de Charman, reventado por el rayo, salió un chorro de ceramita rota y fragmentos de cráneo que salpicó el techo.

Volion soltó una maldición y le propinó un tremendo pisotón a la máscara del centinela, y esta vez el cuello de aleación reforzada soltó un crujido satisfactorio sobre el raíl. El arma cayó al suelo.

Omegon no perdió el tiempo en acabar con el tercer skitarii. Le lanzó un golpe con el guantelete y le clavó los dedos blindados en la carne para reventarle los órganos internos modificados. Luego sacó la mano y dejó que aquella criatura se desplomara en el suelo.

Tras ver que sus carceleros yacían muertos alrededor de la jaula, la debilitada prisionera se puso en pie apoyándose en los barrotes. Colocó la frente en el metal oscuro y miró a Omegon con sus grandes ojos negros del submundo.

—Xalmagundi. No tienes buen aspecto.

—Sacadme de… esta maldita jaula… —musitó.

Omegon destrozó el mecanismo de cierre con su puño todavía ensangrentado y

liberó a la psíquica tras ayudarla a salir de la influencia debilitadora de aquella jaula.

Oyeron el retumbar de la puerta de seguridad del centro de control. El primarca miró a través de la penumbra y distinguió la silueta inconfundible de unos legionarios que se encontraban delante del puesto de control del tribuno skitarii.

Eran Ursinus Echion y una escolta de dos guerreros.

El bibliotecario parecía estar amonestando al tribuno por haber sido llamado al penitorium sin motivo alguno, o eso supuso Omegon. De repente, en mitad de una frase, Echion se calló. Se volvió lentamente y miró hacia el fondo del pasaje oscuro. Era evidente que el bibliotecario había sentido algo, probablemente la presencia de Xalmagundi: primitiva, poderosa, sin control alguno. Dio unos cuantos pasos cautelosos hacia el pasillo. Su rostro de color cobrizo se contrajo en una mueca de furia.

—Llama al resto de tus skitarii —le ordenó al tribuno—. Se ha escapado un prisionero. ¡Activad la alarma! —Las sirenas empezaron a resonar por todo el lugar, y Echion se volvió hacia su escolta—. Que venga una escuadra ahora mismo.



DELTA

Operatus Cinco-Hydra
Tiempo transcurrido Ω2/004.66//TPA
Base Tenebrae

Echion desenfundó la pistola bólter y recorrió a grandes zancadas el pasillo. El tribuno había activado la alarma general y el centro de control había quedado inundado por una oleada de luces rojas y ruidos ensordecedores. Los esclavos psíquicos chillaban y aullaban en sus celdas sin dejar de golpear el grueso metal negro de las puertas, o gimoteaban como animales nerviosos.

Cuando su escolta y él llegaron a la altura de los cuerpos del legionario Charman y los skitarii que rodeaban la jaula rota, Echion escudriñó la penumbra apuntando con su pistola. La puerta de la celda situada al fondo del pasillo estaba abierta de par en par…

Pasaron unos instantes. El bibliotecario parecía inseguro.

—¿Dónde está esa escuadra que…?

Antes de que tuviera tiempo de terminar la frase, el marine espacial que tenía al lado dejó caer el bólter y se llevó las manos al casco de combate en un esfuerzo desesperado para quitárselo. Echion lo agarró de un brazo para ayudarlo, pero la ceramita empezó a hundirse bajo su guantelete. Alguna fuerza terrible estaba aplastando al legionario dentro de su propia armadura, como si se encontrara en el interior de un gigantesco torno invisible. Las hombreras y la placa pectoral se doblaron con un gruñido metálico.

Echion se volvió y vio a su otro escolta aplastado contra la pared, gorgoteando y asfixiándose.

Los dos guerreros chillaron, y un momento después se desplomaron, completamente flácidos, formando dos pilas aplastadas y sangrientas. Echion giró sobre sí mismo con la pistola preparada.

—¡Sal a la vista!

De repente, Echion se vio golpeado por una fuerza increíble, con tanta ferocidad que su armadura se combó hacia dentro a la altura de la placa pectoral. Se estrelló en el interior de la jaula y se enredó con los barrotes chisporroteantes, que un momento después comenzaron a crujir y a contorsionarse a su alrededor. Otro golpe invisible lo lanzó por los aires dando vueltas sobre sí mismo a través de la oscuridad.

Disparó una serie de ráfagas a ciegas con la pistola desde el suelo, pero la temible fuerza invisible lo golpeó una y otra vez, y lo lanzó tanto a él como a la jaula deformada por el pasillo y los estrelló contra el techo.

Una última ráfaga en fuego automático vació el cargador, pero antes de que el bibliotecario tuviera tiempo de recargar, la fuerza de otro impacto lo sacó de la jaula. Esta vez fue tan potente que le partió la placa pectoral ya hundida. El golpe invisible lo lanzó contra la profunda oscuridad del otro lado de la puerta abierta de una celda.

—Aquí estoy, alfa.

Una silueta delgada apareció delante de la puerta antes de que la hoja metálica de la celda se cerrara con un fuerte estruendo.

Ursinus Echion se puso en pie con esfuerzo.

—Janic, responde —dijo el bibliotecario por el comunicador con un ataque de tos antes de escupir un chorro de sangre al sucio suelo de la celda—. Código carmesí. Repito, código carmesí. —Cambió de canal—. Estrategarca Mandroclidas, responda.

Nadie le contestó. Volvió a cambiar de canal de comunicación.

—¿Artífice del empíreo? ¿Me recibe alguien?

Miró a su alrededor, a la absoluta oscuridad de la celda, y el sudor empezó a cubrirle la frente. Se acercó a la puerta arrastrando los pies. Cerró el guantelete en un puño y comenzó a golpear el metal oscuro. El escudo psíquico empezó a afectar al bibliotecario. No recibió respuesta alguna a sus llamadas. Estaba solo en la oscuridad.

O al menos eso pensó.

Omegon ya había visto más que suficiente. Si se le daba tiempo, estaba seguro de que el psíquico encontraría un modo de salir incluso de aquella prisión…

—Por lo que parece, mis temores eran fundados, maese Echion.

El primarca contempló cómo le cambiaba la cara al bibliotecario, cómo pasaba del asombro de darse cuenta de que no estaba solo en la celda a la inquietud cuando reconoció la voz que le hablaba. Omegon observó el cambio de comportamiento del bibliotecario gracias a la visión de las lentes del casco de combate.

Echion se apoyó de espaldas en la abrasadora pared de la celda. Sin la ventaja del

sistema óptico de su propio casco, no distinguía al primarca en aquella oscuridad absoluta.

—Mi señor —le respondió Echion, esforzándose por mantenerse tranquilo y no mostrar rabia ni frustración en la voz—. No lo entiendo. Anda suelto un psíquico muy peligroso. La base se encuentra amenazada, tal y como vos predijisteis.

—No es nuestro mejor momento, ¿verdad, Echion? —le contestó Omegon con sinceridad—. El único consuelo que te puedo dar es que sepas que quienes se infiltraron fueron los tuyos.

—¿Infiltrados… por la Legión Alfa? —murmuró Echion.

—Sí, Echion, tu propia legión.

—Entonces, ¿la seguridad de la base está comprometida? —le preguntó Echion mientras movía los ojos hacia un lado en la oscuridad.

—De todos los modos imaginables.

Echion encorvó los hombros. El bibliotecario empezó a comprender.

—Siento profundamente haberos fallado en esto, mi señor —le expresó Echion —. Nuestros enemigos…

—Nuestros enemigos ya no son asunto tuyo —lo interrumpió Omegon—. Nadie encontrará jamás ni la más mínima prueba de la existencia de esta base.

—¿Vais a arrasar la base?

—La base, la tecnología alienígena y todo aquello que pueda indicar que esto ha existido alguna vez. Muchos tendrán que pagar un precio muy alto por este fracaso.

El bibliotecario hizo un gesto de asentimiento.

—Entiendo. ¿Puedo preguntar…?

La oscuridad se iluminó con el tronar de los disparos de bólter.

Los proyectiles acribillaron a Ursinus Echion y provocaron una lluvia de sangre y de trozos de ceramita que salpicaron las paredes. La descarga sólo cesó cuando el cuerpo del bibliotecario se estrelló contra el suelo, lo que dejó a Omegon y a Volion envueltos de nuevo en la oscuridad de la celda. El estampido de los disparos siguió resonando durante unos momentos en aquel espacio confinado.

—Xalmagundi. Sácanos de esta puñetera celda —dijo Omegon en voz alta.

La puerta de la celda chirrió con un sonido torturado antes de salir arrancada de sus goznes y volar por el pasillo hacia el caos del centro de control, donde Omegon divisó a las filas de skitarii convocados por la señal de alarma que intentaban asegurar el bloque de celdas. Salió de la celda acompañado de Volion.

Xalmagundi, que estaba desnuda, salió de un pasillo lateral y se reunió con ellos. Al ser una habitante del submundo, parecía encontrarse bastante cómoda en la oscuridad. Hizo una señal hacia el otro extremo del pasillo, donde los esperaban los guardias mecánicos.

—¿Queréis que los destruya?

—Por supuesto —le confirmó Omegon, al mismo tiempo que le quitaba la túnica desgarrada a uno de los centinelas muertos—. Pero antes ponte algo de ropa.

Operatus Cinco-Hidra
Tiempo transcurrido Ω1/-214.77//XXU
Crucero de ataque *Upsilon*, XX Legión

—Y entonces hacemos estallar los detonadores —dijo Krait lleno de confianza desde el otro lado de la brillante mesa de piedra negra.

—No —lo corrigió el primarca.

Omegon pulsó una serie de botones del reposabrazos de su trono y la superficie de obsidiana parpadeó para convertirse en un documento lleno de glifos y de símbolos que pasaban sin cesar. Letra por letra, número a número, el documento fue siendo descifrado.

—No subestiméis a Janic. La especialización de Echion le otorga la responsabilidad principal sobre la base, pero dejará la seguridad en manos de Janic.

Los legionarios reunidos examinaron la hoja de servicio del comandante a medida que iban pasando los datos.

—Si conoces la misión, conoces al individuo —les dijo Omegon—. Y Janic ha estado al mando de muchas misiones. Como podéis ver, se trata del relato de la vida de un legionario destinado a ser nombrado capitán: tiene varias condecoraciones concedidas por comandantes anteriores, incluidos Thias Herzog y Ving Neriton; también ha recibido numerosas menciones por innovación y por perseverancia bajo el fuego enemigo. La cruz del veterano. El Ouroboron. Victorias en Ignatorium y en Cinco Veintinueve. Tuvo algo de mala suerte con los k'nib en Selato Secundus pero ¿quién de nosotros no la ha tenido? Perdió tres legionarios durante la erradicación del Abominiplex Thorium, lo que no es sorprendente si tenemos en cuenta el número de tropas que perdió lord Mortarion. En conjunto, es la hoja de servicio de un comandante inventivo y despiadadamente eficaz. Es un servicio del que la legión se siente justificadamente orgullosa. Es casi una pena que vayamos a tener que estropearlo.

—Pero sólo tres de esas misiones fueron tareas de guarnición —indicó Isidor mientras pasaba el dedo por la superficie vítrea—. Un «lugar de paso» sumergido, sea lo que sea eso, en el mundo oceánico de Bythos…

—Un puesto avanzado en «Épsilon/Loco» enmascarado como uno de los gigacontenedores que los transportes pesados se pasaban unos a otros en Istvaan III —apuntó Setebos.

—Y una base de escucha de la Clase 3 situada en los destrozados Jardines de Ptolomeo, en Prandium —continuó Isidor.

—Y no fracasó en ninguna de esas tareas de guarnición —les recordó Omegon—. Los archivos de sus registros de seguridad de Tenebrae confirman que utiliza una

combinación de puntos de vigilancia con centinelas y patrullas aleatorias que ha organizado para las tropas del Geno que tiene a su disposición. Sin embargo, no confiará sólo en esto, y dispondrá de un plan de contingencia establecido con sus propios legionarios en caso de una brecha en el perímetro. No dependerá de aliados o de agentes si cree que la situación se escapa a su control. Preparará con sus propias escuadras repliegues planeados, demoliciones tácticas, limpieza de zonas con llamaradas de promethium, rutas de aproximación con emboscadas, rutas de huida minadas, compuertas llenas de explosivos trampa y apagones.

—En cuanto Janic sepa que la base sufre un ataque, lo más probable es que sus legionarios estén preparados para cerrarlo todo y aislar a los atacantes en las zonas que no son esenciales.

—Así es —admitió el primarca—. Os bloqueará y pedirá apoyo a las unidades de la legión. Tendrá preparado un protocolo.

—Probablemente será nuestra fuerza de intercepción en la base de transmisión telepática de Belis-Aquarii —sugirió Isidor.

—La *Phi*, incluso es posible que la *Gamma* —añadió Arkan—. Ninguna de esas naves está anclada muy lejos de allí.

—En cualquier caso, tenemos que acabar tanto con el coro astropático como con todo lo que haya en el hangar de superficie —les indicó Omegon—. Tendrá que ser antes de que Janic realice el cierre por secciones. Sin embargo, tengo algunas buenas noticias. Los registros indican que confía mucho en las simulaciones estratégicas y en las estimaciones estadísticas realizadas por los cogitadores de la base, y tenemos todos esos cálculos.

—¿Qué dicen los números? —quiso saber Isidor.

—Que un ataque contra la base Tenebrae sería una misión básicamente inútil. Sin embargo, esos cálculos no tienen en cuenta una serie de factores: un conocimiento detallado de la propia base, conocimiento de las tácticas realizadas por la Legión Alfa o la posesión de los propios datos de simulación.

—Lo que significa, y no es sorprendente, que Janic jamás ha tenido en cuenta la posibilidad de que los infiltrados pertenezcan a su propia legión —declaró Setebos, al mismo tiempo que alzaba una ceja—. ¿Habéis recalculado las cogitaciones, mi señor?

—Sí —admitió Omegon—. Tenebrae no es muy distinto a cualquier otro objetivo. Se pueden utilizar las tácticas habituales de la legión. La probabilidad de éxito aumenta si se emplean varias aproximaciones y vectores de ataque. Tenemos que atacar a la guarnición de Janic desde todos los ángulos, tenemos que mantener ocupados a nuestros hermanos mientras dure la misión.

—Señor, si me lo permitís… —intervino Isidor—. Es bastante probable que haya ciertos elementos operativos que el comandante Janic no haya incluido en los archivos. Sin duda del personal operativo, como el artífice del empíreo, y

posiblemente de sus propios legionarios. Es un guerrero de la Legión Alfa, mi señor. Seguro que tendrá preparadas unas cuantas sorpresas para nosotros. Algo que no nos esperemos.

—Sin duda —admitió el primarca mientras asentía pensativo.

Operatus Cinco-Hidra
Tiempo transcurrido Ω2/004.89//TPA
Base Tenebrae

—El sargento Setebos informa de que se ha encontrado con una fuerte resistencia en el nivel de los dormitorios —avisó Volion por el comunicador—. Tarquiss ha caído.

Omegon estaba a punto de contestarle, pero la orden se le quedó pegada en el fondo de la garganta.

Había algo extraño. Algo fuera de lugar.

Cruzó el pasillo del penitorium en dirección al centro de control seguido de Xalmagundi y de Volion. El primarca se concentró en las fuerzas de skitarii que ocupaban las salidas. Sin embargo, al pasar al lado de un pasillo lateral le resultó evidente que no estaban solos: captó un brevísimo atisbo de movimiento y el centelleo apagado de la ceramita.

Le pareció que el tiempo se ralentizaba. El destello de los cañones de las armas al disparar iluminó la penumbra. El retumbar de los bólters resonó por doquier, como si fuera un trueno que recorriera el pasillo.

—¡Fuego de supresión! —ordenó Omegon al mismo tiempo que agarraba a Xalmagundi y la apartaba de un tirón de la línea de fuego.

Volion respondió con una lluvia devastadora de proyectiles de su bólter dirigidos hacia el pasillo lateral. Varios guerreros de la Legión Alfa se acercaban hacia ellos utilizando los huecos de las puertas como protección.

El primarca se asomó y derribó a los tres legionarios que se encontraban más cerca de ellos antes de volver a protegerse detrás de la esquina. Volion retomó el fuego de supresión casi de inmediato, lo que le proporcionó a Omegon unos valiosos instantes para pensar. Ajustó el canal de su transmisor.

—Sargento, informa —ordenó por el comunicador.

Oyó por el aparato el estruendo incesante de los disparos de bólter.

—Nos han superado en el nivel de los dormitorios, mi señor —admitió Setebos—. Estamos sufriendo bajas. Las salidas están bloqueadas. —La voz del sargento quedó ahogada durante un momento por el tronar de su propia pistola—. No existen dormitorios en este nivel. Los planos nos engañaron. Nos hemos metido de lleno en una emboscada.

Omegon notó que fruncía los labios en un gesto de rabia involuntario. En los planos tampoco aparecía la entrada secreta al penitorium psíquico escondida en una celda falsa situada al fondo del pasillo lateral. Probablemente estaba pensada para facilitar la reconquista de aquel nivel en el caso de una brecha en la contención de los

prisioneros. Los legionarios de la guarnición habían utilizado el portal oculto para responder a la llamada inicial de Ursinus Echion para que le enviaran refuerzos. Así pues, la emboscada que había planeado organizar para atrapar a aquellos legionarios de refuerzo había quedado frustrada por una contraemboscada. A pesar de sentirse invadido por la rabia y la frustración, el primarca no pudo por menos que sentirse también orgulloso de la habilidad táctica de Janic.

Los proyectiles explosivos reventaron el suelo y la pared alrededor de Omegon y Xalmagundi. Las fuerzas de skitarii que habían inundado el centro de control habían comenzado a abrirse paso por el corredor principal y avanzaban disparando ráfagas con sus extremidades mecánicas. Una vez más, el primarca tuvo que apartar a la frágil psíquica para ponerla a salvo, y la protegió con su tremendo corpachón de ceramita.

—¡Recarga! —advirtió Volion.

En vez de ofrecer fuego de apoyo con su pistola bólter, Omegon sacó un par de granadas de su cinturón y las arrojó al pasillo lateral.

Las dos explosiones hicieron que el pasillo se estremeciera, y la onda expansiva mató a otros dos legionarios de la guarnición y derribó a bastantes más, lo que los hizo salir de sus posiciones a cubierto y los puso en el mortífero punto de mira de Volion.

Aquello no podía continuar así. Los marines espaciales se acercaban por uno de los cruces y los centinelas skitarii por el otro, por lo que la única posición de retirada era la celda abierta de Xalmagundi, pero Omegon no tenía ninguna intención de volver a aquella oscuridad devoradora de almas. Se estaba enfrentando a su propia legión: era normal que se produjeran sorpresas. Sin embargo, había llegado el momento de recuperar la ventaja.

—¡Xalmagundi! —gritó al mismo tiempo que disparaba una ráfaga—. ¡Ha llegado el momento de mover algunas jaulas!

La psíquica comprendió a qué se refería.

Xalmagundi inclinó la cabeza hacia el suelo y cerró sus grandes ojos negros para concentrarse en su entorno más cercano. Un nuevo sonido se unió al tableteo de los disparos: el de los cierres al desgarrarse y de las bisagras al partirse.

Una gruesa puerta de celda cercana al cruce de pasillos salió despedida del marco blindado y voló por los aires antes de estrellarse contra la pared que tenía enfrente con una fuerza imparable. La siguió otra, y luego otra. Dio la impresión de que la presión aumentaba en el interior de cada celda de manera sucesiva a lo largo del corredor, y alcanzó un crescendo explosivo que reventó las protecciones de placas psíquicas que cubrían las paredes. Cuando aquella fuerza retumbante fue recorriendo el penitorium y arrancando las puertas de las celdas de contención, las tropas atacantes detuvieron su avance. Los huecos de las entradas que les habían

proporcionado aquella cobertura tan necesaria para avanzar se parecían en esos momentos a unas horribles trampas mortíferas presurizadas.

Los legionarios de la guarnición acabaron reventados contra las paredes o derribados por los impactos. Aquellos desdichados que se encontraban entre dos huecos de puerta quedaron al descubierto, a merced de los disparos de Volion y Omegon.

Cuando la última puerta se estrelló contra la pared, comenzaron a avanzar pasando por encima de los cadáveres de los legionarios aplastados. Volion y Omegon les quitaron de una patada las armas a aquellos de sus hermanos que habían sobrevivido al explosivo ataque telequinético, y luego clavaron sus cuchillos en los cascos rotos con una precisión mortífera.

Los prisioneros comenzaron a moverse dentro de sus celdas.

La locura creciente de los atormentados resonó como un eco en la oscuridad. Los brujos comenzaron a sisear, a reírse a carcajadas, a sollozar y a hablarse a sí mismos en sus lenguajes siniestros. Sabían que eran libres, pero parecían suspicaces ante aquella liberación repentina.

Omegon vio a hombres, mujeres y mutantes enflaquecidos salir de la supuesta seguridad de las sombras. Se dirigió hacia la única celda cuya puerta estaba abierta y no arrancada, y al entrar casi aplastó a una joven de aspecto desnutrido que tenía un cráneo grotescamente alargado y los ojos nublados.

—¡Entra! —le gritó Xalmagundi al primarca, al mismo tiempo que lo empujaba más allá de la niña bruja y lo metía en la celda abierta.

Omegon pensó al principio que Xalmagundi iba a abrazar a la niña por alguna clase de instinto maternal o solidaridad mutante, pero en vez de eso, la psíquica la lanzó fuera y cerró de golpe la puerta antes de apoyar la espalda en el absorbente metal negro.

Volion activó las lámparas de su armadura y se dirigió hacia la escalera de rejilla que conducía tanto por encima del techo como por debajo del suelo de la falsa celda. El primarca negó con la cabeza en un gesto de irritación. Aquel pozo de comunicación parecía cruzar todos los niveles de la base Tenebrae, pero no se encontraba entre los planos originales de la misma. Pensó que la infiltración habría sido mucho más fácil si lo hubiera sabido.

Volion empezó a ascender sin dejar de apuntar con el bólter hacia arriba, y en ese momento oyeron el sonido de disparos al otro lado de la puerta de la celda. Era evidente que los centinelas skitarii se habían abierto paso hasta el cruce abandonado y habían abierto fuego contra las criaturas psíquicas que salían de las celdas. Sin embargo, el sonido de las armas de la tecnoguardia se vio sustituido con rapidez por los aullidos escalofriantes que los psíquicos renegados lanzaron mientras utilizaban la

furia de sus poderes y su miríada de talentos contra sus asesinos.

Omegon ni siquiera fue capaz de imaginarse qué estaban haciendo aquella estirpe de brujos, las diversas formas en las que se estaba manifestando su terrible venganza. De lo que estaba seguro era de que al otro lado de la puerta estaba sucediendo algo particularmente desagradable. Sonaba igual que si alguien estuviera partiendo huesos… o incluso alargándolos.

—Sargento, ¿todavía sigues ahí? —preguntó Omegon por el comunicador, mientras Xalmagundi y él seguían a Volion.

La respuesta de Setebos le llegó chasqueando a través del sonido de combate que se estaba librando donde se encontraba.

—Sí, señor.

—¿Situación?

—Hemos perdido a otro legionario, señor —le informó Setebos—. Janic cambió los planos. Aquí no había dormitorios, sólo una emboscada de nuestra propia legión. —La voz del sargento quedó ahogada de nuevo—. Krait ha utilizado su última carga de plasma para atravesar las paredes que llevan al simularium y al refectorio. Este nivel está abarrotado de tropas de guarnición. Janic está mandando contra nosotros todo lo que tiene.

Omegon escuchó sombrío el informe de su sargento. Arvas Janic había estado sin duda a la altura de la tarea de preparar la seguridad de la base. El comandante había ocultado información incluso a sus aliados más cercanos. Había creado objetivos tácticos falsos y había organizado emboscadas y destacamentos de reacción para retrasar y bloquear cualquier intento de conquistar las instalaciones de la base Tenebrae.

Pero la partida no había terminado. El primarca todavía no había jugado su baza para conseguir el triunfo.

—Sargento —llamó otra vez el primarca por el canal de comunicación—. Comprendo las dificultades en las que te encuentras. Te aseguro que también nosotros hemos tenido unos cuantos problemas. Las órdenes son que te retires con tu escuadra por todos los medios que sean necesarios y que regreséis al hueco del elevador. Quiero que subáis a la superficie. Nos reuniremos allí. Puede que el comandante Janic esté lanzando contra nosotros todo lo que tiene, pero lo cierto es que nosotros sólo acabamos de empezar.

—Sí, mi señor —le contestó con tranquila autoconfianza.

—Y sargento… dile a Krait que es el momento de activar los detonadores.

—Recibido. Eso al menos sí que le gustará.

Omegon notó mientras subían una oleada de vibraciones profundas y estremecedoras en los travesaños de la escalera metálica. Más allá del pozo de subida

se oía el caos que habían provocado a lo largo y ancho de la base: los marines espaciales estaban trabados en una serie de combates y utilizaban la base como si fuera un gigantesco campo de entrenamiento táctico. Guerreros de la Legión Alfa contra guerreros de la Legión Alfa.

En los pasillos y en los huecos de las escaleras resonaban las pisadas de los guerreros del Geno Siete Sesenta, que reforzaban los puntos de vigilancia al mismo tiempo que creaban nuevos puntos de resistencia. La estirpe de brujos que habían tenido aprisionada se había escapado de las celdas y estaban arrasando todo lo que encontraban a su paso, y para ello utilizaban al máximo sus devastadores poderes contra los carceleros del Mechanicum.

La propia superestructura de las instalaciones estaba temblando. El primarca cambió de frecuencia de comunicación.

—Artífice…

—Mi señor, gracias sean dadas al Omnissiah —le contestó Auguramus por el comunicador—. Debéis ayudarme. Me han descubierto.

—No eres el único al que le ha pasado, Volkern —le contestó Omegon con frialdad.

—Los guerreros del Siete Sesenta intentan acceder al interior del centro de seguridad —balbuceó Auguramus.

—¿Estás a salvo?

—De momento sí. He visto en las imágenes de los pictógrafos que van a traer equipo para cortar la compuerta.

—Escúchame con mucha atención, Auguramus —le dijo Omegon.

—Estoy atrapado en…

—¡Artífice! —rugió el primarca—. Nos estamos abriendo paso hacia ti. Necesito que mantengas la concentración.

—Sí, mi señor —le contestó Auguramus con voz angustiada.

—Quiero que redirecciones todos los cañones centinela de la zona de los dormitorios para que apoyen a la escuadra Sigma —le ordenó Omegon.

—No sé si podré hacerlo desde aquí —le respondió Auguramus con un pánico creciente en la voz—. Me temo que han bloqueado algunas de las…

—Encontrarás el modo de hacerlo, artífice —le aseguró el primarca sin dejar de subir por la escalera.

—El nivel de los calabozos informa que los psíquicos se han escapado.

—Y quiero que sigan propagando caos. Contacta con el estrategarca Mandroclidas y con el tribuno superior de los skitarii. Infórmalos de que los brujos se han escapado de la zona de contención y de que están utilizando sus poderes para esclavizar a los astartes de la Legión Alfa.

—No se lo creerán.

—Auguramus… —le dijo Omegon con un tono de voz afilado y peligroso—, harás que se lo crean. Es muy poco lo que no se creerían aquellos que desconocen la verdad sobre lo antinatural. Utiliza sus prejuicios y sus temores. Además, la base se encuentra en peligro y los guerreros de las Legiones Astartes ya no son de fiar. Eres el agente de mayor rango. Por supuesto, los comandantes se comunicarán entre sí para efectuar las comprobaciones pertinentes. Los skitarii confirmarán la huida de los psíquicos, y el estrategarca Mandroclidas informará sobre las hostilidades de la Legión Alfa.

—Sí, mi señor.

Omegon casi fue capaz de oír la mente del artífice mientras calculaba todas las posibilidades.

—Hazlo, Auguramus. Estaremos contigo dentro de poco —le aseguró Omegon.

Volion, que estaba por encima de él, dejó de subir de repente.

—¿Qué ocurre? —inquirió el primarca.

—El nivel superior de operaciones —le explicó el legionario—. El centro de seguridad, el centro de mando de la base y la capellanía del coro astropático.

—Si es que nos tenemos que fiar de los planos —le advirtió Omegon. El primarca hizo girar una manivela en la pared del pozo y abrió una escotilla para echar un vistazo al exterior. El corredor al que se abría estaba vacío.

—Volion, sigue esta escalera directamente hasta el hangar de superficie. La misión continúa según lo planeado. Es imperativo que no escape ningún legionario de Tenebrae 9-50 y que cuente lo que ha ocurrido aquí. Elimina a los centinelas del hangar y proporciónale fuego de cobertura a Xalmagundi. Que utilice sus poderes contra los Stormbirds, las lanzaderas y las naves del Mechanicum. —Omegon se volvió hacia la psíquica—. Lo digo muy en serio, Xalmagundi. No quiero riesgos. Cuando llegue ahí arriba, no quiero ver más que chatarra.

—Podéis contar con ello —le aseguró ella.

Omegon comprobó su cronómetro.

—¿Cuánto tiempo tardarás en comenzar a trabajar sobre la velocidad y la trayectoria?

—En cuanto pueda ver lo que estoy manipulando y hacia dónde se dirige —le recordó la psíquica.

—Ambas cosas serán más que evidentes en cuanto llegues arriba —le aseguró el primarca.

—Ya os lo dije. Nunca he manejado algo de ese tamaño.

—Confío en ti, Xalmagundi —le contestó Omegon—. Y ahora, marchaos ya. El tiempo corre en nuestra contra.

—¿Qué hay de vos, mi señor? —quiso saber Volion.

—Yo me encargaré de la capellanía.

—Esa tarea le correspondía a Vermes.

—Así es —le replicó el primarca.

—Dejadme que os acompañe, mi señor —insistió el legionario.

El primarca subió un poco más y salió del pozo.

—No. Lleva a Xalmagundi a la superficie. Sólo ella puede completar la misión. Te he dado una orden, legionario.

El primarca cerró la escotilla sobre las lentes impasibles del marine espacial y los ojos subterráneos de Xalmagundi y se adentró de nuevo en la base Tenebrae.

Operatus Cinco-Hidra
Tiempo transcurrido Ω1/-214.12//XXU
Crucero de ataque *Upsilon*, XX Legión

—Así que Xalmagundi destroza las naves del hangar y la espada de Vermes acaba con el coro de astrópatas —confirmó el sargento Setebos.

Omegon hizo un gesto de asentimiento.

—Las instalaciones de la base Tenebrae deben desaparecer como la llama de una vela que se apaga. No podemos arriesgarnos a que haya supervivientes. No podemos arriesgarnos a que alguna nave escape de la base. No podemos arriesgarnos a que alguien mande un mensaje astrotelepático informando sobre lo que ocurre.

—Con un poco de suerte, la guarnición ni siquiera sabrá de qué debe informar —comentó Arkan con cierto optimismo—. Y seguro que se lo pensarán dos veces antes de informar de que la base está sufriendo un ataque a manos de su propia legión.

—Eso espero —expresó el primarca.

—Supongamos que logramos infiltrarnos en la base y confundimos por completo a la guarnición —apuntó Isidor a través del resplandor espectral de la imagen hhololítica—. ¿Cómo arrasamos por completo las instalaciones?

—Con cargas de demolición —apuntó Krait de forma inmediata—. Fácil y limpio.

—O podríamos sobrecargar los magnorreactores de la sala de generadores —sugirió Tarquiss—. Eso funcionó muy bien a bordo del *Carnassial*.

—O en vez de confundir a la guarnición… —comentó Volion— podríamos cortarles el cuello uno por uno a todos y luego destruir las instalaciones con toda tranquilidad.

—Creo que todos subestiman el problema al que nos enfrentamos —declaró de repente Auguramus con una voz que era un eco metálico procedente del microaltavoz.

—Explícate —le ordenó Setebos con voz silbante.

—Aquí se está hablando de sobrecargas y detonaciones —dijo Auguramus—. Sin embargo, estas instalaciones no son un búnker de rococemento o un depósito de municiones. El mástil de la matriz emisora de la base es un artefacto de proporciones colosales que tiene un diseño alienígena antiguo y arcano, construido tras seguir unas especificaciones exactas y utilizar unos materiales que poseen unas propiedades que sólo ahora estamos empezando a comprender…

—¿Qué se supone que debe lograr esa abominación que has construido? —lo interrumpió Isidor.

Omegon ajustó el foco de la imagen hololítica y ante la escuadra Sigma apareció

una representación fantasmagórica del asteroide que el primarca hizo girar sobre su eje desigual. La roca tenía la superficie cubierta de agujeros, aunque uno de los lados estaba dominado por un enorme cráter con los bordes bien definidos, el resultado de una colisión muy antigua en la que Tenebrae 9-50 había resultado vencedor. Omegon ajustó más el foco y reveló los generadores de campo de fase construidos alrededor de la circunferencia del cráter y el brillo de la barrera de energía que aislaba a la base del vacío del espacio. En el interior de las paredes del cráter habían excavado un hangar de superficie, y el regolito rocoso del suelo de la hondonada estaba cubierto de estructuras de seguridad de menor tamaño.

Todo ello rodeaba la enorme silueta del mástil de la matriz emisora.

Parecía una enorme aguja, o un obelisco, que se alzaba hacia las estrellas, pero que era más negro que el propio vacío del espacio. La base de aquella construcción abominable, más ancha que la cúspide, estaba cubierta de andamios, y el extremo superior atravesaba el propio campo de contención ambiental para salir del cráter como la antena de un disco parabólico de recepción.

—Tenemos que imaginarnos por un momento que todos sabemos algo sobre la meteorología del empíreo —continuó explicando el artífice—. Consideramos a la disformidad una realidad alternativa a la nuestra y que se compone únicamente de energía en estado puro. Un océano inconmensurable. Poderoso. Impredecible. Mortífero. —Auguramus paseó la mirada por la fila de rostros idénticos—. Pero también resulta útil. La humanidad ha buscado el modo de sortear los peligros de la disformidad para construir un imperio y embarcarse en una cruzada de conquista galáctica.

—Nos estás recordando una lección de historia de la que formamos parte —le advirtió Braxus.

—Una cruzada y un imperio que se mantienen unidos por la perspectiva de la comunicación y de la cooperación. Nuestros pensamientos y nuestras naves cruzan esa dimensión tumultuosa. Cuando las tormentas azotan la disformidad, la meteorología del immaterium se vuelve inestable, de un modo destructivo y obstructivo al mismo tiempo. La navegación y la comunicación astrotelepática se convierten en algo imposible de lograr.

—Ve al grano.

Auguramus continuó con la explicación.

—Dentro de un sistema meteorológico ordinario, existen zonas de alta y de baja presión. Las tormentas se forman como respuesta a las extremas diferencias de presión en estas zonas.

—¿Y? —preguntó Charman, quien se negó a dejarse llevar por la creciente emoción del artífice.

—La meteorología del immaterium no es muy diferente. Los mecanismos

indescifrables del mástil de la matriz emisora producen una zona de calma sin precedentes en el interior de la disformidad. El alcance de las comunicaciones astrotelepáticas se incrementa.

—Pero eso crea frentes tormentosos y perturbaciones en el immaterium en las zonas limítrofes —comentó Isidor.

—¡Exacto! —casi gritó Auguramus—. Es una secuela involuntaria del funcionamiento de la tecnología alienígena. Es algo mucho más útil que cualquier otro artefacto que posea cualquiera de las demás legiones.

—Una secuela que Alpharius ha utilizado para reforzar la consecución de los propósitos del señor de la guerra —informó Omegon al resto de los allí reunidos—. Al construir este artefacto en el sistema Octiss y cargarlo con la energía inmaterial absorbida de los esclavos psíquicos proporcionados por el Mechanicum, hemos conseguido envolver a las regiones colindantes con un apagón absoluto de sus comunicaciones: Draconi, Tiamath, Chondax y los estrechos de Scellis-Trevelya. No sólo hemos confinado a los Cicatrices Blancas en el sistema Chondax, que fue lo que Alpharius le prometió a Horus, también hemos mantenido a Jaghatai Khan sumido en la ignorancia. No sabe nada de las atrocidades que se están librando en esta guerra civil y tampoco oye las órdenes de Dorn para que regrese. Sin los Cicatrices y el Gran Khan al lado del Emperador, la victoria del señor de la guerra estará asegurada.

Un murmullo recorrió el grupo. Omegon esperó un momento antes de continuar.

—Los leales al Emperador tampoco podrán utilizar los refuerzos de los Espinos de Regnault, las Doncellas Guerreras del Séptimo Parthenari y los Sables de Uzuran: setenta y dos mil combatientes, todos retenidos en Draconi. A la Legio Cibernética Manípulo Theta-Iota y a la Legio Gigantes de titanes se las supone destruidas mientras atravesaban Scellis-Trevelya.

—Sin duda, se trata de un arma muy poderosa, mi señor.

—Entonces sois conscientes de que no podemos permitir que esta tecnología caiga en manos de nuestros enemigos —insistió Omegon—. Ése es el motivo por el que, a pesar de lo poderosa que es, debemos destruirla. Y por completo.

—Las cargas sísmicas y la reacción crítica en los magnorreactores no pueden causar la clase de destrucción que necesitamos —añadió Auguramus—. Es probable que el propio material con el que se ha construido el mástil de la matriz emisora conserve una presencia residual del immaterium si se mantiene en ciertas configuraciones. Mis cálculos indican que un bombardeo orbital de arrasamiento podría proporcionar una destrucción asegurada, pero incluso con el *Beta* a nuestra disposición, o con una de las naves del Mechanicum, Tenebrae 9-50 simplemente se haría añicos y esparciría por todo el sistema numerosas pruebas recuperables del mástil de la matriz emisora.

—Tiene que haber algún modo de lograrlo —dijo Setebos, y varios legionarios de

la escuadra Sigma asintieron para mostrar que estaban de acuerdo.

—Lo hay —declaró el primarca—. Tenemos que destruir todo el asteroide.

Isidor frunció el entrecejo.

—Creí que estábamos de acuerdo en que eso no era sensato.

—Los demiurgos hacen viajar a estos asteroides en una trayectoria inercial entre estaciones transformadoras —les explicó Omegon—. Sin embargo, si se pudiera aplicar otra fuerza a la roca en mitad de su trayecto, una pequeña desviación no tardaría en ser importante a gran escala. Sobre todo si se pudiera aumentar la velocidad del asteroide.

El primarca y los legionarios volvieron la cabeza al mismo tiempo para mirar a la psíquica adormilada.

—La fuerza suficiente para cambiar la trayectoria de la roca y lanzarla con la base, el mástil y todo lo demás en dirección a una estrella cercana.

Xalmagundi estaba demasiado atontada por el collar amortiguador psíquico como para hacer ninguna objeción, y los miró a todos con una expresión cínica y adormecida a través de la representación fantasmal del asteroide.

—Nunca he… manejado algo… de ese tamaño —musitó.

—Entonces es que todavía no has puesto a prueba el verdadero alcance de tus poderes, pero por lo que me han contado, estoy impresionado. Y eso fue teniendo que vencer a la gravedad y a la fricción atmosférica.

—¿Cuál será la ruta de salida? —le preguntó Setebos al primarca.

—Sí —intervino Vermes—. Hacer rodar al asteroide hasta que choque con 66-Zeta Octiss es una solución muy elegante para nuestros problemas, pero eso significa que tendremos que realizar una evacuación bastante precipitada.

—El *Upsilon* estará anclado justo fuera del alcance de los sensores —le explicó el primarca—. He puesto al capitán Ranko en persona al mando de nuestra extracción del asteroide. Partirá de la nave con los mejores guerreros de su escuadra Lernaean en cuanto comencemos nuestra misión y nos evacuará de la superficie de Tenebrae en la Thunderhawk *Chimerica*.

Isidor hizo un gesto de asentimiento antes de mirar a su sargento. Ambos parecieron satisfechos.

Omegon echó un vistazo a su cronómetro y se puso en pie. Todos los legionarios y los agentes se levantaron también. El hololito parpadeó y se desvaneció.

—Tenemos mucho que preparar y poco tiempo para hacerlo —les comunicó el primarca—. Antes de que nos marchemos quiero deciros algo: comprendo el conflicto en el que se pueden encontrar vuestros corazones. Uno late por el deber que tenemos que cumplir, mientras que el otro sufre por los hermanos de nuestra legión que serán sacrificados. Pero estamos inmersos en una guerra civil. Es una época de confusión y de cambio de lealtades. Tenemos muchas cabezas, pero actúan como una

sola, una legión con una única voluntad. Somos la unión de los que nos parecemos y de los que pensamos parecido. No toleraremos la traición. No permitiremos que nuestra unión se rompa. No permitiremos la cortedad de miras de nuestras legiones hermanas, ni la mirada altiva del amplio Imperio. Somos la Legión Alfa, y nosotros miramos a lo lejos, al futuro.

Los legionarios allí reunidos se golpearon la placa pectoral con el puño a modo de saludo.

—Sin embargo, como miembros de la Legión Alfa, se espera de vosotros que seáis capaces de pensar por vosotros mismos. Si hay alguien aquí que quiera librarse de esta responsabilidad, si hay alguien aquí que crea que bajo estas terribles circunstancias no puede imitar los actos de la Hidra, si elige no ser la piedra amoladora en la que se afila la legión, no sufrirá castigo ni reconvención alguna. Podrá marcharse sabiendo que hay otros que serán los guardianes de sus hermanos, y podrá esperar a que se acabe esta misión en la lanzadera del *Upsilon* antes de volver al servicio activo.

Omegon recorrió con la mirada la fila de rostros idénticos en busca de algún indicio de duda o de recelo, pero lo único que vio fue la determinación y la sangre fría en sus ojos árticos.

—Hermanos: Hydra Dominatus.

—Hydra Dominatus —repitió Setebos, y el resto de la escuadra lo repitió también.

—Así pues, dejemos que nuestros enemigos vean la fruta caída del árbol, tibia y tentadora bajo el sol de la tarde —declaró el primarca—. Y seamos nosotros la serpiente oculta que se encuentra debajo, lista para atacar.

Operatus Cinco-Hidra
Tiempo transcurrido Ω2/005.17//TEN
Base Tenebrae

Omegon se movió como un fantasma a través de la catástrofe que seguía produciéndose a su alrededor. Caminó con la pistola bólter por delante, pero empuñando el cuchillo de combate en la otra mano, que llevaba pegada al costado, lo que le daba el aspecto de una garra. Atravesó las estancias sin que nadie lo viera.

Los pasillos, las secciones y las escaleras de la base estaban bañadas por la luz rojiza de las señales de emergencia, y las luces giratorias añadían una ambarina sensación de urgencia enfermiza al interior de la base. Los movimientos del primarca eran veloces y sus pisadas leves, y además su sonido se perdía bajo el insistente gemido aullante de las alarmas. Eso significaba que aquellos que habían tenido la desgracia de cruzarse en el camino del primarca no habían oído cómo el primarca aplastaba cráneos, partía cuellos y cortaba las gargantas de todos los que se le acercaban.

Cerca de la armería se encontró con una escuadra de soldados del Geno, que doblaron la esquina que tenía frente a él. Llevaban las carabinas láser empuñadas a la altura del pecho y avanzaban a la carrera con las capas gastadas ondeando a su espalda. El suboficial del Geno que marchaba a la cabeza tenía a una unidad comunicadora pegada a un lado del caso emplumado e intentaba obtener una clarificación de la situación a pesar del estruendo de los disparos. Al ver a Omegon y los símbolos de la legión, el grupo frenó la marcha y apuntaron los cañones de boca ancha y chamuscada de sus armas hacia él. Era evidente que habían oído los increíbles informes sobre unos infiltradores de la Legión Alfa que habían atacado, o sobre los legionarios de la guarnición que habían caído poseídos por la disformidad y que corrían enloquecidos por los niveles del penitorium.

Tuvo que pensar con rapidez. Apuntó con la pistola a lo largo de un pasillo lateral vacío y apretó varias veces el gatillo para vaciar el cargador contra un enemigo invisible. El primarca fingió estar alarmado y empezó a recargar con rapidez la pistola.

—¡Venid ahora mismo! —le rugió a los soldados.

El suboficial obedeció más por una respuesta condicionada que por una valoración estratégica de la situación, y echó a correr seguido por sus hombres con las carabinas preparadas para disparar. Se asomaron en tromba por la esquina y acribillaron la oscuridad vacía que se abría al otro lado. Buscaron a sus enemigos, pero estaban cegados por el destello de los disparos de sus propias armas.

Omegon les dejó dar unos cuantos pasos más antes de actuar. Alzó la pistola que

acababa de recargar y abrió unos cuantos agujeros en la parte posterior del cráneo de varios soldados. La escuadra comenzó a replegarse a su alrededor, y el suboficial ordenó a los soldados que siguieran disparando con la creencia errónea de que les habían disparado desde el otro extremo del corredor.

El primarca se apartó de la matanza y llegó a las gruesas puertas del pozo del elevador. A través del metal le llegó el sonido de más disparos. Metió de un golpe la punta del cuchillo entre los bordes y lo retorció hasta lograr abrir las puertas y levantar la rejilla. Omegon bajó la mirada por el pozo y luego la alzó hacia las alturas en penumbra.

Aparte de la cacofonía provocada por los múltiples combates en los distintos niveles, el sonido más característico que subía desde las profundidades de la base era la locura inquietante de los brujos liberados, que chillaban y aullaban en la oscuridad. Estaban provocando un verdadero infierno por toda la base, y descargaban de un modo indiscriminado su furia y sus poderes antinaturales contra los centinelas skitarii, contra los espartocidas modificados genéticamente y contra las fuerzas de la legión.

Una repentina erupción de fuego psíquico atravesó las puertas del elevador varios pisos por debajo de donde él se encontraba e iluminó la oscuridad. Un legionario se estrelló contra la pared opuesta, y Omegon lo vio caer envuelto en unas llamaradas espectrales sin dejar de retorcerse hasta que atravesó el techo del aparato elevador.

El primarca notó un temblor a través de los guanteletes. Se dirigió hacia la pared rocosa del pasillo y pegó un lado del casco a la superficie de piedra. De la superestructura de la base le llegaron una serie de retumbantes ruidos de abrasión.

Se estaba quedando sin tiempo.

El primarca recargó la pistola bólter con el último cargador que le quedaba y se puso de nuevo en marcha por la oscuridad laberíntica y ensordecedora de la base.

La capellanía era un pequeño bloque separado del resto de los niveles de la base por una serie de compuertas blindadas y arcadas sombrías. En cada una de las entradas se veía el símbolo del Adeptus Astra Telepática, un ojo único que miraba a Omegon mientras pasaba.

El primarca apartó unos cortinajes de terciopelo verde con el extremo del cañón de la pistola bólter y vio por fin a los astrópatas del santuario. Había láminas del tarot tiradas por el suelo pulido de la estancia.

Estaban de rodillas delante de él. Todos eran hombres. Todos llevaban las capuchas puestas. Todos estaban aterrorizados. Todos lo miraban con expresión suplicante con las truculentas cuencas oculares vacías vueltas hacia él. Al principio, Omegon se quedó confuso ante la escena, pero luego, al mirar las láminas esparcidas por el suelo, se dio cuenta de que ya habían visto lo que iba a ocurrir a continuación. Los astrópatas se quitaron las capuchas e inclinaron la cabeza hacia adelante.

A Omegon no le gustaba prolongar el sufrimiento a menos que sirviera para algo. Empezó a hacer lo que era necesario: alzó la pistola detrás de las cabezas de los astrópatas y los fue ejecutando uno por uno, con rapidez y eficiencia.

El primarca se dio la vuelta para cruzar de nuevo el terciopelo manchado de sangre, pero se detuvo. Allí había tres astrópatas, pero eran cuatro los santuarios a los que se podía entrar desde la cámara. Sólo uno de ellos tenía las cortinas corridas.

Se abalanzó hacia allí y abrió de golpe las cortinas, lo que lo dejó cara a cara con la astrópata principal, una mujer delgada y ya mayor que se encontraba delante de un atril. El suelo a su alrededor era metálico y pulido y estaba cubierto de signos de protección hexagramáticos y símbolos de salvaguarda tallados. Tenía en las manos un grueso báculo con el icono del ojo que todo lo ve, y estaba musitando los ritos de encriptamiento de la astrotelecomunicación.

—Desiste —le ordenó Omegon con un gruñido, y alzó la pistola.

De repente aparecieron brazos por todos lados. Eran gruesos y estaban cubiertos por placas de armadura.

Dos legionarios de la guarnición salieron en tromba de sus escondites a los lados de la entrada al santuario de la astrópata. Alargaron las manos hacia la pistola del primarca y la echaron hacia un lado cuando el arma disparó una ráfaga de tres proyectiles que destrozaron el atril y no acertaron por poco a la astrópata. Otros dos legionarios se le echaron encima por la espalda haciendo que todo el grupo se estrellara contra la pared de la estancia. Sonó otro disparo que impactó contra el revestimiento de la pared contraria antes de que le arrebataran la pistola.

—Recordadlo. Lo quiero vivo —dijo la voz sibilante de un oficial en mitad de aquella violencia.

Era lo único que Omegon necesitaba oír. El primarca alargó ambas manos hacia los cuchillos que los legionarios llevaban envainados al cinto y luego giró sobre sí mismo para clavar la primera hoja en el cuello de su propietario. Sabía que existía un punto débil entre la gorguera y los sellos del casco. Lo sabía porque su propia armadura de la Legión Alfa también tenía ese defecto. Lanzó un par de tajos contra otros dos de sus asaltantes y atravesó la lente del segundo.

El primarca logró liberarse por un instante de los marines espaciales heridos, y aprovechó para lanzar el cuchillo al otro lado del santuario. La pesada hoja chasqueó al clavarse en un lado de la capucha de la astrópata, quien se desplomó contra los restos del atril antes de caer al suelo cubierto de símbolos.

Una vez interrumpido y silenciado el mensaje, Omegon se irguió y se lanzó con sus atacantes contra la otra pared, lo que hizo que los legionarios chocaran unos contra otros. El primarca le propinó un codazo a uno en plena placa facial antes de lanzarle un puñetazo al que tenía al lado, y luego recibió una carga de hombro en el vientre que lo empujó contra la pared, de la que partió el recubrimiento. Omegon

levantó con salvajismo la rodilla una y otra vez hasta partir la ceramita de su oponente. Lo apartó y se preparó para enfrentarse a otro legionario que lo atacó con los puños. Ambos se enzarzaron en un feroz combate de golpes, esquivas y contragolpes.

El legionario se lanzó de cabeza a por él y Omegon se echó a un lado.

Dejó que su adversario pasara de largo y metió los dedos debajo de su mochila de energía. Apretó los cierres de seguridad y la arrancó de la armadura antes de derribar al propio legionario con el peso muerto de ésta sin energía que la impulsara.

Se volvió justo a tiempo de desviar una cuchillada. El legionario que empuñaba el arma era el que había apuñalado primero. La gorguera y la placa pectoral del marine espacial estaban cubiertas de sangre en la zona donde se había sacado el cuchillo. Omegon lo golpeó en el casco con la mochila antes de volverse y estrellarla contra el vientre de otro, lo que lo hizo doblarse por la cintura.

La brutal pelea continuó, y en el santuario de los astrópatas resonó el choque de las placas de las armaduras. Los haces de fibra chasquearon y se contrajeron. La ceramita se combó bajo unos golpes sobrehumanos. El primarca pasó de un oponente a otro anulando la peligrosidad de los ataques enemigos y contraatacando con toda la letalidad que él podía poner en los golpes antes de verse obligado a enfrentarse al siguiente adversario.

El cuchillo ensangrentado lo atacó de nuevo. Dio tajos y pinchazos hasta que logró agarrar al legionario por la muñeca para intentar arrebatárselo. Omegon alzó el brazo de su oponente y pasó por debajo de la axila. Oyó crujir los sellos de aislamiento y la rotura de diversos cables. Con otro movimiento fluido retorció el brazo hasta partirlo antes de estrellarlo de cabeza contra la pared con un crujido de vértebras. Omegon le arrebató el cuchillo de combate de la mano inerte y lo empuñó.

El primarca lo blandió como una daga en un arco centelleante y clavó la punta en la lente intacta del legionario medio cegado hasta llegar al cerebro. Luego, con un chirrido de ceramita torturada, sacó el arma y dejó que el cuerpo se desplomara.

Sólo uno de los cuatro legionarios permanecía en pie. El astartes lo atacó con un brazo extendido y arrancó de un golpe el cuchillo ensangrentado y resbaladizo de la mano del primarca. Omegon lo lanzó de un empujón contra la pared y empezó a propinarle un puñetazo tras otro con los nudillos de ceramita. A cada impacto le seguía de inmediato otro de forma metódica y mecánica.

La placa facial se hundió. Una de las lentes se partió.

El legionario intentó agarrarlo de nuevo, pero el primarca lo apartó con facilidad y cogió al aturdido guerrero por los dos lados del casco destrozado. Abrió los sellos de aislamiento y se lo arrancó de la cabeza.

Omegon se quedó mirando una piel cobriza y unos ojos azules muy semejantes a los suyos. Eso no le impidió coger el casco por un manojo de cables y clavar a golpes

la cresta y los remaches en la cara desprotegida del legionario una y otra vez hasta que cayó al suelo.

Resoplando por el esfuerzo, se irguió de espaldas a los cortinajes de la entrada.

—El comandante Janic, supongo —murmuró entre jadeos. Se dio la vuelta con el casco ensangrentado todavía en las manos—. Tengo que felicitar…

El bólter de Janic rugió. Omegon notó como los proyectiles explosivos le atravesaban la armadura y estallaban dentro de su cuerpo. Un dolor agónico al rojo blanco le atenazó las entrañas, aunque su anatomía sobrehumana se esforzó por resistirlo.

Las piernas se negaron a sostenerlo.

Soltó el casco destrozado del legionario y se tambaleó hasta estrellarse contra una pared. El primarca se deslizó apoyando la mochila en el revestimiento hasta quedar sentado en el suelo metálico. La sangre derramada comenzó a cubrir los hexagramas tallados.

Vio a Arvas Janic de pie en la entrada, por encima de él, entre los cortinajes verdes. El comandante llevaba el casco sujeto al cinto, y su rostro era una máscara tensa de determinación.

—¿Qué decías? —le preguntó Janic mientras se le acercaba un poco.

Omegon bajó una mano hacia el vientre y encontró tres grandes agujeros desiguales. Exploró cada uno de ellos con la punta de un dedo y comprobó la posición de cada herida. A un lado del ombligo. Por encima de la cadera. Omegon asintió. Ninguno de ellos le había tocado la espina dorsal. Sabía que su cuerpo había entrado en un proceso acelerado de curación, y los diferentes órganos, suprahormonas y sistemas implantados estaban interactuando entre sí para reducir la gravedad de las heridas.

El primarca colocó las palmas de las manos y la planta de los pies en el suelo para erguirse un poco más en la pared. Había sentido a través de la superestructura un retumbar muy característico. Era algo más que un simple temblor lejano.

—¿Qué decías? —le repitió Janic.

—¿Disparos de advertencia? —preguntó a su vez Omegon.

El comandante asintió.

El primarca tosió y manchó de sangre el interior del casco.

—Decía que habría que felicitarte por la seguridad y las contramedidas de primera clase que has utilizado en esta base.

—No me trates con condescendencia —le advirtió Janic con un gruñido—. Si de verdad fueran de primera clase, no estarías aquí.

—Ya veo lo que quieres decir. Pero hay que destacar tus emboscadas, tanto aquí como en la zona de los dormitorios. Sabías que intentaríamos silenciar al coro astropático, un objetivo prioritario, y dejaste los dormitorios falsos en el plano de la

base. Muy inteligente.

—Ya basta —le replicó Janic—. Quítate el casco. Identifícate y confiesa cuál era el objetivo del ataque. También me revelarás cómo sabías dónde se encontraba esta base. Admitirás cuál es tu verdadera legión y me dirás quién fue el comandante tan estúpido como para enviarte aquí en esta misión suicida.

—Pareces muy confiado en que haré todo eso, comandante —murmuró Omegon con un humor lúgubre.

—Ahora o más tarde, no importa —le replicó Janic—. Somos famosos por nuestra paciencia y por nuestros métodos de persuasión. Mientras mis legionarios registran toda esta base en busca de pruebas, mis superiores encontrarán quién te ha enviado siguiendo el rastro que sin duda habrás dejado hasta llegar aquí. Mientras tanto, haré que mi apotecario te vaya despiezando trozo a trozo. Empezaremos por los pies e iremos subiendo. Te arrancaremos los órganos uno por uno hasta que decidas entregarnos la información que queremos saber.

—Supongo que no te creerás que soy un oficial de la Legión Alfa y que estamos realizando una inspección de la base, ¿verdad? —le preguntó Omegon al comandante.

—No —le respondió Janic con una risa burlona.

—O que se trata de una simulación para ponerte a prueba y determinar si eres merecedor de un ascenso.

—No, no me lo creería. Estoy seguro de que sabes que esta base tiene un nivel de seguridad de clase bermellón. Las órdenes que recibimos proceden de la máxima autoridad: el propio primarca. El permiso para realizar cualquier inspección o simulación también tendría que proceder de esa autoridad. Han muerto muchos de mis hombres. ¿Qué clase de inspección necesita que los hermanos legionarios se maten entre sí?

—Una muy seria, comandante —le contestó Omegon mientras encajaba la mochila en el hueco que había entre el atril y la pared—. Y ahora, déjame que te diga lo que de verdad sé, y por qué estoy de acuerdo contigo en que no importa.

Bajo ellos, la superestructura de la base retembló de nuevo, pero esta vez con más fuerza. Omegon le indicó al comandante con un gesto que se acercara. Janic se inclinó un poco sobre él con el bólter interpuesto entre ambos y sin dejar de apuntarle.

—Hydra Dominatus, hermano —susurró el primarca.

Janic frunció el entrecejo y se irguió. En su rostro se veían con claridad la furia y la frustración.

—¿Qué?

El comandante retrocedió, y fue entonces cuando vio el casco que Omegon tenía en la mano.

Era su propio casco, y se lo había quitado del cinto sin que se diera cuenta.

De repente, el santuario se convirtió en un torbellino de restos y de cascotes aullantes. El aire escapó con un rugido a través de los grandes conductos abiertos en la pared por encima de Omegon, y todos los objetos de la estancia que no estaban fijados a algo se vieron arrastrados hacia las compuertas abiertas del exterior. Las cortinas, las armas y los cadáveres que sembraban el suelo de la estancia pasaron volando al lado del primarca a lo largo de unos breves segundos de turbulencia, impelidos a través de la estrecha puerta por el irresistible poder de succión del vacío espacial. Un momento antes, Arvas Janic se encontraba delante del primarca, y un instante después se estrellaba contra el quicio de las diferentes entradas y contra las paredes de los pasillos de la sección mientras seguía la senda de menor resistencia hacia el pozo abierto del elevador que se encontraba más allá.

Omegon se quedó solo en el santuario, con la mochila encajada contra la pared y anclado por las suelas magnéticas de las botas, que había activado en cuanto notó el retumbar de las máquinas de perforación de los demiurgos que atravesaban los cimientos de la base.

Provocadas por las cargas de demolición que Krait había colocado y que simulaban una amenaza para su territorio, las monstruosidades alienígenas habían atravesado el mismo sistema de compuertas presurizadas que la escuadra Sigma había seguido con cuidado para infiltrarse en la base. Sin embargo, la entrada de las máquinas perforadoras había sido mucho menos discreta, y como resultado de las excavaciones de aquellos autómatas, la base se había visto despresurizada y perdido la atmósfera artificial, que había escapado al vacío.

De repente, todo quedó en silencio.

Tal y como había calculado, los bancos cogitadores que controlaban los sistemas medioambientales de la base habían sellado los niveles inferiores de la brecha. Todo se acabó a los pocos momentos.

Omegon desactivó los cierres magnéticos de las suelas de las botas y se puso en pie con dificultad para luego dirigirse tambaleándose hacia la salida. Mantuvo un guantelete sobre el vientre herido mientras doblaba esquinas y recorría el sinuoso trazado de los niveles de operaciones.

Cruzó trastabillando la sección de mando, y no vio por ninguna parte oficiales de la Legión Alfa o al estrategarca de la Geno Siete Sesenta. Sólo encontró a los servidores conectados a sus tronos de control. Se habían quedado sentados, atrapados, con las cuencas oculares vacías y los labios pegados a las encías en una mueca podrida. Una gran pantalla llena de runas parpadeaba mostrando una secuencia de niveles, y la mayoría de los bloques y las secciones aparecían en color rojo. Las máquinas excavadoras de los demiurgos no tardarían mucho en atravesar una compuerta de emergencia o en abrirse paso hasta los niveles superiores.

Omegon pasó tropezando al lado de los puestos de escucha y las consolas de auspex de larga distancia y se encontró con una gruesa compuerta de seguridad metálica en la que habían abierto un gran agujero irregular. La reconoció de inmediato: el control de seguridad.

Sin dejar de apretarse el abdomen, el primarca se arriesgó a echar un vistazo al otro lado del agujero abierto con un chorro de plasma. El interior de la cámara se encontraba a oscuras, y la única iluminación procedía de los bancos de pantallas pictográficas. Omegon vio en un trono de observación que se movía entre las filas de pantallas sobre un mecanismo rotatorio el cadáver obeso de Volkern Auguramus, que seguía sentado y con el arnés puesto. El artífice había sido alcanzado por los soldados del geno, y su cuerpo había sido acribillado con saña con unas ráfagas inmisericordes de disparos láser. Las pantallas mostraban el resto de la desolación asesina que se había apoderado de la base.

Omegon vio a los astartes de la Legión Alfa intercambiar disparos con los centinelas skitarii y los contingentes del Geno Siete Sesenta. Las pantallas brillaban de un modo lúgubre con el centelleo de los disparos de las carabinas láser, de los lanzallamas y de los bólters. Los brujos de toda clase y ralea acababan con sus víctimas destrozándolas con su fuerza sobrenatural o vomitando sobre ellas fuego de disformidad y descargas de rayos de color verde. Una de las brujas, una criatura retorcida y desgarbada, se había dislocado la boca como si fuera una serpiente y chillaba a los soldados y a los centinelas con unos efectos devastadores y mortíferos.

A los legionarios de la guarnición que luchaban en los niveles inferiores les había ido mejor gracias a las formaciones y a las tácticas practicadas una y otra vez, pero la aparición de las grandes máquinas alienígenas tras reventar el suelo demostró ser un desafío insuperable. Las monstruosidades aracnoides y bulbosas atravesaban sin problemas las armaduras de los legionarios con sus láseres.

Aquella confusión y matanza poseía una cierta belleza terrible. Un caos admirable que era un fiel reflejo de la doctrina de la Hidra: sus múltiples cabezas atacaban de un modo dispar, pero siempre en una devastación coordinada.

Omegon dejó atrás el cadáver del artífice y comenzó a recorrer a trompicones el pasillo adyacente. Las franjas luminosas del techo parpadearon y se apagaron, pero la oscuridad se vio perforada de repente por el brillo cegador de los rayos cortadores que atravesaron el suelo metálico. Se detuvo en seco para evitar un par de rayos que sisearon cargados de energía alienígena al cruzarse en su camino, y luego se agachó para atravesar una compuerta reventada.

El primarca pasó por un scriptorium arrasado y dobló una serie interminable de esquinas preso de un horrible dolor antes de llegar por fin al pozo del elevador. Las puertas y la rejilla se habían quedado abiertas, aunque el elevador en sí había desaparecido en las profundidades devastadas por el vacío. Se subió con cierta

dificultad a una escalerilla de mantenimiento y comenzó una lenta ascensión hacia la superficie.

Cada peldaño resultó ser un nuevo y particular tormento. El abdomen le dolía como si le clavaran estacas ardiendo. La sangre hacía que se le resbalaran los dedos y caía goteante hacia el abismo que se abría bajo él.

Ya estaba llegando al borde superior cuando se dio cuenta de que no era el único que estaba subiendo por el pozo del elevador. En la penumbra resonaba el repiqueteo de las numerosas patas de un coloso que se le acercaba. Omegon miró hacia abajo y distinguió el brillo broncíneo de una máquina alienígena que subía sin problema alguno por el pozo completamente vertical. El modo en que las patas se clavaban en las paredes metálicas impulsaba con facilidad al monstruo.

La escalerilla se sacudió en sus montantes, y luego se balanceó a un lado y a otro cuando aquella abominación empezó a triturarla con las fauces giratorias capaces de pulverizar el metal. La escalerilla se retorció, se dobló, y acabó separándose por completo de la pared. Omegon saltó en un intento desesperado por llegar al final del pozo hasta su otro extremo y alcanzar la entrada del hangar.

Logró sujetarse al reborde con una sola mano y se agarró igual que si fuera un gancho de anclaje, sin hacer caso del dolor agónico del abdomen. Se cogió también con la otra mano y empezó a subir, pero sólo para descubrir que la puerta todavía estaba cerrada.

La escalerilla, con un extremo todavía atrapado en las fauces de la máquina excavadora, empezó a moverse como un látigo en el pozo atravesando la oscuridad y azotando las paredes. El primarca se sujetaba con una sola mano para poder golpear con fuerza las puertas, pero al poco tuvo que apoyarse de nuevo en las dos. Bajó la mirada hacia el aparato arácnido alienígena que ascendía en dirección a sus piernas bamboleantes. Las fauces giratorias llenas de dientes metálicos rugían su intención de devorarlo vivo.

De repente, unas llamaradas iluminaron la oscuridad cuando los disparos de bólter acribillaron el grueso blindaje de bronce de la criatura. La máquina perforadora siguió ascendiendo imperturbable, con las fauces todavía abiertas, pero dos ristras de granadas de las Legiones Astartes cayeron desde un punto situado por encima de él y desaparecieron en el vientre de la bestia.

Varios pares de guanteletes aparecieron para agarrarlo de los brazos y de la mochila y subirlo hasta la luz. El estruendo retumbante de las granadas al estallar en el interior del vientre de la bestia quedó apagado de repente al cerrarse las puertas del elevador.

Cuando sacaron a rastras a Omegon, fue incapaz de ver nada, ya que los sentidos automáticos del casco quedaron sobrecargados momentáneamente. Mientras se recalibraban tras pasar de la total oscuridad del pozo a la relativa claridad de la

superficie del asteroide, oyó las voces de varios legionarios a su alrededor que llamaban al sargento Setebos. Todavía se oían disparos a lo lejos.

—Está herido —dijo la voz inconfundible de Isidor.

—Estoy bien —gruñó Omegon—. Informe de situación.

Goran Setebos apareció a su lado y lo ayudó a ponerse en pie.

—Pero mi señor…

—No tenemos tiempo, sargento —lo cortó el primarca.

La cubierta del hangar era un paisaje de destrucción telequinética. Omegon distinguió los restos de una Thunderhawk destrozada y una montaña de escombros que quizá había sido una escuadrilla de lanzaderas del Mechanicum, lanzaderas de carga y transportes del Ejército Imperial. Xalmagundi había sido muy concienzuda, tal y como le había ordenado.

La cubierta también estaba sembrada de cadáveres. Eran los centinelas del Geno Siete Sesenta, que tenían la responsabilidad de vigilar y proteger el hangar.

—Manténgase agachado, mi señor —le pidió Isidor cuando un rayo láser abrasó el aire por encima de sus cabezas.

El primarca se puso en cuclillas aguantando el dolor detrás de los restos destrozados de una columna y estudió con atención la escena. La boca del hangar se abría al cráter que la escuadra Sigma había visto en la representación hololítica. En el centro, surgiendo del cráter igual que un dedo acusador, se alzaba la silueta negra del mástil de la matriz emisora.

—Hemos perdido a Zantine —le informó Setebos al mismo tiempo que señalaba una armadura tendida cerca de ellos. El legionario mostraba un agujero limpio en un lado del casco.

—Janic tiene desplegadas dos escuadras de legionarios francotiradores en escondites a lo largo de la pared del cráter. Esas posiciones tampoco aparecían en los planos de la base.

—¿Qué hay de Xalmagundi? —quiso saber Omegon.

—Está con Volion y Braxus —le contestó Krait—. En el cráter.

—Hay algo más, mi señor —le comunicó Isidor.

—Habla —le ordenó el primarca.

—El capitán Ranko y la *Chimerica* tenían que haber llegado ya hace tiempo. Hace ya mucho tiempo. Y no hemos conseguido ponernos en contacto con él.

—Llevadme junto a Xalmagundi —les ordenó el primarca.

Setebos encabezó la marcha con la espada desenvainada y serpenteó entre las grandes rocas y los depósitos de escombros y regolitos. Omegon lo siguió de cerca, todavía con un guantelete sobre el abdomen acribillado por los disparos de bólter. Isidor y Krait apoyaban el avance con fuego de supresión.

Omegon levantó la mirada y vio la razón por la que los sentidos automáticos del casco habían tenido que recalibrarse nada más salir del pozo del elevador: por encima del cráter no se veía ni una franja de vacío. La superficie llameante de la estrella Ocriss ocupaba todo el firmamento con un brillo dorado abrumador. Los generadores de campo de fase eran el único escudo que quedaba entre la escuadra Sigma y la intensa radiación de la estrella.

Otros dos rayos láser pasaron cerca de Omegon, y éste dio las gracias en silencio al brillo cegador de la estrella. Sin ese intenso resplandor, los legionarios francotiradores de Janic lo habrían tenido mucho más fácil para acabar con ellos.

Omegon se dejó caer en una hondonada junto a sus legionarios, y allí encontraron a Xalmagundi. Volion estaba en cuclillas cerca de la psíquica con el bólter apuntado por encima del hombro, mientras que Braxus se quejaba en voz baja desde detrás de un peñasco, molesto porque consideraba que estaba recibiendo más atención por parte de los francotiradores de la que le correspondía en justicia.

Xalmagundi estaba de rodillas sobre el suelo de regolitos, con los dedos extendidos sobre la gravilla y la espesa capa de polvo. Le habían devuelto las lentes teñidas, y a través de ellas miraba fijamente al firmamento cegador. Tenía la piel pálida cubierta de regueros de sudor provocados por el esfuerzo incesante de cambiar la trayectoria del gran asteroide y enviar a Tenebrae 9-50 hacia los brazos de 66-Zeta Octiss.

La bruja no tenía buen aspecto. Por las mejillas le bajaban unas lágrimas negras que brotaban de sus grandes ojos de moradora subterránea.

—Volion —dijo Omegon mientras bajaba resbalando por la pared de la hondonada objetivo de los francotiradores—. ¿Situación?

—Tanto la trayectoria como la velocidad son buenas, mi señor —le informó el legionario—. Tenebrae 9-50 y el mástil de la matriz emisora acabarán en la superficie de esa estrella.

—¿Omegon? ¿Eres tú? —preguntó Xalmagundi con voz ronca.

El primarca cruzó la hondonada y se arrodilló al lado de la psíquica.

—Soy yo.

—No veo nada en absoluto —le dijo la bruja. Sus palabras sonaron acompañadas por un nuevo reguero de lágrimas negras que bajaron por sus mejillas de porcelana—. Me he quedado ciega.

—Lo has hecho muy bien, Xalmagundi —la felicitó el primarca—. Muy bien.

—¿Tu gente podrá arreglarme? —quiso saber ella—. ¿Podrán arreglarme los ojos?

Omegon alargó una mano hacia Setebos. El sargento lo miró fijamente durante un momento antes de entregarle la pistola bólter.

—Podrán arreglarte, Xalmagundi —le prometió Omegon.

El eco del disparo rebotó por todo el cráter. El frágil cuerpo de la psíquica se desplomó sobre la gravilla y el polvo. Los supervivientes de la escuadra Sigma se quedaron mirando al primarca.

—Permiso para hablar, mi señor —le pidió Setebos.

Omegon se dejó caer en la hondonada y las rodillas se le hundieron profundamente en el polvo.

—Concedido, sargento.

—Eso me ha parecido un desperdicio, mi señor —afirmó Setebos—. Todavía podría haberle sido útil a la legión.

—Eso me ha parecido un comentario sentimental —le replicó Omegon—. Y eso sí que me parece a mí un desperdicio. No es la reputación que tienes, sargento. Tenía la impresión de que habría muy pocas cosas que no harías por tu legión. Que habría muy pocas cosas que no sacrificarías por la victoria.

—Y nada en mi comportamiento durante esta misión sugiere que no sea así —le replicó a su vez el sargento—. Es que no me parece que hubiera una razón lógica para ejecutar a la chica.

—Era prescindible, sargento —le dijo Omegon—. Lo mismo que lo somos todos. Peones del regicida en una partida mucho mayor.

—¿Dónde está la *Chimerica*? —preguntó con cautela Isidor—. ¿Dónde está el capitán Ranko?

Tras unos momentos, Omegon se llevó las manos a los cierres de la gorguera. Los sellos se abrieron y dejó caer el casco en el suelo polvoriento.

Sheed Ranko miró a Setebos y a la escuadra Sigma con sus propios ojos. Los legionarios se quedaron mirando al capitán con incredulidad.

—Una partida mucho mayor —repitió Ranko.

El capitán todavía notaba en la garganta el regusto de la sangre del primarca. Omegon había mezclado un poco de su fluido vital con las copas de vino que habían tomado a bordo del *Upsilon*. Una ofrenda del primarca para darle las gracias, y también mucho más. Había degustado sus recuerdos y había acabado conociendo secretos de su progenitor genético: los primeros días que los gemelos pasaron juntos en su lejano planeta natal mientras planeaban su ascenso al poder; el paradójico horror de la Agudeza alienígena; la comprensión gradual de lo que cada uno de ellos tendría que hacer a lo largo de los años venideros…

Ranko había soportado la carga de aquella ofrenda y había hecho lo que su primarca le había pedido que hiciera un millar de veces antes. Había tomado su lugar. Había actuado, había hablado, se había comportado como si fuera el primarca.

Había sido realmente Omegon.

Braxus bajó agazapado desde su posición elevada y mantuvo esa postura mientras

cruzaba la hondonada.

—¿Qué es lo que pasa? —les preguntó el legionario con voz profunda.

—Por lo que parece, nos ocultaron algunos detalles relativos a la misión —le explicó Setebos sin apartar la mirada de Ranko—. El capitán nos los iba a contar ahora.

Ranko mantuvo la mirada del sargento, pero luego la paseó por el resto de supervivientes.

—¿Qué es lo que nos pide el primarca? —les preguntó.

—La *Chimerica* no va a venir, ¿verdad, señor? —le preguntó a su vez Isidor. Cuando el capitán no le contestó, el legionario se respondió a sí mismo—. No se va a producir ninguna extracción. Lord Omegon no va a venir a por nosotros.

—No —admitió el capitán al cabo de unos instantes.

—¿Opciones? —preguntó Setebos, volviéndose hacia la escuadra.

—El Stormbird de la guarnición y todas las demás naves están destruidas —le informó Krait.

—Sólo hay un modo de salir de esta roca —señaló Volion—. El torpedo de abordaje. Tenemos que volver al *Argolid*.

Setebos soltó un gruñido. Había muy poco tiempo para discutir las posibles alternativas.

—¿La ruta más rápida?

—La temperatura es demasiado elevada en la zona de la superficie carente de protección —indicó el legionario—. Incluso con nuestras armaduras. Tenemos que regresar a través de la base y de las minas.

—No es que tengamos muchas probabilidades de conseguirlo —comentó Braxus mientras comprobaba la munición que le quedaba en el cargador.

—Seguro que son más las probabilidades que si permanecemos aquí —le replicó Isidor, señalando con el pulgar al cielo llameante.

—Entonces, decidido —declaró Setebos mientras se ponía en pie.

—No lo conseguiréis —les dijo Ranko—. Ni siquiera tenéis la décima parte del tiempo que necesitáis para conseguirlo, y eso contando con que no tengáis que combatir.

—¿Acaso nos pides que nos sentemos aquí y esperemos a la muerte? —le espetó Setebos sin respeto alguno.

—Yo no os pido nada —le contestó Ranko con total sinceridad. Luego repitió la pregunta—. ¿Qué es lo que nos pide el primarca?

Setebos y los legionarios se miraron entre sí. El sargento hizo un gesto de asentimiento.

—Todo.



ÉPSILON

Operatus Cinco-Hydra
Tiempo transcurrido Ω1/138.11//XXB
Barcaza de batalla Beta, XX Legión

El puente de mando de la *Beta* estaba en silencio. Los oficiales y los tripulantes cumplían sus tareas con calma y profesionalidad. Había muy pocos indicios de que la nave de la Legión Alfa acababa de lanzar un gigantesco bombardeo orbital y que una cadena montañosa cubierta de cráteres del planeta que flotaba bajo la barcaza estaba a punto de ser aplastada y allanada.

Alpharius se encontraba en un lado del puente, con su armadura ceremonial completa. Desde las grandes portillas de observación contemplaba el apocalipsis que se estaba desarrollando. La luna agrícola llamada Parabellus era un planetoide vulgar y corriente, poco más que una bola de polvo rojo cubierta de algunas cadenas montañosas oscuras convertidas en zigurats de cosechas. Las terrazas angulares eran visibles incluso desde la órbita, lo que le daba a la luna el aspecto de un mapa de líneas y contornos abstractos.

El primarca contempló cómo la mancha negra de mayor tamaño desaparecía bajo el resplandor de la primera detonación de proporciones cataclísmicas. En la superficie se estaban derrumbando montañas enteras, y comunidades completas de granjeros eran aniquiladas por el fuego abrasador que caía del cielo.

Al otro lado del puente de mando y equipado con una armadura idéntica, su primarca gemelo, Omegon, contemplaba la armada creciente de naves de la Legión Alfa que seguían a la lenta barcaza.

—Hay algo que te irrita, hermano —le dijo Alpharius desde el otro extremo del

puente.

—No —le contestó Omegon.

—No era una pregunta.

Omegon se dio la vuelta, cruzó el puente de mando y se reunió con su hermano. Descubrió que estaba disfrutando del espectáculo de la destrucción del planetoide.

—Ya que lo quieres saber, pensaba en la confianza.

—Un bien muy valioso —le respondió Alpharius—. Que se puede comprar y depositar en quien no se debe.

—Sin duda, fue un error depositar la confianza en Volkern Auguramus —comentó Omegon—. Como resultado de ese error, tienen que morir millones de personas.

—Es más valioso y poderoso cuando ocurre de un modo natural. Como sucede entre hermanos —le contestó Alpharius.

—Dile eso a Horus —murmuró Omegon.

Alpharius le dio la espalda a la destrucción y entrecerró los ojos al mirar a su gemelo.

—Es cierto —admitió—. La confianza es algo que puede ser difícil de conseguir, incluso entre los parientes más cercanos. —Alpharius dejó que la idea quedara flotando entre ellos—. Volkern Auguramus era un magnífico artífice en su campo. Un agente en el que depositamos una gran confianza. Tomó el regalo que la Cábala nos había entregado para ayudar al señor de la guerra y lo pervirtió para sus propios fines. Ése es el motivo por el que este mástil inacabado de Parabellus debe ser destruido, el motivo por el que los granjeros de Parabellus mueren junto a sus cosechas en un invierno nuclear. Supongo que también ése es el motivo por el que dejaste destripado en un callejón de San Sabrinus, como si fuera un simple ladrón común, a uno de los artífices del empíreo más importantes de toda la galaxia.

Un legionario se acercó a ellos desde la parte posterior del puente de mando.

—Mis señores —los interrumpió—. El capitán quiere hacerles saber que los cruceros de ataque *Lambda* y *Zeta* están ya en rumbo de aproximación, lo mismo que la *Alfa*.

—Muy bien —respondió Alpharius con un gesto de asentimiento.

—Al menos, eso representa el final de este asunto —dijo Omegon, volviendo a la conversación.

—Quizá —replicó Alpharius—. ¿Crees que la base de Tenebrae se encuentra en peligro?

—Todavía estoy intentando confirmarlo.

—Hermano, vamos a tener que hacerlo mejor que eso —insistió Alpharius.

—Yo mismo interrogué a Auguramus.

—¿No se han producido filtraciones? —Alpharius alzó una ceja—. ¿No hay nadie

detrás? ¿No ha tenido cómplices? Ni siquiera vendió los diseños del mástil.

—Por lo que parece, Parabellus era un proyecto personal —insistió a su vez Omegon—. El rastro está borrado. No existen pistas que lleven a ningún lugar. Ya te lo dije, me he encargado yo en persona.

Alpharius se volvió hacia el legionario que esperaba una contestación.

—Dile al capitán que en cuanto la *Alfa* se reúna con nosotros, ponga rumbo al sistema Chondax.

—¿Chondax? —preguntó Omegon un poco sorprendido—. ¿El Khan? Pero ¿qué hay del plan original?

—Hay alguien interesado en Tenebrae. De eso estoy seguro —murmuró Alpharius—. Nuestros navegantes dicen que la situación en esa región del immaterium se ha calmado, y los astrópatas creen que se podrán mandar y recibir mensajes de nuevo dentro de poco. Nuestros agentes informan que la flota expedicionaria de los Cicatrices Blancas casi ha completado el sometimiento del sistema y que el Khan no tardará mucho en comenzar a prepararse para el tránsito a la disformidad.

—No sabemos si…

—Sí lo sabemos —lo interrumpió Alpharius—. Quizá sea cosa de Malcador o de los Ángeles de Caliban, pero alguien ha eliminado la base Tenebrae. Debemos aceptarlo y seguir adelante. Debemos captar los posibles movimientos antes de que ocurran y anticiparnos desplegando la flota en la posición más ventajosa. Dorn llamará a los Cicatrices Blancas y la lealtad del Khan sigue firme. Si queremos que el señor de la guerra triunfe, no podemos permitir que la V Legión llegue a Terra. ¿Estamos de acuerdo, hermano?

—Por supuesto —contestó Omegon, asintiendo con lentitud—. Como siempre.



OMEGA

Operatus Cinco-Hydra:
Tiempo transcurrido Ω1/138.28//XXB
Barcaza de batalla Beta, XX Legión

Omegon entró en los confines de su estancia. Al igual que su hermano, no poseía un alojamiento suntuoso ni unos aposentos que indicaran su rango o su importancia. Su celda dormitorio era pequeña y no tenía apenas muebles. Aparte de su naturaleza de alojamiento temporal, no se diferenciaba de la de cualquier otro guerrero de la Legión Alfa.

Se quedó de pie en mitad de la oscuridad, con la armadura ceremonial apoyada en la puerta de la celda, y respiró profundamente. Siempre que cerraba los ojos encontraba el horror de lo inevitable esperándolo, las verdades abrasadoras que la Agudeza les había presentado a él y a su hermano.

«La Tercera Paradoja…».

Se frotó los ojos con el índice y el pulgar. Le dolía la mente por la responsabilidad. Pensó en el tortuoso entramado de contactos y relaciones, de secretos y de mentiras, de traiciones y de fidelidades compradas. Estaban extendidas por toda la galaxia igual que una gigantesca red que se cerraba. Omegon se vio a sí mismo como el nudo central de todo aquel enredo. Tiraba de las diversas hebras y ejercía su influencia en aquellos que podía, pero también sentía las crecientes exigencias de sus preocupaciones.

El primarca activó los orbes luminosos flotantes de la estancia. El armario donde guardaba el equipo de combate estaba abierto, y su armadura de combate, que no se diferenciaba en absoluto de las que utilizaban los guerreros de la Legión Alfa, estaba

colocada sobre su armazón reforzado.

El bólter, la espada y la pistola también estaban allí, lo mismo que el casco, que pareció mirarlo fijamente con la expresión muerta de las lentes apagadas.

Al lado, cubierta por un sudario, estaba su otra armadura.

Para cualquiera que la mirara, no mostraba adorno ni emblema alguno.

—Dejemos que vea la fruta caída del árbol, tibia y tentadora bajo el sol de la tarde —le susurró Omegon a la armadura vacía—. Y que sea yo la serpiente oculta que se encuentra debajo, lista para atacar.